

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS BRUJAS
DEBORAH HARKNESS
CVM PATIENTIA
VT SVPRA, SIC INFRA
Lectulandia

En el corazón de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, la apasionada historiadora Diana Bishop se topa en medio de sus investigaciones con el manuscrito identificado como Ashmole 782. Descendiente de un antiguo linaje de brujas, Diana intuye que el manuscrito está relacionado de alguna manera con la magia, pero no quiere tener nada que ver con la brujería. Y después de tomar algunas notas sobre sus curiosos dibujos, lo devuelve sin perder más tiempo a las estanterías. Lo que Diana no sabe es que se trata de un manuscrito alquímico que ha estado perdido durante siglos y cuyo descubrimiento ha desencadenado que hordas de daimones, vampiros y brujas salgan a la luz de las salas de lectura de la Biblioteca.

Una de esas criaturas es Matthew Clairmont, un enigmático genetista, amante del buen vino y vampiro milenario, cuya alianza con Diana se hará progresivamente más íntima y poco a poco surgirá entre ambos una relación que hará tambalear los tabúes asentados desde hace tiempo en un mundo secreto y encantado.

La teoría de la evolución de Darwin no contempló todos los seres que habitan la Tierra, pero Deborah Harkness lo ha hecho en esta emocionante e ingeniosa novela. Desde Oxford a Nueva York, y de aquí a Francia, la magia, la alquimia y la ciencia nos desvelan sus verdaderos vínculos en el libro definitivo sobre la brujería y sus poderes.

Deborah Harkness

El descubrimiento de las brujas

ePUB v2.1
Dukoman - NitoStrad 01.06.12

Título original: *A Discovery of Witches*
Autor: Deborah Harkness
Traducción: Julio Sierra
Ilustraciones: Tal Goretsky y Paso de Zebra
Diseño/retoque portada: Charlie Waite
Primra edición: abril de 2011

Editor original: Dukoman (v1.0)
Segundo editor: NitoStrad (v2.0)
ePub base v2.0



Para Lexie y Jake, y sus brillantes futuros

Empieza con la ausencia y el deseo.
Empieza con sangre y miedo.
Empieza con el descubrimiento de las brujas.

Capítulo 1

El volumen encuadernado en cuero no era nada extraordinario. Antiguo y gastado como estaba, a cualquier historiador normal y corriente no le habría parecido diferente de otros cientos de manuscritos en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Pero yo supe que había algo raro en él desde el mismo momento en que lo recibí.

La sala de lectura Duke Humphrey estaba desierta esa tarde de final de septiembre, y los pedidos de material de la biblioteca eran satisfechos rápidamente, ya que la afluencia de eruditos visitantes durante el verano había terminado y la locura del periodo de otoño todavía no había comenzado. De todas formas, me sorprendí cuando Sean me detuvo en el mostrador de préstamos.

—Doctora Bishop, aquí están tus manuscritos —susurró con un ligero tono de niño travieso en la voz. La parte delantera de su jersey de rombos tenía marcas de óxido dejadas por las viejas encuadernaciones de cuero que él sacudió con cuidado. Un mechón de pelo rubio rojizo le cayó sobre la frente mientras lo hacía.

—Gracias —le respondí con una sonrisa. Yo estaba infringiendo descaradamente las reglas que limitaban el número de libros que un lector se podía llevar por día. Sean, que había compartido muchas copas conmigo en el pub de estuco rosado al otro lado de la calle en nuestros días de estudiantes de posgrado, había estado recibiendo mis pedidos sin decir una palabra durante más de una semana—. Y deja de llamarme doctora Bishop. Siempre me parece que te estás dirigiendo a otra persona.

Esbozó una gran sonrisa y empujó los manuscritos —todos con magníficos ejemplos de ilustraciones alquímicas de las colecciones de la Bodleiana— por encima de su gastada mesa de roble, cada uno metido en una caja de cartón gris para protegerlos.

—Oh, hay uno más.

Sean desapareció por entre los anaqueles durante un momento y volvió con un grueso manuscrito en cuarto, encuadernado simplemente con cuero de becerro moteado. Lo puso encima de la pila y se inclinó para observarlo. Los finos bordes dorados de sus gafas brillaron a la débil luz que daba la vieja lámpara de lectura de bronce, fija en un estante.

—Éste no ha sido solicitado desde hace bastante tiempo. Haré una nota diciendo que hay que ponerlo en una caja cuando lo devuelvas.

—¿Quieres que te lo recuerde?

—No. Ya lo he apuntado aquí. —Sean se tocó la cabeza con la punta de los dedos.

—Tu cabeza debe de estar mejor organizada que la mía. —Mi sonrisa se hizo más amplia.

Sean me miró tímidamente y cogió la ficha de préstamos, pero ésta no salió de su sitio, metida entre la tapa y las primeras páginas.

—Ésta no quiere soltarse —comentó.

Unas voces amortiguadas llegaron a mis oídos, perturbando el habitual silencio de la sala.

—¿Has oído eso? —Miré a mi alrededor, desconcertada por los extraños ruidos.

—¿Qué? —preguntó Sean, levantando la vista del manuscrito.

Había vestigios de dorado en los bordes del volumen que atrajeron mi mirada. Pero aquellos descoloridos restos de oro no podían explicar un tembloroso reflejo, ligero e iridiscente, que parecía estar escapando por entre las páginas. Parpadeé.

—Nada. —Apresuradamente acerqué el manuscrito hacia mí. Sentí una picazón en la piel cuando ésta entró en contacto con el cuero. Sean todavía sujetaba con sus dedos la ficha de préstamos, pero en ese momento se deslizó fácilmente liberándose de la presión de la encuadernación. Puse los volúmenes en mis brazos y los sostuve con la barbilla, envuelta por un olorcillo de lo sobrenatural que ocultaba el conocido olor a virutas de lápiz y a la cera del suelo de la biblioteca.

—¿Diana? ¿Estás bien? —preguntó Sean, frunciendo el ceño con preocupación.

—Estoy bien. Sólo un poco cansada —respondí, bajando los libros para alejarlos de mi nariz.

Crucé rápidamente la parte original del siglo XV de la biblioteca, junto a las filas de mesas de lectura isabelinas con sus tres estanterías en la parte superior y sus gastadas superficies. Entre ellas, las ventanas góticas dirigían la atención del lector hacia arriba, hacia los altos artesonados, donde con pintura brillante y dorada se destacaban los detalles del blasón de la universidad, con tres coronas y un libro abierto donde su lema, «Dios es mi iluminación», era proclamado repetidamente desde arriba.

Otra académica estadounidense, Gillian Chamberlain, era mi única compañera en la biblioteca aquella noche de viernes. Gillian era profesora de Literatura Clásica en Bryn Mawr, y pasaba mucho tiempo examinando detenidamente restos de papiros encerrados entre hojas de cristal. Pasé rápido junto a ella, tratando de evitar mirarla a los ojos, pero el crujido del viejo suelo me delató.

Sentí el hormigueo en la piel que siempre se apoderaba de mí cuando otra bruja me miraba.

—¿Diana? —llamó desde la oscuridad. Acallé un suspiro y me detuve.

—Hola, Gillian. —Inexplicablemente posesiva con respecto a mi tesoro de manuscritos, me mantuve tan lejos de la bruja como me fue posible y puse mi cuerpo en un ángulo que los ocultaba de su vista.

—¿Qué vas a hacer para la fiesta de Mabon? —Gillian pasaba siempre por mi despacho para invitarme a pasar algún tiempo con mis «hermanas» mientras yo estaba en la ciudad. Al acercarse las celebraciones wiccanas del equinoccio de otoño, redoblaba sus esfuerzos para que me incorporara al grupo de brujas de Oxford.

—Trabajar —respondí inmediatamente.

—Sabes que hay algunas brujas muy buenas por aquí, ¿verdad? —dijo Gillian con un gesto de desaprobación—. Realmente deberías reunirte con nosotras el lunes.

—Gracias. Lo pensaré —dije, alejándome en dirección al ala Selden, el añadido del siglo XVII que corría perpendicular al eje principal de la sala Duke Humphrey—. Aunque estoy preparando una conferencia, de modo que no me esperéis. —Mi tía Sarah siempre me había advertido que no era posible que una bruja le mintiera a otra, pero eso no me había impedido intentarlo.

Gillian emitió un comprensivo gruñido, pero me siguió con su mirada.

De vuelta a mi asiento habitual frente a los ventanales de vidrieras, resistí la tentación de dejar caer los manuscritos sobre la mesa y limpiarme las manos. Pero en lugar de hacerlo, consciente de su antigüedad, deposité el montón con sumo cuidado.

El manuscrito que había retenido la ficha de préstamo estaba encima de los demás. Impreso en dorado, sobre el lomo había un escudo de armas que pertenecía a Elias Ashmole, un coleccionista de libros y alquimista del siglo XVII cuyos libros y trabajos habían ido a parar a la Biblioteca Bodleiana desde el Museo Ashmolean en el siglo XIX, junto con el número 782. Estiré la mano para tocar el cuero marrón.

Una ligera descarga me hizo retirar rápidamente los dedos, pero no con suficiente rapidez. El hormigueo subió por mis brazos, poniéndome la piel de gallina, para luego extenderse por los hombros, haciendo que los músculos de la espalda y el cuello se me pusieran tensos. Esta impresión desapareció rápidamente, pero me dejó una sensación vacía de deseo no realizado. Conmocionada por mi reacción, me alejé de la mesa de la biblioteca.

Incluso a una distancia segura, aquel manuscrito me estaba desafiando, amenazando las murallas que yo había levantado para separar mi carrera académica de mis derechos heredados como la última de las brujas Bishop. Allí, con mi doctorado ganado con esfuerzo, con mi propio puesto y los ascensos en la mano, con mi carrera que empezaba a florecer, había renunciado a la herencia familiar para crearme una vida que dependía de la razón y de mi capacidad como erudita, y no de inexplicables presentimientos y hechizos. Estaba en Oxford para terminar un proyecto de investigación. Cuando lo hubiese finalizado, mis conclusiones serían publicadas, demostradas con amplios análisis y notas a pie de página, y presentadas a colegas humanos, sin dejar espacio para los misterios y sin lugar alguno en mi trabajo para lo que sólo podía ser conocido por medio del sexto sentido de una bruja.

Pero —aunque de manera inconsciente— había pedido un manuscrito alquímico

que necesitaba para mi investigación y que también parecía poseer un poder sobrenatural que era imposible ignorar. Me moría por abrirlo y aprender más. Sin embargo, un impulso todavía mayor me retenía. ¿Era mi curiosidad algo intelectual, estaba relacionada con mis estudios? ¿O tenía algo que ver con la relación de mi familia con la brujería?

Respiré hondo el conocido aire de la biblioteca, me llené los pulmones y cerré los ojos, con la esperanza de que eso me ayudara a ver con claridad. La Bodleiana había sido siempre un santuario para mí, un lugar no relacionado con los Bishop. Metí las manos temblorosas debajo de los codos, fijé la mirada en el Ashmole 782 en la penumbra que avanzaba y me pregunté qué hacer.

Si mi madre hubiera estado en mi lugar, habría sabido la respuesta de manera instintiva. La mayoría de los miembros de la familia Bishop eran brujas y brujos con mucho talento, pero mi madre, Rebecca, era especial. Todo el mundo lo decía. Sus habilidades sobrenaturales se habían manifestado muy pronto, y cuando estaba en la escuela primaria podía superar en poderes mágicos a la mayoría de las brujas y brujos más antiguos de la comunidad local con su conocimiento instintivo de los hechizos, su sorprendente visión del futuro y su asombroso don para ver por debajo de la superficie de las personas y los hechos. La hermana menor de mi madre, mi tía Sarah, era una bruja muy hábil también, pero su talento era más convencional: buena mano para las pociones y un perfecto dominio de la tradición clásica de hechizos y encantamientos de la brujería.

Mis colegas historiadores no sabían nada de la familia, por supuesto, pero todos en Madison, la remota ciudad del estado de Nueva York donde yo había vivido con Sarah desde que tenía siete años, estaban al tanto de la historia de los Bishop. Mis antepasados se habían ido de Massachusetts después de la guerra de la Independencia. Para aquel entonces, había pasado ya más de un siglo desde que Bridget Bishop fuera ejecutada en Salem. De todas maneras, los rumores y los chismes les siguieron hasta su nuevo hogar. Después de mudarse para establecerse en Madison, los Bishop se esforzaron mucho para demostrar lo útil que podía ser tener vecinos brujos para curar enfermos y pronosticar el tiempo. Con el trascurso de los años, la familia echó raíces en la comunidad que resultaron ser lo suficientemente profundas como para resistir los inevitables brotes de superstición y temores humanos.

Pero mi madre sentía una curiosidad por el mundo que la llevó más allá de la seguridad de Madison. Fue primero a Harvard, donde conoció a un joven brujo llamado Stephen Proctor. Él también provenía de un antiguo linaje mágico y el deseo de experimentar la vida fuera del alcance de la historia y la influencia de su familia en Nueva Inglaterra. Rebecca Bishop y Stephen Proctor eran una pareja simpática, en la que la abierta y tan norteamericana franqueza de mi madre servía de contrapeso al

estilo más formal y anticuado de mi padre. Se convirtieron en antropólogos y se sumergieron en culturas y creencias extranjeras, compartiendo sus pasiones intelectuales junto con el profundo amor que sentían el uno por el otro. Después de conseguir puestos en el cuerpo docente de las escuelas de la zona —mi madre en su alma máter, mi padre en Wellesley—, hicieron viajes de investigación al extranjero y construyeron el hogar para su nueva familia en Cambridge.

Tengo pocos recuerdos de mi infancia, pero cada uno de ellos es vívido y asombrosamente claro. Todos tienen como protagonistas a mis padres: la sensación táctil de la pana en los codos de mi padre, los lirios del valle que perfumaban la colonia de mi madre, el tintineo de sus copas de vino las noches de los viernes cuando me enviaban a la cama y cenaban juntos a la luz de las velas. Mi madre me contaba cuentos para dormir, y el maletín marrón de mi padre hacía ruido cuando lo dejaba junto a la puerta de entrada. Estos recuerdos seguramente encontrarán algún eco en la mayoría de las personas.

Pero hay otras cosas que recuerdo de mis padres. Mi madre parecía que nunca se ocupaba de lavar la ropa sucia, pero mis prendas estaban siempre limpias y cuidadosamente dobladas. Las autorizaciones olvidadas para los viajes de estudio al zoológico aparecían en mi pupitre en el momento en que la maestra pasaba a recogerlas. Y fuese cual fuese el estado en que se encontrara el despacho de mi padre cuando yo iba a darle el beso de buenas noches (y por lo general parecía un lugar donde hubiera explotado algo), a la mañana siguiente estaba siempre perfectamente ordenado. Cuando estaba en la guardería le pregunté a la madre de mi amiga Amanda por qué se molestaba en lavar los platos con agua y jabón cuando lo único que hacía falta era amontonarlos, chasquear los dedos y susurrar algunas palabras. La señora Schmidt se rió ante mi extraña idea para afrontar las faenas domésticas, pero un brillo de confusión nubló sus ojos.

Esa noche mis padres me dijeron que teníamos que tener cuidado acerca de cómo hablábamos de la magia y con quién hablábamos de ella. Los humanos nos superaban en número y ellos sentían temor ante nuestros poderes, me explicó mi madre, y el miedo era la fuerza más poderosa del mundo. En esa época yo no confesaba que la magia —en especial la de mi madre— también me asustaba a mí.

De día, mi madre se asemejaba a la madre de cualquier otro niño de Cambridge: ligeramente desaliñada, un poco desorganizada y eternamente acosada por las presiones del hogar y del trabajo. Su pelo rubio estaba siempre elegantemente despeinado, aunque la ropa que usaba permanecía fiel a la moda de 1977: largas y ondulantes faldas, camisas y pantalones que le quedaban grandes y chalecos y chaquetas de hombre que compraba en tiendas de segunda mano a lo largo y a lo ancho de Boston, imitando a Annie Hall. Desde luego no era una persona a la que alguien mirara dos veces en la calle o en la fila del supermercado.

En la privacidad de nuestra casa, con las cortinas corridas y la puerta cerrada con llave, mi madre se convertía en otra persona. Sus movimientos manifestaban confianza y seguridad, sin apresuramientos ni agitación. A veces hasta parecía flotar. Mientras recorría la casa, cantando y recogiendo peluches y libros, su cara se transformaba lentamente en algo hermoso, como de otro mundo. Cuando mi madre estaba iluminada por la magia, uno no podía apartar los ojos de ella.

—Mamá tiene un petardo dentro de ella. —Era la manera en que mi padre lo explicaba con su sonrisa amplia e indulgente. Pero los petardos, según aprendí más adelante, no sólo eran brillantes y ruidosos. También eran imprevisibles y podían hacer que uno se sobresaltara y asustara.

Mi padre estaba en una conferencia una noche cuando mi madre decidió limpiar la plata y quedó fascinada por un bol de agua que había puesto en la mesa del comedor. Con la vista fija en la superficie cristalina, ésta quedó envuelta en una niebla que adquiría formas diminutas y fantasmales. Yo estaba encantada, con la boca abierta, con aquellas formas que crecían en número y llenaban la habitación de seres fantásticos. Pronto estuvieron todos trepando por las cortinas y colgados del techo. Grité pidiéndole ayuda a mi madre, pero ella seguía concentrada en el agua. Su concentración no se alteró hasta que algo medio humano, medio animal se me acercó arrastrándose y me pellizcó el brazo. Eso la sacó de sus ensoñaciones y estalló en una llovizna de luz roja enfadada que expulsó las apariciones y dejó un olor a plumas chamuscadas en la casa. Cuando regresó, mi padre sintió el olor extraño y su preocupación fue evidente. Nos encontró abrazadas en la cama. Al verlo, mi madre se deshizo en lágrimas de arrepentimiento. Nunca más me sentí del todo segura en el comedor.

Cualquier sensación de seguridad que hubiera quedado en mí desapareció después de cumplir los siete años, cuando mi madre y mi padre fueron a África, de donde no regresaron con vida.

Sacudí la cabeza para concentrarme otra vez en el dilema que tenía delante de mí. El manuscrito estaba en la mesa de la biblioteca, en medio del foco de luz de la lámpara. Su magia movilizaba algo oscuro y nudoso dentro de mí. Mis dedos volvieron a tocar el suave cuero. Esta vez la sensación de hormigueo resultó conocida. Recordé vagamente haber sentido ya antes algo parecido al revisar unos papeles que había sobre el escritorio en el despacho de mi padre.

Me aparté decididamente del volumen encuadernado en cuero para ocuparme de algo más racional: la búsqueda de la lista de textos de alquimia que había preparado antes de salir de New Haven. Estaba sobre mi mesa, escondida entre los papeles sueltos, fichas de préstamo de libros, recibos, lápices, bolígrafos y mapas de la biblioteca, cuidadosamente ordenados por colección y luego por el número asignado

a cada texto por un empleado de la biblioteca al entrar en la Bodleiana. Desde que llegué hacía unas semanas, había estado trabajando metódicamente, siguiendo esa lista. La descripción de catálogo del Ashmole 782, que había copiado, decía: *Antropología o tratado que contiene una breve descripción del hombre en dos partes: la primera, anatómica; la segunda, psicológica*. Como ocurría con la mayoría de las obras que yo estudiaba, no había manera de saber cuál era el contenido sólo por el título.

Mis dedos podían llegar a informarme acerca del libro sin abrir las tapas. La tía Sarah usaba siempre los dedos para saber lo que había en el correo antes de abrirlo, por si acaso el sobre contenía alguna factura que no quisiera pagar. De esa manera, podía alegar ignorancia cuando se descubriera que le debía dinero a la compañía eléctrica.

Los números dorados en el lomo hacían guiños.

Me senté para considerar las opciones.

¿Ignorar la magia, abrir el manuscrito y tratar de leerlo como un erudito humano?

¿Dejar el volumen hechizado y alejarme de allí?

Sarah se habría reído entre dientes encantada al verme en semejante aprieto. Siempre había sostenido que mis esfuerzos por mantenerme alejada de la magia eran vanos. Pero yo venía intentándolo desde el funeral de mis padres. En esa ocasión, las brujas presentes entre los invitados me habían escudriñado en busca de señales de que la sangre de los Bishop y de los Proctor estaba en mis venas. Se dedicaron a darme palmaditas con gesto alentador, prediciendo que era sólo cuestión de tiempo que yo ocupara el lugar de mi madre en el aquelarre local. Algunos habían susurrado sus dudas sobre la prudencia en la decisión de mis padres al casarse.

—Demasiado poder —susurraban cuando pensaban que yo no estaba escuchando —. Era evidente que iban a atraer la atención… incluso sin estudiar ni siquiera la antigua religión ceremonial.

Aquello fue suficiente motivo para que yo culpara de la muerte de mis padres al poder sobrenatural del que disponían y buscara para mí un estilo de vida diferente. Volví la espalda a todo lo relacionado con la magia y me sumergí en los asuntos de la adolescencia humana — caballos, muchachos y novelas románticas—, y traté de ser igual que los habitantes normales de la ciudad. En la pubertad tuve problemas de depresión y ansiedad. Un amable médico humano le aseguró a mi tía que aquello era muy normal.

Sarah no le habló de las voces, ni de mi costumbre de coger el teléfono un minuto o más antes de que sonara, ni tampoco le dijo que tenía que hechizar las puertas y las ventanas cuando había luna llena para evitar que me fuera a vagar por los bosques mientras dormía. Tampoco mencionó que cuando me enfadaba, las sillas de la casa se movían para formar una precaria pirámide antes de golpear contra el suelo una vez

que mi humor mejoraba.

Cuando cumplí trece años, mi tía decidió que ya era hora de que yo canalizara algo de mi poder en el aprendizaje de los fundamentos de la brujería. Encender velas con algunas palabras susurradas o disimular granos con una poción probada en el tiempo… sólo eran los primeros pasos habituales de una bruja adolescente. Pero yo era incapaz de controlar hasta el más simple de los hechizos, quemaba todas las pociones que mi tía me enseñaba a preparar y me negaba tercamente a someterme a sus pruebas para ver si había heredado la clarividencia asombrosamente exacta de mi madre.

Las voces, los fuegos y otras erupciones inesperadas disminuyeron a medida que mis hormonas se calmaban, pero mi escaso deseo de unirme a lo que era propio de mi familia permaneció. A mi tía Sarah la ponía nerviosa el hecho de tener una bruja sin formación en casa y, con cierto alivio, me envió a una universidad en Maine. Aparte de la magia, fue una típica historia de transición a la mayoría de edad.

Lo que me alejó de Madison fue mi intelecto. Siempre fui precoz, lo cual hizo que hablara y comenzara a leer antes que otros niños de mi edad. Ayudada por una prodigiosa memoria fotográfica —lo cual hacía que fuera fácil para mí recordar las páginas de los libros de texto para poner sin problemas la información requerida en los exámenes—, mi trabajo escolar pronto quedó definido como un lugar donde el mágico legado de mi familia era irrelevante. A los dieciséis años ya había cruzado los últimos años de la escuela secundaria para comenzar la universidad.

Allí, traté de hacerme primero un sitio en el departamento de teatro. Mi imaginación se sentía atraída por el espectáculo y el vestuario, y a mi mente le fascinaba la forma en que las palabras de un dramaturgo podían hacer realidad otros lugares y otros tiempos. Mis primeras representaciones fueron consideradas por mis profesores como ejemplos extraordinarios de la manera en que una buena actuación podía transformar a un estudiante universitario normal en otra persona. La primera señal de que estas metamorfosis podrían no haber sido el resultado del talento dramático se manifestó cuando estaba haciendo el papel de Ofelia en *Hamlet*. Tan pronto como fui elegida para el papel, mi pelo empezó a crecer a un ritmo anormal, para caer desde los hombros hasta la cintura. Me sentaba durante horas junto al lago del campus, irresistiblemente atraída por su brillante superficie, con mi nuevo cabello revoloteando y envolviéndome. El muchacho que hacía de Hamlet quedó atrapado por la ilusión, y tuvimos un apasionado aunque peligrosamente volátil romance. Poco a poco me fui disolviendo en la demencia de Ofelia, arrastrando conmigo al resto de los actores.

El resultado podría haber sido una serie de actuaciones fascinantes, pero cada nuevo papel traía nuevos desafíos. En mi segundo año de estudiante, la situación se hizo insostenible cuando fui elegida para el papel de Annabella en la obra *Lástima*

que sea una puta, de John Ford. Al igual que el personaje, yo atraía a una serie de devotos pretendientes —no todos ellos humanos— que me seguían por todo el campus. Cada vez que se negaban a dejarme tranquila después de que cayera el telón final, quedaba claro que, fuese lo que fuese lo que había sido desatado, no podía ser controlado. Yo no sabía muy bien cómo se había deslizado la magia en mi actuación, y no quería enterarme. Me corté el pelo muy corto. Dejé de usar faldas vaporosas y tops y opté por los jerséis de cuello alto negros, los pantalones caqui y los mocasines que usaban los más serios y ambiciosos estudiantes de Derecho. Mi energía sobrante estaba dirigida al atletismo.

Después de abandonar el departamento de teatro, intenté otras especialidades en mis estudios, buscando un campo que fuera lo suficientemente racional como para que jamás pudiera ceder ni un milímetro a la magia. Carecía yo de la precisión y la paciencia necesarias para las Matemáticas, y mis intentos en Biología fueron un desastre de pruebas fallidas y experimentos de laboratorio incompletos.

Al final de mi segundo año como estudiante universitaria, el secretario académico me exigió que escogiera alguna especialidad o tendría que pasar un quinto año en la universidad. Un programa de estudio de verano en Inglaterra me ofreció la oportunidad de alejarme todavía más de todo lo que tuviera que ver con los Bishop. Me enamoré de Oxford, del brillo silencioso de sus calles por la mañana. Mis cursos de historia se ocupaban de las hazañas de los reyes y las reinas, y las únicas voces en mi cabeza eran aquellas que susurraban desde libros escritos en los siglos XVI y XVII. Esto podía ser totalmente atribuido a la gran literatura. Y lo que era mejor, nadie en esa ciudad universitaria me conocía, y si había brujas en la ciudad aquel verano, se mantuvieron lejos de mí. Regresé a casa, informé de que había elegido la especialidad de Historia, saqué todos los cursos requeridos en un tiempo récord y me licencié con éxito antes de cumplir veinte años.

Cuando decidí hacer mi doctorado, el de Oxford fue mi primera elección entre los programas posibles. Mi especialidad era la historia de la ciencia, y mi investigación se concentró en el periodo en que ésta reemplazó a la magia, la época en que la astrología y las cazas de brujas cedieron paso a Newton y las leyes universales. La búsqueda de un orden racional en la naturaleza, en lugar de un orden sobrenatural, era un reflejo de mis propios esfuerzos por alejarme de lo oculto. Las líneas de separación que yo ya había trazado entre lo que ocurría en mi mente y lo que llevaba en mi sangre se hicieron más claras.

Mi tía Sarah dejó escapar un resoplido cuando se enteró de mi decisión de especializarme en la química del siglo XVII. Su pelo rojo brillante era un signo exterior de su temperamento vivo y su lengua afilada. Era una bruja que hablaba sin rodeos, sensata, que se imponía de inmediato en cualquier lugar que entrara. Como baluarte de la comunidad de Madison, Sarah era llamada con frecuencia para poner

las cosas en su sitio cuando había una crisis, grande o pequeña, en la ciudad. Nos llevábamos mucho mejor desde que estaba fuera del alcance de su dosis diaria de agudas observaciones acerca de la fragilidad y la incoherencia humanas.

Aunque estábamos separadas por cientos de kilómetros, Sarah pensó que mis últimos intentos de evitar la magia eran ridículos, y me lo hizo saber.

—A eso solíamos llamarlo alquimia —dijo—. Hay mucha magia en eso.

—No, no la hay —protesté yo acaloradamente. La tesis central de mi trabajo era mostrar lo científica que era en realidad esa actividad—. La alquimia nos habla acerca del crecimiento de la experimentación, no de la búsqueda de un elixir mágico que convierta el plomo en oro y vuelva inmortales a las personas.

—Si tú lo dices… —replicó Sarah poco convencida—. Pero es un tema bastante extraño para escogerlo precisamente tú, que tratas de pasar por humana.

Después de obtener mi título, luché ferozmente por conseguir un puesto en el cuerpo docente de Yale, el único sitio que era más inglés que Inglaterra. Los colegas me advirtieron de que tenía pocas posibilidades de conseguir una plaza fija. Publiqué dos libros, gané un puñado de premios y recibí unas cuantas subvenciones para investigación. Luego recibí mi puesto de titular y demostré a todos que estaban equivocados.

Y lo que era más importante, mi vida a partir de entonces fue enteramente mía. Nadie en mi departamento, ni siquiera los especialistas en historia de América, relacionaba mi apellido con el de la primera mujer de Salem ejecutada por brujería en 1692. Para conservar mi duramente ganada autonomía, seguí manteniendo todo indicio de magia o de brujería lejos de mi vida. Por supuesto, había excepciones, como la vez en que recurrí a uno de los hechizos de Sarah cuando la lavadora empezó a llenarse de agua y amenazó con inundar mi pequeño apartamento en Wooster Square. Pero nadie es perfecto.

En ese momento, al volver a la realidad tras rememorar aquella parte de mi historia personal, contuve la respiración, cogí el manuscrito con ambas manos y lo puse en uno de los atriles en forma de cuña que la biblioteca proporcionaba para proteger sus libros más valiosos. Había tomado una decisión: iba a actuar como un especialista serio y trataría al Ashmole 782 como un manuscrito cualquiera. Iba a ignorar la quemazón en la punta de mis dedos, el extraño olor del libro, y simplemente iba a describir su contenido. Luego decidiría —lo más profesionalmente posible— si valía la pena dedicarle mayor atención. De todos modos, me temblaron los dedos cuando solté los pequeños cierres de latón.

El manuscrito dejó escapar un suave suspiro.

Con una mirada rápida por encima del hombro, me aseguré de que el lugar seguía estando todavía vacío. Sólo se escuchaba otro ruido, el del fuerte tictac del reloj de la sala de lectura.

Después de decidir no prestar atención al hecho de que el libro había suspirado, me volví hacia mi ordenador portátil y abrí un nuevo archivo. Esta tarea cotidiana —la había realizado centenares, si no miles, de veces antes— resultó tan reconfortante como las pulcras marcas de control en mi lista. Escribí el nombre y número del manuscrito y copié el título de la descripción de catálogo. Observé su tamaño y encuadernación para describir ambos en detalle.

Lo único que quedaba por hacer era abrir el manuscrito.

A pesar de haber soltado los cierres, resultó difícil abrir la cubierta, como si estuviera pegada a las páginas debajo de ella. Solté una imprecación entre dientes y dejé la palma de la mano apoyada sobre el cuero durante un instante, con la esperanza de que el Ashmole 782 sólo necesitara un momento para conocerme. No era exactamente magia eso de poner una mano sobre un libro. Sentí un hormigueo en la palma, igual que cuando sentía un cosquilleo en la piel cuando una bruja me miraba, y la tensión desapareció del manuscrito. Después de eso, resultó fácil abrir la tapa.

La primera página era de papel rústico. En la segunda hoja, que era de pergamino, estaban las palabras *Antropología o tratado que contiene una breve descripción del hombre* escritas con la letra de Ashmole. Las curvas claras y redondas me resultaban casi tan conocidas como mi propia letra. La segunda parte del título — *en dos partes: la primera, anatómica; la segunda, psicológica* — estaba escrita con lápiz y con otra letra, de época posterior. Me resultó conocida también, pero no pude identificarla. Con sólo rozar la escritura podría tener alguna pista, pero eso iba en contra de las reglas de la biblioteca y sería imposible documentar la información que mis dedos pudiera conseguir. En lugar de ello, tomé nota en el archivo del ordenador respecto al uso de tinta y lápiz, de las dos diferentes caligrafías y las posibles fechas de las inscripciones.

Cuando pasé la primera página, noté que el pergamino era anormalmente pesado y resultó ser la fuente del olor extraño del manuscrito. No sólo era antiguo. Había algo más, una combinación de moho y almizcle que no tenía ningún nombre. Y de inmediato me di cuenta de que tres hojas habían sido arrancadas cuidadosamente de la encuadernación.

Al fin había algo fácil de describir. Mis dedos volaron sobre las teclas: «Retirados al menos tres folios, con una regla o una navaja». Examiné atentamente la hendidura del lomo del manuscrito, pero no pude averiguar si faltaba alguna otra página. Cuanto más acercaba el pergamino a mi nariz, más me distraían el poder y el extraño olor del manuscrito.

Dirigí mi atención a la ilustración que seguía al lugar donde debían haber estado las páginas que faltaban. Mostraba a una niña que flotaba en un vaso de cristal transparente. La pequeña tenía una rosa plateada en una mano y una rosa dorada en la otra. En sus pies aparecían unas alas diminutas, y gotas de líquido rojo caían sobre su

largo cabello negro. Debajo de la imagen había un rótulo escrito con tinta negra de trazo grueso que indicaba que se trataba de una representación de la hija filosófica, una imagen alegórica de un paso crucial en la creación de la piedra filosofal, la sustancia química que prometía otorgar al que la poseyera salud, riqueza y sabiduría.

Los colores eran luminosos y estaban sorprendentemente bien conservados. Antiguamente, los artistas mezclaban piedra molida y gemas en sus pinturas para producir colores tan intensos. Y la imagen misma había sido dibujada por alguien con verdadera destreza artística. Tuve que sentarme sobre las manos para impedir que trataran de averiguar más cosas tocando aquí y allá.

Pero el iluminador, a pesar de todo su talento, había introducido detalles erróneos. El vaso de cristal tenía que haber señalado hacia arriba, no hacia abajo. La figura debía ser mitad negro y mitad blanco, para mostrar que era un hermafrodita. Y debería haber tenido genitales masculinos y pechos femeninos, o dos cabezas por lo menos.

La imaginería alquímica era alegórica y notoriamente compleja. Ésa era la razón por la que yo la estudiaba, buscando líneas que pudieran revelar un enfoque sistemático y lógico para la transformación química en los días previos a la tabla periódica de los elementos. Las imágenes de la luna eran casi siempre representaciones de la plata, por ejemplo, mientras que las del sol estaban asociadas al oro. Cuando los dos eran combinados químicamente, el proceso era representado como una boda. Con el tiempo, las imágenes habían sido reemplazadas por palabras. Esas palabras, a su vez, se convirtieron en la gramática de la química.

Pero este manuscrito ponía a prueba mi creencia en la lógica de los alquimistas. Cada ilustración tenía por lo menos un defecto fundamental, y no había ningún texto que lo acompañara para ayudar a darle sentido a todo aquello.

Busqué algo —cualquier cosa— que coincidiera con mis conocimientos de alquimia. A la débil luz aparecieron ligeros vestigios de escritura sobre una de las páginas. Incliné la lamparilla para que brillara más.

No había nada allí.

Lentamente pasé la página como si fuera una frágil hoja.

Las palabras brillaban y se movían sobre la superficie, cientos de palabras invisibles a menos que el ángulo de la luz y la perspectiva del observador fueran los correctos.

Sofoqué un grito de sorpresa.

El Ashmole 782 era un palimpsesto, un manuscrito dentro de otro manuscrito. Cuando el pergamino escaseaba, los escribas lavaban cuidadosamente la tinta de los libros antiguos y luego escribían el nuevo texto sobre las hojas en blanco. Con el tiempo, el escrito anterior a menudo reaparecía como un fantasma de texto, visible con la ayuda de la luz ultravioleta, que permitía verlo por debajo de las manchas de

tinta, devolviendo la vida al texto desteñido.

Sin embargo, no existía una luz ultravioleta suficientemente poderosa como para revelar aquellos trazos. Aquél no era un palimpsesto común. El texto escrito no había sido lavado, había sido escondido con una especie de hechizo. Pero ¿por qué iba alguien a tomarse la molestia de hechizar el texto en un libro de alquimia? Hasta los expertos tenían dificultades para entender el oscuro lenguaje y la fantasiosa imaginería que usaban los autores.

Aparté la vista de las apenas perceptibles letras, que se movían demasiado rápidamente como para que yo pudiera leerlas, para concentrarme y escribir una sinopsis del contenido del manuscrito. «Desconcertante —escribí—. Leyendas para las imágenes de los siglos XV al XVII, imágenes del siglo XV principalmente. ¿Las fuentes de las imágenes tal vez más antiguas? Mezcla de papel y vitela. Tintas de color y negra, las primeras de una gran calidad poco común. Ilustraciones bien realizadas, pero los detalles son incorrectos, incompletos. Retrata la creación de la piedra filosofal, parto/creación alquímico, muerte, resurrección y transformación. ¿Una copia confusa de un manuscrito más antiguo? Un libro extraño, lleno de anomalías».

Mis dedos vacilaron encima de las teclas.

Los eruditos pueden tomar dos posturas cuando descubren información que no se corresponde con lo que ya saben: o bien la dejan de lado para que no ponga en peligro sus preciadas teorías, o bien se concentran en ella con una intensidad de rayo láser y tratan de llegar al fondo del misterio. Si el libro no hubiera estado hechizado, podría haberme sentido tentada de hacer esto último. Pero debido a que estaba embrujado, me sentía fuertemente inclinada a hacer lo primero.

Y cuando tienen dudas, los eruditos generalmente posponen la decisión.

Escribí una ambivalente línea final: «¿Se necesita más tiempo? Posiblemente tenga que volver a solicitarlo».

Casi sin respirar, cerré la tapa y la ajusté con un ligero tirón. Corrientes mágicas resonaban todavía en todo el manuscrito, siendo especialmente intensas alrededor de los cierres.

Cuando estuvo cerrado, me quedé aliviada, mirando fijamente el Ashmole 782 durante unos momentos más. Mis dedos querían regresar y tocar el cuero marrón. Pero esta vez me resistí, tal como me había resistido a tocar las inscripciones y las ilustraciones para saber más de lo que un historiador humano podía legítimamente asegurar que sabía.

La tía Sarah me había dicho siempre que la magia era un don. Si lo era, había en ella lazos que me ligaban a todas las brujas Bishop que habían existido antes que yo. Había que pagar un precio para usar ese poder mágico heredado y para utilizar los hechizos y encantamientos que constituían el oficio cuidadosamente preservado de

las brujas. Al abrir el Ashmole 782, había atravesado el muro que separaba la magia de mis estudios eruditos. Pero de vuelta otra vez al lado correcto, estaba más decidida que nunca a permanecer allí.

Recogí mi ordenador y mis notas, levanté el montón de manuscritos, poniendo cuidadosamente el Ashmole 782 debajo de los otros. Afortunadamente, Gillian no estaba en su mesa, aunque sus papeles todavía estaban desperdigados sobre ella. Seguramente pensaba trabajar hasta tarde y había salido a tomar una taza de café.

—¿Has terminado? —quiso saber Sean cuando llegué al mostrador de préstamos.

—No del todo. Me gustaría reservar los tres de arriba para el lunes.

—¿Y el cuarto?

—Con ése ya he acabado —espeté, deslizando los manuscritos hacia él—. Puedes volver a ponerlo en su sitio.

Sean lo colocó encima de un montón de libros para devolver que ya había recogido. Me acompañó hasta la escalera, nos despedimos y desapareció detrás de una puerta giratoria. La cinta transportadora que iba a devolver al Ashmole 782 al interior de la biblioteca se puso en marcha.

Casi me giré para detenerlo, pero lo dejé marchar.

Tenía la mano levantada para empujar y abrir la puerta de la planta baja, cuando el aire a mi alrededor me envolvió con fuerza, como si la biblioteca me estuviera apretando. El aire brilló durante una fracción de segundo, tal como habían hecho las páginas del manuscrito en la mesa de Sean, haciéndome temblar involuntariamente y erizando el vello en mis brazos.

Algo acababa de ocurrir. Algo mágico.

Giré el rostro hacia la sala de lectura Duke Humphrey, y mis pies amenazaron con seguirlo.

«No es nada», pensé, y salí resueltamente de la biblioteca.

«¿Estás segura?», susurró una voz largamente ignorada.

Capítulo
2

Las campanas de Oxford sonaron siete veces. La noche no seguía al crepúsculo con la misma lentitud que lo habría hecho hacía unos meses, pero la transformación todavía persistía. El personal de la biblioteca había encendido las lámparas hacía apenas treinta minutos, que lanzaban pequeñas lagunas doradas en medio de la luz grisácea.

Era el 21 de septiembre. En todo el mundo, las brujas estaban compartiendo una comida en la víspera del equinoccio de otoño para celebrar Mabon y dar la bienvenida a la inminente oscuridad del invierno. Pero las brujas de Oxford iban a tener que arreglárselas sin mí. Yo tenía programado dar el discurso de apertura en un importante congreso el mes siguiente. Mis ideas todavía eran difusas y me estaba poniendo nerviosa.

Mi estómago protestó sólo de pensar en lo que mis pares, las brujas, podrían estar comiendo en alguna parte de Oxford. Había estado en la biblioteca desde las nueve y media de la mañana, y sólo había hecho una breve pausa para comer.

Sean se había tomado el día libre, y la persona que lo reemplazaba en el mostrador de préstamos era nueva. Me planteó alguna dificultad cuando le pedí un artículo bastante deteriorado y trató de convencerme de que usara el microfilm. El supervisor de la sala de lectura, el señor Johnson, oyó por casualidad la conversación y salió de su oficina para intervenir.

—Mis disculpas, doctora Bishop —se apresuró a decir, ajustándose unas pesadas gafas de montura oscura sobre la nariz—. Si usted tiene que consultar este manuscrito para su investigación, se lo facilitaremos encantados. —Desapareció para ir a buscar el artículo de préstamo restringido y lo entregó con nuevas disculpas por la contrariedad y por la inexperiencia del personal. Contenta de que mis credenciales como erudita hubieran tenido éxito, pasé la tarde leyendo alegremente.

Quité los dos pesos enrollados de las esquinas superiores del manuscrito y lo cerré con cuidado, contenta por la cantidad de trabajo realizado. Después de tropezar con el manuscrito hechizado el viernes anterior, había dedicado el fin de semana a tareas rutinarias en vez de a la alquimia para así recuperar un cierto sentido de normalidad. Llené formularios de reembolsos financieros, pagué facturas, escribí cartas de recomendación e incluso terminé la reseña de un libro. Estas tareas estuvieron entremezcladas con rituales domésticos como lavar la ropa sucia, beber copiosas cantidades de té y probar recetas de los programas de cocina de la BBC.

Tras empezar temprano esa mañana, había pasado el día tratando de concentrarme

en las tareas que realizaba, en lugar de detenerme demasiado en mis recuerdos de las extrañas ilustraciones y el misterioso palimpsesto del Ashmole 782. Miré la breve lista de cosas que tenía que hacer a lo largo del día y las fui anotando. De las cuatro preguntas de mi lista de asuntos para seguir investigando, la tercera era la más fácil de resolver. La respuesta estaba en una antigua revista, *Notas e Investigaciones*, que estaba archivada en los estantes de una de las vitrinas que ascendían hacia los altos techos de la sala. Empujé mi sillón y decidí marcar como ya realizado uno de los temas de mi lista antes de alejarme.

Se accedía a los estantes superiores de la sección de la sala de lectura Duke Humphrey conocida como el ala Selden por medio de unas gastadas escaleras que llevaban a una galería que quedaba sobre las mesas de lectura. Subí los tortuosos peldaños hacia los estantes de madera donde se alineaban cuidadosamente los antiguos libros cubiertos por la dura tela *buckram* . Nadie, salvo un viejo profesor de literatura del Magdalen College y yo, parecía usarlos. Localicé el volumen y murmuré una imprecación entre dientes. Estaba en el estante más alto, justo fuera de mi alcance.

Una grave risa ahogada me sobresaltó. Giré la cabeza para ver quién se había sentado en la mesa en el extremo más lejano de la galería, pero allí no había nadie. Estaba oyendo cosas otra vez. Oxford era todavía una ciudad fantasma, y cualquiera que perteneciera a la universidad ya se había ido hacía una hora para beber una copa de jerez gratis antes de la cena en la sala común de estudiantes del último año de su propio *college*. Debido a la festividad de Wiccan, incluso Gillian se había marchado al caer la tarde, después de hacerme una última invitación y echar un vistazo a mi material de lectura con los ojos entrecerrados.

Busqué la escalera taburete de la galería, pero no la encontré. En la Bodleiana escaseaban de manera notoria tales elementos, y tardaría quince minutos en encontrar uno en la biblioteca y llevarlo arriba para coger el volumen. Vacilé. Aunque había tenido en mis manos un libro hechizado, me había resistido a la considerable tentación de hacer más magia un viernes. Además, nadie lo vería.

A pesar de mis razonamientos, mi piel sintió un hormigueo de angustia. No violaba mis propias reglas muy a menudo, y llevaba una cuenta mental de las situaciones que me habían incitado a recurrir a mi magia en busca de ayuda. Aquélla era la quinta vez ese año, incluyendo el hechizo de la lavadora estropeada y el haber tocado el Ashmole 782. No estaba tan mal para finales septiembre, pero tampoco era mi mejor marca personal.

Respiré hondo, levanté la mano e imaginé el libro en ella.

El volumen 19 de *Notas e Investigaciones* se deslizó cinco centímetros hacia atrás, se inclinó en ángulo como si una mano invisible lo estuviera arrastrando y cayó para golpear con fuerza en la palma abierta de mi mano. Una vez allí, se abrió en la

página que yo necesitaba.

Había tardado tres segundos. Dejé escapar otro suspiro para liberarme un poco del sentimiento de culpa. Repentinamente, sentí una mirada helada entre mis omóplatos.

Me habían visto, y no era un observador humano normal. Cuando una bruja examina a otra, el roce de sus ojos se siente como un hormigueo. Sin embargo, las brujas no son las únicas criaturas que comparten el mundo con los humanos. También hay daimones, criaturas creativas, artísticas, que caminan por una cuerda floja entre la demencia y el genio. Mi tía describía a estos seres extraños y desconcertantes como «estrellas de rock y asesinos en serie». Además, hay vampiros, antiguos y hermosos, que se alimentan de sangre y, si no lo matan a uno antes, resultan totalmente encantadores.

Cuando un daimón me mira, siento la presión leve y perturbadora de un beso. Pero cuando un vampiro mira fijamente, se siente un frío concentrado y peligroso.

Recorrí mentalmente a todos los lectores en la sala Duke Humphrey. Había habido un vampiro, un monje angelical que examinaba detenidamente misales medievales y devocionarios como un amante. Pero no se encuentran con frecuencia vampiros en las salas de libros raros. Ocasionalmente, alguno sucumbía a la vanidad y a la nostalgia y entraba para recordar el pasado, pero eso no era habitual.

Era mucho más normal encontrar brujas y daimones en las bibliotecas. Gillian Chamberlain había estado allí aquel día, estudiando sus papiros con una lupa. Y definitivamente había dos daimones en la sala de consulta de música. Habían levantado la vista, aturdidos, cuando pasé caminando rumbo a Blackwell’s a tomar el té. Uno me dijo que le trajera un café con un poco de leche al volver, lo cual era una señal de lo abstraído que estaba en fuese cual fuese la locura que se había apoderado de él en ese momento.

No, era un vampiro quien me miraba en ese instante.

Me había encontrado con algunos vampiros, ya que yo trabajaba en un terreno en que me ponía en contacto con científicos, y había gran número de vampiros en los laboratorios de todo el mundo. La ciencia recompensa el intenso estudio y la paciencia. Y gracias a sus solitarias costumbres de trabajo, un científico podía tener un círculo reducido de conocidos, prácticamente limitado a sus compañeros de trabajo más cercanos. Eso hacía que una vida que abarcaba siglos en vez de décadas fuera mucho más fácil de llevar.

En estos tiempos, los vampiros se orientaban hacia los aceleradores de partículas, los proyectos para descifrar el genoma y la biología molecular. En otras épocas habían acudido en tropel a la alquimia, la anatomía y la electricidad. Si alguna actividad incluía explosiones, involucraba sangre o prometía revelar los secretos del universo, con seguridad habría un vampiro por allí.

Agarré mi ejemplar de *Notas e Investigaciones* conseguido de forma poco

ortodoxa y me volví para encararme con el testigo. Estaba entre las sombras, al otro lado de la sala, delante de los libros de consulta de paleografía, apoyado contra uno de los elegantes pilares de madera que sostenían la galería. Un ejemplar abierto de la *Guía para escrituras usadas en inglés hasta 1500,* de Janet Roberts, se balanceaba en sus manos.

Nunca había visto a aquel vampiro antes, pero estaba bastante segura de que no necesitaba ayuda sobre la manera de descifrar viejas caligrafías.

Cualquiera que haya leído algún *best seller* en edición de bolsillo o incluso haya visto televisión sabe que los vampiros son algo que te deja sin aliento, pero nada te prepara para ver un vampiro real. Sus estructuras óseas están tan delineadas que parecen cinceladas por un escultor experto. Además, se mueven, o hablan, y la mente no puede ni siquiera empezar a absorber lo que está viendo. Cada movimiento está lleno de gracia; cada palabra es musical. Además sus ojos son irresistibles, y es así precisamente como atrapan a sus presas. Una larga mirada, algunas palabras suaves, un roce. Cuando uno queda enganchado en la trampa de un vampiro, no hay posibilidad de huida.

Al mirar atentamente a aquel vampiro me di cuenta, con una gran sensación de angustia, de que mis conocimientos sobre el tema eran, ¡ay!, en gran parte teóricos. Poco me servían en ese momento en que me enfrentaba a uno en la Biblioteca Bodleiana.

El único vampiro con el que yo había tenido un encuentro, más bien fugaz, trabajaba en el acelerador de partículas nuclear en Suiza. Jeremy era muy delicado y hermoso, pelo rubio brillante, ojos azules y una risa contagiosa. Se había acostado con la mayoría de las mujeres en el cantón de Ginebra y en ese momento se estaba abriendo paso por la ciudad de Lausana. Qué era lo que hacía después de seducirlas era algo que yo nunca traté de investigar a fondo, y rechacé sus insistentes invitaciones a salir a tomar una copa. Siempre pensé que Jeremy era representativo de su raza. Pero en comparación con el que en ese momento tenía delante, parecía huesudo, desgarbado y extremadamente joven.

Éste era alto. Medía casi dos metros, incluso teniendo en cuenta los problemas de perspectiva relacionados con el hecho de estar mirándolo desde lo alto de la galería. Y decididamente no era muy delicado en sus formas. Los anchos hombros se estrechaban en caderas esbeltas, que se convertían en piernas delgadas y musculosas. Sus manos eran sorprendentemente largas y ágiles, una señal de delicadeza fisiológica que motivó que mi mirada se fijase en ellas para intentar descubrir cómo podían pertenecer a un hombre de semejante estatura.

Mientras mis ojos lo recorrían de arriba abajo, los suyos estaban fijos en mí. Desde el otro lado de la sala parecían negros como la noche, mirando por debajo de unas cejas gruesas e igualmente negras. Una de ellas se enarcaba formando una curva

que sugería la forma de un signo de interrogación. Su cara resultaba sorprendente, con diferentes planos y superficies; sus pómulos se elevaban en ángulo hacia las cejas que protegían y daban sombra a sus ojos. Por encima de la barbilla se encontraba uno de los pocos rasgos en donde parecía reflejarse la ternura: una gran boca que, al igual que sus largas manos, no parecía armonizar con el resto.

Pero lo más perturbador en él no era su perfección física, sino la combinación salvaje de fuerza, agilidad e inteligencia aguda que era palpable incluso desde el otro lado de la sala. Con sus pantalones negros y el suave jersey gris, su cabello negro peinado hacia atrás, arrancando de la frente y muy corto en la nuca, parecía una pantera dispuesta a atacar en cualquier momento, pero que no tenía ninguna prisa por comenzar.

Sonrió. Fue una sonrisa pequeña y educada sin mostrar los dientes. De todas maneras, yo sabía muy bien que estaban allí, situados en hileras perfectamente rectas y afiladas detrás de sus pálidos labios.

El simple hecho de pensar en «dientes» envió una instintiva corriente de adrenalina por todo mi cuerpo, haciendo que mis dedos sintieran un hormigueo. De pronto, lo único en lo que podía pensar era en salir de inmediato de aquella sala. «Sal ya», me dije.

La escalera parecía más alejada de los cuatro pasos que se necesitaban para llegar a ella. Bajé corriendo hasta el piso de abajo, tropecé en el último escalón, y me lancé directamente a los brazos del vampiro, que me estaba esperando.

Por supuesto, había llegado antes que yo al pie de las escaleras.

Sus dedos estaban fríos y sus brazos parecía más de acero que de carne y hueso. El aire estaba impregnado con aromas de clavo, canela y algo que me recordaba al incienso. Me ayudó a ponerme de pie, levantó *Notas e Investigaciones* del suelo y me lo entregó con una pequeña reverencia.

—La doctora Bishop, supongo.

Asentí con un gesto mientras temblaba de pies a cabeza.

Metió los dedos largos y pálidos de su mano derecha en un bolsillo y sacó una tarjeta de visita blanca y azul que me ofreció.

—Matthew Clairmont.

Cogí el borde de la tarjeta, con cuidado de no tocar sus dedos al hacerlo. El conocido logotipo de la Universidad de Oxford, con las tres coronas y el libro abierto, estaba impreso junto al nombre de Clairmont, seguido por una serie de iniciales que indicaban que ya era miembro de la Royal Society.

No estaba mal para alguien que parecía tener entre treinta y cinco y cuarenta años, aunque imaginé que su verdadera edad seguramente fuese al menos diez veces superior.

En cuanto a su especialidad de investigación, no fue ninguna sorpresa ver que el

vampiro era profesor de Bioquímica y asociado a Neurociencia de Oxford en el hospital John Radcliffe. Sangre y anatomía, dos de los elementos favoritos de los vampiros. La tarjeta tenía tres números de teléfono diferentes del laboratorio, además de un número del despacho y una dirección de correo electrónico. Puede que yo no lo hubiese visto hasta ese momento, pero desde luego resultaba imposible no encontrarlo.

—Profesor Clairmont —musité sin que apenas las palabras llegaran a mi garganta, y contuve el impulso de salir corriendo dando gritos hacia la salida.

—No nos conocemos —continuó, con un extraño acento en la voz. Se trataba del típico acento universitario de Oxford-Cambridge pero con un toque que me resultaba difícil identificar. Descubrí que sus ojos, que en ningún momento se apartaron de mi cara, en realidad no eran oscuros, sino que estaban dominados por pupilas dilatadas con un iris formado por una franja gris verdosa. Su atractivo era intenso, y me resultaba imposible apartar la mirada.

El vampiro movió de nuevo la boca.

—Soy un gran admirador de su trabajo.

Abrí los ojos desmesuradamente. No era imposible que un profesor de Bioquímica estuviera interesado en la alquimia del siglo XVII, pero parecía muy poco probable. Puse los dedos en el cuello de mi blusa blanca y recorrí con la mirada la sala. Éramos las dos únicas personas allí. No había nadie en el viejo mueble de roble donde se archivaban las fichas ni en la cercana mesa de ordenadores. Fuese quien fuese el que estuviese en el mostrador de devoluciones, se encontraba demasiado lejos como para acudir en mi ayuda.

—Su artículo sobre el simbolismo del color en la transformación alquímica me resultó fascinante, y su trabajo sobre el enfoque de Robert Boyle para los problemas de la expansión y la contracción resulta muy persuasivo —continuó Clairmont con suavidad, como si estuviera acostumbrado a ser el único participante activo de una conversación—. No he terminado todavía su libro más reciente sobre el aprendizaje y la educación alquímicos, pero estoy disfrutando muchísimo de él.

—Gracias —susurré.

Su mirada pasó de mis ojos a mi garganta.

Dejé de toquetear los botones alrededor de mi cuello.

Sus ojos antinaturales volvieron a mirar los míos.

—Usted tiene una manera maravillosa de evocar el pasado para sus lectores. —Tomé eso como un cumplido, ya que un vampiro sabría si era erróneo. Clairmont hizo una breve pausa—. ¿Podría invitarla a cenar?

Abrí la boca, asombrada. ¿A cenar? Tal vez no me fuera posible escapar de él en la biblioteca, pero no había razón para quedarme con él durante toda una comida…, sobre todo una que no iba a compartir, si teníamos en cuenta sus hábitos alimenticios.

—Tengo planes —dije repentinamente, incapaz de formular una explicación razonable acerca de esos planes. Matthew Clairmont debía de saber que yo era una bruja, y que obviamente no estaba celebrando Mabon.

—Es una pena —murmuró, con una ligera sonrisa en sus labios—. En otra ocasión, quizás. Usted permanecerá en Oxford durante un año, ¿verdad?

Estar cerca de un vampiro era siempre algo perturbador, y el aroma a clavo de Clairmont me recordaba al extraño olor del Ashmole 782. Incapaz de pensar con claridad, me limité a asentir con la cabeza. Era más seguro.

—Eso pensaba —dijo Clairmont—. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos. Oxford es una ciudad muy pequeña.

—Muy pequeña —repetí, deseando estar desarrollando mi trabajo en Londres en aquel momento.

—Hasta entonces, doctora Bishop. Ha sido un placer. —Clairmont tendió su mano. Con la excepción de su breve exploración de mi cuello, en ningún momento había apartado sus ojos de los míos. Y me pareció que ni siquiera había parpadeado. Hice un gran esfuerzo por no ser la primera en apartar la mirada.

Llevé la mano hacia delante. Vacilé un momento antes de coger la suya. Hubo una fugaz presión antes de que él la retirara. Retrocedió, sonrió, y luego desapareció en la oscuridad de la parte más antigua de la biblioteca.

Permanecí inmóvil hasta que mis manos heladas pudieron moverse sin dificultad otra vez, entonces regresé a mi mesa y apagué mi ordenador. Mientras recogía mis papeles, *Notas e Investigaciones* me preguntó de manera acusadora por qué me había molestado en ir a buscarla si ni siquiera iba a echarle una ojeada. Mi lista de tareas estaba también llena de reproches. Arranqué la hoja, la arrugué y la arrojé a la papelera de mimbre bajo la mesa.

—«No te inquietes por lo que ocurrirá mañana»[1] —farfullé por lo bajo.

El supervisor vespertino de la sala de lectura miró su reloj cuando devolví los manuscritos.

—Hoy termina temprano, doctora Bishop.

Asentí con un gesto, con los labios cerrados con fuerza para evitar preguntarle si sabía que había un vampiro en la sección de consulta de paleografía.

Recogió la pila de cajas de cartón gris que contenían los manuscritos.

—¿Los va a necesitar mañana?

—Sí —murmuré—. Mañana.

Una vez cumplida mi última obligación de estudiosa antes de retirarme de la biblioteca, quedé en libertad. Mis zapatos taconearon contra el suelo de linóleo y resonaron entre las paredes de piedra mientras apresuraba el paso a través de las puertas de celosía de la sala de lectura pasando junto a los libros protegidos de dedos curiosos por cintas de terciopelo, bajando las desgastadas escaleras de madera hacia

el patio interior cerrado de la planta baja. Me apoyé sobre la barandilla de hierro que rodeaba la estatua de bronce de William Herbert y aspiré el aire frío hacia mis pulmones, en un esfuerzo por hacer que los vestigios de clavo y canela abandonaran mis fosas nasales.

Siempre había cosas aterradoras en la noche de Oxford, me dije a mí misma con severidad. Pues bien, había un vampiro más en la ciudad.

Además de lo que me dije a mí misma en aquel patrio interior, el camino de regreso a casa lo hice más rápido que de costumbre. La oscuridad de New College Lane era una perspectiva espeluznante en el mejor de los casos. Pasé mi tarjeta por el lector en el portón trasero del New College y sentí que parte de la tensión abandonaba mi cuerpo cuando la puerta sonó al cerrarse detrás de mí, como si cada puerta y cada pared que me separaban de la biblioteca de alguna manera me mantuvieran a salvo. Di un rodeo por debajo de los ventanales de la capilla y atravesé el estrecho pasaje hacia el patio desde el que se podía ver el único jardín medieval existente en Oxford, incluido el tradicional montículo que en otro tiempo había brindado una verde posibilidad para que los estudiantes consideraran y contemplaran los misterios de Dios y de la naturaleza. Esa noche, los chapiteles y los pasajes abovedados de la universidad tenían un aspecto particularmente gótico, y yo estaba ansiosa por entrar.

Cuando la puerta de mi apartamento se cerró detrás de mí, dejé escapar un suspiro de alivio. Vivía yo en lo más alto de una de las escaleras para el cuerpo docente del *college*, en alojamientos reservados a antiguos miembros visitantes. Mis habitaciones, que incluían un dormitorio, una sala de estar con una mesa redonda para cenar y una agradable y pequeña cocina, estaban decoradas con grabados antiguos y revestimiento de madera. Todo el mobiliario parecía haber salido de las antiguas estancias de los salones comunes de los estudiantes de último año y de la casa del director, y en él predominaban ajados diseños decimonónicos.

Ya en la cocina, puse dos rebanadas de pan en la tostadora y me serví un vaso de agua fría. Mientras bebía el agua de un trago, abrí la ventana para dejar entrar el aire fresco y ventilar las habitaciones cerradas.

Llevé mi refrigerio a la sala, me quité los zapatos y encendí el pequeño equipo de música. Las claras notas de Mozart inundaron el ambiente. Cuando me senté en uno de los sillones tapizados en color granate, tenía la intención de descansar unos momentos, luego darme un baño y repasar mis notas del día.

A las tres y media de la mañana, me desperté con el corazón sobresaltado, el cuello entumecido y el fuerte sabor del clavo en la boca.

Me serví un vaso de agua fresca y cerré la ventana de la cocina. Hacía frío y me estremecí al contacto con el aire húmedo.

Tras echar una ojeada a mi reloj y hacer algunos cálculos rápidos, decidí llamar a

casa. Allí apenas serían las diez y media, y a Sarah y Em les gustaba la noche como si fueran murciélagos. Fui de una habitación a otra, apagué todas las luces excepto las de mi dormitorio y cogí el móvil. Me quité la ropa sucia en cuestión de minutos —¿cómo puede uno ensuciarse tanto en una biblioteca?— y me puse un par de pantalones de yoga viejos y un jersey negro con el cuello alto. Eran más cómodos que cualquier pijama.

La cama me pareció acogedora y firme debajo de mí. Me resultó tan reconfortante que casi me convencí de que no era necesaria una llamada telefónica a casa. Pero el agua no había logrado borrar los vestigios del clavo de mi lengua, y marqué el número.

—Estábamos esperando tu llamada —fueron las primera palabras que escuché.

Brujas.

Suspiré.

—Sarah, estoy bien.

—Todo indica lo contrario. —Como de costumbre, la hermana menor de mi madre no se iba a privar de decir lo que le daba la gana—. *Tabitha* ha estado nerviosa toda la noche. Em tuvo una clara imagen de ti perdida en el bosque en la noche, y yo no he podido comer nada desde el desayuno.

El verdadero problema era esa maldita gata. *Tabitha* era la preferida de Sarah y captaba cualquier tensión dentro de la familia con asombrosa precisión.

—Estoy bien. Tuve un encuentro inesperado en la biblioteca esta tarde, eso es todo.

Un clic me confirmó que Em había cogido el teléfono supletorio.

—¿Por qué no estás celebrando Mabon? —preguntó.

Emily Mather había formado parte de mi vida desde que yo tenía memoria. Ella y Rebecca Bishop se habían conocido cuando eran estudiantes de secundaria trabajando en verano en la Plimoth Plantation, donde hacían excavaciones y empujaban carretillas para los arqueólogos. Se convirtieron en estupendas amigas y luego en fieles amigas por correspondencia cuando Emily fue a Vassar y mi madre a Harvard. Más tarde, las dos volvieron a ponerse en contacto cuando Em se convirtió en bibliotecaria infantil en Cambridge. Después de la muerte de mis padres, los largos fines de semana de Em en Madison pronto la condujeron a un nuevo trabajo en la escuela primaria local. Ella y Sarah se convirtieron en una pareja inseparable, aunque Em había conservado su propio apartamento en la ciudad y ambas se habían preocupado mucho de no ser vistas yendo juntas al dormitorio mientras yo crecía. Aunque esa precaución no me engañó a mí, ni a los vecinos, ni a nadie que viviera en la ciudad. Todo el mundo las trataba como la pareja que eran, independientemente de dónde durmieran. Cuando yo me fui de casa de los Bishop, Em se instaló en ella y allí permanecía desde entonces. Al igual que mi madre y mi tía, Em procedía de un

antiguo linaje de brujas.

—Me invitaron a la fiesta del aquelarre, pero no he ido. He estado trabajando.

—¿La bruja de Bryn Mawr te invitó a asistir?

Em estaba interesada en la profesora de Literatura Clásica, sobre todo (como quedó claro tras su confesión después de beber una gran cantidad de vino una noche de verano) porque hubo una época en la que había salido con la madre de Gillian. «Eran los años sesenta», se limitó a decir Em en aquella ocasión.

—Sí. —Mi tono de voz fue tenso. Ambas estaban convencidas de que yo vería la luz y empezaría a tomar en serio mi magia, ya que tenía mi propia cátedra asegurada. Nada arrojaba duda alguna sobre este pronóstico lleno de deseos, y siempre se entusiasmaban cuando yo entraba en contacto con alguna bruja—. Pero en lugar de eso, pasé la tarde con Elias Ashmole.

—¿Quién es ése? —le preguntó Em a Sarah.

—¿No lo recuerdas? Es ese tipo que ya murió y que coleccionaba libros de alquimia —le susurró Sarah.

—¿Estáis todavía ahí? —grité en el teléfono.

—Entonces, ¿con quién te tropezaste? —preguntó Sarah.

Dado que ambas eran brujas, no tenía sentido tratar de esconder nada.

—Conocí a un vampiro en la biblioteca. Uno que no había visto antes. Se llama Matthew Clairmont.

Se produjo un silencio en el auricular de Em mientras revisaba su archivo mental de criaturas notables. También Sarah se mantuvo callada durante un momento, pensando si debía estallar o no.

—Espero que te resulte más fácil deshacerte de él que de los daimones que habitualmente atraes hacia ti —dijo con brusquedad.

—Los daimones no me han molestado desde que dejé de actuar.

—No, estaba ese daimón que te siguió hasta la Biblioteca Beinecke cuando empezaste a trabajar en Yale —me corrigió Em—. El que deambulaba por la calle y fue a buscarte.

—Ése era mentalmente inestable —protesté. Al igual que el hecho de usar la brujería con la lavadora, atraer la atención de un único daimón curioso no debería ser tenido en cuenta y actuar en mi contra.

—Tú atraes criaturas como las flores atraen a las abejas, Diana. Pero los daimones no son ni remotamente tan peligrosos como los vampiros. Aléjate de él —recomendó Sarah con voz tensa.

—No tengo razón alguna para buscarlo. —Dirigí mis manos instintivamente otra vez al cuello—. No tenemos nada en común.

—No se trata de eso —dijo Sarah, levantando la voz—. Se supone que brujas, vampiros y daimones no deben mezclarse. Tú lo sabes. Hay más posibilidades de que

los humanos nos descubran cuando eso ocurre. No merece la pena correr ese riesgo por ningún daimón ni por ningún vampiro. —Las únicas criaturas en el mundo que Sarah tomaba en serio eran las otras brujas. Los humanos le parecían pequeños seres infelices, ciegos al mundo que los rodeaba. Los daimones eran eternos adolescentes en los que no se podía confiar. Los vampiros estaban muy por debajo de los gatos y por lo menos en un escalón inferior al de los perros de la calle en la jerarquía de criaturas que ella establecía.

—Ya me has hablado antes de las reglas, Sarah.

—No todos obedecen las reglas, querida —señaló Em—. ¿Y qué quería?

—Dijo que estaba interesado en mi trabajo. Pero él es un científico, de modo que eso es difícil de creer. —Tamborileé con mis dedos sobre el edredón—. Me invitó a cenar.

—¿A cenar? —Sarah se mostró incrédula.

Em se echó a reír.

—No hay mucho en la carta de un restaurante que pueda resultarle atractivo a un vampiro.

—Estoy segura de que no volveré a verlo. Según su tarjeta de visita, dirige tres laboratorios y tiene dos puestos en el cuerpo docente.

—Típico —farfulló Sarah—. Eso es lo que ocurre cuando uno tiene demasiado tiempo a su disposición. Y deja de toquetear el edredón…, vas a terminar haciéndole un agujero. —Había encendido su radar de bruja al máximo y en ese momento me estaba viendo además de escucharme.

—No creo que le esté robando dinero a las viejecitas, ni que esté despilfarrando las fortunas de otras personas en la Bolsa —contesté. El hecho de que los vampiros tuviesen fama de ser fabulosamente ricos era algo que ponía nerviosa a Sarah—. Es bioquímico y también médico interesado en el funcionamiento del cerebro.

—Estoy segura de que eso es fascinante, Diana, pero ¿qué *quería?* —Sarah igualó mi irritación con su impaciencia, la insistencia es el ataque característico de todas las mujeres Bishop.

—Ciertamente no era cenar —dijo Em con seguridad.

Sarah resopló.

—Algo quería. Vampiros y brujas no se citan para salir juntos. A menos que estuviera planeando cenarte a ti, por supuesto. Nada les gusta más que el sabor de la sangre de bruja.

—Tal vez sólo sintiese curiosidad. O quizás le guste tu trabajo. —Em lo dijo en un tono de duda tan marcado que no pude menos que reírme.

—No estaríamos manteniendo esta conversación si hubieras tomado algunas precauciones elementales —me recriminó Sarah con aspereza—. Un hechizo protector, darle algún uso a tu habilidad como vidente y…

—No voy a usar ni magia ni brujería para saber por qué un vampiro me ha invitado a cenar — repliqué con firmeza—. Eso está fuera de discusión, Sarah.

—Entonces no nos llames en busca de respuestas si no quieres escucharlas —reaccionó Sarah, con su conocido mal genio a punto de estallar. Colgó antes de que yo pudiera reaccionar.

—Sarah se preocupa por ti. Ya lo sabes —la disculpó Em—. Y no comprende por qué no quieres usar tus dones, ni siquiera para protegerte a ti misma.

Porque los dones vienen con ataduras, como ya les había explicado antes. Traté de explicarlo de nuevo:

—Es un terreno resbaladizo, Em. Me protejo de un vampiro en la biblioteca hoy, y mañana lo hago de una pregunta difícil en una clase. Pronto me encontraría eligiendo temas de investigación cuyo resultado ya conocería y solicitando subvenciones, segura de que las iba a conseguir. Para mí es importante haber ganado mi reputación por mí misma. Si empiezo a usar magia, nada me pertenecerá del todo. No quiero ser la siguiente bruja Bishop. —Abrí la boca para hablarle a Em del Ashmole 782, pero algo hizo que volviera a cerrarla.

—Lo sé, lo sé, querida. —La voz de Em era tranquilizadora—. Comprendo. Pero Sarah no puede evitar preocuparse por tu seguridad. Tú eres la única familia que le queda.

Me pasé los dedos entre el pelo hasta dejarlos apoyados en las sienes. Las conversaciones de este tipo siempre me hacían pensar en mis padres. Vacilé, reticente a mencionar la única preocupación que me quedaba.

—¿De qué se trata? —preguntó Em. Su sexto sentido había percibido mi malestar.

—Él sabía mi nombre. Nunca lo había visto antes, pero sabía quién era yo.

Em analizó las posibilidades.

—En la solapa de la sobrecubierta de tu último libro hay una fotografía tuya, ¿no?

Mi respiración (no me había dado cuenta de que la estaba conteniendo) salió con un suave silbido.

—Sí. Eso debe de ser. Seguramente son tonterías mías. ¿Le darás un beso a Sarah de mi parte?

—Claro que se lo daré. Ah, Diana, ten cuidado. Los vampiros ingleses podrían no portarse tan bien con las brujas como los estadounidenses.

Sonreí, pensando en la formal reverencia de Matthew Clairmont.

—Tendré cuidado. Pero no te preocupes, probablemente no volveré a verlo.

Em guardó silencio.

—¿Em? —Yo esperaba una respuesta.

—El tiempo lo dirá.

Em no era tan buena para ver el futuro como se decía que había sido mi madre,

pero algo la estaba molestando. Convencer a una bruja de que compartiera una vaga premonición era casi imposible. No iba a decirme qué era lo que la preocupaba respecto a Matthew Clairmont. Todavía no.

Capítulo
3

El vampiro reposaba en las sombras, en el espacio curvo del puente que cruza New College Lane y conecta dos partes del Hertford College, con la espalda apoyada contra la piedra gastada de uno de los edificios más nuevos del *college* y los pies en alto descansando en el techo del puente.

La bruja apareció moviéndose de manera sorprendentemente segura sobre las piedras irregulares de la acera próxima a la Bodleiana. Pasó debajo de él, acelerando el paso. Su nerviosismo la hizo parecer más joven de lo que era, acentuando su vulnerabilidad.

«Así que ésa es la gran historiadora», pensó de manera irónica, recorriendo mentalmente el currículo de ella. Incluso después de ver su fotografía, Matthew esperaba que la Bishop fuera más vieja, dados sus logros profesionales.

La espalda de Diana Bishop continuaba erguida, con los hombros firmes, a pesar de su evidente agitación. Quizás no fuese tan fácil de intimidar como era de esperar. Su comportamiento en la biblioteca le había hecho pensar eso. Lo había mirado a los ojos sin mostrar la menor sombra del temor que Matthew se había acostumbrado a inspirar, después de provocarlo, en quienes no eran vampiros, y en muchos que sí lo eran.

Cuando la Bishop dobló la esquina, Matthew se deslizó recorriendo los techos hasta llegar al muro del New College. Bajó para introducirse en el edificio silenciosamente. El vampiro conocía el diseño del *college* y había calculado dónde estarían sus habitaciones. Él ya estaba instalado en un portal frente a la escalera cuando ella empezó a subirla.

Matthew la siguió con la mirada por el apartamento mientras ella iba de habitación en habitación, encendiendo las luces. Abrió la ventana de la cocina, la dejó entreabierta y desapareció.

«Eso me evitará tener que romper la ventana o forzar la cerradura», pensó.

El vampiro cruzó velozmente el espacio abierto y escaló el edificio. Sus pies y sus manos fueron encontrando asideros seguros en la vieja argamasa con la ayuda de un desagüe metálico y algunas fuertes enredaderas. Desde su nuevo puesto de observación podía detectar el olor característico de la bruja y el crujido de las páginas al pasarlas. Estiró el cuello para espiar por la ventana.

La Bishop estaba leyendo. En reposo su rostro parecía diferente, pensó él. Era como si su piel se ajustara con precisión a los huesos del cráneo. Balanceó lentamente la cabeza y se deslizó contra los almohadones con un suave suspiro de cansancio.

Pronto el sonido de una respiración regular indicó a Matthew que estaba dormida.

Se apartó de la pared de un salto, levantando los pies para pasar por la ventana de la cocina de la bruja. Había transcurrido bastante tiempo desde la última vez que el vampiro había trepado a las habitaciones de una mujer. Aun así, las ocasiones no eran muy frecuentes y por lo general estaban relacionadas con los momentos en que él era presa de algún apasionado enamoramiento. Pero esta vez había una razón muy diferente. De todas formas, si alguien llegara a preguntárselo, le resultaría sumamente difícil explicar de qué se trataba.

Matthew tenía que saber si el Ashmole 782 estaba todavía en poder de la Bishop. No había podido buscar en la mesa que ella utilizaba en la biblioteca, pero una mirada rápida le había indicado que no estaba entre los manuscritos que la doctora había estado consultando ese día. Aunque era imposible que una bruja —una Bishop — hubiera dejado que el volumen se le escapara de entre los dedos. Con pasos inaudibles se movió por las habitaciones. El manuscrito no estaba ni en el baño ni en el dormitorio de la bruja. Se deslizó silenciosamente junto al sofá donde ella estaba durmiendo.

Los párpados de la bruja temblaban como si estuviera contemplando una película que sólo ella era capaz de ver. Una de sus manos estaba cerrada, y de vez en cuando sus piernas se movían como si estuvieran bailando. Sin embargo, el rostro de la Bishop estaba sereno, sin mostrarse alterado por lo que hacía el resto de su cuerpo.

Algo no iba bien. Lo había percibido desde el primer momento en que vio a la Bishop en la biblioteca. Matthew se cruzó de brazos y la examinó, pero no pudo descubrir de qué se trataba. Aquella bruja no emanaba los olores acostumbrados: beleño negro, azufre y salvia. «Oculta algo — pensó el vampiro—, algo más que el manuscrito perdido».

Matthew se volvió y buscó la mesa que ella usaba como escritorio. Fue fácil encontrarla, pues estaba llena de libros y papeles. Aquél era el lugar donde había más posibilidades de que hubiese dejado el volumen sacado a escondidas. Cuando dio un paso hacia la mesa, olfateó la electricidad y se quedó inmóvil.

La luz brotaba del cuerpo de Diana Bishop, alrededor de su silueta; le salía por todos los poros. Era de un color azul pálido, casi blanco, y al principio produjo un velo como una nube que la envolvió durante unos segundos. Por un momento, su cuerpo pareció resplandecer. Matthew movió de un lado a otro la cabeza, sorprendido. Era imposible. Hacía siglos que no veía semejante aluvión luminoso en una bruja.

Pero otros asuntos más urgentes requerían su atención y Matthew reanudó la búsqueda del manuscrito, revisando apresuradamente los objetos que había sobre el escritorio. Se pasó los dedos por el pelo, frustrado. El olor de la bruja lo invadía todo y lo estaba distrayendo. Matthew miró otra vez hacia el sofá. La Bishop estaba dando

vueltas y moviéndose otra vez, llevando las rodillas hacia el pecho. De nuevo, la luminosidad reapareció en la superficie, destelló por un momento y desapareció.

Matthew frunció el ceño, intrigado por la discrepancia entre lo que había oído por casualidad la noche anterior y lo que estaba presenciando con sus propios ojos. Dos brujas habían estado chismorreando sobre el Ashmole 782 y la bruja que lo había solicitado. Una había sugerido que la historiadora estadounidense no usaba sus poderes mágicos. Pero Matthew había visto la utilización en la Bodleiana, y en ese momento estaba viendo cómo esos poderes la envolvían con evidente intensidad. Sospechaba que ella usaba la magia también en sus trabajos de investigación. Muchos de los hombres sobre los que ella escribía habían sido amigos suyos: Cornelius Drebbel, Andreas Libavius, Isaac Newton. Ella había percibido perfectamente sus peculiaridades y sus obsesiones. Sin la magia, ¿cómo iba a poder una mujer moderna comprender a hombres que habían vivido hacía tanto tiempo? Fugazmente, Matthew se preguntó si la Bishop podría comprenderlo a él con la misma asombrosa precisión.

Se sobresaltó al oír que los relojes daban las tres. Tenía la garganta seca. Se dio cuenta de que había estado de pie durante varias horas, inmóvil, observando a la bruja que soñaba mientras su poder se manifestaba y entraba en reposo en oleadas. Por un momento consideró la posibilidad de saciar su sed con la sangre de aquella bruja. Sólo con probarla podría descubrir la ubicación del volumen perdido y al mismo tiempo enterarse de cuáles eran los secretos que ocultaba ella. Pero se contuvo. Su deseo de encontrar el Ashmole 782 era lo único que lo retenía junto a la enigmática Diana Bishop.

Si el manuscrito no estaba en las habitaciones de la bruja, entonces tenía que encontrarse todavía en la biblioteca.

Se dirigió silenciosamente hacia la cocina, se deslizó por la ventana y se desvaneció en la noche.

Capítulo
4

Cuatro horas después me desperté encima del edredón, con el teléfono en la mano. En algún momento me había sacado la zapatilla derecha con el pie, y quedó colgando sobre el borde de la cama. Miré el reloj y gruñí. No tenía tiempo para mi acostumbrado paseo al río, ni siquiera para correr un poco.

Abrevié mi ritual matutino, me duché y luego bebí una taza de té que me quemó la lengua mientras me secaba el pelo. Mi cabello pajizo era indomable, a pesar de cepillarlo vigorosamente. Como a la mayoría de las brujas, me resultaba difícil conseguir que los largos mechones que me llegaban hasta los hombros permanecieran en su sitio. Sarah siempre le echaba la culpa a la acumulación de magia y me aseguraba que el uso regular de mi poder impediría que la electricidad estática se concentrara, lo que haría que mi pelo fuera más dócil.

Después de cepillarme los dientes, me puse un par de vaqueros, una blusa blanca limpia y una chaqueta negra. Era sólo una rutina, y aquélla era mi ropa habitual, pero nada de eso me resultaba cómodo ese día. Mis ropas parecían apretarme y me sentía oprimida con ellas puestas. Tiré de la chaqueta para ver si conseguía que me sentara mejor, pero era demasiado esperar de una ropa de escasa calidad.

Cuando me miré en el espejo, la cara de mi madre me devolvió la mirada. Ya no podía recordar cuándo se había producido ese parecido tan intenso. ¿En algún momento en la universidad, quizás? Nadie había hecho ningún comentario sobre el asunto hasta que volví a casa durante las vacaciones de Acción de Gracias en mi primer año de estudiante universitaria. Desde entonces, aquello era lo primero que oía a todos los que habían conocido a Rebecca Bishop.

Ese día, aquella ojeada en el espejo también reveló que mi piel estaba opaca y pálida por la falta de sueño. Por eso, mis pecas, que había heredado de mi padre, se destacaban en aparente alarma y los círculos azul oscuro debajo de mis ojos los hacían parecer más claros que de costumbre. La fatiga también contribuía a alargar mi nariz y hacer que mi barbilla fuera más pronunciada. Pensé en el inmaculado profesor Clairmont y me pregunté qué aspecto tendría él a primera hora de la mañana. Probablemente tan inmaculado como la noche anterior, pensé… Era un monstruo. Hice una mueca ante mi imagen reflejada en el espejo.

Al llegar a la puerta para salir, me detuve y observé las habitaciones. Algo me rondaba en la cabeza…, una cita olvidada, un plazo no cumplido. Había algo que me faltaba y que era importante. La sensación de malestar me contrajo el estómago, lo apretó y luego desapareció. Después de echar una ojeada a mi agenda y a la montaña

de correspondencia depositada sobre mi escritorio, atribuí la molestia al hambre y bajé. Las amables señoras de la cocina me ofrecieron tostadas cuando pasé. Me recordaban de cuando yo era una estudiante de posgrado y todavía seguían tratando de hacerme comer natillas y pastel de manzana a la fuerza cuando me veían estresada.

Masticar la tostada y deslizarme sobre los adoquines de New College Lane fueron elementos suficientes para convencerme de que lo de la noche anterior había sido un sueño. El pelo se movió para enredarse en torno a mi cuello y pude ver mi respiración en el aire vigorizante. Oxford es extraordinariamente normal por la mañana, con las camionetas de reparto aparcadas junto a las cocinas de los *colleges*, los aromas de café recalentado y el pavimento húmedo, y los incipientes rayos de sol atravesando oblicuamente la neblina. No parecía precisamente un lugar apto para dar refugio a vampiros.

El encargado de la Bodleiana, ataviado con su chaqueta azul habitual, cumplió con su rutina acostumbrada al examinar mi carné de lectora como si nunca me hubiera visto antes y sospechara que yo pudiera ser la jefa de los ladrones de libros. Finalmente, con un gesto, me dejó entrar. Dejé mi bolso en las taquillas junto a la puerta, después de sacar la cartera, el ordenador y mis notas. Luego me dirigí hacia las escaleras de caracol, rumbo al tercer piso.

El olor de la biblioteca, esa mezcla única de piedra antigua, polvo, carcoma y papel, siempre me levantaba el ánimo. El sol entraba a través de las ventanas que había sobre los descansillos de la escalera, iluminando las motas de polvo en suspensión y dibujando barras de luz sobre las antiguas paredes. Allí el sol hacía brillar los carteles de papel, ya enroscados en sus esquinas, de las conferencias del curso anterior. Todavía había que colgar los nuevos anuncios, pero faltaban pocos días para que las compuertas se abrieran y una ola de estudiantes universitarios llegara a alterar la tranquilidad de la ciudad.

Tarareando en voz baja una cancioncilla, incliné la cabeza hacia los bustos de Thomas Bodley y del rey Carlos I que flanqueaban la entrada en arco a la sala Duke Humphrey y empujé la puerta batiente junto al mostrador de préstamos.

—Tendremos que ponerlo en el ala Selden hoy —estaba diciendo el supervisor con un cierto tono de exasperación.

La biblioteca había abierto hacía apenas unos cuantos minutos, pero el señor Johnson y su personal ya estaban como locos. Había visto esta clase de comportamiento antes, pero sólo cuando esperaban a los más importantes investigadores.

—Ya ha hecho su pedido y está allí, esperando. —La desconocida encargada del día anterior me miró con el ceño fruncido y mostró el montón de libros que llevaba en sus brazos—. Éstos también son para él. Los solicitó a la sala de lectura de la Nueva Bodleiana.

Allí era donde guardaban los libros de Asia oriental. No era mi terreno y perdí el interés rápidamente.

—Llévele ésos ahora y dígale que le enviaremos los manuscritos en menos de una hora. —El supervisor parecía tenso cuando regresó a su despacho.

Sean levantó los ojos al cielo cuando me acerqué al mostrador de devoluciones.

—Hola, Diana. ¿Quieres los manuscritos que tienes reservados?

—Gracias —susurré, pensando encantada en la pila que me esperaba—. Un día importante, ¿no?

—Eso parece —respondió en tono seco, antes de desaparecer en la jaula con llave donde se guardaban los manuscritos por la noche. Regresó con mi montón de tesoros —. Aquí tienes. ¿Número de asiento?

—A4. —Allí me sentaba siempre, en el rincón sudeste más alejado del ala Selden, donde la luz natural era mejor.

El señor Johnson vino corriendo hacia mí.

—Ah, doctora Bishop, hemos puesto al profesor Clairmont en el A3. Tal vez usted prefiera sentarse en el A1 o A6. —Se balanceaba nerviosamente pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro y se ajustó las gafas, parpadeando al mirarme a través del grueso cristal.

Lo miré a los ojos.

—¿El profesor Clairmont?

—Sí. Está trabajando con los estudios de Needham y pidió buena luz y espacio para desplegar su material.

—¿Joseph Needham, el historiador de la ciencia china? —En algún lugar de mi plexo solar, la sangre empezó a hervir.

—Sí. También era bioquímico, por supuesto. De ahí el interés del profesor Clairmont — explicó el señor Johnson. A medida que pasaban los minutos se le veía cada vez más aturdido—. ¿Le gustaría sentarse en el A1?

—Prefiero el puesto A6. —La idea de sentarme al lado de un vampiro, incluso con un asiento vacío entre los dos, era profundamente inquietante. Pero sentarme frente a uno en el A4 era inimaginable. ¿Cómo podría concentrarme preguntándome qué estaban viendo aquellos ojos extraños? Si las mesas en el ala medieval hubieran sido más cómodas, me habría colocado debajo de una de las gárgolas que protegían las angostas ventanas para hacerle frente al remilgado gesto de desaprobación de Gillian Chamberlain.

—Oh, eso es magnífico. Gracias por su comprensión. —El señor Johnson suspiró aliviado.

Al entrar a la luz del ala Selden, entrecerré los ojos. Clairmont tenía un aspecto inmaculado y descansado y su cutis pálido contrastaba con el pelo oscuro. En esta ocasión su jersey gris de cuello abierto tenía motas verdes, y el cuello se elevaba

ligeramente en la parte de atrás. Una mirada por debajo de la mesa reveló pantalones gris oscuro, calcetines a juego y zapatos negros que seguramente costaban más que el guardarropa completo de un académico normal.

La sensación de inquietud regresó. ¿Qué estaba haciendo Clairmont en la biblioteca? ¿Por qué no estaba en su laboratorio?

Sin hacer esfuerzo alguno por silenciar mis pasos, caminé en dirección al vampiro. Clairmont, sentado en diagonal frente a mí, en el otro extremo del grupo de mesas y aparentemente ajeno a mi presencia, continuó leyendo. Dejé mi bolsa de plástico y los manuscritos en el espacio señalado como A5 para marcar así los límites exteriores de mi territorio.

Levantó la vista con las cejas arqueadas en un gesto de aparente sorpresa.

—Doctora Bishop. Buenos días.

—Profesor Clairmont. —Me pasó por la mente la idea de que había podido escuchar todo que habíamos dicho acerca de él en la entrada de la sala de lectura, ya que tenía el oído de un murciélago. Me resistí a mirarlo a los ojos y empecé a sacar una a una las cosas que traía en mi bolsa, construyendo una pequeña fortificación de elementos de trabajo entre el vampiro y yo. Clairmont observó hasta que se me acabó el equipamiento, entonces bajó las cejas para concentrarse y volvió a su lectura.

Saqué el cable de mi ordenador y desaparecí bajo la mesa para conectarlo al enchufe múltiple. Cuando me levanté, él seguía leyendo, pero también estaba tratando de no sonreír.

—Seguramente usted estaría más cómodo en el extremo norte —mascullé por lo bajo, mientras buscaba mi lista de manuscritos.

Clairmont levantó la vista con las pupilas dilatadas, haciendo que sus ojos se volvieran súbitamente oscuros.

—¿Le molesta que esté aquí, doctora Bishop?

—Por supuesto que no —repliqué apresuradamente. La garganta se me cerró ante el repentino y penetrante aroma a clavo que acompañaba sus palabras—, pero me sorprende que se sienta cómodo exponiéndose al sur.

—Usted no creerá todo lo que ha leído, ¿verdad? —Una de sus cejas gruesas y negras se alzó para tomar la forma de un signo de interrogación.

—Si me está preguntando si creo que usted va a estallar en llamas apenas la luz del sol lo toque, la respuesta es no. —Los vampiros no se convertían en una bola de fuego al contacto con la luz del sol, y tampoco tenían colmillos. Ésos eran mitos humanos—. Pero nunca he conocido antes… a alguien como usted a quien le gustara disfrutar de ese contacto.

El cuerpo de Clairmont permanecía inmóvil, pero podría haber jurado que estaba reprimiendo la risa.

—¿Cuánta experiencia directa ha tenido usted, doctora Bishop, con «alguien

como yo»?

¿Cómo sabía él que yo no había tenido mucha experiencia con vampiros? Los vampiros tenían sentidos y habilidades extraordinarias, pero no sobrenaturales, como la clarividencia o leer la mente. Estas capacidades eran propias de las brujas, y en raras ocasiones podían aparecer en los daimones también. Así era el orden natural de las cosas, o por lo menos así era como mi tía me lo había explicado cuando era niña y no podía dormir por temor a que un vampiro me robara los pensamientos y volara por la ventana llevándoselos.

Lo examiné atentamente.

—Por alguna razón, profesor Clairmont, no creo que los años de experiencia puedan decirme lo que necesito saber en este momento.

—Me encantará responder a su pregunta, si puedo —dijo, cerrando su libro y poniéndolo sobre la mesa. Esperó con la paciencia de un profesor que escuchara a un estudiante rebelde y no demasiado inteligente.

—¿Qué es lo que quiere usted?

Clairmont se acomodó en su sitio, con las manos apoyadas de manera relajada sobre los brazos del sillón.

—Quiero examinar los trabajos del doctor Needham y estudiar la evolución de sus ideas sobre la morfogénesis.

—¿Morfogénesis?

—Los cambios en las células embrionarias que dan como resultado la diferenciación…

—Sé lo que es la morfogénesis, profesor Clairmont. No es eso lo que estoy preguntando.

Un tic hizo que su boca se moviera. Crucé mis brazos sobre el pecho en un gesto de autoprotección.

—Ya veo. —Curvó sus largos dedos y apoyó los codos en el sillón—. Vine a la biblioteca de Bodley anoche para pedir algunos manuscritos. Una vez dentro, decidí mirar un poco… Me gusta conocer el ambiente, ya me comprende, puesto que no vengo muy a menudo a este lugar. Y allí estaba usted, en la galería. Y por supuesto, lo que vi después de eso fue muy inesperado.

Movió de nuevo la boca con un tic.

Me ruboricé al recordar que había usado la magia sólo para alcanzar un libro. Y traté de no sentirme desarmada ante su uso de la antigua expresión «la biblioteca de Bodley», pero no tuve mucho éxito.

«Cuidado, Diana —me advertí a mí misma—. Está tratando de atraerte con su encanto».

—Así que su historia es que esto no ha sido más que una serie de extrañas coincidencias que culminan con un vampiro y una bruja sentados frente a frente

revisando manuscritos como dos vulgares lectores.

—No creo que alguien que se ha tomado el trabajo de examinarme cuidadosamente pueda pensar que soy una persona vulgar, ¿verdad? —La voz ya apagada de Clairmont bajó hasta convertirse en un susurro burlón, y se inclinó hacia delante en su sillón. Su piel pálida reflejó la luz y pareció brillar—. Pero, por lo demás, sí. Se trata sólo de una serie de coincidencias, fáciles de explicar.

—Yo creía que los científicos ya no creían en las coincidencias.

Se rió silenciosamente.

—Alguien tiene que creer en ellas.

Clairmont siguió mirándome fijamente, lo cual era extremadamente perturbador. La ayudante entró en la sala de lectura empujando el antiguo carrito de madera hasta llegar al codo del vampiro, con las cajas de manuscritos cuidadosamente ordenados en los estantes.

El vampiro apartó sus ojos de mi rostro.

—Estupendo, Valerie. Agradezco su ayuda.

—Por supuesto, profesor Clairmont —respondió Valerie, mirándolo fascinada y sonrojándose. El vampiro la había encantado sólo con darle las gracias. Resoplé—. Díganos si necesita alguna otra cosa —agregó, regresando a su cueva junto a la entrada.

Clairmont cogió la primera caja, deshizo el nudo del hilo con sus largos dedos y miró al otro lado de la mesa.

—No quiero interrumpir su trabajo.

Matthew Clairmont me había sacado ventaja. Había tratado bastante con colegas más antiguos y podía reconocer las señales como para saber que cualquier respuesta no haría más que empeorar la situación. Abrí mi ordenador, apreté el botón de encendido con más fuerza de la necesaria y cogí el primero de mis manuscritos. Apenas la caja quedó desatada, puse su contenido encuadernado en piel en el atril que tenía delante de mí.

Durante la siguiente hora y media, examiné las primeras páginas al menos treinta veces. Empecé por el principio, leyendo los conocidos versos de un poema atribuido a George Ripley que prometían revelar los secretos de la piedra filosofal. Dadas las sorpresas de esa mañana, las descripciones de cómo hacer el León Verde, o de cómo crear al Dragón Negro, y cómo preparar una sangre mística a partir de ingredientes químicos, resultaban todavía más oscuras que de costumbre.

Clairmont, sin embargo, había avanzado mucho en lo suyo, y había llenado páginas de papel color crema con rápidos movimientos de su portaminas Montblanc Meisterstück. De vez en cuando, daba la vuelta a una hoja con un crujido que hacía rechinar mis dientes y empezaba otra vez.

De vez en cuando, el señor Johnson recorría la sala, controlando que nadie

estuviera estropeando los libros. El vampiro seguía escribiendo mientras yo miraba furiosa a ambos.

A las diez cuarenta y cinco sentí un hormigueo conocido cuando Gillian Chamberlain entró apresuradamente en el ala Selden. Se dirigió directamente hacia mí…, posiblemente para decirme lo bien que se lo había pasado en la cena de Mabon. Entonces vio al vampiro y dejó caer su bolsa de plástico llena de lápices y papeles. Él levantó la vista y la miró hasta que ella volvió corriendo al ala medieval.

A las once y diez sentí la presión insidiosa de un beso en el cuello. Era el daimón perplejo y adicto a la cafeína de la sala de consulta de música. Enrollaba una y otra vez un juego de auriculares de plástico blanco entre sus dedos, para luego desenrollarlo y lanzarlos girando por el aire. El daimón me vio, inclinó la cabeza hacia Matthew, y se sentó ante uno de los ordenadores del centro de la sala. Había un cartel pegado con cinta adhesiva a la pantalla que rezaba: NO FUNCIONA. YA SE HA AVISADO AL SERVICIO TÉCNICO. Permaneció allí durante varias horas, mirando por encima del hombro y luego al techo de vez en cuando como si tratara de precisar dónde estaba y cómo había llegado allí.

Volví a dirigir mi atención a George Ripley, con los fríos ojos de Clairmont sobre mi cabeza.

A las once cuarenta sentí parches helados entre mis omóplatos.

Aquello era el colmo. Sarah siempre decía que uno de cada diez seres era una criatura no humana, pero en la sala Duke Humphrey aquella mañana las criaturas superaban en número a los humanos en una relación de cinco a uno. ¿De dónde habían salido?

Me puse de pie bruscamente y me di la vuelta, asustando a un angelical y tonsurado vampiro con un montón de misales medievales en los brazos justo cuando estaba tratando de sentarse en un sillón demasiado pequeño para él. Dejó escapar un chillido ante la atención repentina y no deseada que había provocado. Al ver a Clairmont, se puso más blanco de lo que jamás imaginé que fuera posible, incluso para un vampiro. Con una reverencia de disculpa, se escabulló hacia los rincones más sombríos de la biblioteca.

En el transcurso de la tarde, algunos humanos y tres criaturas más entraron en el ala Selden.

Dos desconocidos vampiros de sexo femenino que parecían ser hermanas pasaron junto a Clairmont y se detuvieron entre los estantes de historia local debajo de la ventana para coger libros sobre los primeros asentamientos en Bedfordshire y Dorset escribiendo notas en un solo bloc de papel. Una de ellas susurró algo y Clairmont giró la cabeza con tanta rapidez que de ser cualquier otro ser inferior se habría roto el cuello. Les dirigió un suave siseo que hizo que el pelo se me erizara en el cuello. Se miraron la una a la otra y partieron tan silenciosamente como habían aparecido.

La tercera criatura era un hombre de edad que estaba de pie en medio de un rayo de luz del sol y miraba embelesado las vidrieras antes de volver sus ojos hacia mí. Vestía con la ropa habitual de un académico: chaqueta de *tweed* marrón con coderas de ante, pantalones de pana en un tono de verde ligeramente irritante y una camisa de algodón con las puntas del cuello abotonadas y manchas de tinta en el bolsillo. Ya estaba dispuesta a considerar que era simplemente otro profesor de Oxford cuando un hormigueo en mi piel me dijo que se trataba de un brujo. De todas formas, era un desconocido, y volví a concentrarme en mi manuscrito.

Pero una suave sensación de presión en la parte posterior de mi cráneo hizo que me resultara imposible seguir leyendo. La presión se extendió hasta las orejas, aumentando en intensidad a medida que me envolvía la frente, y mi estómago se contrajo de pánico. Aquello ya no era un saludo silencioso, sino una amenaza. Pero ¿por qué otro brujo iba a estar amenazándome?

El brujo avanzó hacia mi mesa con aparente indiferencia. Mientras se acercaba, una voz susurró en mi cabeza, que en ese momento estaba latiendo. Era demasiado débil como para distinguir las palabras. Yo estaba segura de que provenían de aquel brujo, pero ¿de quién demonios se trataba?

Mi respiración se hizo poco profunda. «Sal de inmediato de mi cabeza», dije ferozmente sin abrir la boca, tocándome la frente.

Clairmont se movió con tal rapidez que no lo vi dar la vuelta a las mesas. En un instante estaba de pie con una mano sobre mi sillón y la otra apoyada en la superficie delante de mí. Sus anchos hombros estaban curvados en torno a mí, como las alas de un halcón que protege a su presa.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondí con voz temblorosa, totalmente confundida, sin comprender la razón por la que un vampiro tenía que protegerme de un brujo.

En la galería encima de nosotros, una lectora estiraba el cuello para ver qué estaba pasando. Permanecía allí, frunciendo el entrecejo. Era imposible que un brujo, una bruja y un vampiro pasaran inadvertidos a un humano.

—Aléjese. Los humanos nos han descubierto —dije con los dientes apretados.

Clairmont se enderezó hasta alcanzar su altura total, pero mantuvo la espalda vuelta hacia el brujo y su cuerpo en un ángulo entre nosotros como un ángel vengador.

—Ah, me he equivocado —murmuró el brujo detrás de Clairmont—. Creí que este asiento estaba libre. Discúlpeme. —Retrocedió, alejándose con pasos suaves, y la presión en mi cabeza poco a poco fue desapareciendo.

Se produjo una ligera brisa cuando la mano fría del vampiro llegó a mi hombro, se detuvo y regresó al respaldo del sillón. Clairmont se inclinó hacia mí.

—Se ha puesto muy pálida —dijo suavemente en voz baja—. ¿Quiere que la lleve

a su casa?

—No. —Sacudí la cabeza, con la esperanza de que volviera a sentarse para que yo pudiera recuperar la serenidad. En la galería, la lectora humana seguía mirándonos con preocupación.

—Doctora Bishop, realmente creo que debe permitirme que la lleve a su casa.

—¡No! —Mi voz salió más fuerte de lo que yo había previsto. La convertí en un susurro—: Nadie me va a obligar a salir de esta biblioteca…, ni usted ni nadie.

El rostro de Clairmont estaba inquietantemente cerca. Lentamente, respiró hondo, y otra vez percibí un fuerte olor a canela y a clavo. Algo en mis ojos lo convenció de que yo hablaba en serio, y se alejó. Estiró la boca hasta convertirla en una severa línea y regresó a su asiento.

Pasamos lo que quedaba de la tarde en un estado de incomodidad. Traté de leer más allá del segundo folio de mi primer manuscrito, y Clairmont revisó sus papeles sueltos y sus cuadernos de notas escritas con apretada letra con la concentración de un juez que decide una pena capital.

Hacia las tres mis nervios estaban tan deshechos que ya no podía concentrarme. Había perdido el día.

Recogí mis dispersas pertenencias y volví a colocar el manuscrito en su caja.

Clairmont levantó la vista.

—¿Se va a su casa, doctora Bishop? —El tono de su voz era amable, pero sus ojos emitían destellos.

—Sí —repliqué con brusquedad.

La cara del vampiro se volvió cuidadosamente inexpresiva.

Todas las criaturas no humanas de la biblioteca me miraron al salir: el amenazante brujo, Gillian, el monje vampiro, incluso el daimón. No conocía al encargado de la tarde que estaba en el mostrador de devoluciones, ya que no solía marcharme a esa hora del día. El señor Johnson echó un poco hacia atrás su silla, vio que era yo, y miró su reloj con sorpresa.

En el patio cerrado empujé las puertas de cristal de la biblioteca para abrirlas y aspiré una bocanada de aire fresco. Pero iba a necesitar más que aire fresco para poder terminar el día.

Quince minutos después estaba con un par de pantalones de deporte ajustados en la pantorrilla que se estiraban en seis direcciones diferentes, una desteñida camiseta sin mangas del Club de Remo del New College y un jersey de lana. Después de atarme los cordones de las zapatillas deportivas, me puse a correr en dirección al río.

Cuando llegué, algo de mi tensión ya había desaparecido. «Envenenamiento por adrenalina», así era como uno de mis médicos había llamado a esas oleadas de ansiedad que me perturbaban desde la infancia. Los médicos explicaron que, por razones que no podían comprender, mi cuerpo parecía pensar que estaba en una

constante situación de peligro. Uno de los especialistas a los que mi tía consultó le explicó con toda seriedad que se trataba de un resto bioquímico de las épocas en que los humanos eran cazadores. Podía solucionarlo simplemente corriendo para eliminar la carga de adrenalina de mi flujo sanguíneo, tal como hacen las gacelas al escapar de un león.

Desgraciadamente para ese médico, cuando viajé de niña al Serengueti con mis padres, fui testigo de una de esas persecuciones. La gacela perdió, lo cual me produjo una fuerte impresión.

Desde entonces, he probado tanto medicación como meditación, pero nada me ha resultado tan efectivo para controlar el pánico como la actividad física. En Oxford eso significaba remar todas las mañanas antes de que los equipos de remeros de la universidad convirtieran el angosto río en una ajetreada calle en hora punta. Pero todavía no habían empezado las clases en la universidad y no habría demasiado movimiento en el río esa tarde.

Mis pies hicieron crujir la grava triturada de los senderos que conducían al lugar donde se guardaban los botes. Saludé con la mano a Pete, el barquero que andaba por allí con llaves inglesas y latas de grasa tratando de arreglar lo que los estudiantes destrozaban durante los entrenamientos. Me detuve en el séptimo cobertizo y me incliné para aliviar una punzada en un costado antes de coger la llave sobre el farol que había delante de la puerta.

Botes blancos y amarillos alineados en sus soportes me dieron la bienvenida al entrar. Había botes grandes de ocho puestos para el primer equipo masculino, botes ligeramente más pequeños para las mujeres, y otros de menor calidad y tamaño. Un cartel colgado de la proa de un brillante bote nuevo que no había sido todavía aparejado informaba a los visitantes de que NADIE PUEDE SACAR *LA MUJER DEL TENIENTE FRANCÉS* DE ESTE COBERTIZO SIN PERMISO DEL PRESIDENTE DEL CLUB. El nombre del bote estaba recién pintado con letras de estilo victoriano sobre un costado, en honor al graduado del New College que había creado ese personaje.

En la parte posterior del cobertizo había una embarcación ligera de menos de treinta centímetros de ancho y más de siete metros de largo suspendida de una serie de eslingas ubicadas a la altura de la cadera. «Bendito seas, Pete», pensé. Había empezado a dejar el bote de regatas en el suelo del cobertizo. Sobre el asiento se veía una nota que decía: «El *college* entrena el próximo lunes. El bote volverá a su soporte».

Me quité las zapatillas empujándolas con los pies, cogí dos remos con palas curvas del almacén junto a las puertas y los llevé hasta el embarcadero. Luego volví a buscar el bote individual.

Dejé deslizar con suavidad la embarcación de remos en el agua y puse un pie

sobre el asiento para evitar que se alejara flotando mientras colocaba los remos en los escalamos. Sostuve ambos remos en una mano como un par de palillos chinos gigantescos, con cuidado subí al bote y lo aparté del embarcadero empujando con la mano izquierda. El bote se alejó flotando por el río.

Remar era como una religión para mí, una religión que se practicaba con una serie de rituales y movimientos repetidos hasta que se convertían en una meditación. El ritual empezaba en el momento en que me ponía en contacto con el equipo, pero su verdadera magia se producía con la combinación de precisión, ritmo y fuerza que requería el hecho de remar. Desde mis días de estudiante universitaria, el remo insuflaba en mí una sensación de tranquilidad como no lo conseguía hacer ninguna otra cosa.

Mis remos se hundían en el agua, para luego rozar la superficie al avanzar. Cogí el ritmo, impulsando cada movimiento de los remos con mis piernas y sintiendo la resistencia del agua cuando la paleta del remo iba hacia atrás deslizándose por debajo de las ondas. El viento era frío y afilado y atravesaba mi ropa con cada movimiento que hacía.

Mientras me iba desplazando con una cadencia perfecta, tenía la sensación de ir volando. Durante estos momentos dichosos, estaba suspendida en el tiempo y el espacio, era un cuerpo ingrávido sobre un río en movimiento. Mi pequeño y rápido bote avanzaba veloz, y yo me movía en perfecta unión con él. Cerré los ojos y sonreí. Los acontecimientos del día fueron perdiendo importancia.

El cielo se oscureció detrás de mis párpados cerrados, y el retumbar de los ruidos del tráfico me indicó que estaba pasando por debajo del puente Donnington. Al volver a la luz del sol al otro lado, abrí los ojos… y sentí el frío toque de la mirada de un vampiro sobre mi esternón.

Una figura estaba de pie en el puente con un abrigo largo que flameaba alrededor de sus rodillas. Aunque no podía ver su cara con claridad, la considerable altura del vampiro y el tamaño de su cuerpo sugerían que podía tratarse de Matthew Clairmont. Otra vez.

Lancé algunas maldiciones y a punto estuve de perder un remo. El muelle de la ciudad de Oxford estaba cerca. La idea de hacer una maniobra ilegal y cruzar el río para poder pegarle al vampiro en su hermosa cabeza con cualquier instrumento del equipo de remo que tuviera a mano era muy tentadora. Mientras elaboraba mi plan, descubrí a una mujer flaca de pie en el embarcadero. Vestía un mono manchado de pintura. Fumaba un cigarrillo al tiempo que hablaba por un teléfono móvil.

Aquélla no era una imagen típica en los cobertizos de Oxford.

Levantó la mirada, sus ojos golpearon mi piel. Un daimón de sexo femenino. Retorció la boca en una sonrisa de lobo y continuó hablando por teléfono.

Aquello era sencillamente demasiado raro. Primero Clairmont y ahora un montón

de criaturas que aparecían cada vez que él lo hacía. Abandoné mi plan y volqué toda mi inquietud en el remo.

Aunque logré continuar por el río, la serenidad de la excursión había desaparecido. Dirigí el bote hacia el frente de la Taberna de Isis y allí descubrí a Clairmont, que estaba de pie al lado de una de las mesas del pub. Se las había arreglado para llegar allí desde el puente de Donnington —a pie— en menos tiempo de lo que yo había necesitado con un bote de remos de competición.

Tiré con fuerza de ambos remos, los levanté sesenta centímetros sobre el agua, como las alas de un ave enorme, y me deslicé directamente al destartalado muelle de madera de la taberna. Cuando salí del bote, Clairmont ya había cruzado los seis o siete metros de césped que había entre nosotros. Su peso hundió un poco la plataforma flotante en el agua, y el bote se cabeceó para adaptarse a ella.

—¿Qué diablos piensa usted que está haciendo? —le pregunté, apartándome de los remos y subiendo por la rampa de maderas desiguales hacia donde estaba el vampiro en ese momento. Respiraba agitada por el esfuerzo, con las mejillas enrojecidas—. ¿Usted y sus amigos están siguiéndome?

Clairmont frunció el ceño.

—No son mis amigos, doctora Bishop.

—¿No? No he visto tantos vampiros, brujas y daimones en un mismo sitio desde que mis tías me arrastraron a un festival pagano de verano cuando tenía trece años. Si no son sus amigos, ¿por qué están siempre dando vueltas cerca de usted? —Me sequé la frente con el dorso de la mano y eché hacia atrás el pelo húmedo apartándolo de mi cara.

—¡Santo cielo —exclamó incrédulo el vampiro en voz baja—, los rumores son ciertos!

—¿Qué rumores? —pregunté impaciente.

—Usted cree que… esos especímenes quieren pasar el tiempo conmigo? —La voz de Clairmont transmitía desprecio y un cierto tono que sonaba a sorpresa—. Increíble.

Me quité el jersey de lana por encima de los hombros. Clairmont dirigió con rapidez la mirada a mis clavículas, recorrió mis brazos desnudos y bajó hasta la punta de mis dedos. Me sentía inusitadamente desnuda con mi ropa habitual de remo.

—Sí —repliqué—. He vivido en Oxford. Visito la ciudad todos los años. Lo único que ha sido diferente esta vez es usted. Desde que apareció anoche, he perdido mi sitio habitual en la biblioteca, me he sentido observada por extraños vampiros y daimones, y he sido amenazada por brujos desconocidos.

Clairmont alzó un poco los brazos, como si fuera a cogerme por los hombros para zarandearme. Aunque yo no era precisamente de baja estatura, con algo más de un metro setenta, él era tan alto que tenía que inclinar la cabeza bastante hacia atrás para

poder mirarlo a los ojos. Claramente consciente de su tamaño y su fuerza en comparación conmigo, retrocedí y me crucé de brazos, recurriendo a mi imagen profesional para mostrar fortaleza.

—Ellos no están interesados en mí, doctora Bishop. Están interesados en usted.

—¿Por qué? ¿Qué podrían querer de mí?

—¿De verdad que no sabe por qué todo daimón, bruja y vampiro al sur de las Midlands la sigue? —Había un cierto tono de incredulidad en su voz, y por su expresión parecía como si me viera por primera vez.

—No —respondí, posando mis ojos sobre dos hombres que disfrutaban de su jarra de cerveza en una mesa cercana. Afortunadamente, estaban absortos en su propia conversación—. No he hecho otra cosa en Oxford que leer antiguos manuscritos, remar en el río y preparar mi conferencia sin hacer vida social. Eso es lo único que hago siempre aquí. No hay razón alguna para que ninguna criatura me preste tanta atención.

—Piensa, Diana. —La voz de Clairmont era intensa. Una oleada de algo que no era miedo me recorrió la piel cuando me tuteó—. ¿Qué has estado leyendo?

Cerró rápidamente los párpados sobre sus extraños ojos, pero no antes de que yo viera la avidez reflejada en ellos.

Mis tías me habían advertido de que Matthew Clairmont quería algo. Tenían razón.

Clavó sus increíbles ojos negros, con un halo gris, otra vez en mí.

—Te están siguiendo porque creen que has encontrado algo perdido hace muchos años —explicó de mala gana—. Quieren recuperarlo y creen que tú puedes conseguírselo.

Pensé en los manuscritos que había consultado durante los últimos días. Mi corazón se estremeció. Sólo había un candidato posible para atraer tanta atención.

—Si no son sus amigos, ¿cómo sabe qué es lo que quieren?

—Me entero de cosas, doctora Bishop. Tengo muy buen oído —dijo con paciencia, volviendo a su formalidad característica—. Soy también bastante observador. En un concierto, el domingo por la noche, dos brujas estaban hablando de una estadounidense, una hermana bruja, que encontró un libro en la Biblioteca Bodleiana que habían dado por perdido. Desde entonces he advertido la presencia de muchas caras nuevas en Oxford, y me incomodan.

—Es Mabon. Eso explica por qué las brujas están en Oxford. —Estaba tratando de ponerme a la altura de su tono paciente, aunque no había respondido a mi última pregunta.

Con una sonrisa sardónica, Clairmont sacudió la cabeza.

—No, no es por el equinoccio. Es por el manuscrito.

—¿Qué sabe usted sobre el Ashmole 782? —pregunté en voz baja.

—Menos que usted —respondió Clairmont, entrecerrando sus ojos hasta convertirlos en pequeñas ranuras. Eso le dio todavía más aspecto de bestia enorme y letal—. Jamás lo he visto. Usted lo ha tenido en sus manos. ¿Dónde está ahora, doctora Bishop? Usted no es tan tonta como para dejarlo en su habitación.

Me sentí consternada.

—¿Usted cree que lo robé? ¿De la Bodleiana? ¿Cómo se atreve a sugerir semejante cosa?

—No lo tenía el lunes por la noche —explicó—. Y no estaba sobre su mesa tampoco hoy.

—Realmente es observador —repliqué bruscamente—, si pudo ver todo eso desde donde estaba sentado. Lo devolví el viernes, si le interesa. —Se me ocurrió, un poco tarde, que podría haber estado hurgando entre las cosas que había sobre mi mesa —. ¿Qué tiene de especial ese manuscrito como para que usted ande husmeando entre los papeles de una colega?

Hizo una ligera mueca, pero mi victoria por atraparlo haciendo algo tan inapropiado fue oscurecida por una punzada de miedo al darme cuenta de que aquel vampiro me estaba siguiendo muy de cerca.

—Simple curiosidad —replicó, mostrando los dientes. Sarah no me había engañado: los vampiros no tienen colmillos.

—Supongo que no esperará usted que me crea eso.

—No me importa lo que usted crea, doctora Bishop. Pero debe estar alerta. Estas criaturas no bromean. Y cuando se den cuenta de que usted es una bruja muy poco convencional… —Clairmont sacudió la cabeza.

—¿Qué quiere decir? —Palidecí, aturdida.

—Es poco habitual en estos tiempos que una bruja tenga tanto… potencial. —La voz de Clairmont se redujo a un ronroneo que vibraba en la parte inferior de su garganta—. No todos pueden verlo… por el momento…, pero yo sí. Hay brillo en usted cuando se concentra. Y también cuando está enfadada. Seguramente los daimones de la biblioteca lo detectarán pronto, si no lo han hecho ya.

—Gracias por la advertencia, pero no necesito su ayuda. —Me dispuse a alejarme con gesto airado, pero él estiró rápidamente la mano y me cogió del brazo, deteniéndome.

—No esté tan segura de ello. Tenga cuidado, por favor. —Clairmont vaciló; su rostro estaba desencajado, alterando sus líneas perfectas mientras luchaba con algo—. Especialmente si ve de nuevo a ese brujo.

Detuve la mirada en su mano sobre mi brazo. Clairmont me soltó. Bajó los párpados y cerró los ojos.

Mi viaje remando de regreso al cobertizo de botes fue lento y regular, pero los movimientos repetitivos no lograron alejar mi persistente confusión e inquietud. De

vez en cuando, había una mancha gris en el camino de sirga, pero nada más atrajo mi atención, salvo la gente que regresaba a su casa del trabajo en bicicleta y algún paseante con su perro.

Después de devolver el equipo y cerrar con llave el cobertizo, empecé a avanzar por el camino de sirga con paso firme.

Matthew Clairmont estaba de pie al otro lado del río, delante del cobertizo para barcos de la universidad.

Empecé a correr, y cuando miré atrás por encima de mi hombro había desaparecido.

Capítulo
5

Después de la cena me senté en el sofá junto a la chimenea apagada de la sala y encendí mi ordenador portátil. ¿Por qué querría un científico del calibre de Clairmont ver con tanto interés un manuscrito de alquimia —aunque se tratara de uno que estaba embrujado— como para sentarse todo el día en la Bodleiana, frente a una bruja, y revisar viejas notas sobre morfogénesis? Tenía su tarjeta de visita en uno de los bolsillos de mi bolso. La saqué y la apoyé contra la pantalla.

En Internet, debajo de un enlace de una novela de misterio sin ninguna relación con él y los inevitables accesos a las redes sociales, una serie de listas biográficas parecía prometedora: su página web como parte del cuerpo docente, un artículo en Wikipedia y enlaces a los actuales miembros de la Royal Society.

Hice clic en la página web del cuerpo docente y resoplé. Matthew Clairmont era uno de esos profesores a los que no les gustaba poner ninguna información —ni siquiera académica— en la red. En la web de Yale, con una visita se podía conseguir información, contacto y un currículo completo prácticamente de todos los miembros del cuerpo docente. Era evidente que Oxford tenía una actitud diferente con respecto a la privacidad. No era de extrañar que un vampiro enseñara allí.

No había ningún enlace con Clairmont en el hospital, aunque éste figuraba en su tarjeta. Escribí «John Radcliffe Neurociencia» en la ventana de búsqueda y me condujo a una página general de los servicios del departamento. Pero no había ninguna referencia a ningún médico; sólo una larga lista de temas de investigación. Hice clic sistemáticamente en cada título y finalmente lo encontré en una página dedicada al «lóbulo frontal», aunque no había información adicional.

El artículo de Wikipedia no me ayudó mucho más, y el sitio de la Royal Society no fue mejor. Todo lo que parecía apuntar a algo útil en la página principal estaba escondido detrás de las contraseñas. No tuve suerte imaginando cuáles podrían ser el nombre de usuario y la contraseña de Clairmont y me fue denegado el acceso a cualquier cosa tras mi sexto intento fallido.

Frustrada, introduje el nombre del vampiro en los buscadores de revistas científicas.

—Bien. —Me eché hacia atrás satisfecha.

Matthew Clairmont podía no estar muy presente en Internet, pero era indudablemente activo en la bibliografía académica. Después de hacer clic en una ventana para ordenar los resultados por fecha, obtuve su historial intelectual.

Pero mi sentimiento de triunfo inicial se desvaneció. No tenía un historial

intelectual. Tenía cuatro.

El primero empezaba con el cerebro. Gran parte de él me superaba, pero Clairmont parecía haber conseguido una reputación científica y médica al mismo tiempo con el estudio de cómo el lóbulo frontal del cerebro procesa los impulsos y los deseos. Había hecho algunos avances muy importantes relacionados con el papel que los mecanismos neuronales tienen en las respuestas de satisfacción retardada, conectados con la corteza prefrontal. Abrí una nueva ventana de navegación para ver un diagrama anatómico y comprobar de qué parte del cerebro se trataba.

Hay quienes sugieren que toda investigación científica es una autobiografía ligeramente velada. Mi pulso se sobresaltó. Dado que Clairmont era un vampiro, yo esperaba que la satisfacción retardada fuera algo en lo que destacaría.

Unos cuantos toques de ratón más me dejaron claro que el trabajo de Clairmont tomaba un sorprendente giro apartándose del cerebro para ocuparse de los lobos…, lobos noruegos, para ser más exactos. Debía de haber pasado una buena cantidad de tiempo en las noches escandinavas durante el transcurso de su investigación, lo cual no era ningún problema para un vampiro, teniendo en cuenta su temperatura corporal y su capacidad de ver en la oscuridad. Traté de imaginarlo con un anorak y la ropa de varios días, con una libreta de notas en medio de la nieve, pero no lo logré.

Después de eso, aparecieron las primeras referencias a la sangre.

Mientras el vampiro estaba con los lobos en Noruega, había empezado a analizar su sangre para determinar grupos de familia y patrones genéticos. Clairmont había aislado cuatro clanes entre los lobos noruegos, tres de los cuales eran autóctonos. Al cuarto pudo rastrearlo en el tiempo hasta llegar a un lobo procedente de Suecia o Finlandia. Llegó a la conclusión de que había una sorprendente cantidad de apareamientos entre manadas que daba como resultado un intercambio de material genético que influía en la evolución de la especie.

En ese momento estaba rastreando rasgos genéticos en otras especies animales y también en seres humanos. Muchas de sus publicaciones más recientes eran técnicas: métodos para colorear muestras de tejido y procesos para utilizar ADN particularmente antiguo y frágil.

Agarré un mechón de mi pelo y tiré con fuerza de él con la esperanza de que la presión aumentara la circulación de la sangre e hiciera que las terminaciones nerviosas de mis cansadas neuronas funcionaran con normalidad otra vez. Aquello carecía de sentido. Ningún científico podía producir tal cantidad de trabajos en tantas disciplinas diferentes. Sólo la adquisición de los conocimientos necesarios requeriría más de una vida, *por lo menos de una vida humana* .

Un vampiro podría conseguirlo, si hubiera estado trabajando en temas como ésos durante varias décadas. ¿Qué edad tenía Matthew Clairmont detrás de esa cara de treinta y tantos?

Me levanté y preparé té para servirme una taza. Con la taza humeante en una mano, rebusqué en mi bolso hasta que encontré mi móvil y marqué un número con el pulgar.

Una de las mejores cosas de los científicos es que llevan siempre sus teléfonos consigo. Y también que contestan al segundo timbrazo.

—Christopher Roberts.

—Chris, soy Diana Bishop.

—¡Diana! —La voz de Chris tenía un tono cariñoso, y había música sonando de fondo—. Me enteré de que has ganado otro premio por tu libro. ¡Felicidades!

—Gracias —dije, cambiando de posición en mi asiento—. Ha sido totalmente inesperado.

—No para mí. Es un trabajo excelente. Y hablando de eso, ¿cómo va la investigación? ¿Ya has terminado de escribir el tema central?

—Me falta mucho todavía —respondí. Eso era lo que debería estar haciendo, no persiguiendo vampiros en Internet—. Escucha, disculpa que te moleste en el laboratorio. ¿Tienes un minuto?

—Por supuesto. —Gritó para que alguien bajara el ruido. Pero siguió con el mismo volumen—. Espera. —Se oyeron ruidos amortiguados, luego silencio—. Así está mejor —dijo tímidamente—. Los nuevos alumnos vienen con mucha energía al principio del semestre.

—Los estudiantes universitarios siempre tienen mucha energía, Chris. —Sentí una ligera punzada, pues echaba de menos las clases y los nuevos estudiantes.

—Tú ya lo sabes. Pero ¿cómo estás tú? ¿Qué necesitas?

Chris y yo nos habíamos hecho cargo de nuestros puestos en el cuerpo docente de Yale el mismo año, y se suponía que él no iba a conseguir la titularidad. Se me adelantó en un año al recibir una beca MacArthur para su brillante trabajo como biólogo molecular.

No se comportó como un genio distante cuando le hice una llamada inesperada para preguntarle por qué un alquimista podría describir dos sustancias calentadas en un alambique como ramas que crecen de un árbol. Nadie más en el departamento de Química había mostrado interés en ayudarme, pero Chris envió a dos estudiantes de doctorado a conseguir los materiales necesarios para repetir el experimento y luego insistió en que fuera al laboratorio personalmente. Observamos a través de las paredes de un vaso de precipitados de cristal cómo un grumo de barro gris pasaba por una gloriosa transformación y se convertía en un árbol rojo con cientos de ramas. Desde entonces éramos amigos.

Respiré hondo.

—He conocido a alguien el otro día.

Chris gritó alborozado. Durante años me había estado presentando hombres que

había conocido en el gimnasio.

—No se trata de ningún idilio —me apresuré a decir—. Es un científico.

—Un encantador científico es precisamente lo que necesitas. Necesitas un desafío… y una vida propia.

—Mira quién habla. ¿A qué hora te fuiste del laboratorio ayer? Además, ya hay un científico encantador en mi vida —bromeé.

—No cambies de tema.

—Oxford es una cuidad tan pequeña que no puedo evitar seguir encontrándomelo. Y él parece estar todo el tiempo dando vueltas por aquí. —No era exactamente así, pensé, cruzando los dedos, pero se aproximaba mucho—. He echado una mirada a su trabajo y entiendo la mayor parte, pero debo de estar perdiéndome alguna cosa porque hay algo que no encaja.

—No me digas que es astrofísico —dijo Chris—. Ya sabes que la física no es mi fuerte.

—Se supone que eres un genio.

—Lo soy —replicó de inmediato—. Pero mi genio no incluye los juegos de cartas ni la física. Nombre, por favor. —Chris trataba de ser paciente, pero, para él, ningún cerebro se movía a suficiente velocidad.

—Matthew Clairmont. —Su nombre se me quedó atascado en la garganta, como el olor a clavo la noche anterior.

Chris dejó escapar un silbido.

—El escurridizo y solitario profesor Clairmont. —Se me puso la piel de gallina en los brazos— . ¿Qué le has hecho? ¿Le has hechizado con esos ojos tuyos?

Dado que Chris no sabía que era una bruja, su uso de la palabra «hechizado» fue totalmente fortuito.

—Admira mi trabajo sobre Boyle.

—Bien —se burló Chris—. ¿Le lanzaste una mirada con esos enloquecedores ojos claros y él pensó en la ley de Boyle? Es un científico, Diana, no un monje. Y un científico importante, para ser exactos.

—¿De verdad? —repliqué con voz apenas audible.

—De verdad. Fue un fenómeno, igual que tú, y empezó a publicar cuando todavía era un estudiante. Buen material, nada de tonterías. Trabajos que uno estaría feliz de firmar, si lograra producirlos a lo largo de toda una carrera profesional.

Revisé mis notas, garabateadas en un bloc de papel amarillo rayado.

—¿Ése fue su estudio de los mecanismos neuronales y la corteza prefrontal?

—Veo que has hecho los deberes —dijo en tono de aprobación—. No seguí demasiado los trabajos iniciales de Clairmont, lo que me interesa son sus trabajos sobre química, pero sus publicaciones sobre los lobos tuvieron mucha repercusión.

—¿Por qué?

—Manifestó un talento asombroso para profundizar en ciertos aspectos…: por qué los lobos eligen ciertos lugares para vivir, cómo forman grupos sociales, cómo se aparean. Parecía como si él fuera también un lobo.

—Tal vez sea un lobo. —Traté de que mi voz sonara indiferente, pero algo amargo y envidioso floreció en mi boca y mis palabras sonaron ásperas.

Matthew Clairmont no tenía problemas en usar sus habilidades sobrenaturales y su sed de sangre para avanzar en su carrera. Si el vampiro hubiera necesitado tomar alguna decisión sobre el Ashmole 782 el viernes por la noche, habría tocado las ilustraciones del manuscrito. Yo no tenía ninguna duda sobre esta cuestión.

—Habría sido más fácil explicar la calidad de su trabajo si fuera en realidad un lobo — continuó Chris pacientemente, ignorando mi comentario—. Pero como no lo es, no tienes más remedio que admitir que es muy bueno. Fue elegido para formar parte de la Royal Society precisamente por eso, una vez que dieron a conocer sus conclusiones. La gente empezó a decir que era el próximo Attenborough. Después de eso, desapareció durante un tiempo.

«Seguro que desapareció», pensé. Y en voz alta dije:

—Luego apareció otra vez, dedicado a la evolución y a la química, ¿no?

—Sí, pero su interés por la evolución fue un desarrollo natural a partir de los lobos.

—¿Y qué es lo que te interesa de su trabajo en química?

La voz de Chris adquirió un tono vacilante:

—Bueno, está actuando como actúa un científico cuando ha descubierto algo grande.

—No comprendo. —Fruncí el ceño.

—Nos ponemos nerviosos y raros. Nos escondemos en nuestros laboratorios y no asistimos a ninguna conferencia por temor a llegar a decir algo que le sirva a otro para avanzar.

—Está actuando como un lobo. —Para entonces yo ya sabía mucho sobre lobos. Las conductas posesivas y cautelosas que Chris describía coincidían perfectamente con las de los lobos noruegos.

—Exactamente. —Chris se rió—. ¿Ha mordido a alguien?, ¿lo han sorprendido aullándole a la luna?

—No que yo sepa —susurré—. ¿Clairmont siempre ha sido tan solitario?

—No es a mí a quien hay que preguntarle —admitió Chris—. Tiene un título en Medicina, y debe de haber atendido a algunos pacientes, aunque nunca tuvo fama como médico. Y los lobos lo querían. Pero no ha asistido a ninguna de las conferencias sobre el tema en los tres últimos años. —Hizo una pausa—. Pero espera un minuto. Sucedió algo hace unos años.

—¿Qué?

—Presentó un trabajo…, no puedo recordar los detalles…, y una mujer le hizo una pregunta. Era una pregunta inteligente, pero él se mostró desdeñoso. Ella insistió. Él se irritó y luego se enfadó. Un amigo que estaba allí me contó que nunca había visto a alguien pasar de ser cortés a estar furioso con tanta rapidez.

Ya estaba yo tecleando, tratando de encontrar información sobre aquella controversia.

—Doctor Jekyll y míster Hyde, ¿eh? No hay ningún dato sobre ese episodio en la red.

—No me sorprende. Los químicos no ventilan la ropa sucia en público. Eso nos daña a todos a la hora de las subvenciones. No queremos que los burócratas piensen que somos unos tremendos megalómanos. Eso se lo dejamos a los físicos.

—¿Clairmont consigue subvenciones?

—Ajá. Sí. Siempre cuenta con fondos más que suficientes. No te preocupes por la carrera del profesor Clairmont. Puede que tenga fama de ser despectivo con las mujeres, pero no desperdicia el dinero. Su trabajo es demasiado bueno como para que pueda ser acusado de eso.

—¿Lo conoces personalmente? —pregunté, con la esperanza de que Chris me diera su opinión sobre Clairmont.

—No. Seguramente no encontrarás más que a unas cuantas docenas de personas que puedan decir que lo conocen. No da clases. Hay un montón de historias, sin embargo…: que no le gustan las mujeres, que es un esnob intelectual, no contesta el correo que le llega, no acepta estudiantes de investigación.

—Me da la impresión de que tú crees que todo eso son tonterías.

—No sé si se trata de tonterías —respondió Chris en tono pensativo—. Simplemente no estoy seguro de que eso sea importante, teniendo en cuenta que él podría ser quien revele los secretos de la evolución o cure la enfermedad de Parkinson.

—Haces que parezca un cruce entre Salk y Darwin.

—No es una mala analogía, por cierto.

—¿Tan bueno es? —Pensé en Clairmont estudiando los trabajos de Needham con feroz concentración y sospeché que era más que bueno.

—Sí. —Chris bajó la voz—: Si yo fuera un aficionado a las apuestas, apostaría cien dólares a que gana un premio Nobel antes de morir.

Chris era un genio, pero no sabía que Matthew Clairmont era un vampiro. No iba a haber ningún premio Nobel. El propio vampiro se aseguraría de que así fuera para mantener su anonimato. A los ganadores de los premios Nobel les sacan fotos.

—Acepto la apuesta —dije riéndome.

—Deberías empezar a ahorrar, Diana, porque esta vez vas a perder. —Chris se rió entre dientes.

Él había perdido nuestra última apuesta. Le había apostado cincuenta dólares a que iba a tener su titularidad antes que yo. Su dinero estaba en el mismo marco donde estaba su fotografía, sacada la mañana en que la fundación MacArthur lo llamó. En ella, Chris se estaba pasando las manos entre sus apretados rizos negros, con una sonrisa tímida iluminando su rostro oscuro. Su titularidad le llegó nueve meses después.

—Gracias, Chris. Has sido de gran ayuda —dije sinceramente—. Debes volver a los muchachos. Probablemente ya hayan hecho explotar alguna cosa.

—Sí, debo controlarlos. Las alarmas de incendios no han sonado, lo cual es una buena señal. —Vaciló—. Confiésalo, Diana. No estás preocupada por decir algo inadecuado si te encuentras con Matthew Clairmont en algún cóctel. Así es como actúas cuando estás trabajando en un problema de investigación. ¿Qué hay en él que ha encendido tu imaginación?

A veces Chris parecía sospechar que yo era diferente. Pero no había manera de decirle la verdad.

—Tengo debilidad por los hombres inteligentes.

Suspiró.

—Está bien, no me lo digas. No mientes muy bien, ¿lo sabías? Pero ten cuidado. Si te rompe el corazón, tendré que darle una paliza, y este semestre estoy demasiado ocupado.

—Matthew Clairmont no va a romperme el corazón —insistí—. Es un colega…, uno con amplios intereses intelectuales, eso es todo.

—Para ser tan lista, eres muy despistada. Te apuesto diez dólares a que te invita a salir antes de que termine esta semana.

Me eché a reír.

—Nunca aprenderás? Diez dólares entonces… o su equivalente en libras esterlinas británicas… cuando gane.

Nos despedimos. Todavía no sabía mucho sobre Matthew Clairmont, pero tenía una mejor perspectiva de las preguntas que quedaban por resolver, sobre todo de la más importante: por qué alguien que trabajaba en la investigación evolutiva estaba tan interesado en la alquimia del siglo XVII.

Navegué por Internet hasta que mis ojos estuvieron demasiado cansados como para continuar. Cuando los relojes dieron la medianoche, estaba rodeada de notas sobre lobos y genética, pero no había avanzado mucho a la hora de desentrañar el misterio del interés por el Ashmole 782 de Matthew Clairmont.

Capítulo 6

La mañana siguiente amaneció gris, como si fuera principios de otoño. Lo único que me apetecía hacer era acurrucarme envuelta en varios jerséis y quedarme en mis habitaciones.

Una mirada al exterior, con aquel tiempo tan poco apetecible, me convenció de no regresar al río. Me decidí en cambio por salir a correr. Saludé con la mano al guardián nocturno que estaba en la portería, quien me dirigió una mirada incrédula seguida de un gesto alentador con los pulgares hacia arriba.

Con cada pisada en la acera, algo de la rigidez de mi cuerpo iba desapareciendo. Cuando llegué a los senderos de grava del parque de la universidad, estaba respirando profundamente y me sentía relajada y lista para un largo día en la biblioteca, sin importarme cuántas criaturas no humanas estuvieran reunidas allí.

Al regresar, el portero me detuvo.

—Doctora Bishop…

—¿Sí?

—Lamento haber tenido que impedir el acceso a su visita de anoche, pero es la política de la universidad. La próxima vez que vaya a tener invitados, háganoslo saber y los enviaremos directamente arriba.

La claridad mental conseguida después de correr desapareció.

—¿Era un hombre o una mujer? —pregunté de manera brusca.

—Una mujer.

Relajé poco a poco mis hombros, que había alzado casi hasta la altura de mis orejas a causa de la tensión.

—Parecía muy agradable, y a mí siempre me han gustado los australianos. Son amistosos sin ser…, bueno… —El portero dejó la frase sin terminar, pero resultaba claro lo que quería decir. Los australianos eran como los norteamericanos…, pero no tan agresivos—. Llamamos por teléfono a sus habitaciones.

Fruncí el ceño. Yo había desconectado el teléfono porque Sarah nunca calculaba la diferencia horaria entre Madison y Oxford correctamente y siempre me llamaba en mitad de la noche. Ésa era la explicación.

—Gracias por hacérmelo saber. En el futuro no olvidaré informarle sobre cualquier visita — prometí.

De vuelta a mis habitaciones, encendí la luz del baño y vi que los dos días anteriores habían dejado sus huellas. Los círculos que habían aparecido debajo de mis ojos el día anterior se habían convertido en algo parecido a cardenales. Examiné

también mi brazo en busca de algún hematoma y me sorprendí al no encontrar ninguno. La fuerza del vampiro al agarrarme había sido tal que estaba segura de que Clairmont me habría roto algunos vasos sanguíneos debajo de la piel.

Me duché y me puse unos pantalones flojos y un jersey de cuello alto. El negro intenso acentuaba mi altura y minimizaba mi constitución atlética, pero también hacía que me pareciera a un cadáver, de modo que até un suéter azul pálido alrededor de mis hombros. Eso hizo que mis ojeras parecieran más azules, pero por lo menos ya no tenía aspecto de muerta. Mi pelo amenazaba con erizarse directamente por encima de mi cabeza y crujía cada vez que me movía. La única solución era recogerlo hacia atrás con un moño en la nuca.

El carrito de Clairmont había sido llenado con manuscritos y me resigné a verlo en la sala de lectura Duke Humphrey. Me acerqué al mostrador de préstamos con los hombros muy rectos.

De nuevo el supervisor y los dos ayudantes daban vueltas por todos lados como aves nerviosas. Esta vez, sus movimientos se concentraban en el triángulo entre el mostrador de préstamos, los ficheros donde estaban catalogados los manuscritos y la oficina del supervisor. Llevaban pilas de cajas y empujaban carritos cargados de manuscritos hacia los primeros tres espacios debajo de los arcos con mesas antiguas bajo la atenta mirada de las gárgolas.

—Gracias, Sean. —La voz profunda y cortés de Clairmont flotó desde las profundidades.

La buena noticia era que ya no iba a tener que compartir un escritorio con un vampiro.

La mala noticia era que no iba a poder entrar o salir de la biblioteca —o pedir un libro o manuscrito— sin que Clairmont pudiera conocer cada uno de mis movimientos. Y ese día, además, contaba con apoyo.

Lo que me pareció una niña muy pequeña estaba amontonando papeles y archivadores en el espacio que había bajo el segundo arco. Iba vestida con un jersey marrón largo y holgado que le llegaba casi hasta las rodillas. Cuando se volvió, me sorprendí al ver a una mujer adulta. Tenía ojos color ámbar y negro, y tan fríos que congelaban.

Incluso sin estar en contacto con ella, su piel luminosa y pálida y el pelo anormalmente grueso y brillante la delataban: era una mujer vampiro. Mechones como ondas serpenteantes se enroscaban alrededor de su rostro y sobre sus hombros. Dio un paso hacia mí, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar sus movimientos rápidos y seguros, y me dirigió una mirada penetrante. Aquél no era, evidentemente, el lugar donde quería estar, y me culpaba a mí.

—Miriam —la llamó Clairmont en voz baja, saliendo al pasillo central. Se detuvo de golpe, y una cortés sonrisa apareció en sus labios.

—Doctora Bishop, buenos días. —Se pasó los dedos por el pelo, lo cual sólo sirvió para que todavía pareciera más despeinado. Toqué mi propio cabello un tanto cohibida y metí un mechón suelto detrás de la oreja.

—Buenos días, profesor Clairmont. Otra vez por aquí, por lo que veo.

—Sí. Pero hoy no estaré con usted en el ala Selden. Han podido acomodarnos aquí, donde no molestaremos a nadie.

El vampiro de sexo femenino puso bruscamente una pila de papeles encima de la mesa.

Clairmont sonrió.

—Permítame presentarle a mi colega de investigación, la doctora Miriam Shephard. Miriam, ésta es la doctora Diana Bishop.

—Doctora Bishop —saludó Miriam fríamente, tendiendo su mano hacia mí. La cogí y me sorprendí por el contraste entre su mano diminuta y fría y la mía, más grande y más cálida. Empecé a retirarla, pero su apretón se hizo más intenso provocando un crujido de mis huesos. Cuando finalmente me soltó, tuve que resistir el impulso de sacudir la mano.

—Doctora Shephard. —Allí estábamos los tres, sin saber qué hacer. ¿Qué debe uno preguntarle a un vampiro a primera hora de la mañana? Me refugié en las trivialidades humanas—. Bueno, tengo que ponerme a trabajar.

—Que tenga un día productivo —dijo Clairmont. Su gesto con la cabeza fue tan frío como el saludo de Miriam.

El señor Johnson apareció junto a mí acercándose desde atrás, con el pequeño montón de cajas grises de mis manuscritos esperándome en sus brazos.

—Hoy le hemos asignado el asiento A4, doctora Bishop —me informó, inflando las mejillas con satisfacción—. Yo llevaré todo esto a su sitio.

Los hombros de Clairmont eran tan anchos que no pude averiguar si había manuscritos encuadernados sobre su mesa. Contuve mi curiosidad y seguí al supervisor de la sala de lectura a mi habitual asiento en el ala Selden.

A pesar de no tener a Clairmont sentado delante de mí, sentí claramente su presencia cuando saqué mis bolígrafos y encendí mi ordenador. De espaldas a la sala vacía, cogí la primera caja, saqué el manuscrito encuadernado en cuero y lo puse en el soporte.

La familiar tarea de leer y tomar notas pronto absorbió toda mi atención, y terminé con el primer manuscrito en menos de dos horas. Mi reloj reveló que todavía no eran las once. Aún había tiempo para otro antes de almorzar.

El manuscrito que había en la siguiente caja era más pequeño que el anterior, pero contenía interesantes dibujos de instrumentos alquímicos y fragmentos de procedimientos químicos que podían leerse como una combinación profana de *La alegría de cocinar* y el cuaderno de notas de un envenenador. «Tome la olla de

mercurio y colóquela sobre una llama durante tres horas —comenzaba diciendo una serie de instrucciones— y cuando se haya unido al Hijo Filosófico, retírela y deje que se pudra hasta que el Cuervo Negro lo conduzca a su muerte». Mis dedos volaban sobre el teclado, acelerándose a medida que pasaban los minutos.

Ese día me había preparado para ser blanco de las miradas de toda criatura imaginable no humana. Pero cuando el reloj dio la una, yo seguía estando prácticamente sola en el ala Selden. El único lector que había era un estudiante de posgrado que llevaba una bufanda a rayas rojas, blancas y azules del Keble College. Miraba detenidamente una pila de libros raros con aire taciturno sin leerlos mientras se mordía las uñas con ocasionales ruidos muy audibles.

Después de llenar dos nuevos formularios de préstamo y volver a poner en sus cajas mis manuscritos, abandoné mi asiento para ir a comer, satisfecha con lo que había conseguido esa mañana. Cuando pasé cerca de Gillian Chamberlain, me dirigió una malévola mirada desde un asiento de aspecto incómodo cerca del antiguo reloj; los dos vampiros de sexo femenino del día anterior clavaron helados carámbanos en mi piel, y el daimón de la sala de consulta de música estaba con otros dos daimones. Los tres estaban desmontando un lector de microfilm, y las piezas estaban a su alrededor y un rollo de película yacía en su carrete olvidado en el suelo, a sus pies.

Clairmont y su ayudante seguían en su sitio cerca del mostrador de préstamos de la sala de lectura. El vampiro aseguraba que las criaturas no humanas andaban detrás de mí, no de él. Pero el comportamiento de todas ellas ese día indicaba otra cosa, pensé con sensación de triunfo.

Mientras yo devolvía mis manuscritos, Matthew Clairmont me miró con frialdad. Tuve que hacer un gran esfuerzo, pero logré no devolverle la mirada.

—¿Has terminado con éstos? —preguntó Sean.

—Sí. Quedan dos más sobre mi mesa. Si pudieras darme también éstos, sería estupendo. —Le entregué los formularios—. ¿Quieres que comamos juntos?

—Valerie acaba de salir. Me temo que voy a tener que quedarme aquí durante un rato —dijo apesadumbrado.

—Otra vez será. —Cogí mi bolso y me volví para salir.

La voz grave de Clairmont me detuvo:

—Miriam, es la hora de comer.

—No tengo hambre —respondió ella con una voz clara y melódica de soprano, que incluía un cierto tono de irritación.

—El aire fresco mejorará tu concentración. —El tono tajante en la voz de Clairmont resultó indiscutible. Miriam suspiró con fuerza, rompió el lápiz sobre su mesa, y salió de las sombras para seguirme.

Mi comida habitual consistía en una pausa de veinte minutos en el café del segundo piso de la librería vecina. Sonreí al imaginar a Miriam, en ese mismo

momento, atrapada en Blackwell’s, donde los turistas se reunían para mirar postales, metida entre las guías de Oxford y la sección de novela negra.

Conseguí un sándwich y un poco de té y me metí en el rincón más alejado del local lleno de gente, entre un profesor de historia que me resultaba vagamente familiar, que leía el periódico, y un estudiante que dividía su atención entre un reproductor de MP3, un teléfono móvil y un ordenador.

Después de terminar mi sándwich, cogí la taza de té entre mis manos y miré por las ventanas. Fruncí el ceño. Uno de los daimones desconocidos que había visto en la sala Duke Humphrey estaba apoyado en los portones de la biblioteca, observando las vidrieras de Blackwell’s.

Recibí dos ligeros toquecitos en los pómulos, suaves y fugaces como un beso. Levanté la vista hacia el rostro de otro daimón de sexo femenino. Era muy hermosa, con facciones despampanantes y contradictorias: su boca era demasiado ancha para su cara delicada, sus ojos marrón chocolate estaban demasiado juntos teniendo en cuenta su gran tamaño, el pelo era demasiado rubio para su piel color miel.

—¿Doctora Bishop? —El acento australiano de la mujer me envió dedos helados que recorrieron la base de mi columna vertebral.

—Sí —susurré, mirando hacia las escaleras. La oscura cabeza de Miriam no apareció desde abajo—. Yo soy Diana Bishop.

Sonrió.

—Soy Agatha Wilson. Y su amiga de ahí abajo no sabe que estoy aquí.

Era un nombre incongruentemente pasado de moda para alguien que era apenas unos diez años mayor que yo, y mucho más elegante. Su nombre me resultó vagamente familiar, y me pareció recordar haberla visto en una revista de moda.

—¿Puedo sentarme? —preguntó, señalando el asiento que el historiador acababa de dejar libre.

—Por supuesto —respondí en un susurro.

El lunes había conocido a un vampiro. El martes un brujo había tratado de meterse dentro de mi cabeza. El miércoles, al parecer, era el día de los daimones.

Aunque me habían seguido por toda la universidad, yo sabía todavía menos sobre los daimones que sobre los vampiros. Pocos parecían comprender a aquellas criaturas, y Sarah nunca había podido responder completamente a las preguntas que le había formulado sobre ellos. Según lo que ella me había contado, los daimones constituían una subclase criminal. Su exceso de inteligencia y creatividad los llevaba a mentir, robar, hacer trampas e incluso matar, porque sentían que podían salirse siempre con la suya. Y algo todavía más preocupante, por lo que me había contado Sarah, eran las condiciones de su nacimiento. No había manera de saber dónde o cuándo iba a aparecer un daimón, ya que era frecuente que nacieran de padres humanos. Para mi tía, esto no hacía más que agravar su posición, ya marginal, en la

jerarquía de los seres. Ella valoraba las costumbres de familia y los linajes de una bruja, y no aprobaba semejante imprevisibilidad daimónica.

Agatha Wilson se conformó, en un primer momento, con permanecer sentada a mi lado en silencio, observándome a mí, con mi taza de té en la mano. Luego empezó a hablar con un desconcertante remolino de palabras. Sarah decía que era imposible mantener una conversación con los daimones, porque siempre empezaban por la mitad.

—Tanta energía no puede menos que atraernos —dijo con total naturalidad, como si le hubiera hecho una pregunta—. Las brujas estaban en Oxford para celebrar Mabon, y parloteaban como si el mundo no estuviera lleno de vampiros que lo escuchan todo. —Guardó un instante de silencio—. No sabíamos si lo volveríamos a ver otra vez.

—¿Volver a ver qué? —pregunté en voz baja.

—El libro —dijo en tono confidencial.

—El libro —repetí, con voz inexpresiva.

—Sí. Después de lo que las brujas le hicieron, nunca imaginamos que podríamos llegar a verlo de nuevo.

Los ojos de la mujer daimón se concentraban en un lugar en medio de la habitación.

—Por supuesto, usted también es una bruja. Tal vez sea un error hablar con usted. Sin embargo, pensé que, entre todas las brujas, podría saber cómo lo hicieron. Y ahora aparece esto — dijo con tristeza, y cogió el periódico abandonado para alcanzármelo.

El titular sensacionalista atrajo mi atención de inmediato: «Vampiro suelto en Londres». Leí apresuradamente el artículo.

> La policía metropolitana no tiene ninguna pista nueva en el desconcertante asesinato de dos hombres en Westminster. Los cuerpos de Daniel Bennett, de veintidós años, y Jason Enright, de veintiséis, fueron encontrados en un callejón detrás del pub White Hart, en la calle St. Alban, el domingo por la mañana temprano por el propietario del establecimiento, Reg Scott. Ambos hombres tenían las carótidas seccionadas y laceraciones múltiples en el cuello, los brazos y el pecho. Las autopsias revelaron que la gran pérdida de sangre fue la causa de la muerte, aunque no se encontró en el lugar ningún rastro de sangre.
>
> Las autoridades que investigan los «asesinatos del vampiro», como los llama la gente del lugar, pidieron consejo a Peter Knox, famoso autor de *best sellers* sobre ocultismo moderno, entre ellos *Materia oscura, El diablo en tiempos modernos y el renacimiento de la magia* y *La necesidad de misterio*

> *en la era de la ciencia*. Knox ha sido consultado por instituciones de todo el mundo en casos en los que se sospecha de asesinatos satánicos o asesinatos en serie.
>
> «No hay pruebas de que éstos sean homicidios rituales —declaró Knox a los reporteros en una conferencia de prensa—. Ni tampoco parece que se trate del trabajo de un asesino en serie», concluyó, a pesar de los homicidios similares de Christiana Nilsson en Copenhague el verano anterior y de Sergei Morozov en San Petersburgo en el otoño de 2007. Cuando se insistió en el tema, Knox reconoció que en el caso de Londres podrían estar implicados uno o varios asesinos por imitación.
>
> Los preocupados vecinos han organizado patrullas de vigilancia, y la policía local inició una campaña de seguridad puerta a puerta para responder preguntas y ofrecer apoyo y orientación. Los funcionarios recomiendan a los habitantes de Londres que tomen precauciones adicionales para su seguridad, sobre todo por la noche.

—Esto es sólo el trabajo del director de un periódico en busca de una buena historia —dije mientras devolvía el diario a la daimón—. La prensa siempre se aprovecha de los temores humanos.

—¿Usted cree? —preguntó, mirando alrededor de la habitación—. No estoy tan segura. Creo que se trata de mucho más que eso. Con los vampiros nunca se sabe. Están apenas a un paso de los animales. —Agatha Wilson endureció los labios en un amargo rictus—. Y usted cree que somos nosotros los inestables. De todas formas, es peligroso para cualquiera de nuestro mundo atraer la atención humana.

Para ser un lugar público ya había hablado demasiado de brujas y vampiros, aunque el estudiante seguía con los auriculares puestos y el resto de los clientes estaban inmersos en sus propios pensamientos o tenían la cabeza junto a la de sus compañeros de almuerzo.

—No sé nada sobre el manuscrito ni lo que las brujas hicieron con él, señorita Wilson. Y tampoco está en mi poder —me apresuré a añadir, por si acaso ella también pensara que yo podría haberlo robado.

—Prefiero que me tutees. Llámame Agatha. —Se concentró en el dibujo de la alfombra—. Ahora está en la biblioteca. ¿Alguien te dijo que lo devolvieras?

¿Se refería a las brujas? ¿A los vampiros? ¿A los bibliotecarios? Escogí a los culpables más probables.

—¿Las brujas? —susurré.

Agatha asintió con la cabeza, mientras recorría todo el salón con la mirada.

—No. Cuando acabé de utilizarlo, simplemente lo volví a colocar en su sitio con los demás.

—Ah, los demás —dijo ella, confirmándolo—. Todo el mundo piensa que la biblioteca es sólo un edificio, pero no es así.

Recordé de nuevo la inquietante sensación que me dominó cuando Sean colocó el manuscrito en la cinta transportadora.

—La biblioteca es cualquier cosa que las brujas quieran que sea —continuó—. Pero el libro no les pertenece. No deberían ser las brujas quienes decidan dónde hay que guardarlo y quién puede verlo.

—¿Qué es lo que tiene de especial ese manuscrito?

—El libro explica por qué estamos aquí —dijo con una voz que revelaba una cierta desesperación—. Cuenta nuestra historia…: origen, desarrollo e incluso el final. Nosotros, los daimones, tenemos que comprender nuestro lugar en el mundo. Nuestra necesidad es más grande que la de las brujas o la de los vampiros. —En ese momento no había nada confuso en ella. Era como una cámara que había estado siempre desenfocada hasta que alguien había llegado a mover las lentes para dejarlas en la posición correcta.

—Vosotros sabéis cuál es vuestro lugar en el mundo —repliqué—. Hay cuatro clases de criaturas: humanos, daimones, vampiros y brujas.

—¿Y de dónde vienen los daimones? ¿Cómo fuimos creados? ¿Por qué estamos aquí? — Movió sus ojos castaños con rapidez—. Vosotros sabéis de dónde viene vuestro poder, ¿no?

—No —susurré, sacudiendo la cabeza.

—Nadie lo sabe —dijo con cierta melancolía—. Todos los días nos lo preguntamos. Los humanos al principio pensaban que los daimones eran ángeles de la guarda. Luego creyeron que éramos dioses atados a la tierra y víctimas de nuestras propias pasiones. Los humanos nos odiaban porque éramos diferentes y abandonaban a sus hijos si resultaban ser daimones. Nos acusaron de apoderarnos de sus almas y de volverlos locos. Los daimones somos brillantes, pero no somos crueles…, no como los vampiros. —En su voz había un cierto tono de irritación en ese instante, aunque en ningún momento alzó el volumen por encima del murmullo—. Nunca haríamos que alguien se volviera loco. Aún más que las brujas, somos víctimas del miedo y la envidia de los humanos.

—Las brujas también tienen desagradables leyendas con las cuales lidiar —dije, pensando en las cazas de brujas y ejecuciones a las que habían sido sometidas.

—Las brujas nacen brujas. Los vampiros hacen que otros se vuelvan vampiros. Vosotros tenéis historias de familia y recuerdos que os consuelan cuando os sentís solos o confundidos. Nosotros no tenemos nada más que los relatos que cuentan los humanos. No resulta sorprendente que haya tantos daimones con el espíritu destrozado. Nuestra única esperanza es confiar en encontrarnos algún día con otro daimón y saber que somos semejantes. Mi hijo fue uno de los afortunados. Nathaniel

tuvo una madre que era daimón, alguien que vio las señales y pudo ayudarle a comprender. —Apartó la mirada por un momento, tratando de recuperar la serenidad. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos otra vez, estaban tristes—. Tal vez los humanos tengan razón. Tal vez estemos poseídos. Veo cosas, Diana. Cosas que no debería ver.

Los daimones podían ser clarividentes. Nadie sabía si sus visiones eran fiables, como las que tenían las brujas.

—Veo sangre y miedo. Te veo a ti —dijo. Su mirada se perdió de nuevo en el vacío—. A veces veo al vampiro. Él busca este libro desde hace mucho tiempo. En cambio, te ha encontrado a ti. ¡Qué curioso!

—¿Por qué quiere el libro Matthew Clairmont?

Agatha se encogió de hombros.

—Los vampiros y las brujas no comparten sus ideas con nosotros. Ni siquiera tu vampiro nos dice lo que sabe, aunque demuestra un poco más de cariño por los daimones que la mayoría de los de su clase. ¡Hay tantos secretos, y tantos seres humanos inteligentes en estos tiempos! Lo descubrirá si no tenemos cuidado. A los humanos les gusta el poder…, y también los secretos.

—No es mi vampiro. —Me ruboricé.

—¿Estás segura? —preguntó, mirando los cromados de la máquina de café expreso como si fuera un espejo mágico.

—Sí —respondí con vehemencia.

—Un libro pequeño puede esconder un gran secreto…, uno que podría cambiar el mundo. Tú eres una bruja. Tú sabes que las palabras tienen poder. Y si tu vampiro conociera el secreto, no te necesitaría a ti. —La mirada de Agatha se suavizó, adquiriendo calidez.

—Matthew Clairmont puede pedir el manuscrito él mismo, si tanto lo desea. —La idea de que podría estar haciéndolo en ese momento era tremendamente escalofriante.

—Cuando vuelva a tu poder —dijo con un tono de urgencia en la voz, cogiéndome del brazo—, prométeme que recordarás que vosotras no sois las únicas que necesitáis conocer vuestros secretos. Los daimones formamos parte de esa historia también. Prométemelo.

Sentí una chispa de pánico cuando me tocó, y percibí repentinamente el calor del local y de la gente allí apiñada. De manera instintiva busqué la salida más cercana mientras me concentraba en mi respiración, tratando de controlar el inicio de una reacción de lucha o huida.

—Lo prometo —murmuré vacilante, sin estar segura de qué era lo que estaba prometiendo.

—Bien —dijo ella distraídamente, soltándome el brazo. Su mirada se perdió en el vacío—. Gracias por haber accedido a hablar conmigo. —Agatha miró otra vez la

alfombra—. Nos volveremos a ver. Recuerda, algunas promesas son más importantes que otras.

Puse mi tetera y la taza en el recipiente de plástico gris encima del cubo de basura y tiré allí el envoltorio de mi sándwich. Cuando miré por encima del hombro, Agatha estaba leyendo la sección de deportes del periódico de Londres que había dejado el historiador.

Al salir de Blackwell’s, no vi a Miriam, pero pude sentir sus ojos.

El ala Selden se había llenado de humanos normales mientras yo había ido a comer; todos estaban concentrados en su propio trabajo y totalmente ajenos a la cantidad de criaturas no humanas que se movían a su alrededor. Envidiando aquella ignorancia, cogí un manuscrito, decidida a concentrarme, pero mi mente se ocupó de repasar la conversación mantenida en Blackwell’s y los acontecimientos de los últimos días. Hasta cierto punto, las ilustraciones del Ashmole 782 no parecían relacionadas con lo que Agatha Wilson había dicho con respecto al contenido del libro. Y si Matthew Clairmont y la daimón estaban tan interesados en el manuscrito, ¿por qué no lo pedían ellos mismos?

Cerré los ojos, recordando los detalles de mi encuentro con el manuscrito. Traté de encontrar algún orden en los hechos de los últimos días vaciando mi mente e imaginando el problema como un rompecabezas disperso sobre una mesa blanca, para luego organizar las piezas de diferentes colores y formas. Pero, pusiera donde pusiera las piezas, no aparecía ninguna imagen clara. Frustrada, aparté la silla alejándola de mi mesa y me dirigí hacia la salida.

—¿Algún pedido? —preguntó Sean cuando cogió los manuscritos de mis brazos. Le entregué un manojo de formularios de préstamo recién cubiertos. Sonrió ante el grosor del montón, pero no dijo ni una palabra.

Antes de retirarme, tenía que hacer dos cosas. La primera era un asunto de simple cortesía. No sabía cómo lo habían hecho, pero los vampiros habían impedido que la interminable oleada de criaturas no humanas del ala Selden me distrajera. Brujas y vampiros no tenían a menudo motivos para darse las gracias unos a otros, pero Clairmont me había protegido dos veces en dos días. Y yo estaba decidida a no ser desagradecida, ni intolerante como Sarah y sus amigas en el aquelarre de Madison.

—Profesor Clairmont.

El vampiro levantó la vista.

—Gracias —dije simplemente, mirándolo a los ojos y sosteniendo la mirada hasta que él apartó la suya.

—No hay de qué —murmuró, con un tono de sorpresa en la voz.

La segunda cosa que debía hacer era más calculada. Si Matthew Clairmont me necesitaba, yo también lo necesitaba a él. Quería que me dijera por qué el Ashmole 782 despertaba tanto interés.

—Tal vez deberíamos tutearnos. Llámame Diana —dije rápidamente, antes de perder el coraje.

Matthew Clairmont sonrió.

Mi corazón dejó de latir por una fracción de segundo. Ésa no era la sonrisita educada con la que ya estaba familiarizada. Sus labios se curvaron hacia arriba, haciendo que todo su rostro resplandeciera. Santo cielo, sí que era guapo, pensé otra vez, ligeramente deslumbrada.

—Muy bien —replicó en voz baja—, pero entonces tienes que llamarme Matthew.

Asentí con la cabeza, mientras mi corazón todavía latía de forma irregular. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo, soltando hasta el último rastro de preocupación que quedaba después del inesperado encuentro con Agatha Wilson.

Matthew movió la nariz con suavidad. Su sonrisa se hizo más amplia. Fuese lo que fuese que mi cuerpo estaba haciendo, él lo había percibido. Es más, parecía haberlo identificado.

Me ruboricé.

—Que termines bien el día, Diana. —Su voz se detuvo en mi nombre, haciéndolo parecer exótico y extraño.

—Buenas noches, Matthew —respondí, emprendiendo una rápida retirada.

Aquella tarde, remando en el río tranquilo mientras la puesta de sol se convertía en anochecer, vislumbré de vez en cuando una mancha de humo en el camino de sirga, siempre un poco por delante de mí, como una estrella oscura que me guiaba hacia mi hogar.

Capítulo
7

A las dos y cuarto fui arrancada del sueño por una terrible sensación de estar ahogándome. Moviéndome para salir de debajo de las mantas, transformadas en pesadas y húmedas algas marinas por el poder del sueño, subía hacia las aguas más ligeras por encima de mí. Cuando comencé a moverme, algo me agarró por el tobillo y me arrastró hacia las profundidades.

Como siempre sucede con las pesadillas, me desperté con un sobresalto antes de descubrir quién me retenía desde abajo. Durante varios minutos permanecí allí, desorientada, con mi cuerpo empapado en sudor y mi corazón marcando un ritmo *staccato* que resonaba en el tórax, en medio de las costillas. Cautelosamente, me incorporé. Una cara blanca me miraba desde la ventana con ojos oscuros, huecos.

Demasiado tarde, me di cuenta de que era sólo mi reflejo en el cristal. Apenas pude llegar al baño antes de vomitar. Luego pasé los siguientes treinta minutos acurrucada hecha un ovillo sobre el frío suelo de baldosas culpando a Matthew Clairmont y a las demás criaturas reunidas para molestarme. Finalmente me arrastré hacia la cama y dormí durante unas horas. Al amanecer, con gran esfuerzo, me puse la ropa para remar.

Cuando llegué a la portería, el guardia me dirigió una mirada de asombro.

—No pensará salir a esta hora con la niebla, ¿verdad, doctora Bishop? Tiene aspecto de estar exahusta, si me permite el comentario. ¿No sería mejor que se quedara en la cama un poco más? El río estará ahí mañana.

Después de considerar el consejo de Fred, sacudí la cabeza.

—No, me sentiré mejor si salgo. —En su rostro apareció una expresión de duda —. Además los estudiantes vuelven este fin de semana.

El pavimento estaba resbaladizo por la humedad, de modo que corrí más despacio que de costumbre para compensar el clima y también mi fatiga. Mi camino habitual me llevó a pasar junto al Oriel College y hacia los altos y negros portones de hierro entre Merton y Corpus Christi. Estaban cerrados con llave desde el anochecer hasta el amanecer para evitar que la gente se acercara a los campos junto al río, pero lo primero que uno aprendía cuando remaba en Oxford era a pasar por encima de ellos. Trepé con facilidad.

El conocido ritual de poner el bote en el agua produjo el efecto esperado. Cuando me alejé del embarcadero para perderme en la niebla, ya me sentía casi normal.

Remar en medio de la bruma hace que uno sienta todavía más la sensación de estar volando. La niebla amortigua los sonidos normales de las aves y los coches y

amplifica el suave ruido de los remos en el agua y el zumbido de los asientos del bote. Sin la costa ni marcas conocidas para orientarse, sólo se puede navegar siguiendo el instinto.

Al cabo de un rato, estaba remando con una cadencia tranquila, con los oídos y los ojos atentos al más leve cambio en el ruido de mis remos, que podía indicar que me estaba acercando demasiado a la orilla, o a alguna sombra que pudiera señalarme la cercanía de otro bote. La niebla era tan densa que consideré la posibilidad de regresar, pero la perspectiva de un trecho largo y recto en el río era demasiado tentadora.

A escasa distancia de la taberna, con cuidado, di la vuelta en el bote. Dos remeros bajaban por el río, discutiendo acaloradamente acerca de las diversas estrategias ganadoras mientras avanzaban con el peculiar estilo de carreras de botes en Oxford y Cambridge, en las que se corre en fila tratando de tocar al de delante sin ser tocado por el que viene atrás.

—¿Queréis ir delante de mí? —grité.

—¡Sí! —fue la rápida respuesta. Y pasaron a gran velocidad, sin alterar su ritmo.

El sonido de sus remos perdió intensidad. Decidí volver al cobertizo y dar por terminada la sesión de remo. Fue un ejercicio breve, pero la tensión producida por mi tercera noche consecutiva de mal sueño había disminuido.

Cuando hube devuelto el bote con su equipamiento, cerré con llave el cobertizo y caminé lentamente por el sendero que conducía a la ciudad. Estaba todo tan silencioso en la neblina a primera hora de la mañana que el tiempo y el espacio se desvanecieron. Cerré los ojos, imaginando que no estaba en ningún sitio concreto…, ni en Oxford ni en ningún lugar que tuviera nombre.

Cuando los abrí, una oscura silueta se alzaba delante de mí. Sofoqué un grito, asustada. La silueta se lanzó sobre mí, y alcé mis manos instintivamente para protegerme del peligro.

—Diana, lo siento mucho. Creía que me habías visto. —Era Matthew Clairmont y tenía la cara contraída en un gesto de preocupación.

—Estaba caminando con los ojos cerrados. —Me llevé la mano al cuello de mi jersey de lana, y él retrocedió un poco. Me apoyé contra un árbol hasta recuperar el aliento.

—¿Puedes decirme una cosa? —preguntó Clairmont una vez que mi corazón se tranquilizó.

—No, si piensas preguntarme por qué estoy en el río en medio de la niebla cuando hay vampiros, daimones y brujas persiguiéndome. —No tenía ninguna gana de escuchar un sermón. Y menos esa mañana.

—No —su voz tenía una cierta acidez—, aunque ésa es una excelente pregunta. Iba a preguntar por qué caminas con los ojos cerrados.

Me eché a reír.

—¿Por qué? ¿Tú no lo haces?

Matthew sacudió la cabeza.

—Los vampiros tenemos solamente cinco sentidos. Nos da mejor resultado usarlos todos —explicó sardónicamente.

—No hay nada mágico en eso, Matthew. Es un juego que practico desde que era niña. Volvía loca a mi tía. Siempre llegaba a casa con las piernas llenas de cardenales y arañazos porque me chocaba con arbustos y árboles.

El vampiro se quedó pensativo. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón gris pizarra, con la mirada perdida en la niebla. Ese día se había puesto un jersey azul grisáceo que hacía que su pelo pareciera más oscuro, pero no llevaba ninguna otra prenda de abrigo. Resultaba sorprendente, si se tenía en cuenta el mal tiempo que hacía. Repentinamente me sentí descuidada y deseé que mi malla de remo no tuviera un agujero detrás del muslo izquierdo, a causa de un enganche con el aparejo del bote.

—¿Qué tal el remo esta mañana? —preguntó por fin Clairmont, como si no lo supiera. Seguramente no había salido para dar un paseo matutino.

—Bien —respondí secamente.

—No hay mucha gente por aquí tan temprano.

—No, pero me gusta cuando el río no está lleno de gente.

—¿Remar con este tiempo no es peligroso, cuando hay tan poca gente? —Su tono era suave, y si él no hubiera sido un vampiro que observaba cada uno de mis movimientos, podría haber considerado su pregunta como un torpe intento de iniciar una conversación.

—¿Peligroso por qué?

—Si algo llegara a ocurrir, seguramente nadie lo vería.

Yo nunca había sentido miedo en el río, pero debía admitir que no le faltaba razón. Sin embargo, me encogí de hombros.

—Los estudiantes estarán de regreso el lunes. Estoy disfrutando de la paz mientras dura.

—¿El periodo escolar empieza realmente la próxima semana? Clairmont parecía de verdad sorprendido.

—Formas parte del profesorado, ¿no? —Me eché a reír.

—Técnicamente sí, pero en realidad no veo a los estudiantes. Estoy aquí más como investigador. —Su boca se puso tensa. No le gustaba que se rieran de él.

—Debe de ser agradable. —Pensé en mi clase inaugural en un aula con capacidad para trescientas personas sentadas y en todos aquellos ansiosos estudiantes de primer curso.

—Es tranquilo. Mi equipo del laboratorio no hace preguntas por la cantidad de

horas de trabajo. Además, tengo a la doctora Shephard y a otro ayudante, el doctor Whitmore, así que no estoy completamente solo.

Se notaba la humedad en el aire y hacía frío. Y había algo raro en eso de estar intercambiando cortesías con un vampiro en medio de la espesa y oscura niebla.

—Debo marcharme ya.

—¿Quieres que te lleve?

Cuatro días atrás no habría aceptado que un vampiro me llevara a casa, pero esa mañana me parecía una idea excelente. Por otro lado, me brindaba una oportunidad para preguntarle por qué un bioquímico estaba interesado en un manuscrito de alquimia del siglo XVII.

—Por supuesto —acepté.

La expresión tímida y complacida de Clairmont resultó completamente tranquilizadora.

—Mi coche está aparcado cerca —informó, haciendo un gesto en dirección al Christ Church College. Caminamos en silencio durante varios minutos, envueltos en la niebla gris y la extrañeza de que una bruja y un vampiro estuviesen solos. Caminó deliberadamente más lento para ajustarse a mi paso. Parecía más relajado al aire libre de lo que había estado en la biblioteca.

—¿Éste es tu *college?* —quise saber.

—No, nunca he sido miembro de éste. —La forma en que lo dijo me hizo preguntarme de cuántos *colleges* de la universidad había sido miembro. Luego empecé a considerar qué edad tendría. A veces parecía tan viejo como la propia Oxford.

—Diana… —Clairmont se había detenido.

—¿Sí? —Yo había empezado a dirigirme hacia la zona de aparcamiento del *college*.

—Es por aquí —dijo, señalando en dirección contraria.

Matthew me condujo hasta un pequeño lugar amurallado. Un Jaguar negro, bajo, estaba aparcado debajo de un cartel amarillo brillante que indicaba: ESTÁ TERMINANTEMENTE PROHIBIDO APARCAR AQUÍ. El vehículo tenía un permiso del hospital John Radcliffe colgado del espejo retrovisor.

—Ya veo —dije, poniéndome las manos sobre las caderas—, aparcas prácticamente donde te da la gana.

—Normalmente soy un buen ciudadano cuando se trata del aparcamiento, pero el tiempo de esta mañana me hizo pensar que podía hacer una excepción —dijo Matthew a la defensiva. Estiró su largo brazo junto a mí para abrir la puerta. El Jaguar era un modelo antiguo, desprovisto de cierre centralizado o un salpicadero de tecnología moderna, pero parecía recién salido de un salón del automóvil. Abrió la puerta y subí. El tapizado de cuero color caramelo se adaptó de inmediato a mi

cuerpo.

Nunca había subido a un coche tan lujoso. Las peores sospechas de Sarah sobre los vampiros se confirmarían si supiera que conducían Jaguars mientras ella seguía con un destartalado Honda Civic morado que se había oxidado para adquirir una tonalidad color violeta parduzco como de berenjena asada.

Clairmont condujo por el sendero hacia los portones de Christ Church, donde esperó hasta conseguir sitio en medio del tráfico mañanero, dominado por camiones de reparto, autobuses y bicicletas.

—¿Te apetece desayunar antes de volver a casa? —preguntó con indiferencia aferrado al pulido volante—. Debes de estar hambrienta después de tanto ejercicio.

Ésa era la segunda vez que Clairmont me invitaba a (no) compartir una comida con él. ¿Era aquello una costumbre de los vampiros? ¿Les gustaba observar a los demás mientras comían?

La combinación de vampiros y comidas hizo que mi mente se volviera hacia los hábitos alimenticios del vampiro. Todo el mundo sabía que se alimentaban de sangre humana. Pero ¿eso era lo único que comían? Ya no estaba tan segura de que ir en coche con un vampiro fuera una buena idea. Me subí el cierre del cuello del jersey de lana y me acerqué un poco más a la puerta.

—¿Entonces? —insistió.

—Podría comer algo —admití vacilante—, y mataría por un poco de té.

Asintió con la cabeza y volvió sus ojos hacia el tráfico.

—Conozco el sitio adecuado.

Clairmont condujo colina arriba y giró a la derecha por High Street. Pasamos junto a la estatua de la mujer de Jorge II de pie bajo la cúpula del Queen’s College, para luego dirigirnos hacia el Jardín Botánico de Oxford. Desde el encierro silencioso del coche, Oxford parecía todavía más misteriosa que de costumbre, con sus chapiteles y torres destacándose repentinamente en medio del silencio y la niebla.

Íbamos sin hablar, y el silencio de él me hizo darme cuenta de lo mucho que me movía yo, constantemente parpadeando, respirando y moviéndome en mi sitio. Clairmont permanecía quieto. Nunca parpadeaba y rara vez respiraba, y cada movimiento que hacía para girar el volante o para apretar los pedales era lo más pequeño y eficaz posible, como si su larga vida le exigiera ahorrar energía. Me pregunté otra vez cuántos años tendría Matthew Clairmont.

El vampiro aceleró por una calle lateral, para detenerse delante de un pequeño café lleno de clientes que devoraban platos de comida. Algunos estaban leyendo el periódico; otros charlaban con sus vecinos en mesas contiguas. Todos estaban bebiendo enormes tazas de té, advertí con placer.

—No conocía este sitio —confesé.

—Es un secreto bien guardado —dijo con un tono de niño travieso—. No quieren

que los profesores universitarios arruinen el ambiente.

Me volví automáticamente para abrir mi puerta del coche, pero antes de que consiguiera tocar el seguro, Clairmont ya estaba allí, abriéndola para que yo bajara.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —gruñí.

—Magia —respondió, frunciendo los labios. Aparentemente a Clairmont no le gustaba que las mujeres abrieran ellas mismas las puertas del coche, al igual que tampoco le gustaban las mujeres que discutían con él, según se decía.

—Puedo abrir mi propia puerta perfectamente —repliqué, bajando del coche.

—¿Por qué las mujeres de hoy en día pensáis que es importante que podáis abrir las puertas vosotras mismas? —dijo secamente—. ¿Os parece que es una manifestación de vuestro poderío físico?

—No, pero es una demostración de nuestra independencia. —Allí estaba yo, de pie, con los brazos cruzados, desafiándolo a contradecirme y recordando lo que Chris me había contado sobre el comportamiento de Clairmont con una mujer que había hecho demasiadas preguntas en una conferencia.

Sin decir una palabra, cerró la portezuela del coche detrás de mí y abrió la puerta del café. Me quedé inmóvil en mi sitio, esperando a que él entrara. Una ráfaga de aire cálido y húmedo trajo el olor de grasa de beicon y pan tostado. La boca comenzó a hacérseme agua.

—Eres increíblemente anticuado —afirmé con un suspiro, a la vez que decidía no presentar batalla. Podía abrir puertas para mí esa mañana, siempre y cuando estuviera dispuesto a invitarme a un desayuno caliente.

—Después de ti —murmuró.

Una vez dentro, nos abrimos paso por entre las mesas abarrotadas. La piel de Clairmont, que había parecido casi normal en la niebla, resultaba llamativamente pálida bajo la cruda iluminación del techo del café. Un par de humanos nos miraron cuando pasamos. El vampiro se puso tenso.

No había sido una buena idea ir allí, pensé con inquietud mientras cada vez más ojos humanos nos examinaban.

—¿Qué tal, Matthew? —Una alegre voz de mujer saludó desde el mostrador—. ¿Dos para desayunar?

La cara de él se iluminó.

—Dos, Mary. ¿Cómo está Dan?

—Bien, lo suficiente como para quejarse de que está harto de permanecer en cama. Yo diría que está mejorando.

—¡Cuánto me alegro! —dijo Clairmont—. ¿Podrías conseguir una taza de té para esta señorita tan pronto como sea posible? Amenaza con matar por un poco de té.

—No va a ser necesario, querida —me tranquilizó Mary con una sonrisa—. Aquí servimos el té sin derramamiento de sangre. —Sacó su generoso cuerpo de detrás del

mostrador de formica y nos llevó a una mesa situada en un rincón alejado, junto a la puerta de la cocina. Dio un sonoro golpe sobre la mesa con dos cartas recubiertas de plástico—. Aquí estaréis más tranquilos, Matthew. Enviaré a Steph con el té. Quedaos todo el tiempo que queráis.

Clairmont insistió en que me sentara de espaldas a la pared. Él se sentó frente a mí e hizo un tubo con la carta plastificada, dejando que se desenrollara suavemente entre sus dedos, visiblemente tenso. En presencia de otras personas, el vampiro se notaba inquieto e irritable, como le pasaba en la biblioteca. Se sentía mucho más cómodo cuando estábamos los dos solos.

Reconocí el significado de ese comportamiento gracias a mis nuevos conocimientos sobre el lobo noruego. Me estaba protegiendo.

—¿Quién crees que puede ser una amenaza para mí, Matthew? Ya te dije que podía cuidarme a mí misma. —Mi voz salió un poco más áspera de lo que hubiera querido.

—Sí, estoy seguro de que puedes hacerlo —replicó, dudoso.

—Mira —dije, tratando de mantener mi tono normal—, te las has arreglado para…, para mantenerlos alejados de mí, así he podido hacer mi trabajo. —Las mesas estaban demasiado cerca unas de otras como para que yo incluyera más detalles—. Te estoy agradecida por eso. Pero este café está lleno de humanos. El único peligro ahora sería que llames demasiado la atención. Oficialmente, no estás de servicio.

Clairmont inclinó la cabeza en dirección a la caja registradora.

—Ese hombre de allí le ha dicho a su amigo que estás buenísima. —Trató de no darle importancia, pero su rostro se ensombreció. Acallé una risa.

—No creo que vaya a morderme —dije. La piel del vampiro se puso de un color grisáceo—. Por lo que sé del argot británico moderno, «buenísima» es un cumplido, no una amenaza.

Clairmont continuó lanzado miradas irritadas.

—Si no te gusta lo que oyes, deja de escuchar las conversaciones ajenas —señalé, molesta por su actitud de macho protector.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —sentenció, cogiendo un bote de Marmite.

Una versión más joven y ligeramente más delgada de Mary se acercó con una enorme tetera marrón de cerámica de gres y dos tazas.

—La leche y el azúcar están en la mesa, Matthew —dijo, mirándome con curiosidad.

Matthew hizo las presentaciones necesarias.

—Steph, ésta es Diana. Es de Estados Unidos y está de visita.

—¿De verdad? ¿Vive usted en California? Me encantaría ir a California.

—No, vivo en Connecticut —aclaré, casi disculpándome.

—Ése es uno de los estados pequeños, ¿no? —Steph estaba evidentemente decepcionada.

—Sí. Y nieva.

—A mí me gustan las palmeras y el sol. —Cuando mencioné la nieve, perdió totalmente su interés por mí—. ¿Qué vais a tomar?

—Estoy realmente hambrienta —me justifiqué, y pedí dos huevos revueltos, cuatro tostadas y unas lonchas de beicon.

Steph, que obviamente había escuchado pedidos mucho peores, escribió lo que yo quería sin hacer comentarios y retiró las cartas.

—Para ti sólo té, ¿verdad, Matthew?

Él asintió con la cabeza.

Tan pronto como Steph estuvo lo suficientemente lejos para no oírnos, me incliné sobre la mesa.

—¿Saben quién eres?

Clairmont inclinó su cara hacia delante, a treinta centímetros de la mía. Esa mañana tenía un olor más dulce, como un clavel recién cortado. Aspiré profundamente.

—Saben que soy un poco diferente. Mary tal vez sospeche que soy algo más que un poco diferente, pero está convencida de que le salvé la vida a Dan, así que decidió que no importaba.

—¿Cómo salvaste a su marido? —Se suponía que los vampiros se apoderan de vidas humanas, no que las salvan.

—Me lo encontré cuando estaba de guardia en el Radcliffe un día que había escasez de médicos. Mary había visto un programa en el que se describían los síntomas de la apoplejía, y los reconoció cuando su marido empezó a sufrirlos. Si no hubiera sido por ella, él estaría muerto o gravemente discapacitado.

—Pero ella cree que tú salvaste a Dan, ¿no? —El fuerte perfume del vampiro me estaba mareando. Levanté la tapa de la tetera para reemplazar el olor a claveles por el del tanino del té negro.

—Mary lo salvó la primera vez, pero cuando estaba ingresado en el hospital tuvo una reacción terrible a los medicamentos. Como ya te he dicho, es muy observadora. Cuando le contó sus preocupaciones a uno de los médicos, él las ignoró… Yo la oí por casualidad… e intervine.

—¿Atiendes a pacientes con frecuencia? —Serví a cada uno una taza de té humeante tan fuerte que parecía espeso. Me temblaron ligeramente las manos por el simple hecho de pensar en un vampiro merodeando por las salas del John Radcliffe entre enfermos y heridos.

—No —respondió, jugueteando con la azucarera—, sólo cuando tienen alguna emergencia.

Empujé una de las tazas hacia él y clavé mis ojos en el azucarero. Me lo alcanzó. Me gusta el té negro como el alquitrán con media cucharadita de azúcar y media taza de leche. Una pizca de azúcar sólo para suavizar el amargor, y suficiente leche para hacer que se parezca menos a una sopa. Una vez hecho esto, revolví la infusión en el sentido de las agujas del reloj. Cuando me pareció que no me iba a quemar la lengua, tomé un sorbo. Perfecto.

El vampiro sonrió.

—¿Qué? —pregunté.

—Nunca he visto a nadie que para tomar el té se concentre con tanta atención en los detalles.

—Seguramente no pasas mucho tiempo con buenos bebedores de té. Todo consiste en poder calcular la concentración antes de ponerle el azúcar y la leche. —Su humeante taza seguía delante de él sin que la hubiera probado—. A ti te gusta tomarlo sin nada, por lo que veo.

—El té no es precisamente mi bebida preferida —explicó, bajando ligeramente la voz.

—¿Cuál es tu bebida preferida? —En el mismo instante en que la pregunta salió de mi boca, deseé no haberla pronunciado. Su estado de ánimo pasó de divertido a una furia contenida con los labios apretados.

—¿Tienes que preguntarlo? —replicó mordaz—. Hasta los humanos conocen la respuesta a esa pregunta.

—Lo siento. No debía haberla hecho. —Cogí mi taza, tratando de serenarme.

—Así es: no debiste hacerla.

Bebí mi té en silencio. Ambos levantamos la vista cuando Steph se acercó con una bandeja de tostadas y un plato lleno de huevos y beicon.

—Mi madre cree que usted necesita algunas verduras —explicó Steph cuando abrí los ojos sorprendida ante el montón de champiñones y tomates fritos que acompañaban el desayuno—. Ha dicho que usted parecía una muerta.

—¡Gracias! —exclamé. La crítica de Mary a mi aspecto no afectó en nada mi gratitud por aquella comida suplementaria.

Steph sonrió con ganas y Clairmont me regaló una mínima sonrisa cuando cogí el tenedor y me concentré en el plato.

Todo estaba caliente y con un olor agradable, con un perfecto equilibrio entre el interior derretido y tierno y el exterior frito y crujiente. Aplacada mi hambre, ataqué la bandeja de las tostadas cogiendo el primer triángulo de pan para untar su superficie con mantequilla. El vampiro me observó comer con la misma atención que me había dedicado cuando preparé mi té.

—Dime, ¿por qué ciencia? —propuse, y me metí la tostada en la boca, de forma que no tuviera más remedio que responder.

—¿Y por qué historia? —Su voz sonaba desdeñosa, pero no iba a ponerme a prueba tan fácilmente.

—Tú primero.

—Supongo que tengo que saber por qué estoy aquí —dijo con la mirada fija en la mesa. Estaba construyendo un castillo con foso con el azucarero y un anillo de paquetes azules de edulcorante.

Me quedé paralizada. Era una explicación muy parecida a la que Agatha me había dado el día anterior acerca del Ashmole 782.

—Ésa es una cuestión para filósofos, no para científicos. —Chupé un poco de mantequilla en mi dedo para esconder mi confusión.

Sus ojos brillaron con otra oleada de cólera repentina.

—Tú sabes que no es así…, porque a los científicos eso no les importa realmente.

—Solían estar interesados en los porqués —le recordé, echándole una mirada cautelosa. Sus cambios repentinos de humor realmente asustaban—. Ahora parece que todos están preocupados en el como…: como funciona el cuerpo, como se mueven los planetas.

Clairmont resopló.

—No los buenos científicos. —Las personas que había detrás de él se levantaron para irse, y se puso tenso, preparado por si decidían lanzarse sobre la mesa.

—Y tú eres un buen científico.

Dejó que mi valoración pasara sin comentarios.

—Algún día tendrás que explicarme cuál es la relación entre neurociencia, investigación del ADN, comportamiento animal y evolución. Evidentemente no encajan entre sí. —Comí otro trozo de tostada.

Clairmont enarcó la ceja izquierda.

—Te has estado poniendo al día con las revistas científicas —dijo con aspereza.

Me encogí de hombros.

—Tenías una ventaja injusta. Tú sabías todo sobre mi trabajo. Sólo estaba nivelando el campo de juego.

Masculló entre dientes algo que parecía en francés.

—He tenido mucho tiempo para pensar —replicó claramente en inglés, agrandando el foso alrededor de su castillo con otro anillo de sobrecitos de edulcorante—. No hay ninguna relación entre esas actividades.

—Mentiroso —dije en voz baja.

No resultó sorprendente que mi acusación pusiera furioso a Clairmont, pero la velocidad de la transformación me impresionó. Y me ayudó a recordar que estaba desayunando con una criatura que podía ser letal.

—Dime entonces cuál es la relación —me desafió con los dientes apretados.

—No estoy segura —dije sinceramente—. Algo las une, hay una cuestión que

conecta tus investigaciones, algo que les da un sentido. La única explicación es que seas una especie de urraca ladrona e intelectual, lo cual es ridículo, teniendo en cuenta lo bien considerado que está tu trabajo, . Pero no pareces ser un tipo propenso al aburrimiento intelectual. La verdad es que yo pienso que es más bien al contrario.

Clairmont me examinó hasta que el silencio se volvió incómodo. Mi estómago estaba empezando a quejarse por la cantidad de comida que había ingerido. Me serví más té y lo sometí a mi tratamiento habitual mientras esperaba a que él hablara.

—Para ser una bruja, eres muy observadora también. —En sus ojos apareció un brillo de cierta admiración.

—Los vampiros no son las únicas criaturas que pueden cazar, Matthew.

—No. Todos cazamos algo, ¿verdad, Diana? —Remarcó mi nombre de modo particular—. Ahora es mi turno. ¿Por qué historia?

—No has respondido a todas mis preguntas. —Y todavía no le había hecho la pregunta más importante.

Él sacudió la cabeza con fuerza, y yo desvié mi energía para protegerme del intento de Clairmont de obtener información de mí, en lugar de seguir tratando de conseguir información de él.

—Al principio fue la claridad imperante en ella, supongo. —Mi voz sonó asombrosamente indecisa—. El pasado me parecía tan predecible…, como si nada de lo que allí ocurriera fuera sorprendente.

—Como si fuera contado por alguien que no hubiera estado allí —añadió el vampiro secamente.

Solté una breve carcajada.

—Muy pronto me di cuenta de eso. Pero al principio eso fue lo que me pareció. En Oxford los profesores hicieron del pasado un cuidadoso relato, con un principio, un medio y un final. Todo parecía lógico, inevitable. Sus historias me engancharon, y eso fue todo. No me interesaba ninguna otra materia. Me convertí en historiadora y no me lo volví a plantear.

—¿Incluso cuando descubriste que los humanos, los del pasado y los del presente, no son lógicos?

—La historia se hizo más sugerente a medida que se volvía menos ordenada. Cada vez que cojo un libro o un documento del pasado, estoy en lucha con gente que vivió hace cientos de años. Tienen secretos y obsesiones…, todas esas cosas que no pueden o no quieren revelar. Mi trabajo consiste en descubrirlas y explicarlas.

—¿Y si no puedes? ¿Y si desafían toda explicación?

—Eso nunca ha ocurrido —aseguré, después de considerar su pregunta—. Por lo menos no creo que haya sido así. Sólo hace falta saber escuchar. La realidad es que nadie quiere mantener secretos, ni siquiera los muertos. La gente deja pistas por todos lados, y si se presta atención, es posible reunirlas.

—De modo que tú eres historiadora como quien es detective —señaló.

—Sí. Con riesgos mucho menores. —Apoyé la espalda en la silla, pensando que la entrevista había terminado.

—¿Por qué historia de la ciencia, entonces? —continuó.

—¡El desafío de los grandes intelectos, supongo! —Traté de que aquella frase no sonara a pura charlatanería y que mi tono ascendiera al terminar para que se convirtiera en una pregunta, y fracasé en ambos intentos.

Clairmont inclinó la cabeza y empezó a desmontar lentamente su castillo con foso.

El sentido común me dijo que permaneciera en silencio, pero los hilos atados a mis propios secretos empezaron a aflojarse.

—Quería saber cómo los humanos llegaron a tener una visión del mundo en la que había tan poca magia —añadí con brusquedad—. Necesitaba comprender cómo se convencieron a sí mismos de que la magia no era importante.

El vampiro levantó sus fríos ojos grises para clavarlos en los míos.

—¿Lo has descubierto?

—Sí y no —vacilé—. He visto la lógica que usaron, y la desaparición de miles de partes desechadas a medida que los científicos experimentales fueron eliminando la creencia de que el mundo era un lugar inexplicablemente fuerte y mágico. Pero de todos modos, al final no tuvieron éxito. La magia nunca desapareció del todo. Esperó, en silencio, a que la gente volviera a ella cuando la ciencia fuera insuficiente.

—Entonces surgió la alquimia —dijo.

—¡No! —protesté—. La alquimia es una de las primeras formas de la ciencia experimental.

—Quizás. Pero tú no crees que la alquimia carezca de magia. —La voz de Matthew sonaba segura—. He leído tu trabajo. Ni siquiera tú puedes apartarla del todo.

—Entonces es ciencia con magia. O magia con ciencia, si lo prefieres.

—¿Y tú cuál prefieres?

—No estoy segura —dije a la defensiva.

—Gracias. —La mirada de Clairmont sugería que sabía lo difícil que era para mí hablar de esto.

—No hay de qué. Creo. —Me eché hacia atrás el pelo que me caía sobre los ojos, sintiéndome un poco temblorosa—. ¿Puedo preguntarte otra cosa? —En su mirada se apreciaba la desconfianza, pero asintió con la cabeza—. Por qué te interesas por mi trabajo…, la alquimia?

Al principio no respondió, dispuesto a dejar de lado la pregunta, pero luego se lo pensó mejor. Yo le había revelado un secreto. En ese momento era su turno.

—Los alquimistas también querían saber por qué estamos aquí. —Clairmont

estaba diciendo la verdad, podía darme cuenta de ello, pero eso no me llevaba a comprender su interés por el Ashmole 782. Miró su reloj—. Si has terminado, será mejor que te lleve de regreso a tu residencia. Seguramente querrás cambiarte de ropa antes de ir a la biblioteca.

—Lo que necesito es una ducha. —Me puse de pie y me enderecé. Estiré el cuello en un esfuerzo por aliviar su tensión crónica—. Y tengo que ir a una sesión de yoga esta noche. Estoy pasando demasiado tiempo sentada ante una mesa.

Los ojos del vampiro centellearon.

—¿Practicas yoga?

—No podría vivir sin él —respondí—. Me encanta el movimiento, y la meditación.

—No me sorprende —dijo—. Remas de la misma forma…, una combinación de movimiento y meditación.

Mis mejillas se colorearon. Me estaba observando tan atentamente en el río como lo había hecho en la biblioteca.

Clairmont dejó un billete de veinte libras sobre la mesa y saludó con la mano a Mary. Ella le devolvió el saludo y él me tocó ligeramente el codo, conduciéndome entre las mesas y los pocos clientes que quedaban.

—¿Con quién vas a clase? —preguntó, después de abrir la puerta del coche y hacerme subir.

—Voy a esa academia de High Street. No he encontrado todavía un maestro que me guste, pero éste se acerca, y hay que conformarse con lo que hay. —New Haven tenía varias academias de yoga, pero Oxford no iba muy adelantada en esta cuestión.

El vampiro subió al coche, giró la llave y dio marcha atrás cuidadosamente en una entrada cercana antes de partir de vuelta a la ciudad.

—No vas a encontrar la clase que necesitas en ese sitio —dijo con seguridad.

—¿Tú también haces yoga? —Estaba fascinada por la imagen de su enorme cuerpo retorciéndose en una de las posiciones.

—Un poco —respondió—. Si quieres ir a yoga conmigo mañana, podría pasar a recogerte delante de Hertford a las seis. Esta noche tendrás que conformarte con la academia de la ciudad, pero mañana tendrás una buena clase.

—¿Dónde está tu academia? Puedo llamar y ver si puedo ir esta noche.

Clairmont sacudió la cabeza.

—No está abierto esta noche. Sólo lunes, miércoles, viernes y domingos por la noche.

—¡Oh! —exclamé decepcionada—. ¿Cómo es la clase?

—Ya lo verás. Es difícil de describir. —Él estaba tratando de no sonreír.

Para mi sorpresa, ya habíamos llegado a la entrada de la residencia. Fred estiró el cuello para averiguar quién había llegado, vio el letrero del Radcliffe, y se acercó

para ver qué estaba ocurriendo.

Clairmont me ayudó a bajar del coche. Ya fuera, saludé a Fred con un gesto y estiré la mano hacia el vampiro.

—Me ha encantado el desayuno. Gracias por el té y la compañía.

—Cuando quieras —replicó—. Te veré en la biblioteca.

Fred soltó un silbido cuando Clairmont arrancó.

—Bonito coche, doctora Bishop. ¿Es amigo suyo? —Formaba parte de su trabajo saber todo lo posible sobre lo que ocurría en la residencia del *college* por razones de seguridad, al tiempo que satisfacía su insaciable curiosidad, requisito imprescindible en un puesto de portero.

—Supongo que sí —dije, pensándolo bien.

Una vez en mis habitaciones, busqué la caja de mi pasaporte y saqué un billete de diez dólares del dinero estadounidense que guardaba. Tardé unos minutos en encontrar un sobre. Después de meter el billete sin nota alguna, escribí la dirección de Chris, agregué las palabras VÍA AÉREA en la parte delantera en letras mayúsculas y pegué el franqueo requerido en la esquina superior.

Chris nunca permitiría que me olvidara de que él había ganado esta apuesta. Jamás.

Capítulo
8

Sinceramente, este coche es demasiado llamativo. —El pelo se enredaba entre mis dedos, siseando y soltándose mientras yo trataba de apartármelo de la cara.

Clairmont estaba apoyado sobre un lateral de su Jaguar con aspecto pulcro y relajado. Incluso con sus prendas de yoga, de color gris y negro, como era de esperar, estaba inmaculado, aunque considerablemente menos formal que con la ropa que llevaba en la biblioteca.

Al contemplar las finas líneas del coche negro y al elegante vampiro, me sentí inexplicablemente irritada. No había tenido un buen día. La cinta transportadora de la biblioteca se había estropeado, y tardaron un tiempo interminable en ir a buscar mis manuscritos. Mi discurso de apertura seguía sin avanzar, y estaba empezando a mirar el calendario con preocupación, imaginando una sala llena de colegas que me acosaban con preguntas difíciles. Estábamos casi en el mes de octubre, y el discurso era en noviembre.

—¿Crees que un utilitario sería un subterfugio mejor? —preguntó, extendiendo la mano para coger mi esterilla de yoga.

—No, realmente no. —Allí, de pie en el crepúsculo de otoño, no podía ser otra cosa que un vampiro; sin embargo, la creciente oleada de estudiantes y profesores pasaban junto a él sin volver ni siquiera la cabeza. Si ellos no podían intuir lo que era, *ver* lo que era, allí, al aire libre, el coche era algo irrelevante. La irritación creció bajo mi piel.

—¿He hecho algo malo? —Sus ojos color gris verdoso estaban muy abiertos, con aire inocente. Abrió la puerta del vehículo y respiró hondo cuando me deslicé junto a él para subir.

Mi enfado estalló.

—¿Estás olfateándome? —Después de lo ocurrido el día anterior sospechaba que mi cuerpo le estaba dando toda clase de información que yo no quería que él recibiera.

—No me tientes —murmuró, al cerrar la puerta conmigo dentro. El pelo de mi nuca se erizó ligeramente cuando la insinuación de sus palabras se hizo clara. Abrió con rapidez el maletero y metió allí mi esterilla.

El aire de la noche inundó el coche cuando el vampiro subió sin el menor esfuerzo visible ni incomodidad al doblar las rodillas. Frunció el ceño e hizo un gesto que indicaba compasión.

—¿Un mal día?

Le dirigí una mirada fulminante. Clairmont sabía exactamente cómo había sido mi día. Él y Miriam habían estado en la sala Duke Humphrey otra vez, manteniendo a las otras criaturas alejadas de mi alrededor. Cuando nos fuimos para cambiarnos de ropa para la clase de yoga, Miriam se había quedado atrás para asegurarse de que no nos seguían una fila de daimones… o algo peor.

Clairmont puso en marcha el coche y avanzó por la carretera de Woodstock sin hacer el menor intento de entablar conversación. Por allí sólo había casas.

—¿Adónde vamos? —pregunté con desconfianza.

—A clase de yoga —respondió tranquilamente—. A juzgar por tu humor, yo diría que lo necesitas.

—¿Y dónde es esa clase de yoga? —quise saber. Íbamos rumbo al campo, en dirección a Blenheim.

—¿Has cambiado de idea? —La voz de Matthew tenía un toque de exasperación —. ¿Te llevo de vuelta a la academia de High Street?

Me estremecí al recordar la clase tan poco estimulante de la noche anterior.

—No.

—Entonces, relájate. No te voy a raptar. Puede ser agradable dejar que otra persona tome las decisiones. Además, es una sorpresa.

—Hummm —repliqué. Encendió el equipo de música, y de los altavoces salió música clásica.

—Deja de pensar y escucha —sugirió—. Es imposible estar tenso con Mozart cerca.

Casi sin reconocerme a mí misma, me acomodé en mi asiento con un suspiro y cerré los ojos. El movimiento del Jaguar era tan sutil y los sonidos del exterior tan amortiguados que me sentí como suspendida por encima del suelo, sostenida por manos invisibles, musicales.

El coche disminuyó la velocidad y nos acercamos a unos portones de hierro tan altos que ni siquiera yo, con mi experiencia, podría haberlos escalado. Las paredes a ambos lados eran de cálidos ladrillos rojos, con formas irregulares e intrincados dibujos entrelazados. Me incorporé enderezándome un poco.

—No puedes verlo desde aquí —aclaró Clairmont, riéndose. Bajó su ventanilla y marcó una serie de números en un teclado. Se oyó un sonido y los portones se abrieron.

La grava crujió bajo los neumáticos cuando pasamos por otra entrada todavía más antigua que la primera. No había allí portones con herrajes que se desplazaban, sino sólo un pasaje abovedado en medio de muros de ladrillo que eran mucho más bajos que los que daban a la carretera de Woodstock. El túnel tenía una diminuta sala encima, con ventanas por todos lados como una linterna. A la izquierda de la puerta aparecía una magnífica torre con la entrada de ladrillos con chimeneas retorcidas y

vidrieras. Una pequeña placa de bronce con bordes oxidados decía: EL VIEJO PABELLÓN.

—Qué bonito —susurré.

—Me imaginé que te gustaría. —El vampiro parecía contento.

En medio de la oscuridad cada vez más intensa, entramos en un parque. Una pequeña manada de ciervos huyó veloz al escuchar el ruido del coche para saltar hacia las protectoras sombras mientras los faros del Jaguar iluminaban la zona. Ascendimos por una suave inclinación del terreno y giramos en una curva del sendero de la entrada. El coche disminuyó la velocidad a paso de tortuga al llegar a la cima de la elevación y los faros penetraron la oscuridad.

—Allí —dijo Clairmont, señalando con su mano izquierda.

Una casa de dos pisos estilo Tudor rodeaba un patio central. Sus ladrillos brillaban gracias a poderosos reflectores cuya luz se abría paso por entre las ramas de los robles retorcidos para iluminar la fachada del edificio.

Me quedé tan asombrada que se me escapó una imprecación. Clairmont me miró sin comprender; luego se rió entre dientes.

Llevó el coche por el sendero circular del frente y aparcó detrás de un Audi deportivo último modelo. Había ya una docena de vehículos allí, y más faros seguían apareciendo por la elevación del terreno.

—¿Estás seguro de que mi nivel será suficiente? —Yo practicaba yoga desde hacía más de una década, pero eso no quería decir que fuera una experta. Nunca se me ocurrió preguntar si aquélla era una de esas clases donde la gente hacía equilibrio sobre un antebrazo con los pies suspendidos en el aire.

—Es una clase para todos los niveles —me aseguró.

—Está bien. —Mi ansiedad subió un punto, a pesar de su tranquilizadora respuesta.

Clairmont sacó nuestras esterillas de yoga del maletero. Con movimientos lentos, mientras los últimos en llegar se dirigían a la amplia entrada, llegó finalmente hasta mi puerta y estiró la mano. «Esto es nuevo», pensé antes de poner mi mano sobre la suya. Todavía no me sentía del todo cómoda cuando nuestros cuerpos entraban en contacto. Su piel era notablemente fría y el contraste entre nuestras temperaturas corporales me desconcertó.

El vampiro me sostuvo delicadamente la mano y tiró con suavidad para ayudarme a bajar del coche. Antes de soltarme, me dio un ligero apretón alentador. Estupefacta, lo miré a los ojos y lo sorprendí haciendo lo mismo. Ambos apartamos la mirada desconcertados.

Entramos en la casa por otra puerta de arco y accedimos a un patio central. La mansión estaba en un asombroso estado de conservación. No se había permitido que arquitectos posteriores abrieran simétricas ventanas georgianas o añadieran

recargados invernaderos victorianos al edificio. Parecía que retrocedíamos en el tiempo.

—Increíble —murmuré.

Clairmont sonrió y me condujo por una gran puerta de madera abierta de par en par, sostenida con topes de hierro. Me quedé con la boca abierta. El exterior era extraordinario, pero el interior era impresionante. Kilómetros de paneles de madera tallada se extendían en todas direcciones, pulidos y brillantes. Alguien había encendido un fuego en la enorme chimenea de aquella sala. Una única mesa y algunos bancos parecían tan antiguos como la casa, y la luz eléctrica era la única prueba de que estábamos en el siglo XXI.

Había hileras de zapatos delante de los bancos y montones de jerséis y abrigos cubrían sus oscuras superficies de roble. Clairmont dejó sus llaves sobre la mesa y se quitó los zapatos. Me quité los míos con los pies y lo seguí.

—¿Recuerdas que te acabo de decir que ésta era una clase para todos los niveles? —preguntó el vampiro cuando llegamos a una puerta que aparecía en medio de los paneles de madera. Levanté la vista y asentí con la cabeza—. Lo es. Pero sólo hay una manera de entrar en esta habitación…: tienes que ser uno de nosotros.

Abrió la puerta. Docenas de ojos curiosos se movieron, buscaron y quedaron fijos en dirección a mí. La habitación estaba llena de daimones, brujas y vampiros. Estaban sentados sobre colchonetas de brillantes colores —algunos con las piernas cruzadas, otros arrodillados— esperando a que comenzara la clase. Algunos de los daimones tenían auriculares metidos en las orejas. Las brujas chismorreaban produciendo un murmullo regular. Los vampiros estaban sentados en silencio y sus caras no mostraban demasiada emoción.

Abrí la boca con un gesto de sorpresa.

—Lo siento —se disculpó Clairmont—. Tenía miedo de que no vinieras si te lo decía… y de verdad es la mejor clase que hay en Oxford.

Una bruja alta de pelo corto, negro azabache, y piel color café con leche se acercó a nosotros, y el resto de los allí presentes se volvió para reanudar sus meditaciones silenciosas. Clairmont, que se había puesto ligeramente tenso cuando entramos, se relajó de manera visible cuando la bruja se aproximó a nosotros.

—Matthew —su voz ronca estaba marcada con un ligero acento indio—, bienvenido.

—Amira. —Movió la cabeza a manera de saludo—. Ésta es la mujer de la que te hablé, Diana Bishop.

La bruja me miró detenidamente mientras sus ojos recorrían cada detalle de mi rostro. Sonrió.

—Diana, mucho gusto. ¿Eres nueva en esto del yoga?

—No. —Mi corazón latió con una nueva oleada de ansiedad—. Pero es la primera

vez que vengo aquí.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Bienvenida al Viejo Pabellón.

Me pregunté si allí alguien sabía algo del Ashmole 782, pero no había ni un rostro conocido y la atmósfera en la sala era relajada y abierta, sin nada de la habitual tensión entre las criaturas.

Una mano cálida y firme envolvió mi muñeca, y mi corazón de inmediato latió más lentamente. Miré a Amira sorprendida. ¿Cómo había hecho eso?

Me soltó la muñeca y mi pulso siguió estable.

—Creo que tú y Diana estaréis más cómodos aquí —le dijo a Clairmont—. Acomodaos y empezamos.

Desenrollamos nuestras esterillas en la parte posterior de la sala, cerca de la puerta. No había nadie inmediatamente a mi derecha, pero más allá, después de un pequeño espacio libre, había dos daimones sentados en la postura del loto con los ojos cerrados. Sentí un hormigueo en el hombro. Me sobresalté, preguntándome quién me estaría mirando. Esa sensación desapareció rápidamente.

«Lo siento», dijo una voz culpable muy claramente dentro de mi cráneo.

La voz venía de la parte delantera de la sala, de la misma dirección que había venido el hormigueo. Amira frunció un poco el ceño mirando a alguien en la primera fila antes de hacer que todos le prestaran atención.

Por pura costumbre, mi cuerpo se dobló obedientemente en una postura de piernas cruzadas cuando ella empezó a hablar, y al cabo de unos segundos Clairmont hizo lo mismo.

—Es el momento de cerrar los ojos. —Amira cogió un pequeño mando a distancia y las suaves notas de un cántico de meditación salieron de las paredes y del techo. El sonido parecía medieval y uno de los vampiros suspiró con felicidad.

Recorrí el lugar con la mirada, distraída por el ornamentado artesonado de lo que en el pasado debía de haber sido el gran salón de la mansión.

—Cierra los ojos —sugirió Amira otra vez con suavidad—. Puede ser difícil abandonar nuestras inquietudes, nuestras preocupaciones, nuestros egos. Ésa es la razón por la que estamos aquí esta noche.

Las palabras resultaban familiares —había escuchado variaciones sobre ese tema antes, en otras clases de yoga—, pero adquirían un nuevo significado en esta sala.

—Estamos aquí esta noche para aprender a administrar nuestra energía. Nos pasamos todo el tiempo esforzándonos y tratando de ser algo que no somos. Dejemos que esos deseos se alejen. Respetemos lo que cada uno de nosotros es.

Amira nos guió en algunos suaves estiramientos y nos hizo poner de rodillas para calentar la columna vertebral antes de desplazar la espalda hacia la postura del perro boca abajo. Mantuvimos la postura durante algunas respiraciones antes de llevar las

manos a los tobillos y ponernos de pie.

—Los pies echan raíces en la tierra —fue la siguiente instrucción—, adoptemos la postura de la montaña.

Me concentré en mis pies y sentí una inesperada sacudida del suelo. Abrí los ojos desmesuradamente.

Seguimos a Amira cuando empezó con sus *vinyasas*. Alzamos los brazos hacia el techo antes de bajarlos de nuevo para poner las manos cerca de los pies. Nos pusimos a medias de pie, con la espalda paralela al suelo, antes de inclinarnos y echar nuestras piernas hacia atrás en posición para hacer flexiones. Docenas de daimones, vampiros y brujas hacían subir y bajar sus cuerpos en elegantes curvas. Continuamos doblándonos y levantándonos, llevando una vez más los brazos por encima de la cabeza hasta unir ligeramente las palmas. Luego Amira nos liberó para que nos moviéramos libremente. Apretó un botón en el mando a distancia del equipo de música y una versión lenta y melódica de *Rocket Man* de Elton John inundó la sala.

La música era curiosamente apropiada, y repetí los conocidos movimientos siguiendo el ritmo, dirigiendo la respiración hacia mis músculos tensos y dejando que el flujo de la clase empujara fuera de mi cabeza todo pensamiento. Después de haber empezado la serie de posturas por tercera vez, la energía en la habitación cambió.

Tres brujas estaban flotando unos treinta centímetros por encima de las tablas del suelo de madera.

—Permanezcan en el suelo —dijo Amira en un tono neutro.

Dos de ellas regresaron tranquilamente al suelo. La tercera tuvo que bajar la cabeza para volver, y aun así sus manos llegaron al suelo antes que los pies.

Tanto los daimones como los vampiros estaban teniendo problemas con el ritmo. Algunos de los daimones se estaban moviendo tan lentamente que me pregunté si no estarían atascados. A los vampiros les pasaba lo contrario: sus fuertes músculos se contraían para luego saltar con súbita fuerza.

—Con suavidad —murmuró Amira—. No hay necesidad de empujar ni de hacer esfuerzos.

Poco a poco, la energía de la sala se asentó otra vez. Amira nos condujo a través de una serie de posturas de pie. En esto los vampiros se sentían evidentemente cómodos, capaces como eran de mantenerlas durante varios minutos sin ningún esfuerzo. Al cabo de un rato, ya no me importó ni quién estaba en la sala conmigo ni si yo podía estar o no a la altura de los demás. Sólo existía el momento y el movimiento.

Cuando nos echamos en el suelo para los arcos hacia abajo y las inversiones, todos estábamos empapados, menos los vampiros, que ni siquiera sudaban lo más mínimo. Algunos llevaron a cabo temerarias posturas de equilibrio sobre los brazos y las manos, pero yo no pude. Quien sí lo hizo fue Clairmont. En un momento pareció

estar tocando el suelo sólo con la oreja y todo su cuerpo permanecía perfectamente equilibrado sobre él.

La parte más difícil de cualquier práctica para mí era la postura final, *savasana,* la postura del cadáver. Me resultaba casi imposible permanecer echada inmóvil sobre mi espalda. El hecho de que todos los demás encontraran que eso era relajante no hizo más que aumentar mi ansiedad. Permanecí tendida lo más serenamente posible, con los ojos cerrados, tratando de no moverme en lo más mínimo. Unos pies hicieron un leve ruido al moverse entre el vampiro y yo.

—Diana —susurró Amira—, esta postura no es para ti. Ponte de costado.

Abrí de golpe los ojos. Miré a los grandes ojos negros de la bruja, molesta porque hubiera descubierto mi secreto.

—Hazte un ovillo. —Perpleja, obedecí. Mi cuerpo se relajó instantáneamente. Me dio una palmadita en el hombro—. Mantén también los ojos abiertos.

Me había vuelto hacia Clairmont. Amira había bajado las luces, pero el brillo de la piel luminosa de Matthew me permitió ver claramente sus facciones.

De perfil parecía un caballero medieval tendido encima de una tumba en la abadía de Westminster: piernas largas, torso largo, brazos largos y un rostro excepcionalmente fuerte. Había algo antiguo en su aspecto, aunque parecía ser apenas unos años mayor que yo. Mentalmente seguí la línea de su frente con un dedo imaginario, que comenzó lentamente desde la desigual línea del pelo hasta el prominente hueso sobre el ojo con sus cejas gruesas y negras. Mi dedo imaginario llegó hasta la punta de su nariz y el arco de sus labios.

Conté mientras él respiraba. Al llegar a doscientos su pecho se elevó. No exhaló hasta mucho, mucho tiempo después.

Finalmente Amira nos dijo que ya era hora de reincorporarse al mundo exterior. Matthew se volvió hacia mí y abrió los ojos. Su rostro se suavizó, y el mío hizo lo mismo. Había movimiento por todas partes a nuestro alrededor, pero lo socialmente correcto no ejercía ningún efecto en mí. Permanecí donde estaba, mirando a un vampiro a los ojos. Matthew esperó, completamente inmóvil, observándome mientras yo lo miraba. Cuando me incorporé, la sala giró a causa del súbito movimiento de la sangre por todo mi cuerpo.

Por fin, la sala dejó de moverse y la sensación de mareo desapareció. Amira dio por finalizada la práctica con un cántico y tocó unas diminutas campanitas de plata que estaban atadas a sus dedos. La clase había terminado.

Se produjeron gentiles murmullos en toda la sala mientras los vampiros saludaban a sus congéneres y las brujas y brujos hacían lo mismo. Los daimones eran más entusiastas y concertaban citas para encuentros de medianoche en los clubes de Oxford, preguntando dónde se podía escuchar el mejor jazz. Me di cuenta, con una sonrisa, de que seguían a la energía, y recordé la descripción de Agatha sobre aquello

que arrastraba el alma de un daimón. Dos banqueros de inversiones de Londres —ambos vampiros— estaban hablando de una racha de homicidios sin resolver en la capital. Pensé en Westminster y sentí un chispazo de inquietud. Matthew los miró con el ceño fruncido, y ellos, entonces, empezaron a organizar la agenda del día siguiente.

Todos tenían que pasar en fila junto a nosotros para marcharse. Las brujas y los brujos nos saludaron con la cabeza, llenos de curiosidad. Hasta los daimones nos miraron a los ojos, sonriendo e intercambiando miradas significativas. Los vampiros evitaron mirarme directamente, pero todos saludaron a Clairmont.

Al final, sólo Amira, Matthew y yo permanecimos allí. Ella cogió su esterilla y se acercó a nosotros con paso silencioso.

—Buen trabajo, Diana —me dijo.

—Gracias, Amira. Ésta es una clase que nunca olvidaré.

—Serás bienvenida en cualquier momento. Con Matthew o sin él —añadió a la vez que le daba ligeras palmaditas en el hombro a Clairmont—. Tenías que haberla avisado.

—Tenía miedo de que Diana no viniera. Y estaba seguro de que le iba a gustar, si se lo permitía. —Me dirigió una tímida mirada.

—Apagad las luces antes de iros, por favor —nos pidió Amira hablando por encima del hombro, ya en medio de la sala.

Recorrí con la mirada la extraordinaria joya que era aquel gran salón.

—Esto ha sido una sorpresa —dije sin mostrar emoción alguna. No estaba todavía dispuesta a perdonarlo.

Se acercó a mí por detrás, rápido y silencioso.

—Agradable, espero. ¿Te ha gustado la clase?

Asentí lentamente con la cabeza y me volví para responder. Él estaba inquietantemente cerca, y la diferencia de nuestras alturas hizo que tuviera que levantar mis ojos para no quedarme mirando directamente a su esternón.

—Me ha gustado.

En la cara de Matthew apareció aquella gran sonrisa suya que hacía detenerse el corazón.

—Me alegro.

Era difícil liberarse de la atracción ejercida por sus ojos. Para romper su hechizo, me agaché y empecé a enrollar mi esterilla. Matthew apagó las luces y recogió sus cosas. Nos pusimos los zapatos en la galería, donde el fuego se había reducido a brasas.

Cogió las llaves.

—¿Puedo invitarte a un té antes de regresar a Oxford?

—¿Dónde?

—Vamos a la casa del guardia de la entrada —informó Matthew con toda

naturalidad.

—¿Hay un café ahí?

—No, pero hay una cocina. Y también un sitio para sentarse. Soy capaz de hacer té —bromeó.

—Matthew —dije impresionada—, ¿ésta es tu casa?

Ya nos habíamos detenido en la entrada, que daba acceso a los jardines delanteros. Miré la piedra angular en el arco sobre la puerta: 1536.

—Yo la construí —respondió mirándome fijamente.

Matthew Clairmont tenía por lo menos quinientos años.

—El botín de la Reforma —continuó—. Enrique me dio la tierra con la condición de que demoliera la abadía que se levantaba en este lugar y comenzara de nuevo. Salvé lo que pude, pero no fue fácil. El rey estaba de un humor horrible ese año. Quedó algún ángel aquí y allá, y algunas sillerías cuya destrucción me resultó intolerable. Aparte de eso, el resto de la construcción es nueva.

—Jamás había oído a nadie que al hablar de una casa construida a principios del siglo XVI usara la expresión «construcción nueva». —Traté de ver el edificio no sólo a través de los ojos de Matthew, sino también como una parte de él. Ésa era la casa en la que había querido vivir hacía casi quinientos años. Al mirarla, lo conocía mejor a él. Era serena y silenciosa, igual que él. Y sobre todo, era sólida y auténtica. No había nada superfluo, ninguna ornamentación adicional, ninguna distracción.

—Es hermosa —dije sencillamente.

—Es demasiado grande para vivir en ella ahora —respondió—, por no hablar de su extrema fragilidad. Cada vez que abro una ventana, parece que siempre se cae algo, a pesar del cuidadoso mantenimiento. Dejo que Amira viva en algunas de las habitaciones y abra la casa a sus estudiantes algunas veces a la semana.

—¿Vives en la entrada, en la casa del guardia? —pregunté cuando cruzamos el espacio abierto pavimentado con adoquines y ladrillos hacia el coche.

—Parte del tiempo. Vivo en Oxford durante la semana, pero vengo aquí los fines de semana. Es más tranquilo.

Pensé que debía de resultar un gran esfuerzo para un vampiro vivir rodeado de ruidosos estudiantes universitarios cuyas conversaciones no podía evitar oír, aunque quisiera.

Subimos al coche y recorrimos la breve distancia hasta la casa del guardia de la entrada. La fachada de la casa tenía algunos detalles y adornos más que la parte que acabábamos de dejar. Observé las elaboradas chimeneas y los complicados dibujos en los muros de ladrillo.

Matthew gruñó.

—Lo sé, las chimeneas fueron un error. El cantero estaba deseando trabajar en ellas. Su primo trabajaba para Wolsey en Hampton Court, y el hombre no aceptó mis

negativas.

Accionó un interruptor de la luz cerca de la puerta, y la sala principal de la casa del guardia quedó bañada por un brillo dorado. Tenía un práctico enlosado de piedra y una enorme chimenea también de piedra donde se podría haber asado un buey entero.

—¿Tienes frío? —preguntó Matthew, dirigiéndose a la parte de aquel espacio que había sido convertida en una cocina elegante y moderna. Estaba dominada por un gran frigorífico y no por la cocina. Traté de no pensar qué podría guardar allí.

—Un poco. —Me ajusté la chaqueta. El tiempo estaba todavía relativamente cálido en Oxford, pero mi transpiración, al secarse, hacía que notara frío el aire de la noche.

—Enciende el fuego, entonces —sugirió Matthew. Ya estaba preparado y lo encendí con unas cerillas largas que saqué de una antigua jarra de peltre.

Matthew puso el agua al fuego y yo recorrí la sala, fijándome en todos los elementos que me hablaban de sus gustos. Se inclinaba predominantemente por el cuero marrón y la madera oscura y pulida, que se destacaban agradablemente contra las losas de piedra. Una antigua alfombra de cálidos tonos rojos, azules y ocres daba un toque de color. Sobre la repisa de la chimenea había un retrato enorme de una hermosa mujer de cabello oscuro de finales del siglo XVII con un vestido amarillo. Sin duda, había sido pintado por sir Peter Lely.

Matthew se dio cuenta de mi interés.

—Mi hermana Louisa —explicó, acercándose a la encimera con una bandeja de té con todo lo necesario. Miró el lienzo, con expresión de tristeza en el rostro—. *Dieu,* qué hermosa era.

—¿Qué le pasó?

—Fue a Barbados, decidida a convertirse en reina de las Indias. Tratamos de hacerle entender que su gusto por los caballeros jóvenes seguramente no pasaría inadvertido en una isla pequeña, pero no quiso escucharnos. A Louisa le encantaba la vida en la plantación. Invirtió en azúcar… y en esclavos. —Una sombra le cruzó por la cara—. Durante una de las rebeliones en la isla, los propietarios de las otras plantaciones, que habían descubierto su condición, decidieron deshacerse de ella. Le cortaron la cabeza y el cuerpo de Louisa fue descuartizado para luego ser quemado. Le echaron la culpa de todo a los esclavos.

—Cuánto lo siento —dije, sabiendo que las palabras eran inadecuadas ante semejante pérdida.

Logró mostrar una pequeña sonrisa.

—La muerte fue simplemente tan terrible como la mujer que la sufrió. Quería a mi hermana, pero ella no hizo que fuera fácil. Adquirió todos los vicios de cada época en la que vivió. Si había algún exceso que adquirir, Louisa lo encontraba. —Matthew

se apartó con dificultad del rostro frío y hermoso de su hermana—. ¿Sirves tú el té? —me pidió. Puso la bandeja en una mesa baja de brillante roble delante de la chimenea entre dos sofás de cuero con demasiado relleno.

Acepté, encantada de levantar el ánimo, aunque yo tenía muchas preguntas que hacer en lugar de centrarme en una animada velada de charla. Los enormes ojos negros de Louisa me observaban y tuve cuidado de no derramar ni una gota de líquido sobre la superficie de lustrosa madera de la mesa por si acaso alguna vez le había pertenecido. Matthew había recordado poner la jarra grande de leche y el azúcar, y manipulé mi té hasta que adquirió el color exacto antes de arrellanarme entre los almohadones con un suspiro.

Matthew sostuvo cortésmente su taza sin llevarla ni una vez hasta sus labios.

—No tienes que hacerlo por mí, ¿eh? —dije, mirando la taza en sus manos.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Es un hábito, y es reconfortante hacer todos estos gestos familiares.

—¿Cuándo empezaste a practicar yoga? —pregunté, cambiando de tema.

—En el momento en que Louisa se fue a Barbados. Viajé a las otras Indias, las Indias Orientales, y estuve en Goa durante los monzones. No había mucho que hacer, excepto beber demasiado y aprender cosas sobre la India. Los yoguis eran diferentes entonces, más espirituales que la mayoría de los maestros de hoy. Conocí a Amira hace unos años, cuando fui a un congreso en Bombay. Apenas la oí dirigir una clase, me quedó claro que tenía el don de los antiguos yoguis, y no compartía la desconfianza que algunas brujas tienen acerca de confraternizar con vampiros. —Había un toque de amargura en su voz.

—¿La invitaste a venir a Inglaterra?

—Le expliqué cómo podrían ser las cosas aquí, y aceptó intentarlo. Hace ya casi diez años y la clase se llena todas las semanas. Por supuesto, Amira da clases particulares también. Sobre todo a humanos.

—No estoy acostumbrada a ver brujas, vampiros y daimones compartiendo algo…, y menos una clase de yoga —confesé. Los tabúes en contra de mezclarse con otras criaturas eran poderosos—. Si me hubieras dicho que era posible, no te habría creído.

—Amira es una optimista, y le encantan los desafíos. No fue fácil al principio. Los vampiros se negaban a estar en la misma habitación con los daimones en los primeros tiempos, y por supuesto nadie confiaba en las brujas cuando empezaron a aparecer. —Su voz reveló sus propios prejuicios—. Ahora la mayoría de los que asisten acepta que somos más parecidos que diferentes y nos tratamos con cortesía.

—Podemos tener aspectos similares —dije, tomando un sorbo de té y recogiendo las rodillas hacia el pecho—, pero ciertamente no sentimos de la misma manera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, mirándome con atención.

—La manera en que sabemos que alguien es uno de nosotros…, una criatura —respondí, un tanto confusa—. Los golpecitos, el hormigueo, el frío.

Matthew sacudió la cabeza.

—No, no lo sé. No soy brujo.

—¿Puedes notar cuando te miro? —quise saber.

—No. ¿Puedes tú? —Sus ojos eran cándidos y me provocaron la reacción habitual en la piel.

Asentí con la cabeza.

—Dime qué es lo que se siente. —Se inclinó hacia delante. Todo parecía perfectamente normal, pero me daba la sensación de que me estaba tendiendo una trampa.

—Se siente… frío —expliqué lentamente, no muy segura de cuánta información debía proporcionarle—, como si se formara hielo bajo mi piel.

—Eso parece desagradable. —Frunció el entrecejo ligeramente.

—No lo es —respondí sinceramente—. Sólo un poco extraño. Los daimones son los peores… cuando me miran fijamente, es como ser besada. —Puse cara rara.

Matthew se rió y dejó su té sobre la mesa. Apoyó los codos sobre las rodillas y mantuvo su cuerpo inclinado hacia el mío.

—Así que usas un poco de tus poderes de bruja.

La trampa se cerró de golpe.

Miré hacia el suelo, furiosa. Mis mejillas se ruborizaron.

—¡Ojalá nunca hubiera abierto el Ashmole 782 ni hubiera cogido aquella maldita revista del estante! Ésa fue sólo la quinta vez que usé la magia este año, y lo de la lavadora no puede ser tenido en cuenta porque si no hubiera usado un hechizo, el agua habría causado una inundación y arruinado el apartamento de abajo.

Alzó las dos manos en un ademán de rendición.

—Diana, no me importa si usas magia o no. Pero me sorprende lo mucho que la usas.

—No uso magia, o poderes, o brujería, o como quieras llamarlo. Yo no soy eso. —Dos manchas rojas ardían en mis mejillas.

—Es lo que eres. Lo llevas en la sangre. En los huesos. Naciste bruja, de la misma forma que naciste con el pelo rubio y los ojos azules.

Nunca he podido explicarle a nadie mis razones para evitar la magia. Sarah y Em nunca lo habían comprendido. Matthew tampoco iba a hacerlo. Mi té se enfrió, y mi cuerpo siguió hecho una tensa pelota mientras me esforzaba por evitar su escrutinio.

—No quiero ese don —dije finalmente con los dientes apretados—, y nunca lo pedí.

—¿Qué tiene de malo? Te alegraste por el poder de la empatía de Amira esta noche. Ésa es una gran parte de su magia. Tener los talentos de una bruja no es mejor

ni peor que tener talento para la música o para escribir poesía… Sólo es diferente.

—No quiero ser diferente —repliqué con cierta ferocidad—. Quiero una vida normal y corriente… como la que disfrutan los humanos. —«Una que no implique muerte y peligro, además del miedo a ser descubierta», pensé, con la boca bien cerrada conteniendo esas palabras—. Tú seguramente desearías ser normal.

—Puedo decirte como científico, Diana, que no existe eso que tú llamas «normalidad». —Su voz estaba perdiendo su cuidadosa suavidad—. La «normalidad» es un cuento para hacer dormir a los niños…, una fábula que los humanos se repiten para sentirse mejor cuando se enfrentan a las pruebas abrumadoras de que la mayoría de las cosas que suceden a su alrededor no son de ninguna manera «normales».

Nada de lo que él dijera iba a quitarme la convicción de que era peligroso ser una criatura en un mundo dominado por seres humanos.

—Diana, mírame.

Luchando contra todos mis instintos, hice lo que me decía.

—Estás tratando de dejar la magia de lado, tal como crees que tus científicos hicieron hace cientos de años. El problema es —continuó en voz baja— que no sirvió de nada. Ni siquiera los humanos pudieron sacar del todo la magia de su mundo. Tú misma lo dijiste. Siempre vuelve.

—Esto es diferente —susurré—. Ésta es mi vida. Puedo controlarla.

—No es diferente. —Su voz sonaba serena y segura—. Puedes tratar de mantener alejada a la magia, pero no servirá de nada, como no le sirvió a Robert Hooke ni a Isaac Newton. Ambos sabían que no existía nada semejante a un mundo sin magia. Hooke era brillante, con su habilidad para resolver problemas científicos en tres dimensiones, para construir instrumentos y para llevar a cabo experimentos. Pero nunca desarrolló todo su potencial porque temía demasiado a los misterios de la naturaleza. ¿Y Newton? Él tenía el intelecto más intrépido que jamás he conocido. Newton no tenía miedo de lo que no podía ser visto y explicado fácilmente…, él aceptaba todo. Como historiadora que eres, sabes que fueron la alquimia y su creencia en fuerzas invisibles, fuerzas poderosas de crecimiento y cambio, las que le llevaron a la teoría de la gravedad.

—Entonces yo soy Robert Hooke en esta historia —repliqué—. No necesito ser una leyenda como Newton. —«Igual que mi madre».

—Los miedos de Hooke lo volvieron amargado y envidioso —advirtió Matthew —. Se pasó la vida mirando por encima del hombro y diseñando los experimentos de otras personas. No es manera de vivir.

—No voy a utilizar la magia en mi trabajo —insistí tercamente.

—Tú no eres Hooke, Diana —Matthew dijo con aspereza—. Él era sólo un humano y arruinó su vida tratando de resistirse al atractivo de la magia. Tú eres una bruja. Si haces lo mismo, eso te destruirá.

El miedo comenzó a abrirse camino como un gusano dentro de mis pensamientos, apartándome de Matthew Clairmont. Era seductor, y hacía que pareciera que uno podía ser una criatura sin preocupaciones ni consecuencias. Pero era un vampiro, y no se podía confiar en él. Y además estaba equivocado acerca de la magia. Tenía que estar equivocado. En caso contrario toda mi vida había sido una lucha infructuosa contra un enemigo imaginario.

Además, era culpa mía que yo estuviera asustada. Yo había permitido que la magia entrara en mi vida —en contra de mis propias reglas— y un vampiro se había deslizado hacia dentro con ella. Docenas de criaturas lo habían seguido. Al recordar la manera en que la magia había contribuido a la pérdida de mis padres, sentí el comienzo del pánico en la respiración entrecortada y la quemazón en la piel.

—Vivir sin la magia es la única manera que conozco de sobrevivir, Matthew. —Respiré lentamente para que esos sentimientos no echaran raíces, pero era difícil con los fantasmas de mis padres en la habitación.

—Estás viviendo una mentira, y para colmo, es una mentira poco convincente. Tú crees que pasas por un humano. —El tono de Matthew era aséptico, casi médico—. No engañas a nadie más que a ti misma. Los he visto observándote. Saben que eres diferente.

—Eso es una tontería.

—Cada vez que miras a Sean, haces que se quede mudo.

—Estaba enamorado de mí cuando yo era una estudiante de posgrado —repliqué con desdén.

—Sean todavía sigue enamorado de ti…, pero ésa no es la cuestión. ¿Acaso el señor Johnson es uno de tus admiradores también? Él se siente casi tan mal como Sean, temblando ante el menor cambio en tu humor, y se preocupa si tienes que sentarte en un sitio diferente del habitual. Y no son sólo los humanos. Asustaste a Dom Berno casi hasta matarlo cuando te diste la vuelta y lo miraste furiosa.

—¿Ese monje de la biblioteca? —La incredulidad resonó en mi voz—. ¡Tú lo asustaste, no yo!

—Conozco a Dom Berno desde 1718 —explicó Matthew con cierta ironía—. Y él me conoce demasiado como para tenerme miedo. Coincidimos durante una estancia en la residencia del duque de Chandos, donde él cantaba el papel de Damon en *Acis y Galatea*, de Haendel. Te aseguro que fue tu poder y no el mío el que lo sobresaltó.

—Éste es un mundo humano, Matthew, no un cuento de hadas. Los humanos nos superan en número y nos tienen miedo. Y no hay nada más poderoso que el miedo humano…, más que la magia, más que la fuerza de los vampiros. Nada es más poderoso.

—Tener miedo y negar la realidad es lo que los humanos hacen mejor, Diana, pero ése no es un camino que esté abierto para una bruja.

—Yo no tengo miedo.

—Sí que tienes miedo —insistió en voz baja, poniéndose de pie—. Y creo que es hora de que te lleve a casa.

—Mira —dije, dejando que mi necesidad de información acerca del manuscrito apartara cualquier otro pensamiento—, ambos estamos interesados en el Ashmole 782. Un vampiro y una bruja no pueden ser amigos, pero quizás podamos trabajar juntos.

—No estoy tan seguro. —El tono de Matthew era impasible.

Hicimos el viaje de vuelta a Oxford en silencio. Los humanos se equivocan por completo cuando se trata de vampiros, reflexioné. Para que parezcan seres horribles, los humanos imaginan que están sedientos de sangre. Pero era la actitud distante de Matthew, combinada con sus destellos de cólera y los cambios bruscos en su estado de ánimo, lo que me asustaba.

Cuando llegamos a la entrada del New College, Matthew sacó mi esterilla del maletero.

—Que tengas un buen fin de semana —me deseó sin emoción.

—Buenas noches, Matthew. Gracias por llevarme a clase de yoga. —Mi voz era tan carente de emoción como la suya, y decididamente me negué a mirar atrás, aunque noté sus ojos fríos fijos sobre mí mientras me alejaba.

Capítulo



Matthew cruzó el río Avon sobre los altos arcos del puente. El familiar paisaje de Lanarkshire de colinas escarpadas, cielo oscuro y fuertes contrastes era tranquilizador para él. En esa parte de Escocia poco le resultaba suave o acogedor y su imponente belleza se adecuaba a su estado de ánimo en ese momento. Recorrió a escasa velocidad la avenida de tilos que en otros tiempos había dado acceso a un palacio y ahora ya no conducía a ningún sitio, único vestigio de una vida de grandeza que ya nadie deseaba llevar. Se detuvo en lo que había sido la entrada trasera de un antiguo pabellón de caza, donde la áspera piedra marrón contrastaba fuertemente con la fachada de estuco color crema. Bajó del Jaguar y sacó su equipaje del maletero.

La acogedora puerta blanca del pabellón se abrió.

—Tienes un aspecto horrible. —Un daimón enjuto pero fibroso de pelo oscuro, chispeantes ojos castaños y nariz aguileña apareció con la mano sobre el picaporte e inspeccionó a su mejor amigo de pies a cabeza.

Hamish Osborne había conocido a Matthew Clairmont en Oxford hacía casi veinte años. Como la mayoría de las criaturas, habían aprendido a temerse mutuamente y no estaba seguro de cómo actuar. Ambos se hicieron inseparables cuando se dieron cuenta de que compartían un sentido del humor similar y la misma pasión por las ideas.

En el rostro de Matthew apareció primero una chispa de ira y luego resignación.

—Yo también estoy encantado de verte —saludó con rudeza, mientras dejaba caer sus maletas junto a la puerta. Respiró el olor fresco y puro de la casa, con sus matices de estuco y madera antiguos, así como el aroma único a lavanda y menta de Hamish. El vampiro estaba desesperado por hacer que el olor a bruja desapareciera de su nariz.

Jordan, el mayordomo humano de Hamish, apareció silenciosamente, trayendo consigo el perfume a limón de la cera de los muebles y el olor a almidón. No consiguió que el olor a madreselva y malva de Diana desapareciera completamente de la nariz de Matthew, pero ayudó.

—Encantado de verlo, señor —saludó, antes de dirigirse hacia las escaleras con las maletas de Matthew. Jordan era un mayordomo de la vieja escuela. Aunque no hubiera recibido un generoso salario por mantener los secretos de su empleador, nunca le habría revelado a nadie que Osborne era un daimón y que a veces recibía a vampiros en su casa. Eso sería tan inimaginable como dejar traslucir que ocasionalmente se le pedía que sirviera mantequilla de cacahuete y sándwiches de plátano en el desayuno.

—Gracias, Jordan. —Matthew inspeccionó el salón de la planta baja para no tener que mirar a Hamish a los ojos—. Veo que has conseguido un nuevo Hamilton. —Observó embelesado el paisaje poco familiar sobre la pared más lejana.

—Por lo general no te das cuenta de mis nuevas adquisiciones. —Al igual que el de Matthew, el acento de Hamish era principalmente el de Oxford y Cambridge, con un toque diferente. En su caso eran las erres propias de las calles de Glasgow.

—Ya que hablamos de nuevas adquisiciones, ¿cómo está William, tu hermosa clavelina? — William era el nuevo amante de Hamish, un humano tan adorable y sereno que Matthew lo había apodado con el nombre de esa flor de primavera. Y se le había quedado. Hamish lo usaba como una expresión de cariño, y William había empezado a atosigar a los floristas de la ciudad pidiendo macetas de aquellas flores para regalar a los amigos.

—Malhumorado —respondió Hamish con una risa ahogada—. Le había prometido un fin de semana tranquilo en casa.

—Sabes muy bien que no tenías por qué venir. Yo no esperaba que cambiaras tus planes. — Matthew parecía malhumorado también.

—Sí, lo sé. Pero hace mucho que no nos vemos, y Cadzow está precioso en esta época del año.

Matthew le dirigió una dura mirada a Hamish, con evidente incredulidad en su rostro.

—Santo cielo, te mueres por ir de caza, ¿verdad? —fue todo lo que Hamish pudo decir.

—Más de lo que imaginas —respondió el vampiro, con voz entrecortada.

—¿Tenemos tiempo para una copa primero o quieres salir directamente?

—Creo que puedo esperar un poco con una copa —aceptó Matthew, en un tono hiriente.

—Excelente. Tengo una botella de vino para ti y un poco de whisky para mí. —Hamish le había pedido a Jordan que sacara unas botellas de buen vino del sótano poco después de recibir la llamada de Matthew al amanecer. Odiaba beber en soledad, y Matthew se negaba a tocar el whisky—. Entonces puedes decirme por qué tienes tan urgente necesidad de ir de caza este espléndido fin de semana de septiembre.

Hamish lo condujo a través de los suelos brillantes y escaleras arriba hacia su biblioteca. Los cálidos paneles de madera oscura habían sido añadidos en el siglo XIX, arruinando la intención original del arquitecto de proporcionar un lugar aireado y espacioso para que las damas del siglo XVIII esperaran mientras sus maridos se dedicaban al deporte. El techo blanco original todavía se conservaba, adornado con guirnaldas de yeso y ángeles en movimiento, un reproche constante a la modernidad.

Los dos hombres se acomodaron en los sillones de cuero junto a la chimenea, donde un alegre fuego ya estaba alejando el frío del otoño. Hamish le mostró la

botella de vino a Matthew, y el vampiro emitió un sonido de agradecimiento.

—Eso me vendrá muy bien.

—Estoy seguro. Los caballeros de Berry Bros. & Rudd me aseguraron que era excelente. — Hamish le sirvió el vino y luego sacó el tapón de su licorera. Con los vasos en la mano, los dos hombres permanecieron sentados en un amistoso silencio.

—Lamento haberte arrastrado a esto —empezó Matthew—. Estoy en una situación difícil. Es… complicado.

Hamish se rió entre dientes.

—Contigo siempre lo es.

A Matthew le gustaba Hamish Osborne, en parte debido a su franqueza y en parte porque, a diferencia de la mayoría de los daimones, era sensato y no se alteraba fácilmente. A lo largo de los años, el vampiro había tenido muchos amigos daimones, prodigiosos y malditos en igual medida. Pasar el tiempo con Hamish era mucho más cómodo. No había ardientes discusiones, ni estallidos de actividad desenfrenada, ni peligrosas depresiones. Compartir el tiempo con Hamish consistía en largos ratos de silencio, seguidos por conversaciones intensamente agudas, todo ello aderezado por su serena manera de enfocar la vida.

Hamish también era diferente en cuanto a su trabajo, que no estaba dentro de las habituales ocupaciones de los daimones, como el arte o la música. Él tenía un don para el dinero…, para hacerlo y para descubrir errores fatales en los mercados financieros internacionales. Usaba la creatividad característica de un daimón aplicándola a las hojas de cálculo en vez de a las sonatas, comprendiendo a la perfección las complejidades del cambio de divisas y con una precisión tan extraordinaria que era consultado por presidentes, monarcas y primeros ministros.

Su predilección por la economía, poco común para un daimón, fascinaba a Matthew tanto como su facilidad para moverse entre humanos. A Hamish le encantaba estar con ellos y sus defectos le resultaban estimulantes más que exasperantes. Era un legado de su infancia pasada en un hogar con un padre corredor de seguros y una madre ama de casa. Después de haber conocido a los imperturbables Osborne, Matthew podía comprender el cariño de Hamish.

El crepitar del fuego y el olor suave del whisky en el aire comenzaron a surtir efecto y el vampiro pudo relajarse. Matthew se inclinó hacia delante, sosteniendo levemente su copa de vino entre los dedos, mientras el líquido rojo destellaba al ser iluminado por el fuego.

—No sé por dónde comenzar —empezó en tono vacilante.

—Por el final, por supuesto. ¿Por qué cogiste el teléfono y me llamaste?

—Tenía que alejarme de alguien con poderes mágicos.

Hamish miró a su amigo durante un instante y advirtió su evidente agitación. Hamish estaba seguro que ese alguien mágico no era un hombre.

—¿Qué es lo que hace que este ser mágico sea tan especial? —preguntó en voz baja.

Matthew lo miró intensamente.

—Todo.

—¡Ah! Tienes un problema, ¿verdad? —El acento escocés de Hamish daba mayor profundidad a su tono entre compasivo y divertido.

Matthew se rió de manera desagradable.

—Se podría decir que sí.

—¿Ese ser mágico tiene nombre?

—Diana. Es historiadora. Y estadounidense.

—La diosa de la caza —comentó Hamish lentamente—. ¿Aparte de su nombre antiguo, es una bruja normal?

—No —respondió Matthew bruscamente—. Todo lo contrario.

—¡Ah, las complicaciones! —Hamish estudió la cara de su amigo en busca de señales de que se estaba calmando, pero vio que Matthew estaba buscando pelea.

—Es una Bishop. —Matthew esperó. Había aprendido que nunca era una buena idea imaginar que el daimón no iba a comprender el significado de una referencia, por muy oscura que ésta fuera.

Hamish se quedó pensativo, rebuscando en el fondo de su mente hasta que encontró lo que estaba buscando.

—¿Como las de Salem, Massachusetts?

Matthew asintió con la cabeza sombríamente.

—Es la última de las brujas Bishop. Su padre es un Proctor.

El daimón soltó un silbido.

—Una bruja por ambos lados, con un distinguido linaje mágico. Tú nunca haces las cosas a medias, ¿verdad? Debe de ser poderosa.

—Su madre lo es. No sé mucho de su padre. Rebecca Bishop, sin embargo…, pero ésa es una historia diferente. A los trece años ya hacía hechizos que la mayoría de las brujas no pueden controlar ni siquiera después de una vida de estudio y experiencia. Y sus habilidades como vidente en la infancia eran asombrosas.

—¿La conoces, Matt? —Hamish tenía que preguntar. Matthew había vivido muchas vidas y en su camino se había cruzado con demasiadas personas como para que su amigo pudiera seguir la pista de todas.

Matthew sacudió la cabeza.

—No. Pero siempre se habla de ella… y a menudo con mucha envidia. Ya sabes cómo son las brujas —explicó, y en su voz apareció el tono ligeramente desagradable que adquiría siempre que se refería a esa especie.

Hamish ignoró el comentario sobre las brujas y miró a Matthew por encima del borde de su vaso.

—¿Y Diana?

—Afirma que no usa la magia.

Había dos cuestiones en esa breve frase que necesitaban aclaración. Hamish comenzó por la más fácil.

—¿Cómo es eso? ¿No la usa para nada? ¿Ni para encontrar un pendiente perdido? ¿O para teñirse el pelo? —Hamish parecía tener dudas.

—No es del tipo de las que usan pendientes o se tiñen el pelo. Es más bien de las que corren cinco kilómetros antes de pasar una hora en el río en una especie de bote peligrosamente diminuto.

—Con esos antepasados me resulta difícil creer que nunca use su poder. —Hamish era un pragmático y también un soñador. Ésa era la razón por la que era tan bueno con el dinero de otras personas—. Y tú tampoco lo crees, de otra forma no sugerirías que está mintiendo. —Y ahí estaba la segunda cuestión.

—Dice que sólo usa la magia de manera ocasional… para cosas pequeñas. —Matthew vaciló, se paso la mano por el cabello, de forma que la mitad quedó erizado, y bebió un sorbo de vino—. Pero la he estado observando y la usa para algo más que eso. Puedo olerlo —dijo, con tono franco y sincero por primera vez desde su llegada—. El olor es como de una tormenta eléctrica a punto de estallar, o como un relámpago de verano. En algunas ocasiones, hasta puedo verlo también. Diana lanza destellos cuando está enfadada o absorta en su trabajo. —«Y cuando está dormida», pensó, frunciendo el ceño—. Santo cielo, hay momentos en que me parece que hasta puedo sentir el gusto que tiene.

—¿Lanza destellos?

—No es algo que se pueda ver exactamente, aunque se puede percibir la energía de alguna otra manera. El *chatoiement*, su resplandor de bruja, es muy leve. Incluso cuando yo era un vampiro joven, sólo las brujas más poderosas emitían esas diminutas pulsaciones de luz. Es poco habitual verlas hoy en día. Diana no tiene conciencia de emitirlas, e ignora su importancia. —Matthew se estremeció y cerró el puño.

El daimón miró su reloj. El día acababa de empezar, pero ya sabía por qué su amigo estaba en Escocia.

Matthew Clairmont se estaba enamorando.

Jordan entró en el tiempo exactamente cronometrado.

—El ayudante ha traído el Jeep, señor. Le dije que usted no necesitaría hoy sus servicios. —El mayordomo sabía que no era necesario un guía para seguir el rastro de los ciervos cuando había un vampiro en la casa.

—Excelente —dijo Hamish, poniéndose en pie y vaciando su vaso. Quería desesperadamente otro whisky, pero era mejor mantenerse sobrio.

Matthew levantó la vista.

—Saldré solo, Hamish. Prefiero cazar sin compañía. —Al vampiro no le gustaba cazar con seres de sangre caliente, una categoría que incluía a humanos, daimones y brujas. Por lo general, hacía una excepción con Hamish, pero ese día quería estar a solas mientras ponía bajo control su pasión por Diana Bishop.

—Oh, no vamos a ir de caza —lo corrigió Hamish con un brillo pícaro en los ojos —. Sólo vamos a acechar a las presas. —El daimón tenía un plan. Éste implicaba mantener ocupada la mente de su amigo hasta que bajara la guardia y decidiera hacerle saber voluntariamente lo que estaba ocurriendo en Oxford, para no tener que realizar el trabajo de arrancárselo—. Vamos, hace un día estupendo. Te vas a divertir.

Una vez en el exterior, Matthew subió con gesto sombrío al Jeep maltrecho de Hamish. Aquél era el transporte que ambos preferían para vagar por ahí cuando estaban en Cadzow, aunque el Land Rover era el vehículo elegido en los grandes pabellones de caza escoceses. A Matthew no le molestaba congelarse de frío viajando en él y a Hamish le divertía esa manifestación extrema de masculinidad.

En las colinas, Hamish hacía crujir las marchas del Jeep —el vampiro se estremecía con ese ruido cada vez que lo oía— mientras subía hasta los pastos donde se encontraban los ciervos. Matthew descubrió un par de ejemplares sobre un peñasco y le dijo a Hamish que se detuviera. Bajó del Jeep en silencio y se agachó junto a la rueda delantera, ya fascinado.

Hamish sonrió y se unió a él.

El daimón había acechado ciervos con Matthew antes y comprendía lo que éste necesitaba. El vampiro no siempre se alimentaba, aunque ese día Hamish estaba seguro de que, si lo dejaba solo, Matthew habría vuelto a casa satisfecho al anochecer… y habría dos ciervos menos en la propiedad. Su amigo era tanto depredador como carnívoro. Era la búsqueda lo que definía la identidad de los vampiros, no su modo de alimentarse ni aquello de lo que se alimentaban. A veces, cuando Matthew estaba inquieto, simplemente salía y rastreaba cualquier presa que se pudiera perseguir sin llegar a matar.

Mientras el vampiro observaba a los venados, el daimón observaba a Matthew. Había problemas en Oxford. Podía sentirlo.

Matthew estuvo sentado pacientemente durante varias horas, considerando si valía la pena perseguir a los ciervos. Gracias a sus extraordinarios sentidos del olfato, la vista y el oído, podía precisar sus movimientos, calcular sus hábitos y medir cada una de sus reacciones ante una ramita rota o un pájaro que alzaba el vuelo. Su expresión era voraz, pero nunca mostraba impaciencia. Para Matthew el momento crucial llegaba cuando su presa reconocía que había sido derrotada y se rendía.

Estaba a punto de oscurecer cuando finalmente se puso de pie y le hizo una inclinación de cabeza a Hamish. Ya era suficiente para el primer día, y aunque él no necesitaba la luz para ver a los ciervos, sabía que Hamish la necesitaba para

descender de la montaña.

Cuando llegaron al pabellón de caza, la oscuridad era completa y Jordan había encendido todas las luces, lo cual hacía que el edificio pareciera todavía más ridículo, levantado sobre una altura en medio de la nada.

—Este pabellón nunca tuvo demasiado sentido —comentó Matthew en un tono coloquial que sin embargo tenía una intención hiriente—. Fue una locura que Robert Adam aceptara este encargo.

—Ya me has repetido muchas veces tus opiniones acerca de mi pequeña extravagancia, Matthew —replicó Hamish serenamente—, y me da igual que tú entiendas los principios del diseño arquitectónico mejor que yo, o que creas que fue una locura que Adam construyera…, cómo la llamas siempre?, una «locura mal concebida» en las inhóspitas tierras de Lanarkshire. Adoro este lugar, y nada de lo que digas me va a hacer cambiar de opinión. —Habían mantenido distintas versiones de esta conversación con regularidad desde que Hamish anunciara que le había comprado el pabellón de caza, con todo el mobiliario, incluidos Jordan y el joven ayudante, a un aristócrata que no le daba ningún uso al edificio y tampoco tenía dinero para restaurarlo. Matthew se había mostrado horrorizado. Para Hamish, sin embargo, Cadzow Lodge era una señal de que había ascendido muy por encima de sus raíces en Glasgow al poder gastar dinero en algo poco práctico que podía amar por sí mismo.

—Uf… —dijo Matthew, frunciendo el ceño.

El mal humor era preferible a la agitación, pensó Hamish. Siguió adelante con el siguiente paso de su plan.

—La cena es a las ocho —informó—. En el comedor.

Matthew odiaba el comedor, que era imponente, con altos techos y corrientes de aire. Y lo que era peor, le irritaba porque era chillón y femenino. Era la habitación favorita de Hamish.

—No tengo hambre —gruñó Matthew.

—Estás muerto de hambre —lo contradijo Hamish bruscamente, observando el color y la textura de la piel de Matthew—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste bien?

—Hace varias semanas. —Matthew se encogió de hombros con su acostumbrada indiferencia hacia el paso del tiempo—. No me acuerdo.

—Esta noche tomarás vino y sopa. Mañana… ya decidirás lo que vas a comer. Quieres estar un rato a solas antes de cenar, o te arriesgarías a jugar al billar conmigo?

Hamish era un extraordinario jugador de billar americano y todavía mejor del ruso, que había aprendido cuando era adolescente. Había ganado su primer dinero en los salones de billar de Glasgow y podía derrotar prácticamente a cualquiera.

Matthew se negaba a jugar al billar ruso con él porque no le resultaba divertido perder siempre, incluso con un amigo. El vampiro había tratado de enseñarle a jugar al billar de carambola, el antiguo juego francés en el que cada jugador tenía una bola y luego había otra más de diferente color, pero Matthew ganaba siempre en este juego. El billar americano era la opción más sensata.

Incapaz de resistirse a un combate de cualquier tipo, Matthew aceptó.

—Voy a cambiarme de ropa y me reúno contigo.

La mesa de billar recubierta de fieltro estaba en una sala frente a la biblioteca. Allí le esperaba Hamish ataviado con un jersey y pantalones cuando Matthew llegó vestido con una camisa blanca y vaqueros. El vampiro evitaba vestirse de blanco, pues le daba un aspecto alarmante y fantasmal, pero era la única camisa decente que tenía. Había hecho las maletas para un viaje de caza, no para una cena.

Cogió su taco y se colocó en un extremo de la mesa.

—¿Listo?

Hamish asintió con la cabeza.

—Jugaremos una hora, ¿te parece? Luego vamos a por una copa.

Ambos hombres se inclinaron sobre sus tacos.

—Sé bueno conmigo, Matthew —murmuró Hamish justo antes de que ambos golpearan las bolas. El vampiro resopló mientras éstas iban al otro extremo, golpeaban sobre la banda y rebotaban.

—Me quedaré con la blanca —eligió Matthew cuando las bolas se detuvieron y la suya quedó más cerca. Cogió la otra y se la arrojó a Hamish. El daimón puso una bola roja en su marca y retrocedió.

Como en la caza, Matthew no tenía ninguna prisa por anotar puntos. Hizo quince jugadas con éxito, poniendo la bola roja en una tronera diferente cada vez.

—Si no te molesta —dijo, arrastrando las palabras y señalando la mesa. El daimón puso su bola amarilla en la mesa sin comentarios.

Matthew mezclaba tiros simples que enviaban a la bola roja a las troneras con tiros más difíciles conocidos como «carambolas», que no eran su fuerte. Estas carambolas consistían en golpear tanto la bola amarilla de Hamish como la roja con un solo golpe de taco, lo cual requería no sólo fuerza, sino también precisión.

—¿Dónde encontraste a la bruja? —preguntó Hamish con toda tranquilidad cuando Matthew hubo metido la bola amarilla y la roja en las troneras.

Matthew recuperó la bola y se preparó para su próximo tiro.

—En la Bodleiana.

El daimón enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿En la Bodleiana? ¿Desde cuándo eres un asiduo visitante de la biblioteca?

Matthew falló y su bola blanca saltó por encima de la banda y cayó al suelo.

—Desde que en un concierto escuché por casualidad a dos brujas que hablaban de

una norteamericana que había puesto sus manos en un manuscrito perdido hacía mucho tiempo — explicó—. No podía entender por qué eso les resultaba tan interesante a las brujas. —Retrocedió apartándose de la mesa, molesto por haber fallado.

Hamish hizo rápidamente sus quince jugadas acertadas. Matthew dejó su bola sobre la mesa y cogió la tiza para marcar los puntos de su amigo.

—Así que entraste en ese sitio y empezaste a conversar con ella para saberlo. —El daimón metió las tres bolas en una tronera de un solo golpe.

—Fui a buscarla, sí. —Matthew observaba mientras Hamish se movía alrededor de la mesa—. Sentía curiosidad.

—¿Ella se alegró de verte? —preguntó Hamish en tono suave, al tiempo que hacía otra jugada difícil. Sabía que vampiros, brujas y daimones rara vez se reunían. Preferían pasar el tiempo dentro de selectos círculos de criaturas similares. Su amistad con Matthew era una relativa rareza, y los amigos daimones de Hamish opinaban que era una locura permitir que un vampiro estuviera tan cerca. En una noche como ésa, pensaba que tal vez tenían razón.

—No exactamente. Diana estaba asustada al principio, aunque me miró a los ojos sin pestañear. Sus ojos son extraordinarios…: azules, dorados, verdes, grises… —Matthew se detuvo a pensar—. Después quiso golpearme. Por su olor se deducía que estaba enfadada.

Hamish amagó una risa.

—Parece una reacción razonable si tenemos en cuenta que estaba siendo acechada por un vampiro en la Bodleiana. —Decidió ser amable con Matthew y evitarle una respuesta. El daimón lanzó su bola amarilla por encima de la roja, tocándola deliberadamente para que la bola roja se moviera hacia delante y chocara con ella—. ¡Maldición! —gruñó—. Una falta.

Matthew regresó a la mesa, dio varios golpes e intentó una o dos carambolas.

—¿Os habéis visto fuera de la biblioteca? —preguntó Hamish una vez que el vampiro recuperó en parte su serenidad.

—No la veo mucho, en realidad, ni siquiera en la biblioteca. Yo me siento en una parte y ella se sienta en otra. De todos modos, la he invitado a desayunar. Y también la llevé al Viejo Pabellón, a conocer a Amira.

A Hamish le resultó difícil mantener la mandíbula cerrada. Matthew había conocido a muchas mujeres durante años y nunca había llevado a ninguna al Viejo Pabellón. Además, ¿qué era eso de sentarse en extremos opuestos de la biblioteca?

—¿No sería más fácil sentarse a su lado en la biblioteca, ya que estás interesado en ella?

—¡No estoy interesado en ella! —El taco de Matthew se estrelló sobre la bola blanca—. Quiero el manuscrito. He estado tratando de conseguirlo desde hace más de

cien años. Ella se limitó a presentar la solicitud de préstamo y allí estaba, con todos los demás. —El tono de su voz era de envidia.

—¿Qué manuscrito, Matt? —Hamish estaba haciendo todo lo posible para ser paciente, pero aquella conversación empezaba a parecerle insoportable. Matthew daba la información como un avaro que tiene que deshacerse de algunos peniques. Resultaba muy exasperante para los daimones de mente rápida tratar con criaturas que no consideraban de particular importancia ninguna fracción de tiempo más pequeña que una década.

—Un libro de alquimia que pertenecía a Elias Ashmole. Diana Bishop es una muy respetada historiadora de la alquimia.

Matthew cometió una nueva falta al golpear la bola con demasiada fuerza. Hamish volvió a colocar las bolas y continuó acumulando puntos mientras su amigo se calmaba. Finalmente, Jordan apareció para decirles que las bebidas estaban listas abajo.

—¿Cuál es el resultado? —Hamish dirigió la mirada hacia las marcas de tiza. Sabía que había ganado, pero lo caballeresco era preguntar…, por lo menos, eso era lo que Matthew le había dicho.

—Has ganado, por supuesto.

Matthew salió de la habitación con andar majestuoso y bajó con pasos enérgicos las escaleras a un ritmo considerablemente superior al humano. Jordan miró los brillantes peldaños con preocupación.

—El profesor Clairmont tiene un día difícil, Jordan.

—Eso parece —murmuró el mayordomo.

—Mejor sube otra botella del tinto. Va a ser una noche larga.

Bebieron sus copas en lo que en otro tiempo había sido la zona de recepción del pabellón. Las ventanas daban a los jardines, que todavía estaban dispuestos en ordenados parterres clásicos, a pesar de que sus proporciones no eran las adecuadas para un pabellón de caza. Resultaban demasiado grandiosas, dignas de un palacio, no de un capricho arquitectónico.

Delante de la chimenea, con las bebidas en la mano, Hamish podía por fin abrirse paso hacia el corazón del misterio.

—Háblame de ese manuscrito de Diana, Matthew. ¿Qué es lo que contiene exactamente? ¿El descubrimiento de la piedra filosofal que convierte el plomo en oro? —La voz de Hamish sonaba ligeramente burlona—. ¿Instrucciones sobre cómo inventar el elixir de la vida para poder hacer que la carne mortal se vuelva inmortal?

El daimón detuvo sus bromas en el momento en que Matthew levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—No hablas en serio —continuó Hamish en un susurro, con un tono asombrado en su voz. La piedra filosofal era sólo una leyenda, como el Santo Grial y la

Atlántida. No podía ser una realidad. Un poco tarde, se dio cuenta de que vampiros, daimones y brujas también se suponía que no eran reales.

—¿Tengo aspecto de estar bromeando? —preguntó Matthew.

—No. —El daimón se estremeció. Matthew siempre había estado convencido de que podía usar sus habilidades científicas para descubrir qué era lo que hacía que los vampiros fueran resistentes a la muerte y a la putrefacción. La piedra filosofal encajaba perfectamente en esos sueños.

—Ése es el libro perdido —aseguró Matthew sombríamente—. Lo sé.

Al igual que la mayoría de las criaturas, Hamish había escuchado lo que se decía. Una leyenda sugería que las brujas habían robado un valioso libro de los vampiros, un libro que contenía el secreto de la inmortalidad. Otra afirmaba que los vampiros habían arrebatado un antiguo libro de hechizos a las brujas y luego lo habían perdido. Algunos susurraban que en realidad no se trataba de un libro de hechizos, sino de un libro introductorio que se ocupaba de los rasgos básicos de las cuatro especies humanoides que existían en la tierra.

Matthew tenía su propia teoría acerca del contenido del libro. La explicación de por qué era tan difícil matar a los vampiros y los relatos de historia antigua de los humanos y de las criaturas eran sólo una pequeña parte del libro.

—¿Realmente crees que este manuscrito de alquimia es el libro que tú dices? —preguntó. Cuando Matthew asintió con la cabeza, Hamish dejó escapar un suspiro al respirar—. Entonces es comprensible por qué las brujas estaban chismorreando. ¿Cómo descubrieron que Diana lo había encontrado?

Matthew se volvió, furioso.

—¿Quién lo sabe y a quién le importa? Los problemas comenzaron cuando no fueron capaces de mantener la boca cerrada.

Hamish recordó una vez más que a Matthew y a su verdadera familia no les gustaban las brujas.

—No fui yo el único que pudo oírlas el domingo. Otros vampiros también lo hicieron. Y luego los daimones intuyeron que algo interesante está ocurriendo y…

—Y ahora Oxford está plagado de criaturas —completó el daimón—. ¡Qué lío! Además están a punto de empezar las clases, ¿no? Los humanos serán los siguientes. Están a punto de regresar en oleadas.

—Y las cosas aún empeoran. —La expresión de Matthew se volvió sombría—. El manuscrito no sólo estaba perdido. Estaba envuelto en un hechizo y Diana lo rompió. Luego lo envió de vuelta a su estantería y no muestra ningún interés por volver a pedirlo. Y no soy el único que espera que lo haga.

—Matthew —intervino Hamish con voz tensa—, ¿estás protegiéndola de otras brujas?

—Ella no parece darse cuenta de su propio poder. Eso la pone en peligro. No

puedo permitir que ellas se acerquen a Diana primero. —De pronto, de manera inquietante, Matthew parecía vulnerable.

—Oh, Matt —reaccionó Hamish, sacudiendo la cabeza—. No deberías interferir entre Diana y su propia gente. Eso sólo servirá para causar más problemas. Además —continuó—, ninguna bruja se mostrará abiertamente hostil hacia una Bishop. Su familia es demasiado antigua y distinguida.

En estos tiempos, las criaturas ya no se mataban entre sí, salvo que fuera en defensa propia. En su mundo, la agresión era mal vista. Matthew le había contado a Hamish cómo eran las cosas en otros tiempos, cuando reinaban los odios ancestrales y las *vendettas*, y las criaturas estaban constantemente atrayendo la atención de los humanos.

—Los daimones no están organizados, y los vampiros no se atreverían a contrariarme. Pero en las brujas no se puede confiar. —Matthew se puso de pie y llevó su vino a la chimenea.

—Deja tranquila a Diana Bishop —le aconsejó Hamish—. Además, si ese manuscrito está hechizado, no vas a poder examinarlo.

—Lo haré si ella me ayuda —replicó Matthew en un tono engañosamente tranquilo, con la mirada fija en el fuego.

—Matthew —insistió el daimón, con el mismo tono de voz que usaba para hacerles saber a sus colegas menores que estaban pisando terreno resbaladizo—, deja tranquila a la bruja y al manuscrito.

El vampiro puso su copa de vino cuidadosamente sobre la repisa de la chimenea y se dio la vuelta.

—No creo que pueda hacerlo, Hamish. Estoy… sediento de ella. —El simple hecho de pronunciar esa palabra hizo que su sed aumentara. Cuando su sed tenía un objetivo concreto y se volvía insistente, como en este caso, no podía saciarse con cualquier sangre. Su cuerpo exigía algo más específico. Si pudiera probarla, sentir el sabor de Diana, se sentiría satisfecho y esas penosas ansias se calmarían.

Hamish examinó los hombros tensos de Matthew. No le sorprendía que su amigo deseara a Diana Bishop. Un vampiro tenía que anhelar a otra criatura más que a nadie o a nada para poder aparearse, y esos impulsos echaban sus raíces en el deseo. Hamish tuvo la fuerte sospecha de que Matthew —a pesar de sus vehementes manifestaciones de que era incapaz de encontrar a alguien que le provocara esa clase de sentimiento— estaba deseando aparearse.

—Entonces el verdadero problema al que te enfrentas en este momento no son las brujas, ni es Diana. Y tampoco ningún manuscrito antiguo que podría o no contener las respuestas a tus interrogantes. —Hamish dejó que sus palabras hicieran mella en él antes de continuar—. Te das cuenta de que la estás acechando a ella, ¿verdad?

El vampiro suspiró, aliviado de que aquello hubiera sido dicho en voz alta.

—Lo sé. Me colé por su ventana mientras ella estaba durmiendo. La sigo cuando corre. Resiste mis intentos de ayudarla, y cuanto más se resiste, más sediento me siento. —Tenía una expresión tan perpleja que Hamish tuvo que morderse el interior del labio para evitar sonreír. Las mujeres de Matthew por lo general no se le resistían. Hacían lo que él les ordenaba, deslumbradas por su belleza física y su encanto. No era sorprendente que estuviera fascinado.

—Pero no necesito la sangre de Diana…, no físicamente. No voy a ceder a ese impulso. Estar cerca de ella no tiene por qué ser un problema. —Matthew frunció el ceño inesperadamente—. ¿Qué estoy diciendo? No podemos estar cerca el uno del otro. Llamaríamos la atención.

—No necesariamente. *Tú y yo* pasamos bastante tiempo juntos y a nadie le ha llamado la atención —observó Hamish. Durante los primeros años de su amistad, ambos se habían esforzado por ocultar sus diferencias a las miradas curiosas. Ya atraían bastante la atención de los humanos por separado al ser tan brillantes de forma individual. Cuando estaban juntos, con las cabezas oscuras inclinadas para compartir una broma a la hora de la cena o sentados en el patio interior durante las primeras horas de la mañana con botellas de champán vacías a sus pies, era imposible ignorarlos.

—No es lo mismo. Tú lo sabes muy bien —replicó Matthew, perdiendo la paciencia.

—Ah, sí, me olvidaba. —La cólera de Hamish explotó—. A nadie le importa lo que hacen los daimones. Pero ¿un vampiro y una bruja? Eso sí que es importante. *Vosotros* sois las criaturas que realmente importáis en este mundo.

—¡Hamish! —protestó Matthew—. Ya sabes que ésos no son mis sentimientos.

—Sientes el típico desprecio de los vampiros por los daimones, Matthew. Y también por las brujas, podría añadir. Piensa bien y muy detenidamente en lo que sientes por otras criaturas antes de llevarte a esa bruja a la cama.

—No tengo ninguna intención de llevar a Diana a la cama —afirmó Matthew con acritud.

—La cena está servida, señor. —Jordan llevaba algún tiempo en la entrada, tratando de pasar inadvertido.

—Gracias a Dios —exclamó Hamish, aliviado, abandonando su sillón. El vampiro era más fácil de manejar cuando su atención estaba dividida entre la conversación y otra cosa, fuese cual fuese.

Sentado en el comedor, en un extremo de la enorme mesa diseñada para acoger a un buen número de invitados, Hamish devoró el primero de varios platos mientras Matthew jugueteaba con la cuchara de sopa hasta que su comida se enfrió. El vampiro se inclinó sobre el tazón y olfateó.

—¿Champiñones y jerez? —preguntó.

—Sí. Jordan quería probar algo nuevo, y como tú no podías objetar nada, no me opuse.

Matthew normalmente no necesitaba mucha comida suplementaria en Cadzow Lodge, pero Jordan hacía prodigios con la sopa, y a Hamish no le gustaba comer solo de la misma forma que tampoco le gustaba beber solo.

—Lo siento, Hamish —se disculpó Matthew, contemplando cómo comía su amigo.

—Acepto tus disculpas, Matt —dijo Hamish, deteniendo la cuchara en el aire cerca de su boca—. Pero tú no puedes imaginar lo difícil que es aceptar ser un daimón o una bruja. Con los vampiros el asunto es claro e indiscutible. Uno es un vampiro, y ahí termina todo. Ninguna pregunta, ninguna posibilidad de duda. El resto de nosotros tiene que pararse, observar y preguntarse. Y eso hace que tu superioridad de vampiro sea doblemente difícil de aceptar.

Matthew hacía girar el mango de la cuchara entre sus dedos, como una batuta.

—Las brujas saben que son brujas. No son en absoluto como los daimones —comentó con el ceño fruncido.

Hamish dejó la cuchara ruidosamente y llenó su copa de vino.

—Sabes perfectamente que tener una bruja como progenitora no es ninguna garantía. Uno puede salir perfectamente normal. O puede incendiar su propia cuna. No hay manera de saber si tus poderes van a manifestarse o no, ni cuándo ni cómo va a ocurrir. —A diferencia de Matthew, Hamish tenía una amiga que era bruja. Janine se ocupaba de su pelo, que ahora tenía mejor aspecto, y hacía su propia crema para la piel, que era algo que se acercaba a lo milagroso. Él sospechaba que la brujería tenía algo que ver en ello.

—Pero no es una sorpresa total —insistió Matthew, hundiendo la cuchara en la sopa y moviéndola un poco para enfriarla todavía más—. Diana tiene siglos de historia familiar en los que apoyarse. No se parece en nada a lo que tuviste que pasar como adolescente.

—Lo mío fue sumamente agradable —comentó Hamish, recordando algunas de las historias de adolescencias daimónicas de las que se había ido enterando con el paso de los años.

Cuando Hamish tenía doce años, su vida se puso patas arriba en una sola una tarde. Había empezado a comprender, durante el largo otoño escocés, que era mucho más listo que sus profesores. La mayoría de los niños que llegan a los doce años lo sospechan, pero Hamish lo sabía con una seguridad profundamente inquietante. Reaccionó fingiéndose enfermo para poder faltar a la escuela, y cuando eso ya no le valió como excusa, comenzó a hacer sus trabajos escolares lo más rápidamente que podía y abandonó toda apariencia de normalidad. Desesperado, el director de su escuela mandó llamar a alguien del departamento de Matemáticas de la universidad

para que evaluara la inconveniente habilidad de Hamish para solucionar en minutos problemas que sus compañeros de colegio tardaban aproximadamente una semana.

Jack Watson, un daimón joven de la Universidad de Glasgow con el pelo rojo y unos brillantes ojos azules, echó un vistazo al menudo y delicado Hamish Osborne y sospechó que también era un daimón. Después de satisfacer las formalidades de una evaluación común, que dieron como resultado la prueba documental esperada de que Hamish era un prodigio matemático cuya mente no encajaba bien dentro de los parámetros normales, Watson lo invitó a asistir a las clases de la universidad. También le explicó al director que el muchacho no podía ser incluido en una clase normal sin convertirlo en un pirómano o algo igualmente destructivo.

Después de eso, Watson hizo una visita al modesto hogar de los Osborne y explicó a la asombrada familia cómo funcionaba el mundo y exactamente qué clases de criaturas había en él. Percy Osborne, que provenía de una sólida tradición presbiteriana, se resistió a aceptar la idea de que había muchas criaturas sobrenaturales y extraordinarias hasta que su esposa le hizo ver que a él lo habían criado creyendo en brujas… Entonces, por qué rechazaba la existencia de daimones y vampiros? Hamish lloró aliviado, pues ya no se sentía tan tremendamente solo. Su madre lo abrazó con fuerza y le dijo que ella siempre había sabido que él era especial.

Mientras Watson estaba todavía sentado delante de la estufa tomando té y pastel de chocolate con su marido y su hijo, Jessica Osborne pensó que no estaría mal aprovechar la oportunidad para abordar otros aspectos de la vida de Hamish que podrían hacerle sentirse diferente. Sabía que era muy difícil que su hijo se casara con la vecina de al lado, que estaba loca por él. Hamish, por el contrario, se sentía atraído por el hermano mayor de la niña, un muchacho robusto de quince años que podía mandar una pelota de fútbol más lejos que cualquier otro en el vecindario. Ni Percy ni Jack parecieron sentirse ni remotamente sorprendidos o preocupados por esa revelación.

—De todas formas —dijo Matthew finalmente, después de su primer sorbo de sopa templada—, toda la familia de Diana esperaría que ella fuera una bruja…, y lo es, use o no su magia.

—Se me ocurre que eso debe de ser tan desagradable como estar en medio de un grupo de humanos que lo ignoran todo. ¿Puedes imaginar la presión? Por no mencionar la horrible sensación de que tu vida no te pertenece. —Hamish se estremeció—. Preferiría la simple ignorancia.

—¿Cómo te sentiste —preguntó Matthew en tono vacilante— el primer día que te despertaste sabiendo que eras un daimón? —Normalmente el vampiro no hacía preguntas tan personales.

—Como si hubiera nacido de nuevo —respondió Hamish—. Fue algo tan intenso y confuso como cuando tú te despiertas hambriento de sangre y puedes escuchar

cómo crece la hierba, milímetro a milímetro. Todo parecía diferente. Sentía todo diferente. La mayor parte del tiempo sonreía como un tonto al que le ha tocado la lotería, y el resto lo pasaba llorando en mi habitación. Pero pienso que no lo creí…, quiero decir que realmente no lo creí… hasta que me hiciste entrar a escondidas en el hospital.

El primer regalo de cumpleaños de Matthew a Hamish tras hacerse amigos fue una botella de champán Krug y un paseo por el John Radcliffe. Allí Matthew le hizo a Hamish una resonancia magnética acompañada de una serie de preguntas. Después compararon los resultados de Hamish con los de un eminente neurocirujano del hospital, mientras bebían champán y el daimón todavía estaba ataviado con el camisón usado para la exploración. Hamish le pidió a Matthew que le dejara ver aquellas imágenes una y otra vez, fascinado por la forma en que su cerebro se iluminaba como una máquina de *pinball* incluso respondiendo a preguntas elementales. Fue el mejor regalo de cumpleaños de toda su vida.

—Por lo que me has dicho, Diana está como estaba yo antes de que me enseñaras los resultados de la resonancia —dijo Hamish—. Sabe que es una bruja, pero todavía siente que está viviendo una mentira.

—De hecho está viviendo una mentira —gruñó Matthew, tomando otro sorbo de sopa—. Diana está fingiendo que es humana.

—¿No sería interesante saber por qué es así? Y lo que es más importante, ¿puedes estar cerca de alguien así? A ti no te gustan las mentiras.

Matthew se mostró pensativo, pero no respondió.

—Hay otra cosa —continuó Hamish—. Para ser alguien que detesta las mentiras tanto como tú, guardas demasiados secretos. Si necesitas a esta bruja, no importa cuál sea la razón, vas a tener que ganarte su confianza. Y la única manera de conseguirlo es contarle cosas que no quieres que ella sepa. Ella ha despertado tus instintos protectores, y vas a tener que luchar contra ellos.

Mientras Matthew consideraba la situación, Hamish llevó la conversación a los recientes desastres ocurridos en la ciudad y en el gobierno. El vampiro se tranquilizó un poco más, envuelto en las complejidades de las finanzas y la política.

—Te has enterado de los homicidios en Westminster, supongo —dijo Hamish cuando Matthew estaba ya totalmente relajado.

—Me he enterado. Alguien tiene que poner fin a eso.

—¿Tú? —preguntó Hamish.

—No es asunto mío… todavía.

Hamish sabía que Matthew tenía una teoría sobre los homicidios, una que se relacionaba con su investigación científica.

—¿Todavía piensas que los homicidios son una señal de que los vampiros están desapareciendo?

—Sí —confirmó Matthew.

Matthew estaba convencido de que las criaturas se estaban extinguiendo lentamente. Al principio Hamish había rechazado las hipótesis de su amigo, pero estaba empezando a pensar que Matthew podría tener razón.

Volvieron a temas de conversación menos preocupantes y, después de la cena, se retiraron al piso superior. El daimón había dividido una de las antiguas salas de visita del pabellón en un saloncito y un dormitorio. El saloncito estaba presidido por un enorme y antiguo ajedrez con piezas de marfil y de ébano talladas que en realidad debería estar en un museo bajo una vitrina protectora más que en un pabellón de caza lleno de corrientes de aire. Al igual que la resonancia, el ajedrez había sido un regalo de Matthew.

Su amistad se había hecho más profunda a lo largo de veladas como ésa, jugando al ajedrez y hablando de sus trabajos. Una noche, Matthew empezó a contarle a Hamish las historias de sus hazañas de otros tiempos. En ese momento había pocas cosas sobre Matthew Clairmont que el daimón no conociera, y el vampiro era la única criatura a la que Hamish no asustaba con su poderoso intelecto.

Hamish, como de costumbre, se sentó detrás de las piezas negras.

—¿Ya terminamos nuestra última partida? —preguntó Matthew, fingiendo sorpresa ante el tablero cuidadosamente ordenado.

—Sí. Ganaste tú —dijo Hamish secamente, provocando una de las raras y grandes sonrisas de su amigo.

Ambos empezaron a mover sus piezas, Matthew se tomaba su tiempo y Hamish movía con rapidez y decisión cuando era su turno. No se oía más ruido que el crepitar del fuego y el tictac del reloj.

Tras una hora de juego, Hamish pasó a la etapa final de su plan.

—Quiero hacerte una pregunta. —Utilizó un tono cauteloso, esperando que su amigo hiciera la siguiente jugada—. Quieres a la bruja por ella misma… o por su poder sobre ese manuscrito?

—¡No quiero su poder! —estalló Matthew, y realizó una mala jugada con su torre, que Hamish rápidamente eliminó. Inclinó la cabeza, pareciéndose más que nunca a un ángel del Renacimiento concentrado en algún misterio celestial—. Santo cielo, no sé lo que quiero.

Hamish permaneció sentado casi sin moverse.

—Creo que sí lo sabes, Matt.

Matthew movió un peón sin dar ninguna respuesta.

—Las otras criaturas de Oxford —continuó Hamish— pronto sabrán, si no lo saben ya, que estás interesado en algo más que en ese libro antiguo. ¿Cuál será tu última jugada?

—No lo sé —susurró el vampiro.

—¿El amor? ¿Sentir el sabor de ella? ¿Hacer que ella sea como tú? —Matthew gruñó—. Impresionante —comentó Hamish en tono de aburrimiento.

—Hay algunas cuestiones que no comprendo de todo esto, Hamish, pero hay tres cosas que sí sé —dijo Matthew de manera enfática, cogiendo su copa de vino del suelo, junto a sus pies—. No voy a ceder a este deseo de su sangre. No quiero controlar su poder. Y ciertamente no tengo ningún deseo de convertirla en vampiro. —Se estremeció sólo de pensarlo.

—Lo cual deja libre la opción del amor. Entonces ya tienes tu respuesta. Tú sí sabes lo que quieres.

Matthew tomó un sorbo de vino.

—Quiero lo que no debo querer, y ansío tener a alguien a quien jamás puedo tener.

—¿No tienes miedo a hacerle daño? —preguntó Hamish suavemente—. Has tenido relaciones con mujeres de sangre caliente antes, y nunca le has hecho daño a ninguna de ellas.

La pesada copa de vino de cristal de Matthew se partió en dos y cayó al suelo. El vino tinto se extendió sobre la alfombra. Hamish vio el destello de polvo de vidrio entre los dedos índice y pulgar del vampiro.

—Oh, Matt. ¿Por qué no me lo dijiste? —Hamish controló sus facciones para asegurarse de que su conmoción no se notara.

—¿Cómo podría? —Matthew se quedó mirando las manos y apretó las esquirlas entre las puntas de los dedos hasta que lanzaron destellos negro rojizo por la mezcla del cristal y la sangre—. Siempre has tenido demasiada fe en mí, ¿sabes?

—¿Quién era ella?

—Se llamaba Eleanor. —Matthew tartamudeó al pronunciar ese nombre. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, en un intento infructuoso de borrar la imagen del rostro de ella de su mente—. Mi hermano y yo nos estábamos peleando. Ahora ni siquiera puedo recordar cuál era el motivo de la pelea. Pero en aquel momento sentí deseos de matarlo con mis propias manos. Eleanor trató de hacerme entrar en razón. Se metió entre nosotros y… —El vampiro no pudo continuar. Puso la cabeza entre sus manos sin molestarse en limpiar los restos de sangre de sus dedos ya curados—. La quería tanto…, y la maté.

—¿Cuándo sucedió eso? —susurró Hamish.

Matthew bajó las manos, moviéndolas para examinar sus largos y fuertes dedos.

—Hace años. Ayer. ¿Qué importa? —preguntó con la indiferencia por el tiempo propia de un vampiro.

—Importa mucho si cometiste ese error cuando eras un vampiro recién creado sin control de sus instintos y de su sed.

—¡Ah! Entonces también importará que haya matado a otra mujer, Cecilia

Martin, hace poco más de un siglo. No era «un vampiro recién creado» entonces. —Matthew se levantó de su silla y se dirigió hacia las ventanas. Quería correr hacia la oscuridad de la noche y desaparecer para no tener que ver el horror en los ojos de Hamish.

—¿Hay más? —preguntó Hamish con brusquedad.

Matthew sacudió la cabeza.

—Dos es suficiente. No puede haber una tercera. Jamás.

—Háblame de Cecilia —pidió Hamish, inclinándose hacia delante en su silla.

—Era la esposa de un banquero —respondió Matthew de mala gana—. La vi en la ópera y me enamoré locamente. Todos en París estaban enamorados locamente de la mujer de otro en esa época. —Con el dedo trazó el perfil de un rostro de mujer sobre el cristal delante de él—. No lo sentí como un desafío. Simplemente quería probar su sabor; esa noche fui a su casa. Pero cuando empecé, no pude detenerme. Y de todas formas, tampoco podía dejarla morir…, era mía y no iba a entregarla. Casi no pude terminar de alimentarme a tiempo. *Dieu*, cómo odiaba ella ser vampiro. Cecilia se metió en una casa en llamas antes de que yo pudiera detenerla.

Hamish frunció el ceño.

—Entonces no la mataste, Matt. Se mató ella.

—Bebí de ella hasta que estuvo al borde de la muerte, la obligué a beber mi sangre, y la convertí en una criatura sin su permiso, porque yo era egoísta y estaba asustado —dijo furiosamente—. ¿En qué sentido no la maté? Me apoderé de su vida, de su identidad, de su vitalidad…, eso es la muerte, Hamish.

—¿Por qué me ocultaste esto a mí? —Hamish trató de que no le importara que su mejor amigo hubiera hecho eso, pero era difícil.

—Incluso los vampiros sienten vergüenza. —Matthew se mostró tenso—. Me odio…, y así debe ser…, por lo que le hice a aquellas mujeres.

—Ésa es la razón por la que tienes que dejar de guardar secretos, Matt. Te destruirán desde el interior. —Hamish pensó en lo que quería decir antes de continuar —. Tú no te propusiste matar a Eleanor y a Cecilia. No eres un asesino.

Matthew apoyó las puntas de los dedos en el marco blanco de la ventana y posó la frente contra los fríos cristales. Cuando volvió a hablar, su voz era inexpresiva y baja:

—No, soy un monstruo. Eleanor me perdonó por ello, pero Cecilia nunca lo hizo.

—No eres un monstruo —insistió Hamish, preocupado por el tono de Matthew.

—Tal vez no, pero soy peligroso. —Se giró para mirar a Hamish—. Sobre todo si estoy cerca de Diana. Ni siquiera Eleanor me hizo sentir de esta manera. —El simple hecho de pensar en Diana aumentaba su sed de ella con una tensión que iba desde el corazón hasta el abdomen. Su rostro se oscureció con el esfuerzo de controlar esa sed.

—Vuelve aquí y termina esta partida —sugirió Hamish con voz áspera.

—Puedo irme, Hamish —dijo Matthew con aire vacilante—. No tienes por qué

compartir tu techo conmigo.

—No seas idiota —respondió Hamish con la rapidez de un látigo—. Tú no vas a ninguna parte.

Matthew se sentó.

—No entiendo cómo puedes saber lo de Eleanor y Cecilia y no odiarme al mismo tiempo —dijo, tras algunos minutos.

—No puedo imaginar qué tendrías que hacer para que yo te odiara, Matthew. Te quiero como a un hermano, y así será hasta que exhale mi último suspiro.

—Gracias —susurró Matthew sombríamente—. Trataré de merecer tu aprecio.

—No trates, hazlo —replicó Hamish con aspereza—. A propósito, estás a punto de perder tu alfil.

Las dos criaturas volvieron con dificultad a prestar atención al juego, y todavía seguían jugando poco antes del amanecer cuando Jordan llevó café para Hamish y una botella de oporto para Matthew. El mayordomo recogió la copa de vino rota sin comentario alguno, y Hamish lo envió a la cama.

Cuando Jordan se hubo retirado, Hamish observó el tablero e hizo su última jugada.

—Jaque mate.

Matthew dejó escapar un suspiro y se echó hacia atrás en su asiento, con la mirada fija en el tablero de ajedrez. Su reina estaba rodeada por sus propias piezas: peones, un caballo y una torre. En el otro lado del tablero, un humilde peón negro había dado jaque mate a su rey. La partida había finalizado, y él había perdido.

—El juego es algo más que proteger a la reina —comentó Hamish—. ¿Por qué te resulta tan difícil recordar que el rey es la pieza no sacrificable?

—El rey se limita a estar ahí, moviéndose un escaque cada vez. La reina puede moverse con toda libertad. Supongo que prefiero perder la partida antes que sacrificar su libertad.

Hamish se preguntó si estaba hablando del ajedrez o de Diana.

—¿Vale la pena ese coste por ella, Matt? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Matthew sin un momento de titubeo, levantando a la reina blanca del tablero para sostenerla entre los dedos.

—Eso me ha parecido —confirmó Hamish—. No te das cuenta ahora, pero tienes suerte de haberla encontrado por fin.

Al vampiro le brillaron los ojos y en su boca apareció una sonrisa torcida.

—Pero ¿es una suerte para ella, Hamish? ¿Tiene suerte de tener una criatura como yo tras ella?

—Eso depende de ti. Pero recuerda…: nada de secretos. No, si la amas.

Matthew observó el rostro sereno de su reina, con sus dedos envolviendo protectores la pequeña figura tallada.

Todavía seguía sosteniéndola cuando salió el sol, mucho después de que Hamish se hubiera ido a dormir.

Capítulo 10

Todavía tratando de eliminar de mis hombros el hielo dejado por la mirada de Matthew, abrí la puerta de mis habitaciones. Dentro, el contestador automático me dio la bienvenida con un número trece que titilaba. Había otros nueve mensajes en el buzón de voz de mi móvil. Todos eran de Sarah y reflejaban una creciente preocupación por lo que su sexto sentido le decía que estaba ocurriendo en Oxford.

Incapaz de enfrentarme a mis excesivamente videntes tías, bajé el volumen del contestador automático, desconecté el sonido de ambos teléfonos y me metí en la cama, agotada.

A la mañana siguiente, cuando pasé por delante de la portería para ir a correr, Fred me mostró, agitándolo en el aire, un montón de papelitos con mensajes.

—¡Los recogeré después! —grité, y él alzó el pulgar a modo de respuesta.

Mis pies golpearon la tierra de los conocidos senderos a través de los campos y pantanos del norte de la ciudad. El ejercicio me ayudaba a mantener alejados tanto mi sensación de culpa por no llamar a mis tías como el recuerdo del frío rostro de Matthew.

De regreso a la residencia, recogí los mensajes y los tiré a la basura. Luego postergué la inevitable llamada a casa con los rituales del fin de semana: hervir un huevo, preparar el té, recoger la ropa lavada, ordenar los papeles que cubrían cualquier superficie libre. Una vez transcurrida la mayor parte de la mañana, me quedé sin nada que hacer excepto llamar a Nueva York. Todavía era temprano allí, pero no había ninguna posibilidad de que estuvieran en la cama.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, Diana? —exclamó Sarah en lugar del «hola» habitual.

—Buenos días, Sarah. —Me arrellané en el sillón junto a la apagada chimenea y crucé mis pies sobre una estantería cercana. Aquello iba a durar un buen rato.

—Nada de buenos días —replicó Sarah ásperamente—. Hemos estado muy preocupadas. ¿Qué está ocurriendo?

Em cogió el supletorio.

—Hola, Em —saludé y volví a cruzar las piernas. Esto iba a ser mucho más largo de lo que pensaba.

—¿Ese vampiro te está molestando? —preguntó Em con preocupación.

—No exactamente.

—Sabemos que has estado con vampiros y daimones —intervino impaciente mi tía—. ¿Te has vuelto loca o te ocurre algo muy grave?

—No me he vuelto loca y no me ocurre nada grave. —Esto último era mentira, pero crucé los dedos, deseando convencerlas.

—¿Crees realmente que vas a engañarnos? ¡No puedes mentirle a una bruja igual que tú! — exclamó Sarah—. Cuéntanoslo todo, Diana.

Hasta ahí llegaron mis planes.

—Déjala hablar, Sarah —pidió Em—. Confiamos en que Diana tomara las decisiones correctas, ¿recuerdas?

El silencio que siguió me hizo pensar que habían discutido bastante aquel tema.

Sarah respiró hondo, pero Em la interrumpió.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Yoga. —No había ninguna manera de eludir el interrogatorio, pero me beneficiaba responder de forma breve y precisa.

—¿Yoga? —preguntó Sarah, incrédula—. ¿Por qué estás haciendo yoga con esas criaturas? Tú sabes que es peligroso relacionarse con daimones y vampiros.

—¡La profesora era una bruja! —reaccioné indignada, mientras recordaba la cara serena y encantadora de Amira ante mí.

—¿Esa clase de yoga fue idea de él? —quiso saber Em.

—Sí. Fue en la casa de Clairmont.

Sarah emitió un ruido de disgusto.

—Te dije que era él —le susurró Em entre dientes a mi tía, y luego se dirigió a mí —: Veo un vampiro que se alza entre tú y… algo. No estoy segura de qué es, exactamente.

—Te repito una vez más, Emily Mather, que eso es una tontería. Los vampiros no protegen a las brujas. —La voz de Sarah era clara y llena de certeza.

—Éste lo hace —dije yo.

—¿Qué? —preguntaron Em y Sarah al unísono.

—Lo ha estado haciendo durante días. —Me mordí el labio, sin saber muy bien de qué manera contar lo ocurrido; luego, me dispuse a explicarlo todo—. Algo ocurrió en la biblioteca. Pedí un manuscrito, y estaba hechizado.

Se produjo un silencio.

—Un libro hechizado. —En el tono de Sarah se notaba un gran interés—. ¿Era un grimorio? — Ella era experta en grimorios, y su pertenencia más preciada era el volumen antiguo de hechizos que había pasado de generación en generación en la familia Bishop.

—No lo creo —respondí—. Lo único visible eran ilustraciones de alquimia.

—¿Qué más? —Mi tía sabía que lo visible era apenas el principio cuando se trataba de libros hechizados.

—Alguien ha puesto un hechizo en el texto del manuscrito. Había líneas débiles de escritura…, unas capas sobre otras… moviéndose por debajo de la superficie de

las páginas.

En Nueva York, Sarah dejó su taza de café haciendo un ruido perfectamente audible.

—¿Eso fue antes o después de que apareciera Matthew Clairmont?

—Antes —susurré.

—¿Y no te pareció que todo esto era digno de mencionarse cuando nos dijiste que habías conocido a un vampiro? —Sarah no hizo nada para ocultar su irritación—. Por la diosa, Diana, llegas a ser tan imprudente… ¿Cómo estaba hechizado ese libro? Y no me digas que no lo sabes.

—Tenía un olor raro. Daba la sensación de que algo estaba… mal. Al principio, no pude levantar la tapa. Puse mi palma sobre ella. —Retorcí la mano sobre mi regazo, recordando la sensación de reconocimiento inmediato entre el manuscrito y yo, casi esperando ver el brillo trémulo que Matthew había mencionado.

—¿Y? —preguntó Sarah.

—Sentí un hormigueo en la mano, luego suspiró y… se relajó. Pude sentirlo a través del cuero y las tablas de madera.

—¿Cómo te las arreglaste para deshacer ese hechizo? ¿Dijiste alguna palabra? ¿En qué estabas pensando? —La curiosidad de Sarah ya era imparable.

—No hubo nada de brujería en ello, Sarah. Tenía que examinar el libro para mi investigación, y puse la palma de mi mano abierta sobre él. Eso fue todo. —Respiré hondo—. Una vez que estuvo abierto, tomé algunas notas, lo cerré y devolví el manuscrito.

—¿Lo devolviste? —Se produjo un fuerte ruido cuando el teléfono de Sarah chocó contra el suelo. Hice una mueca de desagrado y sostuve el auricular lejos de mi cabeza, pero su lenguaje subido de tono seguía siendo audible.

—¿Diana? —dijo Em débilmente—. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy —dije con cierta brusquedad.

—Diana Bishop, sabes que eso no ha estado bien —me recriminó Sarah—. ¿Cómo pudiste devolver un objeto mágico que tú no podías comprender del todo?

Mi tía me había enseñado a reconocer objetos encantados y hechizados… y qué hacer con ellos. Uno debía evitar tocarlos o moverlos hasta saber cómo funcionaba su magia. Los hechizos podían ser delicados, y muchos tenían mecanismos protectores incorporados dentro de ellos.

—¿Y qué podía hacer yo, Sarah? —Yo misma me di cuenta de mi actitud defensiva—. ¿Negarme a abandonar la biblioteca hasta que tú pudieras examinarlo? Era viernes a última hora. Quería irme a casa.

—¿Qué ocurrió cuando lo devolviste? —preguntó Sarah con voz tensa.

—Tal vez el aire se puso un poco raro —admití—. Y me dio la impresión de que la biblioteca, sólo un instante, parecía haber encogido.

—Enviaste el manuscrito de vuelta y el hechizo se reactivó —informó Sarah, soltando otra retahíla de imprecaciones—. Pocas brujas son lo suficientemente expertas como para hacer un hechizo que vuelve a activarse de forma automática cuando se ha roto. No estamos tratando con ninguna aficionada.

—Ésa es la energía que los atrajo a Oxford —dije al comprender de repente—. No fue el hecho de que yo abriera el manuscrito. Fue la reactivación del hechizo. Las criaturas no están sólo en la clase de yoga, Sarah. Estoy rodeada de vampiros y daimones en la Bodleiana. Clairmont vino a la biblioteca el lunes por la noche, esperando poder ver aunque fuera de lejos el manuscrito después de oír hablar de él a dos brujas. El martes la biblioteca ya estaba llena de ellos.

—Y volvemos a lo importante —exclamó Sarah con un suspiro—: antes de que termine el mes, los daimones aparecerán en Madison, buscándote.

—Debe de haber brujas en las que puedas confiar para que te ayuden. —Em estaba haciendo un esfuerzo para mantener la tranquilidad, pero yo podía darme cuenta de que su voz estaba teñida de preocupación.

—Hay brujas —dije vacilante—, pero no son de mucha ayuda. Un mago con un abrigo de *tweed* marrón trató de abrirse camino en mi cabeza. Él también habría tenido éxito, si no hubiera sido por Matthew.

—¿El vampiro se interpuso entre tú y otro brujo? —Em estaba horrorizada—. Eso no se hace. Uno nunca se entromete en los intercambios entre brujos si no es uno de nosotros.

—¡Deberías estarle agradecida! —Una cosa era que yo no quisiera que Clairmont me sermoneara ni desayunar con él otra vez, pero el vampiro se merecía algo de crédito—. Si él no hubiera estado ahí, no sé qué habría ocurrido. Ningún ser mágico ha sido jamás tan… invasor conmigo antes.

—Tal vez deberías salir de Oxford durante una temporada —sugirió Em.

—No voy a irme porque haya un mago sin modales en la ciudad.

Em y Sarah susurraron algo entre ellas, tapando con sus manos los auriculares.

—Esto no me gusta nada —dijo mi tía finalmente en un tono que daba la impresión de que el mundo se estaba desmoronando—. ¿Libros hechizados? ¿Daimones que te siguen? ¿Vampiros que te llevan a clase de yoga? ¿Brujos y brujas que amenazan a una Bishop? Se supone que las brujas tienen que evitar hacerse notar, Diana. Hasta los humanos se enterarán de que algo está ocurriendo.

—Si te quedas en Oxford, tendrás que ser más discreta —coincidió Em—. No hay nada malo en volver a casa durante un tiempo y dejar que la situación se enfríe, si las cosas se hacen intolerables. Tú ya no tienes el manuscrito. Tal vez pierdan interés.

Ninguna de nosotras creía que eso fuera probable.

—No pienso huir.

—No es huir —protestó Em.

—Sería una huida. —Y yo no iba a dar la menor muestra de cobardía mientras Matthew Clairmont estuviera cerca.

—Él no puede estar contigo en cada momento del día, querida —explicó Em con tristeza, escuchando mis pensamientos no pronunciados.

—Yo soy de la misma opinión —dijo Sarah sombríamente.

—No necesito la ayuda de Matthew Clairmont. Puedo cuidar de mí misma —repliqué.

—Diana, ese vampiro no te está protegiendo porque tenga buen corazón —señaló Em—. Tú tienes algo que él quiere. Has de descubrir de qué se trata.

—Tal vez está realmente interesado en la alquimia. O quizás simplemente está aburrido.

—Los vampiros no se aburren —aseguró Sarah con firmeza—. Y menos cuando hay sangre de bruja cerca.

No se podía luchar en contra de los prejuicios de mi tía. Estuve tentada de hablarle de la clase de yoga, donde durante más de una hora había estado magníficamente libre de cualquier temor a otras criaturas. Pero no tenía mucho sentido.

—Basta —la detuve con firmeza—. Matthew Clairmont no se acercará más a mí y vosotras no tenéis por qué preocuparos de que yo pueda leer otros manuscritos hechizados. Pero no pienso irme de Oxford, y no hay más que hablar.

—Muy bien —aceptó Sarah—. Pero desde aquí no podemos hacer mucho si las cosas se ponen feas.

—Lo sé, Sarah.

—Y la próxima vez que algo mágico caiga en tus manos, lo esperes o no, actúa como la bruja que eres, no como un estúpido humano. No lo ignores ni pienses que estás imaginando cosas. —La ignorancia deliberada y el desprecio por lo sobrenatural estaban al principio de la lista hecha por Sarah de las tonterías preferidas por los humanos—. Trátalo con respeto, y si no sabes qué hacer, pide ayuda.

—Lo prometo —dije rápidamente, deseando colgar ya el teléfono. Pero Sarah todavía no había terminado.

—Jamás pensé que vería el día en que una Bishop tuviera que ser protegida por un vampiro y no por sus propios poderes —dijo—. Mi madre debe de estar revolviéndose en su tumba. Esto te pasa por evitar ser lo que eres, Diana. Estás metida en un buen lío y todo porque creíste que podías ignorar tu herencia. Las cosas no funcionan así.

La amargura de Sarah siguió impregnando la atmósfera de mi habitación mucho después de haber colgado el teléfono.

A la mañana siguiente hice mis estiramientos con algunas posturas de yoga durante media hora y luego preparé el té en una tetera. Su aroma floral y avainillado

resultó reconfortante, y tenía precisamente la cantidad de teína suficiente como para impedirme dormitar durante la tarde sin mantenerme despierta por la noche. Cuando las hojas estuvieron bien empapadas, envolví la tetera de porcelana blanca en un paño para mantener el calor y la llevé al sillón junto a la chimenea, reservado para sumergirme en mis pensamientos.

Tranquilizada por el familiar olor del té, doblé las rodillas hasta la barbilla y me puse a examinar cómo había sido la semana. Pero daba igual por dónde empezara, siempre acababa volviendo a mi última conversación con Matthew Clairmont. ¿Acaso mis esfuerzos para impedir que la magia se filtrara en mi vida y en mi trabajo no habían servido para nada?

Cada vez que me estancaba con mi investigación, imaginaba una mesa blanca, brillante y vacía, con los elementos de un rompecabezas que debía ser resuelto. Eso me quitaba la presión y lo vivía como un juego.

En esta ocasión coloqué sobre la mesa imaginaria todo lo de la semana anterior: el Ashmole 782, Matthew Clairmont, la atención de Agatha Wilson, el mago con chaqueta de *tweed*, mi tendencia a caminar con los ojos cerrados, las criaturas en la Bodleiana, la forma en que saqué la revista *Notas e Investigaciones* de la estantería, la clase de yoga con Amira. Moví de un lado a otro las brillantes piezas de distintas formas, uniendo algunas, tratando de formar una imagen, pero había demasiados agujeros sin cubrir y no apareció ninguna figura clara.

A veces, coger una pieza cualquiera del rompecabezas me ayudaba a distinguir lo que era más importante. Puse mi dedo imaginario sobre la mesa, saqué una de las piezas esperando ver el Ashmole 782.

Los ojos oscuros de Matthew Clairmont se concentraron en los míos.

¿Por qué era tan importante ese vampiro?

Las piezas de mi rompecabezas empezaron a moverse por su propia cuenta, girando y haciendo dibujos que eran demasiado rápidos como para seguirlos. Golpeé con mis manos imaginarias la mesa y las piezas detuvieron su danza. El hormigueo en las palmas de mis manos indicaba un reconocimiento.

Esto ya no parecía un juego, sino algo de magia. Y si lo era, entonces la había estado usando en mi trabajo escolar, en mis cursos de la universidad y ahora en mi trabajo académico. Pero no había sitio en mi vida para la magia, y mi mente se cerró decididamente contra la posibilidad de que hubiera estado infringiendo mi propia regla sin saberlo.

Al día siguiente llegué al guardarropa de la biblioteca a mi hora habitual, subí por las escaleras, doblé la esquina junto al mostrador de préstamos y me preparé para verlo.

Clairmont no estaba allí.

—¿Necesita algo? —preguntó Miriam con voz irritada, arrastrando con ruido su

silla al ponerse de pie.

—¿Dónde está el profesor Clairmont?

—Está cazando —respondió Miriam con una mirada llena de desprecio—. En Escocia.

«Cazando», repetí para mis adentros. Tragué saliva con fuerza.

—Ah. ¿Cuándo regresará?

—Realmente, no lo sé, doctora Bishop. —Miriam cruzó los brazos y estiró su diminuto pie.

—Esperaba que me llevara a la clase de yoga del Viejo Pabellón esta noche —dije débilmente, tratando de ofrecer una excusa razonable por haberme detenido.

Miriam se dio la vuelta y cogió una pelota de lana negra. Me la arrojó y la agarré al vuelo junto a mi cadera.

—Se dejó esto en su coche el viernes.

—Gracias. —Mi jersey olía a claveles y canela.

—Debería ser más cuidadosa con sus cosas —farfulló Miriam—. Es usted una bruja, doctora Bishop. Cuide de sí misma y deje de meter a Matthew en complicaciones.

Me di la vuelta sin hacer ningún comentario y me dirigí a donde estaba Sean para recoger mis manuscritos.

—¿Va todo bien? —preguntó mirando a Miriam con el ceño fruncido.

—Perfectamente. —Le di mi número de asiento acostumbrado y, cuando vi que todavía parecía preocupado, le sonreí con afecto.

«¿Cómo se atreve Miriam a hablarme de ese modo?», me dije furiosa mientras tomaba asiento en mi lugar de trabajo.

Me picaban los dedos como si cientos de insectos se estuvieran moviendo debajo de mi piel. Pequeñas chispas de color azul verdoso saltaban por las yemas, dejando vestigios de energía al salir de los bordes de mi cuerpo. Entrelacé mis manos y me senté rápidamente sobre ellas.

Algo no iba bien. Al igual que todos los miembros de la universidad, había hecho un juramento de no llevar fuego ni nada inflamable a la Biblioteca Bodleiana. La última vez que mis dedos se habían comportado de ese modo yo tenía trece años y hubo que llamar al Departamento de Bomberos para extinguir el incendio en la cocina.

Cuando la sensación de fuego desapareció, miré cuidadosamente a mi alrededor y suspiré con alivio. Estaba sola en el ala Selden. Nadie había presenciado mi despliegue de fuegos artificiales. Saqué las manos de debajo de mis muslos y las observé en busca de alguna otra señal de actividad sobrenatural. El color azul se iba convirtiendo en un gris plateado a medida que el poder se retiraba de las puntas de mis dedos.

Abrí la primera caja después de asegurarme de que no le iba a prender fuego y fingí que nada anormal había ocurrido. Sin embargo, vacilé al tocar mi ordenador por temor a que mis dedos fundieran las teclas de plástico.

Como era de esperar, me resultó difícil concentrarme, y a la hora de comer todavía estaba con el mismo manuscrito. Quizás un poco de té podría calmarme.

Al empezar las clases, lo normal sería encontrar algunos lectores humanos en el ala medieval de la sala Duke Humphrey. Pero ese día había sólo uno: una mujer de cierta edad que examinaba con una lupa un manuscrito miniado. Estaba sentada entre un daimón desconocido y uno de los vampiros de sexo femenino de la semana anterior. Gillian Chamberlain también estaba allí, mirándome con desprecio junto a otras cuatro brujas como si yo hubiera defraudado a toda nuestra especie.

Al pasar, me detuve frente al escritorio de Miriam.

—Supongo que tiene usted instrucciones de seguirme cuando salgo a comer. ¿Quiere venir?

Dejó su lápiz con exagerado cuidado.

—Después de usted.

Miriam se colocó delante de mí cuando llegué a la escalera trasera. Señaló hacia los peldaños al otro lado.

—Baje por ahí.

—¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia?

—Haga lo que quiera. —Se encogió de hombros.

Un tramo más abajo, miré por la ventanita de la puerta que daba a la sala de lectura del piso superior, y me quedé boquiabierta.

La sala estaba repleta de criaturas. Estaban separadas. En una mesa larga sólo había daimones y se caracterizaba porque no había ningún libro —abierto o cerrado — delante de ellos. Los vampiros estaban sentados en otra mesa, con sus cuerpos perfectamente inmóviles y los ojos sin parpadear. Las brujas parecían estar estudiando, pero sus ceños fruncidos eran señal de irritación y no de concentración, ya que los daimones y los vampiros se habían adueñado de las mesas más cercanas a la escalera.

—No me sorprende que se dé por supuesto que no debemos mezclarnos. Ningún humano podría ignorar esto —observó Miriam.

—¿Qué he hecho ahora? —pregunté en un susurro.

—Nada. Matthew no está aquí —dijo con total naturalidad.

—¿Por qué le tienen tanto miedo a Matthew?

—Tendrá que preguntarle a él. Los vampiros no andan con historias. Pero no se preocupe —continuó, mostrando sus afilados y blancos dientes—, éstos funcionan perfectamente, de modo que no tiene nada que temer.

Metí las manos en los bolsillos, y bajé las escaleras haciendo ruido para abrirme

paso entre los turistas en el patio interior. En Blackwell's, devoré un sándwich y una botella de agua. Miriam me miró a los ojos cuando pasé junto a ella de camino a la salida. Dejó de leer una novela de misterio y me siguió.

—Diana —dijo en voz baja cuando atravesamos los portones de la biblioteca—, ¿qué es lo que te propones?

—No es asunto tuyo —repliqué.

Miriam suspiró.

De regreso a la sala Duke Humphrey, vi al mago vestido de *tweed* marrón. Miriam miró atentamente desde el pasillo central, inmóvil como una estatua.

—¿Está usted al cargo?

Inclinó su cabeza a un lado a manera de asentimiento.

—Soy Diana Bishop —me presenté estirando la mano.

—Peter Knox. Y sé muy bien quién es usted. Usted es la hija de Rebecca y Stephen. —Tocó ligeramente las puntas de mis dedos con los suyos. Había un grimorio del siglo XIX abierto delante de él y un montón de libros de referencia a un lado.

El nombre me resultaba familiar, aunque no era capaz de recordarlo, y escuchar los nombres de mis padres saliendo de la boca de aquel mago me resultó inquietante. Tragué saliva con fuerza.

—Por favor, haga que sus… amigos se retiren de la biblioteca. Los nuevos estudiantes llegan hoy y no querríamos asustarlos.

—Si pudiéramos tener una charla tranquila, doctora Bishop, estoy seguro de que podríamos llegar a algún arreglo. —Deslizó sus gafas hacia arriba. Cuanto más me acercaba a Knox, más peligro sentía. La piel bajo mis uñas me empezó a picar de forma siniestra.

—No tiene nada que temer de mí —dijo lastimeramente—. Ese vampiro, en cambio…

—Usted cree que yo encontré algo que pertenece a las brujas —le interrumpí—. Ya no lo tengo. Si usted quiere el Ashmole 782, hay formularios de solicitud de préstamo sobre la mesa delante de usted.

—Usted no comprende la complejidad de la situación.

—No, y no quiero comprenderla. Por favor, déjeme tranquila.

—Físicamente se parece usted mucho a su madre. —Knox recorrió mi rostro con sus ojos—. Pero posee también algo de la terquedad de Stephen, por lo que veo.

Sentí la habitual mezcla de envidia e irritación que acompañaba a las referencias a mis padres o a mi historia familiar hechas por alguien del mundo de la magia, como si ellos tuvieran el mismo derecho que yo.

—Trataré de hacerlo —continuó—, pero no tengo control sobre esos animales. Hizo una señal con la mano hacia el otro lado del pasillo, donde una de las hermanas

Scary nos miraba con interés a Knox y a mí. Vacilé, y luego me dirigí hacia su sitio.

—Estoy segura de que ha escuchado nuestra conversación, y debe saber que ya estoy bajo la protección directa de dos vampiros —dije—. Puede quedarse si no confía ni en Matthew ni en Miriam. Pero haga que los demás salgan de la sala de lectura de arriba.

—Rara vez los vampiros consideran que las brujas son dignas de atención, pero hoy tú resultas sorprendente, Diana Bishop. Espera a que le cuente a mi hermana Clarissa lo que se ha perdido. —Las palabras de este vampiro de sexo femenino fueron pronunciadas de una manera lenta, elegante y pausada que revelaba una educación impecable. Sonrió y sus dientes brillaron en la débil luz del ala medieval —. Desafiar a Knox… una criatura como tú? Cuánto tengo que contar!

Aparté mis ojos de sus perfectas facciones y me fui en busca de algún daimón de rostro conocido.

Un daimón amante del *cafelatte* se movía de un lado a otro alrededor de los ordenadores, con los auriculares puestos y tarareando en voz baja una música no escuchada mientras el extremo del cordón se balanceaba libremente por encima de sus muslos. Tan pronto como se quitó los auriculares de plástico blancos de las orejas, traté de hacerle ver la gravedad de la situación.

—Escucha, eres bienvenido a navegar por la red aquí. Pero tenemos un problema abajo. No es necesario que dos docenas de daimones estén vigilándome.

El daimón dejó escapar un indulgente sonido de su boca.

—Pronto sabrás de qué se trata.

—¿No podríais vigilarme desde más lejos? ¿El Sheldonian? ¿El Caballo Blanco? —Yo trataba de mostrarme indulgente—. Como sigáis así, los lectores humanos empezarán a hacer preguntas.

—No somos como tú —dijo en tono soñador.

—¿Eso quiere decir que no puedes ayudarme o que no quieres? —Traté de no parecer impaciente.

—Es lo mismo. Nosotros también tenemos que saberlo.

Eso era imposible.

—Si puedes hacer cualquier cosa para que todos los que me presionan desde los asientos se vayan, te quedaré enormemente agradecida.

Miriam todavía seguía observándome. La ignoré y regresé a mi mesa.

Al final de un día totalmente improductivo, me apreté el puente de la nariz con los dedos, musité un par de imprecaciones en voz baja y recogí mis cosas.

A la mañana siguiente, la Bodleiana estaba mucho menos llena de gente. Miriam estaba escribiendo furiosamente y ni siquiera levantó la vista cuando pasé. Todavía no había señal alguna de Clairmont. De todos modos, las criaturas estaban

observando las reglas que él claramente, aunque en silencio, había establecido, y permanecieron fuera del ala Selden. Gillian estaba en el ala medieval, concentrada sobre sus papiros, al igual que las hermanas Scary y algunos daimones. Excepto Gillian, que estaba trabajando de verdad, el resto se limitaba a hacer los movimientos necesarios para simular una perfecta respetabilidad. Y cuando asomé la cabeza por la puerta de la sala de lectura de arriba, después de una taza de té caliente a media mañana, solamente algunas criaturas levantaron la vista. El daimón musical y amante del café estaba entre ellos. Dio unos golpecitos con los dedos y me hizo un guiño de complicidad.

Logré avanzar razonablemente en el trabajo, aunque no lo suficiente como para compensar el día anterior. Empecé leyendo poemas alquímicos —los textos más difíciles—, atribuidos a María, la hermana de Moisés. «Tres cosas si uno tres horas asiste —decía una parte del poema— se encadenan al final». El significado de los versos seguía siendo un misterio, aunque el tema más probable era la combinación química de plata, oro y mercurio. «¿Podría Chris hacer un experimento a partir de este poema?», me pregunté, anotando los posibles procesos químicos implicados.

Cuando me concentré en otro poema anónimo, titulado *Poema sobre el triple fuego sófico,* las semejanzas entre su imaginería y una miniatura que había visto el día anterior de una montaña alquímica, llena de minas y mineros cavando en el suelo en busca de metales nobles y piedras preciosas, eran inconfundibles.

Dentro de esta mina dos piedras antiguas fueron encontradas,
por lo que los antiguos la llamaron tierra sagrada;
pues conocían su valor, poder y alcance,
y cómo mezclar la naturaleza con la naturaleza,
pues estas cosas, si se mezclan con oro natural
o plata, su escondido tesoro revelan.

Contuve un gruñido. Mi investigación se haría cada vez más complicada si iba a tener que relacionar no sólo arte y ciencia, sino también arte y poesía.

—Debe de ser difícil concentrarte en tu investigación con los vampiros vigilándote.

Gillian Chamberlain estaba erguida junto a mí, con sus ojos color avellana chisporroteando con malevolencia contenida.

—¿Qué quieres, Gillian?

—Sólo trato de ser amable, Diana. Somos hermanas, ¿recuerdas? —El pelo negro brillante de Gillian se balanceó sobre sus hombros. Su suavidad indicaba que no estaba envuelto por oleadas de electricidad estática. Seguramente su poder era aliviado con regularidad. Me estremecí.

—No tengo hermanas, Gillian. Soy hija única.

—Eso es bueno también. Tu familia ha causado más problemas de los necesarios. Mira lo que ocurrió en Salem. Todo fue culpa de Bridget Bishop. —El tono de voz de Gillian era maligno.

«Ya empezamos otra vez», pensé mientras cerraba el volumen que tenía delante de mí. Como de costumbre, las Bishop seguían siendo un irresistible tema de conversación.

—¿De qué estás hablando, Gillian? —Mi voz sonó hiriente—. Bridget Bishop fue encontrada culpable de brujería y ejecutada. No fue ella quien provocó la caza de brujas…, fue una víctima de esa caza, como los demás. Lo sabes perfectamente, al igual que lo saben todas las brujas en esta biblioteca.

—Bridget Bishop atrajo la atención humana, primero con esos muñecos para hacer brujerías que fabricaba, y luego con sus ropas provocativas y su inmoralidad. La histeria humana se habría pasado si no hubiera sido por ella.

—Fue encontrada inocente de practicar la brujería —repliqué, enfadada.

—En 1680…, pero nadie lo creyó. Y menos después de haber encontrado los muñecos en la pared de su celda atravesados con alfileres y con las cabezas arrancadas. Después, Bridget no hizo nada para proteger a sus compañeras brujas de toda sospecha. Era demasiado independiente. — Gillian bajó la voz—: Ése fue también el principal defecto de tu madre.

—Basta, Gillian. —El aire alrededor de nosotras se había vuelto anormalmente frío y transparente.

—Tanto tu madre como tu padre eran muy distantes, igual que tú, y creían que no necesitaban el apoyo del aquelarre de Cambridge después casarse. Así les fue, ¿no?

Cerré los ojos, pero me fue imposible borrar la imagen que había pasado la mayor parte de mi vida tratando de olvidar: la de mi madre y mi padre sin vida en medio de un círculo marcado con tiza en algún lugar de Nigeria, con sus cuerpos destrozados y ensangrentados. Mi tía no quiso contarme los detalles de su muerte en aquel momento, de modo que fui a la biblioteca pública para buscarlos. Así fue como vi por primera vez la fotografía y el titular sensacionalista que la acompañaba. Tras esa visión, mis pesadillas tardaron años en desaparecer.

—No había nada que el aquelarre de Cambridge pudiera hacer para impedir el asesinato de mis padres. Fueron asesinados en otro continente por humanos asustados. —Me aferré a los brazos de mi silla y esperaba que ella no viera que mis nudillos se ponían blancos.

Gillian dejó escapar una risa desagradable.

—No eran humanos, Diana. Si lo hubieran sido, quienes los mataron habrían sido atrapados y juzgados. —Se agachó, acercando su rostro al mío—. Rebecca Bishop y Stephen Proctor tenían secretos que no mostraban a los otros brujos y brujas.

Teníamos que descubrirlos. Sus muertes fueron lamentables, pero necesarias. Tu padre tenía más poder del que jamás imaginamos.

—Deja de hablar de mi familia y de mis padres como si te pertenecieran —le advertí—. Fueron humanos quienes los mataron. —Sentía un zumbido en mis oídos y la frialdad que nos envolvía se iba intensificando.

—¿Estás segura? —susurró Gillian, haciendo que mis huesos se estremecieran de frío—. Como bruja que eres, tú sabes si te miento o no.

Contuve mis gestos, decidida a no mostrar mi confusión. Lo que Gillian había dicho de mis padres no podía ser verdad; sin embargo, no había ninguna de las alarmas sutiles típicas de las relaciones entre brujas que acompañan a las falsedades: la chispa de la cólera, un abrumador sentimiento de desprecio.

—Piensa en lo que les pasó a Bridget Bishop y a tus padres la próxima vez que rechaces una invitación a una reunión del aquelarre —murmuró Gillian, con sus labios tan cerca de mi oreja que sentí su respiración sobre mi piel—. Una bruja no debe mantener secretos con otras brujas. Algo malo sucede cuando eso ocurre.

Gillian se enderezó y me miró fijamente durante unos segundos. El hormigueo que me produjo su mirada se hizo cada vez más molesto durante todo el tiempo que duró. Con la vista puesta en el manuscrito cerrado que tenía delante de mí, me negué a mirarla a los ojos.

En cuanto abandonó la estancia, la temperatura del aire volvió a la normalidad. Cuando mi corazón dejó de latir con fuerza y el zumbido en mis oídos amainó, reuní mis pertenencias con manos temblorosas, deseando con todas mis fuerzas estar ya en mis habitaciones. La adrenalina corría por todo mi cuerpo, y no estaba segura de hasta cuándo iba a poder frenar mi pánico.

Me las arreglé para salir de la biblioteca sin problemas, evitando la mirada severa de Miriam. Si le hacía caso a Gillian, debía protegerme de los celos de mis compañeras las brujas, no del miedo humano. Y la mención a los poderes ocultos de mi padre hizo que algo que recordaba a medias revoloteara en los confines de mi mente, pero se me escapó cuando traté de fijarlo en un sitio el tiempo suficiente como para verlo con claridad.

En la residencia, Fred me llamó desde el puesto de guardia con un montón de correspondencia en la mano. Arriba del todo había un sobre color crema, cargado con una muy perceptible sensación.

Era una nota del director en la que me invitaba a tomar una copa antes de la cena.

En mis habitaciones pensé llamar a su secretaria e inventar una indisposición como pretexto para rechazar la invitación. Mi cabeza daba vueltas y había pocas posibilidades de que pudiera tomar ni siquiera una gota de jerez en aquel estado.

Pero la universidad se había portado espléndidamente cuando solicité una plaza en la residencia. Lo menos que podía hacer era expresar mi agradecimiento de

manera personal. Mi sentido de la obligación profesional empezó a ocupar el lugar de la ansiedad provocada por Gillian. Aferrada a mi identidad de académica como a un bote salvavidas, decidí demostrar mi gratitud al director.

Después de cambiarme, me dirigí a las habitaciones privadas del director y toqué el timbre. Un miembro del personal de la universidad abrió la puerta y me hizo entrar para conducirme al salón.

—Hola, doctora Bishop. —Los ojos azules con arrugas en los extremos de Nicholas Marsh, su pelo blanco como la nieve y las mejillas rojas y redondas lo hacían parecerse a Santa Claus. Tranquilizada por su calidez y fortalecida con un sentido del deber profesional, sonreí.

—Profesor Marsh —cogí la mano que me tendía—, gracias por invitarme.

—Me temo que debía haberlo hecho hace tiempo. Como usted sabe, estaba en Italia.

—Sí, el tesorero me lo dijo.

—Entonces me ha perdonado por no haberla atendido durante tanto tiempo —dijo —. Espero poder compensarla presentándole a un viejo amigo mío que está en Oxford durante unos días. Es un escritor muy conocido y sus libros tratan sobre temas que pueden interesarle.

Marsh se hizo a un lado y pude ver una sólida cabeza con pelo castaño salpicado de gris y la manga de una chaqueta de *tweed* marrón. Me quedé paralizada y confundida.

—Venga. Le presento a Peter Knox —dijo el director, tomándome gentilmente por el codo—. Él conoce bien su trabajo.

Allí estaba el mago. Por fin reconocí aquello que se me estaba escapando. El nombre de Knox estaba en los artículos periodísticos sobre los homicidios de vampiros. Era el experto a quien la policía había llamado para examinar las muertes que tenían un toque de ocultismo. Los dedos empezaron a picarme.

—Doctora Bishop —saludó Knox, tendiendo la mano—. La he visto en la Bodleiana.

—Sí, eso parece. —Tendí mi mano y me sentí aliviada al ver que no salían chispas de ella. Nos dimos las manos tan brevemente como fue posible.

Las puntas de sus dedos de la mano derecha emitieron un ligero destello, un diminuto movimiento de piel y huesos que ningún humano habría notado. Me recordó a mi infancia, cuando las manos de mi madre hacían lo mismo cuando amasaba bollos o doblaba la ropa limpia. Cerré los ojos y me preparé para alguna efusión de magia.

El teléfono sonó.

—Me temo que debo atender esa llamada —se disculpó Marsh—. Por favor, tomen asiento.

Me senté lo más lejos que pude de Knox, en una silla de madera de respaldo recto generalmente reservada para los jóvenes estudiantes del *college* que habían cometido alguna falta.

Knox y yo permanecimos en silencio mientras Marsh murmuraba y dejaba escapar chasquidos de desaprobación al teléfono. Apretó un botón en la consola y se acercó, con un vaso de jerez en la mano.

—Es el vicerrector. Dos novatos han desaparecido —explicó, usando la palabra de la jerga universitaria para los estudiantes recién llegados—. Ustedes dos conversen mientras me ocupo de esto en mi estudio. Por favor, discúlpenme.

Se oyó cómo se abrían y cerraban unas puertas, y voces amortiguadas conferenciaron en el pasillo antes de que se produjera el silencio.

—¿Estudiantes perdidos? —exclamé inexpresiva. Seguramente Knox había tramado con su magia tanto la crisis como la llamada telefónica que había hecho que Marsh debiera ausentarse.

—No comprendo, doctora Bishop —murmuró Knox—. Parece lamentable que la universidad pierda a dos muchachos. Por otra parte, esto nos da la oportunidad de hablar en privado.

—¿Y de qué tenemos que hablar? —Olí mi jerez y recé por el regreso del director.

—De muchas cosas.

Miré hacia la puerta.

—Nicholas estará muy ocupado hasta que terminemos.

—Terminemos pronto con esto entonces, así el director podrá volver a disfrutar su jerez.

—Como usted quiera —aceptó Knox—. Dígame por qué ha venido a Oxford, doctora Bishop.

—Por la alquimia. —Estaba dispuesta a responder a las preguntas de aquel hombre, aunque no fuera más que para hacer que Marsh regresara a la habitación, pero no iba a decirle más de lo necesario.

—Usted tenía que haber sabido que el Ashmole 782 estaba hechizado. Nadie, aunque no tuviera ni una gota de sangre Bishop en sus venas, podría no haberse dado cuenta. ¿Por qué lo devolvió usted? —La mirada en los ojos castaños de Knox era penetrante. Quería el manuscrito tanto como Matthew Clairmont, e incluso más.

—Había terminado de trabajar con él. —Me resultaba difícil mantener mi voz en calma.

—¿No hubo nada en el manuscrito que despertara su interés?

—Nada.

Peter Knox torció la boca en una fea expresión. Él sabía que yo estaba mintiendo.

—¿Ha compartido usted sus observaciones con el vampiro?

—Supongo que se refiere usted al profesor Clairmont. —Cuando las criaturas se negaban a usar nombres propios, era una manera de negar que aquellos que no eran como uno fueran sus iguales.

Knox abrió los dedos otra vez. Cuando pensaba que iba a apuntarme con ellos, él, en cambio, los apretó alrededor de los brazos de su silla.

—Todos respetamos a su familia y lo que ustedes han soportado. Sin embargo, se ha cuestionado su relación poco ortodoxa con esa criatura. Usted está traicionando su linaje ancestral con este comportamiento autocomplaciente. Eso debe terminar.

—El profesor Clairmont es un colega profesional —señalé, llevando la conversación lejos de mi familia—, y no sé nada acerca del manuscrito. Sólo estuvo en mis manos durante unos minutos. Sí, yo sabía que estaba hechizado. Pero eso era irrelevante por lo que a mí se refería, ya que lo había pedido para estudiar su contenido.

—El vampiro está intentando poseer ese libro desde hace más de un siglo —dijo Knox con voz cruel—. No se puede permitir que lo consiga.

—¿Por qué? —Aunque ocultaba mi enojo, mi voz se quebró—. ¿Porque pertenece a las brujas? Los vampiros y los daimones no pueden hechizar objetos. Una bruja lanzó un hechizo a ese libro, y ahora está otra vez dominado por el mismo hechizo. ¿Qué es lo que le preocupa?

—Posiblemente más de lo que usted podría comprender, doctora Bishop.

—Estoy segura de que puedo estar a la altura, *señor* Knox —le respondí. Knox tensó la boca con un gesto de desagrado cuando enfaticé su posición fuera del mundo académico. Cada vez que el mago usaba mi título, su formalidad me sonaba a burla, como si estuviera tratando de indicar que era él, y no yo, el verdadero experto. Yo podía no utilizar mi poder, pero ser tratada con esa condescendencia por aquel mago me resultaba intolerable.

—Me preocupa que usted (una Bishop) esté en contacto con un vampiro. —Levantó las manos, mientras a mis labios asomaba una protesta—. No nos insultemos mutuamente con más mentiras. En lugar de la repugnancia natural que debe sentir por ese animal, usted siente gratitud.

Permanecí en silencio, furiosa.

—Y estoy preocupado porque estamos peligrosamente cerca de atraer la atención de los humanos —continuó.

—He intentado que las criaturas se fueran de la biblioteca.

—¡Ah, pero no se trata sólo la biblioteca! Un vampiro está dejando cadáveres secos, sin sangre, en Westminster. Los daimones están increíblemente nerviosos, más vulnerables que nunca a su propia demencia y a las oscilaciones de energía en el mundo. No podemos permitirnos atraer la atención sobre nosotros.

—Usted les dijo a los periodistas que no había nada sobrenatural en esas muertes.

Knox no podía creer lo que estaba escuchando.

—No esperará usted que yo les cuente todo a los humanos, ¿verdad?

—Uno espera eso, en realidad; sobre todo si le están pagando.

—Usted no sólo es autocomplaciente, además es estúpida. Eso me sorprende, doctora Bishop. Su padre era famoso por su sentido común.

—He tenido un día muy largo. ¿Eso es todo? —Me puse de pie bruscamente y me dirigí hacia la puerta. Incluso en circunstancias normales, me resultaba difícil escuchar a cualquiera, excepto a Sarah y Em, hablar de mis padres. En ese momento, después de las revelaciones de Gillian, había algo casi obsceno en ello.

—No, no es todo —replicó Knox en un tono desagradable—. Lo que más me intriga en este momento es la cuestión de cómo una bruja ignorante y sin entrenamiento de ninguna clase se las arregló para romper un hechizo que ha desafiado los esfuerzos de aquellos mucho más hábiles de lo que usted llegará a ser nunca.

—Así que por eso todos ustedes me están vigilando. —Me senté, con la espalda apretada contra las tablillas de la silla.

—No se muestre tan satisfecha consigo misma —dijo secamente—. Su éxito podría obedecer a una mera coincidencia…, una reacción de aniversario relacionada con el momento en que fue lanzado el primer hechizo. El paso del tiempo puede interferir con la brujería, y los aniversarios son momentos particularmente volátiles. Usted no ha tratado de recordarlo todavía, pero cuando lo haga podría ocurrir que no venga tan fácilmente como la primera vez.

—¿Y qué aniversario estaríamos celebrando?

—El sesquicentenario.

Me había preguntado en primer lugar por qué razón una bruja le haría un hechizo al manuscrito. Pero seguramente alguien tenía que haber estado buscándolo desde hacía tantos años también. Palidecí.

Volvíamos de nuevo a Matthew Clairmont y su interés por el Ashmole 782.

—Ha logrado ponerse a la altura de las circunstancias, ¿no? La próxima vez que usted vea a su vampiro, pregúntele qué estaba haciendo en el otoño de 1859. Dudo que le diga la verdad, pero podría revelarle lo suficiente como para que usted lo descubra por su cuenta.

—Estoy cansada. ¿Por qué no me dice, de brujo a bruja, cuál es su interés en el Ashmole 782? —Ya me había enterado de por qué los daimones querían el manuscrito. Incluso Matthew me había dado alguna explicación. La fascinación de Knox por él era una pieza que faltaba en el rompecabezas.

—Ese manuscrito nos pertenece —dijo Knox con ferocidad—. Somos las únicas criaturas que pueden comprender sus secretos y las únicas en las que se puede confiar para que no los divulguen.

—¿Qué hay en el manuscrito? —insistí. Mi irritación por fin salía la luz.

—Los primeros hechizos jamás formulados. Descripciones de los encantamientos que mantienen entero al mundo. —El rostro de Knox se volvió soñador—. El secreto de la inmortalidad. Cómo las brujas hicieron al primer daimón. Cómo los vampiros pueden ser destruidos de una vez por todas. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Es la fuente de todo nuestro poder, pasado y presente. No se puede permitir que caiga en manos de los daimones, ni de los vampiros… ni de los humanos.

Los acontecimientos de esa tarde me estaban afectando, y tuve que apretar las rodillas para evitar que temblaran.

—Nadie podría poner toda esa información en un solo libro.

—La primera bruja lo hizo —replicó Knox—. Y sus hijos e hijas también, a lo largo de los años. Es nuestra historia, Diana. Seguramente usted quiere protegerla de ojos entrometidos.

El director entró en la habitación como si hubiera estado esperando junto a la puerta. La tensión era sofocante, pero él parecía alegremente ajeno a ella.

—Cuánto alboroto por nada. —Marsh sacudió su cabeza blanca—. Los novatos cogieron sin permiso una barca. Los han encontrado atascados debajo de un puente y un poco alterados por el vino, totalmente encantados con su situación. Podría salir un idilio de todo ello.

—Cuánto me alegro —murmuré. Sonaron las campanadas de un reloj, y me puse de pie—. ¿Ésa es la hora? Tengo un compromiso para cenar.

—¿No va a acompañarnos para la cena? —preguntó el director con el ceño fruncido—. Peter estaba ansioso por hablar con usted sobre alquimia.

—Nuestros caminos se cruzarán otra vez. Pronto —dijo Knox con suavidad—. Mi visita ha sido toda una sorpresa y, por supuesto, la dama tiene cosas mejores que hacer que cenar con dos hombres de nuestra edad.

«Tenga cuidado con Matthew Clairmont —resonó la voz de Knox en mi cabeza —. Es un asesino».

Marsh sonrió.

—Sí, por supuesto. Espero verla otra vez… cuando los nuevos estudiantes se hayan instalado.

«Pregúntele por 1859. Verá si está dispuesto a compartir sus secretos con una bruja».

«Difícilmente será un secreto si usted lo sabe». La sorpresa se manifestó en el rostro de Knox cuando respondí a su advertencia mental de la misma manera. Era la sexta vez que usaba la magia ese año, pero éstas eran, seguramente, circunstancias atenuantes.

—Será un placer, señor director. Y gracias otra vez por permitirme usar la residencia este año. —Incliné la cabeza hacia el mago—. Señor Knox.

Cuando salí de las habitaciones privadas del director, me dirigí hacia mi viejo refugio en los claustros caminando entre los pilares hasta que mi pulso dejó de ir a cien por hora. Mi mente estaba ocupada sólo con una pregunta: qué hacer después de que dos brujos, mi propia gente, me hubieran amenazado en el espacio de una sola tarde. Con claridad meridiana supe la respuesta.

Ya en mis habitaciones, rebusqué en mi bolso hasta que mis dedos encontraron la arrugada tarjeta de visita de Clairmont y luego marqué el primer número.

No respondió.

Cuando una voz automática me indicó que dejara el mensaje después de la señal, hablé:

—Matthew, soy Diana. Lamento molestarte cuando estás fuera de la ciudad. —Respiré hondo, tratando de disipar un poco la culpa relacionada con mi decisión de no contarle nada a Clairmont sobre Gillian y mis padres, sino sólo sobre Knox—. Tenemos que hablar. Ha ocurrido algo. Es ese mago de la biblioteca. Su nombre es Peter Knox. Si recibes este mensaje, por favor, llámame.

Les había asegurado a Sarah y Em que ningún vampiro iba a interferir en mi vida. Gillian Chamberlain y Peter Knox me habían hecho cambiar de idea. Con manos temblorosas bajé las persianas y cerré con llave la puerta, deseando no haberme enterado nunca de la existencia del Ashmole 782.

Capítulo 11

Esa noche me fue imposible dormir. Primero me senté en el sofá y luego sobre la cama, con el teléfono a mi lado. Ni siquiera una tetera llena y una montaña de correos electrónicos pudieron apartar mi mente de los acontecimientos del día. La idea de que las brujas pudieran haber asesinado a mis padres estaba más allá de mi comprensión. Traté de alejar de mi mente esos pensamientos y me concentré en el hechizo del Ashmole 782 y el interés de Knox por él.

Al amanecer todavía estaba despierta, me di una ducha y me cambié. Por increíble que pudiera parecer, no podía ni pensar en desayunar. Así que en vez de tomar algo, me senté junto a la puerta y esperé a que llegara la hora de que la Bodleiana abriera; luego recorrí la breve distancia hasta la biblioteca y me dirigí a mi asiento habitual. Tenía el teléfono en mi bolsillo con el modo vibración, a pesar de que odiaba que los teléfonos empezaran a sonar en medio del silencio.

A las diez y media, Peter Knox entró tranquilamente y se sentó en el extremo opuesto de la sala. Con el pretexto de devolver un manuscrito, me dirigí otra vez hasta el mostrador de los pedidos para asegurarme de que Miriam se encontraba aún en la biblioteca. Allí estaba… y parecía enfadada.

—No me digas que ese brujo se ha sentado allí.

—Efectivamente. No aparta su mirada de mi espalda mientras trabajo.

—Ojalá yo fuera más corpulenta —exclamó Miriam con el ceño fruncido.

—Tengo la sensación de que se necesita algo más que el tamaño para disuadir a esa criatura. —Le dirigí una sonrisa irónica.

Cuando Matthew entró en el ala Selden, sin previo aviso y sin hacer el menor ruido, ningún círculo helado en la espalda me anunció su llegada. En cambio, hubo toques de copos de nieve en mi pelo, mis hombros y mi espalda, como si estuviera examinándome rápidamente para asegurarse de que yo estaba entera.

Aferré con los dedos la mesa que tenía delante de mí. Durante unos instantes, no me atreví a girarme por si sólo se trataba de Miriam. Cuando vi que efectivamente era Matthew, mi corazón dio un solo brinco con un ruido sordo.

Pero el vampiro no me miraba a mí, sino a Peter Knox, con rostro feroz.

—Matthew —lo llamé en voz baja, poniéndome de pie.

Apartó sus ojos del brujo y se acercó a mí. Cuando fruncí el ceño con aire vacilante ante su fiera expresión, me dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Tengo entendido que ha habido algún alboroto. —Estaba tan cerca que el frío de su cuerpo causaba la placentera sensación de una brisa en un día de verano.

—Nada que no pudiéramos controlar —repliqué con voz inexpresiva, consciente de la presencia de Peter Knox.

—Puede nuestra conversación esperar…, sólo hasta el final del día? —preguntó. Matthew rozó con sus dedos una protuberancia en su esternón, visible bajo las fibras delicadas de su jersey. Me pregunté qué sería lo que llevaba cerca de su corazón—. Podríamos ir a clase de yoga.

Aunque no había dormido, un viaje a Woodstock en un vehículo en movimiento con una estupenda protección acústica, seguido de una hora y media de movimiento meditativo, parecía perfecto.

—Eso sería estupendo —acepté, sinceramente.

—¿Quieres que venga a trabajar aquí? —preguntó, inclinándose sobre mí. Su olor era tan fuerte como perturbador.

—No es necesario —respondí con firmeza.

—No dejes de decírmelo si cambias de idea. De todos modos, te veré fuera de Hertford a las seis. —Matthew sostuvo mi mirada unos instantes más. Luego dirigió una mirada de odio en dirección a Peter Knox y regresó a su asiento.

Cuando pasé junto a su mesa a la hora de comer, Matthew carraspeó. Miriam dio un golpe con el lápiz, irritada, y se reunió conmigo. Knox no me iba a seguir a Blackwell's. Matthew se ocuparía de que no lo hiciera.

La tarde transcurrió de manera lenta e interminable, y me resultó casi imposible mantenerme despierta. A las cinco, estaba más que dispuesta a abandonar la biblioteca. Knox se quedó en el ala Selden, junto a un variado conjunto de humanos. Matthew me acompañó escaleras abajo y mi ánimo mejoró cuando regresé corriendo a la residencia, me cambié y cogí mi esterilla de yoga. Cuando su coche se detuvo ante la verja metálica de Hertford, yo lo estaba esperando.

—Has llegado pronto —observó con una sonrisa mientras cogía mi esterilla para meterla en el maletero. Matthew suspiró bruscamente cuando me ayudó a subir al coche, y me pregunté qué mensaje le había transmitido mi cuerpo.

—Tenemos que hablar.

—No hay prisa. Antes salgamos de Oxford. —Cerró la puerta del coche de mi lado para luego sentarse en el asiento del conductor.

El tráfico en la carretera de Woodstock era más intenso debido a la llegada de estudiantes y profesores. Matthew maniobró hábilmente por los sitios donde la densidad de vehículos era mayor.

—¿Qué tal en Escocia? —pregunté cuando salimos de los límites de la ciudad, sin importarme de qué hablara, con tal de que dijera algo.

Matthew me miró y luego volvió sus ojos hacia la carretera.

—Muy bien.

—Miriam dijo que fuiste de caza.

Respiró silenciosamente, llevando sus dedos a la protuberancia bajo su jersey.

—No debió hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque algunas cosas no deben comentarse con otros que no son iguales a nosotros —dijo con un toque de impaciencia—. ¿Acaso las brujas les dicen a criaturas que no son brujas que acaban de volver de pasar cuatro días preparando hechizos y cociendo murciélagos?

—¡Las brujas no cuecen murciélagos! —reaccioné indignada.

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Fuiste solo? —quise saber.

Matthew esperó un rato antes de responder.

—No.

—Yo tampoco estuve sola en Oxford —empecé—. Las criaturas…

—Miriam me lo contó. —Aferró con más fuerza el volante—. Si hubiera sabido que el brujo que te molestaba era Peter Knox, nunca me habría ido de Oxford.

—Tenías razón —espeté. Necesitaba hacer mi propia confesión antes de abordar el tema de Knox—. Nunca he dejado la magia fuera de mi vida. La he estado usando en mi trabajo, sin darme cuenta. Está en todo. Me he estado engañando durante años. —Las palabras salían a borbotones de mi boca. Matthew continuaba atento al tráfico—. Estoy asustada.

Me tocó la rodilla con su fría mano.

—Lo sé.

—¿Qué voy a hacer? —susurré.

—Ya veremos qué es lo mejor —respondió tranquilamente, girando hacia los portones del Viejo Pabellón. Examinó mi rostro mientras avanzábamos por el terreno ascendente y se detuvo en el sendero circular—. Estás cansada. ¿Podrás con el yoga?

Asentí con la cabeza.

Matthew bajó del coche y me abrió la puerta. Esta vez no me ayudó, sino que se dirigió al maletero para sacar las esterillas y se cargó las dos al hombro. Otros participantes de la clase pasaron cerca, lanzando miradas curiosas hacia nosotros.

Esperó hasta que nos quedamos solos en el sendero de la entrada. Matthew me miró, luchando consigo mismo por algo. Fruncí el ceño e incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Yo acababa de confesar que hacía magia sin darme cuenta. ¿Qué era aquello tan horrible que no podía decirme?

—Estuve en Escocia con un viejo amigo, Hamish Osborne —dijo finalmente.

—¿El hombre al que los periódicos mencionan como candidato al Parlamento para ser ministro de Hacienda? —reaccioné asombrada.

—Hamish no será candidato al Parlamento —aseguró Matthew en tono inexpresivo, ajustando la correa de su bolsa de yoga con un tic.

—¡Así que es gay de verdad! —dije, recordando un reciente programa de noticias de medianoche.

Matthew me lanzó una mirada penetrante.

—Sí. Y lo que es más importante, es un daimón.

No sabía mucho sobre el mundo de las criaturas, pero participar en política o religión humanas también estaba prohibido.

—Ah. El mundo de las finanzas es raro para un daimón. —Pensé durante un momento—. Sin embargo, eso explica por qué es tan bueno para decidir qué hacer con todo ese dinero.

—Es bueno para calcular cosas. —El silencio se hizo más intenso, y Matthew no hizo ningún intento de dirigirse a la puerta—. Necesitaba alejarme y cazar.

Le dirigí una mirada confundida.

—Dejaste tu jersey en mi coche —dijo, como si ésa fuera una explicación.

—Miriam ya me lo dio.

—Lo sé. No podía tenerlo conmigo. ¿Comprendes por qué?

Cuando sacudí la cabeza, suspiró y luego soltó un par de imprecaciones en francés.

—Mi coche estaba lleno de tu olor, Diana. Tuve que irme de Oxford.

—Sigo sin comprender —admití.

—No podía dejar de pensar en ti. —Se pasó la mano por el pelo y miró hacia el sendero de la entrada.

Mi corazón latía de manera irregular, y la reducción del flujo sanguíneo hizo que mis procesos mentales fueran más lentos. Finalmente, sin embargo, acabé por comprender.

—No tendrás miedo de hacerme daño, ¿verdad? —Yo tenía un sano temor a los vampiros, pero Matthew parecía diferente.

—No estoy seguro. —Sus ojos mostraban preocupación, y su voz dejaba entrever una advertencia.

—Entonces no te fuiste a causa de lo que ocurrió el viernes por la noche. —Dejé escapar un súbito suspiro de alivio.

—No —confirmó en tono amable—. No tuvo nada que ver con eso.

—¿Vais a entrar o preferís dar aquí fuera la clase? —preguntó Amira desde la puerta principal.

Entramos en clase. De vez en cuando nos mirábamos de reojo, pensando que el otro no se daba cuenta. Nuestro primer intercambio sincero de información había cambiado las cosas. Ambos estábamos tratando de resolver qué iba a ocurrir después.

Cuando terminó la clase, mientras Matthew se ponía el jersey, algo brillante y plateado atrajo mi mirada. El objeto colgaba del cuello de un fino cordón de cuero. Era lo que tocaba una y otra vez, como un talismán.

—¿Qué es eso? —Señalé con el dedo.

—Un recuerdo —respondió Matthew brevemente.

—¿Un recuerdo de qué?

—Del poder destructivo de la cólera.

Peter Knox me había advertido que debía tener cuidado cuando estuviera cerca de Matthew.

—¿Es el símbolo de un peregrino? —La forma me recordó a uno que había visto en el Museo Británico. Parecía antiguo.

Asintió con la cabeza y tiró del cordón para enseñármelo. El colgante se balanceó libremente, brillando cuando recibía luz.

—Es una *ampulla* de Betania. —Tenía forma de ataúd y sólo tenía espacio como para contener unas cuantas gotas de agua bendita.

—Lázaro —dije débilmente, mirando el ataúd. Betania era el lugar donde Cristo había resucitado a Lázaro de entre los muertos. Y aunque educada como pagana, sabía por qué los cristianos iban en peregrinación. Lo hacían para expiar sus pecados.

Matthew dejó deslizar la *ampulla* debajo del suéter, ocultándola de los ojos de las criaturas que todavía estaban saliendo de la sala.

Nos despedimos de Amira y nos detuvimos en el exterior del Viejo Pabellón para respirar el vigorizante aire del otoño. Estaba oscuro, a pesar de los faros que iluminaban los ladrillos de la casa.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Matthew, irrumpiendo en mis pensamientos. Asentí con la cabeza—. Entonces cuéntame lo que ha ocurrido.

—Se trata del manuscrito. Knox lo quiere. Agatha Wilson, la criatura que conocí en Blackwell's, me dijo que los daimones lo quieren. Tú también lo quieres. Pero el Ashmole 782 está hechizado.

—Lo sé —me respondió.

Un búho blanco bajó volando delante de nosotros, agitando sus alas en el aire. Me estremecí y levanté los brazos para protegerme, segura de que iba a golpearme con el pico y las garras. Pero de inmediato el búho perdió el interés y voló alto hacia los robles que flanqueaban el sendero de la entrada.

Mi corazón latía con fuerza y una repentina oleada de pánico me recorrió de pies a cabeza. Sin la menor advertencia, Matthew abrió de golpe la puerta trasera del Jaguar y me empujó hacia el asiento.

—Mantén baja la cabeza y respira —ordenó, agachándose sobre la grava con los dedos apoyados sobre mis rodillas. La bilis subió (no había nada en mi estómago salvo agua) y se arrastró subiendo por mi garganta, ahogándome. Me tapé la boca con la mano, dominada por las arcadas. Él estiró su mano hacia mí y apartó un mechón de pelo hacia detrás de mi oreja; sus fríos dedos me resultaron tranquilizadores.

—Estás a salvo —aseguró.

—Lo siento mucho. —Me pasé la mano temblorosa por la boca mientras la náusea iba desapareciendo—. El pánico empezó anoche, después de estar con Knox.

—¿Quieres caminar un poco?

—No —me apresuré a decir. El parque me parecía enorme y oscuro, y notaba una gran debilidad en mis piernas.

Matthew me observó minuciosamente.

—Te llevaré a casa. Ya continuaremos con esta conversación.

Me ayudó a salir del asiento trasero y me sostuvo ligeramente la mano hasta que me colocó en el asiento delantero del coche. Cerré los ojos mientras él subía. Estuvimos sentados en silencio un instante, y luego Matthew puso el motor en marcha. El Jaguar cobró vida rápidamente.

—¿Te ocurre esto a menudo? —preguntó con voz neutra.

—No, gracias a Dios —respondí—. Me ocurría bastante cuando era niña, pero ahora estoy mucho mejor. Es sólo un exceso de adrenalina. —La mirada de Matthew se detuvo en mis manos mientras me quitaba el pelo de la cara.

—Lo sé —respondió otra vez más, soltando el freno de mano y saliendo hacia el sendero de la entrada.

—¿Puedes olerlo?

Asintió con la cabeza.

—Ha ido aumentando en ti desde que me dijiste que estabas usando magia. ¿Por eso haces tanto ejercicio…: correr, remar, yoga?

—No me gusta tomar drogas. Me producen mareos.

—De todos modos, el ejercicio probablemente sea más eficaz.

—Esta vez no ha servido de mucho —murmuré, pensando en mis manos electrizadas hacía poco tiempo.

Matthew salió de los terrenos del Viejo Pabellón y entró en la carretera. Se concentró en la conducción mientras los suaves movimientos del coche me mecían con suavidad.

—¿Por qué me llamaste? —preguntó bruscamente Matthew, interrumpiendo mi estado de ensoñación.

—Por Knox y por el Ashmole 782 —expliqué mientras las chispas de pánico regresaban ante su súbito cambio de humor.

—Eso ya lo sé. Lo que te pregunto es por qué me llamaste a mí. Seguramente tienes amigos…, brujas, humanos…, que podrían ayudarte.

—En realidad, no. Ninguno de mis amigos humanos sabe que soy una bruja. Tardaría varios días en explicar lo que de verdad está ocurriendo en este mundo, siempre que permanecieran a mi lado todo ese tiempo. No tengo amigos en el mundo de la brujería, y no puedo arrastrar a mis tías a esto. No es culpa suya que cometiera la estupidez de devolver el manuscrito porque no lo entendí. —Me mordí el labio—.

¿No debía haberte llamado?

—No lo sé, Diana. El viernes me dijiste que las brujas y los vampiros no podían ser amigos.

—El viernes te dije muchas cosas.

Matthew permaneció callado, prestando toda su atención a las curvas de la carretera.

—Ya no sé qué pensar. —Hice una pausa, sopesando con cuidado mis siguientes palabras—. Pero hay una cosa de la que estoy segura. Prefiero compartir la biblioteca contigo y no con Knox.

—Los vampiros nunca son totalmente dignos de confianza… y menos cuando están tan cerca de seres de sangre caliente. —Matthew clavó sus ojos en mí en un único y frío instante.

—¿Sangre caliente? —pregunté con el ceño fruncido.

—Humanos, brujas, daimones…, todos los que no son vampiros.

—Prefiero correr el riesgo de un mordisco tuyo antes que dejar que Knox se meta en mi cerebro en busca de información.

—¿Ha tratado de hacer eso? —La voz de Matthew era serena, pero había una cierta violencia en ella.

—No fue nada —me apresuré a responder—. Sólo me estaba advirtiendo sobre ti.

—Está bien que lo haga. Nadie puede ser lo que no es, por mucho que se esfuerce. No debes idealizar a los vampiros. Knox puede no tener en gran estima tus intereses, pero tiene razón acerca de mí.

—Mis amigos no son elegidos por otras personas… y mucho menos por intolerantes como Knox. —Me empezaron a picar los dedos a medida que mi irritación aumentaba y los metí debajo de los muslos.

—¿Es eso lo que somos, entonces? ¿Amigos? —quiso saber Matthew.

—Creo que sí. Los amigos no se ocultan la verdad, aunque sea difícil. —Desconcertada por la seriedad de la conversación, jugueteé con los cordones de mi sudadera.

—Los vampiros no son particularmente buenos para la amistad. —Parecía enfadado otra vez.

—Mira, si quieres que te deje tranquilo…

—¡Por supuesto que no! —me interrumpió—. Sólo que las relaciones de los vampiros son… complicadas. Podemos ser protectores…, incluso posesivos. Podría no gustarte.

—Un poco de protección no me viene mal en estos momentos.

Mi respuesta provocó una mirada de cruda vulnerabilidad en los ojos de Matthew.

—Te recordaré eso cuando empieces a quejarte —señaló, y la crudeza fue rápidamente reemplazada por una sonrisa irónica.

Salió de la calle Holywell hacia las puertas de la residencia. Fred echó un vistazo al coche y sonrió antes de mirar discretamente hacia otro lado. Esperé a que Matthew abriera la puerta, mirando detenidamente dentro del coche para asegurarme de que nada mío quedara allí…, ni siquiera una goma del pelo…, para no empujarlo otra vez hacia Escocia.

—Pero hay algo más en todo esto aparte de Knox y el manuscrito —agregué con tono urgente mientras me alcanzaba la esterilla. Por su comportamiento, uno podría pensar que no había criaturas acechándome por todas partes.

—Eso puede esperar, Diana. Y no te preocupes. Peter Knox no podrá acercarse a menos de doscientos metros de ti otra vez. —Su voz era sombría y tocó la *ampulla* debajo de su jersey.

Necesitábamos pasar un tiempo juntos…, no en la biblioteca, sino a solas.

—¿Te gustaría venir a cenar mañana? —le pregunté en voz baja—. Así podríamos hablar de lo ocurrido.

Matthew se quedó helado, con un gesto de confusión revoloteando en su rostro mezclado con algo que no fui capaz de precisar. Dobló ligeramente sus dedos alrededor del amuleto del peregrino antes de soltarlo.

—Me encantaría —dijo lentamente.

—Bien. —Sonreí—. ¿Qué te parece a las siete y media?

Asintió con la cabeza y me respondió con una sonrisa tímida. Apenas di un par de pasos cuando me di cuenta de que había un tema que tenía que ser resuelto antes de la siguiente noche.

—¿Qué te gusta comer? —susurré con rubor en mi cara.

—Soy omnívoro —respondió Matthew mientras su rostro se iluminaba más hasta esbozar una sonrisa que hizo que mi corazón se detuviera momentáneamente.

—A las siete y media, entonces. —Me di la vuelta, riéndome y sacudiendo la cabeza ante su respuesta, que poco me ayudaba—. Ah, algo más —dije, girándome hacia él otra vez—. Deja que Miriam se ocupe sólo de su trabajo. Puedo cuidarme yo solita.

—Eso es lo que ella me ha dicho —admitió Matthew, dirigiéndose hacia su asiento en el coche—. Lo pensaré. Pero me encontrarás mañana en la sala Duke Humphrey, como de costumbre. —Subió al coche y cuando vio que no me movía, bajó el cristal de su ventanilla.

—No me iré hasta que hayas desaparecido de mi vista —dijo, mirándome con gesto de desaprobación.

—¡Vampiros! —farfullé, sacudiendo la cabeza ante sus anticuados modales.

Capítulo
12

Mi experiencia culinaria no me había enseñado qué dar de comer a un vampiro cuando venía a cenar.

En la biblioteca pasé la mayor parte del día en Internet buscando recetas en las que hubiera alimentos crudos, dejando mis manuscritos olvidados sobre la mesa. Matthew dijo que era omnívoro, pero eso no podía ser verdad. Seguramente un vampiro podía tolerar comida cruda, ya que estaba acostumbrado a una dieta de sangre. Pero él era tan civilizado que indudablemente iba a comer cualquier cosa que le pusiera delante.

Después de realizar una amplia investigación gastronómica, dejé la biblioteca a media tarde. Matthew había defendido la fortaleza Bishop a solas ese día, algo que tenía que haber complacido a Miriam. No había señales de Peter Knox ni de Gillian Chamberlain en ningún sitio de la sala Duke Humphrey, lo que me hizo muy feliz. Incluso Matthew parecía de buen humor cuando pasé por el pasillo para devolver mis manuscritos.

Después de pasar por la cúpula de la Cámara Radcliffe, donde los estudiantes leían sus libros asignados, y por las paredes medievales del Jesus College, fui de compras por los pasillos del mercado cubierto de Oxford. Lista en mano, me detuve primero en la carnicería en busca de venado y conejo frescos, y luego en la pescadería para adquirir salmones escoceses.

«¿Los vampiros comen verduras?», me pregunté.

Gracias a mi teléfono móvil, pude llamar al departamento de zoología para preguntar por los hábitos alimenticios de los lobos. Me preguntaron qué clase de lobos. Había visto lobos grises en un viaje de estudios al zoológico de Boston hacía mucho tiempo, y ése era el color favorito de Matthew, de modo que ésa fue mi respuesta. Después de recitar una larga lista de sabrosos mamíferos y de explicar que se trataba de «comidas preferidas», la voz aburrida en el otro extremo de la línea me dijo que los lobos grises también comían nueces, semillas y frutas del bosque.

—¡Pero no hay que darles de comer! —advirtió la voz—. ¡No son mascotas!

—Gracias por el consejo —dije, tratando de evitar una risita burlona.

El tendero me vendió, disculpándose, las últimas grosellas negras del verano y algunas olorosas fresas silvestres. Una bolsa de castañas encontró también su puesto en mi cada vez más grande cesta de la compra.

Luego me dirigí a la tienda de vinos, donde me encontré a merced de un evangelista de la viticultura que me preguntó si «el caballero entiende de vinos». Eso

fue suficiente para sumergirme en un torbellino. El empleado aprovechó mi confusión para venderme lo que terminó siendo una notablemente escasa cantidad de botellas de vino francés y alemán por un precio exorbitante. Luego me puso en un taxi para que me recuperara de la conmoción producida por el precio durante el viaje de regreso a la residencia.

Ya en mis habitaciones, saqué todos los papeles de encima de una desvencijada mesa del siglo XVIII que servía tanto de escritorio como de mesa de comedor y la acerqué a la chimenea. Puse la mesa con sumo cuidado, usando la vajilla antigua y los cubiertos de plata que había en mis alacenas, junto con pesadas copas de cristal que debían de ser los últimos restos de un juego eduardiano usado alguna vez en la sala común de los estudiantes del último año. Las agradables señoras de la cocina me ofrecieron un hermoso mantel blanco y almidonado para cubrir la mesa, acompañado de servilletas plegadas que coloqué junto a los cubiertos y también algunos paños para la bandeja de madera descascarillada que me iba a ayudar a trasladar las cosas desde la cocina.

En cuanto empecé a preparar la comida, quedó claro que cocinar para un vampiro no requiere demasiado tiempo. En realidad prácticamente no se cocina nada.

A las siete encendí las velas; la comida estaba lista, excepto alguna cosa que debía ser preparada a última hora, pero la única que todavía no estaba lista era yo misma.

Mi armario no tenía muchas cosas adecuadas para una «cena con un vampiro». No podía cenar con Matthew vestida con un traje o con el conjunto que había usado para encontrarme con el director. El número de pantalones negros y *leggings* que poseía era increíble, todos con diferentes grados de estiramiento, pero casi todos tenían manchas de té, de grasa de bote o de ambas cosas. Finalmente encontré un par de pantalones negros con un brillo que les daba un cierto aire de pijama, aunque con un poco más de estilo. Eso estaría bien.

Sólo con el sujetador y los pantalones puestos, corrí al baño y me cepillé el largo pelo de color paja que me llegaba a los hombros. No sólo estaba enredado en los extremos, sino que me desafiaba a domarlo levantándose desde el cuero cabelludo a cada contacto con el cepillo. Por un momento consideré la posibilidad de recurrir a las tenacillas, pero había muchas probabilidades de que únicamente me diera tiempo para arreglar la mitad de mi cabeza antes de que Matthew llegara. Él iba a llegar puntual. Yo sabía que sería así.

Mientras me cepillaba los dientes, decidí que lo único que se podía hacer con mi pelo era retirarlo de la cara y retorcerlo en un moño. Eso hacía que mi barbilla y mi nariz parecieran más puntiagudas, pero creaba la ilusión de unos pómulos más prominentes y me sacaba el pelo de los ojos, mi mayor atractivo en esos días. Lo recogí hacia atrás, y de inmediato un mechón cayó hacia delante. Suspiré.

La cara de mi madre me devolvía la mirada desde el espejo. Me acordé de lo

hermosa que estaba cuando se sentaba a cenar, y me preguntaba qué había hecho para conseguir que sus pálidas cejas y pestañas se destacaran y por qué su amplia boca tenía un aspecto tan diferente cuando nos sonreía a mí o a mi padre. El reloj eliminó cualquier idea de conseguir una transformación similar con los cosméticos. Tenía solamente tres minutos para encontrar una camisa, o le daría la bienvenida a Matthew Clairmont, distinguido catedrático de Bioquímica y Neurociencia, en ropa interior.

Mi armario ofrecía dos posibilidades: una negra y otra de color azul noche. La de color azul noche estaba limpia, un factor determinante a su favor. También tenía un extraño cuello que se levantaba por detrás y se abría hacia mi rostro antes de descender en un escote en forma de V. Las mangas eran relativamente cómodas y terminaban en puños largos y rígidos que flameaban ligeramente y terminaban hacia la mitad del dorso de mis manos. Estaba poniéndome unos pendientes de plata, cuando llamaron a la puerta.

Mi pecho se sobresaltó ante aquel sonido, como si aquélla fuera una cita. Eliminé semejante idea de inmediato.

Cuando abrí la puerta, allí estaba Matthew. Parecía el príncipe de un cuento de hadas, alto y erguido. Rompiendo sus costumbres habituales, vestía todo de negro, lo cual le daba un aspecto todavía más imponente… y más vampírico.

Esperó pacientemente en el descansillo de la escalera mientras lo examinaba.

—Pero ¿dónde están mis modales? Por favor, entra, Matthew. ¿Servirá esto como invitación formal para entrar a mi casa? —Yo había visto en la televisión o había leído en un libro que un vampiro no entra en una casa si no es invitado a hacerlo.

En sus labios se dibujó una sonrisa.

—Olvida la mayor parte de lo que crees saber sobre vampiros, Diana. Esto es simple cortesía. No hay una barrera mística entre una hermosa doncella y yo, una barrera que me mantiene aquí de pie. —Matthew tuvo que agacharse un poco para poder pasar por la puerta. Apoyaba en su brazo una botella de vino y traía unas rosas blancas—. Para ti —dijo con una mirada de aprobación y me dio las flores—. ¿Hay algún sitio donde pueda colocar esto hasta el postre? —Bajó la mirada hacia la botella.

—Gracias, adoro las rosas. ¿Qué tal el alféizar? —Sugerí, antes de irme a la cocina a buscar un florero. El otro florero que tenía había resultado ser una licorera, según el *sommelier* de la sala común de estudiantes avanzados, que había venido a mis habitaciones unas horas antes para enseñármelo cuando expresé mis dudas sobre la posibilidad de poseer semejante recipiente.

—Perfecto —respondió Matthew.

Cuando regresé con las flores, él estaba paseando por la habitación, mirando los grabados.

—¿Sabes una cosa? En realidad, estos grabados no son malos —comentó cuando

puse el florero sobre una desvencijada cómoda napoleónica.

—Me temo que son en su mayoría escenas de caza.

—Detalle que no había escapado a mi atención —dijo Matthew, con un gesto divertido. Me ruboricé avergonzada.

—¿Tienes hambre? —Me había olvidado por completo de los aperitivos que habitualmente se supone que uno debe servir antes de la cena.

—Podría comer —respondió el vampiro con una gran sonrisa.

A salvo de vuelta en la cocina, saqué dos platos del frigorífico. El primero consistía en salmón ahumado salpicado con eneldo fresco y un puñadito de alcaparras y pepinillos en vinagre dispuestos artísticamente a un lado, que podían ser interpretados como adorno en caso de que los vampiros no comieran vegetales.

Cuando volví con la comida, Matthew esperaba junto a la silla más alejada de la cocina. El vino descansaba en un artefacto plateado alto que yo había estado usando para guardar monedas, pero que, según me explicó el mismo asistente de la sala común de los estudiantes avanzados, en realidad servía para sostener una botella de vino. Matthew se sentó mientras yo descorchaba una botella de Riesling alemán. Serví dos copas sin derramar una gota y me acerqué a él.

Mi invitado estaba absorto, concentrado, sosteniendo el Riesling delante de su larga nariz aguileña. Esperé a que terminara lo que estaba haciendo, preguntándome cuántos receptores sensoriales tenían los vampiros en la nariz en comparación con los de los perros.

A decir verdad, yo no sabía nada sobre los vampiros.

—Muy bueno —dijo finalmente, abriendo los ojos y dirigiéndome una sonrisa.

—No soy responsable del vino —me apresuré a decir, desplegando la servilleta en mi regazo—. Lo eligió el empleado de la tienda de vinos, de modo que si no es bueno, no es culpa mía.

—Muy bueno —repitió—, y el salmón parece estupendo.

Matthew cogió su cuchillo y su tenedor y cortó un trozo de pescado. Mientras yo lo miraba disimuladamente para ver si de verdad podía comerlo, piqué una alcaparra y un poco de salmón con mi tenedor.

—No comes como una estadounidense —comentó, después de tomar un sorbo de vino.

—No —confirmé, mirando el tenedor en mi mano izquierda y el cuchillo en mi mano derecha—. Supongo que he pasado demasiado tiempo en Inglaterra. ¿De verdad puedes comer esto? —Espeté, sin poder contenerme más.

Se rió.

—Sí. La verdad es que me gusta el salmón ahumado.

—Pero no comes de todo —insistí, dirigiendo la atención otra vez a mi plato. —No —admitió—, pero puedo comer un poco de la mayoría de las comidas. Aunque

para mí nada tiene demasiado gusto, a menos que esté crudo.

—Eso es raro, considerando que los vampiros tienen sentidos tan desarrollados. Yo pensaba que todas las comidas tendrían excelentes sabores. —Mi salmón tenía el gusto del agua fresca y fría.

Tomó su copa de vino y observó el transparente líquido dorado.

—El vino tiene un sabor estupendo.

La comida le sabe mal a un vampiro una vez que ha sido cocinada.

Pensé en el menú con gran alivio.

—Si la comida no tiene buen sabor, ¿por qué sigues invitándome a salir a comer? —pregunté.

Matthew recorrió con sus ojos rápidamente mis mejillas, mis ojos y se detuvo en mi boca.

—Es más fácil estar contigo cuando estás comiendo. El olor de la comida cocinada me produce náuseas.

Lo miré parpadeando, todavía confundida.

—Mientras siento náuseas, no tengo hambre —explicó Matthew, con exasperación en su voz.

—¡Ah! —Las piezas encajaron. Yo ya sabía que le gustaba mi olor. Aparentemente eso le daba hambre—. Ah. —Me ruboricé.

—Creí que tú ya conocías esta cuestión —dijo con más delicadeza—, y que ésa era la razón por la que me invitaste a cenar.

Sacudí la cabeza, cogiendo otro bocado de salmón.

—Probablemente sé menos sobre vampiros que la mayoría de los humanos. Y lo poco que mi tía Sarah me enseñó debe ser considerado como algo muy dudoso, si tenemos en cuenta todos sus prejuicios. Ella tenía ideas muy claras, por ejemplo, acerca de tu dieta. Decía que los vampiros sólo se alimentan de sangre porque es lo único que necesitan para sobrevivir. Pero eso no es verdad, ¿no?

Matthew entrecerró los ojos, y su tono fue repentinamente frío:

—No. Tú necesitas agua para sobrevivir. ¿Eso es lo único que bebes?

—Seguramente no debería hablarte de estas cosas, ¿verdad? —Mis preguntas estaban empezando a molestarle. Nerviosamente, enrosqué mis piernas en las patas de la silla y me di cuenta de que no había llegado a ponerme los zapatos. Había recibido a mi invitado descalza.

—No puedes evitar ser curiosa, supongo —respondió Matthew después de pensar un rato en mi pregunta—. Bebo vino y puedo comer algo…, alimentos preferentemente crudos, o comidas que estén frías, para que no tengan tanto olor.

—Pero la comida y el vino no te nutren —supuse—. Tú te alimentas de sangre…, sangre de cualquier clase. —Él se estremeció—. Y no tienes que esperar fuera hasta que te invite a entrar a mi casa. ¿En qué otra cosa me equivoco respecto a los

vampiros?

El rostro de Matthew adoptó una expresión de sufrida paciencia. Se echó hacia atrás en su silla, llevando la copa de vino consigo. Me estiré un poco y extendí la mano por encima de la mesa para servirle más. Si iba a someterlo a un interrogatorio, lo menos que podía hacer era darle buen vino. Inclinada sobre las velas, casi prendo fuego a mi blusa. Matthew agarró la botella de vino.

—Deja que lo haga yo —sugirió. Se sirvió un poco más y llenó mi copa también antes de responder—. Casi todo lo que sabes sobre mí…, sobre los vampiros…, es lo que los humanos han soñado. Estas leyendas hicieron posible que los humanos vivieran con nosotros. Las criaturas los asustan. Y no estoy hablando sólo de los vampiros.

—Sombreros negros, murciélagos, escobas. —Ésa era la infame trinidad de la tradición de brujería, que adquiría vida de forma espectacular y ridícula todos los años en Halloween.

—Exactamente. —Matthew asintió con la cabeza—. En cada una de esas historias hay una parte de verdad, algo que asustó a los humanos y los ayudó a negar que nosotros fuéramos reales. La característica más fuerte que distingue a los humanos es su capacidad de negación. Yo tengo fuerza y una vida larga, tú tienes habilidades sobrenaturales, los daimones tienen una creatividad impresionante. Los humanos pueden convencerse a sí mismos de que lo de arriba está abajo y de que lo negro es blanco. Ése es su don especial.

—¿Qué parte de verdad hay en la creencia de que los vampiros no entran en una casa sin que haya una invitación previa? —Después de haber indagado acerca de su dieta, me concentré en los protocolos de entrada a los sitios.

—Los humanos están con nosotros todo el tiempo. Simplemente se niegan a reconocer nuestra existencia porque no tenemos sentido dentro de su limitado mundo. Una vez que nos dejen entrar, que nos vean tal como realmente somos, nos quedaremos, como alguien que invitas a tu casa y luego te resulta difícil echarlo. Ya no podrían ignorarnos.

—Entonces es como las historias sobre la luz del sol —dije lentamente—. No es que vosotros no podáis estar a la luz del sol, sino que cuando eso ocurre es más difícil que los humanos os ignoren. En lugar de admitir que los vampiros se mueven entre ellos, los humanos se dicen a sí mismos que no podéis sobrevivir a la luz.

Matthew asintió con la cabeza de nuevo.

—De todos modos, se las arreglan para ignorarnos, por supuesto. No podemos quedarnos dentro hasta que oscurezca. Pero para los humanos tiene más sentido imaginarnos después del crepúsculo… y eso vale para ti también. Deberías verte cuando entras en una habitación o paseas por la calle.

Pensé en mi aspecto habitual y lo miré, dudosa. Matthew se rió entre dientes.

—No me crees, lo sé. Pero es verdad. Cuando los humanos ven a una criatura en pleno día, están incómodos. Somos demasiado para ellos…, demasiado altos, demasiado fuertes, demasiado seguros de nosotros mismos, demasiado creativos, demasiado poderosos, demasiado diferentes. Se esfuerzan por meter nuestras realidades en sus estrechos casilleros mentales durante el día. Por la noche les resulta un poco más fácil descartarnos simplemente como seres raros.

Me levanté y retiré los platos de pescado, contenta al ver que Matthew se había comido todo, menos la guarnición. Se sirvió un poco más del vino alemán en su copa mientras yo sacaba dos platos del frigorífico. En cada uno había unas lonchas de venado crudo cuidadosamente colocadas, tan finas que el carnicero me había asegurado que se podía leer el *Oxford Mail* a través de ellas. A los vampiros no les gustaban las verduras. A ver qué pasaba con los tubérculos y el queso. Puse algunas remolachas en el centro de cada plato y rallé parmesano encima.

Coloqué una licorera de fondo ancho llena de vino tinto en el centro de la mesa, que atrajo rápidamente la atención de Matthew.

—¿Puedo? —preguntó, indudablemente preocupado de que yo pudiera quemar la residencia. Cogió el recipiente de cristal liso, sirvió un poco de vino en nuestras copas y luego se lo llevó a la nariz.

—Côte-Rôtie —anunció con satisfacción—. Uno de mis favoritos.

Miré hacia el recipiente de cristal.

—¿Puedes saber cuál es sólo con olerlo?

Se rió.

—Algunas historias de vampiros son verdaderas. Tengo un excepcional sentido del olfato… y también son excelentes mi vista y mi oído. Pero incluso un humano podría distinguir que éste es un Côte-Rôtie. —Cerró los ojos otra vez—. ¿Es de la cosecha de 2003?

Abrí la boca de golpe.

—¡Sí! —Esto era mejor que ver un concurso. En la etiqueta había una pequeña corona—. ¿Tu nariz te dice de dónde procede?

—Sí, pero eso es porque he paseado por las viñas donde las uvas fueron cultivadas —confesó tímidamente, como si lo hubiera sorprendido haciendo trampas.

—¿Puedes percibir el olor del campo en esto? —Metí mi nariz en la copa, aliviada al notar que el olor del estiércol de caballo ya no se percibía.

—A veces creo que puedo recordar todo lo que he olido alguna vez. Probablemente sea sólo vanidad —dijo con pesar—, pero los olores te traen a la mente los recuerdos intensos. Yo recuerdo la primera vez que olí chocolate como si fuera ayer.

—¿En serio? —Adelanté mi cuerpo en la silla.

—Fue en 1615. La guerra no había estallado aún, y el rey francés se había casado

con una princesa española que a nadie le gustaba, y menos al rey. —Cuando sonreí, me devolvió la sonrisa, aunque sus ojos estaban fijos en alguna imagen distante—. Ella trajo chocolate a París. Era tan amargo como el pecado y también tan decadente. Bebíamos directamente el cacao, mezclado con agua y sin azúcar.

Me reí.

—Parece horrible. Afortunadamente, a alguien se le ocurrió que el chocolate merecía ser dulce.

—Fue a un humano, me temo. A los vampiros les gustaba amargo y áspero.

Cogimos nuestros tenedores y empezamos con el venado.

—Más comida escocesa —dije, señalando la carne con el cuchillo.

Matthew masticó un poco.

—Venado rojo. Un ciervo joven de las Highlands, por el sabor.

Sacudí la cabeza asombrada.

—Como te he dicho —continuó—, algunas de esas historias son verdaderas.

—¿Puedes volar? —le pregunté, sabiendo ya la respuesta.

Dejó escapar un bufido.

—Por supuesto que no. Eso se lo dejamos a las brujas, ya que vosotras podéis controlar los elementos. Pero nosotros somos fuertes y rápidos. Los vampiros podemos correr y saltar, lo cual hace que los humanos crean que podemos volar. Somos eficientes también.

—¿Eficientes? —Dejé mi tenedor, no muy segura de que el venado crudo fuera de mi agrado.

—Nuestros cuerpos no desperdician demasiada energía. Tenemos mucha que utilizamos en nuestros movimientos cuando tenemos que hacerlos.

—Vosotros no respiráis mucho —dije, recordando la clase de yoga y tomando un sorbo de vino.

—No —confirmó Matthew—. Nuestros corazones no laten demasiado rápido. No necesitamos comer con demasiada frecuencia. Comemos alimentos fríos, lo cual disminuye la velocidad de la mayoría de los procesos corporales y ayuda a explicar por qué vivimos tanto tiempo.

—¡La historia del ataúd! No dormís mucho, pero cuando lo hacéis es como si estuvierais muertos.

Esbozó una amplia sonrisa.

—Veo que vas aprendiendo.

Matthew había vaciado su plato, menos las remolachas, y yo había dejado el venado en el mío. Levanté el segundo plato y lo invité a que sirviera más vino.

El plato principal era la única parte de la comida que requería calor, y no mucho. Ya tenía hecha una cosa un tanto rara, parecida a un bizcocho de castañas molidas. Lo único que me faltaba era rehogar un poco de conejo. La lista de ingredientes incluía

romero, ajo y apio. Decidí renunciar al ajo. Con su sentido del olfato, el ajo iba a dominar sobre todo lo demás… Había algo de verdad en esa leyenda de vampiros. El apio también fue descartado. Decididamente a los vampiros no les gustaban las verduras. Las especias no parecían ser un problema, así que conservé el romero y molí un poco de pimienta sobre el conejo mientras se rehogaba en la cacerola.

Dejé la ración de conejo de Matthew a medio cocer y guisé el mío un poco más de lo requerido, con la esperanza de que lograría quitar de mi boca el sabor del venado crudo. Después de montar todo en artística superposición, lo llevé a la mesa.

—Me temo que esto está cocinado, pero sólo un poco.

—No estarás haciéndome una especie de prueba, ¿verdad? —La cara de Matthew se arrugó cuando frunció el ceño.

—No, no —me apresuré a responder—. Pero no estoy acostumbrada a recibir vampiros a la hora de la cena.

—Me alegro de oír eso —murmuró. Olfateó el conejo—. Huele muy bien. —Cuando se inclinó sobre su plato, el calor del conejo amplificó su propio olor distintivo a canela y clavo. Matthew cortó con el tenedor un trozo del bizcocho de castañas. A medida que fue acercándose a su boca, sus ojos se abrieron—. ¿Castañas?

—Sólo castañas, aceite de oliva y una pizca de levadura.

—Y sal, agua, romero y pimienta —completó tranquilamente, comiendo otro bocado de bizcocho.

—Dadas tus restricciones alimenticias, es bueno que puedas descubrir exactamente qué es lo que te llevas a la boca —mascullé, bromeando.

A medida que íbamos acabando de comer, me fui relajando. Charlamos sobre Oxford mientras yo llevaba los platos y traía queso, frutas del bosque y castañas asadas a la mesa.

—Sírvete tú mismo —dije mientras ponía un plato vacío delante de él. Matthew disfrutó el aroma de las fresas diminutas y suspiró con deleite al coger una castaña.

—Éstas realmente sí son mejores cuando están calientes —observó. Rompió el duro fruto fácilmente con los dedos y sacó rápidamente el interior fuera de la cáscara. El cascanueces que colgaba del borde del tazón era evidentemente un instrumento opcional habiendo un vampiro a la mesa.

—¿A qué huelo yo? —pregunté, jugueteando con mi copa de vino.

Por un momento pareció que no iba a responder. El silencio se prolongó bastante antes de que me mirara con sus melancólicos ojos. Bajó los párpados y aspiró profundamente.

—Tú hueles a savia de sauce. Y manzanilla aplastada. —Olfateó otra vez y mostró una sonrisa leve y triste—. Hay también madreselvas y hojas de roble caídas —dijo en voz baja, suspirando—, junto con avellano en flor y los primeros narcisos de la primavera. Y cosas antiguas…, malva, incienso, milenrama. Los olores que

creía haber olvidado.

Abrió los ojos lentamente y miré hacia sus profundidades grises, temerosa de respirar y romper el hechizo que sus palabras habían provocado.

—¿Y yo? —preguntó, sosteniéndome la mirada.

—Canela. —Mi voz sonaba vacilante—. Y clavo. A veces creo que hueles a claveles…, pero no de los que se venden en las floristerías, sino a esos antiguos que crecen en los jardines de las casas de campo inglesas.

—Clavo y claveles reventones —dijo Matthew, arrugando divertido los extremos de sus ojos—. No está nada mal para una bruja.

Estiré la mano en busca de una castaña. Ahuequé las palmas para calentarme las manos pasándola de una a la otra y sentí que el calor subía por mis brazos repentinamente fríos.

Matthew se echó hacia atrás en su silla otra vez, examinando mi cara con pequeños movimientos de sus ojos.

—¿Cómo decidiste qué servir para la cena de esta noche? —Señaló las frutas del bosque y los frutos secos que quedaban sobre la mesa.

—Bien, no fue cosa de magia. El Departamento de Zoología ayudó mucho —expliqué.

Se mostró sorprendido, luego estalló en carcajadas.

—¿Indagaste en el Departamento de Zoología lo que me ibas a servir de cena?

—No exactamente —dije a la defensiva—. Había recetas de comida cruda en Internet, pero no sabía qué hacer después de comprar la carne. Me dijeron qué es lo que comen los lobos grises.

Matthew sacudió la cabeza, pero todavía seguía sonriendo, y mi actitud defensiva desapareció.

—Gracias —replicó sencillamente—. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía una comida.

—No hay de qué. El vino fue la peor parte.

Los ojos de Matthew se iluminaron.

—Ya que hablamos de vino —dijo poniéndose de pie y doblando la servilleta—, he traído algo para que tomáramos después de la cena.

Me pidió que trajera dos copas limpias de la cocina. Una botella antigua y ligeramente torcida estaba sobre la mesa cuando volví. Tenía una descolorida etiqueta color crema con letras simples y una corona. Matthew estaba metiendo con sumo cuidado el sacacorchos en un corcho que estaba negro a causa de su antigüedad y amenazaba con desmenuzarse en cualquier momento.

Sus fosas nasales se dilataron al sacarlo y su rostro adquirió la expresión de un gato que ya tenía asegurada la posesión de un delicioso canario. El vino que salió de la botella era espeso como el almíbar y su color dorado lanzaba destellos a la luz de

las velas.

—Huélelo —ordenó, entregándome una de las copas— y dime qué te parece.

Olí y abrí la boca.

—Huele a caramelo y frutas del bosque —dije, preguntándome cómo algo tan amarillo podía oler a frutos rojos.

Matthew me miró atentamente, muy interesado en mis reacciones.

—Toma un sorbo —sugirió.

Los sabores dulces del vino estallaron en mi boca. Albaricoques y natillas de vainilla hechas por las señoras de la cocina rodaron sobre mi lengua, y mi boca siguió impregnada con ellos hasta mucho después de haber tragado. Era como beber magia.

—¿Qué es esto? —dije finalmente, cuando el gusto del vino hubo desaparecido.

—Fue hecho con uvas recogidas hace mucho, mucho tiempo. Aquel verano había sido caluroso y soleado, y a los agricultores les preocupaba que vinieran las lluvias y arruinaran la cosecha. Pero el tiempo se mantuvo estable y cosecharon las uvas justo antes de que cambiara.

—Uno puede saborear el sol —dije, ganándome otra hermosa sonrisa.

—Durante la cosecha un cometa brilló sobre las viñas. Había sido visible a través de los telescopios de los astrónomos durante varios meses, pero en octubre era tan brillante que casi se podía leer con su luz. Los trabajadores lo vieron como una señal de que las uvas estaban benditas.

—¿Eso fue en 1986? ¿Era el cometa Halley?

Matthew sacudió la cabeza.

—No. Fue en 1811. —Miré asombrada aquel vino de casi doscientos años en mi copa, temiendo que pudiera evaporarse ante mis ojos—. El cometa Halley pasó en 1759 y en 1835. —Dijo «Hawley» al pronunciar ese nombre.

—¿Dónde lo conseguiste? —La tienda de vinos que estaba junto a la estación del tren no tenía un vino como ése.

—Se lo compré a Antoine-Marie en cuanto me dijo que iba a ser extraordinario —explicó divertido.

Giré la botella y miré la etiqueta. Château Yquem. Incluso yo había oído hablar de él.

—Y lo has conservado desde entonces —dije. Él había bebido chocolate en París en 1615, había recibido un permiso de construcción de Enrique VIII en 1536… y por supuesto había comprado vino en 1811. Además estaba la antigua *ampulla* que llevaba alrededor del cuello, de la que podía verse el cordón.

—Matthew —dije lentamente, mirándolo en busca de cualquier señal de advertencia previa a su enfado—, ¿qué edad tienes?

Su boca se endureció, pero mantuvo la voz tranquila:

—Soy más viejo de lo que parezco.

—Lo sé —dije, incapaz de controlar mi impaciencia.

—¿Por qué es importante mi edad?

—Soy historiadora. Si alguien me dice que recuerda cuándo fue introducido el chocolate en Francia o un cometa que pasa por el cielo en 1811, es difícil no sentir curiosidad por los demás acontecimientos de los que podría haber sido testigo. Estabas vivo en 1536…, he estado en la casa que hiciste construir. ¿Conociste a Maquiavelo? ¿Sobreviviste a la peste negra? ¿Estabas en la universidad de París cuando Abelardo enseñaba allí?

Permaneció en silencio. Me empezó a picar el pelo en la nuca.

—Tu símbolo de peregrino me dice que visitaste Tierra Santa. ¿Fuiste en una cruzada? ¿Viste el cometa Halley cuando pasó sobre Normandía en 1066?

Siguió sin decir nada.

—¿Asististe a la coronación de Carlomagno? ¿Sobreviviste a la caída de Cartago? ¿Ayudaste a evitar que Atila entrara en Roma?

Matthew alzó su dedo índice derecho.

—¿Qué caída de Cartago?

—¡Dímelo tú!

—Maldito seas, Hamish Osborne —farfulló mientras cerraba su mano sobre el mantel. Por segunda vez en dos días, Matthew luchaba contra lo que tenía que decir. Fijó la mirada en la vela, pasó lentamente el dedo a través de la llama. Su carne ardió produciendo rojas ampollas de furia, luego se suavizó hasta llegar un instante después a una perfección blanca, fría, sin que la más mínima chispa de dolor fuera evidente en su rostro.

—Creo que mi cuerpo tiene casi treinta y siete años de edad. Nací en los tiempos en que Clodoveo se convirtió al cristianismo. Mis padres recordaban eso; si no hubiera sido así, yo no tendría la menor idea. En esa época no celebrábamos los cumpleaños. Es más simple pensar que era el año 500 y listo. —Levantó la vista hacia mí, brevemente, y volvió su atención hacia las velas—. Renací como vampiro en el año 537 y, con excepción de Atila, que vivió antes de mis tiempos, tú has nombrado la mayor parte de los puntos altos y bajos del milenio entre entonces y el año en que puse la piedra angular de mi casa en Woodstock. Dado que eres historiadora, me siento obligado a decirte que Maquiavelo no era de ninguna manera tan impresionante como todos vosotros pensáis. Era simplemente un político florentino, y no de los mejores. —Una nota de desánimo se había deslizado en su voz.

Matthew Clairmont tenía más de mil quinientos años.

—No debería entrometerme… —dije a modo de disculpa, sin saber adónde mirar y desconcertada por haber llegado a pensar que el hecho de saber los acontecimientos históricos que este vampiro había presenciado me iba a ayudar a conocerlo mejor.

Una frase de Ben Jonson flotaba en mi mente. Parecía explicar a Matthew de una manera que la coronación de Carlomagno no podía—. «¡Él no pertenecía a una era, sino a todos los tiempos!» —murmuré.

—«Conversando contigo me olvido de todo el tiempo» —respondió, avanzando en la literatura del siglo XVII y citando a su vez a Milton.

Nos miramos uno al otro todo el tiempo que pudimos soportarlo, forjando otro débil hechizo entre nosotros. Yo lo rompí:

—¿Qué estabas haciendo en el otoño de 1859?

Su cara se ensombreció.

—¿Qué te ha estado contando Peter Knox?

—Que seguramente no estabas dispuesto a compartir tus secretos con una bruja. —Mi voz parecía más serena de lo que yo me sentía.

—Ah, ¿sí? —dijo Matthew en voz baja, mostrando menos enojo del que evidentemente sentía. Podía darme cuenta por la tensión en su mandíbula y sus hombros—. En septiembre de 1859 estaba revisando manuscritos en el Museo Ashmolean.

—¿Por qué, Matthew? —«Por favor, dímelo», lo insté en silencio, cruzando los dedos en mi regazo. Lo había provocado para que revelara la primera parte de su secreto, pero quería que él me diera el resto libremente. «Nada de juegos, nada de acertijos. Sólo dímelo».

—Hacía poco que había terminado de leer el manuscrito de un libro que estaba a punto de publicarse. Había sido escrito por un naturalista de Cambridge. —Matthew dejó su copa.

Mi mano voló hasta mi boca cuando me di cuenta del significado de la fecha. *El origen*. Como el gran trabajo de física de Newton, los *Principia*, ése era un libro que no requería una cita completa. Cualquiera que hubiera aprobado Biología en el instituto conocía *El origen de las especies*, de Darwin.

—En un artículo, el verano anterior, Darwin presentó su teoría de la selección natural, pero el libro era muy diferente. Era maravillosa la manera en que mostraba cambios fácilmente observables en la naturaleza y lo empujaba lentamente a uno a aceptar algo tan revolucionario.

—Pero la alquimia no tiene nada que ver con la evolución. —Cogí la botella y me serví un poco más del precioso vino, menos preocupada por que pudiera desvanecerse que por la posibilidad de perder la compostura.

—Lamarck creía que cada especie descendía de antepasados diferentes y se desarrollaba por separado hacia formas superiores del ser. Eso es excepcionalmente similar a lo que tus alquimistas creían…, que la piedra filosofal era el esquivo producto final de una transmutación natural de metales de inferior nivel en metales más nobles, como cobre, plata y oro. —Matthew estiró la mano hacia el vino y yo se

lo acerqué.

—Pero Darwin no estaba de acuerdo con Lamarck, a pesar de haber utilizado la misma palabra, «transmutación», en sus primeras discusiones sobre la evolución.

—Él no estaba de acuerdo con la transmutación lineal, es cierto. Pero la teoría de la selección natural de Darwin todavía puede ser vista como una serie de transmutaciones encadenadas.

Tal vez Matthew tenía razón y la magia estaba realmente en todo. Estaba en la teoría de la gravedad de Newton, y podría encontrarse también en la teoría de la evolución de Darwin.

—Hay manuscritos de alquimia en todo el mundo. —Yo trataba de relacionar todos los detalles a la vez para intentar comprender la imagen más amplia—. ¿Por qué los manuscritos de Ashmole?

—Cuando leí a Darwin y vi que él parecía explorar la teoría alquímica de la transmutación a través de la biología, recordé historias acerca de un misterioso libro que explicaba el origen de nuestras tres especies: los daimones, las brujas y los vampiros. Yo siempre las había desechado como algo fantástico. —Tomó un sorbo de vino—. La mayoría indicaba que la historia estaba oculta a los ojos humanos en un libro de alquimia. La publicación de *El origen* me impulsó a buscarlo, y si ese libro existía, Elias Ashmole lo habría comprado. Él tenía una asombrosa habilidad para encontrar manuscritos raros.

—¿Lo estabas buscando aquí, en Oxford, hace ciento cincuenta años?

—Sí —confirmó Matthew—. Y ciento cincuenta años antes de que te entregaran el Ashmole 782 me dijeron que estaba perdido.

Mi corazón latió más rápido y él me miró preocupado.

—Continúa —dije, haciéndole señas para que no se detuviera.

—Desde entonces he estado tratando de encontrarlo. Todos los demás manuscritos de Ashmole estaban ahí, y ninguno parecía prometedor. He estudiado manuscritos en otras bibliotecas…, la Herzog August Bibliothek en Alemania, la Bibliothêque Nationale en Francia, la Biblioteca Medici en Florencia, el Vaticano, la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

Mis ojos parpadearon al pensar en un vampiro recorriendo los pasillos del Vaticano.

—El único manuscrito que no he visto es el Ashmole 782. Por un simple proceso de eliminación, ése debe de ser el manuscrito que contiene nuestra historia…, si todavía existe.

—Tú has estudiado más manuscritos de alquimia que yo.

—Quizás —admitió Matthew—, pero eso no quiere decir que los comprenda tan bien como tú. Lo que todos los manuscritos que he visto tienen en común, sin embargo, es una confianza total en que el alquimista puede ayudar a una sustancia a

transformarse en otra, creando nuevas formas de vida.

—Eso se parece a la evolución —dije inexpresivamente.

—Sí —aceptó Matthew en voz baja—, se parece mucho.

Nos trasladamos a los sofás, y yo me acurruqué hecha un ovillo en el fondo de uno, mientras Matthew se recostó en un lado de otro, con sus largas piernas estiradas delante de él. Afortunadamente, él había traído el vino. Cuando nos pusimos cómodos, fue el momento de desvelar más información sincera entre nosotros.

—Conocí a una daimón, Agatha Wilson, en Blackwell's, la semana pasada. Según Internet, es una diseñadora famosa. Agatha me dijo que los daimones creen que el Ashmole 782 es la historia de todos los orígenes…, incluso del de los humanos. Peter Knox me contó una historia diferente. Me dijo que era el primer grimorio, el origen del poder de todas las brujas. Knox cree que el manuscrito contiene el secreto de la inmortalidad —afirmé, mirando directamente a Matthew— y el de cómo destruir a los vampiros. He escuchado las versiones de los daimones y de las brujas de esta historia…, ahora quiero la tuya.

—Los vampiros creen que el manuscrito perdido explica nuestra longevidad y nuestra fuerza —aclaró—. En el pasado, nuestro miedo era que este secreto, si caía en manos de las brujas, conduciría a nuestro exterminio. Algunos temen que la magia tenga algo que ver en nuestra creación y que las brujas pudieran encontrar una manera de alterar esa magia y destruirnos. Parece que esa parte de la leyenda podría ser cierta. —Exhaló sin hacer ruido, con aspecto de estar preocupado.

—Todavía no comprendo por qué estás tan seguro de que ese libro de los orígenes, contenga lo que contenga, está escondido dentro de un libro de alquimia.

—Un libro de alquimia podría ocultar estos secretos a la vista de todos, exactamente de la misma manera que Peter Knox esconde su identidad como mago bajo el disfraz de ser un experto en ciencias ocultas. Creo que fueron los vampiros los que se enteraron de que el libro era de alquimia. Es algo que encaja de manera tan perfecta que difícilmente puede ser una coincidencia. Los alquimistas humanos parece que entendieron lo que es ser un vampiro cuando escribieron sobre la piedra filosofal. Convertirnos en vampiros nos vuelve casi inmortales, nos hace ricos a la mayoría de nosotros y nos da la oportunidad de acumular conocimientos y aprendizajes inimaginables.

—Ésa es la piedra filosofal, precisamente. —Las similitudes entre esta sustancia mítica y la criatura sentada delante de mí eran sorprendentes… y escalofriantes—. Pero, de todos modos, es difícil imaginar que un libro semejante realmente exista. En primer lugar, todas las historias se contradicen entre sí. ¿Y quién sería tan estúpido como para poner tanta información en un solo sitio?

—Como ocurre con las leyendas sobre vampiros y brujas, por lo menos hay algo de verdad en todas las historias acerca del manuscrito. Sólo tenemos que descubrir

qué es ese algo y quitar el resto. Entonces empezaremos a comprender.

El rostro de Matthew no mostraba señal alguna de engaños o de evasivas. Alentada por su uso de la primera persona del plural, «nosotros», decidí que se había ganado más información.

—Tienes razón acerca del Ashmole 782. El libro que has estado buscando está dentro de él.

—Sigue —dijo Matthew con suavidad, tratando de controlar su curiosidad.

—Aparentemente es un libro de alquimia. Las imágenes tienen errores, o equivocaciones deliberadas…, todavía no puedo decidir cuál de las dos cosas. —Me mordí el labio al concentrarme, y sus ojos se fijaron en el lugar donde mis dientes habían sacado una gotita de sangre a la superficie.

—¿Qué quieres decir con eso de que «aparentemente es un libro de alquimia»? —Matthew se llevó la copa a la nariz.

—Se trata de un palimpsesto, pero la tinta no ha sido lavada. La magia esconde el texto. Casi no pude ver las palabras, pues están muy bien escondidas. Pero cuando pasé una de las páginas, la luz estaba en el ángulo adecuado y pude ver líneas de escritura que se movían por debajo.

—¿Pudiste leerlas?

—No. —Sacudí la cabeza—. Si el Ashmole 782 contiene información acerca de quiénes somos, cómo llegamos a ser y cómo podríamos ser destruidos, está sepultada muy profundamente.

—Y está bien que siga sepultada —dijo Matthew sombríamente—, por lo menos por ahora. Pero se acerca rápidamente el tiempo en que vamos a necesitar ese libro.

—¿Por qué? ¿Qué lo hace tan urgente?

—Prefiero mostrártelo, antes que decírtelo. ¿Puedes venir a mi laboratorio mañana?

Asentí con la cabeza, perpleja.

—Podemos ir allí después de comer —sugirió, poniéndose de pie y estirándose. Habíamos vaciado la botella de vino durante esta charla de secretos y orígenes—. Es tarde. Debo irme.

Matthew agarró el pomo de la puerta y lo giró. Se oyó un chasquido y el pestillo se abrió con facilidad.

Frunció el ceño.

—¿Has tenido algún problema con la cerradura?

—No —respondí, moviendo el mecanismo hacia dentro y hacia fuera—. No, que yo sepa.

—Deberías mandar que vengan a revisarlo —sugirió, todavía moviendo la cerradura—. Podría quedarse abierto si no lo haces.

Cuando levanté la vista de la puerta, vi que una emoción que no podría identificar

le cruzaba la cara.

—Lamento que la noche haya terminado de manera tan seria —dijo suavemente—. De verdad, he pasado una velada encantadora.

—¿La cena te ha gustado realmente? —quise saber. Habíamos hablado de los secretos del universo, pero a mí me preocupaba más su estómago.

—Ha estado más que bien —me aseguró.

Mi cara se relajó ante sus bellas y antiguas facciones. ¿Cómo podía la gente pasar junto a él en la calle y no quedarse con la boca abierta? Antes de que pudiera detenerme, los dedos de mis pies estaban agarrando la vieja alfombra y me estaba alzando para darle rápidamente un beso en la mejilla. Sentí su piel suave y fría como la seda, y noté mis labios inusitadamente cálidos sobre su carne.

«¿Por qué has hecho eso?», me pregunté a mí misma, bajando de las puntas de mis pies con la vista fija en el pomo para esconder mi confusión.

Todo terminó en pocos segundos, pero como había comprobado después de usar la magia para bajar *Notas e Investigaciones* del estante de la Bodleiana, unos pocos segundos era lo único que se necesitaba para cambiarle la vida a uno.

Matthew me observó. Como no mostré ninguna señal de histeria ni tendencia a ella, se inclinó hacia mí y me besó lentamente, con lengua, a la manera francesa. Su cara rozó la mía y él bebió mi olor de savia de sauce y madreselva. Cuando se enderezó, los ojos de Matthew parecían más nublados que de costumbre.

—Buenas noches, Diana —se despidió con una sonrisa.

Unos instantes después, apoyada contra la puerta cerrada, vi que el número uno brillaba intermitentemente en mi contestador automático. Afortunadamente, el volumen de la máquina estaba apagado.

La tía Sarah quería hacer la misma pregunta que yo me había hecho a mí misma.

Simplemente no quería responder.

Capítulo 13

Matthew pasó a recogerme después de comer. Era la única criatura entre los lectores humanos del ala Selden. Mientras me acompañaba por debajo de las vigas pintadas y decoradas, me interrogó sobre mi trabajo y sobre lo que estaba leyendo.

Oxford se había vuelto decididamente fría y gris, y alcé el cuello de mi abrigo para protegerme, temblando en medio del aire húmedo. Matthew no parecía sentirlo y ni siquiera llevaba abrigo. El clima sombrío lo hacía parecer menos llamativo, pero no era suficiente como para que pasara completamente inadvertido. La gente se daba la vuelta y lo miraba en el patio central de la Bodleiana, y luego sacudían la cabeza.

—Atraes la atención —le dije.

—Me olvidé de ponerme el abrigo. Pero no me miran a mí, sino a ti. —Me dirigió una sonrisa deslumbrante. Una mujer se quedó boquiabierta y le dio un codazo a su amiga, inclinando la cabeza en dirección a Matthew.

Me reí.

—Estás muy equivocado.

Nos dirigimos hacia el Keble College y a los parques de la universidad, para girar a la derecha en la Rhodes House antes de entrar en el laberinto de edificios modernos dedicados al laboratorio y a los espacios para los ordenadores. Construidos a la sombra del Museo de Historia Natural, aquella enorme catedral victoriana de ladrillo rojo dedicada a la ciencia era un monumento de arquitectura contemporánea funcional y carente de imaginación.

Matthew señaló hacia nuestro objetivo —un edificio insulso de planta baja— y buscó en su bolsillo una tarjeta de identidad de plástico. La pasó por el lector en la puerta y marcó una serie de claves con dos secuencias diferentes. Cuando la puerta se abrió, me hizo pasar al puesto del vigilante, en donde me registró como invitada y me entregó un pase para que lo colgara en mi jersey.

—Parecen demasiadas medidas de seguridad para un laboratorio de la universidad — comenté jugueteando con el pase.

La seguridad fue aumentando a medida que recorríamos los metros de corredores que de alguna manera habían logrado construir detrás de la modesta fachada. Al final de un pasillo, Matthew sacó del bolsillo otra tarjeta diferente, la pasó y puso su dedo índice sobre un panel de cristal junto a una puerta. Del panel salió un zumbido y apareció un teclado táctil en su superficie. Matthew pulsó con rapidez las teclas numeradas. La puerta hizo clic y se abrió en silencio y se notó un olor limpio y ligeramente aséptico, que recordaba a los hospitales y a las cocinas profesionales

vacías. Venía de espacios continuos de azulejos, acero inoxidable y equipos electrónicos.

Una serie de habitáculos con paredes de cristal se extendía delante de nosotros. En uno había una mesa redonda para reuniones, un monitor que era un monolito negro y algunos ordenadores. En otro había un viejo escritorio de madera, una silla de cuero, una enorme alfombra persa que debía de valer una fortuna, teléfonos, fax y todavía más ordenadores y monitores. Más allá había otras estancias que contenían filas de archivos, microscopios, frigoríficos, autoclaves, estantes sobre estantes de probetas, centrifugadoras y docenas de aparatos e instrumentos irreconocibles.

Toda la zona parecía vacía, aunque desde algún sitio llegaban suaves notas de un concierto de violonchelo de Bach y algo que se parecía mucho al último éxito de los ganadores del festival de Eurovisión.

Cuando pasamos junto a dos despachos, Matthew señaló el que tenía la alfombra.

—Mi despacho —explicó.

Me condujo luego hacia el primer laboratorio a la izquierda. En cada superficie se veía alguna combinación de ordenadores, microscopios y recipientes con muestras organizados cuidadosamente en estantes. Archivadores recubrían las paredes. Uno de los cajones tenía una etiqueta en la que podía leerse «<0».

—Bienvenida al laboratorio de historia. —La luz azul hacía que su cara pareciera más blanca y su pelo más negro—. Aquí es donde estamos estudiando la evolución. Reunimos muestras físicas de antiguos enterramientos, excavaciones, restos fósiles y seres vivos, y extraemos ADN. —Matthew abrió otro cajón y sacó una serie de carpetas—. Somos sólo un laboratorio entre centenares en todo el mundo que usan la genética para estudiar los problemas del origen y extinción de las especies. La diferencia entre nuestro laboratorio y el resto es que la de los humanos no es la única especie que estamos estudiando.

Sus palabras resonaron frías y claras alrededor de mí.

—¿Estás estudiando la genética de los vampiros?

—Y también la de las brujas y la de los daimones. —Matthew enganchó con el pie un taburete con ruedas y me sentó en él delicadamente.

Un vampiro con altas zapatillas negras Converse apareció corriendo por una esquina y frenó ruidosamente mientras se quitaba un par de guantes de látex. Tenía poco más de veinticinco años, pelo rubio y ojos azules como un surfista californiano. De pie junto a Matthew, su altura y complexión hacían que pareciera pequeño, pero su cuerpo era enjuto y lleno de energía.

—AB negativo —dijo, observándome con admiración—. Vaya, un hallazgo excelente. —Cerró los ojos y aspiró profundamente—. ¡Y además, bruja!

—Marcus Whitmore, te presento a Diana Bishop, profesora de Historia en Yale. —Matthew frunció el ceño mirando al vampiro más joven—. Y está aquí como

invitada, no para recibir pinchazos.

—¡Ah! —Marcus pareció desilusionado; luego su rostro se iluminó—. ¿Le molestaría si le saco una muestra de sangre de todos modos?

—En realidad, sí me molestaría. —No tenía ningún deseo de ser pinchada por un vampiro chupasangres.

Marcus silbó.

—Ésa sí que es una reacción de combate o huida, doctora Bishop. Huela esa adrenalina.

—¿Qué sucede? —preguntó una ya familiar voz de soprano. La diminuta figura de Miriam se hizo visible unos segundos después.

—La doctora Bishop se siente un poco abrumada por el laboratorio, Miriam.

—Lo siento. No me di cuenta de que era ella —se disculpó Miriam—. Tiene un olor diferente. ¿Es adrenalina?

Marcus asintió con la cabeza.

—Así es. ¿Eres siempre así? ¿Envuelta en adrenalina y ningún sitio adonde ir?

—¡Marcus! —Matthew podía hacer una advertencia que helaba los huesos con una cantidad notablemente ínfima de sílabas.

—Desde que tenía siete años —dije, mirándolo directamente a sus impresionantes ojos azules.

Marcus silbó otra vez.

—Eso explica muchas cosas. Ningún vampiro podría ignorar eso. —Marcus no se estaba refiriendo a mis características físicas, aunque hizo un gesto en dirección a mí.

—¿De qué estás hablando? —pregunté. La curiosidad era más fuerte que mis nervios.

Matthew se arregló el pelo en las sienes y le lanzó a Marcus una mirada tan furiosa que podría cuajar la leche. El vampiro más joven se mostró displicente e hizo crujir los nudillos. El agudo ruido me sobresaltó.

—Los vampiros son depredadores, Diana —explicó Matthew—. Nos atrae la reacción de combate o huida. Cuando las personas o los animales se ponen nerviosos, podemos olerlo.

—También podemos saborearlo. La adrenalina hace que la sangre tenga mejor sabor —agregó Marcus—. Sabrosa, sedosa y luego se pone dulce. Algo muy bueno.

Un profundo retumbar empezó en la garganta de Matthew. Sus labios se estiraron por encima de sus dientes y Marcus retrocedió. Miriam puso su mano firme sobre el brazo del vampiro rubio.

—¿Qué? ¡No tengo hambre! —protestó Marcus, sacándose de encima la mano de Miriam.

—La doctora Bishop podría no saber que los vampiros no tienen que estar físicamente hambrientos para ser sensibles a la adrenalina, Marcus. —Matthew se

controlaba con visible esfuerzo—. Los vampiros no siempre necesitan comer, pero siempre nos atraen la persecución y la reacción de adrenalina de la presa ante el depredador.

Dados mis esfuerzos por controlar la ansiedad, no era sorprendente que Matthew estuviera siempre invitándome a comer. No era mi olor a madreselva lo que lo atraía…, era mi exceso de adrenalina.

—Gracias por explicármelo, Matthew. —Incluso después de la noche anterior, yo seguía siendo relativamente ignorante en lo que a vampiros se refería—. Trataré de serenarme.

—No es necesario —dijo Matthew secamente—. No tienes obligación de serenarte. Nosotros tenemos la obligación de mostrar una mínima cortesía y un cierto control. —Miró ferozmente a Marcus y sacó uno de los archivos.

Miriam me dirigió una mirada preocupada.

—Tal vez deberíamos empezar por el principio.

—No. Me parece mejor empezar por el final —respondió, abriendo el archivo.

—¿Saben ellos algo del Ashmole 782? —le pregunté a Matthew cuando vi que Miriam y Marcus no daban señales de retirarse. Asintió con la cabeza—. ¿Y les has contado lo que vi? — Asintió con la cabeza otra vez.

—¿Se lo has contado a alguien más? —La pregunta que Miriam me dirigía reflejaba siglos de desconfianza.

—Si te refieres a Peter Knox, no. Solamente mi tía y su pareja, Emily, lo saben.

—Tres brujas y tres vampiros que comparten un secreto —comentó Marcus pensativamente, dirigiendo una mirada a Matthew—. Interesante.

—Esperemos que podamos hacer mejor trabajo manteniéndolo que el que hemos hecho al esconder esto. —Matthew empujó el archivo hacia mí.

Tres pares de ojos de vampiros me observaban atentamente mientras lo abría. VAMPIRO SUELTO EN LONDRES, decía el titular. Mi estómago dio un vuelco. Dejé a un lado el recorte de periódico. Debajo se veía el informe de otra muerte misteriosa en la que aparecía un cadáver desangrado. Luego venía una nota de una revista acompañada por una fotografía que hacía que el contenido fuera claro, a pesar de mi incapacidad para leer ruso. La garganta de la víctima había sido abierta desde la mandíbula hasta la carótida.

Había docenas de asesinatos e informes en todos los idiomas imaginables. Algunas de las muertes incluían decapitaciones. En otras aparecían cadáveres desangrados, sin que hubiera sido descubierta ni una gota de sangre alrededor. En otros casos parecía el ataque de algún animal, debido a la ferocidad de las lesiones en el cuello y el pecho.

—Estamos desapareciendo —comentó Matthew cuando guardó el último de los artículos periodísticos.

—Lo que parece seguro es que los humanos son los que están desapareciendo. —Mi voz era severa.

—No sólo los humanos —dijo—. Todas estas pruebas indican que los vampiros presentan señales de deterioro como especie.

—¿Esto era lo que querías mostrarme? —pregunté temblorosa—. ¿Qué tiene que ver esto con el origen de las criaturas o con el Ashmole 782? —Las advertencias recientes de Gillian habían removido recuerdos dolorosos, y esas fotografías no hacían más que volverlos más nítidos.

—Escúchame —invitó Matthew con voz tranquila—. Por favor.

Tal vez no tenía mucho sentido su actitud, pero tampoco estaba asustándome deliberadamente. Con toda seguridad, Matthew tenía una buena razón para compartir aquello conmigo. Sin soltar la carpeta, me senté en el taburete.

—Estas muertes —comenzó, cogiendo suavemente la carpeta de mis manos— son el resultado de intentos fallidos de transformar humanos en vampiros. Lo que en algún tiempo fue algo natural en nosotros se ha vuelto difícil. Nuestra sangre es cada vez menos capaz de producir nueva vida a partir de la muerte.

La imposibilidad de reproducirse hace que cualquier especie se extinga. No obstante, a juzgar por las imágenes que acababa de ver, el mundo no necesitaba más vampiros.

—Es más fácil para quienes son más viejos…, para los vampiros como yo, que nos alimentamos sobre todo con sangre humana cuando éramos jóvenes —continuó Matthew—. Pero a medida que los vampiros envejecen, nos sentimos menos impulsados a crear nuevos vampiros. En cambio los vampiros más jóvenes son algo diferente. Quieren formar una familia para disipar la soledad de su nueva vida. Cuando encuentran a un ser humano con el cual desean aparearse, o tratar de tener hijos, algunos descubren que su sangre no es lo suficientemente fuerte.

—Tú dijiste que todos nos estamos extinguiendo —le recordé en tono neutro, aunque mi irritación seguía presente.

—Las brujas modernas no son tan fuertes como eran sus antepasados. —La voz de Miriam denotaba sentido práctico—. Y vosotras ya no tenéis tantos hijos como antiguamente.

—Eso no parece ser una prueba…, sino más bien una valoración subjetiva —repliqué.

—¿Quieres ver pruebas? —Miriam cogió otras dos carpetas, las arrojó sobre la brillante superficie y se deslizaron hasta mis brazos—. Aquí tienes…, aunque dudo que entiendas gran parte de eso.

Una carpeta tenía una etiqueta con bordes color morado y la palabra «Benvenguda» cuidadosamente escrita en ella. La otra tenía una etiqueta con bordes rojos, con las palabras «Good, Beatrice». Las carpetas sólo contenían gráficos. Los de

arriba tenían forma de lazo y eran de brillantes colores. Debajo de éstos, nuevos gráficos mostraban barras negras y grises que se desplegaban sobre papel blanco.

—Eso no es justo —protestó Marcus—. Ningún historiador podría leer eso.

—Éstas son secuencias de ADN —dije, señalando las imágenes en blanco y negro —. Pero ¿qué son los gráficos de color?

Matthew apoyó los codos sobre la mesa junto a mí.

—Son también resultados de pruebas genéticas —dijo, acercando hacia él la página que mostraba la forma de lazo—. Éstos nos hablan del ADN mitocondrial de una mujer llamada Benvenguda, que heredó de la madre, y de la madre de su madre, y de todo antepasado de sexo femenino antes de ella. Nos cuenta la historia de su herencia genética por vía materna.

—¿Y el legado genético de su padre?

Matthew cogió los resultados de ADN en blanco y negro.

—El padre humano de Benvenguda está aquí, en su ADN nuclear, su genoma, junto con el de su madre, que era una bruja. —Volvió a los lazos multicolor—. Pero el ADN mitocondrial, fuera del núcleo de la célula, registra solamente su ancestro materno.

—¿Por qué estáis estudiando tanto su genoma como su ADN mitocondrial? —Había oído hablar del genoma, pero el ADN mitocondrial era algo nuevo para mí.

—El ADN nuclear nos informa acerca de alguien como persona individual, única…, la manera en que el legado genético de la madre y del padre se combinaron para crearla. Es la mezcla de los genes de tu padre y los genes de tu madre lo que te otorga los ojos azules, pelo rubio y pecas. El ADN mitocondrial puede ayudarnos a comprender la historia de toda una especie.

—Eso quiere decir que el origen y la evolución de la especie están grabados en cada uno de nosotros —dije lentamente—. Están en nuestra sangre y en cada célula de nuestro cuerpo.

Matthew asintió con la cabeza.

—Pero cada historia de orígenes cuenta otra historia también…, no de principios sino de finales.

—Volvemos a Darwin. —Fruncí el ceño al hablar—. *El origen* no sólo trata de dónde vienen las diferentes especies. Trata también sobre la selección natural y la extinción de las especies.

—Algunos llegan a decir que *El origen* trata principalmente sobre la extinción —acordó Marcus, desplazándose hacia el otro lado de la mesa del laboratorio.

Observé los brillantes lazos de Benvenguda.

—¿Quién era?

—Una bruja muy poderosa —explicó Miriam— que vivió en Bretaña en el siglo VII. Era un prodigio en una era que produjo muchos prodigios. Beatrice Good es una

de sus últimas descendientes directas que se conocen.

—¿La familia de Beatrice Good provenía de Salem? —susurré, tocando la carpeta con su nombre. Había una familia Good que eran vecinos de los Bishop y de los Proctor.

—El linaje de Beatrice incluye a Sarah y Dorothy Good de Salem —explicó Matthew, confirmando mi corazonada. Abrió el archivo de Beatrice y puso los resultados de las pruebas de mitocondria junto a los de Benvenguda.

—Pero son diferentes —observé. Era posible darse cuenta por los colores y la manera en que estaban ordenados.

—No tan diferentes —me corrigió Matthew—. El ADN nuclear de Beatrice tiene menos marcadores comunes entre las brujas. Esto indica que sus antepasados, a medida que pasaron los siglos, dependían cada vez menos de la magia y la brujería en su lucha por sobrevivir. Esas necesidades cambiantes empezaron a forzar mutaciones en su ADN, mutaciones que fueron dejando de lado la magia. —Su mensaje parecía perfectamente científico, pero estaba dirigido a mí.

—¿Los antepasados de Beatrice dejaron su magia a un lado, y eso al final va a destruir a la familia?

—La culpa no es toda de las brujas. La naturaleza también es culpable. —Los ojos de Matthew estaban tristes—. Parece que las brujas, al igual que los vampiros, también han sentido las presiones de sobrevivir en un mundo que es cada vez más humano. Lo mismo ocurre con los daimones. Éstos presentan cada vez menos muestras de genialidad (que era la manera en que solíamos distinguirlos de la población humana) y más demencia.

—¿Y los humanos no están desapareciendo? —quise saber.

—Sí y no —respondió Matthew—. Creemos que los humanos, hasta ahora, han resultado ser mejores para adaptarse. Sus sistemas inmunológicos son más receptivos y tienen un impulso de reproducción más fuerte que los vampiros o las brujas. Antaño el mundo estaba dividido de manera más uniforme entre humanos y criaturas. Ahora los humanos son mayoría y las criaturas llegan solamente al diez por ciento de la población mundial.

—El mundo era un lugar diferente cuando había tantas criaturas como humanos. —Miriam parecía lamentar que la plataforma genética ya no estuviera inclinada a nuestro favor—. Pero sus delicados sistemas inmunológicos van a hundir a los humanos al final.

—¿Hasta qué punto somos nosotros, las criaturas, diferentes de los humanos?

—Bastante, por lo menos en el nivel genético. Parecemos similares, pero debajo de la superficie nuestra estructura cromosómica es distinta. —Matthew dibujó un diagrama en la parte exterior de la carpeta de Beatrice Good—. Los humanos tienen veintitrés pares de cromosomas en cada núcleo de célula, cada uno organizado en

largas secuencias codificadas. Los vampiros y las brujas tienen veinticuatro pares de cromosomas.

—Más que los humanos, las uvas de *pinot noir* o los cerdos. —Marcus guiñó un ojo.

—¿Y los daimones?

—Ellos tienen el mismo número de pares de cromosomas que los humanos… y también tienen un solo cromosoma adicional. Hasta donde podemos saber, es su cromosoma adicional el que los hace daimones —respondió Matthew—, y propensos a la inestabilidad.

Mientras yo estudiaba su dibujo a lápiz, se me cayó un mechón de cabello sobre los ojos. Me lo echó hacia atrás con impaciencia.

—¿Qué hay en los cromosomas adicionales? —Era tan difícil para mí seguir a Matthew en ese momento como cuando tuve que estudiar para aprobar Biología en la universidad.

—Material genético que nos distingue de los humanos —dijo Matthew—, y también material que regula el funcionamiento de las células o lo que los científicos llaman «ADN basura».

—Sin embargo, no se trata de basura —intervino Marcus—. Todo ese material genético tiene que ser sobrante de una selección anterior, o está a la espera de ser usado en el próximo cambio evolutivo. Sencillamente, no sabemos cuál es su propósito… todavía.

—Espera un minuto —interrumpí—. Las brujas y los daimones nacen. Yo nací con un par adicional de cromosomas, y tu amigo Hamish nació con un solo cromosoma adicional. Pero los vampiros no nacen…, vosotros sois creados a partir de ADN humano. Dónde adquirís un par adicional de cromosomas?

—Cuando un ser humano renace como vampiro, el hacedor primero retira toda la sangre humana, lo que causa el fallo de los órganos. Antes de que se produzca la muerte, el hacedor o hacedora le da su sangre al que está renaciendo —respondió Matthew—. Hasta donde podemos saber, el influjo de la sangre de un vampiro impulsa mutaciones genéticas espontáneas en cada célula del cuerpo.

Matthew había usado la palabra «renacer» la noche anterior, pero yo jamás había escuchado la palabra «hacedor» relacionada con vampiros.

—La sangre del hacedor inunda el sistema del renacido, llevando la nueva información genética con él —completó Miriam—. Algo similar ocurre con las transfusiones de sangre humana. Pero la sangre de un vampiro produce cientos de modificaciones en el ADN.

—Empezamos a buscar en el genoma las pruebas de semejante cambio explosivo —explicó Matthew—. Las encontramos…, encontramos mutaciones que prueban que todos los nuevos vampiros atraviesan una adaptación espontánea para sobrevivir

cuando absorben la sangre de sus hacedores. Eso es lo que estimula el desarrollo de un par de cromosomas adicional.

—Un big-bang genético. Vosotros sois como una galaxia que nace de una estrella moribunda. En unos pocos instantes, vuestros genes se transforman en otra cosa…, en algo no humano. —Miré a Matthew asombrada.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Podemos tomarnos un descanso.

—¿Podría beber un poco de agua?

—La traeré. —Marcus saltó de su taburete—. Hay un poco en el frigorífico de las muestras.

—Los humanos proporcionaron la primera pista de que el estrés celular agudo producido por bacterias y otras formas del bombardeo genético podía provocar mutaciones rápidas, en lugar de los cambios más lentos de la selección natural. —Miriam sacó una carpeta de un cajón del archivo. Al abrirlo, señaló una sección de un gráfico en blanco y negro—. Este hombre murió en 1375. Sobrevivió a la viruela, pero la enfermedad impulsó una mutación en el tercer cromosoma cuando su cuerpo se adaptaba rápidamente al influjo de bacterias.

Marcus regresó con el agua. Me quité el gorro y bebí con avidez.

—El ADN de un vampiro está lleno de mutaciones similares como resultado de la resistencia a la enfermedad. Esos cambios podrían estar llevándonos lentamente a nuestra extinción. — Matthew parecía preocupado—. Ahora estamos tratando de concentrarnos en qué es lo que hace que en la sangre de los vampiros se creen nuevos cromosomas. La respuesta podría estar en las mitocondrias.

Miriam sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. La respuesta está en el ADN nuclear. Cuando un cuerpo es atacado por sangre de vampiro, debe provocar una reacción que haga posible que el cuerpo capture y asimile los cambios.

—Puede ser, pero si es así, tenemos que estudiar con mayor atención el ADN basura también. Todo debe estar ahí para generar nuevos cromosomas —insistió Marcus.

Mientras ellos tres discutían, yo me remangué. Cuando la tela dejó a la vista mi codo y las venas en mi brazo quedaron expuestas al aire fresco del laboratorio, los tres dirigieron su helada atención a mi piel.

—Diana —dijo Matthew fríamente mientras se tocaba el símbolo de Lázaro—, ¿qué estás haciendo?

—¿Todavía tienes tus guantes a mano, Marcus? —pregunté, y seguí remangándome.

Marcus sonrió.

—Sí. —Se puso de pie y sacó un par de guantes de látex de una caja cercana.

—No tienes que hacerlo. —La voz de Matthew parecía atrapada en su garganta.

—Lo sé. Quiero hacerlo. —Mis venas parecían todavía más azules bajo la luz del laboratorio.

—Buenas venas —comentó Miriam con una inclinación de cabeza en señal de aprobación, provocando un ronroneo de advertencia en el vampiro alto que estaba de pie junto a mí.

—Si esto va a ser un problema para ti, Matthew, espera fuera —dije tranquilamente.

—Antes de que hagas esto, quiero que lo pienses —sugirió Matthew inclinándose sobre mí de manera protectora, como hizo cuando Peter Knox se me había acercado en la Bodleiana—. No tenemos ninguna manera de pronosticar qué revelarán las pruebas. Es toda tu vida y la historia de tu familia, todo expuesto en blanco y negro. ¿Estás completamente segura de que quieres que eso sea examinado?

—¿Qué quieres decir con eso de toda mi vida? —La intensidad de su mirada me hizo estremecerme.

—Estas pruebas nos dicen mucho más que el color de tus ojos y de tu pelo. Mostrarán qué otros rasgos te transmitieron tu madre y tu padre. Por no mencionar los rasgos de todos tus antepasados de sexo femenino. —Intercambiamos una larga mirada.

—Precisamente por eso quiero que toméis una muestra —expliqué con paciencia. Una expresión de confusión cruzó su rostro—. Toda mi vida me he preguntado qué hacía la sangre de los Bishop al correr por mis venas. Todos aquellos que conocían a mi familia se preguntaban lo mismo. Ahora lo sabremos.

Me parecía muy simple. Mi sangre podía revelarle cosas a Matthew que yo no quería arriesgarme a descubrir por casualidad. No quería prender fuego a los muebles, o salir volando por entre los árboles, o tener malos pensamientos sobre alguien y descubrir que a los pocos días esa persona caía mortalmente enferma. Matthew podía opinar que dar sangre era peligroso. Pensándolo bien, a mí me parecía algo tan seguro como una casa.

—Además, acabas de decirme que las brujas se están extinguiendo. Soy la última de las Bishop. Tal vez mi sangre te ayude a descubrir por qué.

Nos miramos fijamente el uno al otro, el vampiro y la bruja, mientras Miriam y Marcus esperaban pacientemente. Hasta que por fin Matthew dejó escapar un ruido que indicaba exasperación.

—Tráeme el instrumental para tomar muestras —le dijo a Marcus.

—Puedo hacerlo yo —exclamó Marcus a la defensiva, haciendo sonar sus guantes de látex. Miriam trató de sujetarlo, pero Marcus siguió acercándose a mí con una caja de tubos y agujas.

—¡Marcus! —dijo Miriam en tono de advertencia.

Matthew cogió el equipo de las manos de Marcus y detuvo al vampiro más joven

con una impresionante y mortal mirada.

—Lo siento, Marcus, pero si alguien le va a sacar sangre a Diana, ése voy a ser yo.

Sostuvo mi muñeca con sus fríos dedos, flexionó mi brazo hacia arriba y hacia abajo varias veces antes de estirarlo totalmente y dejar mi mano suavemente apoyada sobre la superficie inmaculada. Había algo innegablemente escalofriante en eso de que un vampiro estuviera poniendo una aguja en mi vena. Matthew ató un tubo de goma por encima de mi codo.

—Cierra el puño —pidió en voz baja mientras se colocaba los guantes y preparaba la aguja y el primer tubo.

Hice lo que me pedía. Apreté la mano y observé cómo se hinchaban las venas. Matthew no se preocupó por la advertencia acostumbrada de que iba a sentir un pinchazo o una picadura. Se limitó a inclinarse sin ceremonia alguna y deslizó el afilado instrumento metálico en mi brazo.

—Muy buena maniobra. —Aflojé el puño para dejar que la sangre fluyera libremente.

Matthew apretó su boca mientras cambiaba los tubos. Cuando terminó, retiró la aguja y la arrojó en un recipiente sellado para desechos biológicos. Marcus juntó los tubos y se los dio a Miriam, que los etiquetó con letra diminuta y precisa. Matthew puso un cuadrado de gasa sobre el sitio del pinchazo y lo sujetó con sus dedos fuertes y fríos. Con la otra mano, cogió un rollo de esparadrapo y lo pegó sobre la gasa para que no se moviera de su sitio.

—¿Fecha de nacimiento? —preguntó Miriam resueltamente, con el bolígrafo listo sobre una probeta.

—13 de agosto de 1976.

Miriam me miró.

—¿13 de agosto?

—Sí. ¿Por qué?

—Sólo quería confirmarlo —murmuró.

—En la mayoría de los casos tratamos de tomar una muestra de la boca también. —Matthew abrió un paquete y sacó dos objetos blancos de plástico. Tenían la forma de remos en miniatura, con los anchos extremos ligeramente ásperos.

Sin decir una palabra, abrí la boca y dejé que Matthew hiciera girar el primer hisopo, y luego el otro, contra el interior de mi mejilla. Cada hisopo fue colocado dentro de un tubo de plástico sellado.

—Listo.

Al observar el laboratorio en el que me encontraba, la serenidad silenciosa de acero inoxidable y luces azules, recordé a mis alquimistas, afanándose con fuegos de carbón, débil iluminación, equipo improvisado y crisoles de arcilla rotos. Qué no

habrían dado por tener la oportunidad de trabajar en un lugar así, con herramientas que podrían haberles ayudado a comprender los misterios de la creación.

—¿Estás buscando al primer vampiro? —pregunté, señalando hacia los cajones de archivos.

—A veces —respondió Matthew con lentitud—. Principalmente investigamos de qué manera la comida y las enfermedades afectan a la especie, y también cómo y cuándo ciertas líneas familiares se van extinguiendo.

—¿Y es realmente verdad que somos cuatro especies distintas o los daimones, los humanos, los vampiros y las brujas comparten algún ancestro común? —Yo siempre me había preguntado si la insistencia de Sarah en que las brujas compartían cosas de escaso interés con los humanos o con otras criaturas no se basaría más que en tradición e ilusiones. En los tiempos de Darwin muchos pensaban que era imposible que un par de antepasados humanos comunes hubieran producido tantos tipos raciales diferentes. Cuando algunos europeos blancos observaban a los negros africanos, se inclinaban más bien por la teoría del poligenismo, que argumentaba que las razas descendían de antepasados diferentes, sin vínculos entre sí.

—Daimones, humanos, vampiros y brujas varían considerablemente en el nivel genético. —La mirada de Matthew era penetrante. Él entendía por qué yo preguntaba, pero, de todos modos, se negó a darme una respuesta clara.

—Si demuestras que no somos especies diferentes, sino sólo diferentes líneas dentro de la misma especie, cambiará todo —le advertí.

—Con el tiempo podremos descubrir, si es que es así, de qué manera los cuatro grupos están relacionados. Pero todavía estamos muy lejos de ello. —Se puso de pie —. Creo que por hoy ya basta de ciencia.

Después de despedirnos de Miriam y Marcus, Matthew me llevó a la residencia. Fue a cambiarse y regresó a buscarme para ir a la clase de yoga. Fuimos hasta Woodstock casi sin hablar, cada uno sumergido en sus propios pensamientos.

En el Viejo Pabellón, Matthew me abrió la puerta para que bajara, como de costumbre, sacó las esterillas del maletero y se las colgó del hombro.

Un par de vampiros pasó cerca de nosotros. Uno de ellos me rozó al pasar y Matthew movió su mano veloz como un relámpago para entrelazar sus dedos con los míos. El contraste entre nosotros era notable, con su piel tan pálida y fría, y la mía tan vivaz y cálida.

Matthew mantuvo agarrada mi mano hasta que entramos. Después de la clase, regresamos a Oxford, hablando primero de algo que Amira había dicho, luego sobre algo que uno de los daimones había hecho o dejado de hacer sin querer. Una vez atravesados los portones de la residencia, Matthew apagó el motor del coche, cosa rara en él, antes de abrirme la puerta para que yo bajara.

Fred levantó la vista de sus monitores de seguridad cuando el vampiro se acercó a

la ventanilla de cristal del habitáculo. El portero la abrió.

—¿Sí?

—Me gustaría acompañar a la doctora Bishop a sus habitaciones. ¿Está bien si dejo el coche aquí, y las llaves también, por si acaso tuviera usted que moverlo?

Fred miró la placa del John Radcliffe y asintió con la cabeza. Matthew le pasó las llaves por la ventanilla.

—Matthew —dije, impaciente—, está sólo a unos pasos de aquí, no tienes que acompañarme.

—Pero lo haré —replicó en un tono que ponía fin a cualquier discusión. Más allá de las entradas abovedadas y del vigilante, fuera de la vista de Fred, cogió de nuevo mi mano. Esta vez, la impresión de su piel fría estuvo acompañada por una perturbadora sensación de tibieza en la boca del estómago.

Al pie de la escalera, miré a Matthew, con su mano todavía aferrada.

—Gracias por llevarme a la clase de yoga… otra vez.

—No hay de qué. —Apartó mi imposible mechón de pelo detrás de la oreja y sus dedos se detuvieron sobre mi mejilla—. Ven a cenar mañana —dijo en voz baja—. Me toca cocinar a mí. ¿Te paso a buscar por aquí a las siete y media?

Mi corazón se sobresaltó. «Di que no», me dije a mí misma con firmeza a pesar de este salto repentino.

—Me encantará —me salió, en cambio.

El vampiro apretó sus labios fríos primero en una mejilla, luego en la otra.

—Ma vaillante fille —me susurró al oído. Su atractivo y embriagador olor inundó mi nariz.

Arriba, alguien había ajustado el pomo de la puerta como yo había pedido, y me costó meter la llave en la cerradura. La luz intermitente del contestador automático me dio la bienvenida, indicando que había otro mensaje de Sarah. Crucé hacia la ventana y miré hacia abajo. Matthew estaba mirando hacia arriba. Saludé con la mano. Sonrió, se metió las manos en los bolsillos y volvió a la portería, deslizándose hacia la oscuridad de la noche como si le perteneciera.

Capítulo 14

Matthew me estaba esperando en la portería a las siete y media, inmaculado como siempre, vestido con una mezcla de grises y negros, y su pelo oscuro echado hacia atrás. Con paciencia soportó la inspección del portero de guardia del fin de semana, que me despidió con una inclinación de cabeza y un deliberado:

—La veré más tarde, doctora Bishop.

—Inspiras instintos protectores en la gente —murmuró Matthew mientras pasábamos por los portones.

—¿Adónde vamos? —Por ninguna parte se veía su coche en la calle.

—Vamos a cenar en mi residencia universitaria esta noche —contestó, señalando hacia la Bodleiana. Yo había creído que me llevaría a Woodstock, o a un apartamento en alguna mansión victoriana en North Oxford. Nunca se me había ocurrido que podría vivir en la universidad.

—¿En el comedor, en la mesa principal? —Me dio la sensación de ir muy mal vestida para eso y tiré hacia abajo del dobladillo de mi top negro de seda.

Matthew echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Evito ir al comedor siempre que puedo. Y no voy a llevarte allí, a que te pongas en el punto de mira y seas observada por los universitarios.

Dimos la vuelta a la esquina y nos dirigimos hacia la Cámara Radcliffe. Cuando pasamos por la entrada del Hertford College sin detenernos, puse mi mano sobre su brazo. Había un solo *college* en Oxford conocido por su exclusividad y rígida observación del protocolo.

Ese mismo *college* era famoso por sus brillantes miembros.

—No me digas que eres miembro.

Matthew se detuvo.

—¿Qué importa a qué *college* pertenezco? —Apartó la mirada—. Si uno quiere estar con otras personas, por supuesto, lo comprendo.

—No me preocupa que vayas a *comerme a mí* en tu cena, Matthew. Simplemente nunca he entrado. —Un par de ornamentadas puertas protegían su *college* como si fuera el País de las Maravillas. Matthew soltó un bufido de impaciencia y agarró mi mano para impedirme que mirara a través de ellas.

—Es sólo un grupo de personas en un escenario compuesto por antiguos edificios. —Su aspereza no hizo nada para desmerecer el hecho de que era uno de las seis docenas más o menos de miembros de un *college* sin estudiantes—. Además, vamos a mis habitaciones.

Seguimos caminando y Matthew se fue relajando en la oscuridad a cada paso, como si estuviera en compañía de un viejo amigo. Pasamos por una puerta de madera baja que mantenía al público fuera de los confines silenciosos de su *college*. No había nadie en la portería, salvo el portero, ningún estudiante ni ningún graduado en los bancos del primer patio interior. Era tan silencioso como si de verdad sus miembros fueran «las almas de todos los difuntos fieles en la universidad de Oxford».

Matthew me miró con una sonrisa asustadiza.

—Bienvenida a All Souls, el *college* de Todas las Almas.

El All Souls College era una obra maestra de la arquitectura gótica tardía y parecía engendrado por el amor entre un pastel de bodas y una catedral, con sus delicados chapiteles y su delicada sillería. Suspiré con placer, incapaz de decir nada…, por lo menos de momento. Pero Matthew iba a tener mucho que explicar después.

—Buenas noches, James —saludó al portero, que miró por encima de sus gafas bifocales y movió la cabeza a modo de bienvenida. Matthew estiró la mano.

Una llave antigua con llavero de cuero colgaba de su dedo índice.

—Sólo será un momento.

—Bien, profesor Clairmont.

Matthew agarró mi mano otra vez.

—Vamos. Tenemos que continuar con tu educación.

Era como un niño travieso a la busca de un tesoro, arrastrándome tras él. Nos agachamos para pasar por una puerta negra, agrietada por los años, y Matthew encendió una luz. Su piel blanca resaltó en la oscuridad, dándole el aspecto de un verdadero vampiro.

—Menos mal que yo soy una bruja —bromeé—. Verte a ti aquí sería suficiente para matar del susto a un humano.

Al final de un tramo de escaleras, Matthew marcó una larga serie de números en un teclado de seguridad y luego golpeó la tecla con una estrella. Se oyó un suave clic, y él abrió otra puerta. Una oleada de olor a moho, a paso del tiempo y a otra cosa que no pude identificar me golpeó. La oscuridad se extendía más allá de las luces de la escalera.

—Esto está directamente sacado de una novela gótica. ¿Adónde me llevas?

—Paciencia, Diana. No falta mucho. —La paciencia, ay, no formaba parte de las virtudes de las Bishop.

Matthew estiró la mano por encima de mi hombro y accionó otro interruptor. Suspendidas de cables como trapecistas, una serie de bombillas iluminaban de manera irregular lo que parecían cubículos de caballerizas para pequeños ponis de las Shetland.

Miré a Matthew con cientos de preguntas en mis ojos.

—Después de usted —invitó con una reverencia.

Al dar un paso hacia delante, reconocí el extraño olor. Era alcohol rancio…, como el de un bar un domingo por la mañana.

—¿Vino?

—Vino.

Pasamos junto a docenas de pequeños compartimentos que contenían botellas en estantes, pilas y cajones. Cada uno tenía una pequeña pizarra a modo de etiqueta, con un año garabateado con tiza sobre ella. Recorrimos el lugar pasando junto a recipientes con vino de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial, así como botellas que Florence Nightingale podría haber cargado en sus baúles para la guerra de Crimea. Había vino del año en que se construyó el Muro de Berlín y del año en que cayó. Más abajo, en el sótano, los años garabateados en las pizarras daban lugar a categorías amplias como «Burdeos añejo» y «Oporto clásico».

Finalmente llegamos al extremo de la habitación. Había una docena de pequeñas puertas cerradas con llave y sin indicaciones, y Matthew abrió una de ellas. No había electricidad, pero él cogió una vela y la colocó en un candelabro de bronce antes de encenderla.

Dentro, todo era tan pulcro y ordenado como el mismo Matthew, salvo por la capa de polvo. Estantes de madera uniformemente separados mantenían el vino lejos del suelo y permitían retirar una botella sin que el resto se viniera abajo. Había manchas rojas junto a la jamba, donde había ido cayendo vino año tras año. El ambiente olía a uvas, corchos y un poco de moho.

—¿Esto es tuyo? —Yo no podía creer lo que veía.

—Sí, es el mío. Algunos de los miembros tenemos sótanos privados.

—¿Qué puedes tener aquí que no exista ya en el otro lado? —La estancia que acabábamos de dejar debía de albergar al menos una botella de cada vino de cada cosecha que alguna vez se hubiera producido. En comparación, el mejor emporio de vino de Oxford me parecía en ese momento vacío y extrañamente desolado.

Matthew sonrió misteriosamente.

—Toda clase de cosas.

Se movió rápidamente por la pequeña habitación sin ventanas, sacando alegremente vinos de aquí y de allá. Me pasó una botella pesada y oscura con un escudo de oro en la etiqueta y una red de alambre sobre el corcho. Champán Dom Perignon.

La siguiente botella estaba hecha de cristal verde oscuro, con una etiqueta de color crema y letras negras. Me lo ofreció con una pequeña reverencia, y vi la fecha: 1976.

—¡El año en que yo nací! —exclamé.

Matthew apareció con dos botellas más: una con una etiqueta larga, octogonal,

que tenía la imagen de un *château* y gruesa cera roja encima; la otra estaba torcida y era negra, sin ninguna etiqueta y sellada con algo que parecía alquitrán. Había una antigua etiqueta de papel de estraza atada al cuello de la segunda botella con un trozo de cuerda sucia.

—¿Volvemos? —preguntó Matthew, soplando la vela. Cerró cuidadosamente con llave la puerta al salir, sosteniendo las dos botellas en la otra mano, y se metió la llave en el bolsillo. Dejamos atrás el olor a vino y subimos para regresar a la planta baja.

En el aire oscuro, Matthew parecía brillar con placer, con sus brazos cargados de vino.

—¡Qué noche tan maravillosa! —exclamó feliz.

Subimos a sus habitaciones, que eran más imponentes de lo que yo había imaginado en cierto sentido, y mucho menos grandiosas en otros. Eran más pequeñas que mis habitaciones en el New College. Estaban situadas en lo más alto de uno de los edificios más antiguos de All Souls, lleno de ángulos curiosos y extraños desniveles. Aunque los techos eran lo suficientemente altos como para que Matthew estuviera relativamente cómodo, las habitaciones parecían, de todas formas, demasiado pequeñas para él. Tenía que agacharse para pasar por cada puerta, y los alféizares le llegaban más o menos a la altura de los muslos.

La pequeñez de las habitaciones quedaba más que compensada por el mobiliario. Una descolorida alfombra Aubusson se extendía por el suelo, con una colección de muebles originales de William Morris. De algún modo, la arquitectura del siglo XV, la alfombra del siglo XVIII y el roble rústico del siglo XIX combinaban magníficamente y les daban a las habitaciones la atmósfera de un selecto club de caballeros eduardianos.

Había una gran mesa de comedor en el punto más alejado de la habitación principal, con periódicos, libros y los diferentes materiales propios de la vida académica ordenados cuidadosamente en un extremo: notas sobre nuevas políticas, revistas para eruditos, solicitudes de cartas de recomendación y comentarios sobre trabajos de los colegas. Cada montón estaba aplastado con el peso de un objeto diferente en cada caso. Los pisapapeles de Matthew incluían una pieza original de pesado vidrio soplado, un ladrillo antiguo, una medalla de bronce que era indudablemente algún premio que había ganado y un pequeño atizador de fuego. En el otro extremo de la mesa, un mantel de delicado lino suave cubría la madera, y sobre él, los candelabros de plata georgianos más encantadores que yo había visto fuera de un museo. Una serie completa de copas de vino de diferentes formas se alineaban junto a sencillos platos blancos y piezas de cubertería de plata georgiana.

—Me encanta. —Miré complacida a mi alrededor. Ni una sola pieza del mobiliario ni de los ornamentos en aquella habitación provenía de la universidad. Todo era perfecto y esencialmente propio de Matthew.

—Toma asiento. —Rescató las dos botellas de vino de mis dedos flojos y las metió en lo que parecía un ornamentado armario—. En All Souls se opina que los miembros no deben comer en sus habitaciones —dijo a modo de explicación cuando dirigí mi mirada a las escasas instalaciones de cocina—, así que nos las arreglaremos lo mejor que podamos.

No me cabía ninguna duda de que lo que estaba a punto comer iba a igualar a la mejor cena de la ciudad.

Matthew metió el champán en una cubitera de plata llena de hielo y se sentó conmigo en uno de los cómodos sillones junto a la chimenea apagada.

—Ya no se permite encender fuego en las chimeneas de Oxford. —Hizo un gesto de tristeza hacia el vacío espacio de piedra—. Cuando todas las chimeneas estaban encendidas, la ciudad olía como una hoguera.

—¿Cuándo viniste a Oxford por primera vez? —Yo esperaba que la franqueza de mi pregunta le asegurara que no me estaba entrometiendo en sus vidas anteriores.

—Esta vez fue en 1989. —Estiró sus largas piernas con un suspiro de relajación —. Vine al Oriel como estudiante de Ciencias y me quedé para un doctorado. Cuando gané la beca de All Souls, me mudé aquí durante algunos años. Cuando obtuve mi título, la universidad me ofreció un puesto y los miembros votaron a favor de mi incorporación. —Cada vez que abría la boca, algo asombroso salía de allí. ¿Había ganado una beca de este *college?* Sólo se concedían dos de esas becas por año.

—¿Y ésta es la primera vez que estás en All Souls? —Me mordí el labio y él se rió.

—Terminemos con esto —dijo, y alzó las manos para empezar a enumerar los *colleges* de la universidad—. He sido miembro, una vez, de Merton, Magdalen y University. He sido miembro de New College y de Oriel dos veces en cada uno. Y ésta es la primera vez que All Souls me ha prestado alguna atención.

Al adaptar esta respuesta a Cambridge, París, Padua y Montpellier —universidades que, estaba segura, habían tenido alguna vez un estudiante en sus registros llamado Matthew Clairmont, o alguna variación de este nombre—, se produjo un remolino de títulos dentro de mi cabeza. ¿Qué habría estudiado, durante todos esos años, y con quién habría estudiado?

—¿Diana? —La voz divertida de Matthew se metió en mis pensamientos—. ¿Me escuchas?

—Lo siento. —Cerré los ojos y apreté las manos sobre los muslos en un esfuerzo por evitar que mi mente se dispersara—. Es como una enfermedad. No puedo evitar la curiosidad cuando empiezas a mencionar tus recuerdos.

—Lo sé. Ésa es una de las dificultades a las que un vampiro se enfrenta cuando pasa el tiempo con una bruja que es historiadora. —Matthew torció la boca en un gesto falso de preocupación, pero sus ojos brillaban como estrellas negras.

—Si quieres evitar esas dificultades en el futuro, te sugiero que no pases por la sala de lectura de paleografía de la Bodleiana —dije de manera cortante.

—Con un solo historiador es suficiente de momento. —Matthew se puso lentamente de pie—. Te he preguntado si tenías hambre.

Por qué continuaba haciendo eso era un misterio…, cuándo no tenía yo hambre?

—Sí —dije, tratando de levantarme del mullido sillón Morris. Matthew estiró su mano. La agarré y él me levantó fácilmente.

Quedamos el uno frente al otro, con nuestros cuerpos casi tocándose. Concentré mi atención en la protuberancia de la *ampulla* de Betania debajo de su jersey.

Sus ojos me recorrieron, dejando su rastro de copos de nieve.

—Estás encantadora.

Agaché la cabeza, y el habitual mechón de pelo cayó sobre mi cara. Estiró la mano como ya había hecho varias veces últimamente y lo apartó detrás de mi oreja. Esta vez sus dedos continuaron hasta la base de mi cráneo. Cogió mi pelo apartándolo del cuello para dejarlo deslizarse por entre sus dedos como si fuera agua. Me estremecí con el contacto de aire fresco sobre mi piel.

—Me encanta tu pelo —murmuró—. Tiene todos los colores imaginables…, hasta hebras rojas y negras. —Escuché una fuerte inspiración que indicaba que había encontrado un olor nuevo.

—¿Qué es lo que hueles? —Mi voz sonaba densa, y todavía me había atrevido a mirarlo a los ojos.

—A ti —susurró.

Mis ojos se dirigieron a los suyos.

—¿Vamos a cenar?

Después de aquello, era difícil concentrarse en la comida, pero hice todo lo posible. Matthew me acercó una silla con asiento de paja desde la que podía ver toda aquella hermosa y cálida habitación. De un minúsculo frigorífico sacó dos platos, con seis ostras frescas en cada uno, colocadas sobre un lecho de hielo picado como los rayos de una estrella.

—La primera lección con la que continuamos tu educación consta de ostras y champán. — Matthew se sentó y alzó un dedo como un profesor a punto de embarcarse en su tema favorito. Se aprestó a servir el vino, que estaba al alcance de su largo brazo, y lo sacó de la cubitera. Con una sola vuelta sacó rápidamente el corcho de la botella.

—Por lo general eso a mí me resulta más difícil —comenté secamente, mirando sus dedos fuertes y elegantes.

—Puedo enseñarte a sacar el corcho con una espada, si quieres. —Matthew sonrió—. Por supuesto, también sirve un cuchillo, si no tienes una espada a mano. — Sirvió un poco de aquel líquido en nuestras copas, donde burbujeó y bailó a la luz de

vela.

Levantó su copa hacia mí.

—À la tienne.

—À la tienne. —Levanté mi copa aflautada y observé las burbujas que se rompían en la superficie—. ¿Por qué son tan pequeñas las burbujas?

—Porque el vino tiene mucho años. La mayor parte del champán se bebe mucho antes de eso. Pero me gusta el vino añejo…, me recuerda el gusto que tenía antes el champán.

—¿Cuántos años tiene?

—Es mayor que tú —respondió Matthew. Estaba abriendo las conchas de las ostras sólo con sus manos…, algo que generalmente requería un cuchillo muy afilado y mucha destreza… Dejaba las conchas en un tazón de cristal en el centro de la mesa. Me alcanzó un plato—. Es de 1961.

—Por favor, dime que esto es lo más antiguo que vamos a beber esta noche —dije, volviendo a recordar el vino que había llevado para la cena del jueves, cuya botella contenía en ese momento la última de sus rosas blancas en mi mesilla de noche.

—De ninguna manera —dijo con una gran sonrisa.

Puse el contenido de la primera concha en mi boca. Abrí los ojos desmesuradamente mientras mi boca se llenaba con el sabor del Atlántico.

—Ahora bebe. —Cogió su propia copa y observó cómo yo tomaba un sorbo del dorado líquido—. ¿Qué sabor percibes?

La cremosidad del vino y las ostras chocó con el sabor de la sal marina de una manera que era absolutamente maravillosa.

—Es como si todo el océano estuviera en mi boca —contesté, y tomé otro sorbo.

Terminamos las ostras y seguimos con una gran ensalada. Contenía diferentes clases de verduras caras conocidas por la humanidad, frutos secos, frutas del bosque y un delicioso aliño hecho con vinagre de champán y aceite de oliva que Matthew mezcló en la mesa. Las diminutas tajadas de carne que la adornaban eran perdices de los terrenos del Viejo Pabellón. Bebimos lo que Matthew llamó mi «vino de cumpleaños», que olía a cera para el suelo con perfume de limón y humo, y tenía el sabor del yeso con jarabe de caramelo.

El plato siguiente era un estofado, con trozos de carne en una salsa fragante. Mi primer bocado me indicó que se trataba de ternera, preparada con manzanas y un poco de nata, todo servido sobre arroz. Matthew me observó comer y sonrió cuando probé la acidez de la manzana por primera vez.

—Es una vieja receta de Normandía —explicó—. ¿Te gusta?

—Está estupendo. ¿Lo has preparado tú?

—No —precisó—. Lo ha hecho el chef del restaurante Old Parsonage… y me dio

instrucciones precisas para no quemarlo ni secarlo al recalentarlo.

—Puedes recalentar mi cena cuando quieras. —Dejé que la calidez del estofado penetrara mi cuerpo—. Pero veo que tú no estás comiendo.

—No, pero no tengo hambre. —Siguió mirándome comer durante unos momentos, luego volvió a la cocina a buscar otro vino. Era la botella sellada con cera roja. Rompió la cera y sacó el corcho de la botella—. Perfecto —sentenció, vertiendo el líquido escarlata cuidadosamente en una licorera que tenía a mano.

—¿Ya puedes notar el olor? —Todavía no estaba demasiado segura del alcance de sus poderes olfativos.

—Oh, sí. Y el de este vino en particular. —Me sirvió un poco y dejó caer unas gotas en su copa—. ¿Estás lista para probar algo maravilloso? —preguntó. Asentí con la cabeza—. Éste es un Château Margaux de una extraordinaria cosecha. Algunas personas lo consideran el mejor vino tinto que jamás se haya hecho.

Levantamos nuestras copas e imité cada uno de los movimientos de Matthew. Puso la nariz en su copa y yo en la mía. El olor de violetas me envolvió. La primera sensación que tuve fue la de estar bebiendo terciopelo. Luego había chocolate con leche, cerezas y una oleada de sabores que no tenían sentido y me trajo recuerdos de un olor de hacía mucho tiempo, el del estudio de mi padre después de haber fumado y vaciado las virutas del sacapuntas cuando yo estaba en segundo curso. Lo último que percibí fue un sabor muy especiado que me hizo pensar en Matthew.

—¡Esto tiene el mismo sabor que tú! —exclamé.

—¿Cómo es eso? —quiso saber.

—Especiado —dije, mientras mis mejillas se enrojecían hasta la línea del cuero cabelludo.

—¿Sólo especiado?

—No. Primero pensaba que iba a tener sabor a flores…, a violetas…, porque ése era su olor. Pero luego he percibido muchos sabores diferentes. ¿Qué has sentido tú?

Esto iba a ser mucho más interesante y menos incómodo que mi reacción. Olfateó, giró la copa y saboreó.

—Violetas…, coincido contigo en eso. Esas violetas moradas recubiertas de azúcar. Isabel Tudor adoraba las violetas azucaradas y éstas le estropearon los dientes. —Probó otra vez—. Humo de tabaco, de buenos cigarros, como los que solían fumar en el Marlborough Club cuando el príncipe de Gales pasaba por allí. Moras silvestres recogidas en los setos fuera de los establos del Viejo Pabellón y grosellas maceradas en brandi.

Observar a un vampiro usando sus poderes sensoriales debe de ser una de las experiencias más surrealistas que alguien puede tener. No se trataba sólo de que Matthew pudiese ver y oír cosas que a mí me resultaba imposible…, era que cuando percibía algo, su percepción era muy aguda y precisa. No se trataba de cualquier

mora, sino que era una mora especial, de un sitio en especial o en un momento en particular.

Matthew siguió bebiendo su vino y yo terminé mi estofado. Cogí mi vino con un suspiro de satisfacción, jugueteando con el pie de la copa para que reflejara la luz de las velas.

—¿Qué gusto crees que tendría yo? —pregunté en voz alta, en tono juguetón.

Matthew se puso de pie de un salto, su cara se puso blanca y furiosa. Su servilleta cayó, sin que él se diera cuenta, al suelo. Una vena en su frente palpitó una vez antes de serenarse.

Yo había dicho algo que no debía.

Se colocó a mi lado en el lapso de tiempo que duró un parpadeo y me levantó de la silla. Sus dedos se clavaron en mis codos.

—Hay una leyenda sobre vampiros de la que no hemos hablado, ¿verdad? —Su mirada era extraña, su rostro aterrador. Traté de liberarme retorciéndome, pero sus dedos se clavaron más profundamente—. La de un vampiro que está tan hechizado por una mujer que no puede contenerse.

Repasé mentalmente lo ocurrido. Él me había preguntado qué sabor había sentido yo. Y el sabor que experimenté fue el de él. Luego me dijo lo que él estaba sintiendo y yo dije…

—Oh, Matthew —susurré.

—¿Te preguntas cómo sería si yo te probara a ti? —La voz de Matthew bajó de un ronroneo hacia tono más profundo y peligroso. Por un momento sentí repugnancia.

Antes de que esa sensación pudiera crecer, me soltó los brazos. No había tiempo de reaccionar o de alejarme. Matthew había enredado sus dedos entre mi pelo, con los pulgares apretándome la base del cráneo. Estaba atrapada otra vez, y me dominó una sensación de inmovilidad que arrancaba del contacto frío de sus dedos. ¿Estaba borracha con dos vasos de vino? ¿Me había drogado? ¿Qué otra cosa podría explicar la sensación de que no podía escapar?

—No es sólo tu olor lo que me agrada. Puedo *escuchar* tu sangre de bruja cuando corre por tus venas. —Los labios fríos de Matthew estaban cerca de mi oreja y su aliento era dulce—. ¿Sabías que la sangre de una bruja produce música? Como una sirena que le canta al marinero, pidiéndole que conduzca su embarcación hacia las rocas; la llamada de tu sangre podría suponer mi destrucción… y la tuya. —El tono de sus palabras era tan bajo y profundo que parecía estar hablando directamente en mi mente.

El vampiro empezó a mover los labios con lentitud a lo largo de mi maxilar. Cada lugar que su boca tocaba, se congelaba, para luego arder cuando mi sangre regresaba veloz a la superficie de la piel.

—Matthew —susurré a través de mi garganta atrapada. Cerré los ojos, esperando sentir sus dientes sobre mi cuello, y a la vez imposibilitada para moverme, o no queriendo hacerlo.

En cambio, los labios hambrientos de Matthew se encontraron con los míos. Sus brazos me envolvieron y las puntas de sus dedos balancearon mi cabeza. Mis labios se abrieron bajo los suyos, con mis manos atrapadas entre su pecho y el mío. Debajo de las palmas de mi mano su corazón latió… una vez.

Con el ruido sordo de su corazón, el beso cambió. Matthew no se volvió menos exigente, pero el hambre en su tacto se convirtió en algo agridulce. Sus manos avanzaron suavemente hasta cubrir con ellas mi cara, para luego apartarlas de mala gana. Por primera vez, escuché un sonido suave, disonante. No era como la respiración de un ser humano. Era el sonido de pequeñas cantidades de oxígeno que pasaban a través de los poderosos pulmones de un vampiro.

—Me he aprovechado de tu miedo. No he debido hacerlo —susurró.

Yo tenía los ojos cerrados y todavía me sentía intoxicada, su olor a canela y clavo alejó el aroma a violetas del vino. Intranquila, me revolví entre sus manos.

—Quédate quieta —me dijo con severidad—. Podría no controlarme si te apartas de mí.

Él me había advertido en el laboratorio acerca de la relación entre depredador y presa. En ese momento estaba tratando de conseguir que yo me hiciera la muerta para que el depredador que había en él perdiera el interés por mí.

Pero yo no estaba muerta.

Abrí los ojos de golpe. No había posibilidad de confundirse ante la expresión de su rostro. Era de avidez, de hambre. Matthew era en ese momento una criatura de instintos. Pero yo también tenía instintos.

—Estoy a salvo contigo. —Pronuncié esas palabras con mis labios helados y al mismo tiempo quemaban, no acostumbrados a la sensación del beso de un vampiro.

—Una bruja… a salvo con un vampiro? Nunca estés segura de eso. Sólo se necesitaría un momento. Tú no podrías detenerme si te atacara, y yo no podría detenerme a mí mismo. —Nuestros ojos se encontraron y no se apartaron; ninguno de los dos parpadeó. Matthew dejó escapar un sonido sordo de sorpresa—. ¡Qué valiente eres!

—Nunca he sido valiente.

—Cuando diste sangre en el laboratorio, la manera en que miraste a los ojos a un vampiro, la manera en que expulsaste a las criaturas de la biblioteca, incluso el hecho de que vas día tras día a ese lugar, negándote a permitir que nadie te impida hacer lo que quieres hacer…, todo eso es valentía.

—Eso es terquedad. —Sarah me había explicado la diferencia hacía mucho tiempo.

—He visto antes coraje como el tuyo…, sobre todo en mujeres. —Matthew continuó como si yo no hubiera dicho nada—. Los hombres no lo tienen. Nuestro arrojo nace del miedo. Es pura bravuconería.

Parpadeó y miles de copos de nieve cayeron sobre mí transformándose en simple frescura en cuanto me tocaron. Estiró un dedo frío para recoger una lágrima que había aparecido en las puntas de mis pestañas. Su rostro tenía una profunda expresión de tristeza cuando me bajó suavemente al asiento y se agachó junto a mí, apoyando una mano sobre mi rodilla y la otra sobre el brazo del sillón en el que me había sentado precipitadamente formando un círculo protector.

—Prométeme que nunca harás bromas con un vampiro…, ni siquiera conmigo…, sobre la sangre o sobre qué gusto podrías tener tú.

—Lo siento —susurré, obligándome a no apartar la mirada.

Sacudió la cabeza.

—Me dijiste antes que no sabes mucho acerca de los vampiros. Lo que tienes que comprender es que ningún vampiro es inmune a esta tentación. Los vampiros con conciencia pasan la mayor parte del tiempo tratando de no imaginar a qué sabe cada persona. Si llegas a encontrarte con alguno sin conciencia (y hay muchos que están en esa categoría), entonces, que Dios te ayude.

—No lo pensé. —Todavía no podía pensarlo. Mi mente seguía girando con el recuerdo de su beso, de su furia y de su hambre palpable.

Inclinó la cabeza, apoyando la parte de arriba sobre mi hombro. La *ampulla* de Betania salió del cuello de su jersey y se balanceó como un péndulo y el diminuto ataúd brilló a la luz de las velas.

Habló en voz tan baja que tuve que hacer un esfuerzo para escucharlo.

—No es normal que brujas y vampiros sientan de esta manera. Siento emociones que nunca… —Se interrumpió.

—Lo sé. —Con sumo cuidado apoyé la mejilla contra su pelo. La sensación fue de algo sedoso—. Yo también tengo esas emociones.

Matthew no había movido todavía los brazos, una mano reposaba sobre mi rodilla y la otra en el brazo del sillón. Ante mis palabras los movió lentamente y envolvió mi cintura. La frialdad de su piel atravesó mi ropa, pero no temblé. En cambio, me acerqué para poder apoyar mis brazos en sus hombros.

Un vampiro, evidentemente, podría haberse quedado cómodo en esa posición durante días. Pero para una simple bruja eso no era posible. Cuando me moví un poco, me miró confundido, y luego su rostro se iluminó al darse cuenta.

—Lo había olvidado —dijo, poniéndose de pie suave y rápidamente alejándose de mí. Moví primero una pierna y luego la otra para que volviera la circulación a mis pies.

Me alcanzó mi vino y regresó a su asiento. Una vez que se puso cómodo, traté de

darle algo para que pensara, aparte del sabor que yo tendría.

—¿Cuál fue la quinta pregunta que tuviste que responder para la beca de All Souls? —A los candidatos se los invitaba a presentarse a un examen que consistía en cuatro preguntas que combinaban una provocadora amplitud y profundidad con una endiablada complejidad. Si sobrevivían a las primeras cuatro preguntas, se les hacía la famosa «quinta pregunta». En realidad, no era una pregunta, sino una sola palabra como «agua» o «ausencia». Dependía del candidato la decisión de cómo responder, y sólo la respuesta más brillante le abría a uno las puertas de All Souls.

Estiró la mano por encima de la mesa —sin quemarse— y sirvió un poco más de vino en mi copa.

—«Deseo» —dijo, evitando deliberadamente mis ojos.

Vaya. Mi plan de distracción no había sido precisamente acertado.

—¿«Deseo»? ¿Qué escribiste?

—Hasta donde yo sé, hay sólo dos emociones que hacen que el mundo gire, año tras año. — Vaciló; luego continuó—: Una es el miedo. La otra es el deseo. Sobre eso escribí.

El amor no había ocupado lugar alguno en su respuesta, observé. Era una imagen brutal, un tira y afloja entre dos impulsos iguales pero opuestos. Tenía un cierto toque de verdad, sin embargo, que era mucho más de lo que se podía decir del falaz «el amor es lo que hace que el mundo se mueva». Matthew no dejaba de insistir en que su deseo —de sangre, principalmente— era tan fuerte que ponía todo lo demás en peligro.

Pero los vampiros no eran las únicas criaturas que tenían que controlar impulsos tan fuertes. Gran parte de lo que era considerado como mágico era sólo deseo en acción. La brujería era diferente…, eso requería hechizos y rituales. Pero la magia? Un deseo, una necesidad, un hambre demasiado poderosa como para ser ignorada… eran cosas que podían convertirse en actos cuando cruzaban la mente de una bruja.

Y si Matthew iba a contarme sus secretos, no parecía justo mantener los míos escondidos.

—La magia es el deseo convertido en realidad. Así fue como hice bajar *Notas e Investigaciones* la tarde en que nos conocimos —dije lentamente—. Cuando una bruja se concentra en algo que quiere, y luego imagina cómo podría conseguirlo, puede hacer que se haga realidad. Ésa es la razón por la que tengo que ser tan cuidadosa con mi trabajo. —Tomé un sorbo de vino. Mi mano temblaba sobre la copa.

—Entonces pasas la mayor parte de tu tiempo tratando de no desear cosas, igual que yo. También por algunas razones parecidas. —La mirada como copos de nieve de Matthew recorrió mis mejillas.

—Si te refieres al miedo de saber que si llegara a empezar no habría manera de

detenerme…, sí. No quiero recordar aquella parte de mi vida en la que simplemente cogía las cosas en lugar de ganármelas.

—Entonces todo te lo ganas dos veces. Primero, te lo ganas por no cogerlo sin más ni más, y luego te lo ganas otra vez por medio del trabajo y el esfuerzo. —Se rió amargamente—. Las ventajas de ser una criatura de otro mundo no son muchas, ¿verdad?

Sugirió que nos sentáramos junto a la chimenea sin fuego. Me acomodé en el sofá y él puso algunas galletas con nueces en la mesa a mi lado, antes de desaparecer en la cocina otra vez. Cuando regresó, traía una pequeña bandeja con la botella negra antigua en ella —ya sin corcho— y dos copas con un líquido color ámbar. Me dio una.

—Cierra los ojos y dime lo que hueles —me pidió con su voz de profesor de Oxford. Cerré mis párpados, obediente. El vino parecía a la vez añejo y vibrante. Olía a flores, a nueces, a limones azucarados y a algún otro mundo remoto en el tiempo sobre el que yo, hasta ese momento, sólo había podido leer e imaginar.

—Huele como el pasado. Pero no el pasado muerto. Está muy vivo.

—Abre los ojos y bebe un sorbo.

Cuando el líquido dulce y brillante pasó por mi garganta, algo antiguo y poderoso entró en mi torrente sanguíneo. «Así debe de ser el sabor de la sangre de los vampiros». Guardé mis pensamientos sólo para mí.

—¿Me vas a decir qué es? —le pregunté para averiguar los sabores que había en mi boca.

—Malvasía —respondió con una gran sonrisa—. Uva malvasía añeja, añeja.

—¿Cómo de añeja? —dije con desconfianza—. ¿Tiene tantos años como tú?

Se rió.

—No. No te gustaría beber algo tan viejo como yo. Es de 1795, de uvas cultivadas en las islas de Madeira. Estuvo muy de moda en otros tiempos, pero nadie le presta demasiada atención ahora.

—¡Bien! —dije con avara satisfacción—. Más para mí. —Se rió otra vez y se sentó cómodamente en uno de sus sillones Morris.

Hablamos de su vida en All Souls, de Hamish —que resultó ser otro becario de All Souls— y de las aventuras de ambos en Oxford. Me reí con sus historias sobre las cenas en el comedor y cómo escapaba hasta Woodstock después de cada comida para quitar el sabor de la carne de ternera demasiado cocida de su boca.

—Pareces cansada —observó finalmente, poniéndose de pie después de otra copa de malvasía y otra hora de conversación.

—Estoy cansada. —A pesar de mi fatiga, había algo que tenía que decirle antes de que me llevara a casa. Dejé con cuidado mi copa—. He tomado una decisión, Matthew. El lunes volveré a pedir el Ashmole 782.

El vampiro se sentó con brusquedad.

—No sé cómo rompí el hechizo la primera vez, pero trataré de hacerlo de nuevo. Knox no tiene mucha fe en que vaya a tener éxito. —Tensé los labios—. ¿Y él qué sabe? Él no ha podido romper el hechizo ni una vez. Y tú podrás ver las palabras del palimpsesto mágico que están debajo de las imágenes.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sabes qué hiciste para romper el hechizo? —La frente de Matthew se frunció con gesto de incomprensión—. ¿Qué palabras usaste? ¿A qué poderes recurriste?

—Rompí el hechizo sin darme cuenta —le expliqué.

—Santo cielo, Diana. —Se puso otra vez de pie de un salto—. ¿Knox sabe que no recurriste a la brujería?

—Si lo sabe, no es porque yo se lo dijese. —Me encogí de hombros—. Además, ¿qué importancia tiene eso?

—Importa, porque si no rompiste el hechizo deliberadamente, entonces es porque tú cumples con sus condiciones. En este mismo momento, las criaturas están a la espera de ver cuál fue el contrahechizo que usaste, para copiarlo si pueden y conseguir el Ashmole 782 por sí mismas. Cuando tus hermanas brujas descubran que el hechizo se abrió para ti por sí mismo, no serán tan pacientes y obedientes como hasta ahora.

El rostro enfadado de Gillian apareció ante mis ojos, acompañado de un vivo recuerdo de todo lo que me contó que habían hecho las brujas para poder meterse en los secretos de mis padres. Aparté esos pensamientos, pues mi estómago estaba revuelto, y me concentré en los fallos del argumento de Matthew.

—El hechizo fue formulado más de un siglo antes de que yo naciera. Eso es imposible.

—El hecho de que algo parezca imposible no significa que sea falso —dijo en tono grave—. Newton lo sabía. No podemos saber qué hará Knox cuando comprenda cuál es tu relación con el hechizo.

—Estoy en peligro, vuelva a pedir el manuscrito o no —señalé—. Knox no va a dejar que esto se le escape de las manos, ¿verdad?

—No —aceptó con reticencia—. Y no va a vacilar en usar magia contra ti, aunque todos los humanos de la Bodleiana lo vieran hacerlo. Yo podría no llegar a ti a tiempo.

Los vampiros eran rápidos, pero la magia era más rápida.

—Me sentaré en la mesa cerca de ti, entonces. Lo sabremos tan pronto como el manuscrito me sea entregado.

—No me gusta eso —dijo Matthew, claramente preocupado—. Sólo hay una fina línea entre la valentía y la imprudencia, Diana.

—No es imprudencia…, sólo quiero recuperar mi vida.

—¿Y qué pasa si ésta es tu vida? —preguntó—. ¿Qué pasa si no puedes mantenerte lejos de la magia, después de todo?

—Conservaré algunas partes de ella. —Al recordar su beso, y la repentina e intensa sensación de vitalidad que lo había acompañado, lo miré directamente a los ojos para que supiera que él estaba incluido—. Pero no voy a dejar que me intimiden.

Matthew todavía seguía preocupado por mi plan cuando me acompañó a casa. Cuando doblé por la calle lateral de la residencia para usar la entrada posterior, me cogió la mano.

—De ninguna manera —dijo—. ¿Viste la mirada que me dirigió el portero? Quiero que él sepa que estás a salvo en la residencia.

Atravesamos las irregulares aceras de la calle Holywell, cruzamos por la entrada del Turf Pub y atravesamos los portones del New College. Pasamos junto al atento portero, siempre cogidos de la mano.

—¿Irás a remar mañana? —preguntó Matthew al pie de mi escalera.

Gruñí.

—No, tengo que escribir mil cartas de recomendación. Voy a quedarme en mis habitaciones a poner al día mis papeles.

—Yo voy a Woodstock a cazar —comentó casi sin darle importancia.

—Buena caza, entonces —dije en el mismo tono.

—¿No te molesta saber que saldré a escoger mi propio ciervo para matarlo? —Matthew parecía sorprendido.

—No. A veces yo como perdices. A veces tú te alimentas de ciervos. —Me encogí de hombros—. Honestamente, no veo la diferencia.

Los ojos de Matthew centellearon. Estiró sus dedos ligeramente, pero no me soltó la mano. La levantó hasta sus labios y depositó un lento beso sobre el tierno hueco de la palma.

—Vete a dormir —dijo, liberando mis dedos. Sus ojos dejaron huellas de hielo y nieve que permanecieron no sólo en mi cara, sino también en mi cuerpo.

Sin decir una palabra, volví a mirarlo, asombrada de que un beso en la palma de mi mano pudiera ser tan íntimo.

—Buenas noches —dije, casi con un suspiro—. Te veré el lunes.

Subí los estrechos peldaños hasta mis habitaciones. Quien había arreglado el pomo de mi puerta se había hecho un lío con la llave, y tanto las partes metálicas como la madera estaban llenas de arañazos nuevos. Una vez dentro, encendí las luces. La luz del contestador automático brillaba intermitentemente, por supuesto. Junto a la ventana levanté la mano para indicar que ya estaba a salvo, dentro.

Cuando eché una mirada unos segundos después, Matthew ya había desaparecido.

Capítulo 15

El lunes por la mañana, el aire tenía esa mágica cualidad de quietud tan común en otoño. El mundo entero parecía renovado y brillante, y el tiempo parecía estar suspendido. Salté de la cama al amanecer y me puse la ropa de remo, que esperaba lista, ansiosa por salir afuera.

En el río no hubo nadie durante la primera hora. A medida que el sol asomaba por el horizonte, la niebla retrocedía hacia la línea del agua, de modo que yo me deslizaba entre franjas de neblina y rosados rayos de sol.

Cuando me detuve en el muelle, Matthew me estaba esperando en la curva de los escalones que conducían a la terraza del cobertizo de botes; llevaba una vieja bufanda con rayas marrones y marfil del New College colgada alrededor del cuello. Salí del bote, puse las manos sobre mis caderas y lo miré sin creer lo que veía.

—¿Dónde has conseguido eso? —Señalé con el dedo la bufanda.

—Tienes que ser más respetuosa con los antiguos miembros —dijo con una enorme sonrisa traviesa, echándose un extremo por encima del hombro—. Creo que la compré en 1920, pero sinceramente no me acuerdo. Ciertamente fue después de finalizar la Gran Guerra.

Sin dejar de sacudir la cabeza, llevé los remos al cobertizo para botes. Dos tripulaciones pasaron deslizándose junto al muelle en perfecta y fuerte coordinación en el mismo momento en que yo sacaba mi bote del agua. Mis rodillas se doblaron un poco y el bote se balanceó hacia arriba y hacia delante hasta que se apoyó con todo su peso en mi cabeza.

—¿Por qué no me dejas que te ayude con eso? —exclamó Matthew, levantándose del sitio donde estaba sentado.

—De ninguna manera. —Mis pasos resonaron con firmeza al llevar el bote al interior. Él masculló algo entre dientes.

Una vez colocado el bote en su sitio, Matthew me persuadió fácilmente de desayunar en el café de Mary y Dan. Él iba a tener que estar sentado junto a mí durante buena parte del día, y yo estaba hambrienta después del esfuerzo matutino. Me cogió por el codo y me condujo por entre los otros comensales con su mano en mi espalda con más firmeza que antes. Mary me dio la bienvenida como a una vieja amiga y Steph ni se molestó en ofrecer la carta, simplemente anunció: «Lo de siempre» cuando se acercó a la mesa. No había la menor duda en su voz, y cuando llegó la bandeja —cargada de huevos, tocino, champiñones y tomates— me alegré de no haber insistido en algo más propio de una dama.

Después del desayuno pasé velozmente por la portería y escaleras arriba hasta mis habitaciones para darme una ducha y cambiarme la ropa. Fred miró por su ventana para ver si era efectivamente el Jaguar de Matthew el que había aparcado frente a los portones. Sin duda los porteros estaban cruzando apuestas tratando de saber adónde conduciría nuestra relación curiosamente formal. Esa mañana fue la primera vez que logré convencer a Matthew de que me dejara en la entrada sin acompañarme.

—Es de día y Fred se pondrá furioso si obstruyes su entrada en horario de reparto de mercancías —protesté cuando Matthew empezó a bajar del coche. Me miró con cierta irritación, pero estuvo de acuerdo en que el simple hecho de aparcar en la entrada podía entorpecer cualquier movimiento de vehículos.

Esa mañana, cada paso de mi rutina tenía que ser lento y deliberado. Mi ducha fue larga y pausada, con el agua caliente deslizándose sobre mis músculos cansados. Sin apresurarme, me puse unos cómodos pantalones negros, un jersey de cuello alto para evitar que se me agarrotaran los hombros en la cada vez más fría biblioteca y una razonablemente presentable chaqueta azul oscuro para aligerar el intenso negro. Até mi pelo en una cola de caballo baja. El mechón de delante se cayó como siempre y, con un gruñido, me lo puse detrás de la oreja.

A pesar de mis esfuerzos, mi ansiedad aumentó cuando abrí las puertas de cristal de la biblioteca. El vigilante entrecerró los ojos ante mi sonrisa inusitadamente afectuosa y tardó una buena cantidad de tiempo cotejando mi cara con la fotografía en mi carné de lector. Finalmente me dejó entrar y me apresuré escaleras arriba hasta la sala Duke Humphrey.

No había pasado más de una hora desde que había estado con Matthew, pero la imagen de él en el primer grupo de mesas isabelinas, instalado en una de las incómodas sillas del ala medieval, era bienvenida. Levantó la vista cuando mi ordenador portátil golpeó sobre la superficie de madera gastada.

—¿Está aquí? —susurré, sin querer mencionar el nombre de Knox.

Matthew asintió sombríamente con la cabeza.

—Está en el ala Selden.

—Bien, por lo que a mí respecta, puede esperar allí todo el día —dije entre dientes mientras cogía un formulario de solicitud en blanco de la bandeja rectangular que había sobre la mesa. Allí escribí «Ashmole MS 782», mi nombre y mi número de carné de biblioteca.

Sean estaba en el mostrador de préstamos.

—Tengo dos manuscritos reservados —le dije con una sonrisa. Entró en la jaula y regresó con mis manuscritos, luego estiró la mano para recibir mi nuevo pedido. Puso el formulario de pedido en el gastado sobre de cartón gris que iba a ser enviado al depósito.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —preguntó Sean.

—Por supuesto. —Hice un gesto para indicarle a Matthew que se quedara en su sitio y seguí a Sean por la puerta hacia el ala de las Artes, que, al igual que el ala Selden, corría perpendicular a la parte más larga de la antigua biblioteca. Nos detuvimos debajo de una serie de ventanas emplomadas que dejaban entrar el débil sol matutino.

—¿Te está molestando?

—¿El profesor Clairmont? No.

—No es asunto mío, pero no me gusta. —Sean miraba preocupado por el pasillo central, como si esperara que Matthew saliera de sopetón y lo mirara furioso—. Todo este lugar se ha llenado de bichos raros durante esta última semana más o menos.

Al no poder contradecirlo, recurrí a hacer suaves ruidos de comprensión.

—Me avisarás si algo no marcha bien, ¿verdad?

—Por supuesto, Sean. Pero con el profesor Clairmont no hay problema. No tienes que preocuparte por él.

Mi viejo amigo parecía poco convencido.

—Sean tal vez sepa que soy diferente…, pero parece que no soy tan diferente como tú —le dije a Matthew al regresar a mi asiento.

—Pocos lo son —replicó sombríamente mientras volvía a su lectura.

Encendí mi ordenador y traté de concentrarme en mi trabajo. Pasarían horas antes de que apareciera el manuscrito. Pero pensar en la alquimia me resultaba más difícil que nunca, atrapada como estaba entre un vampiro y el mostrador de préstamos. Cada vez que llegaban nuevos libros de los depósitos, yo levantaba la vista.

Después de varias falsas alarmas, oí unos suaves pasos que se acercaron desde el ala Selden. Matthew se puso tenso en su asiento.

Peter Knox se acercó y se detuvo.

—Doctora Bishop —dijo con frialdad.

—Señor Knox. —Mi voz fue igualmente fría y volví mi atención al volumen abierto ante mí.

Knox dio un paso en dirección a mí.

Matthew habló en voz baja, sin levantar sus ojos de las obras de Needham:

—Yo me detendría ahí, a menos que la doctora Bishop desee hablar con usted.

—Estoy muy ocupada. —Una sensación de presión rondaba mi frente, y una voz susurró dentro de mi cráneo. Cada gramo de mi energía estaba dedicado a mantener al brujo fuera de mis pensamientos—. Le he dicho que estoy ocupada —repetí con dureza.

Matthew dejó su lápiz y se apartó de la mesa.

—El señor Knox ya se iba, Matthew. —Me volví a mi ordenador portátil y escribí algunas palabras que no eran más que disparates.

—Espero que usted se dé cuenta de lo que está haciendo —espetó Knox.

Matthew gruñó y apoyé ligeramente una mano sobre su brazo. La mirada de Knox se concentró en el lugar donde los cuerpos de una bruja y un vampiro se tocaron.

Hasta ese momento, Knox sólo había sospechado que Matthew y yo estábamos demasiado cerca para la tranquilidad de las brujas. En este instante estuvo seguro.

«Usted le ha dicho a él lo que sabe sobre nuestro libro». La dura voz de Knox resonó en toda mi cabeza, y aunque traté de resistir su intromisión, el mago era demasiado poderoso. Cuando superó mis barreras, ahogué un grito y abrí la boca sorprendida.

Sean, desde el mostrador de préstamos, levantó la vista alarmado. El brazo de Matthew vibró y su gruñido se apagó hasta convertirse en un ronroneo de algún modo más amenazador.

—¿Quién ha atraído la atención humana ahora? —le susurré al mago a la vez que le apretaba el brazo a Matthew para hacerle saber que no necesitaba su ayuda.

Knox sonrió de manera desagradable.

—Usted ha atraído la atención de algo más que seres humanos esta mañana, doctora Bishop. Antes del anochecer todas las brujas en Oxford sabrán que es una traidora.

Los músculos de Matthew se encogieron y se llevó la mano hacia el ataúd que llevaba alrededor del cuello.

«Oh, Dios mío —pensé—, va a matar a un brujo en la Bodleiana». Me coloqué abiertamente entre ambos.

—Basta —le dije a Knox en voz baja—. Si no se retira, le diré a Sean que usted me está acosando y haré que llame al guardia de seguridad.

—La luz en el ala Selden es demasiado brillante hoy —dijo Knox finalmente, evitando el enfrentamiento—. Creo que me trasladaré a otra parte de la biblioteca. —Se alejó.

Matthew retiró mi mano de su brazo y empezó a recoger sus pertenencias.

—Nos vamos.

—De eso nada. No nos iremos hasta que tengamos ese manuscrito.

—¿No has oído? —dijo Matthew en tono feroz—. ¡Te ha amenazado! Puedo prescindir de ese manuscrito, pero no de… —Se detuvo bruscamente.

Empujé a Matthew de vuelta a su asiento. Sean seguía mirando hacia donde estábamos nosotros, con la mano preparada para coger el teléfono. Con una sonrisa sacudí la cabeza mirándolo antes de volver a ocuparme del vampiro.

—Es culpa mía. No debía haberte tocado estando él delante —murmuré, bajando mi mirada a su hombro, donde todavía estaba apoyada mi mano.

Los fríos dedos de Matthew me levantaron la barbilla.

—Lamentas haberme tocado… o el hecho de que el mago te haya visto?

—Ninguna de las dos cosas —susurré. Sus ojos grises pasaron de la tristeza a la sorpresa en un instante—. Pero a ti no te gusta que sea imprudente.

Cuando Knox se acercó otra vez, la presión de Matthew sobre mi barbilla aumentó, con todos sus sentidos dirigidos al mago. Knox se detuvo a unas cuantas mesas de distancia, y entonces el vampiro volvió a prestarme atención a mí.

—Una palabra suya más y nos vamos…, esté o no esté el manuscrito. Lo digo en serio, Diana.

Pensar en ilustraciones de alquimia me resultó imposible después de eso. La advertencia de Gillian sobre lo que les ocurría a las brujas que tenían secretos con otras brujas y la firme declaración de Knox de que yo era una traidora resonaban en mi cabeza. Cuando Matthew trató de hacer una pausa para comer, me negué. El manuscrito todavía no había aparecido, y no podíamos estar en Blackwell's cuando llegara…, y menos con Knox rondando tan cerca.

—¿Has visto todo lo que he desayunado? —le pregunté a Matthew cuando insistió—. No tengo hambre.

Mi daimón amante del café apareció por allí un rato después, haciendo girar sus auriculares con el cordón.

—Hola —nos saludó con un gesto a Matthew y a mí.

Matthew levantó bruscamente la vista.

—Me alegra veros a los dos otra vez. ¿Os parece bien si miro mi correo electrónico aquí, ya que el brujo está con vosotros?

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, conteniendo una sonrisa.

—Timothy —contestó, balanceándose sobre los talones. Tenía puesto un par de botas desiguales, una roja y otra negra. Sus ojos eran también de diferente color…, uno era azul y el otro verde.

—Por supuesto que puedes ver tu correo electrónico, Timothy.

—Eres un encanto. —Me apuntó con los dedos, giró sobre el tacón de la bota roja, y se alejó.

Al cabo de una hora me puse de pie, sin poder controlar ya mi impaciencia.

—El manuscrito ya debería haber llegado.

El vampiro me siguió con la mirada a lo largo de los dos metros de espacio libre hasta el mostrador de préstamos. Sentí sus ojos duros y penetrantes como el hielo, en lugar de suaves como una nevada, que se afirmaban en mis omóplatos.

—Hola, Sean. ¿Puedes averiguar si el manuscrito que pedí esta mañana ya ha sido entregado?

—Debe de tenerlo otra persona —explicó Sean—. No ha llegado nada para ti.

—¿Estás seguro? —Nadie lo tenía.

Sean revisó los formularios y encontró mi pedido. Había una nota de papel adherida a él.

—Está perdido.

—No está perdido. Lo vi hace algunas semanas.

—Veamos. —Dio la vuelta al mostrador y se dirigió a la oficina del supervisor. Matthew levantó la vista de sus papeles y observó a Sean cuando golpeaba la puerta abierta.

—La doctora Bishop quiere este manuscrito y hay una nota que dice que está perdido — explicó Sean. Le alcanzó el formulario.

El señor Johnson consultó un libro sobre su escritorio, deslizando sus dedos sobre líneas y líneas escritas por generaciones de supervisores de la sala de lectura.

—Ah, sí, el Ashmole 782. Ése ha estado perdido desde 1859. No tenemos microfilm. —El sillón de Matthew hizo ruido al apartarse del escritorio.

—Pero lo vi hace sólo unas semanas.

—Eso es imposible, doctora Bishop. Nadie ha visto este manuscrito en ciento cincuenta años. —El señor Johnson parpadeó detrás de sus gafas de gruesa montura.

—Doctora Bishop, ¿puedo mostrarle algo cuando tenga un momento? —La voz de Matthew me sobresaltó.

—Sí, por supuesto. —Me volví hacia él sin mirarlo—. Gracias —le susurré al señor Johnson.

—Nos vamos. Ahora —dijo Matthew entre dientes. En el pasillo, distintas criaturas nos observaban atentamente. Vi a Knox, a Timothy, a las hermanas Scary, a Gillian… y algunas otras caras desconocidas. Por encima de las altas estanterías, los antiguos retratos de reyes, reinas y otros personajes ilustres que decoraban las paredes de la sala de lectura Duke Humphrey nos miraban también, con la misma intensidad de amarga desaprobación.

—No puede haberse perdido. Yo lo vi —repetí aturdida—. Deberíamos hacer que lo comprobaran.

—No hables de eso ahora… , ni siquiera pienses en ello. —Recogió mis cosas con la velocidad de un rayo. Sus manos eran apenas una mancha cuando guardó mi trabajo y apagó el ordenador.

Empecé a recitar obedientemente la lista de monarcas ingleses en mi cabeza, empezando por Guillermo el Conquistador, para limpiar mi mente de todo pensamiento acerca del manuscrito desaparecido.

Knox pasó cerca, escribiendo afanosamente un texto en su teléfono móvil. Lo seguían las hermanas Scary, que tenían un aspecto más sombrío que de costumbre.

—¿Por qué se van todos? —le pregunté a Matthew.

—No retiraste el Ashmole 782. Se están reagrupando. —Me entregó bruscamente mi bolso y mi ordenador y cogió mis dos manuscritos. Con su mano libre me agarró por el codo y nos dirigimos hacia el mostrador de préstamos. Timothy saludó tristemente con la mano desde el ala Selden antes de hacer un signo de la paz y darse

la vuelta.

—Sean, la doctora Bishop regresa a la residencia conmigo para ayudarme a solucionar un problema que he encontrado en las obras Needham. No va a necesitar éstos durante el resto del día. Yo tampoco voy a volver hoy. —Matthew le entregó a Sean los manuscritos en sus cajas. Éste le dirigió una sombría mirada al vampiro antes de colocarlos en una pila más ordenada y se dirigió a donde se guardaban con llave los manuscritos.

No intercambiamos ni una palabra al bajar las escaleras, y cuando empujamos las puertas de cristal para salir al patio, yo estaba a punto de estallar con un torrente de preguntas.

Peter Knox estaba apoyado contra las barandillas de hierro que rodeaban la estatua de bronce de William Herbert. Matthew se detuvo bruscamente para colocarse delante de mí y con un rápido paso y un movimiento de sus hombros quedé detrás de su considerable volumen.

—Ah, doctora Bishop, así que no ha vuelto a conseguirlo —dijo Knox lleno de malicia—. Le dije que había sido pura casualidad. Ni siquiera una Bishop podría romper ese hechizo sin un adecuado entrenamiento en brujería. Su madre podría haberlo logrado, pero usted no parece compartir su talento.

Matthew apretó los labios, pero no dijo nada. Estaba tratando de no interferir entre un brujo y una bruja, pero no iba a poder resistirse indefinidamente al deseo de estrangular a Knox.

—Está perdido. Mi madre tenía un gran talento, pero no era un sabueso. —Me encolericé, y Matthew alzó la mano ligeramente para serenarme.

—Ha estado perdido —replicó Knox—. Y usted lo encontró de todos modos. Pero es bueno que no haya podido romper el hechizo una segunda vez.

—¿Y por qué? —pregunté con impaciencia.

—Porque no podemos dejar que nuestra historia caiga en las manos de animales como él. Brujos y vampiros no se mezclan, doctora Bishop. Hay excelentes razones para ello. Recuerde quién es usted. Si no lo hace, lo va a lamentar.

«Una bruja no debe mantener secretos con otras brujas. Algo malo sucede cuando eso ocurre». La voz de Gillian resonó en mi cabeza, y las paredes de la Bodleiana se aproximaron. Luché por contener el pánico que comenzaba a salir a la superficie.

—Amenácela otra vez y lo mataré aquí mismo. —La voz de Matthew era serena, pero la expresión petrificada de un turista que pasaba por allí indicó que su cara expresaba emociones más fuertes.

—Matthew —dije en voz baja—, aquí no.

—¿Ahora se dedica a matar brujos, Clairmont? —Knox lo miró desdeñosamente —. ¿Se ha quedado sin vampiros y sin humanos para atacar?

—Déjela tranquila. —Matthew utilizó un tono inexpresivo, pero su cuerpo estaba

listo para atacar si Knox movía un solo músculo en dirección a mí.

El mago frunció el ceño.

—Eso es imposible. Ella nos pertenece a nosotros, no a usted. Igual que el manuscrito.

—¡Matthew! —repetí con más urgencia. En ese momento, un muchacho humano de trece años con un aro en la nariz y rostro preocupado lo observaba con interés—. Los humanos nos están mirando.

Estiró la mano hacia atrás y agarró mi mano con la suya. La impresión de la piel fría sobre algo cálido y la sensación de que estaba atada a él fueron simultáneas. Me arrastró hacia delante, metiéndome debajo de su hombro.

Knox se rió con desdén.

—Se va a necesitar más que eso para mantenerla a salvo, Clairmont. Ella conseguirá el manuscrito para nosotros. Nos aseguraremos de que así sea.

Sin decir una palabra más, Matthew me llevó a través del patio interior para seguir por el amplio camino adoquinado que daba la vuelta alrededor de la Cámara Radcliffe. Miró los cerrados portones de hierro de All Souls, lanzó una imprecación rápidamente y, con entusiasmo, siguió conduciéndome hacia High Street.

—No falta mucho —dijo, apretando mi mano con un poco más de fuerza.

Matthew no me soltó al llegar a la portería y le hizo una leve y seca inclinación de cabeza al portero al pasar rumbo a sus habitaciones. Subimos hasta la buhardilla, que estaba tan cálida y cómoda como la noche del sábado.

Matthew lanzó sus llaves sobre el aparador y me dejó sin ceremonia sobre el sofá. Desapareció en la cocina y regresó con un vaso de agua. Me lo dio, y lo sostuve sin beber hasta que él frunció el ceño de manera tan misteriosa que tomé un sorbo y casi me ahogo.

—¿Por qué no pude conseguir el manuscrito la segunda vez? —Estaba molesta por el hecho de que Knox tuviera razón.

—Tenía que haber seguido mis instintos. —Matthew estaba de pie junto a la ventana, abriendo y cerrando el puño de su mano derecha sin prestarme la menor atención—. No comprendemos tu conexión con el hechizo. Estás en grave peligro desde que viste el Ashmole 782.

—Knox puede amenazar, Matthew, pero no va a hacer ninguna estupidez delante de tantos testigos.

—Vas a quedarte unos días en Woodstock. Te quiero lejos de Knox… Basta de encuentros casuales en la universidad; nada de pasar cerca de él en la Bodleiana.

—Knox tenía razón. No puedo conseguir otra vez el manuscrito. Ya no me hará ningún caso.

—Eso es una fantasía, Diana. Knox quiere comprender los secretos del Ashmole 782 tanto como tú o como yo. —El aspecto normalmente impecable de Matthew

estaba empezando a verse afectado. Se pasó los dedos por el cabello hasta que se le quedó apelmazado en unas partes y levantado en otras, como un espantapájaros.

—¿Cómo podéis estar tan seguros de que hay secretos en el texto escondido? —pregunté, y me dirigí hacia la chimenea—. Es un libro de alquimia. Tal vez no sea más que eso.

—La alquimia es la historia de la creación contada desde la química. Las criaturas son química plasmada en la biología.

—Pero cuando el Ashmole 782 fue escrito, ellos no sabían nada de biología ni compartían tu visión de la química.

Matthew entrecerró los ojos hasta convertirlos en pequeñas rendijas.

—Diana Bishop, me sorprende tu estrechez de pensamiento. —Y realmente lo decía en serio— . Las criaturas que elaboraron el manuscrito podían no saber nada del ADN, pero ¿qué pruebas tienes de que no se estaban haciendo las mismas preguntas acerca de la creación que un científico moderno?

—Los textos de alquimia son alegorías, no manuales de instrucciones. —Desvié el miedo y la frustración que había sentido hacia él en los días anteriores—. Pueden sugerir verdades más grandes, pero no se puede desarrollar un experimento fiable a partir de ellas.

—Nunca dije que se pudiese —respondió, con los ojos todavía ensombrecidos por el enfado disimulado—. Pero estamos hablando de lectores potenciales que son brujas, daimones y vampiros. Un poco de lectura sobrenatural, una pizca de creatividad de otro mundo y algunos recuerdos para llenar los espacios en blanco pueden darles a las criaturas la información que no queremos que ellas tengan.

—¡La información que tú no quieres que ellas tengan! —Recordé mi promesa a Agatha Wilson, y alcé la voz—: Eres tan perverso como Knox. Quieres tener el Ashmole 782 para satisfacer tu propia curiosidad. —Me picaban las manos cuando cogí mis cosas.

—Cálmate. —Había un tono en su voz que no me gustó.

—Deja de decirme qué debo hacer. —La sensación de picazón se hizo más intensa.

Mis dedos se volvieron de color azul brillante y lanzaban pequeños arcos de fuego que en los bordes destellaban como las bengalas de los pasteles de cumpleaños. Dejé caer mi ordenador y levanté las manos.

Matthew tenía que haberse quedado horrorizado; sin embargo se mostraba intrigado.

—¿Te ocurre eso a menudo? —Su voz era cuidadosamente inexpresiva.

—¡Oh, no! —Corrí hacia la cocina, dejando una estela de chispas.

Matthew llegó antes que yo a la puerta.

—Nada de agua —ordenó ásperamente—. Huelen a electricidad.

¡Ah, eso explicaba por qué la última vez prendí fuego a la cocina!

Permanecí en silencio, manteniendo las manos alzadas entre nosotros. Observamos durante varios minutos mientras el color azul abandonaba las puntas de mis dedos y las chispas desaparecían por completo, dejando el perceptible olor al falso contacto de un cable eléctrico.

Cuando los fuegos artificiales terminaron, Matthew se apoyó contra el marco de la puerta de la cocina con el aire indiferente de un aristócrata del Renacimiento a la espera de que alguien pinte su retrato.

—Bien —dijo, mirándome inmóvil como un águila preparada para saltar sobre su presa—, eso ha sido interesante. ¿Siempre te pones así cuando te enfadas?

—Yo no me enfado —repliqué, alejándome de él. Me aferró con su mano y me hizo girar hacia atrás para obligarme a mirarle de frente.

—No te vas a librar tan fácilmente. —La voz de Matthew era suave, pero el tono afilado volvió a aparecer—. Tú te enfadas, acabo de verlo. Y has dejado al menos un agujero en mi alfombra que lo demuestra.

—¡Déjame marchar! —Mi boca se retorció formando lo que Sarah llamaba mi «expresión malhumorada». Era suficiente para hacer que mis alumnos temblaran. En ese momento esperaba que sirviera para obligar a Matthew a enroscarse como una pelota y echarse a rodar. Como mínimo, quería que quitara su mano de mi brazo para poder salir de allí.

—Ya te lo advertí, la amistad con los vampiros es complicada. No podría dejarte ir ahora, aunque quisiera hacerlo.

Bajé la mirada hacia su mano. Matthew la retiró con un bufido de impaciencia, y me giré para recoger mi bolso.

En realidad, uno no debería darle la espalda a un vampiro cuando se ha estado discutiendo con él.

Matthew me envolvió con sus brazos desde atrás, apretando mi espalda contra su pecho con tanta fuerza que podía sentir cada músculo en tensión.

—Ahora —me dijo directamente al oído— vamos a hablar como seres civilizados acerca de lo ocurrido. No vas a huir de esto… ni de mí.

—Déjame marchar, Matthew. —Me revolví en sus brazos.

—No.

Ningún hombre se había negado a mis ruegos cuando había pedido que dejara de hacer algo…, ya estuviera sonándose la nariz en la biblioteca o tratando de meter su mano debajo de mi camisa después de una película. Me revolví otra vez. Matthew apretó más los brazos.

—Deja de luchar contra mí. —Parecía divertirse—. Te cansarás mucho antes que yo, te lo aseguro.

En mi clase de defensa personal para mujeres me habían enseñado qué hacer si

alguien me agarraba desde atrás. Levanté el pie para pisar con fuerza el suyo. Matthew lo movió y mi pisotón se encontró con el suelo vacío.

—Podemos hacer esto toda la tarde si quieres —murmuró—. Pero, sinceramente, no te lo recomiendo. Mis reflejos son mucho más rápidos que los tuyos.

—Suéltame y hablaremos —dije con los dientes apretados.

Se rió en silencio y su perfumada respiración me hizo cosquillas en la desprotegida piel de la nuca.

—Eso no ha sido un intento brillante de negociación, Diana. No, vamos a hablar así. Quiero saber con qué frecuencia se vuelven azules tus dedos.

—Muy esporádicamente. —Mi instructor me había recomendado relajarme si me agarraban desde atrás para deslizarme fuera de los brazos del agresor. Pero los brazos de Matthew simplemente apretaron más—. Algunas veces, cuando era niña, incendiaba cosas…, las alacenas de la cocina, pero eso pudo haber sido porque traté de poner las manos en el fregadero y el fuego empeoró. Las cortinas de mi dormitorio, una o dos veces. Un árbol en el jardín…, pero fue sólo un árbol pequeño.

—¿Y desde entonces?

—Ocurrió la semana pasada, cuando Miriam me hizo enfadar.

—¿Por qué te hizo enfadar? —preguntó, apoyando su mejilla contra un lado de mi cabeza. Era reconfortante, si pasaba por alto el hecho de que me estaba reteniendo en contra de mi voluntad.

—Me dijo que tenía que aprender a cuidarme a mí misma y dejar de confiar en que tú me ibas a proteger. En síntesis, me acusó de hacer el papel de doncella afligida. —Sólo pensar en ello hizo que me hirviera la sangre y me empezaran a picar todos los dedos otra vez.

—Tú eres muchas cosas, Diana, pero doncella afligida no es una de ellas. Has tenido esta reacción dos veces en menos de una semana —dijo Matthew, pensativo—. Interesante.

—No lo creo.

—No. Supongo que para ti no lo es —dijo—, pero de todos modos es interesante. Ahora cambiemos de tema. —Su boca se movió hacia mi oreja, y traté, sin éxito, de apartarla—. ¿Qué tontería es esa de que lo único que me interesa es un antiguo manuscrito?

Me ruboricé. Aquello me mortificó.

—Sarah y Em me dijeron que sólo pasabas tiempo conmigo porque querías algo. Supongo que se trata del Ashmole 782.

—Pero eso no es verdad, ¿no? —susurró, pasando los labios y la mejilla suavemente sobre mi pelo. Mi sangre reaccionó y empezó a canturrear. Hasta yo podía escucharla. Él se rió de nuevo, esta vez con satisfacción—. Estaba convencido de que no lo creíste. Sólo quería estar seguro.

Mi cuerpo se relajó sobre el suyo.

—Matthew… —comencé a decir.

—Te voy a soltar —me interrumpió—. Pero no trates de salir corriendo por la puerta, ¿comprendes?

Éramos otra vez la presa y el depredador. Si yo corría, sus instintos le dirían que saliera a perseguirme. Asentí con la cabeza y él apartó sus brazos de mí, dejándome extrañamente inestable.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Allí estaba él, con las manos sobre las caderas, una sonrisa torcida en su cara—. Eres la criatura más exasperante que jamás he conocido.

—Nadie sabe qué hacer conmigo.

—Eso puedo creerlo. —Me miró detenidamente por un momento—. Nos vamos a Woodstock.

—¡No! Estoy perfectamente segura en la universidad. —Él me había advertido sobre los vampiros y su instinto protector. Tenía razón…, no me gustaba eso.

—Eso no es cierto —replicó con un destello enfadado en sus ojos—. Alguien ha tratado de entrar por la fuerza en tus habitaciones.

—¿Qué? —Me sentí aterrada.

—La cerradura floja, ¿recuerdas?

Era cierto que había señales en el marco, pero yo había decidido que Matthew no debía enterarse.

—Te alojarás en Woodstock hasta que Peter Knox se vaya de Oxford.

En mi cara apareció reflejada la consternación.

—No lo pasarás tan mal —agregó amablemente—. Harás todo el yoga que quieras.

Con Matthew en el papel de guardaespaldas, no tenía yo demasiadas opciones. Y si él tenía razón, y yo sospechaba que la tenía, alguien ya había logrado escabullirse del control de Fred para entrar en mis habitaciones.

—Vamos —dijo, recogiendo la bolsa con mi ordenador—. Te llevaré a tu residencia y esperaré mientras preparas tus cosas. Pero esta conversación sobre la relación entre el Ashmole 782 y tus dedos azules no ha terminado —continuó, obligándome a mirarlo a los ojos—. Acaba de empezar.

Bajamos al aparcamiento de los miembros de All Souls y Matthew sacó el Jaguar de entre un modesto Vauxhall azul y un viejo Peugeot. Dadas las restricciones de circulación de la ciudad, llegar nos llevó el doble de tiempo de lo que hubiéramos necesitado caminando.

Matthew se detuvo en la entrada de la portería.

—Vuelvo enseguida —dije, colgándome la bolsa del ordenador del hombro mientras él me abría la puerta del coche.

—¡Doctora Bishop, hay correo para usted! —gritó Fred desde la portería.

Recogí el contenido de mi casillero a la vez que mi cabeza latía con fuerza por la tensión y la ansiedad, y agité la mano con mi correo a Matthew antes de ir hacia mis habitaciones.

Una vez dentro, me quité los zapatos con los pies, me froté las sienes y miré el contestador automático. Afortunadamente, no estaba parpadeando. El correo no contenía nada más que facturas y un sobre marrón grande con mi nombre escrito a máquina en él. No traía sellos, lo que indicaba que procedía del correo interno de la universidad. Metí el dedo por debajo de la solapa y saqué el contenido.

Un trozo de papel normal estaba adherido a algo suave y brillante. Escrita a máquina en el papel había una sola palabra: «¿Recuerdas?».

Con las manos temblorosas, saqué un papelito, que cayó planeando al suelo para dejar a la vista una conocida y brillante fotografía. Pero yo sólo la había visto reproducida en blanco y negro en los periódicos. Ésta era en color, y tan brillante y vívida como el día en que había sido tomada, en 1983.

Allí se veía el cuerpo de mi madre, boca abajo, en medio de un círculo de tiza, con la pierna izquierda en un ángulo imposible. Su brazo derecho estaba estirado hacia mi padre, que yacía boca arriba, con la cabeza hundida en un costado y un corte profundo que le abría el torso desde la garganta hasta la ingle. Algunas de sus entrañas habían sido sacadas y estaban junto a él, en el suelo.

Un sonido que podía ser un gemido o un grito salió de mi boca. Caí al suelo, temblando, pero sin poder apartar los ojos de la imagen.

—¡Diana! —La voz de Matthew sonó desesperada, pero estaba demasiado lejos como para que le prestara atención. En la distancia alguien tiró del pomo de la puerta. Se oyeron pasos subiendo las escaleras, una llave chirrió en la cerradura.

La puerta se abrió de golpe y levanté la vista hacia la cara cenicienta de Matthew, junto a la cara de preocupación de Fred.

—¿Doctora Bishop? —exclamó Fred.

Matthew se movió tan rápidamente que Fred tenía que haberse percatado de que era un vampiro. Se agachó delante de mí. Mis dientes castañeteaban en medio de la conmoción.

—Si le doy mis llaves, ¿puede usted llevar mi coche a All Souls? —le preguntó Matthew por encima el hombro—. La doctora Bishop no está bien y no debe quedarse sola.

—No se preocupe, profesor Clairmont. Lo guardaremos aquí, en la plaza del director — respondió Fred. Matthew le arrojó las llaves al portero, que las atrapó con precisión. Mirándome con preocupación, Fred cerró la puerta.

—Voy a vomitar —susurré.

Matthew me ayudó a ponerme de pie y me llevó al baño. Me dejé caer junto al

inodoro y vomité. Solté la fotografía para agarrarme a los bordes de loza. Apenas mi estómago estuvo vacío, los temblores más fuertes desaparecieron, pero cada pocos segundos un escalofrío me recorría todo el cuerpo.

Bajé la tapa y estiré la mano para tirar de la cadena, buscando apoyo en el inodoro. La cabeza me daba vueltas. Matthew me sostuvo antes de que me golpeara contra la pared del baño.

De pronto mis pies ya no estaban en el suelo. El pecho de Matthew estaba junto a mi hombro derecho y su brazo debajo de mis rodillas. Un momento después me colocó suavemente sobre mi cama, encendió la luz y movió la lámpara. Mi muñeca estaba entre sus dedos fríos, y el contacto con él hizo que mi pulso empezara a calmarse. Lo miré a la cara. Parecía tan tranquilo como siempre, salvo por la pequeña vena oscura en su frente que latía ligeramente en intervalos de un minuto, más o menos.

—Voy a buscarte algo de beber. —Me soltó la muñeca y se puso de pie.

Otra oleada de pánico me recorrió por completo. Me levanté de un salto. Todos mis instintos me decían que corriera y me fuera tan lejos y tan rápido como fuera posible.

Matthew me agarró por los hombros, tratando de que lo mirara a los ojos.

—Detente, Diana.

Mi estómago había empujado mis pulmones, haciendo salir todo el aire, y luché para librarme de sus manos, sin saber y sin importarme lo que estaba diciendo.

—Déjame marchar —le imploré, haciendo fuerza contra su pecho con ambas manos.

—Diana, mírame. —No había manera de ignorar la voz de Matthew, ni la atracción casi lunar de sus ojos—. ¿Qué te ocurre?

—Mis padres. Gillian me dijo que las brujas mataron a mis padres. —Mi voz sonaba aguda y tensa.

Matthew dijo algo en una lengua que no entendí.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Dónde estaban? ¿La bruja te dejó un mensaje en el teléfono? ¿Te amenazó? —Me sostuvo con más fuerza.

—Nigeria. Dijo que los Bishop siempre fueron un problema.

—Iré contigo. Déjame hacer algunas llamadas telefónicas primero. —Matthew respiró hondo, estremeciéndose—. Lo siento mucho, Diana.

—¿Ir adónde? —Nada tenía sentido.

—A África. —Matthew parecía confundido—. Alguien tendrá que identificar los cuerpos.

—Mis padres fueron asesinados cuando yo tenía siete años.

Abrió los ojos con asombro.

—A pesar de haber ocurrido hace tanto tiempo, parece como si fuera el único

tema del que las brujas y los brujos quieren hablar últimamente… Gillian, Peter Knox. —Yo temblaba a medida que el pánico aumentaba, cuando sentí que un grito se abría paso en mi garganta. Matthew me apretó contra él antes de que pudiera estallar, sujetándome tan fuerte que notaba las líneas de sus músculos y sus huesos con nitidez contra mi piel. El grito se convirtió en un sollozo—. Algo malo les sucede a las brujas que guardan secretos. Gillian lo dijo.

—No importa lo que ella dijera. No voy a dejar que Knox ni ningún otro brujo o bruja te haga daño. Ahora te tengo a ti. —La voz de Matthew era feroz. Inclinó la cabeza y apoyó la mejilla en mi pelo mientras yo lloraba—. Oh, Diana. ¿Por qué no me lo dijiste?

En algún lugar del fondo de mi alma, una cadena oxidada empezó a desenrollarse. Se fue liberando eslabón por eslabón, saliendo del lugar donde había permanecido sin ser vista, esperándolo a él. Mis manos, que habían estado cerradas y apretadas contra su pecho, se fueron abriendo con ella. La cadena siguió cayendo, hasta una profundidad incalculable donde sólo había oscuridad, y allí estaba Matthew. Finalmente llegó a su máxima longitud, dejándome anclada a un vampiro. A pesar del manuscrito, a pesar del hecho de que mis manos tenían un voltaje suficiente como para hacer funcionar un horno microondas, y a pesar de la fotografía, mientras estuviera conectada a él, estaba segura.

Cuando mis sollozos se calmaron, Matthew se alejó.

—Te voy a traer un poco de agua y luego vas a descansar. —El tono de su voz no invitaba a la discusión, y en cuestión de segundos regresó con un vaso de agua y dos pastillitas.

—Tómate esto —dijo, entregándomelas junto con el agua.

—¿Qué son?

—Un sedante. —Su mirada severa me hizo meterme rápidamente ambas pastillas en la boca, junto con un sorbo de agua—. Las tengo conmigo desde que me dijiste que sufrías ataques de pánico.

—Odio tomar tranquilizantes.

—Has sufrido una conmoción y hay demasiada adrenalina en tu cuerpo. Tienes que descansar.

Matthew me envolvió en el edredón hasta que quedé encerrada en un capullo lleno de bultos. Se sentó en la cama y sus zapatos hicieron un ruido sordo al golpear contra el suelo, para luego tumbarse con la espalda apoyada sobre las almohadas. Cuando abrazó mi cuerpo envuelto en el edredón para apretarme contra él, suspiré. Matthew pasó el brazo izquierdo por encima y me sujetó bien. Mi cuerpo, a pesar de todo aquel envoltorio, se ajustaba perfectamente al de él.

La droga se fue incorporando a mi torrente sanguíneo. Cuando me estaba quedando lentamente dormida, el teléfono de Matthew vibró en su bolsillo. El

sobresalto me despertó.

—No es nada, probablemente Marcus —dijo, rozándome la frente con sus labios. Mis latidos retomaron su ritmo normal—. Trata de descansar. Ya no estás sola.

Todavía podía sentir yo la cadena que me anclaba a Matthew, de bruja a vampiro.

Con los eslabones de esa cadena tensos y brillantes, me dormí.

Capítulo 16

Se veía el cielo oscuro por las ventanas de Diana antes de que Matthew pudiera apartarse de ella. Inquieta al principio, finalmente había caído en un sueño profundo. Él sintió los cambios sutiles en su olor a medida que su conmoción se calmaba y una fría irritación lo dominaba cada vez que pensaba en Peter Knox y en Gillian Chamberlain.

Matthew no podía recordar cuándo se había sentido tan protector con otro ser. Percibía también otras emociones, que se negaba a reconocer o siquiera nombrar.

«Es una bruja —se recordó mientras la observaba dormir—. No es para ti».

Cuanto más lo decía, menos parecía importarle.

Por fin, se apartó suavemente y se deslizó fuera de la habitación, dejando la puerta entreabierta por si acaso ella se movía.

A solas en la sala, el vampiro dejó salir la fría irritación que había mantenido bullendo en su interior durante horas. Su intensidad casi lo ahoga. Cogió el cordón de cuero en el cuello del jersey y tocó las superficies gastadas y suaves del ataúd de plata de Lázaro. El ruido de la respiración de Diana era lo único que le impedía saltar a través de la noche para perseguir a un par de brujos.

Los relojes de Oxford dieron las ocho y su familiar y repetido sonido le hizo recordar la llamada perdida. Sacó su teléfono del bolsillo y revisó los mensajes, pasando rápidamente los avisos automáticos de los sistemas de seguridad de los laboratorios y del Viejo Pabellón. Había varios mensajes de Marcus.

Matthew frunció el ceño y marcó el número para recuperarlos. Marcus no era propenso a alarmarse. ¿Qué podía ser tan urgente?

«Matthew —la voz familiar no tenía nada de su habitual encanto juguetón—, tengo los resultados de las pruebas de ADN de Diana. Son… sorprendentes. Llámame.

La voz grabada todavía no había terminado de hablar cuando el dedo del vampiro ya estaba marcando otra tecla, una sola, en el teléfono. Se pasó la mano que tenía libre por el pelo mientras esperaba que Marcus cogiera el teléfono. Sólo tuvo que esperar un tono.

—Matthew. —No había amabilidad en la reacción de Marcus, sino únicamente alivio. Habían pasado varias horas desde que había dejado los mensajes. Marcus incluso había buscado en el sitio favorito de Matthew en Oxford, el Museo Pitt Rivers, donde el vampiro pasaba muchas horas con su atención dividida entre el esqueleto de un iguanodonte y un retrato de Darwin. Miriam lo había echado

finalmente del laboratorio, harta de sus repetidas preguntas acerca de dónde y con quién podría estar Matthew.

—Está con ella, por supuesto —había dicho Miriam a última hora de la tarde, con un fuerte tono de desaprobación en la voz—. ¿Dónde si no? Y si no vas a seguir trabajando, vete a tu casa y espera allí a que te llame. Aquí me estás interrumpiendo.

—¿Qué indican las pruebas? —La voz de Matthew era baja, pero su rabia era audible.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marcus rápidamente.

Una fotografía boca arriba en el suelo del baño atrajo la atención de Matthew. Era la que Diana sostenía en la mano esa tarde. Entrecerró los ojos al observar la imagen.

—¿Dónde estás? —preguntó con tono irritado.

—En casa —respondió Marcus con cierta inquietud.

Matthew recogió la foto del suelo y siguió su olor hasta donde un pedazo de papel se había deslizado a medias debajo del sofá. Leyó la única palabra del mensaje y respiró hondo.

—Trae los informes y mi pasaporte al New College. Las habitaciones de Diana están en el patio que da al jardín, al final de la escalera siete.

Veinte minutos después Matthew abrió la puerta, con los pelos de punta y una cara con aspecto feroz. El vampiro más joven tuvo que contenerse para no dar un paso hacia atrás.

Marcus le entregó un pasaporte granate con una carpeta de papel de estraza dentro, con movimientos calculados y pacientemente pausados. No iba a entrar en las habitaciones de la bruja sin el permiso de Matthew, y menos cuando el vampiro estaba en ese estado.

El permiso tardó en llegar, pero al fin Matthew cogió la carpeta y se hizo a un lado para que Marcus pudiera entrar.

Mientras Matthew examinaba los resultados de las pruebas de Diana, Marcus lo examinaba a él. Su sensible nariz percibió la madera antigua y las gastadas telas, al mismo tiempo que el olor del miedo de la bruja y las emociones apenas controladas del vampiro. El pelo de su nuca se erizó ante tan volátil combinación y un gruñido reflexivo se frenó en su garganta.

Con el paso de los años, Marcus había llegado a apreciar las mejores cualidades de Matthew: su compasión, su conciencia, su paciencia con aquellos a los que amaba. Y también conocía sus defectos; el primero de ellos, la cólera. La rabia de Matthew era tan destructora que una vez que el veneno había sido expulsado, el vampiro solía desaparecer durante meses o incluso años para terminar de aceptar lo que había hecho.

Y Marcus nunca había visto a su padre tan fríamente furioso como en ese momento.

Matthew Clairmont había entrado en la vida de Marcus en 1777 y la cambió… para siempre. Había aparecido en la granja de Bennett al lado de una camilla improvisada que llevaba al herido marqués de Lafayette de los fatales campos de la batalla de Brandywine. Matthew destacaba por encima de los demás hombres, gritando órdenes a todos sin considerar el rango.

Nadie cuestionaba sus órdenes, ni siquiera Lafayette, que bromeaba con su amigo a pesar de sus heridas. Sin embargo, el buen humor del marqués no podía frenar la afilada lengua de Matthew. Cuando Lafayette protestó que podía arreglárselas mientras soldados con heridas más graves eran atendidos, Clairmont soltó una andanada en francés tan cargada de improperios y amenazas que sus propios hombres lo miraron con temor y el marqués optó por guardar silencio.

Marcus había escuchado, con ojos desorbitados, cuando el soldado francés recriminó al jefe del cuerpo médico del ejército, el estimado doctor Shippen, tras rechazar su proyectado tratamiento como «brutal». Clairmont exigió, en cambio, que el subjefe, el doctor John Cochran, tratara a Lafayette. Dos días después se pudo oír a Clairmont y a Shippen discutiendo en fluido latín los puntos más sutiles de anatomía y fisiología, para deleite del equipo médico y del general Washington.

Matthew había matado a más soldados británicos que cualquier otro antes de que el Ejército Continental fuera derrotado en Brandywine. Los hombres que eran traídos al hospital contaban increíbles historias de su intrepidez en la lucha. Algunos afirmaban que iba directamente hacia las líneas enemigas como si nada, a pesar de las balas y las bayonetas. Cuando los cañones callaron, Clairmont insistió en que Marcus se quedara con el marqués como enfermero.

En el otoño, en cuanto Lafayette pudo montar otra vez, ambos desaparecieron en los bosques de Pensilvania y Nueva York. Regresaron con una legión de guerreros oneida. Los oneida le llamaban Kayewla a Lafayette, por su destreza con el caballo. A Matthew le apodaban Atlutanu'n, el guerrero jefe, por su habilidad para conducir hombres en la batalla.

Matthew permaneció en el ejército hasta mucho después de que Lafayette regresara a Francia. Marcus también continuó en servicio, como segundo ayudante de cirugía. Día tras día, trataba de curar las heridas de los soldados heridos por mosquetes, cañones y espadas. Clairmont siempre lo buscaba a él cuando alguno de sus propios hombres era herido. Decía que Marcus tenía un don para curar.

Poco después de que el Ejército Continental llegara a Yorktown en 1781, Marcus contrajo una fiebre. Su don para curar no sirvió para nada entonces. Yacía helado y temblando, atendido sólo cuando alguien tenía tiempo. Después de cuatro días de sufrimiento, Marcus supo que se estaba muriendo. Cuando Clairmont llegó para visitar a algunos de sus hombres heridos, acompañado otra vez por Lafayette, vio a

Marcus en un catre destartalado en un rincón y sintió el olor de la muerte.

El oficial francés estaba sentado al lado del joven cuando la noche se convirtió en día mientras le estaba contando su historia. Marcus creyó que estaba soñando. ¿Un hombre que bebía sangre al que le resultaba imposible morir? Después de escuchar eso, Marcus quedó convencido de que ya estaba muerto y estaba siendo atormentado por uno de los demonios sobre los que su padre le había advertido diciéndole que se iban a apoderar de su naturaleza pecadora.

El vampiro le explicó a Marcus que podía sobrevivir a la fiebre, pero esto tenía un precio. Primero tendría que renacer. Luego tendría que cazar, y matar, y beber sangre…, incluso sangre humana. Durante un tiempo, su necesidad de sangre le haría imposible trabajar entre los heridos y los enfermos. Matthew prometió enviar a Marcus a la universidad mientras se acostumbraba a su nueva vida.

Poco antes del amanecer, cuando el dolor se tornó insoportable, Marcus decidió que su deseo de vivir era mayor que el miedo a la nueva vida que el vampiro le había presentado. Matthew lo alzó, debilitado y ardiendo de fiebre, lo sacó del hospital y lo trasladó al bosque donde los oneida los esperaban para llevarlos a las montañas. Matthew le sacó toda la sangre en un remoto rincón donde nadie podía escuchar sus gritos. Todavía en la actualidad Marcus podía recordar la tremenda sed que se apoderó de él después. Lo volvía loco, desesperado por beber algo frío y líquido.

Finalmente, Matthew se había desgarrado su propia muñeca con los dientes para que Marcus bebiera. La poderosa sangre del vampiro lo hizo volver a una sorprendente vida.

Los oneida esperaban impasibles en la boca de la cueva y le impedían causar estragos en las granjas cercanas cuando su sed de sangre aparecía. Se habían dado cuenta de lo que era Matthew tan pronto como éste había aparecido en su aldea. Era como Dagwanoenyent, el brujo que vivía en el remolino de viento y no podía morir. Por qué los dioses habían decidido otorgar estos dones al guerrero francés era un misterio para los oneida, pero los dioses se caracterizaban por sus decisiones desconcertantes. Lo único que podían hacer era asegurarse de que sus niños conocieran la leyenda de Dagwanoenyent, enseñándoles cuidadosamente la manera de matar a semejante criatura quemándola, moliendo sus huesos hasta convertirlos en polvo y dispersándolo a los cuatro vientos para que no pudiera volver a renacer.

Frustrado, Marcus había actuado como el niño que era, aullando con frustración e insatisfecha necesidad. Cuando Matthew cazaba un venado para alimentar al joven que había renacido como su hijo, Marcus lo chupaba rápidamente hasta dejarlo seco. Saciaba su hambre, pero no acallaba el sordo golpeteo en sus venas cuando la sangre antigua de Matthew se mezclaba con su cuerpo.

Después de una semana de regresar con caza fresca a su madriguera, Matthew decidió que Marcus estaba listo para salir a cazar él mismo. Padre e hijo rastrearon

venados y osos por profundos bosques y riscos de montañas iluminadas por la luna. Matthew le enseñó a olfatear el aire, a observar en las sombras las menores señales de movimiento, y a percibir los cambios en el viento que podían traer olores frescos a su encuentro. Y enseñó a matar al que antes ejercía como sanador.

En aquellos primeros tiempos, Marcus quería sangre más sustanciosa. La necesitaba también para saciar su profunda sed y alimentar su cuerpo hambriento. Pero Matthew esperó hasta que Marcus pudiera rastrear un venado rápidamente, derribarlo y sacarle la sangre sin realizar ningún desastre antes de permitirle cazar humanos. Estaba prohibido cazar mujeres. Era demasiado confuso para los vampiros recién renacidos, le explicó Matthew, ya que los límites entre sexo y muerte, cortejo y caza, eran líneas demasiado finas.

Al principio, padre e hijo se alimentaron de soldados británicos enfermos. Algunos le pidieron a Marcus que les perdonara la vida, y Matthew le enseñó a alimentarse de seres de sangre caliente sin matarlos. Luego cazaron a los criminales, que imploraban piedad y no la merecían. En cada caso, Matthew hacía que Marcus explicara por qué había escogido a ese hombre en particular como presa. La ética de Marcus se fue desarrollando hasta corresponderse con la manera cautelosa y deliberada que se debe adoptar cuando el vampiro acepta lo que tiene que hacer para sobrevivir.

Matthew era bien conocido por su finamente desarrollado sentido de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Todos sus errores de evaluación podían ser rastreados hasta decisiones tomadas en estado de cólera. A Marcus le habían contado que su padre ya no era tan propenso a esa emoción peligrosa como lo había sido en el pasado. Tal vez fuera así, pero esa noche en Oxford la cara de Matthew tenía la misma expresión sanguinaria que en Brandywine… y no había ningún campo de batalla para descargar su rabia.

—Has cometido un error. —En los ojos de Matthew había un brillo salvaje cuando terminó de examinar detenidamente las pruebas de ADN de la bruja.

Marcus sacudió la cabeza.

—Analicé su sangre dos veces. Miriam confirmó mis conclusiones con el ADN del hisopo. Admito que los resultados son sorprendentes.

Matthew respiró con dificultad.

—Son ridículos.

—Diana posee casi todos los marcadores genéticos que hemos visto siempre en una bruja. — Su boca se tensó en una línea sombría mientras pasaba las páginas hasta llegar a las últimas—. Pero estas secuencias nos tienen preocupados.

Matthew hojeó los datos rápidamente. Había más de dos docenas de secuencias de ADN, algunas cortas y otras largas, con los pequeños signos de interrogación rojos

de Miriam junto a ellos.

—Santo cielo —exclamó, devolviéndoselos a su hijo—. Ya tenemos bastante de qué preocuparnos. Ese bastardo de Peter Knox la ha amenazado. Quiere el manuscrito. Diana trató de recuperarlo, pero el Ashmole 782 volvió a la biblioteca y no quiere salir otra vez. Afortunadamente, Knox está convencido, por ahora, de que ella lo consiguió esa primera vez rompiendo su hechizo deliberadamente.

—¿Y no fue así?

—No. Diana no tiene los conocimientos ni el control suficientes como para hacer algo tan intrincado. Su poder es totalmente indisciplinado. Hizo un agujero en mi alfombra. —Matthew parecía molesto y su hijo se esforzó por no sonreír. El padre adoraba sus antigüedades.

—Entonces mantendremos alejado a Knox y le daremos una oportunidad a Diana de aceptar sus habilidades. Eso no parece demasiado difícil.

—Knox no es mi única preocupación. Diana recibió esto en el correo de hoy. —Matthew cogió la fotografía y la nota que la acompañaba y se las dio a su hijo. Cuando continuó hablando, su voz tenía un tono peligroso e inexpresivo—: Sus padres. Recuerdo haberme enterado de una pareja de brujos estadounidenses muertos en Nigeria, pero hace mucho tiempo. Nunca los relacioné con Diana.

—¡Dios santo! —exclamó Marcus en voz baja. Al mirar la fotografía, trató de imaginar cómo sería recibir una foto de su propio padre destrozado al que se ha dejado para morir en el suelo.

—Hay más. Por lo que yo sé, Diana ha creído durante mucho tiempo que sus padres fueron asesinados por humanos. Ésa es la razón principal por la que ha tratado de mantener la magia fuera de su vida.

—Pero eso es imposible, ¿no? —farfulló Marcus, pensando en el ADN de la bruja.

—Sí —estuvo de acuerdo Matthew. Su expresión era adusta—. Mientras estuve en Escocia, otra bruja estadounidense, Gillian Chamberlain, la informó de que no habían sido humanos, sino hermanos brujos y brujas quienes mataron a sus padres.

—¿Y fue así?

—No estoy seguro. Pero evidentemente hay algo más en esta situación que el descubrimiento del Ashmole 782 por parte de una bruja. —El tono de Matthew se volvió mortífero—: Y pienso descubrir qué es.

Algo plateado destelló sobre el jersey oscuro de su padre. «Lleva puesto el ataúd de Lázaro», se percató Marcus.

Nadie en la familia hablaba abiertamente de Eleanor St. Leger o de los acontecimientos que giraban en torno a su muerte, por temor a empujar a Matthew a uno de sus ataques de furia. Marcus comprendía que su padre no quisiera dejar París en 1140, donde estaba tranquilamente estudiando Filosofía. Pero cuando el jefe de la

familia, el propio padre de Matthew, Philippe, lo llamó de vuelta a Jerusalén para ayudar a resolver los conflictos que continuaban asolando Tierra Santa mucho después de terminada la cruzada de Urbano II, Matthew obedeció sin dudarlo. Había conocido a Eleanor, se había hecho amigo de su dispersa familia inglesa y se había enamorado completamente.

Pero los St. Leger y los De Clermont estaban a menudo en lados opuestos en las disputas, y los hermanos mayores de Matthew —Hugh, Godfrey y Baldwin— lo instaron a que abandonara a la mujer, dejando el terreno libre para que ellos pudieran destruir a aquella familia. Matthew se negó. Un día, una pelea entre Baldwin y Matthew acerca de alguna crisis política insignificante que involucraba a los St. Leger creció hasta descontrolarse. Antes de que pudieran encontrar a Philippe para que los detuviera, intervino Eleanor. Para cuando Matthew y Baldwin recuperaron la calma, ella había perdido demasiada sangre como para recuperarse.

Marcus todavía no comprendía por qué Matthew había dejado morir a Eleanor si la amaba tanto.

Ahora Matthew usaba su insignia de peregrino solamente cuando tenía miedo de estar a punto de matar a alguien o cuando pensaba en Eleanor St. Leger, o ambas cosas.

—Esa fotografía es una amenaza… y no precisamente insignificante. Hamish creyó que el nombre de Bishop iba a hacer que las brujas fueran más cautelosas, pero me temo que está ocurriendo lo contrario. Por grandes que puedan ser sus talentos innatos, Diana no puede protegerse, y es tan independiente, ¡demasiado independiente, maldición!, como para no pedir ayuda. Necesito que te quedes con ella durante unas horas. —Matthew apartó su mirada de la fotografía de Rebecca Bishop y Stephen Proctor—. Voy a buscar a Gillian Chamberlain.

—No puedes asegurar que Gillian haya enviado esa fotografía —señaló Marcus —. Hay dos olores diferentes en ella.

—El otro es el de Peter Knox.

—¡Pero Peter Knox es un miembro de la Congregación! —Marcus sabía que durante las cruzadas se había establecido un consejo de nueve miembros formado por daimones, brujos y vampiros, tres representantes de cada especie. El trabajo de la Congregación era cuidar de la seguridad de todas las criaturas evitando que ninguna de ellas atrajera la atención de los humanos—. Si haces algo en ese sentido, se interpretará como un desafío a su autoridad. Toda la familia quedará implicada. No estarás considerando en serio ponernos en peligro sólo para vengar a una bruja, ¿verdad?

—¿Estás cuestionando mi lealtad? —susurró Matthew.

—No. Estoy cuestionando tu sano juicio —replicó Marcus acaloradamente, mirando sin temor a su padre—. Este ridículo idilio ya es bastante malo. La

Congregación ya tiene una razón para tomar medidas contra ti. No les des otra.

Durante la primera visita de Marcus a Francia, su abuela vampira le había explicado que él ya estaba obligado por un acuerdo que prohibía las relaciones íntimas entre diferentes órdenes de criaturas, así como toda interferencia en la religión y la política de los humanos. Cualquier otra interacción con humanos —incluyendo asuntos del corazón— debía ser evitada, pero se permitía mientras no causara problemas. Marcus prefería pasar el tiempo con vampiros y siempre lo había hecho, de modo que los términos del acuerdo no le habían preocupado demasiado… hasta ese momento.

—Ya no le preocupa a nadie —dijo Matthew a la defensiva; sus ojos grises apuntaron a la puerta del dormitorio de Diana.

—Dios mío, ella no conoce el acuerdo —replicó Marcus desdeñosamente—, y tú no tienes la menor intención de explicárselo. Sabes muy bien, caramba, que no puedes ocultarle eso a ella indefinidamente.

—La Congregación no va a obligar a cumplir una promesa hecha hace casi mil años en un mundo muy diferente. —Los ojos de Matthew estaban en ese momento fijos en un grabado antiguo de la diosa Diana que apuntaba con su arco a un cazador que huía por el bosque. Recordó un pasaje de un libro escrito hacía mucho por un amigo, «Porque ya no son cazadores, sino cazados», y se estremeció.

—Piensa antes de hacerlo, Matthew.

—Ya he tomado mi decisión. —Evitó los ojos de su hijo—. ¿Cuidarás de ella en mi ausencia?, ¿te ocuparás de que esté bien?

Marcus asintió con la cabeza, incapaz de negarse al tono lastimero en la voz de su padre.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Matthew, Marcus se dirigió hacia Diana. Le levantó uno de los párpados, luego el otro y le cogió la muñeca. Olfateó y percibió el miedo y la conmoción que la envolvían. También detectó la droga que todavía seguía circulando por sus venas. «Bien», pensó. Por lo menos su padre había tenido la presencia de ánimo de darle un sedante.

Marcus continuó examinando el estado de Diana, observando minuciosamente su piel y escuchando el sonido de su respiración. Cuando terminó, permaneció en la cabecera junto a la bruja en silencio, vigilando sus sueños. Diana tenía la frente fruncida, como si estuviera discutiendo con alguien.

Después de examinarla, Marcus sabía dos cosas. Primero, Diana se pondría bien. Había sufrido una fuerte conmoción y necesitaba descanso, pero no había ningún daño irreparable. Segundo, el olor de su padre estaba en toda ella. Él lo había hecho deliberadamente para marcar a Diana y que todos los vampiros supieran a quién pertenecía. Eso quería decir que la situación había ido más lejos de lo que Marcus imaginaba. Iba a ser difícil para su padre desprenderse de aquella bruja. Y tendría que

hacerlo, si las historias que la abuela de Marcus le había contado eran ciertas.

Había pasado ya la medianoche cuando Matthew volvió a aparecer. Parecía todavía más enfadado que cuando se había ido, pero su aspecto era inmaculado e impecable, como siempre. Se pasó los dedos por el pelo y se dirigió directamente a la habitación de Diana sin decir ni una palabra a su hijo.

Marcus sabía muy bien que no debía mencionar nada a Matthew en ese momento. Cuando salió de la habitación de la bruja, Marcus se limitó a preguntarle:

—¿Vas a hablar de los resultados de las pruebas de ADN con Diana?

—No —respondió Matthew escuetamente, sin la menor indicación de culpa por ocultarle a ella una información de semejante magnitud—. Ni tampoco voy a decirle lo que los brujos de la Congregación podrían hacerle. Ya ha tenido suficiente.

—Diana Bishop es más fuerte de lo que piensas. No tienes derecho a guardarte esa información para ti solo, si es que vas a seguir compartiendo tu tiempo con ella. —Marcus sabía que la vida de un vampiro se medía no en horas ni en años, sino por los secretos revelados y los guardados. Los vampiros no revelaban sus relaciones personales, ni los nombres que habían adoptado, ni los detalles de las muchas vidas que habían llevado. No obstante, su padre guardaba más secretos que la mayoría, y su impulso de ocultar cosas de su propia familia era sumamente exasperante.

—Mantente alejado de esto, Marcus —le gruñó su padre—. No es asunto tuyo.

Marcus soltó algunas imprecaciones.

—Tus malditos secretos van a ser la ruina de la familia.

Matthew ya había agarrado a su hijo del pescuezo antes de que hubiera terminado de hablar.

—Mis secretos han mantenido a salvo a esta familia durante varios siglos, hijo mío. ¿Dónde estarías tú ahora si no fuera por mis secretos?

—Sería pasto de los gusanos en una tumba sin nombre en Yorktown, supongo —respondió Marcus casi sin aliento y con las cuerdas vocales oprimidas.

Con el paso de los años, Marcus había tratado de desvelar algunos de los secretos de su padre con escaso éxito. Nunca había podido descubrir, por ejemplo, quién había informado a Matthew de que Marcus estaba armando alboroto en Nueva Orleans después de que Jefferson concretara la compra de la Luisiana. Allí, él había creado una familia de vampiros tan bulliciosa y simpática como él entre los ciudadanos más jóvenes y menos responsables de la ciudad. La prole de Marcus —que incluía un número alarmante de jugadores y truhanes— se arriesgaba a ser descubierta por los humanos cada vez que salía después del anochecer. Marcus recordaba que los brujos y brujas de Nueva Orleans habían manifestado claramente que deseaban echarlos de la ciudad.

Entonces apareció Matthew, sin ser invitado ni anunciado, con una hermosa vampira mulata: Juliette Durand. Matthew y Juliette hicieron campaña para poner

orden en la familia de Marcus. En pocos días formaron una alianza para nada santa con un joven y vanidoso vampiro francés en el Garden District que tenía el pelo de un inverosímil color dorado y una veta de crueldad tan ancha como el Misisipi. Y ahí comenzaron los verdaderos problemas.

Al final de los primeros quince días, la nueva familia de Marcus se había vuelto considerable y misteriosamente más pequeña. Cuando el número de las muertes y las desapariciones aumentó, Matthew alzó las manos y murmuró algo acerca de los peligros de Nueva Orleans. Juliette, a la que Marcus había llegado a detestar a los pocos días de haberla conocido, sonrió discretamente y susurró palabras alentadoras en los oídos de su padre. Era la criatura más manipuladora que Marcus había conocido jamás, y se sintió más que encantado cuando ella y su padre se separaron.

Bajo presión de los hijos que le quedaban, Marcus prometió portarse bien, aunque sólo si Matthew y Juliette se iban.

Matthew estuvo de acuerdo, después de establecer con detalles precisos lo que se esperaba de los miembros de la familia De Clermont.

—Si estás decidido a convertirme en abuelo —le recomendó su padre durante una sumamente desagradable entrevista que tuvo lugar en presencia de varios de los vampiros más ancianos y más poderosos de la ciudad—, ten más cuidado. —El recuerdo de la escena todavía hacía palidecer a Marcus.

Quién o qué les daba a Matthew y a Juliette autoridad para actuar como lo hicieron siguió siendo un misterio. La fuerza de su padre, la astucia de Juliette y el brillo del nombre de los De Clermont pudieron haberlos ayudado a conseguir el apoyo de los vampiros. Pero hubo algo más que eso. Todas las criaturas de Nueva Orleans —incluso las brujas— habían tratado a su padre como si fuera de la realeza.

Marcus se preguntaba si su padre habría sido en alguna época remota miembro de la Congregación. Eso explicaría muchas cosas.

La voz de Matthew hizo que los recuerdos de su hijo se desvanecieran.

—Diana puede ser valiente, Marcus, pero no tiene por qué saberlo todo ahora. —Soltó a Marcus y se alejó.

—¿Entonces sabe algo de nuestra familia? ¿De tus otros hijos? —«¿Conoce la historia de tu padre?». Esto último Marcus no lo pronunció en voz alta.

De todas formas, Matthew sabía lo que estaba pensando.

—No ando contando las historias de otros vampiros.

—Cometes un error —insistió Marcus, sacudiendo la cabeza—. Diana no te va a agradecer que le ocultes cosas.

—Eso es lo que tú y Hamish decís. Cuando esté preparada, le contaré todo…, pero no antes. —La voz de su padre era firme—. Mi única preocupación en este momento es hacer que Diana salga de Oxford.

—¿La llevarás a Escocia? Seguramente allí estará fuera del alcance de cualquiera.

—Marcus pensó de inmediato en la lejana propiedad de Hamish—. ¿O la vas a dejar en Woodstock antes de irte?

—¿Antes de irme adónde? —En el rostro de Matthew se dibujó la perplejidad.

—Me pediste que te trajera el pasaporte. —En ese momento fue Marcus quien se mostró perplejo. Eso era lo que su padre solía hacer: se enfadaba y se retiraba en soledad hasta recuperar el autocontrol.

—No tengo ninguna intención de dejar a Diana —replicó Matthew con frialdad —. La voy a llevar a Sept-Tours.

—¡No puedes instalarla bajo el mismo techo que Ysabeau! —La voz sorprendida de Marcus resonó en la pequeña habitación.

—Es mi hogar también —señaló Matthew, con su mandíbula tensa en un gesto de terquedad.

—Tu madre se jacta abiertamente de todas las brujas que ha matado y culpa a cada bruja con la que se encuentra de lo que les ocurrió a Louisa y a tu padre.

Matthew frunció el ceño y por fin Marcus comprendió. La fotografía había traído a la memoria de Matthew la muerte de Philippe y la lucha contra la demencia de Ysabeau en los años posteriores.

Matthew apretó las palmas de sus manos contra las sienes, como si tratara desesperadamente de concebir un plan mejor empujando desde fuera.

—Diana no tuvo nada que ver con ninguna de esas tragedias. Ysabeau lo comprenderá.

—No lo va a comprender…, tú sabes que no lo comprenderá —dijo Marcus obstinadamente. Quería a su abuela y no deseaba hacerle daño. Y si Matthew, su favorito, le llevaba una bruja a su casa, eso iba a dolerle. Y mucho.

—No hay otro lugar más seguro que Sept-Tours. Los brujos y las brujas se lo pensarán dos veces antes de meterse con Ysabeau…, y menos en su propia casa.

—Por el amor de Dios, no las dejes a las dos juntas a solas.

—No lo haré —aseguró Matthew—. Voy a necesitar que tú y Miriam os trasladéis a la casa del vigilante con la esperanza de que eso convenza a todos de que Diana se aloja ahí. Van a descubrir la verdad al final, pero eso puede darnos algunos días de ventaja. Mis llaves las tiene el portero. Vuelve dentro de unas horas, cuando ya nos hayamos ido. Recoge el edredón de la cama de ella (estará impregnado con su perfume) y ve a Woodstock. Quédate allí hasta que tengas noticias mías.

—¿Puedes protegerte a ti mismo y a esa bruja al mismo tiempo? —preguntó Marcus en voz baja.

—Puedo manejarlo —respondió Matthew con seguridad.

Marcus asintió con la cabeza y los dos vampiros se agarraron por los antebrazos, intercambiando una mirada significativa. Cualquier cosa que tuvieran que decirse en momentos como éstos, había sido dicha hacía mucho.

Cuando Matthew se quedó solo de nuevo, se arrellanó en el sofá y metió la cabeza entre sus manos. La vehemente oposición de Marcus lo había conmovido.

Levantó la vista y miró otra vez el grabado de la diosa de la caza que acechaba a su presa. Otro verso del mismo poema antiguo le vino a la mente.

—«La vi venir desde el bosque —susurró—, la que quiere cazarme, amada Diana».

En el dormitorio, demasiado lejos como para que un ser de sangre caliente pudiera haberle oído, Diana se movió y gritó. Matthew corrió a su lado y la abrazó. La necesidad de protegerla reapareció, y con ella una renovada sensación de tener un objetivo.

—Estoy aquí —murmuró sobre los mechones de arco iris que formaban su pelo. Observó el rostro de Diana mientras dormía, con la boca fruncida y una arruga de feroz aspecto entre sus ojos. Era un rostro que había estudiado durante horas y conocía bien, pero sus contradicciones todavía lo fascinaban—. ¿Me has hechizado? —se preguntó en voz alta.

Después de esa noche, Matthew supo que su necesidad de ella era mayor que cualquier otra cosa. Ni su familia ni su próximo banquete de sangre importaban tanto como saber que ella estaba a salvo y al alcance de su mano. Si eso era lo que significaba estar hechizado, estaba perdido.

Tensó los brazos, sosteniendo a Diana, que dormía en una posición que no se hubiera permitido si estuviera despierta. Ella suspiró, acomodándose junto a él.

Si él no hubiera sido un vampiro, no habría comprendido las débiles palabras que ella murmuró al agarrar la *ampulla* y la tela de su jersey, con el puño apoyado con firmeza contra su corazón.

—No estás perdido. Yo te he encontrado.

Matthew se pregunto fugazmente si lo había imaginado, pero sabía que no había sido así.

Ella podía oír sus pensamientos.

No siempre, ni cuando estaba consciente…, todavía no. Pero era sólo cuestión de tiempo que Diana supiera todo lo relacionado con él. Ella iba a conocer sus secretos, las cosas oscuras y terribles a las que él no tenía el coraje necesario para enfrentarse.

Ella respondió con otro débil murmullo:

—Tengo coraje suficiente para los dos.

Matthew inclinó su cabeza hacia la de ella.

—Deberás tenerlo.

Capítulo
17

Había un fuerte sabor a clavo en mi boca, y estaba envuelta como una momia en mi edredón. Cuando me moví dentro de mi envoltura, los viejos muelles de la cama chirriaron un poco.

—Tranquila. —Los labios de Matthew estaban en mi oreja, y su cuerpo formaba un caparazón contra mi espalda. Estábamos acostados como cucharas en un cajón, la una pegada a la otra.

—¿Qué hora es? —Mi voz era áspera.

Matthew se apartó un poco y miró su reloj.

—Es más de la una.

—¿Desde cuándo estoy durmiendo?

—Desde más o menos las seis de la tarde de ayer.

«Ayer».

En mi mente estallaron palabras e imágenes: el manuscrito de alquimia, la amenaza de Peter Knox, mis dedos que se ponían azules por la electricidad, la fotografía de mis padres, la mano de mi madre congelada en una búsqueda que nunca iba a llegar a buen puerto.

—Me diste alguna droga. —Aparté el edredón, tratando de dejar mis manos libres—. No me gusta tomar drogas, Matthew.

—La próxima vez que entres en shock, te dejaré sufrir innecesariamente. —Le dio un solo tirón al edredón, que fue más eficaz que todos mis esfuerzos previos.

El tono afilado de Matthew agitó fragmentos de mi memoria y nuevas imágenes salieron a la superficie. La cara contraída de Gillian Chamberlain que me advertía acerca de guardar secretos, y el pedazo de papel que me ordenaba recordar. Durante algunos momentos tuve otra vez siete años y trataba de comprender cómo era posible que mis vitales y brillantes padres pudieran haber desaparecido de mi vida.

En mis habitaciones estiré la mano hacia Matthew, mientras que en mi recuerdo la mano de mi madre se estiraba buscando a mi padre en medio de un círculo de tiza. La persistente desolación de mi infancia ante su muerte chocaba con una nueva empatía adulta ante el desesperado intento de mi madre por tocar a mi padre. De manera brusca, me aparté de los brazos de Matthew, recogí las rodillas hasta mi pecho para formar un ovillo apretado y protector.

Matthew quería ayudar —me daba cuenta de eso—, pero estaba poco seguro de mí, y la sombra de mis propias emociones caía sobre su rostro.

La voz de Knox resonó otra vez en mi mente, llena de veneno: «Recuerda quién

eres».

«¿Recuerdas?», decía la nota.

Sin advertencia alguna, me volví hacia el vampiro, acortando rápidamente la distancia entre los dos. Mis padres habían desaparecido, pero Matthew estaba allí. Metí la cabeza bajo su barbilla, escuché durante varios minutos a la espera del siguiente bombeo de sangre en su sistema. Los pausados ritmos de su corazón de vampiro pronto me adormecieron.

Mi propio corazón latía con fuerza cuando me desperté otra vez en la oscuridad; eché hacia atrás con los pies el edredón suelto y me moví hasta quedar sentada. Detrás de mí, Matthew encendió la lámpara, con la pantalla todavía inclinada para no iluminar la cama.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—La magia me encontró. Los brujos y las brujas también me encontraron. Mi magia me va a matar, como mató a mis padres. —Las palabras salieron a borbotones de mi boca, aceleradas por el pánico, y salté para quedar de pie.

—No. —Matthew se alzó y se plantó entre la puerta y yo—. Vamos a enfrentarnos a esto, Diana, sea lo que sea. De lo contrario, nunca dejarás de huir.

Una parte de mí sabía que él estaba en lo cierto. El resto quería huir hacia la oscuridad. Pero ¿cómo podía hacerlo con un vampiro en medio del camino?

El aire empezó a moverse alrededor de mí, como si tratara de eliminar la sensación de estar atrapada. Un movimiento helado levantó las perneras de mis pantalones. El aire ascendió por mi cuerpo, levantando el pelo alrededor de mi cara en una brisa apacible. Matthew soltó una imprecación y se dirigió hacia mí, con su brazo extendido. La brisa se convirtió en ráfagas de viento que movían la ropa de la cama y las cortinas.

—Está bien. —Su voz tenía precisamente el tono necesario para ser escuchada por el encima del remolino y para calmarme al mismo tiempo.

Pero no fue suficiente.

La fuerza del viento siguió aumentando y con ella mis brazos se alzaron también, transformando el aire en una columna que me envolvió protectora, igual que el edredón. Al otro lado de estos movimientos, Matthew permanecía inmóvil, con una mano todavía extendida y sus ojos fijos en los míos. Cuando abrí la boca para advertirle que no se acercara, sólo salió un aire gélido.

—Está bien —dijo otra vez, sin apartar su mirada—. No me moveré.

No me había dado cuenta de que ése era el problema hasta que pronunció las palabras.

—¡Lo prometo! —gritó con firmeza.

El viento vaciló. El ciclón que me rodeaba se convirtió en un remolino, luego en una brisa y después desapareció completamente. Con un grito ahogado caí de

rodillas.

—¿Qué me está pasando? —Todos los días corría, remaba y practicaba yoga, y mi cuerpo hacía lo que yo le ordenaba. Pero en ese momento estaba haciendo cosas inimaginables. Bajé la vista para confirmar que mis manos no estuvieran electrizadas y echando chispas y que mis pies no siguieran siendo azotados por los vientos.

—Eso ha sido un viento de brujos —explicó Matthew, sin moverse—. ¿Sabes qué es eso?

Había oído hablar de una bruja en Albany que podía convocar tormentas, pero nunca nadie me había hablado de «vientos de brujos».

—En realidad, no —confesé, sin dejar de echar miraditas a mis manos y a mis pies.

—Algunas brujas o brujos han heredado la capacidad de controlar el elemento aire. Tú eres una de ellos —dijo.

—Esto no ha sido precisamente control.

—Es tu primera vez. —Matthew hablaba con total naturalidad. Señaló a su alrededor el pequeño dormitorio: las cortinas y las sábanas estaban intactas, toda la ropa desperdigada sobre la cómoda y por el suelo estaba exactamente donde había sido dejada aquella mañana—. Los dos estamos aquí todavía, y no parecería que hubiera pasado un tornado por la habitación. Eso es control…, por ahora.

—Pero yo no lo he convocado. ¿Estas cosas le ocurren a las brujas así por las buenas…, fuegos eléctricos y vientos sin que intervenga su voluntad? —Me eché hacia atrás el mechón de pelo que caía sobre mis ojos y me balanceé, exhausta. Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas veinticuatro horas. Matthew inclinó su cuerpo hacia mí como si estuviera preparado para evitar que yo cayera.

—Vientos de brujos y dedos azules son raros en estos tiempos. Hay magia dentro de ti, Diana, y quiere salir, te guste o no.

—Me sentía atrapada.

—No debí haberte acorralado anoche. —Matthew parecía avergonzado—. A veces no sé qué hacer contigo. Eres como una máquina de movimiento perpetuo. Todo lo que yo quería era que te quedaras quieta un momento y escucharas.

Debe de ser todavía más difícil vérselas con mi incesante necesidad de moverme si se trata de un vampiro, que apenas necesita respirar. Otra vez el espacio entre Matthew y yo se hizo demasiado grande repentinamente. Empecé a ponerme de pie.

—¿Estoy perdonado? —preguntó sinceramente. Asentí con la cabeza—. ¿Puedo? —preguntó señalando sus pies. Asentí con la cabeza otra vez.

Dio tres pasos rápidos en el mismo tiempo que yo necesité para ponerme de pie. Mi cuerpo cayó sobre él, tal como había ocurrido la primera vez que lo vi en la Bodleiana, de pie, aristocrático y sereno, en la sala de lectura Duke Humphrey. Esta vez, sin embargo, no me aparté tan rápidamente, sino que me apoyé en él a propósito.

Su piel me resultó tranquilizadora y fría, en lugar de fría e intimidante.

Permanecimos así, en silencio, durante algunos instante, abrazados el uno al otro. Mi corazón se calmó. Sus brazos estaban relajados, aunque su respiración temblorosa indicaba que no le resultaba fácil.

—Yo también lo siento. —Mi cuerpo se relajó sobre él y sentí la aspereza de su jersey sobre mi mejilla—. Trataré de mantener mi energía controlada.

—No hay nada por lo que disculparse. Y tú no debes intentar con tanto empeño ser algo que no eres. ¿Tomarías un poco de té si te lo preparo? —me preguntó. Sus labios se movieron casi apoyados sobre mi cabeza.

En el exterior, la noche todavía no daba paso a las luces del amanecer.

—¿Qué hora es?

Matthew movió la mano entre mis omóplatos para poder ver la esfera del reloj.

—Un poco más de las tres.

Dejé escapar un gemido.

—Estoy muy cansada, pero un té me parece una idea estupenda.

—Lo haré entonces. —Aflojó delicadamente mis brazos alrededor de su cintura —. Vuelvo enseguida.

Sin querer dejar que desapareciera de mi vista, lo seguí. Rebuscó entre las latas y las bolsas de té disponibles.

—Te dije que me gustaba el té —me disculpé mientras él encontraba otra bolsa marrón en la alacena, metida detrás de una cafetera que yo rara vez usaba.

—¿Tienes alguna preferencia? —Señaló el estante lleno.

—El que está en una bolsa negra con etiqueta dorada, por favor. —El té verde parecía la opción más tranquilizante.

Se ocupó del agua y de la tetera. Vertió el agua caliente sobre las hojas fragantes y me entregó una vieja taza descascarillada en cuanto estuvo listo. Los aromas del té verde, la vainilla y los cítricos eran muy diferentes de Matthew, pero resultaban de todas formas reconfortantes.

Se sirvió una taza para él también y sus fosas nasales se dilataron para apreciarlo.

—Esto no huele tan mal —reconoció, tomando un pequeño sorbo. Fue la única vez que lo vi beber algo que no fuera vino.

—¿Dónde nos sentamos? —pregunté, envolviendo la taza en mis manos.

Matthew inclinó la cabeza hacia la sala.

—Ahí. Tenemos que hablar.

Se sentó en una esquina del viejo y cómodo sofá, y yo me acomodé frente a él. El vapor del té me llegó a la cara, un apacible recuerdo del viento de brujos.

—Tengo que comprender por qué Knox cree que has roto el hechizo del Ashmole 782 — comenzó Matthew una vez que estuvimos sentados.

Le repetí la conversación en las habitaciones del director.

—Dijo que los hechizos se vuelven imprevisibles alrededor de los aniversarios de su inicio. Que otras brujas y otros brujos, que sí conocían las artes de la brujería, habían tratado de deshacerlo y habían fallado. Según él, yo me encontraba simplemente en el lugar adecuado en el momento preciso.

—Una bruja con talento hechizó el Ashmole 782 y sospecho que ese hechizo es casi imposible de romper. Ninguno de los que han tratado de conseguir el manuscrito hasta ahora ha satisfecho las condiciones que impone el hechizo, por mucho que supieran de las artes de la brujería y sin importar en qué época del año lo intentaran. —Fijó la mirada en las profundidades de su té—. Tú lo lograste. La cuestión es cómo y por qué.

—La idea de que yo pudiera reunir las condiciones necesarias para deshacer un hechizo realizado antes de que yo hubiera nacido es más difícil de creer que pensar que todo se debió a una anomalía de aniversario. Y si reuní las condiciones una vez, ¿por qué no más veces? —Matthew abrió la boca, y yo sacudí la cabeza—. No. No es por tu causa.

—Knox sabe de brujería y los hechizos son complicados. Supongo que es posible que, de vez en cuando, el paso del tiempo los deforme. —Parecía poco convencido de lo que decía.

—Ojalá pudiera ver el patrón de todo eso. —Apareció otra vez mi mesa blanca, con las piezas del rompecabezas sobre ella. Aunque moviera alguna de ellas (Knox, el manuscrito, mis padres) se negaban a formar una imagen. La voz de Matthew se abrió paso entre mis ensoñaciones.

—¿Diana?

—¿Hummm?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada —respondí demasiado rápidamente.

—Estás usando magia —dijo, dejando su té—. Puedo olerlo. Y verlo también. Estás empezando a brillar.

—Es lo que hago cuando no puedo solucionar un enigma…, como ahora. —Yo tenía la cabeza inclinada para ocultar lo difícil que me resultaba hablar de ello—. Veo una mesa blanca e imagino todas las piezas diferentes. Tienen formas y colores, y se mueven hasta que forman un patrón. Cuando el patrón se forma, dejan de moverse para mostrarme que estoy en el buen camino.

Matthew dejó pasar un buen rato antes de preguntar:

—¿Juegas muy a menudo a ese juego?

—Constantemente —respondí de mala gana—. Mientras tú estabas en Escocia, me di cuenta de que era todavía más mágico, como saber quién me está mirando sin girar la cabeza.

—Hay un patrón, y tú lo sabes —dijo—. Usas tu magia cuando no estás

pensando.

—¿Qué quieres decir? —Las piezas del rompecabezas empezaron a bailar sobre la mesa blanca.

—Cuando estás en movimiento, no piensas…, por lo menos no con la parte racional de tu mente. Cuando remas, corres o haces yoga estás totalmente en otra parte. Cuando tu mente no está atenta manteniendo bajo control tus dones, éstos aparecen.

—Pero yo estaba pensando antes —señalé—, y el viento de brujos apareció de todos modos.

—Ah, pero entonces estabas experimentando una fuerte emoción —explicó, inclinándose hacia delante para apoyar los codos en las rodillas—. Eso siempre pone límites al intelecto. Es lo que te ocurrió cuando tus dedos se pusieron azules con Miriam y luego conmigo. Esa mesa blanca que imaginas es una excepción a la regla general.

—¿Los estados de ánimo y el movimiento son suficientes para desatar esas fuerzas? ¿Quién querría ser una bruja si algo tan simple puede provocar tanto descalabro?

—Muchísima gente, supongo. —Matthew apartó la mirada—. Quiero pedirte que hagas algo por mí —dijo. El sofá chirrió cuando me miró a la cara otra vez—. Y quiero que lo pienses antes de responder. ¿Lo harás?

—Por supuesto. —Asentí con la cabeza.

—Quiero llevarte a casa.

—No pienso regresar a Estados Unidos. —Había tardado cinco segundos en hacer exactamente lo que él me había pedido que no hiciera.

Matthew sacudió la cabeza.

—No a tu hogar. A mi hogar. Tienes que salir de Oxford.

—Ya te dije que iría a Woodstock.

—El Viejo Pabellón es mi residencia, Diana —explicó Matthew pacientemente—. Quiero llevarte a mi hogar…, a Francia.

—¿A Francia? —Me aparté el pelo de la cara para poder verlo mejor.

—Las brujas y los brujos están decididos a conseguir el Ashmole 782 y mantenerlo lejos de las demás criaturas. Su teoría es que rompiste el hechizo y la importancia de tu familia es lo único que los ha mantenido a distancia. Cuando Knox y los demás descubran que no usaste brujería para conseguir el manuscrito, que el hechizo estaba preparado para abrirse ante ti, querrán saber cómo y por qué.

Cerré los ojos ante la súbita y nítida imagen de mis padres.

—Y no van a preguntar de manera delicada.

—Probablemente no. —Matthew respiró hondo, y latió la vena en su frente—. Vi la foto, Diana. Quiero que estés lejos de Peter Knox y de la biblioteca. Quiero tenerte

bajo mi techo durante un tiempo.

—Gillian dijo que fueron las brujas. —Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, me sorprendió que sus pupilas se hubieran vuelto tan pequeñas. Generalmente eran negras y enormes, pero había algo diferente en Matthew esa noche. Su piel era menos fantasmal, y había un poco más de color en sus labios normalmente pálidos—. ¿Tenía razón?

—No puedo saberlo con seguridad, Diana. La gente de la etnia hausa de Nigeria cree que el origen del poder de una bruja está contenido en piedras dentro del estómago. Alguien fue a buscarlas dentro de tu padre —explicó con voz lastimera—. Lo más posible es que se trate de otro brujo o bruja.

Hubo un clic suave y la luz del contestador automático empezó a parpadear. Gruñí.

—Ésta es la quinta vez que llaman tus tías —observó Matthew.

Aunque el volumen estuviera bajo, el vampiro podría escuchar el mensaje. Me dirigí a la mesa que estaba a su lado y cogí el auricular.

—Aquí estoy, aquí estoy —empecé, hablando por encima de la voz nerviosa de mi tía.

—Creíamos que te habías muerto —dijo Sarah. Sentí una fuerte impresión al darme cuenta de que ella y yo éramos las últimas Bishop que quedaban. Podía imaginármela sentada en la cocina, con el teléfono en la oreja y el pelo alborotado alrededor de su cara. Se estaba haciendo vieja, y a pesar de su vivacidad, el hecho de que yo estuviera lejos y en peligro la había alterado.

—No estoy muerta. Estoy en mis habitaciones, y Matthew está conmigo. —Le sonreí débilmente a él, pero no me devolvió la sonrisa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Em en el supletorio. Después de la muerte de mis padres, el cabello de Em se había vuelto blanco en el espacio de pocos meses. En aquel momento era todavía una mujer joven —aún no había cumplido treinta años —, pero a partir de entonces Em se había convertido en una mujer frágil, como si pudiera salir volando con la próxima ráfaga de viento. Como mi tía, estaba evidentemente alterada por lo que su sexto sentido le decía que estaba ocurriendo en Oxford.

—Volví a pedir sin éxito el manuscrito, eso es todo —dije con ligereza, haciendo un esfuerzo para no preocuparlas más. Matthew me miró con gesto de desaprobación, y me di la vuelta. No sirvió de nada. Su mirada glacial me atravesó el hombro—. Pero esta vez no apareció en el depósito.

—¿Tú crees que estamos llamando a causa de ese libro? —preguntó Sarah.

Unos dedos largos, fríos, agarraron el teléfono y lo apartaron de mi oreja.

—Señora Bishop, soy Matthew Clairmont —dijo resueltamente. Cuando extendí

la mano para quitarle el auricular, Matthew me agarró de la muñeca y sacudió la cabeza, sólo una vez, como una advertencia—. Diana ha sido amenazada. Por otros brujos. Uno de ellos es Peter Knox.

Aunque yo no era un vampiro, pude escuchar la exclamación en el otro lado de la línea. Me soltó la muñeca y me pasó el teléfono.

—¡Peter Knox! —gritó Sarah. Matthew cerró los ojos como si el sonido le lastimara los tímpanos—. ¿Cuánto tiempo hace que anda por ahí?

—Desde el principio —respondí con voz vacilante—. Él era el mago vestido de *tweed* que trató de abrirse camino en mi cabeza.

—No le habrás permitido que avanzara demasiado, ¿verdad? —Sarah parecía asustada.

—Hice lo que pude, Sarah. No sé exactamente qué estoy haciendo, en lo que a magia se refiere.

—Querida mía —intervino Em—, muchos de nosotros tenemos problemas con Peter Knox. Y lo que es más importante, tu padre no confiaba en él… en absoluto.

—¿Mi padre? —El suelo se movió bajo mis pies, y el brazo de Matthew me envolvió la cintura, manteniéndome en equilibrio. Me enjugué los ojos, pero no pude apartar la imagen de la cabeza deformada y el torso abierto de mi padre.

—Diana, ¿qué más ha ocurrido? —dijo Sarah con voz suave—. Peter Knox debe de haberte asustado muchísimo, pero tiene que haber algo más.

Mi mano libre se aferró al brazo de Matthew.

—Alguien me ha enviado una fotografía de mi madre y mi padre.

En el otro lado de la línea sólo hubo silencio.

—¡Oh, Diana! —murmuró Em.

—¿Aquella fotografía? —preguntó Sarah sombríamente.

—Sí —susurré.

Sarah soltó una imprecación.

—Dale otra vez el teléfono a él.

—Puede escucharte perfectamente desde donde está ahora —señalé—. Además, cualquier cosa que tengas que decirle a él puedes decírmela a mí también.

Matthew desplazó su mano de mi cintura a la región lumbar de mi espalda. Empezó a frotarla con la muñeca, presionando los músculos rígidos hasta que empezaron a relajarse.

—Entonces escuchadme los dos: alejaos lo más que podáis de Peter Knox. Y será mejor que ese vampiro se asegure de que tú te alejes, si no tendrá que vérselas conmigo. Stephen Proctor era el hombre más tolerante del mundo. Se necesitaba mucho para que alguien no le gustara…, y él detestaba a ese brujo. Diana, debes volver a casa inmediatamente.

—¡No voy a volver, Sarah! Voy a Francia con Matthew. —La alternativa mucho

menos atractiva de Sarah acababa de convencerme.

Se produjo un silencio.

—¿Francia? —repitió Em débilmente.

Matthew estiró la mano.

—Matthew quiere hablar contigo. —Le pasé el teléfono antes de que Sarah pudiera protestar.

—Señora Bishop, ¿tiene usted un identificador de llamadas?

Resoplé. El teléfono marrón colgado en la pared de la cocina en Madison tenía un dial y un cordón de un kilómetro de largo para que Sarah pudiera caminar por toda la casa mientras hablaba. Se necesitaba una eternidad para marcar un simple número local. ¿Identificador de llamadas? Ni de broma.

—¿No? Apunte estos números, entonces. —Matthew le dio lentamente el número de su móvil y otro que presumiblemente era el de la casa, junto con instrucciones detalladas sobre códigos internacionales—. Puede llamar cuando quiera.

Sarah dijo algo mordaz, a juzgar por la expresión de sorpresa de Matthew.

—Me ocuparé de que esté segura. —Me pasó el teléfono.

—Voy a cortar ahora. Os quiero mucho. No os preocupéis.

—Deja de decirnos que no nos preocupemos —me regañó Sarah—. Eres nuestra sobrina y estamos preocupadas, Diana, y seguramente eso no va a cambiar.

Suspiré.

—¿Qué puedo hacer para convenceros de que estoy bien?

—Contesta al teléfono más a menudo, para empezar —recomendó en tono lúgubre.

Después de despedirnos, permanecí junto a Matthew, sin querer mirarlo a los ojos.

—Todo esto es culpa mía, como dijo Sarah. He estado actuando como cualquier humano despistado.

Él se dio la vuelta y se dirigió a un extremo del sofá, lo más lejos de mí que podía en la pequeña habitación, para dejarse caer entre los cojines.

—Esa decisión acerca de la magia y el lugar que iba a ocupar en tu vida la tomaste cuando eras una niña sola y asustada. Ahora, cada vez que das un paso es como si tu futuro dependiera de si puedes arreglártelas para poner el pie en el lugar adecuado.

Matthew se sobresaltó cuando me senté a su lado y le cogí las manos sin decir nada, resistiéndome al impulso de asegurarle que todo iba a ir bien.

—En Francia tal vez puedas ser tú misma durante varios días… sin forzarte a nada, sin preocuparte por cometer errores —continuó—. Tal vez puedas descansar, aunque nunca he visto que dejes de moverte durante demasiado tiempo. Te sigues moviendo hasta cuando duermes, ¿lo sabías?

—No tengo tiempo de descansar, Matthew. —Ya estaba empezando a arrepentirme de mi decisión de salir de Oxford—. Faltan menos de seis semanas para el congreso sobre alquimia. Se supone que yo voy a dar la conferencia inaugural. Apenas he empezado a prepararla, y sin acceso a la Bodleiana me resultará imposible terminarla a tiempo.

Matthew entrecerró los ojos, pensativo.

—Imagino que tu trabajo es sobre ilustraciones alquímicas, ¿no?

—Sí, sobre la tradición de la imagen alegórica en Inglaterra.

—Entonces supongo que no te interesará consultar mi ejemplar del siglo XIV de *Aurora Consurgens*. Es francés, lamentablemente.

Abrí los ojos desmesuradamente. *Aurora Consurgens* era un desconcertante manuscrito sobre las fuerzas opuestas de la transformación alquímica: plata y oro, femenino y masculino, oscuro y luminoso. Sus ilustraciones eran igualmente complejas y desconcertantes.

—El ejemplar más antiguo que se conoce de *Aurora* es de 1420.

—El mío es de 1356.

—Pero un manuscrito de una fecha tan temprana no estará ilustrado —señalé. Encontrar un manuscrito miniado de alquimia de antes del 1400 era tan poco probable como descubrir un Ford Modelo T aparcado en el campo de batalla en Gettysburg.

—Éste está ilustrado.

—¿Tiene las treinta y ocho imágenes?

—No. Tiene cuarenta. —Sonrió—. Parece que los historiadores anteriores estaban equivocados respecto a algunos detalles.

Descubrimientos de esta categoría e importancia eran poco frecuentes. Poder ser la primera persona en tener acceso a un ejemplar ilustrado y desconocido de *Aurora Consurgens* del siglo XIV era una oportunidad única para un historiador de la alquimia.

—¿Qué muestran las ilustraciones adicionales? ¿Es el mismo texto?

—Tendrás que venir a Francia para enterarte.

—Vámonos, entonces —respondí de inmediato. Después de semanas de frustraciones, escribir mi discurso de apertura de pronto parecía posible.

—¿No querías ir por tu propia seguridad, pero si hay un manuscrito de por medio sí estás dispuesta? —Apesadumbrado, sacudió la cabeza—. ¡Vaya con tu sentido común!

—Nunca me he distinguido por mi sentido común —confesé—. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Dentro de una hora?

—Dentro de una hora.

Aquélla no era una decisión improvisada. Lo había estado planeando todo desde que me quedé dormida la noche anterior.

Asintió con la cabeza.

—Hay un avión esperando en la pista de aterrizaje junto a la vieja base de la Fuerza Aérea estadounidense. ¿Cuánto tiempo te hace falta para hacer las maletas?

—Eso depende de lo que vaya a necesitar —respondí. La cabeza me daba vueltas.

—No demasiado. No vamos a salir de casa. Lleva ropa de abrigo, y supongo que no vas a viajar sin tus zapatillas para correr. Sólo estaremos los dos, además de mi madre y su ama de llaves.

Su… madre…

—Matthew —reaccioné con voz débil—, no sabía que tenías una madre.

—Todo el mundo tiene una madre, Diana —replicó, volviendo sus claros ojos grises hacia los míos—. Tuve dos: la mujer que me dio a luz e Ysabeau, la mujer que me convirtió en un vampiro.

Matthew era una cosa, pero una casa llena de vampiros desconocidos era algo muy diferente. La cautela ante dar un paso tan peligroso aplacó un poco mi entusiasmo por ver el manuscrito. Mi vacilación debió de ser evidente.

—No lo había pensado —dijo. En su voz había un cierto tono dolorido—. Por supuesto, no hay razón alguna para que confíes en Ysabeau. Pero ella me prometió que estarías segura con ella y Marthe.

—Si tú confías en ellas, entonces yo también. —Para mi propia sorpresa, lo dije en serio…, a pesar de la persistente preocupación por que él hubiera tenido que preguntarles si pensaban arrancarme un trozo del cuello.

—Gracias —dijo sencillamente. La mirada de Matthew se dirigió a mi boca y mi sangre reaccionó con un hormigueo—. Tú haz las maletas mientras yo me doy una ducha y hago algunas llamadas telefónicas.

Cuando pasé por su extremo del sofá, me agarró la mano. Otra vez la fuerte impresión de su piel fría fue contrarrestada por la calidez de la mía a modo de respuesta.

—Estás haciendo lo correcto —murmuró antes de soltarme.

Era casi el día de lavar la ropa y mi dormitorio estaba cubierto de ropa sucia. Una búsqueda desordenada en el armario dio como resultado varios pantalones negros casi idénticos que estaban limpios, algunos *leggings* y media docena de camisetas de manga larga y jerséis de cuello alto. Había una maltrecha bolsa de Yale encima de todo y salté para coger la correa con una mano. Toda la ropa entró en la vieja bolsa de lona azul y blanca, junto con algunos jerséis y una chaqueta de lana. También metí zapatillas, calcetines y ropa interior, junto con algún viejo equipo para hacer yoga. No tenía ningún pijama decente y podía dormir con eso. Al recordar a la madre francesa de Matthew, incluí una camisa presentable y un par de pantalones.

La voz baja de Matthew resonaba en la sala. Habló primero con Fred, luego con Marcus y por último con una compañía de taxis. Con la correa de la bolsa en el hombro, me dirigí torpemente al baño. Cepillo de dientes, jabón, champú y un cepillo del pelo fueron a parar al interior junto con un secador de pelo y un tubo de rímel. Casi nunca usaba esas cosas, pero en esta ocasión algún cosmético me pareció una buena idea.

Cuando estuve lista, me reuní con Matthew en la sala. Estaba revisando los mensajes en su teléfono, con la funda de mi ordenador a sus pies.

—¿Lista? —preguntó, mirando sorprendido la bolsa de lona.

—Me dijiste que no iba a necesitar demasiado.

—Sí, pero no estoy acostumbrado a que las mujeres me hagan caso cuando se trata de equipaje. Cuando Miriam se va para un fin de semana, carga lo suficiente como para equipar a la Legión Extranjera francesa, y mi madre necesita varios baúles de viaje. Louisa ni siquiera cruzaría la calle con lo que tú llevas, y no hablemos ya de salir del país.

—Además de carecer de sentido común, me caracterizo por no necesitar un mantenimiento costoso.

Matthew asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Tienes tu pasaporte?

Señalé con el dedo.

—Está en el maletín de mi ordenador.

—Podemos irnos, entonces —decidió Matthew, recorriendo una última vez con la mirada las habitaciones.

—¿Dónde está la foto? —Parecía poco apropiado dejarla.

—La tiene Marcus —informó rápidamente.

—¿Cuándo estuvo Marcus aquí? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Mientras dormías. ¿Quieres que le pida que te la traiga? —Tenía uno de sus dedos listo sobre una tecla de su teléfono.

—No. —Sacudí la cabeza. No había razón para que la mirara otra vez.

Matthew cogió mi equipaje y se las arregló para llevarme abrazada con él al hombro escaleras abajo sin percances. Un taxi estaba esperando junto a los portones de la residencia. Matthew se detuvo para hablar un momento con Fred. El vampiro le entregó una tarjeta al portero y los dos hombres se dieron la mano. Algún trato había sido acordado, y sus detalles nunca me serían revelados. Matthew me metió en el taxi, y anduvimos durante aproximadamente treinta minutos, alejándonos de las luces de Oxford.

—¿Por qué no vamos en tu coche? —le pregunté cuando ya estábamos en el campo.

—Esto es mejor —explicó—. No hay necesidad de que Marcus vaya a buscarlo

después.

El vaivén del taxi me estaba adormeciendo. Apoyada contra el hombro de Matthew, dormité.

En el aeropuerto, estuvimos en el aire apenas nos revisaron los pasaportes y el piloto terminó con el papeleo. Nos sentamos el uno frente al otro en unos sillones alrededor de una mesa baja durante el despegue. Bostecé varias veces seguidas para que se me destaparan los oídos a medida que subíamos. En cuanto llegamos a la altitud de crucero, Matthew se desabrochó su cinturón de seguridad y cogió algunas almohadas y una manta de un armario debajo de las ventanillas.

—Pronto estaremos en Francia. —Colocó las almohadas en un extremo de mi sillón, que era como una cama de una plaza, y abrió la manta para taparme—. Mientras tanto, deberías dormir un poco.

Yo no quería dormir. La verdad era que tenía miedo de hacerlo. Aquella fotografía estaba grabada en la parte interior de mis párpados.

Se agachó junto a mí, con la manta colgando levemente de sus dedos.

—¿Qué ocurre?

—No quiero cerrar los ojos.

Matthew tiró al suelo todas las almohadas excepto una.

—Ven aquí —dijo, sentándose a mi lado y palmeando el blanco y mullido rectángulo. Me di la vuelta, me deslicé por la superficie de cuero y puse la cabeza sobre su regazo a la vez que estiraba las piernas. Pasó el borde de la manta de su mano derecha a la izquierda hasta cubrirme con sus suaves pliegues.

—Gracias —susurré.

—No hay de qué. —Se llevó los dedos a sus labios, se los tocó y luego rozó los míos. Sentí un gusto salado—. Duérmete. Yo estaré aquí.

Me dormí con un sueño pesado y profundo, sin soñar, y me desperté cuando los dedos fríos de Matthew me tocaron la cara y me dijo que estábamos a punto de aterrizar.

—¿Qué hora es? —quise saber, totalmente desorientada en ese momento.

—Casi las ocho —respondió, mirando su reloj.

—¿Dónde estamos? —Me di la vuelta, me senté y me puse el cinturón de seguridad.

—En las afueras de Lyon, en Auvernia.

—¿En el centro del país? —pregunté a la vez que imaginaba el mapa de Francia. Asintió con la cabeza—. ¿Tú eres de aquí?

—Nací y renací cerca. Mi hogar, el hogar de mi familia, está a un par de horas de distancia. Llegaremos a media mañana.

Aterrizamos en el área privada del muy activo aeropuerto regional y nuestros pasaportes y documentos de viaje fueron verificados por un funcionario de aspecto

aburrido que reaccionó rápidamente en cuanto vio el nombre de Matthew.

—¿Viajas siempre de esta manera? —Era mucho más fácil que viajar por una aerolínea comercial desde Heathrow en Londres o desde el aeropuerto Charles de Gaulle de París.

—Sí —respondió sin el menor tono de disculpa ni timidez—. Sólo me alegro totalmente de ser un vampiro y de tener dinero para gastar cuando viajo.

Matthew se detuvo detrás de un Range Rover del tamaño de Connecticut y sacó un juego de llaves del bolsillo. Abrió la puerta trasera y metió mi equipaje allí. El Range Rover era un poco menos lujoso que su Jaguar, pero lo que le faltaba en elegancia estaba más que compensado por su solidez. Era como viajar en un transporte blindado del ejército.

—¿Realmente necesitas un vehículo de este tamaño para conducir en Francia? —Dirigí la mirada a las carreteras asfaltadas.

Matthew se rió.

—Todavía no has visto la casa de mi madre.

Viajamos hacia el oeste a través del hermoso campo, salpicado aquí y allá con grandiosos *châteaux* y empinadas montañas. Campos de cultivo y viñedos se extendían en todas direcciones, e incluso bajo el cielo color gris acero, la región parecía estallar con el color de las hojas nuevas. Una señal indicaba la dirección hacia Clermont-Ferrand. Eso no podía ser una coincidencia, a pesar de la ortografía diferente.

Matthew siguió conduciendo rumbo al oeste. Disminuyó la velocidad, giró para entrar en un camino estrecho y se detuvo a un lado. Señaló a la lejanía.

—Allí la tienes —dijo—: Sept-Tours.

En el centro de las colinas onduladas había una cima aplanada dominada por una estructura almenada de piedra marrón claro y rosa. La rodeaban siete torres más pequeñas y un portón de entrada fortificado con torrecillas montaba guardia en el frente. Aquél no era un bonito castillo de cuento de hadas construido para bailes a la luz de la luna. Sept-Tours era una fortaleza.

—¿Éste es tu hogar? —pregunté con la boca abierta.

—Éste es mi hogar. —Matthew sacó su teléfono del bolsillo y marcó un número — . *¿Maman?* Ya casi hemos llegado.

Alguien habló al otro lado y luego cortaron. Matthew sonrió tenso y volvió a la carretera.

—¿Nos está esperando? —pregunté, sin poder evitar que me temblara la voz.

—Así es.

—¿Y esto le parece bien a ella? —No formulé la verdadera pregunta: «¿Estás seguro de que le parece bien que traigas a una bruja a su casa?». Pero no tuve necesidad de hacerla.

Los ojos de Matthew estaban fijos en el camino.

—A Ysabeau le gustan las sorpresas tanto como a mí, o sea nada —dijo sin darle importancia mientras doblaba para entrar en lo que parecía un camino de cabras.

Avanzamos entre hileras de castaños, subiendo, hasta que llegamos a Sept-Tours. Matthew condujo el coche entre dos de las siete torres y a través de un patio empedrado delante de la entrada que daba a la estructura central. Parterres y prados se extendían a derecha e izquierda, antes de que el bosque dominara el paisaje. El vampiro aparcó el coche.

—¿Estás preparada? —preguntó con una luminosa sonrisa.

—Como siempre —respondí cautelosamente.

Matthew me abrió la puerta del vehículo y me ayudó a bajar. Estiré mi chaqueta negra y levanté la mirada para apreciar la imponente fachada del *château*. Las impresionantes líneas del castillo no eran nada comparadas con lo que me aguardaba dentro. La puerta se abrió.

—Courage —me alentó Matthew, dándome un suave beso en la mejilla.

Capítulo 18

Ysabeau estaba en la entrada de su enorme *château*, majestuosa y fría, y dirigió una mirada fulminante a su hijo vampiro mientras subíamos la escalinata de piedra.

Matthew se agachó treinta centímetros para besarla silenciosamente en ambas mejillas.

—¿Entramos, o deseáis continuar con los saludos aquí?

Su madre retrocedió un paso para dejarnos pasar. Sentí su mirada llena de furia y olí algo que me hizo recordar al refresco de zarzaparrilla y al caramelo. Avanzamos por un corto y oscuro pasillo, recubierto de un modo no muy acogedor con picas que apuntaban directamente a la cabeza de los visitantes, y luego entramos en una habitación de altos techos y frescos que habían sido pintados por algún imaginativo artista del siglo XIX para reflejar un pasado medieval que nunca existió. Pintados en una pared blanca, había leones, flores de lis, una serpiente con la cola en la boca y conchas. En un extremo, una serie de escalones circulares subía a una de las torres.

Una vez en el interior, me enfrenté a toda la fuerza de la mirada de Ysabeau. La madre de Matthew personificaba la aterradora elegancia que parece metida hasta los huesos en las mujeres francesas. Al igual que su hijo —quien parecía, de manera desconcertante, ser un poco mayor que ella—, iba vestida con una paleta monocromática que minimizaba su extraña palidez. Los colores preferidos de Ysabeau oscilaban del tono crema al marrón suave. Cada centímetro de su atuendo era caro y sencillo, desde las puntas de sus zapatos de suave piel marrón clara hasta los topacios que colgaban de sus orejas. Rayos fríos de sorprendente color verde esmeralda rodeaban sus pupilas oscuras, y sus angulosos y altos pómulos impedían que sus facciones perfectas y su deslumbrante piel blanca cayeran en la simple hermosura. Su pelo tenía el color y la textura de la miel; era una cascada de seda dorada recogida en la nuca en un moño bajo y compacto.

—Podrías haber mostrado un poco de consideración, Matthew. —Su acento suavizaba el nombre de él, haciéndolo parecer antiguo. Como todos los vampiros, ella tenía una voz seductora y melodiosa. En el caso de Ysabeau, su voz sonaba pura y profunda, como campanillas lejanas.

—¿Tienes miedo al qué dirán, *maman?* Creía que te enorgullecías de ser radical. —Matthew se mostraba indulgente e impaciente a la vez. Arrojó las llaves sobre una mesa cercana. Se deslizaron hasta el otro lado sobre la superficie perfectamente brillante y toparon ruidosamente contra la base de un jarrón chino de porcelana.

—¡Nunca he sido radical! —Ysabeau estaba horrorizada—. El cambio está

excesivamente sobrevalorado.

Se dio la vuelta y me examinó de pies a cabeza. Su perfectamente formada boca se puso tensa.

No le gustaba lo que estaba viendo… y no era para sorprenderse. Traté de verme a mí misma a través de sus ojos: el pelo rubio pajizo que no era ni denso ni dócil, la lluvia de pecas de tanto estar al aire libre, la nariz demasiado larga en relación al resto de mi cara. Mis ojos eran lo mejor de mis facciones, pero no compensaban mi sentido de la moda. Al lado de su elegancia y del siempre impecable Matthew, yo me sentía, y parecía, un torpe ratón provinciano. Estiré el dobladillo de la chaqueta con mi mano libre, contenta al comprobar que no había señal alguna de magia en las puntas de los dedos, y esperaba que tampoco hubiera rastro alguno de ese fantasmal «brillo» que Matthew había mencionado.

—Maman, ésta es Diana Bishop. Diana, mi madre, Ysabeau de Clermont. —Las sílabas rodaron sobre su lengua.

Las aletas de la nariz de Ysabeau se estremecieron delicadamente.

—No me gusta cómo huelen las brujas. —Su inglés era perfecto y sus centelleantes ojos estaban fijos en los míos—. Ella es dulce y repulsivamente verde, como la primavera.

Matthew lanzó una andanada de algo ininteligible que sonaba a una mezcla entre francés, español y latín. Mantuvo la voz baja, pero sin tratar de disimular la cólera en ella.

—Ça suffit —replicó Ysabeau en un francés reconocible, pasándose la mano por el cuello. Tragué saliva con fuerza y en un acto reflejo toqué el cuello de mi chaqueta —. Diana. —Ysabeau dijo mi nombre con una *e* larga en lugar de una *i* y el acento en la última vocal en lugar de en la segunda. Extendió una mano blanca y fría, y tomé sus dedos ligeramente entre los míos. Matthew cogió mi mano izquierda con la suya, y por un momento hicimos una extraña cadena de vampiros y bruja—. *Encantada* —saludó en español.

—Está contenta de conocerte —intervino Matthew, traduciendo y arrojando una mirada de advertencia a su madre.

—Sí, sí —dijo Ysabeau con impaciencia, volviéndose hacia su hijo—. Por supuesto habla solamente inglés y francés moderno. Los seres de sangre caliente de hoy en día reciben tan poca educación…

Una anciana y robusta mujer con la piel como la nieve y un montón de pelo incongruentemente oscuro envuelto alrededor de su cabeza en intrincadas trenzas entró en el salón de recepción con los brazos extendidos.

—¡Matthew! —gritó—. *Cossí anatz?*

—Va plan, mercés. E tu? —Matthew la envolvió en un abrazo y la besó en ambas mejillas.

—Aital aital —respondió, agarrándose el codo y haciendo una mueca.

Matthew murmuró algo en tono de compasión e Ysabeau miró al techo pidiendo que se le ahorrara aquel emocional espectáculo.

—Marthe, ésta es mi amiga Diana —dijo, arrastrándome hacia delante.

Marthe también era una vampira, una de las de mayor edad que yo había visto. Seguramente tendría sesenta y tantos años cuando se produjo su renacimiento, y aunque su pelo era oscuro, no cabía ninguna duda en cuanto a su edad. Las arrugas se entrecruzaban en su rostro, y las articulaciones de sus manos eran tan nudosas que aparentemente ni siquiera la sangre de vampiro podía enderezarlas.

—Bienvenida, Diana —dijo con voz ronca de arena y melaza, mirándome profundamente a los ojos. Inclinó la cabeza hacia Matthew y buscó mi mano. Sus fosas nasales se dilataron—. *Elle est une puissante sorcière* —le dijo a Matthew con seguridad.

—Dice que eres una bruja poderosa —explicó Matthew. La proximidad de él hizo de alguna manera disminuir mi instintiva reacción negativa cuando un vampiro me olfateaba.

Como no tenía ni idea de cuál era la respuesta adecuada en francés a un comentario como ése, le sonreí tímidamente a Marthe y esperé que eso fuera suficiente.

—Estás exhausta —dijo Matthew, mirándome a la cara. Empezó a interrogar a las dos vampiras rápidamente en aquella desconocida lengua, diálogo que acompañó levantando el dedo índice repetidas veces y con miradas enfáticas y suspiros. Cuando Ysabeau mencionó el nombre de Louisa, Matthew miró a su madre con renovada furia. Su voz adquirió un duro y brusco tono cuando le respondió.

Ysabeau se encogió de hombros.

—Por supuesto, Matthew —murmuró con evidente falta de sinceridad.

—Vamos a ponerte cómoda. —La voz de Matthew se suavizó al hablarme.

—Traeré algo de comer y vino —anunció Marthe en un inglés vacilante.

—Gracias —dije—. Y gracias, Ysabeau, por recibirme en tu hogar. —Olfateó y enseñó los dientes. Tuve la esperanza de que fuera una sonrisa, pero me pareció que no lo era.

—Y agua, Marthe —añadió Matthew—. Ah, y hoy por la mañana llegará la comida.

—Ya ha llegado una parte —informó su madre con aspereza—. Hojas. Sacos de verduras y huevos. Hiciste mal en pedirles que la trajeran.

—Diana tiene que comer, *maman*. No creía que tuvieras en casa comida suficiente y adecuada. —La larga paciencia de Matthew se estaba agotando después de los acontecimientos de la noche anterior y más todavía con un tan poco entusiasta recibimiento.

—Yo también necesito sangre fresca, y no espero que Victoire y Alain vayan a buscarla a París en mitad de la noche. —Ysabeau parecía sumamente satisfecha consigo misma mientras mis rodillas se aflojaban.

Matthew exhaló bruscamente y puso la mano bajo mi codo para calmarme.

—Marthe —pidió, ignorando deliberadamente a Ysabeau—, ¿puedes traer huevos y tostadas y un poco de té para Diana?

Marthe miró a Ysabeau y luego a Matthew como si estuviera en la cancha central de Wimbledon. Dejó escapar una carcajada.

—Òc —respondió, con una alegre inclinación de cabeza.

—Os veremos a la hora de la cena —dijo Matthew con toda calma. Sentí cuatro círculos helados sobre mis hombros mientras las mujeres nos miraban al retirarnos. Marthe le dijo algo a Ysabeau que hizo que ésta dejara escapar un bufido y Matthew mostrara una gran sonrisa.

—¿Qué ha dicho Marthe? —susurré, recordando demasiado tarde que había pocas conversaciones, susurradas o gritadas, que no pudieran ser escuchadas por todos en la casa.

—Ha dicho que hacíamos buena pareja.

—No quiero que Ysabeau esté furiosa conmigo todo el tiempo que estemos aquí.

—No le hagas caso —recomendó serenamente—. Su ladrido es peor que su mordedura.

Pasamos por una gran puerta para entrar en una habitación larga con una gran cantidad de sillas y mesas de muchos estilos y periodos diferentes. Había dos chimeneas, y dos caballeros con resplandecientes armaduras se enfrentaban en un torneo sobre una de ellas, con sus brillantes lanzas cruzadas cuidadosamente sin una sola gota de sangre. El fresco había sido obviamente pintado por el mismo inocente entusiasta de la caballería que había decorado el salón. Un par de puertas conducían a otra habitación, que estaba toda recubierta de estanterías.

—¿Ésa es la biblioteca? —pregunté, olvidando por el momento la hostilidad de Ysabeau—. ¿Puedo ver tu ejemplar del *Aurora Consurgens* ahora?

—Después —respondió Matthew con firmeza—. Primero vas a comer algo y luego dormirás.

Me condujo hacia otra escalera curva, navegando a través del laberinto de muebles antiguos con la facilidad de una larga experiencia. Mis movimientos eran más indecisos y rocé con mis muslos una cómoda abombada, haciendo que se tambaleara un florero de porcelana. Cuando finalmente llegamos al pie de la escalera, Matthew se detuvo.

—La subida es larga y estás cansada. ¿Quieres que te lleve?

—No —repliqué indignada—. No me llevarás cargada al hombro como un victorioso caballero medieval con el botín de guerra.

Matthew apretó los labios y sus ojos bailaron.

—No te atrevas a reírte de mí.

Se rió y su risa rebotó por las paredes de piedra como si una bandada de divertidos vampiros estuviera en el hueco de la escalera. Aquél era, después de todo, precisamente el tipo de lugar donde los caballeros habrían llevado arriba a las mujeres. Pero no tenía yo intención de contarme entre ellas.

Al decimoquinto paso, me dolía el cuerpo a causa del esfuerzo. Los gastados peldaños de piedra de la torre no estaban hechos para pies y piernas normales. Obviamente habían sido diseñados para vampiros como Matthew que o bien medían casi dos metros de altura o eran sumamente ágiles, o ambas cosas. Apreté los dientes y seguí subiendo. Junto a una última curva en la escalera, de pronto se abría una habitación.

—¡Oh! —Me tapé la boca con la mano, llena de asombro.

No necesitaba que nadie me dijera de quién era aquella habitación. Era la de Matthew, sin la menor duda.

Estábamos en la elegante torre redonda del *château*, la que todavía tenía su brillante techo cónico de cobre y se alzaba en la parte de atrás del gran edificio principal. Ventanas altas y estrechas salpicaban las paredes y sus vidrieras dejaban entrar rayos de luz con los colores del otoño de los campos y los árboles del exterior.

La habitación era circular y altas estanterías interrumpían sus elegantes curvas con ocasionales líneas rectas. Una enorme chimenea se alzaba directamente sobre las paredes que se apoyaban en la estructura central del *château*. Aquella chimenea se había salvado milagrosamente del pintor de frescos del siglo XIX. Había sillones y sofás, mesas y cojines, la mayoría en tonos verdes, marrón y oro. A pesar del tamaño de la habitación y los amplios espacios de piedra gris, el efecto en conjunto era de acogedora calidez.

Los objetos que más intrigaban en la habitación eran los que Matthew había decidido conservar de una de sus muchas vidas. Había un cuadro de Vermeer apoyado sobre una estantería junto a una concha. No era conocido, no era uno de los lienzos más famosos del artista. El retrato se parecía mucho a Matthew. Una gran espada tan larga y pesada que nadie salvo un vampiro podría haberla manejado colgaba encima de la chimenea, y en un rincón había una armadura del tamaño de Matthew. Frente a ella, había un esqueleto humano de aspecto antiguo colgado de un soporte de madera. Los huesos estaban unidos con algo parecido a cuerdas de piano. Sobre la mesa junto a él se veían dos microscopios, ambos fabricados en el siglo XVII, si no me equivocaba demasiado. Un ornamentado crucifijo salpicado de grandes piedras rojas, verdes y azules estaba metido en un nicho en la pared junto con una sorprendente talla en marfil de la Virgen.

Los copos de nieve de Matthew se movían sobre mi rostro al observarme

examinar sus pertenencias.

—Es el museo de Matthew —dije en voz baja, sabiendo que cada objeto allí tenía una historia.

—Es sólo mi estudio.

—Dónde…? —empecé, señalando con el dedo los microscopios.

—Después —repitió—. Todavía tienes que subir treinta escalones más.

Matthew me condujo al otro lado de la habitación y a una segunda escalera. Ésta también ascendía en espiral hacia los cielos. Treinta lentos pasos después, llegué al borde de otra habitación redonda dominada por una enorme cama de nogal con dosel y pesados cortinajes. En lo alto, se veían las vigas y travesaños que sostenían el tejado de cobre en su sitio. Junto a una pared había una mesa y sobre otra se levantaba una chimenea con algunos cómodos sillones delante de ella. En el lado opuesto, una puerta entreabierta mostraba una enorme bañera.

—Es como el refugio de un halcón —dije, mirando por la ventana. Matthew había estado observando ese paisaje desde esas ventanas desde la Edad Media. Me pregunté fugazmente por las otras mujeres que habría traído a este lugar antes que a mí. Estaba segura de no ser la primera, pero no me parecía que hubiera habido muchas. El *château* transmitía algo intensamente privado.

Matthew se acercó por detrás de mí y miró por encima de mi hombro.

—¿Te gusta? —Su aliento llegó suave a mi oreja. Asentí con la cabeza.

—¿Qué antigüedad? —pregunté, incapaz de contenerme.

—¿Esta torre? —preguntó—. Aproximadamente setecientos años.

—¿Y el pueblo? ¿Te conocen?

—Sí. Al igual que las brujas y los brujos, los vampiros están más seguros cuando forman parte de una comunidad que sabe lo que son, pero no hace demasiadas preguntas.

Generaciones de Bishop habían vivido en Madison sin que nadie tuviera ningún problema. Al igual que Peter Knox, nos escondíamos a la vista de todos.

—Gracias por traerme a Sept-Tours —dije—. Efectivamente, es más seguro que Oxford. —«A pesar de Ysabeau», pensé.

—Gracias por hacerle frente a mi madre. —Matthew se rió entre dientes, como si hubiera escuchado mis palabras no pronunciadas. El característico olor a claveles acompañaba el sonido—. Es sobreprotectora, como la mayoría de los padres.

—Me sentía como una idiota… y mal vestida también. No he traído ni una sola prenda que pueda contar con su aprobación. —Me mordí el labio y arrugué la frente.

—Coco Chanel tampoco contaba con la aprobación de Ysabeau. Tal vez estés apuntando demasiado alto.

Me reí y me di la vuelta, buscando sus ojos. Cuando nos miramos, se me cortó el aliento. La mirada de Matthew se detuvo en mis ojos, en mis mejillas y finalmente en

mi boca. Su mano subió hasta mi cara.

—Estás tan viva… —dijo con aspereza—. Deberías estar con un hombre mucho, mucho más joven.

Me puse de puntillas. Él inclinó la cabeza. Antes de que nuestros labios se tocaran, una bandeja hizo ruido sobre la mesa.

—Vos etz arbres e branca —cantó Marthe, dirigiéndole a Matthew una mirada pícara.

Él se rió y le respondió cantando con voz de barítono.

—*On fruitz de gaug s'asazona.*

—¿Qué lengua es ésa? —le pregunté yo, que había dejado de estar de puntillas y seguía a Matthew hacia la chimenea.

—Una lengua antigua —respondió Marthe.

—Occitano. —Matthew retiró la tapa de plata de una fuente con huevos. El aroma de la comida caliente llenó la habitación—. Marthe decidió recitar poesía antes de que te sentaras a comer.

Marthe dejó escapar una risita tonta y le golpeó la muñeca a Matthew con un paño que sacó de su cintura. Él soltó la tapa y se sentó.

—Ven aquí, ven aquí —dijo ella, señalando la silla frente a él—. Siéntate, come. —Hice lo que me decían. Marthe llenó de vino la copa de Matthew con una alta jarra de cristal y el asa de plata.

—Mercés —murmuró él. Dirigió de inmediato su nariz a la copa con gran expectación.

Una jarra similar contenía agua helada, y Marthe la echó en otra copa, que me entregó. Sirvió una humeante taza de té, que reconocí de inmediato como procedente de Mariage Frères, en París. Al parecer, Matthew había revisado mis alacenas mientras yo dormía la noche anterior y había sido muy específico con su lista de la compra. Marthe sirvió crema de leche espesa en la taza antes de que Matthew pudiera detenerla y yo le lancé a él una mirada de advertencia.

A esas alturas yo necesitaba aliados. Además, estaba demasiado sedienta como para que me importara demasiado. Él se reclinó dócilmente en la silla sorbiendo su vino.

Marthe siguió sacando más utensilios de su bandeja: cubiertos de plata, sal, pimienta, mantequilla, mermelada, tostadas y una dorada tortilla de huevos salpicada con hierbas frescas.

—Merci, Marthe —le agradecí de todo corazón.

—¡Come! —ordenó, apuntándome a mí esta vez con su paño.

Marthe se mostró satisfecha con el entusiasmo de mis primeros bocados. Entonces olfateó el aire. Frunció el ceño y dirigió una exclamación de disgusto a Matthew antes de dirigirse a grandes zancadas a la chimenea. Encendió un fósforo y

la madera seca empezó a crepitar.

—Marthe —protestó Matthew, poniéndose de pie con su copa de vino—, yo puedo hacer eso.

—Ella tiene frío —masculló la mujer, evidentemente molesta porque él no se había dado cuenta antes de sentarse—, y tú tienes sed. Yo encenderé el fuego.

En unos minutos se formaron grandes llamas. Aunque ningún fuego haría que la enorme habitación se caldeara, por lo menos eliminaba la humedad del ambiente. Marthe se sacudió las manos y se puso de pie.

—Ella debe dormir. Puedo oler que ha tenido miedo.

—Dormirá cuando termine de comer —aseguró Matthew, levantando la mano derecha a modo de promesa. Marthe lo miró durante un buen rato y agitó su dedo en dirección a él como si tuviera quince años y no mil quinientos. Finalmente, la expresión inocente de él la convenció. Abandonó la habitación, bajando con seguridad las desafiantes escaleras.

—El occitano es la lengua de los trovadores, ¿verdad? —quise saber, cuando Marthe se hubo marchado. El vampiro asintió con la cabeza—. No sabía que se hablara también tan al norte.

—No estamos tan al norte —explicó Matthew con una sonrisa—. Antaño, París no era más que una insignificante ciudad fronteriza. La mayoría de la gente hablaba occitano entonces. Las colinas mantuvieron a los norteños, y a su lengua, a distancia. Incluso ahora la gente de por aquí desconfía de los forasteros.

—¿Qué quiere decir la letra de esa canción? —pregunté.

—«Tú eres el árbol y la rama» —tradujo, fijando la mirada en las franjas de la campiña visibles a través de la ventana más cercana—, «donde la fruta del deleite madura». —Matthew sacudió la cabeza con pesar—. Marthe tarareará la canción toda la tarde y volverá loca a Ysabeau.

El fuego continuó difundiendo su calidez por la habitación, y con el calor me entró somnolencia. Cuando terminé los huevos, me resultaba difícil mantener los ojos abiertos.

Estaba yo en medio de un bostezo que amenazaba con separar mis mandíbulas, cuando Matthew me arrancó de la silla. Me levantó en sus brazos mientras mis pies pataleaban en el aire. Empecé a protestar.

—Basta —ordenó—. Apenas puedes mantenerte recta, y ya no digamos caminar.

Me colocó delicadamente en un extremo de la cama y abrió la colcha. Las sábanas blancas como la nieve parecían pulcras y acogedoras. Dejé caer mi cabeza en la montaña de almohadas amontonadas sobre el cabecero de nogal tallado de la cama.

—Duerme. —Matthew cogió los cortinajes de la cama con ambas manos y les dio un tirón.

—No sé si podré dormir —dije, sofocando otro bostezo—. No suelo dormir la

siesta.

—Todo indica lo contrario —dijo secamente—. Estás en Francia ahora. Relájate. Estaré abajo. Llámame si necesitas algo.

Con una escalera que sube del salón a su estudio y otra escalera que conduce al dormitorio en el lado opuesto, nadie podría acceder a aquella habitación sin pasar antes por delante de Matthew. Las estancias habían sido diseñadas como si tuviera que protegerse de su propia familia.

Una pregunta llegó hasta mis labios, pero él dio un último tirón a los cortinajes y los cerró, con lo cual me ordenó guardar silencio. Los pesados cortinajes de la cama no dejaban pasar la luz, y también impedían el paso a las peores corrientes de aire. Relajada en el colchón firme y con el calor de mi cuerpo multiplicado por las capas de mantas en la cama, rápidamente me quedé dormida.

Me desperté por el ruido suave de unas páginas al ser pasadas y me senté de golpe, tratando de imaginar por qué alguien me había encerrado en una caja hecha de tela. Entonces recordé.

Francia. Matthew. Su casa.

—¿Matthew? —llamé en voz baja.

Él abrió las cortinas y me miró con una sonrisa. Detrás de él, había velas encendidas…, docenas y docenas de velas. Algunas estaban colocadas en los candelabros sobre las paredes de la habitación, y otras estaban distribuidas en candelabros ornamentados en el suelo y en las mesas.

—Para ser alguien que no acostumbra a echarse la siesta, has dormido muy profundamente — señaló satisfecho. En lo que a él se refería, el viaje a Francia ya había demostrado ser un éxito.

—¿Qué hora es?

—Te voy a regalar un reloj si no dejas de preguntarme eso. —Matthew miró su viejo Cartier— . Casi las dos de la tarde. Marthe seguramente llegará en cualquier momento con un poco de té. ¿Quieres ducharte y cambiarte de ropa?

La idea de una ducha caliente hizo que empujara ansiosamente las mantas.

—¡Sí, por favor!

Matthew esquivó el vuelo de mis piernas y me ayudó a bajar al suelo, que estaba más lejos de lo que yo había calculado. Y también estaba frío, como sintieron agudamente mis pies descalzos al tocar las losas de piedra.

—Tu bolsa está en el baño, el ordenador está en mi estudio, abajo, y hay toallas limpias. Tómate el tiempo que quieras. —Me observó cuando pasé rozándolo en dirección al baño.

—¡Esto es un palacio! —exclamé. Entre dos de las ventanas había una enorme bañera blanca con patas y sobre un largo banco de madera descansaba mi vieja bolsa de lona de Yale. En el rincón más alejado había una ducha en la pared.

Abrí los grifos suponiendo que iba a tener que esperar un buen rato para que el agua se calentara. Pero, milagrosamente, el vapor me envolvió de inmediato, y el perfume a miel y melocotón de mi jabón ayudó a eliminar la tensión de las veinticuatro horas anteriores.

Cuando mis músculos estuvieron relajados, me puse los vaqueros, una camiseta de cuello alto y un par de calcetines. No había ningún enchufe para mi secador de pelo, de modo que resolví secarlo con una toalla y pasarle un peine antes de atarlo en una cola de caballo.

—Marthe ha traído el té —dijo cuando entré en el dormitorio y miré la tetera y la taza que esperaban en la mesa—. ¿Quieres que te sirva una taza?

Suspiré con placer cuando el tranquilizador líquido se deslizó por mi garganta.

—¿Cuándo puedo ver el manuscrito del *Aurora?*

—Cuando esté seguro de que no te perderás yendo a la biblioteca. ¿Lista para el *tour?*

—Sí, por favor. —Me puse unos mocasines y corrí otra vez al baño a buscar un jersey. Mientras yo corría de un lado a otro, Matthew esperaba pacientemente, de pie cerca de las escaleras.

—¿Llevamos la tetera abajo? —pregunté, patinando un poco al detenerme.

—No. Se pondría furiosa si llegara a permitir que una invitada tocara un solo plato. Espera veinticuatro horas antes de ayudar a Marthe.

Matthew se deslizó escaleras abajo como si pudiera recorrer los irregulares y gastados escalones con los ojos vendados. Yo lo seguía tocando con los dedos la pared de piedra para no caerme.

Cuando llegamos a su estudio, señaló mi ordenador, ya enchufado y colocado en una mesa junto a la ventana, antes de bajar al salón. Marthe había estado por allí y un cálido fuego crepitaba en la chimenea, haciendo que el olor del humo de la madera inundara toda la habitación. Me agarré a Matthew.

—La biblioteca —dije—. El *tour* tiene que empezar allí.

Era otra habitación que, a lo largo de los años, habían llenado con diferentes objetos y muebles. Una silla Savonarola estaba junto a un escritorio estilo Directorio francés, mientras que sobre una enorme mesa de roble de alrededor de 1700 había varias vitrinas de exposición que tenían el aspecto de haber sido arrancadas de un museo victoriano. A pesar de la variedad de combinaciones de estilos distintos, la habitación estaba unificada por kilómetros de libros encuadernados en cuero sobre estantes de nogal y por una gran alfombra Aubusson de colores oro pálido, azules y marrones.

Como en la mayoría de las bibliotecas antiguas, los libros estaban colocados en estantes ordenados por tamaño. Había gruesos manuscritos encuadernados en cuero, colocados con los lomos hacia adentro y los cierres decorados hacia fuera, y los

títulos escritos con tinta sobre los bordes delanteros de la vitela. Había incunables diminutos y libros de tamaño bolsillo en cuidadosas hileras que abarcaban la historia de la imprenta desde la década de 1450 hasta el presente. Se podían ver también varias primeras ediciones modernas poco comunes, incluyendo una serie de historias de *Sherlock Holmes,* de Arthur Conan Doyle, y *La espada en la piedra,* de T. H. White. Una estantería no contenía otra cosa que no fueran grandes manuscritos: libros de botánica, atlas, libros de medicina. Si había todo esto en el piso de abajo, ¿qué tesoros contendría el estudio de Matthew en la torre?

Me dejó recorrer la habitación, observando los títulos al tiempo que trataba de reprimir exclamaciones de admiración. Cuando regresé a su lado, no pude más que sacudir la cabeza sin poder creerlo.

—Imagina lo que tendrías tú si hubieras estado comprando libros durante siglos —dijo Matthew, encogiéndose de hombros con un gesto que me hizo recordar a Ysabeau—. Las cosas se acumulan. Nos hemos desprendido de muchas cosas con el paso de los años. No había más remedio. De lo contrario, esta habitación sería del tamaño de la Biblioteca Nacional.

—Y bien, ¿dónde está?

—Ya se te ha acabado la paciencia, por lo que veo. —Se dirigió a un estante, y recorrió con la mirada los volúmenes. Sacó un libro pequeño con ornamentadas tapas negras y me lo ofreció.

Cuando busqué un atril acolchado para colocarlo, se rió.

—Vamos, ábrelo, Diana. No se va a desintegrar.

Me resultaba extraño tener semejante manuscrito en mis manos, instruida como estaba para pensar en ellos como objetos raros, preciosos, y no como material de lectura. Comencé a mirar su interior tratando de no abrir demasiado las tapas para no romper la encuadernación. Saltó una explosión de colores brillantes, con oro y plata.

—¡Oh! —exclamé en un susurro. Los otros ejemplares del *Aurora Consurgens* que había visto no eran ni remotamente tan espléndidos—. ¡Qué hermoso! ¿Sabes quién hizo las iluminaciones?

—Una mujer llamada Bourgot Le Noir. Era muy conocida en París a mediados del siglo XIV. —Matthew me quitó el libro de las manos y lo abrió completamente—. Ahí tienes. Ahora puedes verlo bien.

La primera iluminación mostraba una reina de pie sobre una pequeña colina, protegiendo a siete criaturas pequeñas debajo de su capa extendida. Delicadas enredaderas enmarcaban la imagen, enroscándose y serpenteando por encima del pergamino. Aquí y allá aparecían botones que se convertían en flores y aves posadas en las ramas. A la luz de la tarde, el dorado vestido bordado de la reina brillaba sobre un fondo bermellón brillante. Al pie de la página, un hombre con túnica negra estaba sentado encima de un escudo con blasones en negro y plata. La atención del hombre

estaba dirigida a la reina, con una expresión embelesada en su rostro y las manos levantadas en un gesto de súplica.

—Nadie va a creer esto. ¿Un ejemplar desconocido del *Aurora Consurgens,* con iluminaciones de *una mujer?* —Sacudí la cabeza con asombro—. ¿Cómo podré citarlo?

—Prestaré el manuscrito a la Biblioteca Beinecke durante un año, si eso te ayuda. De manera anónima, por supuesto. En cuanto a Bourgot, los expertos dirán que es obra de su padre. Pero todo lo hizo ella. Probablemente tenemos el recibo de ese trabajo en algún lugar —comentó vagamente Matthew, mirando a su alrededor—. Le preguntaré a Ysabeau dónde están las cosas de Godfrey.

—¿Godfrey? —El desconocido escudo de armas tenía una flor de lis, rodeada por una serpiente mordiéndose la cola.

—Mi hermano. —La imprecisión abandonó su voz y su rostro se ensombreció—. Murió en 1668, combatiendo en las infernales guerras de Luis XIV. —Cerró con delicadeza el manuscrito y lo puso sobre una mesa cercana—. Lo llevaré a mi estudio después para que puedas mirarlo con más detenimiento. Por la mañana, Ysabeau lee los periódicos aquí, pero aparte de eso este sitio está siempre vacío. Puedes venir y buscar en las estanterías cuando desees.

Con esa promesa me condujo por el salón hacia la gran sala. Nos detuvimos junto a la mesa con el jarrón chino, y señaló las características de la habitación, incluyendo la galería de los antiguos trovadores, la trampilla en el techo que había dejado salir el humo antes de que se construyeran los hogares y las chimeneas, y la entrada a la atalaya cuadrada que custodiaba desde lo alto la entrada principal al *château*. Podríamos subir a ella cualquier otro día.

Matthew me llevó a la planta baja inferior, con su laberinto de almacenes, bodegas, cocinas, estancias para los criados, despensas y otros lugares para guardar alimentos y bebidas. Marthe salió de una de las cocinas. La harina le cubría los brazos hasta los codos, y me entregó un bollo tibio, recién salido del horno. Fui masticándolo mientras Matthew recorría los pasillos, detallando los propósitos originales de cada habitación: donde se guardaba el cereal, donde se colgaban los venados para ser curados, donde se hacía el queso.

—Pero los vampiros no comen nada —observé, confundida.

—No, pero nuestros inquilinos sí comen. A Marthe le encanta cocinar.

Prometí mantenerla ocupada. El bollo estaba delicioso, y los huevos habían sido hechos a la perfección.

Nuestra siguiente parada fueron los jardines. Aunque habíamos bajado un tramo de escalones para llegar a las cocinas, salimos del *château* al nivel del suelo. Los jardines eran propios del siglo XVI, con parterres divididos llenos de hierbas aromáticas y verduras de otoño. Rosales, algunos todavía con alguna flor solitaria,

cubrían los bordes.

Pero el aroma que me intrigaba no era floral. Provenía directamente de un edificio bajo.

—Ten cuidado, Diana —gritó mientras avanzaba sobre la grava—, *Balthasar* muerde.

—¿Quién es *Balthasar?*

Dobló en la entrada al establo, con expresión de preocupación en la cara.

—El semental que está usando tu espalda como poste para rascarse —respondió Matthew con voz tensa. Estaba yo de pie dándole la espalda a un caballo grande y de pesados cascos, mientras un mastín y un lebrel irlandés se movían a mis pies, olfateándome con interés.

—Ah, no me va a morder. —El enorme percherón movió hábilmente su cabeza para poder frotar las orejas sobre mis caderas—. ¿Y quiénes son estos caballeros? —pregunté, acariciando el pelaje del cogote del lebrel mientras el mastín trataba de poner mi mano en su boca.

—El lebrel se llama *Fallon* y el mastín, *Héctor.* —Matthew chasqueó los dedos y ambos perros corrieron a su lado, donde se sentaron obedientemente, mirándole a la cara a la espera de más instrucciones—. Por favor, aléjate de ese caballo.

—¿Por qué? Se está portando bien. —*Balthasar* pateó el suelo para indicar que estaba de acuerdo conmigo, y echó una oreja hacia atrás para mirar a Matthew con arrogancia.

—«Si la mariposa vuela hacia la suave luz que la atrae, es sólo porque no sabe que el fuego puede consumirla» —citó Matthew, murmurando entre dientes—. *Balthasar* sólo se porta bien hasta que se aburre. Me gustaría que te apartaras antes de que patee y derribe la puerta de su cuadra.

—Estamos poniendo nervioso a tu amo y ha empezado a recitar oscuros fragmentos de poesía escrita por clérigos italianos locos. Volveré mañana con algo dulce. —Me di la vuelta y besé a *Balthasar* en el hocico. Relinchó y movió las pezuñas bailando con impaciencia.

Matthew trató de disimular su sorpresa.

—¿Has reconocido eso?

—Giordano Bruno. «Si el ciervo sediento va al arroyo, es sólo porque ignora al arco cruel» — continué—. «Si el unicornio va a su casto nido, es sólo porque no ve el lazo corredizo preparado para él».

—¿Conoces el trabajo del Nolano? —Matthew usó la forma que el místico del siglo XVI usaba para referirse a sí mismo.

Entrecerré los ojos. Santo cielo, ¿había conocido a Bruno, al igual que había conocido a Maquiavelo? Matthew parecía haber sido atraído por todos los personajes extraños.

—Fue uno de los primeros seguidores de Copérnico y yo soy historiadora de la ciencia. ¿Y tú cómo conoces el trabajo de Bruno?

—Soy un gran lector —respondió evasivamente.

—¡Lo conociste! —Mi tono era acusador—. ¿Era un daimón?

—Uno que cruzó la línea que separa la demencia del genio con demasiada frecuencia, me temo.

—Tenía que haberlo imaginado. Creía en la vida extraterrestre y maldijo a sus inquisidores cuando se dirigía a la hoguera —dije, sacudiendo la cabeza.

—Sin embargo comprendía el poder del deseo.

Miré directamente al vampiro.

—«El deseo me alienta, así como el miedo me ata». ¿Bruno aparece en tu ensayo para All Souls?

—Un poco. —La boca de Matthew se convirtió en una dura línea—. ¿Puedes, por favor, apartarte de ahí? Podemos hablar de filosofía en otra ocasión.

Otros pasajes pasaron por mi mente. Había otra cosa en el trabajo de Bruno que podía hacer que Matthew pensara en él. Escribió sobre la diosa Diana.

Me aparté de la cuadra.

—*Balthasar* no es un poni —advirtió Matthew, cogiéndome del codo.

—Me doy cuenta de eso. Pero yo podría controlar a ese caballo. —Tanto el manuscrito de alquimia como el filósofo italiano desaparecieron de mi mente ante la sola idea de semejante desafío.

—¡No me digas que también sabes montar! —se sorprendió incrédulo Matthew.

—Crecí en el campo y monto desde que era una niña…, *dressage*, salto…, de todo. —Estar sobre un caballo me hacía sentir que volaba todavía más que el remo.

—Tenemos otros caballos. *Balthasar* se queda donde está —dijo con firmeza.

Cabalgar era una inesperada ventaja del viaje a Francia, una que hacía casi soportable la fría presencia de Ysabeau. Matthew me llevó al otro extremo de las cuadras, donde esperaban seis espléndidos animales más. Dos de ellos eran grandes y negros, aunque no tanto como *Balthasar;* otro era una yegua castaña de líneas bastante redondeadas, y había también un caballo bayo castrado. Contaba igualmente con dos andaluces grises, con grandes cascos y cuellos curvos. Uno de ellos se acercó a la puerta para ver lo que estaba ocurriendo en sus dominios.

—Ésta es *Nar Rakasa* —explicó, acariciando suavemente su hocico—. Su nombre significa «bailarina de fuego». Normalmente sólo la llamamos *Rakasa.* Se mueve perfectamente, pero es obstinada. Deberíais llevaros sumamente bien.

Me negué a morder el cebo, aunque fuese ofrecido de un modo encantador, y dejé que *Rakasa* me olfateara el pelo y la cara.

—¿Cómo se llama su compañera?

—Fiddat… «Plata». — *Fiddat* se acercó con sus oscuros ojos llenos de afecto

cuando Matthew mencionó su nombre—. *Fiddat* es el caballo de Ysabeau y *Rakasa* es su hermana. —Matthew señaló a los dos negros—. Ésos son los míos. *Dahr* y *Sayad*.

—¿Qué significan sus nombres? —pregunté, dirigiéndome hacia sus cuadras.

—Dahr es una palabra árabe que significa «tiempo», y *Sayad* significa «cazador» —explicó Matthew, uniéndose a mí—. A *Sayad* le encanta cabalgar por los campos persiguiendo presas de caza y saltando setos. *Dahr* es paciente y tranquilo.

Continuamos el *tour*, y Matthew fue señalando las características de las montañas y orientándome para poder situar el pueblo. Me enseñó los lugares en que el *château* había sido modificado y cómo los restauradores habían usado un tipo diferente de piedra porque la original ya era imposible de encontrar. Cuando terminamos estaba segura de que yo no me perdería, sobre todo si tomaba como referencia la torre del homenaje, que era imposible no ver.

—¿Por qué estoy tan cansada? —Bostecé mientras regresábamos al *château*.

—Eres imposible —replicó Matthew exasperado—. ¿Realmente quieres que te cuente lo ocurrido en las últimas treinta y seis horas?

Por insistencia de él, acepté dormir otra siesta. Lo dejé en el estudio, subí las escaleras y me dejé caer en la cama, demasiado cansada incluso para apagar las velas.

Momentos después ya estaba soñando. Cabalgaba por un bosque oscuro con una túnica verde suelta y un cinturón. Llevaba sandalias atadas a mis pies, sostenidas con tiras de cuero entrecruzadas alrededor de mis tobillos y pantorrillas. Detrás de mí se escuchaban ladridos de perros y el ruido de cascos que aplastaban la hierba. Llevaba una aljaba con flechas colgada de un hombro y sostenía un arco en una mano. A pesar de los adversos ruidos de mis perseguidores, no tenía miedo.

En mi sueño sonreía sabiendo que podía correr más que quienes me perseguían.

—Vuela —ordené…, y el caballo me obedeció.

Capítulo

19

A la mañana siguiente mis primeros pensamientos también tuvieron que ver con cabalgar.

Me pasé un cepillo por el pelo, me enjuagué la boca y me puse un ajustado par de *leggings*. Era lo más parecido a pantalones de montar que había traído. Las zapatillas para correr me harían imposible mantener los talones en los estribos, de modo que me puse mis mocasines. No era el calzado adecuado, pero sería suficiente. Una camiseta de manga larga y un jersey de lana completaban mi atuendo. Me recogí el pelo en una cola de caballo, y volví al dormitorio.

Matthew enarcó la ceja cuando entré con rapidez en la habitación y con su brazo me impidió seguir avanzando. Estaba apoyado en la puerta que daba al pasillo abovedado que conducía a las escaleras impecable como siempre, con pantalones de montar gris oscuro y un jersey negro.

—Salgamos a cabalgar por la tarde.

Ya me lo esperaba. La cena con Ysabeau había sido tensa, por decirlo de alguna manera, y después mi sueño había estado lleno de pesadillas. Matthew había subido varias veces las escaleras para ver cómo me encontraba.

—Estoy bien. El ejercicio y el aire fresco me sentarán estupendamente. —Cuando traté de pasar junto a él otra vez, me detuvo utilizando sólo su oscura mirada.

—Si comienzas a balancearte en la silla de montar, te traigo de vuelta a casa. ¿Entendido?

—Entendido.

Ya abajo, me dirigí hacia el comedor, pero Matthew me arrastró en la dirección opuesta.

—Comeremos algo en las cocinas —dijo en voz baja. Nada de un desayuno formal con Ysabeau mirándome por encima de su ejemplar de *Le Monde*. Acepté de inmediato.

Comimos en lo que era, obviamente, parte de las habitaciones del ama de llaves, delante de un gran fuego en una mesa puesta para dos, aunque yo iba a ser la única que iba a disfrutar de la excelente y abundante comida de Marthe. Sobre la antigua y gastada mesa redonda de madera había una inmensa tetera llena, envuelta en un paño de lino para mantener el calor. Marthe me miró, preocupada por mis ojeras y mi piel pálida, y emitió unos chasquidos de desaprobación.

Cuando mi tenedor disminuyó su velocidad, Matthew me acercó una pirámide de cajas coronada con un casco forrado con terciopelo negro.

—Para ti —explicó, poniéndolas sobre la mesa.

El casco tenía un claro objetivo. Tenía la forma de una gorra de béisbol un poco más alta, con un lazo de cinta *grosgrain* negra en la nuca. A pesar de su cubierta de terciopelo y la cinta, era fuerte y estaba hecho expresamente para evitar que los frágiles cráneos humanos se rompieran en caso de chocar contra el suelo. Yo los odiaba, pero eran una prudente precaución.

—Gracias —dije—. ¿Qué hay en las cajas?

—Ábrelas y verás.

La primera caja tenía un par de pantalones de montar negros con refuerzos de ante en la parte interior de las rodillas para afirmarse en la silla de montar. Sería mucho más agradable montar con esa ropa que con mis finos y resbaladizos *leggings*. Y daba la impresión de que eran de mi talla. Matthew debía de haber estado haciendo llamadas telefónicas y transmitiendo las medidas aproximadas mientras yo descansaba. Le sonreí agradecida.

La caja también contenía un chaleco acolchado con un faldón largo y rígidos soportes de metal en las costuras. Parecía el caparazón de una tortuga y seguramente ésa sería la sensación que produciría: incómodo, pesado y difícil de manejar.

—Esto no es necesario. —Lo alcé frunciendo el ceño.

—Lo es, si sales a cabalgar. —Su voz no revelaba la menor emoción—. Me dices que tienes experiencia. Si es así, no tendrás ningún problema para adaptarte a su peso.

Los colores subieron a mi cara y las puntas de mis dedos produjeron un hormigueo de advertencia. Matthew me miró con interés, y Marthe se acercó a la puerta y olfateó. Respiré hondo varias veces hasta que el hormigueo desapareció.

—Usas el cinturón de seguridad en mi coche —dijo Matthew en un tono neutro —. Usarás el chaleco cuando montes en mi caballo.

Nos miramos fijamente, desafiándonos. La promesa del aire fresco me derrotó, y los ojos de Marthe emitieron divertidos destellos. Sin duda, nuestras negociaciones eran tan graciosas para el observador como las andanadas entre Matthew e Ysabeau.

Arrastré la última caja hacia mí en silenciosa concesión. Era larga y pesada y salió un intenso olor a cuero cuando levanté la tapa.

Botas. Botas negras, hasta la rodilla. Nunca había participado en concursos hípicos, y mis recursos eran limitados, de modo que nunca había tenido un par de botas especiales para equitación. Éstas eran hermosas, con la caña curvada de cuero flexible. Mis dedos tocaron su brillante superficie.

—Gracias —susurré, encantada con aquella sorpresa.

—Estoy seguro de que te quedarán bien —sentenció Matthew con su mirada suavizada.

—Ven, muchacha —invitó Marthe alegremente desde la puerta—. Debes cambiarte de ropa.

Tan pronto llegamos al lavadero, me saqué los mocasines ayudada con los pies y los *leggings* que cubrían mi cuerpo. Ella recogió la gastada prenda de licra y algodón mientras yo me ponía los pantalones de montar.

—En otros tiempos las mujeres no montaban como los hombres —señaló Marthe, mirando los músculos de mis piernas y sacudiendo la cabeza.

Matthew estaba hablando por su teléfono cuando regresé, enviando instrucciones a las otras personas de su mundo que requerían su dirección. Levantó la vista con gesto de aprobación.

—Ésas te resultarán más cómodas. —Se puso de pie y cogió las botas—. No hay ningún calzador aquí. Tendrás que usar tus otros zapatos hasta los establos.

—No, quiero ponérmelas ahora —dije, extendiendo mis dedos.

—Siéntate, entonces. —Sacudió la cabeza ante mi impaciencia—. No podrás ponértelas sin ayuda la primera vez. —Matthew levantó mi silla conmigo encima y la giró para tener más sitio y poder maniobrar. Sostuvo la bota derecha y metí mi pie hasta el tobillo. Tenía razón. Por mucho que empujara, no iba yo a lograr hacer pasar mi pie por aquella curva rígida. Él se levantó por encima de mi pie, agarró el tacón y la punta de la bota y la movió con suavidad mientras yo tiraba del cuero en la dirección opuesta. Después de varios minutos de esfuerzo, mi pie se abrió paso por la caña de la bota. Matthew le dio un empujón final y firme a la suela, y la bota se acomodó en mi pie.

Una vez puestas las botas, estiré las piernas para admirarlas. Matthew tiró y golpeó, metiendo sus dedos fríos en la parte de la boca para asegurarse de que mi sangre pudiera circular. Me puse de pie. Sentía las piernas inusitadamente largas y di algunos pasos con el tobillo rígido.

—Gracias. —Puse mis brazos alrededor de su cuello con las puntas de las botas rozando el suelo—. Me encantan.

Matthew acarreó mi chaleco y el sombrero a las cuadras, de la misma forma que había llevado mi ordenador y la esterilla de yoga en Oxford. Las puertas del establo estaban abiertas de par en par, y en el interior se oían ruidos de actividad.

—¿Georges? —llamó Matthew. Un hombre pequeño y enjuto pero fibroso, de edad indefinida, aunque no era vampiro, apareció en una esquina llevando una brida y una almohaza. Cuando pasamos por el compartimento de *Balthasar*, el semental dio golpes de irritación con sus cascos y sacudió la cabeza. «Me lo prometiste», parecía decir. En mi bolsillo tenía una manzana diminuta que le había robado a Marthe.

—Aquí tienes, precioso —dije, sosteniéndola en la palma de la mano. Matthew observó atentamente cuando *Balthasar* extendió el cuello para coger delicadamente con sus labios la fruta en mi mano. Apenas la tuvo en la boca, miró a su propietario con gesto de triunfo.

—Sí, veo que te estás portando como un príncipe —dijo Matthew secamente—,

pero eso no significa que no te portarás como un demonio a la primera oportunidad. — *Balthasar* golpeó con sus pezuñas el suelo, ofendido.

Pasamos por la sala de arreos. Además de las sillas de montar habituales, bridas y riendas, había estructuras de madera que sostenían algo parecido a un pequeño sillón con extraños apoyos a un lado.

—¿Qué es eso?

—Jamugas —explicó Matthew mientras se sacaba los zapatos para ponerse un par de botas altas y gastadas. Su pie entró deslizándose fácilmente con un simple golpe en el tacón y un tirón desde arriba—. Ysabeau las prefiere.

En el picadero, *Dahr* y *Rakasa* giraron las cabezas y miraron con interés mientras Georges y Matthew empezaron una conversación detallada sobre todos los obstáculos naturales con los que podríamos tropezar. Tendí mi mano a *Dahr,* lamentando no tener más manzanas en el bolsillo. El caballo castrado se mostró desilusionado también, después de percibir el dulce olor.

—La próxima vez —prometí. Me agaché para pasar por debajo de su cuello y me puse al lado de *Rakasa* —. Hola, belleza.

Rakasa, la yegua, levantó la pata derecha e inclinó su cabeza hacia mí. Le pasé las manos por el cuello y los hombros para acostumbrarla a mi olor y al contacto conmigo, y di un tirón a la silla para verificar la tensión de la cincha y asegurarme de que la manta debajo de la montura fuera suave. Se dio la vuelta y me olió con curiosidad soltando un resuello y metiendo la nariz en mi jersey donde había estado la manzana. Sacudió la cabeza, indignada.

—Para ti también —le prometí riéndome, y puse mi mano izquierda firmemente sobre la grupa—. Echemos un vistazo.

A los caballos les gusta que les toquen las patas tanto como a la mayoría de las brujas les gusta que las metan en el agua, es decir, no mucho. Pero, por costumbre y por superstición, yo jamás había montado un caballo sin antes controlar que no hubiera nada metido en la parte blanda de los cascos.

Cuando me enderecé, los dos hombres me estaban mirando atentamente. Georges dijo algo que indicaba que aprobaba mi presencia. Matthew asintió con la cabeza pensativamente, sosteniendo mi chaleco y mi casco. El chaleco era ceñido y duro, pero no resultó tan desagradable como había esperado. El casco chocó con mi cola de caballo y deslicé la cinta elástica hacia abajo para acomodarlo antes de abrochar la cincha. Matthew se colocó detrás de mí en el tiempo que necesité para agarrar las riendas y levantar mi pie hasta el estribo de *Rakasa.*

—¿Nunca vas a esperar a que te ayude? —gruñó a mi oído.

—Puedo subir yo sola a un caballo —repliqué con ferocidad.

—Pero no tienes por qué hacerlo. —Matthew me levantó sin esfuerzo hasta la silla. Después, comprobó el largo de mi estribo, volvió a controlar la cincha y

finalmente se dirigió a su propio caballo. Saltó sobre su montura con un aire de familiaridad que indicaba que había estado montando durante cientos de años. Ya encima del caballo, tenía el aspecto de un rey.

Rakasa empezó a bailar impaciente y empujé mis talones hacia abajo. Se detuvo. Parecía perpleja.

—Tranquilízate —susurré. Asintió con la cabeza y fijó la vista hacia delante, pero movía sus orejas con insistencia.

—Hazle dar una vuelta al picadero mientras ajusto mi montura —dijo Matthew con toda tranquilidad, balanceando su rodilla izquierda sobre el hombro de *Dahr* y toqueteando la tira de cuero de su estribo. Entrecerré los ojos. Sus estribos no necesitaban ningún ajuste. Simplemente quería evaluar mi habilidad como amazona.

Hice que *Rakasa* diera media vuelta al picadero, para conocer su andar. La andaluza bailaba de verdad, levantando con delicadeza sus patas para bajarlas firmemente, con un hermoso balanceo. Cuando apreté ambos talones en los costados, el paso de baile de *Rakasa* se convirtió en un trote igualmente gracioso y suave. Pasamos junto a Matthew, que había dejado de fingir que ajustaba su montura. Georges estaba apoyado en la cerca, con una gran sonrisa en la cara.

—Buena chica —susurré en voz baja. Echó la oreja izquierda hacia atrás y aceleró ligeramente el paso. Apreté las pantorrillas contra sus costados, justo detrás del estribo, y pasó a un medio galope, con las manos en el aire y el cuello arqueado. ¿Cuál sería el grado de enfado de Matthew si saltáramos la cerca del picadero?

Considerable. Con toda seguridad.

Rakasa dobló en la esquina y la hice trotar.

—¿Y bien? —pregunté.

Georges asintió con la cabeza y abrió la puerta del picadero.

—Vas bien sentada —señaló Matthew, mirando mi trasero—. Buenas manos también. Estarás bien. A propósito —continuó en un tono despreocupado, inclinándose hacia mí y bajando la voz—, si hubieras saltado la valla de allí, el paseo de hoy habría sido suspendido.

Cuando dejamos atrás los jardines y atravesamos los viejos portones, la arboleda se hizo más espesa y Matthew recorrió el bosque con la mirada. Después de unos metros ya entre los árboles, empezó a relajarse, tras haber analizado a cada criatura que había por allí y descubrir que ninguna de ellas era de la variedad de dos patas.

Matthew llevó a *Dahr* al trote y *Rakasa* esperó obedientemente que yo hiciera lo mismo. Lo hice, sorprendida otra vez por la suavidad de sus movimientos.

—¿Qué clase de caballo es *Dahr?* —le pregunté al observar su andar igualmente suave.

—Supongo que tú lo llamarías un caballo de guerra —explicó Matthew, refiriéndose a las cabalgaduras que llevaron los caballeros a las cruzadas—. Fue

criado para la velocidad y la agilidad.

—Pensaba que los caballos de ese tipo eran enormes bestias de guerra. —*Dahr* era más grande que *Rakasa,* pero no mucho.

—Eran grandes para su época. Pero no lo suficientemente grandes como para llevar a la batalla a cualquiera de los hombres de esta familia, al menos cuando estábamos ya con la armadura puesta, y con las armas. Entrenábamos en caballos como *Dahr* y los montábamos por placer, pero combatíamos montados en percherones como *Balthasar.*

Miré por entre las orejas de *Rakasa,* reuniendo valor para abordar otro tema.

—¿Puedo preguntarte algo sobre tu madre?

—Por supuesto —aceptó Matthew, dándose la vuelta en su montura. Puso un puño sobre la cadera y sujetó las riendas de su caballo ligeramente con la otra mano. En ese momento supe con absoluta certeza cuál era el aspecto de un caballero medieval montado en su caballo.

—¿Por qué odia tanto a las brujas? Los vampiros y las brujas son enemigos tradicionales, pero la aversión que manifiesta Ysabeau hacia mí va más allá de eso. Parece algo personal.

—Supongo que quieres una respuesta mejor que la de que hueles como la primavera.

—Sí, quiero la verdadera razón.

—Está celosa. —Matthew palmeó el hombro de *Dahr.*

—¿De qué diablos está celosa?

—Veamos. Tu poder, especialmente la capacidad de las brujas para ver el futuro. Tu posibilidad de parir hijos y pasar ese poder a una nueva generación. Y la serenidad con la que vosotras morís, supongo —dijo en un tono reflexivo.

—Ysabeau os tuvo a ti y a Louisa como hijos.

—Sí, Ysabeau nos hizo a ambos. Pero no es lo mismo que parir un hijo, creo.

—¿Por qué envidia ella la clarividencia de una bruja?

—Eso tiene que ver con la manera en que Ysabeau fue hecha. Su hacedor no le pidió permiso antes de hacerla. —La cara de Matthew se ensombreció—. La quería como esposa y simplemente la tomó y la convirtió en vampira. Tenía fama de vidente y era suficientemente joven todavía como para tener la esperanza de parir hijos. Cuando se convirtió en vampira, ambas cosas desaparecieron. Nunca ha podido superar eso del todo, y las brujas son un recuerdo constante de la vida que ella perdió.

—¿Por qué envidia que las brujas mueran tan fácilmente?

—Porque echa de menos a mi padre. —Dejó de hablar de repente; estaba claro que lo había presionado demasiado.

Los árboles se espaciaron y las orejas de *Rakasa* se movían impacientes.

—Ve delante —dijo resignado, señalando el campo abierto ante nosotros.

Rakasa saltó hacia delante al contacto de mis talones, apretando el bocado entre sus dientes. Disminuyó la velocidad al subir la colina, y una vez en la cima corcoveó y sacudió la cabeza, disfrutando del hecho de que *Dahr* estuviera allá abajo mientras ella estaba en la cima. La dejé hacer con rapidez la figura de un ocho, cambiando de dirección improvisadamente para evitar que tropezara al girar en las esquinas.

Dahr empezó a moverse, no al trote sino al galope, con su cola negra flameando mientras sus pezuñas golpeaban la tierra con increíble velocidad. Ahogué un grito y tiré ligeramente de las riendas de *Rakasa* para hacer que se detuviera. Así que ésa era la característica de los caballos de guerra. Podían pasar de cero a noventa como un coche deportivo bien preparado. Matthew no hizo esfuerzo alguno para disminuir la velocidad de su caballo cuando se acercó, pero *Dahr* se detuvo a unos dos metros de distancia de nosotras; su costado se arqueó un poco por el esfuerzo.

—¡Fanfarrón! ¿No me dejas saltar una cerca y tú te luces con este despliegue? —bromeé.

—*Dahr* tampoco hace suficiente ejercicio. Esto es exactamente lo que él necesita. —Matthew sonrió y palmeó a su caballo en el costado—. ¿Te interesa una carrera? Te daremos ventaja, por supuesto —dijo con una reverencia de cortesano.

—Acepto. ¿Hasta dónde?

Matthew señaló un árbol solitario sobre una cresta y me miró, alerta a la primera señal de movimiento. Había comprobado que podía lanzarme a correr sin tropezar con nada. Tal vez *Rakasa* no era tan buena en ponerse a correr de improviso como *Dahr.*

No había forma alguna de que yo pudiera sorprender a un vampiro y de ninguna manera mi caballo, con todo su suave andar, iba a derrotar a *Dahr* colina arriba hasta la cresta. De todos modos, yo estaba ansiosa por descubrir el máximo rendimiento de mi caballo. Me incliné hacia delante y palmeé a *Rakasa* en el cuello. Apoyé mi barbilla sólo un momento sobre su cálida carne y cerré los ojos.

«Vuela», la alenté sin hablar.

Rakasa salió disparada hacia delante como si le hubieran dado un golpe en la grupa, y mis instintos se impusieron.

Me levanté sobre mi montura para hacerle más fácil llevar mi peso e hice un nudo flojo con las riendas. Cuando su velocidad se estabilizó, volví a sentarme en la silla, apretando su cuerpo tibio entre mis piernas. Con un movimiento de mis pies me liberé de los innecesarios estribos y metí los dedos entre su crin. Matthew y *Dahr* volaban detrás de nosotros. Era como mi sueño, ese en el que perros y caballos me perseguían. Cerré mi mano izquierda como si estuviera sujetando algo y me incliné hacia delante sobre el cuello de *Rakasa* con los ojos cerrados.

«Vuela», repetí, pero la voz en mi cabeza ya no parecía ser la mía. *Rakasa* respondió con más velocidad todavía.

Sentí que el árbol estaba cada vez más cerca. Matthew lanzó una maldición en occitano y *Rakasa* se desvió a la izquierda en el último momento para disminuir la velocidad a un medio galope y luego a un trote. Sentí un tirón en las riendas. Abrí los ojos súbitamente alarmada.

—¿Siempre cabalgas a toda velocidad cuando montas un caballo desconocido, con los ojos cerrados, sin riendas y sin estribos? —La voz de Matthew sonaba fría y furiosa—. Remas con los ojos cerrados…, te he visto. Y también caminas con los ojos cerrados. Siempre sospeché que la magia tenía algo que ver. Seguramente usas tus poderes para montar también. De otro modo, ya estarías muerta. Y por si te sirve de algo, creo que le estás diciendo con tu mente a Rakasa lo que tiene que hacer, y no con tus manos y piernas.

Me pregunté si lo que decía sería verdad. Matthew emitió un bufido de impaciencia y desmontó pasando su pierna derecha sobre la cabeza de *Dahr;* con un movimiento de su pie izquierdo se liberó del estribo, para deslizarse por un costado del caballo, sin dejar de mirar hacia delante.

—Baja de ahí —dijo con brusquedad, cogiendo las riendas sueltas de *Rakasa.*

Desmonté de la manera tradicional, pasando mi pierna derecha sobre la grupa de *Rakasa.* Cuando le di la espalda, Matthew extendió la mano y me bajó del caballo. En ese momento me di cuenta de por qué prefería desmontar de frente. Evitaba que a uno lo agarraran por atrás y lo bajaran de la montura. Me dio la vuelta y me apretó contra su pecho.

—Dieu —susurró en mi pelo—. No vuelvas a hacer algo así, por favor.

—Tú me dijiste que no me preocupara por lo que estuviera haciendo. Ésa es la razón por la que me trajiste a Francia —repliqué, confundida por su reacción.

—Lo siento —se disculpó con toda seriedad—. Trato de no interferir, pero me resulta difícil ver que estás usando poderes que no comprendes…, sobre todo cuando no eres consciente de lo que estás haciendo.

Matthew dejó que yo me ocupara de los caballos. Até las riendas de manera que no pudieran pisarlas, pero dejándoles la libertad de mordisquear la escasa hierba de otoño. Cuando regresó, su cara era sombría.

—Hay algo que necesito mostrarte. —Me llevó hacia el árbol y nos sentamos debajo de él. Doblé las piernas con cuidado a un lado para evitar que las botas se incrustaran en mis piernas. Matthew simplemente se dejó caer, con las rodillas en el suelo y los pies recogidos debajo de los muslos.

Metió una mano en el bolsillo de sus pantalones de equitación y sacó un trozo de papel con barras negras y grises sobre un fondo blanco. Había sido doblado y vuelto a doblar varias veces.

Era un informe de ADN.

—¿Es el mío?

—El tuyo.

—¿Desde cuándo lo tienes? —Recorrí con los dedos las barras a lo largo de la página.

—Marcus trajo los resultados a tu residencia. No quise que lo vieras entonces, estando tan reciente que te hicieran recordar la muerte de tus padres. —Vaciló—. ¿Hice bien en esperar?

Cuando asentí con la cabeza, Matthew se mostró aliviado.

—¿Qué dice? —quise saber.

—No lo comprendemos todo —respondió lentamente—, pero Marcus y Miriam identificaron marcadores en tu ADN que ya habíamos visto antes.

La letra diminuta y precisa de Miriam se extendía por el lado izquierdo de la página, y las barras, algunas dentro de un círculo de lápiz rojo, se extendían por el lado derecho.

—Éste es el marcador genético de la videncia —continuó Matthew, señalando la primera marca roja. Empezó a mover su dedo lentamente hacia abajo por la página—. Éste es para volar. Éste ayuda a las brujas a encontrar las cosas perdidas.

Matthew siguió recitando poderes y habilidades, uno a uno, hasta que mi cabeza empezó a dar vueltas.

—Éste es para hablar con los muertos; éste es para la transmutación; éste es el de la telekinesia; éste sirve para lanzar hechizos; éste es para los encantamientos; éste es para las maldiciones. Y además tienes la capacidad de leer la mente, telepatía y empatía…, están todas juntas.

—Eso no puede estar bien. —Yo nunca había oído hablar de una bruja con más de uno o dos poderes. Y Matthew ya había llegado a una docena.

—Creo que las conclusiones son correctas, Diana. Estos poderes pueden no manifestarse nunca, pero has heredado la predisposición genética para ellos. —Dio la vuelta a la página. Había más círculos rojos y más minuciosas anotaciones de Miriam —. Aquí están los marcadores elementales. La tierra está presente en casi todas las brujas, y algunas tienen tierra y aire o tierra y agua. Tú tienes los tres, algo que nunca habíamos visto antes. Y además también tienes el fuego. Y el fuego es muy, muy raro. —Matthew señaló las cuatro marcas.

—¿Qué son los marcadores elementales? —Sentía los pies incómodamente tensos y me hormigueaban los dedos.

—Son indicadores de que tienes la predisposición genética de controlar uno o más elementos. Eso explica por qué pudiste provocar un viento de brujos. A partir de esto, además puedes convocar el fuego de brujos y también lo que se llama el manantial de brujos.

—¿Qué hace la tierra?

—Magia de hierbas, el poder de afectar a las cosas que crecen, lo básico.

Combinado este poder con el de lanzar hechizos, maldiciones y encantamientos, o cualquiera de ellos individualmente, quiere decir que no sólo tienes grandes poderes mágicos, sino también un talento innato para el arte de la brujería.

Mi tía era buena con los hechizos. Emily no, pero podía volar distancias cortas y ver el futuro. Éstas eran diferencias clásicas entre brujas, las que separaban a las que usaban el arte de la brujería, como Sarah, de aquellas que usaban la magia. Todo ello se reducía a si las palabras daban forma a los poderes o si uno simplemente los tenía y podía usarlos como quisiera. Hundí la cara entre mis manos. La perspectiva de ver el futuro, como mi madre, podría haber sido algo bastante terrorífico. Pero ¿el control de los elementos? ¿Hablar con muertos?

—Hay una larga lista de poderes sobre esa hoja. Hemos visto… Cuántos?… Cuatro o cinco de ellos solamente. —Era aterrador.

—Sospecho que hemos visto más que eso…, como la manera en que te mueves con los ojos cerrados, tu capacidad para comunicarte con *Rakasa* y tus dedos con chispas. Sólo que no tenemos nombres para ellos todavía.

—Por favor, dime que eso es todo.

Matthew vaciló.

—No totalmente. —Giró otra página—. No podemos todavía identificar estos marcadores. En la mayor parte de los casos tenemos que relacionar relatos de las actividades de una bruja (algunas de ellas con siglos de antigüedad) con pruebas de ADN. Puede ser difícil compararlas.

—¿Las pruebas explican por qué mi magia está apareciendo ahora?

—No necesitamos una prueba para eso. Tu magia se está comportando como si hubiera despertado después de un largo sueño. Toda esa inactividad la ha vuelto inquieta, y ahora quiere hacer las cosas a su manera. La sangre se impone —dijo Matthew a la ligera. Se puso elegantemente de pie y me levantó—. Cogerás un resfriado sentada en el suelo, y si enfermas, tendré que darle demasiadas explicaciones a Marthe. —Llamó con un silbido a los caballos. Caminaron tranquilamente en dirección a nosotros, todavía masticando su inesperado festín.

Cabalgamos durante otra hora, explorando los bosques y campos alrededor de Sept-Tours. Matthew me indicó el mejor lugar para cazar conejos y el sitio donde su padre le había enseñado a disparar una ballesta sin sacarse un ojo. Mientras regresábamos a las cuadras, mis preocupaciones por los resultados de las pruebas habían sido reemplazadas por una agradable sensación de agotamiento.

—Mañana me van a doler todos los músculos —comenté gimiendo—. No montaba en un caballo desde hacía años.

—Nadie lo habría adivinado, a juzgar por la manera en que has cabalgado hoy —dijo. Salimos del bosque y entramos por la puerta de piedra del *château*—. Eres una buena amazona, Diana, pero no debes salir sola. Es muy fácil perderse.

Matthew no estaba preocupado por que yo pudiera perderme. Le preocupaba que alguien me encontrara.

—No lo haré.

Sus dedos largos aflojaron las riendas. Las había estado sosteniendo con fuerza durante los cinco minutos previos. El vampiro estaba acostumbrado a dar órdenes que eran obedecidas en un instante. No estaba habituado a pedir y negociar acuerdos. Y su acostumbrada irascibilidad no apareció por ningún lado.

Hice que *Rakasa* se acercara a *Dahr,* y estiré la mano para coger la mano de Matthew y llevarla a mi boca. Mis labios eran cálidos en contacto con su piel áspera y fría.

Sus pupilas se dilataron por la sorpresa.

Lo solté y le ordené a *Rakasa* con un chasquido que se dirigiera a las cuadras.

Capítulo 20

Afortunadamente, Ysabeau estuvo ausente a la hora de comer. Después quise ir al estudio de Matthew directamente para empezar a examinar el *Aurora Consurgens*, pero él me convenció de que tomara un baño primero. Me aseguró que eso haría que la inevitable rigidez de los músculos fuera más soportable. A medio camino escaleras arriba, tuve que detenerme para frotarme la pierna, víctima de un calambre. Iba a pagar caro el entusiasmo de la mañana.

El baño fue algo celestial: largo, caliente y relajante. Me puse unos pantalones negros flojos, un jersey y un par de calcetines y me dirigí silenciosamente al piso de abajo, donde estaba la chimenea encendida. Mi piel se puso de color naranja y rojo mientras estiraba las manos hacia las llamas. ¿Cómo sería eso de controlar el fuego? Un hormigueo en mis dedos fue la respuesta a esa pregunta, y los metí en los bolsillos para mayor seguridad.

Matthew levantó la vista en su escritorio.

—Tu manuscrito está junto a tu ordenador.

Sus tapas negras me atrajeron con la fuerza de un imán. Me senté a la mesa y las abrí, sosteniendo con cuidado el libro. Los colores eran aún más brillantes de lo que recordaba. Después de mirar a la reina durante varios minutos, pasé la primera página.

Incipit tractatus Aurora Consurgens intitulatus. Las palabras eran familiares —«Aquí comienza el tratado llamado *El despertar de la Aurora*»— y sin embargo seguía notando el placentero estremecimiento que sentía cuando veía por primera vez un manuscrito. «Todo lo bueno viene con ella. Es conocida como la Sabiduría del Sur, que grita en las calles y a las multitudes», leí en silencio, traduciendo del latín. Era una hermosa obra, llena de paráfrasis de las Escrituras así como de otros textos.

—¿Tienes una Biblia aquí? —Sería prudente tener una a mano según fuera avanzando en el manuscrito.

—Sí…, pero no estoy seguro de dónde está. Quieres que te la busque? —Matthew empezó a ponerse de pie, pero sus ojos seguían pegados a la pantalla de su ordenador.

—No. Ya la busco yo. —Me levanté y pasé el dedo por el borde del estante más cercano. Los libros de Matthew estaban ordenados no por tamaño sino en una línea de tiempo continua. Los que estaban en la primera estantería eran tan antiguos que no me atreví a imaginar lo que contenían: ¿las obras perdidas de Aristóteles, quizás? Todo era posible.

Más o menos la mitad de los libros de Matthew estaban colocados en los estantes con el lomo hacia dentro para proteger sus frágiles bordes. Muchos de ellos tenían marcas de identificación escritas sobre los bordes de las páginas, y gruesas letras negras revelaban un título aquí, el nombre de un autor allá. A medio camino alrededor de la habitación, los libros empezaron a aparecer con el lomo hacia fuera, sus títulos y autores grabados en oro y plata.

Pasé junto a los manuscritos con sus páginas gruesas y desiguales, algunos con pequeñas letras griegas en el borde delantero. Seguí avanzando, buscando un libro grande, gordo e impreso. Mi dedo índice se paralizó ante uno encuadernado en cuero marrón con la cubierta dorada.

—Matthew, por favor, dime que *Biblia Sacra 1450* no es lo que pienso que es.

—Está bien, no es lo que piensas que es —respondió automáticamente mientras sus dedos se movían a una velocidad más que humana sobre las teclas. Casi no prestaba atención a lo que yo estaba haciendo y ninguna en absoluto a lo que estaba diciendo.

Dejé la Biblia de Gutenberg donde estaba y continué recorriendo los estantes, con la esperanza de que no fuera la única accesible para mí. Mi dedo se paralizó otra vez en un libro con un rótulo que decía: *Piezas teatrales de Will*.

—¿Estos libros son regalo de tus amigos?

—La mayoría de ellos, sí. —Matthew ni siquiera levantó la vista.

Como la imprenta alemana, los primeros tiempos del teatro inglés eran tema para una discusión posterior.

En su mayor parte, los libros de Matthew estaban en perfectas condiciones. Esto no resultaba del todo sorprendente, teniendo en cuenta quién era el propietario. Algunos, sin embargo, estaban muy usados. Un libro delgado y alto en el estante inferior, por ejemplo, tenía las esquinas tan gastadas y ajadas que se podía ver la madera que salía a través del cuero. Con curiosidad por ver qué había hecho que este libro fuera un favorito, lo saqué y abrí sus páginas. Era el libro de anatomía de Vesalius de 1543, el primero en mostrar cuerpos humanos disecados con gran detalle.

Entonces me puse a buscar nueva información sobre Matthew, busqué el siguiente libro que mostrara señales de mucho uso. Esta vez se trataba de un volumen más pequeño y más grueso. Escrito en tinta en el borde exterior estaba el título: *De motu*. El estudio de la circulación de la sangre de William Harvey y su explicación de cómo el corazón bombeaba debía de haber sido una lectura interesante para los vampiros cuando fue publicado por primera vez en la década de 1620, aunque seguramente ellos ya tendrían alguna idea de que podría ser así.

Los libros más desgastados de Matthew incluían obras sobre electricidad, microscopia y fisiología. Pero el libro más ajado que había visto hasta ese momento estaba colocado en los estantes del siglo XIX. Era una primera edición de *El origen*

de las especies, de Darwin.

Miré con disimulo a Matthew y saqué el libro del estante con la cautela de un ladrón de tiendas. Su encuadernación de tela verde, con el título y el autor estampados en oro, estaba deshilachada por el uso. Matthew había escrito su nombre en un hermoso grabado en cobre en la guarda.

Había una carta doblada en su interior.

«Estimado señor —comenzaba—. Su carta del 15 octubre me ha llegado por fin. Estoy avergonzado de mi lentitud para responder. Durante muchos años he estado reuniendo todos los datos que he podido con respecto a la diferencia y el origen de las especies, y su aprobación de mis razonamientos es muy bienvenida, ya que mi libro pasará pronto a las manos del editor». Estaba firmada por «C. Darwin», y la fecha era 1859.

Los dos hombres habían estado intercambiándose cartas apenas unas semanas antes de la publicación de *El origen* en noviembre.

Las páginas del libro estaban cubiertas con las notas del vampiro a lápiz y a tinta, dejando apenas algún centímetro cuadrado de papel en blanco. Tres capítulos tenían muchos más comentarios que el resto. Eran los capítulos sobre el instinto, el hibridismo y las afinidades entre las especies.

Al igual que el tratado de Harvey sobre la circulación de la sangre, el séptimo capítulo de Darwin, sobre los instintos naturales, debió de ser una lectura apasionante para los vampiros. Matthew había subrayado pasajes específicos y escrito por encima y por debajo de las líneas, así como en los márgenes a medida que se entusiasmaba con las ideas de Darwin. «Por lo tanto, podemos llegar a la conclusión de que *los instintos internos han sido adquiridos* y *los instintos naturales se han perdido en parte por el hábito,* y en parte por *la selección y acumulación hecha por el hombre* a lo largo de sucesivas generaciones de los *hábitos mentales y las acciones peculiares,* que aparecieron primero por lo que *en nuestra ignorancia llamamos un accidente».* Los comentarios escritos por Matthew incluían preguntas acerca de qué instintos podrían haber sido adquiridos y si los accidentes eran posibles en la naturaleza. «¿Puede ser que nosotros hayamos mantenido como instintos lo que los humanos han abandonado por accidente y por hábito?», preguntaba en el margen inferior. No tenía yo necesidad de preguntarme quiénes estaban incluidos en ese «nosotros». Se refería a las criaturas, no sólo a los vampiros, sino a los brujos y a los daimones también.

En el capítulo sobre hibridismo, el interés de Matthew se había centrado en los problemas del cruzamiento y la esterilidad. «Los primeros cruces entre formas suficientemente distintas como para ser clasificadas como especies, y sus híbridos —escribió Darwin— son, por lo general, pero *no de manera universal, estériles».* Un dibujo de un árbol genealógico llenaba los márgenes junto al pasaje subrayado. Había un signo de interrogación donde estaban las raíces y cuatro ramas. «¿Por qué la

endogamia no ha conducido a la esterilidad o a la demencia?» se preguntaba Matthew en el tronco del árbol. En la parte de arriba de la página, había escrito: «¿Una especie o cuatro?» y « *comment sont faites les d_s?*».

Seguí lo escrito con el dedo. Ésa era mi especialidad, convertir los garabatos de los científicos en algo sensato para todos los demás. En su última nota, Matthew había usado una técnica familiar de esconder sus pensamientos. Había escrito en una combinación de francés y latín y utilizado una abreviatura arcaica para los daimones para mayor seguridad en la que las consonantes, salvo la primera y la última, habían sido reemplazadas con líneas sobre las vocales. De esa manera nadie que hojeara su libro vería la palabra «daimones» ni se detendría en ella para examinarla en detalle.

«¿Cómo son hechos los daimones?», se había preguntado Matthew en 1859. Todavía estaba buscando la respuesta un siglo y medio después.

Cuando Darwin empezó a hablar de las afinidades entre especies, la pluma de Matthew no había dejado de correr por toda la página, haciendo casi imposible leer el texto impreso. Junto a un pasaje que explica: «Desde el primer amanecer de la vida, todos los seres orgánicos se parecen entre sí en grados descendentes, de modo que pueden ser clasificados en grupos debajo de grupos», Matthew había escrito « ORÍGENES » en grandes letras mayúsculas. Unas pocas líneas más abajo, otro pasaje había sido subrayado dos veces: «La existencia de grupos habría significado simplicidad si un grupo hubiera sido exclusivamente apto para habitar la tierra y el otro en el agua; *uno que se alimenta de carne, otro de materia vegetal, etcétera; pero las cosas son muy diferentes en la naturaleza; pues es bien sabido que comúnmente incluso los miembros del mismo subgrupo tienen hábitos diferentes*».

¿Acaso Matthew creía que la dieta del vampiro era un hábito más que una característica que define a la especie? Al seguir leyendo, encontré la siguiente pista: «Finalmente, las diferentes clases de datos que han sido considerados en este capítulo me parece que proclaman, muy claramente, *que las innumerables especies*, los géneros y las familias de seres orgánicos, con que este mundo está poblado, *todos descienden*, cada uno dentro de su propia clase o grupo, *de progenitores comunes*, y todos han sido modificados en el transcurso de la descendencia». En los márgenes, Matthew había escrito « PROGENITORES COMUNES » y *«ce qui explique tout»*.

El vampiro creía que la monogénesis lo explicaba todo, o por lo menos lo creía en 1859. Matthew pensaba que era posible que los daimones, los humanos, los vampiros y los brujos compartiesen ancestros comunes. Nuestras considerables diferencias eran producto de la descendencia, el hábito y la selección. Me había respondido con evasivas en su laboratorio cuando le pregunté si éramos una especie o cuatro, pero no podía hacer lo mismo en su biblioteca.

Matthew seguía concentrado en su ordenador. Cerré las tapas del *Aurora Consurgens* para proteger sus páginas y abandoné mi búsqueda de una Biblia más

común; llevé su ejemplar de Darwin junto al fuego y me hice un ovillo en el sofá. Lo abrí, con el objetivo de comprender al vampiro a partir de las notas que había escrito en su libro.

Él todavía era un misterio para mí…, quizás todavía más allí, en Sept-Tours. Matthew en Francia era diferente del Matthew en Inglaterra. Nunca se había sumergido en su trabajo de esta manera. En este lugar, sus hombros no estaban ferozmente tensos, sino relajados, y se mordía el labio inferior con su ligeramente alargado y afilado colmillo mientras escribía en el teclado. Era una señal de concentración, como lo era la ligera arruga entre sus ojos. Matthew no me prestaba atención, sus dedos volaban sobre las teclas, haciendo ruido en el ordenador con mucha fuerza. Seguramente cambiaba de portátil muy a menudo, debido a sus delicadas partes de plástico. Llegó al final de una frase, se reclinó en su silla y se estiró. Luego bostezó.

Nunca lo había visto bostezar antes. ¿Su bostezo, al igual que los hombros flojos, era una señal de relajación? Al día siguiente de haber coincido con él en la biblioteca, Matthew me había dicho que le gustaba conocer su entorno. Y aquí él conocía cada centímetro del edificio, y todos los olores le eran familiares, como lo eran todas las criaturas que andaban cerca. Y también estaba la relación con su madre y con Marthe. Aquella rara colección de vampiros era una familia, y me habían aceptado sólo por Matthew.

Volví a Darwin. Pero el baño, el calor del fuego y el constante ruido de fondo de sus dedos sobre el teclado me fueron adormeciendo. Me desperté tapada con una manta. *Sobre el origen de las especies* estaba cerca, en el suelo, cuidadosamente cerrado con un papel que señalaba el lugar donde me había quedado dormida leyendo.

Me ruboricé.

Me había atrapado husmeando.

—Buenas tardes —saludó Matthew desde el sofá que estaba enfrente. Metió un trozo de papel en el libro que estaba leyendo y lo apoyó en sus rodillas—. ¿Quieres un poco de vino?

Eso del vino me resultaba sumamente atractivo.

—Sí, por favor.

Matthew se dirigió a una mesita del siglo XVIII cerca del descansillo de la escalera. Había una botella sin etiqueta, destapada, con el corcho a un lado. Sirvió dos copas y me dio una antes de sentarse. Olí, y me anticipé a su primera pregunta:

—Frambuesas y rocas.

—Para ser una bruja eres bastante buena en esto. —Matthew asintió con la cabeza en un gesto de aprobación.

—¿Qué es lo que estoy bebiendo? —pregunté, tomando un sorbo—. ¿Es antiguo?

¿Único?

Matthew echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Nada de eso. Habrá sido embotellado probablemente hace unos cinco meses. Es un vino local, de los viñedos junto al camino. Nada raro, nada especial.

Tal vez no fuera raro ni especial, pero estaba fresco y sabía a madera y a tierra, como el aire en torno a Sept-Tours.

—Veo que dejaste de buscar una Biblia y la cambiaste por algo más científico. ¿Estabas disfrutando con Darwin? —preguntó amablemente después de observarme beber durante un instante.

—¿Todavía crees que las criaturas y los humanos descienden de ancestros comunes? ¿Es realmente posible que las diferencias entre nosotros sean simplemente raciales?

Hizo un ruidito de impaciencia.

—Te dije en el laboratorio que no lo sabía.

—Estabas seguro en 1859. Y pensabas que beber sangre podría ser sólo un hábito alimenticio, no un rasgo de diferenciación.

—¿Sabes cuántos avances científicos ha habido desde los tiempos de Darwin hasta hoy? Un científico tiene derecho a cambiar de opinión cuando sale a la luz nueva información. —Bebió un poco de vino y apoyó la copa sobre la rodilla, haciéndola girar de un lado a otro de modo que el fuego jugó con el líquido—. Además, ya no hay demasiadas pruebas científicas para las teorías humanas de las diferencias raciales. La investigación moderna indica que la mayoría de las teorías sobre la raza no son más que un método humano anticuado para explicar las diferencias fácilmente observables con el otro.

—La cuestión de por qué estás aquí, por qué estamos todos aquí, te consume realmente — reflexioné con lentitud—. He podido verlo en cada página del libro de Darwin.

Matthew examinó su vino.

—Es la única pregunta que vale la pena hacer.

Su voz era suave, pero su expresión era severa, con sus líneas afiladas y la frente arrugada. Yo hubiera querido suavizar esas líneas y levantar sus facciones para convertirlas en una sonrisa, pero me quedé sentada mientras la luz del fuego bailaba sobre su piel blanca y su pelo oscuro. Matthew cogió su libro otra vez y lo meció entre sus dedos largos, mientras su copa de vino reposaba en la otra mano.

Yo tenía la mirada fija en el fuego mientras la luz iba desapareciendo. Cuando un reloj sobre el escritorio dio las siete, Matthew dejó el libro.

—¿Nos reunimos con Ysabeau en el salón antes de cenar?

—Sí —respondí, relajando un poco los hombros—. Pero deja que me cambie primero. —Mi vestuario no podía competir con el de Ysabeau, pero no quería que

Matthew se sintiera demasiado avergonzado de mí. Como siempre, él parecía preparado para asistir a una reunión o para dar un paseo por Milán con un simple par de pantalones de lana negros y un nuevo ejemplar de su interminable provisión de jerséis. Mis recientes encuentros con él me habían convencido de que eran todos de cachemira, gruesa y exquisita.

Arriba, rebusqué entre mis pertenencias de la bolsa de lona y seleccioné un par de pantalones grises y un jersey azul zafiro hecho de una lana finamente tejida con cuello en forma de embudo y mangas acampanadas. Mi pelo estaba ondulado gracias al baño que me había dado antes y a que había terminado de secarse aplastado debajo de mi cabeza sobre el sofá.

Satisfechas las condiciones mínimas para estar presentable, me calcé los mocasines y empecé a bajar las escaleras. Los finos oídos de Matthew habían captado el ruido de mis movimientos y me esperaba en el descansillo. Cuando me vio, sus ojos se iluminaron y mostró una amplia y lenta sonrisa.

—Me gustas tanto vestida de azul como cuando vistes de negro. Estás hermosa —susurró, besándome formalmente en ambas mejillas. La sangre subió hacia ellas cuando Matthew me levantó el pelo alrededor de los hombros e hizo pasar los mechones entre sus largos dedos blancos—. Y ahora, no dejes que Ysabeau te ponga nerviosa, diga lo que diga.

—Lo intentaré —dije con una risita, mirándolo con aire vacilante.

Cuando llegamos al salón, Marthe e Ysabeau ya estaban allí. Su madre estaba rodeada de periódicos escritos en cada una de las más importantes lenguas europeas, además de uno en hebreo y otro en árabe. Marthe, por su parte, estaba leyendo una novela de misterio en edición de bolsillo, con una tapa chillona. Sus ojos negros corrían sobre las líneas impresas a una velocidad envidiable.

—Buenas noches, *maman* —saludó Matthew, acercándose a darle un beso a Ysabeau en sus frías mejillas. Las fosas nasales de ella se dilataron cuando él se apartó, y sus ojos fríos se fijaron en los míos airadamente.

Yo sabía qué era lo que me había hecho acreedora a tan sombría mirada.

Matthew tenía mi olor.

—Ven, niña —invitó Marthe, palmeando el almohadón junto a ella y echándole una mirada de advertencia a la madre de Matthew. Ysabeau cerró los ojos. Cuando los abrió otra vez, la cólera había desaparecido para ser reemplazada por algo parecido a la resignación.

—*Gab es einen anderen Tod* —murmuró Ysabeau a su hijo cuando Matthew cogió *Die Welt* y empezó a mirar los titulares con unos ruidos de desagrado.

—¿Dónde? —pregunté. Se había encontrado otro cadáver sin sangre. Si Ysabeau creía que iba a dejarme fuera de la conversación hablando alemán, sería mejor que se lo pensara dos veces.

—Múnich —informó Matthew con la cara metida entre las páginas—. Por Dios, ¿por qué nadie hace nada al respecto?

—Debemos ser cuidadosos con lo que deseamos, Matthew —dijo Ysabeau. Bruscamente cambió de tema—: ¿Qué tal fue tu paseo a caballo, Diana?

Matthew observó con cautela a su madre por encima de los titulares de *Die Welt*.

—Maravilloso. Gracias por dejarme montar a *Rakasa* —respondí, apoyando la espalda junto a Marthe y obligándome a mirar a Ysabeau a los ojos sin pestañear.

—Es demasiado obstinada para mi gusto —señaló, para luego dirigir la atención a su hijo, que tuvo el buen sentido de meter la nariz otra vez en su periódico—. *Fiddat* es mucho más dócil. A medida que envejezco, encuentro que esa cualidad es admirable en los caballos.

«Y también en los hijos», pensé.

Marthe me sonrió de un modo alentador y se levantó para ocuparse de algo que había sobre el aparador. Le sirvió una copa grande de vino a Ysabeau y una mucho más pequeña a mí. Marthe volvió a la mesa y regresó con otro vino para Matthew. Éste lo olió para confirmar su calidad.

—Gracias, *maman* —dijo, levantando su copa con un gesto de deferencia.

—Hein, no es para tanto —respondió Ysabeau, tomando ella también un sorbo del mismo vino.

—No, no es para tanto. Sólo es uno de mis favoritos. Gracias por recordarlo. —Matthew paladeó los sabores del vino antes de tragar el líquido.

—¿A todos los vampiros les gusta tanto el vino como a ti? —le pregunté a Matthew mientras olía aquel vino picante—. Bebes constantemente, y nunca te pones ni siquiera ligeramente alegre.

Matthew mostró una gran sonrisa.

—A la mayoría de los vampiros les gusta mucho más. En cuanto a emborracharse, nuestra familia siempre ha sido conocida por su admirable autodominio, ¿verdad, *maman?*

Ysabeau dejó escapar un bufido muy poco digno de una dama.

—Ocasionalmente. Con respecto al vino, quizás.

—Deberías haber sido diplomática, Ysabeau. Eres muy buena dando respuestas poco comprometidas —dije.

Matthew estalló en una carcajada.

—Dieu, nunca pensé que llegaría el día en que mi madre fuera considerada diplomática. Y menos su lenguaje. Ysabeau siempre ha sido mucho mejor con la diplomacia de la espada.

Marthe se rió con disimulo para mostrarse de acuerdo.

Ambas, Ysabeau y yo, nos mostramos indignadas, lo cual sólo consiguió que dejara escapar otra carcajada.

La atmósfera durante la cena fue considerablemente más distendida de lo que lo había sido la noche anterior. Matthew estaba sentado a la cabecera de la mesa, con Ysabeau a su izquierda y conmigo a su derecha. Marthe se movía sin cesar yendo de la cocina a la chimenea y luego a la mesa, sentándose de vez en cuando para tomar un sorbo de vino y hacer algunas pequeñas contribuciones a la conversación.

Platos llenos de comida iban y venían. Había de todo, desde sopa de champiñones silvestres hasta codornices y delicadas tajadas de carne de ternera. Me maravillé en voz alta de que alguien que ya no comía alimentos cocinados pudiera tener tan buena mano con las especias. Marthe se ruborizó y mostró sus hoyuelos, pero intentó aplastar con la mirada a Matthew cuando éste trató de contar historias de sus más espectaculares desastres culinarios.

—¿Recuerdas el pastel de paloma viva? —Él se rió entre dientes—. Nadie te explicó que tenías que tener a las aves sin comer durante veinticuatro horas antes de meter el pastel en el horno porque, si no, tendría el aspecto del palo de un gallinero. —Eso le valió una colleja en la parte de atrás del cráneo.

—Matthew —le advirtió Ysabeau, secándose las lágrimas de los ojos después de una larga carcajada—, no debes burlarte de Marthe. Tú también has tenido tus propios desastres a lo largo de los años.

—Y yo los he visto todos —informó Marthe, que llevaba una ensalada. Su inglés se hacía más fluido a medida que pasaban las horas, ya que cambiaba a este idioma cada vez que hablaba delante de mí. Regresó al aparador y fue a buscar un tazón de nueces, que puso entre Matthew e Ysabeau— . Uno fue cuando inundaste el castillo con tu idea de almacenar agua en el techo —dijo, y comenzó a enumerar con los dedos—. Dos, cuando te olvidaste de cobrar los impuestos. Era la primavera, estabas aburrido y entonces te levantaste una mañana y te fuiste a Italia a hacer la guerra. Tu padre tuvo que pedir perdón de rodillas al rey. ¡Y después ocurrió lo de Nueva York! —gritó triunfal.

Los tres vampiros continuaron intercambiando recuerdos. Pero ninguno de ellos habló del pasado de Ysabeau. Cuando surgía algo que se relacionaba con ella, o con el padre de Matthew o con su hermana, la conversación tomaba elegantemente otro rumbo. Me di cuenta de ese esquema y me preguntaba cuál era la razón, pero no dije nada, contenta con dejar que la velada transcurriera como ellos quisieran y extrañamente reconfortada por formar parte de una familia otra vez, aunque se tratara de una familia de vampiros.

Después de la cena regresamos al salón, donde el fuego era más grande y más impresionante que antes. Las chimeneas del castillo se iban caldeando con cada tronco que se arrojaba. El fuego aumentaban la temperatura y el resultado era que la habitación se notaba casi cálida. Matthew se aseguró de que Ysabeau estuviera cómoda y le sirvió otra copa de vino antes de dirigirse a un equipo de música

cercano. Marthe, por su parte, me hizo un té y puso en mis manos la taza con un plato pequeño.

—Bebe —ordenó, con sus ojos atentos. Ysabeau también me observó mientras yo bebía y le dirigió una larga mirada a Marthe—. Te ayudará a dormir.

—¿Lo has preparado tú? —Tenía sabor a hierbas y a flores. Normalmente no me gustaba el té de hierbas, pero éste sabía fresco y ligeramente amargo.

—Sí —respondió, levantando la barbilla ante la mirada de Ysabeau—. Lo hago desde hace mucho tiempo. Me enseñó mi madre. También te enseñaré a ti.

El sonido de la música de baile inundó la habitación, vivaz y rítmica. Matthew cambió la posición de los sillones junto a la chimenea para dejar un espacio de suelo libre.

—Vòles dançar amb ieu? —le preguntó Matthew a su madre, estirando ambas manos.

La sonrisa de Ysabeau era radiante, lo cual transformaba las encantadoras y frías facciones de su rostro en algo de hermosura indescriptible.

—Òc —respondió ella, poniendo sus diminutas manos en las de él. Ambos ocuparon sus lugares delante del fuego, a la espera de que comenzara la siguiente canción.

Cuando Matthew y su madre empezaron a bailar, hicieron que Astaire y Rogers parecieran torpes. Sus cuerpos se unían y se separaban, giraban en círculos y se apartaban el uno del otro para volver sobre sí girando. Un ligerísimo toque de Matthew hacía que Ysabeau se moviera y la más leve sugerencia de ondulación o vacilación de Ysabeau provocaba en él un movimiento de respuesta.

Ysabeau hizo una reverencia llena de gracia, y Matthew le correspondió con otra en el momento en que la música llegó a su fin.

—¿Qué era eso? —pregunté.

—Al principio era una tarantela —explicó Matthew, acompañando a su madre de regreso al sillón—, pero *maman* nunca puede limitarse sólo a una danza. Así que había elementos de la *volta* en medio, y hemos terminado con un minué, ¿no? —Ysabeau asintió con la cabeza y extendió la mano para tocarle la mejilla.

—Siempre fuiste un gran bailarín —dijo orgullosamente.

—Ah, pero no tan bueno como tú, y ciertamente no tan bueno como mi padre —dijo Matthew, acomodándola en su sillón. Los ojos de Ysabeau se oscurecieron, y una desgarradora expresión de tristeza cruzó su rostro. Matthew le cogió la mano y le rozó los nudillos con los labios. Ysabeau logró devolverle una pequeña sonrisa a cambio.

—Ahora es tu turno —dijo, acercándose a mí.

—No me gusta bailar, Matthew —protesté, estirando los brazos para mantenerlo alejado.

—Me resulta difícil de creer —aseguró, tomando mi mano derecha con su izquierda y acercándome a él—. Retuerces el cuerpo en formas increíbles, te deslizas sobre el agua en un bote no más ancho que una pluma y montas como el viento. Bailar debería ser natural para ti.

La siguiente canción sonaba como algo que podía haber sido popular en los salones de baile parisinos de los años veinte. Notas de trompeta y tambores llenaron la habitación.

—Matthew, sé cuidadoso con ella —le advirtió Ysabeau mientras me llevaba por la pista.

—No se va a romper, *maman*. —Matthew comenzó a bailar, a pesar de mis mejores esfuerzos por seguir su ritmo con mis pies a cada momento. Con su mano derecha en mi cintura, me dirigió suavemente a dar los pasos correctos.

Empecé a pensar en dónde estaban mis piernas en un esfuerzo por ayudar en el proceso y seguirlo, pero eso sólo sirvió para empeorar las cosas. Mi espalda se agarrotó y Matthew me agarró más fuerte.

—Relájate —murmuró en mi oído—. Tienes que dejarte llevar, y estás haciendo lo contrario.

—No puedo evitarlo —respondí, también susurrando, sin dejar de agarrarme a su hombro como si fuera un salvavidas.

Matthew hizo que giráramos otra vez.

—Sí, claro que puedes. Cierra los ojos, deja de pensar en ello y déjame a mí hacer el resto.

Dentro del círculo de sus brazos, era fácil hacer lo que indicaba. Sin las formas y los colores de la habitación que giraban viniendo hacia a mí de todas partes, pude relajarme y dejar de preocuparme de que fuéramos a chocar. Gradualmente, el movimiento de nuestros cuerpos en la oscuridad se convirtió en algo placentero. Pronto fue posible concentrarme no en lo que yo estaba haciendo, sino en lo que sus piernas y brazos me estaban diciendo que él estaba a punto de hacer. Tuve la sensación de estar flotando.

—Matthew. —La voz de Ysabeau tenía un cierto tono de precaución—. *Le chatoiement*.

—Lo sé —murmuró él. Los músculos en mis hombros se pusieron tensos por la preocupación—. Confía en mí —me dijo en voz baja al oído—. Yo te sostengo.

Mantuve los ojos fuertemente cerrados y suspiré con felicidad. Continuamos girando juntos. Matthew me soltó delicadamente, desenrollándome hasta la punta de mis dedos, luego me hizo volver rodando a lo largo de su brazo hasta detenerme, con la espalda apretada contra su pecho. La música terminó.

—Abre los ojos —dijo con suavidad.

Abrí los párpados lentamente. La sensación de flotar no desapareció. Bailar era

mejor de lo que yo había esperado, aunque había que reconocer que lo hacía con una pareja que había estado bailando durante más de un milenio y no me había pisado ni una vez. Levanté la cara para darle las gracias, pero la suya estaba mucho más cerca de lo esperado.

—Mira hacia abajo —dijo Matthew.

Al mover la cabeza en la dirección contraria vi que los dedos de mis pies se estaban moviendo varios centímetros por encima del suelo. Matthew me soltó. No me estaba sosteniendo.

Yo me estaba sosteniendo a mí misma.

El aire me estaba sosteniendo.

Al darme cuenta de ello, el peso regresó a la mitad inferior de mi cuerpo. Matthew me agarró ambos codos para evitar que mis pies golpearan contra el suelo.

Desde su asiento junto al fuego, Marthe tarareó una melodía entre dientes. Ysabeau giró la cabeza como un látigo, con los ojos entrecerrados. Matthew me sonrió de modo tranquilizador, mientras yo me concentraba en la extraña sensación de la tierra debajo de mis pies. ¿El suelo siempre había sido tan activo? Era como si mil manos diminutas estuvieran esperando debajo de las suelas de mis zapatos para recibirme o para darme un empujón.

—¿Ha sido divertido? —preguntó Matthew mientras las últimas notas de la canción de Marthe se desvanecían. Sus ojos brillaban.

—Ha sido divertido —contesté riéndome, después de considerar su pregunta.

—Tenía la esperanza de que lo fuera. Has estado practicando durante años. Ahora tal vez montes con los ojos abiertos para variar. —Me envolvió en un abrazo lleno de felicidad y posibilidades.

Ysabeau empezó a cantar la misma canción que Marthe había estado tarareando.

Quienquiera que la vea bailar
y mover su cuerpo tan elegantemente
podría decir, en verdad,
que en todo el mundo no tiene igual
nuestra alegre reina.
alejaos, alejaos los celosos,
vamos, vamos,
bailemos juntos, juntos.

—«Alejaos, alejaos los celosos —repitió Matthew mientras el eco final de la voz de su madre se desvanecía—, bailemos juntos».

Volví a reírme.

—Contigo bailaré. Pero hasta que descubra cómo funciona este asunto de volar,

no habrá ninguna otra pareja.

—Si hablamos con propiedad, estabas flotando, no volando —me corrigió Matthew.

—Flotar, volar…, llámalo como quieras, pero será mejor no hacerlo con desconocidos.

—De acuerdo —aceptó.

Marthe había dejado el sofá para colocarse en un sillón cerca de Ysabeau. Matthew y yo nos sentamos juntos, con nuestras manos todavía entrelazadas.

—¿Ésta ha sido tu primera vez? —preguntó Ysabeau, con perplejidad.

—Diana no usa la magia, *maman*, salvo para cosas pequeñas —explicó.

—Está llena de poder, Matthew. La sangre de bruja canta en sus venas. Debería poder usarlo para cosas grandes también.

Él frunció el ceño.

—Depende de ella usarlo o no.

—¡Basta de tanta niñería! —dijo ella, volviendo su atención hacia mí—. Es hora de que crezcas, Diana, y aceptes la responsabilidad de ser quien eres.

Matthew gruñó en voz baja.

—¡No me gruñas, Matthew de Clermont! Estoy diciendo la verdad.

—Le estás diciendo lo que debe hacer. No es asunto tuyo.

—¡Ni tuyo, hijo mío! —replicó Ysabeau.

—¡Disculpadme! —Mi agudo tono atrajo su atención, y los Clermont, madre e hijo, me miraron—. Es decisión mía si voy a usar o no mi magia. Y cómo hacerlo. Pero —dije volviéndome hacia Ysabeau— está claro que no puedo ignorar ese poder sin más ni más. Parece que está saliendo a borbotones de mí. Tengo que aprender a controlarlo, al menos.

Ysabeau y Matthew siguieron mirándome. Finalmente, Ysabeau asintió con la cabeza. Matthew hizo lo mismo.

Permanecimos sentados junto al fuego hasta que los troncos se consumieron por completo. Matthew bailó con Marthe, y uno de los dos de vez en cuando se ponía a cantar cuando una pieza musical le recordaba otra noche, junto a otro fuego. Pero yo no volví a bailar, y Matthew no me presionó para que lo hiciera.

Finalmente se puso de pie.

—Voy a llevar a su cama a la única de todos nosotros que necesita dormir.

Yo también me levanté, alisándome los pantalones contra los muslos.

—Buenas noches, Ysabeau. Buenas noches, Marthe. Gracias a ambas por una cena encantadora y una noche sorprendente.

Marthe me devolvió una sonrisa. Ysabeau se esforzó, pero sólo logró una tensa mueca.

Matthew me dejó ir delante y me puso suavemente la mano en la parte de atrás de

la cintura mientras subíamos las escaleras.

—Podría leer un rato —dije, volviéndome hacia él cuando llegamos a su estudio.

Estaba directamente detrás de mí, tan cerca que el ruido suave y áspero de su respiración era audible. Tomó mi cara en sus manos.

—¿Qué clase de hechizo me has lanzado? —Observó mi rostro—. No son sólo tus ojos…, aunque ellos hacen que me resulte imposible pensar correctamente…, ni tampoco el hecho de que huelas como la miel. —Hundió su cara en mi cuello y los dedos de una mano se metieron suavemente en mi cabello mientras la otra se deslizaba por mi espalda, empujando mis caderas hacia él.

Mi cuerpo se relajó sobre el suyo, como si encajara en él perfectamente.

—Es tu audacia —murmuró contra mi piel—, y la manera en que te mueves sin pensar, y el reflejo trémulo que despides cuando te concentras… o cuando vuelas.

Arqueé mi cuello, exponiendo la piel para que la rozara. Matthew giró mi cara lentamente hacia él buscando con su pulgar la calidez de mis labios.

—¿Sabías que frunces la boca cuando duermes? Das la impresión de que tal vez te desagraden tus propios sueños, pero prefiero pensar que deseas ser besada. —Parecía más francés con cada palabra que pronunciaba.

Consciente de la presencia desaprobatoria de Ysabeau en el piso de abajo, así como de su fino oído de vampiro, traté de apartarme. No fui convincente y Matthew apretó sus brazos sobre mí.

—Matthew, tu madre…

No me dejó terminar la frase. Con un sonido suave y satisfecho, deliberadamente puso sus labios sobre los míos y me besó, con suavidad pero de manera completa, hasta que un hormigueo dominó todo mi cuerpo, no sólo mis manos. Lo besé a mi vez, con una sensación simultánea de flotar y de caer hasta que no tuve clara conciencia de dónde terminaba mi cuerpo y comenzaba el suyo. Su boca se deslizó sobre mis mejillas y mis párpados. Cuando me rozó la oreja, ahogué un gemido. Los labios de Matthew se curvaron en una sonrisa, y los apretó otra vez contra los míos.

—Tus labios son tan rojos como las amapolas, y tu pelo está tan vivo… —dijo cuando terminó de besarme con una intensidad que me dejó sin aliento.

—¿Qué ocurre contigo y mi pelo? ¿Por qué alguien con una cabellera como la tuya se impresiona con esto? —dije, agarrando un mechón y tirando de él—. Es algo que no comprendo. El cabello de Ysabeau parece de seda, igual que el de Marthe. El mío es un lío… con todos los colores del arco iris y encima rebelde.

—Por eso lo adoro —dijo Matthew, liberando suavemente los mechones—. Es imperfecto, como la vida. No es pelo de vampiro, brillante y perfecto. Me gusta que no seas un vampiro, Diana.

—Y a mí me gusta que tú seas un vampiro, Matthew.

Una sombra cruzó sus ojos y desapareció en un instante.

—Me gusta tu fuerza —dije, besándolo con el mismo entusiasmo con el que él me había besado—. Me gusta tu inteligencia. A veces hasta me gusta tu modo autoritario. Pero sobre todo — froté suavemente la punta de mi nariz contra la suya— me gusta el olor que exhalas.

—¿En serio?

—En serio. —Metí la nariz en el hueco entre sus clavículas. Había descubierto que era la parte más perfumada y dulce de él.

—Es tarde. Tienes que descansar. —Me soltó de mala gana.

—Ven a la cama conmigo.

Abrió sus ojos con sorpresa ante esa invitación y la sangre subió hacia mi cara.

Matthew llevó mi mano a su corazón. Éste latió una vez, con fuerza.

—Iré —dijo—, pero no para quedarme. Tenemos tiempo, Diana. Sólo me conoces desde hace unas pocas semanas. No hay necesidad de apresurarse.

Eran las palabras de un vampiro.

Vio mi desilusión y me atrajo hacia él para darme otro beso prolongado.

—Un adelanto —dijo al finalizar— de lo que vendrá. Con el tiempo.

Ya había pasado suficiente tiempo. Pero mis labios se congelaban y ardían alternativamente, haciendo que me preguntara, por un fugaz segundo, si estaba tan preparada como pensaba.

Arriba, la habitación estaba profusamente iluminada por las velas y cálida gracias al fuego. Resultaba un misterio de qué forma se las había arreglado Marthe para subir allí, cambiar docenas de velas y encenderlas para que todavía estuvieran ardiendo a la hora de acostarse, pero la habitación no tenía ni un solo enchufe eléctrico, de modo que me sentí doblemente agradecida por sus esfuerzos.

Mientras me cambiaba en el baño detrás de una puerta parcialmente cerrada, oí los planes de Matthew para el día siguiente. Éstos incluían una larga caminata, otro largo paseo a caballo y más trabajo en el estudio.

Estuve de acuerdo con todo, siempre que el trabajo ocupara el primer lugar. El manuscrito de alquimia me estaba llamando y yo estaba ansiosa por estudiarlo más profundamente.

Subí a la enorme cama con dosel de Matthew y él ajustó las sábanas alrededor de mi cuerpo antes de apagar las velas con los dedos.

—Cántame algo —dije, observando sus largos dedos que se movían sin temor sobre las llamas—. Una canción antigua…, una que le guste a Marthe. —La pícara preferencia de ella por las canciones de amor no me había pasado inadvertida.

Guardó silencio durante algunos momentos mientras caminaba por la habitación, apagando las velas y arrastrando sombras detrás de él a medida que la habitación se iba oscureciendo. Empezó a cantar con su rica voz de barítono:

Ni muer ni viu ni no guaris,
ni mal no-m sent e si l'ai gran,
quar de s'amor no suy devis.
Ni no sai si ja n'aurai ni quan,
qu'en lieys es tota le mercés
que-m pot sorzer o decaer.

La canción estaba llena de anhelos y exhalaba tristeza. Cuando regresó a mi lado, la canción había terminado. Matthew dejó una vela encendida junto a la cama.

—¿Qué significa la letra? —busqué su mano.

—«Ni morir, ni vivir, ni curar, no hay dolor en mi enfermedad, porque no estoy lejos de su amor». —Se inclinó sobre mí y me besó en la frente—. «No sé si alguna vez lo tendré, pues toda la piedad que me hace crecer o decaer está en su poder».

—¿Quién escribió eso? —quise saber, impresionada por lo apropiado de las palabras cuando eran cantadas por un vampiro.

—Mi padre lo escribió para Ysabeau. Aunque otra persona se llevó la fama —explicó Matthew con sus ojos brillantes y una amplia y satisfecha sonrisa. Tarareó la canción entre dientes mientras bajaba. Permanecí acostada en su cama, sola, con la mirada fija en la última vela hasta que se consumió por completo.

Capítulo
21

El vampiro con una bandeja de desayuno me dio la bienvenida a la mañana siguiente después de mi ducha.

—Le dije a Marthe que querías trabajar esta mañana —explicó Matthew, levantando la tapa que mantenía caliente la comida.

—Entre los dos me estáis malcriando. —Desdoblé la servilleta, sentada en un sillón cercano.

—No creo que tu carácter corra peligro alguno. —Matthew se agachó y me dio un beso prolongado. Sus ojos estaban brumosos—. Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente. —Agarré el plato de sus manos mientras mis mejillas se enrojecían al evocar la invitación que le había hecho la noche anterior. Todavía sentía una punzada de dolor al recordar su amable rechazo, pero el beso de esa mañana confirmó que habíamos sobrepasado los límites de la amistad y nos estábamos moviendo en una nueva dirección.

Después de mi desayuno bajamos, encendimos nuestros ordenadores y nos pusimos a trabajar. Matthew había dejado un ejemplar del siglo XIX normal y corriente de una traducción inglesa de la Biblia Vulgata sobre la mesa junto al manuscrito.

—Gracias —le dije por encima de mi hombro mientras la sostenía en alto.

—La encontré abajo. Parece ser que la que yo tengo no es suficientemente buena para ti. — Esbozó una sonrisa burlona.

—Me niego absolutamente a utilizar una Biblia de Gutenberg como libro de referencia, Matthew. —Mi voz salió más severa de lo que quería, lo que hizo que pareciera una rígida maestra de escuela.

—Me sé la Biblia de memoria. Si quieres saber algo, simplemente pregúntame —sugirió.

—Tampoco te voy a usar a ti como un libro de referencia.

—Como quieras —dijo, encogiéndose de hombros con otra sonrisa.

Con el portátil a mi lado y un manuscrito de alquimia delante de mí, pronto estuve absorta en la lectura, analizando y registrando mis ideas. Hubo un incidente molesto cuando le pedí a Matthew algo que sirviera de peso para sujetar las páginas del libro mientras yo escribía. Rebuscó y encontró una medalla de bronce con un retrato de Luis XIV y un pequeño pie de madera que me aseguró que provenía de un ángel alemán. No estaba dispuesto a entregar esos dos objetos sin asegurarse de su devolución. Finalmente quedó satisfecho con varios besos más.

Aurora Consurgens era uno de los textos más hermosos de la tradición alquímica, una meditación sobre la figura femenina de la sabiduría así como una exploración de la reconciliación química de fuerzas naturales opuestas. El texto en la copia de Matthew era casi idéntico a las versiones que había consultado en Zúrich, Glasgow y Londres. Pero las ilustraciones eran muy diferentes.

La artista, Bourgot Le Noir, había sido una verdadera maestra en su arte. Cada iluminación era precisa y estaba ejecutada a la perfección. Pero su talento no estaba simplemente en el dominio técnico. Sus representaciones de los personajes femeninos indicaban una sensibilidad diferente. La Sabiduría de Bourgot estaba llena de fuerza, pero también había algo suave en ella. En la primera ilustración, donde la Sabiduría protegía la personificación de los siete metales con su capa, tenía una expresión de orgullo feroz, maternal.

Había dos miniaturas —tal como Matthew había asegurado— que no estaban incluidas en ninguna copia conocida del *Aurora Consurgens*. Ambas aparecían en la parábola final, dedicada a la boda química del oro y la plata. La primera acompañaba las palabras pronunciadas por el principio femenino en el cambio alquímico. Con frecuencia representada como una reina vestida de blanco con emblemas de la luna para mostrar su asociación con la plata, había sido transformada por Bourgot en una criatura hermosa y terrorífica con serpientes plateadas en lugar de pelo, su cara ensombrecida como una luna eclipsada por el sol. En silencio leí el texto que la acompañaba, traduciendo el latín al inglés: «Vuélvete a mí con todo tu corazón. No me rechaces porque esté oscura y en sombras. El fuego del sol me ha cambiado. Los mares me han envuelto. La tierra ha sido corrompida debido a mi trabajo. La noche cayó sobre la tierra cuando me hundí en la profundidad cenagosa, y mi sustancia quedó escondida».

La Reina Luna sostenía una estrella en una palma extendida. «Desde las profundidades del agua te grité y desde las profundidades de la tierra llamaré a aquellos que pasan junto a mí — continué traduciendo—. Búscame. Mírame. Y si encuentras a otro que sea como yo, le entregaré el lucero del alba». Mis labios formaban las palabras y la iluminación de Bourgot le daba vida al texto en la expresión de la Reina Luna, que mostraba tanto su miedo al rechazo como su tímido orgullo.

La segunda imagen única aparecía en la página siguiente y acompañaba a las palabras pronunciadas por el principio masculino, el áureo Rey Sol. Se me erizó el pelo de la nuca ante la representación de Bourgot de un pesado sarcófago de piedra, con su tapa apenas abierta para descubrir un cuerpo dorado tendido en su interior. Los ojos del rey estaban cerrados en paz, y había una expresión de esperanza en su rostro, como si estuviera soñando con su liberación. «Saldré ahora y recorreré la ciudad. En sus calles buscaré a una mujer pura con la que me casaré —leí—, con hermoso rostro,

cuerpo todavía más hermoso, vestimentas espléndidas. Ella apartará la piedra de la entrada de mi tumba haciéndola rodar y me dará las alas de una paloma para que pueda volar con ella a los cielos para vivir durante toda la eternidad y llegar al reposo». El pasaje me hizo recordar el amuleto de Betania de Matthew, el diminuto ataúd de plata de Lázaro. Busqué la Biblia.

—Marcos 16, Salmos 55 y Deuteronomio 32, línea 40. —La voz de Matthew resonó en el silencio, soltando referencias como concordancias bíblicas automáticas.

—¿Cómo sabes lo que estaba leyendo? —Me giré en mi asiento para poder verlo mejor.

—Estabas moviendo los labios —respondió, sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador mientras sus dedos golpeaban las teclas.

Apreté los labios y volví al texto. El autor se había servido de todos los pasajes bíblicos que se correspondieran con la historia alquímica de la muerte y la creación, parafraseándolos y uniéndolos entre sí. Arrastré la Biblia sobre el escritorio. Estaba encuadernada en cuero negro y una cruz dorada adornaba la tapa. La abrí en el Evangelio de Marcos, recorrí el capítulo 16. Allí estaba, Marcos 16, 3: ·Se decían unas a otras: —Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?‖ª.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Matthew con delicadeza.

—Sí.

—Bien.

La habitación quedó en silencio otra vez.

—¿Dónde está la línea sobre el lucero del alba? —A veces mi formación pagana se convertía en un serio problema profesional.

—Apocalipsis 2, línea 28.

—Gracias.

—Ha sido un placer. —Desde la otra mesa me llegó una risa ahogada. Incliné mi cabeza sobre el manuscrito y la ignoré.

Al cabo de dos horas de leer letra gótica diminuta y de buscar las referencias bíblicas correspondientes, estaba más que dispuesta a ir a cabalgar cuando Matthew sugirió que era hora de hacer una pausa. Como premio adicional, prometió contarme durante el almuerzo cómo había conocido al fisiólogo del siglo XVII William Harvey.

—No es una historia demasiado interesante —había protestado Matthew.

—Tal vez no para ti. Pero ¿para una historiadora de la ciencia? Es lo máximo a lo que puedo aspirar en cuanto a cercanía con el hombre que llegó a la conclusión de que el corazón era una bomba.

No habíamos visto el sol desde que llegamos a Sept-Tours, pero a ninguno de los dos nos importó. Matthew parecía más relajado y yo estaba asombrosamente feliz de estar fuera de Oxford. Las amenazas de Gillian, la fotografía de mis padres, incluso Peter Knox…, todos se iban alejando a medida que iban pasando las horas.

Cuando salimos a caminar por los jardines, Matthew charló animadamente sobre un problema en el trabajo que implicaba una parte de la cadena de ADN que debía haber estado presente en una muestra de sangre, pero no estaba. Bosquejó un cromosoma en el aire en un esfuerzo por ser más claro en su explicación, señalando el área en cuestión, y asentí con la cabeza a pesar de que la parte central del asunto siguió siendo un misterio para mí. Las palabras continuaron saliendo de su boca, y puso un brazo sobre mi hombro, atrayéndome hacia él.

Dimos la vuelta en una línea de setos. Un hombre de negro estaba apostado en el exterior del portón que habíamos atravesado en nuestro paseo del día anterior. La forma de apoyarse sobre un castaño, con la elegancia de un leopardo que merodea, indicaba que se trataba de un vampiro.

Matthew me arrastró para colocarme detrás de él.

El hombre se apartó elegantemente del tronco rugoso del árbol y se dirigió hacia nosotros. El hecho de que se trataba de un vampiro fue entonces confirmado por su piel anormalmente blanca y sus inmensos ojos oscuros, realzados por su chaqueta de cuero negra, vaqueros y botas también negros. A aquel vampiro no le importaba llamar la atención. Su expresión lobuna era la única imperfección en un rostro por lo demás angelical, con facciones simétricas y pelo oscuro que se rizaba hasta el cuello. Era más bajo y más ligero que Matthew, pero el poder que transmitía era innegable. Sus ojos enviaron una profunda frialdad por debajo de mi piel, donde se extendió como una mancha.

—Domenico —dijo Matthew tranquilamente, aunque su voz era más fuerte que de costumbre.

—Matthew. —La mirada que el vampiro le dirigió a Matthew estaba llena de odio.

—Han pasado muchos años. —El tono informal de Matthew indicaba que la aparición repentina del vampiro era un acontecimiento cotidiano.

Domenico parecía pensativo.

—¿Cuándo fue la última vez? En Ferrara? Estábamos ambos luchando contra el papa…, aunque por razones diferentes, si mal no recuerdo. Yo estaba tratando de salvar Venecia. Tú intentando salvar a los templarios.

Matthew asintió lentamente con la cabeza, con los ojos fijos en el otro vampiro.

—Supongo que tienes tener razón.

—Después de eso, amigo mío, parece que desapareciste. Compartimos tantas aventuras en nuestra juventud: en los mares, en Tierra Santa. Venecia estaba siempre llena de diversiones para un vampiro como tú, Matthew. —Domenico sacudió la cabeza como si sintiera pena. El recién llegado parecía veneciano… o un cruce impuro entre un ángel y un demonio—. ¿Por qué no viniste a visitarme al pasar de Francia a alguno de tus otros refugios?

—Si te ofendí, Domenico, seguramente fue hace demasiado tiempo como que nos preocupemos por ello ahora.

—Quizás, pero hay una cosa que no ha cambiado en todos estos años. Siempre que hay una crisis, hay un Clermont cerca. —Se volvió hacia mí y una expresión de codicia apareció en su rostro—. Ésta debe ser la bruja sobre la que tanto he oído hablar.

—Diana, vuelve a casa —dijo Matthew bruscamente.

La sensación de peligro era palpable, y vacilé, pues no quería dejarlo solo.

—Vete —insistió. Su voz era tan afilada como una espada.

Nuestro vampiro visitante descubrió algo por encima de mi hombro y sonrió. Una brisa helada me rozó al pasar y un brazo frío y duro se entrelazó con el mío.

—Domenico —vibró la musical voz de Ysabeau—. ¡Qué visita tan inesperada!

Él hizo una reverencia formal.

—Mi señora, es un placer verte con tan buena salud. ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

—Te olfateé —respondió Ysabeau desdeñosamente—. Vienes aquí, a mi hogar, sin ser invitado. ¿Qué diría tu madre si supiera que te portas de esta manera?

—Si mi madre todavía estuviera viva, podríamos preguntarle —replicó Domenico con una brutalidad apenas disimulada.

—Maman, lleva a Diana de vuelta a la casa.

—Por supuesto, Matthew. Os dejaremos para que podáis hablar. —Ysabeau se volvió, arrastrándome a mí con ella.

—Me iré más rápidamente si me permites entregar mi mensaje —advirtió Domenico—. Si tengo que volver, no lo haré solo. La visita de hoy era una cortesía para ti, Ysabeau.

—Ella no tiene el libro —aseguró Matthew bruscamente.

—No estoy aquí por el maldito libro de las brujas, Matthew. Que se ocupen ellas de eso. He venido de parte de la Congregación.

Ysabeau suspiró, larga y suavemente, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante varios días. Una pregunta comenzó a formarse en mis labios, pero ella la silenció con un gesto de advertencia.

—Bien hecho, Domenico. Me sorprende que tengas tiempo para visitar a viejos amigos, con todas tus nuevas responsabilidades. —La voz de Matthew sonaba desdeñosa—. ¿Por qué la Congregación desperdicia el tiempo en visitas oficiales a la familia Clermont cuando hay vampiros que van dejando cadáveres sin sangre por toda Europa para que los humanos los encuentren?

—No está prohibido que los vampiros se alimenten de seres humanos… aunque es lamentable que algunos sean descuidados. Como bien sabes, la muerte sigue a los vampiros dondequiera que vayamos. —Domenico se encogió de hombros ante esa

brutalidad, y temblé ante su tranquila indiferencia por la frágil vida de aquellos con sangre caliente—. Pero el acuerdo prohíbe claramente toda relación entre un vampiro y una bruja.

Me di la vuelta y miré a Domenico.

—¿Qué has dicho?

—¡Vaya, ella habla! —Domenico aplaudió en falso y burlón deleite—. ¿Por qué no dejar que la bruja participe en esta conversación?

Matthew estiró el brazo y me llevó hacia delante. Ysabeau siguió entrelazada a mi otro brazo. Estábamos en una línea corta compacta: vampiro, bruja y vampiro.

—Diana Bishop. —Domenico hizo una profunda reverencia—. Es un honor conocer a una bruja de un linaje tan antiguo y distinguido. Son tan pocas las familias antiguas que todavía están con nosotros. —Cada palabra que pronunciaba, por formalmente que fuera dicha, sonaba a una amenaza.

—¿Quién eres tú? —pregunté—. ¿Y por qué te preocupa con quién paso el tiempo?

El veneciano me miró con interés antes de echar su cabeza hacia atrás y aullar de risa.

—Dijeron que eras polemista como tu padre, pero no les creí.

Mis dedos hormigueaban ligeramente y el brazo de Ysabeau se hizo un poco más fuerte.

—¿He enfadado a tu bruja? —Los ojos de Domenico estaban fijos en el brazo de Ysabeau.

—Di lo que viniste a decir y sal de nuestras tierras. —La voz de Matthew sonó perfectamente familiar.

—Mi nombre es Domenico Michele. He conocido a Matthew desde que renació y a Ysabeau desde hace, más o menos, el mismo tiempo. No conozco a ninguno de ellos tan bien como conocí a la bella Louisa, por supuesto. Pero no debemos hablar a la ligera de los muertos. —El veneciano se persignó hipócritamente.

—Trata de no hablar de ninguna manera de mi hermana. —Matthew guardaba la calma, pero Ysabeau parecía a punto de cometer un homicidio, con los labios blancos.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —dije, llamando la atención de Domenico otra vez.

Los ojos del veneciano emitieron destellos en franco reconocimiento.

—Diana —intervino Matthew, sin poder ocultar la aspereza de su garganta. Fue lo más cerca que jamás había estado de gruñirme. Marthe salió de la cocina con una expresión de alarma en su rostro.

—Es más apasionada que la mayoría de ellas, por lo que veo. ¿Por eso lo arriesgas todo para retenerla contigo? ¿Ella te divierte? ¿O piensas alimentarte de ella

hasta que te aburras para luego abandonarla, como has hecho con otros seres de sangre caliente?

Matthew rozó con sus dedos el ataúd de Lázaro, sólo perceptible como una protuberancia debajo de su jersey. No lo había tocado desde que habíamos llegado a Sept-Tours.

Los agudos ojos de Domenico también advirtieron el gesto, y su respuesta en forma de sonrisa era vengativa.

—¿Te sientes culpable?

Furiosa por la manera en que Domenico estaba burlándose de Matthew, abrí la boca para hablar.

—Diana, regresa a casa de inmediato. —El tono de voz de Matthew indicaba que después íbamos a tener una seria y poco agradable charla. Me empujó ligeramente en dirección a Ysabeau y se puso todavía más directamente entre su madre, yo y el oscuro veneciano. Para entonces Marthe ya se había acercado con los brazos cruzados sobre su cuerpo robusto en una sorprendente imitación de Matthew.

—No antes de que la bruja escuche lo que tengo que decir. He venido a traerte una advertencia, Diana Bishop. Las relaciones entre brujas y vampiros están prohibidas. Debes abandonar esta casa y dejar de relacionarte con Matthew de Clermont y con cualquiera de su familia. Si no lo haces, la Congregación tomará las medidas necesarias para mantener el acuerdo.

—No conozco esa Congregación y nunca he aceptado acuerdo semejante —aseguré, todavía furiosa—. Además, los acuerdos no se imponen. Son voluntarios.

—¿Eres abogada además de historiadora? Vosotras, las mujeres modernas, con vuestra cuidadosa educación, resultáis tan fascinantes. Pero las mujeres no son buenas para la teología — continuó Domenico con tristeza—, razón por la cual nunca creímos que valiese la pena educarlas para ello. ¿Crees que adoptamos las ideas de ese hereje de Calvino cuando nos hicimos estas promesas entre nosotros? Cuando el acuerdo fue juramentado, obligó a todos los vampiros, daimones y brujas y brujos del pasado, del presente y del futuro. Éste no es un camino que uno pueda recorrer o no según le plazca.

—Ya has entregado tu aviso, Domenico —dijo Matthew con una voz suave como la seda.

—Eso es todo que tengo que decirle a la bruja —respondió el veneciano—. Pero hay algo más que quiero decirte a ti.

—Entonces Diana regresará a casa. Llévatela de aquí, *maman* —ordenó secamente.

Esta vez su madre hizo lo que él pedía de inmediato, y Marthe la siguió.

—No lo hagas —susurró Ysabeau cuando me volví para mirar a Matthew.

—¿De dónde ha salido esa cosa? —quiso saber Marthe una vez que estuvimos

dentro, fuera de peligro.

—Del infierno, seguramente —respondió Ysabeau. Tocó mi cara por un instante con las puntas de los dedos, retirándolos apresuradamente cuando se encontraron con la calidez de mis furiosas mejillas—. Eres valiente, niña, pero lo que hiciste ha sido una imprudencia. Tú no eres un vampiro. No te arriesgues discutiendo con Domenico, ni con ninguno de sus aliados. Aléjate de ellos.

Ysabeau no me dio tiempo para responder, llevándome a toda velocidad a través de las cocinas, el comedor y el salón hasta llegar hasta el gran salón. Finalmente me arrastró hacia el arco que conducía a la torre más alta del castillo. Mis pantorrillas se tensaron sólo de pensar en la subida.

—Debemos hacerlo —insistió—. Matthew nos buscará allí.

El miedo y la cólera me impulsaron la mitad del camino escaleras arriba. La segunda mitad la conquisté por pura determinación. Al levantar el pie del escalón final, me encontré sobre un techo plano con una vista de varios kilómetros en todas direcciones. Soplaba una leve brisa que soltó mi pelo trenzado y apartó la neblina que me rodeaba.

Ysabeau se acercó rápidamente a un mástil que subía otros tres metros más hacia el cielo. Izó un estandarte negro, adornado con un uróboros de plata. Se desplegó en la luz opaca con la serpiente sosteniendo la cola brillante con la boca. Corrí al otro lado de las murallas almenadas para ver cómo Domenico miraba hacia arriba.

Unos instantes después un estandarte similar se alzó sobre el tejado de un edificio en el pueblo y una campana empezó a tocar. Hombres y mujeres salieron lentamente de las casas, los bares, las tiendas y las oficinas con los rostros vueltos hacia Sept-Tours, donde el antiguo símbolo de la eternidad y el renacimiento flameaba en el viento. Miré a Ysabeau. Mi pregunta era evidente en mi cara.

—El emblema de nuestra familia, y una advertencia para que el pueblo se ponga en guardia —explicó—. Izamos el estandarte solamente cuando otros están con nosotros. Los lugareños se han ido acostumbrando a vivir entre vampiros, y aunque no tienen nada que temer de nosotros, lo hemos conservado para ocasiones como ésta. El mundo está lleno de vampiros en los que no se puede confiar, Diana. Domenico Michele es uno de ellos.

—No hacía falta que me lo dijeras. ¿Quién demonios es él?

—Uno de los amigos más antiguos de Matthew —murmuró Ysabeau, mirando a su hijo—, lo cual lo convierte en un enemigo muy peligroso.

Mi atención se volvió hacia Matthew, que continuaba intercambiando palabras con Domenico en una zona de confrontación precisamente delineada. Hubo una mancha de movimiento negro y gris, y el veneciano se lanzó hacia atrás en dirección al castaño contra el que había estado apoyado cuando lo vimos por primera vez. Un fuerte chasquido se oyó sobre el terreno.

—Bien hecho —farfulló Ysabeau.

—¿Dónde está Marthe? —miré por encima de mi hombro hacia las escaleras.

—En el salón. Por si acaso. —Los ojos agudos de Ysabeau seguían fijos en su hijo.

—¿Realmente Domenico sería capaz de entrar aquí para degollarme?

Ysabeau volvió hacia mí la deslumbrante mirada de sus ojos negros.

—Eso sería demasiado fácil, mi querida. Primero jugaría contigo. Siempre juega con su presa. Y a Domenico le encanta tener público.

Tragué saliva con fuerza.

—Soy capaz de cuidarme a mí misma.

—Lo eres, si tienes tanto poder como cree Matthew. He descubierto que las brujas son muy buenas para protegerse a sí mismas, con un poco de esfuerzo y una gota de valor —aseguró Ysabeau.

—¿Qué es esa Congregación que Domenico mencionó? —pregunté.

—Un consejo de nueve miembros, tres por cada orden de daimones, brujos y vampiros. Fue creado durante las cruzadas para evitar que nos expusiéramos ante los humanos. Nos descuidamos y nos involucramos demasiado en su política y otras formas de locura. —La voz de Ysabeau era amarga—. La ambición, el orgullo y criaturas codiciosas como Michele que nunca estaban satisfechas con lo que la vida les daba y querían más siempre…, todo ello nos condujo al acuerdo.

—¿Y vosotros estuvisteis de acuerdo con ciertas condiciones? —Era ridículo pensar que las promesas hechas por criaturas en la Edad Media pudieran afectarnos a Matthew y a mí.

Ysabeau asintió con la cabeza y la brisa empujó algunas hebras de su fuerte cabello color miel para hacerlos volar alrededor de su cara.

—Cuando nos relacionábamos entre todos, éramos demasiado visibles. Cuando nos implicamos en los asuntos de los humanos, éstos se volvieron recelosos de nuestra inteligencia. No son rápidas, esas pobres criaturas, pero no son del todo estúpidas tampoco.

—Con lo de «relacionarse» te refieres a cenas y bailes.

—Nada de cenas, ni bailes y nada de besarse y cantarse canciones unos a otros —explicó Ysabeau deliberadamente—. Y lo que viene después de bailar y besarse también fue prohibido. Estábamos llenos de arrogancia antes de aceptar el acuerdo. Éramos muchos más entonces y nos acostumbramos a tomar lo que queríamos sin importar las consecuencias.

—¿A qué más cosas afecta esa promesa?

—Nada de política ni de religión. Demasiados príncipes y papas fueron criaturas de otros mundos. Se hizo cada vez más difícil pasar de una vida a la siguiente una vez que los humanos empezaron a escribir sus crónicas. —Ysabeau se estremeció—. A

los vampiros les resultaba difícil fingir una buena muerte y pasar a una nueva vida con los humanos husmeando por ahí.

Miré rápidamente a Matthew y a Domenico, pero todavía estaban hablando fuera de las murallas del *château*.

—Entonces —repetí, contando los temas con los dedos—. Nada de relacionarse entre las diferentes clases de criaturas. Nada de carreras en la política o la religión humanas. ¿Más cosas? — Al parecer, la xenofobia de mi tía y su oposición feroz a que yo estudiara derecho derivaban de su conocimiento imperfecto de este acuerdo de hacía tanto tiempo.

—Sí. Cuando alguna criatura viola el acuerdo, es responsabilidad de la Congregación frenar la mala conducta y confirmar el juramento.

—¿Y si *dos* criaturas violan el acuerdo?

El silencio se hizo tenso entre nosotras.

—Que yo sepa, eso nunca ha ocurrido —dijo sombríamente—. Por lo tanto, es bueno que vosotros no lo hayáis hecho.

La noche anterior yo le había pedido a Matthew que viniera a mi cama. Pero él supo que no se trataba de una simple petición. No era de mí de lo que no estaba seguro, sino de sus sentimientos. Matthew quería saber hasta dónde podía llegar antes de que la Congregación interviniera.

La respuesta había llegado rápidamente. No iba a dejarnos ir demasiado lejos.

Mi alivio fue pronto reemplazado por la cólera. Si nadie se hubiera quejado, mientras nuestra relación iba adelante, él tal vez nunca me habría hablado sobre la Congregación o sobre el acuerdo. Y su silencio habría tenido implicaciones para mi relación con mi propia familia y con la suya. Yo podría haberme ido a la tumba creyendo que mi tía e Ysabeau eran intolerantes. Aunque lo cierto era que estaban viviendo de acuerdo a una promesa hecha hacía mucho tiempo, que era menos comprensible, pero de algún modo más disculpable.

—Tu hijo tiene que dejar de ocultarme cosas. —Mi irritación aumentó y el hormigueo crecía en las puntas de mis dedos—. Y tú deberías preocuparte menos por la Congregación y más por lo que voy a hacer cuando vuelva a verlo otra vez.

Resopló.

—No vas a tener la oportunidad de hacer mucho antes de que te reprenda por cuestionar su autoridad delante de Domenico.

—No estoy bajo la autoridad de Matthew.

—Querida mía, todavía tienes muchísimo que aprender sobre los vampiros —espetó con un tono de satisfacción.

—Y tú tienes muchísimo que aprender sobre mí. Al igual que la Congregación.

Ysabeau me agarró por los hombros y sus dedos se clavaron en mis brazos.

—¡Esto no es un juego, Diana! Matthew estaría dispuesto a darle la espalda a

criaturas a las que ha conocido durante siglos para proteger tu derecho a ser lo que tú quieras ser en tu fugaz vida. Te ruego que no permitas que lo haga. Lo matarán si insiste.

—Él es un hombre libre, Ysabeau —repliqué con frialdad—. Yo no le digo a Matthew lo que tiene que hacer.

—No, pero tienes el poder de enviarlo lejos. Dile que te niegas a violar el acuerdo por él, por su bien… o que tú no sientes por él nada más que curiosidad…, las brujas son famosas por ello. — Me empujó, alejándome de ella—. Si le amas, sabrás qué decirle.

—Todo ha terminado —gritó Marthe desde las escaleras.

Ambas nos precipitamos hacia el borde de la torre. Un caballo negro y su jinete salieron de los establos para saltar sobre la cerca del picadero antes lanzarse veloz hacia el bosque.

Capítulo 22

Las tres esperábamos en el salón desde que se había marchado montado en *Balthasar* a última hora de la mañana. En ese momento, las sombras se alargaban hacia el crepúsculo. Un humano estaría medio muerto por el prolongado esfuerzo que se necesitaba para controlar a ese enorme caballo en campo abierto. Sin embargo, los acontecimientos de la mañana me habían recordado que Matthew no era humano, sino un vampiro… con muchos secretos, un pasado complicado y terribles enemigos.

Arriba, una puerta se cerró.

—Ha regresado. Irá a la habitación de su padre, como hace siempre que está preocupado — explicó Ysabeau.

La hermosa y joven madre de Matthew estaba sentada con la mirada fija en el fuego, mientras yo retorcía mis manos sobre el regazo, rechazando todo lo que Marthe ponía delante de mí. No había comido nada desde el desayuno, pero mi sensación de vacío nada tenía que ver con el hambre.

Me sentía destrozada, rodeada por los pedazos rotos de mi vida antes ordenada. Mi título de Oxford, mi puesto en Yale y mis libros cuidadosamente investigados y escritos hacía mucho que daban significado y estructura a mi vida. Pero nada de eso me servía de consuelo en este nuevo mundo extraño de vampiros acechantes y brujas amenazadoras. Al quedar expuesta a él, yo había quedado al descubierto, con una nueva fragilidad relacionada con un vampiro y con el movimiento invisible e innegable de la sangre de una bruja en mis venas.

Por fin, Matthew entró en el salón, fresco y vestido con ropa limpia. Sus ojos me buscaron de inmediato y su contacto frío palpitó sobre mí cuando verificó que estaba ilesa. Su boca se suavizó con alivio.

Fue el último rasgo de confianza reconfortante que detecté en él.

El vampiro que entró en el salón no era el Matthew que yo conocía. No era la criatura elegante y encantadora que se había introducido en mi vida con una sonrisa burlona e invitaciones a desayunar. Tampoco era el científico, absorto en su trabajo y preocupado por la cuestión de por qué él estaba aquí. Y no había ninguna señal del Matthew que me había abrazado y besado con tan apasionada intensidad la noche anterior.

Este Matthew era frío e impasible. Los escasos bordes blandos que alguna vez había poseído —alrededor de su boca, en la delicadeza de sus manos, el silencio de sus ojos— habían sido reemplazados por líneas duras y angulosas. Parecía más viejo de lo que yo recordaba, una combinación de cansancio y cuidadosa distancia que

reflejaba cada momento de sus casi mil quinientos años de edad.

Un tronco se rompió en la chimenea. Las chispas atrajeron mi mirada, color sangre anaranjada que se quemaba al caer.

Sólo el color rojo apareció al principio. Luego el rojo adquirió una textura, hebras rojizas brillaban aquí y allá con oro y plata. La textura se convirtió en algo más tangible, el cabello de Sarah. Aferré con mis dedos la correa de una mochila en mi hombro, y dejé caer el envoltorio de mi almuerzo al suelo del salón familiar con el mismo ruido habitual que mi padre hacía cuando dejaba caer su maletín junto a la puerta.

—Ya estoy en casa. —Mi voz de niña era alta y brillante—. ¿Hay galletas?

Sarah giró la cabeza, roja y anaranjada, atrapando chispas en la luz de la última hora de la tarde.

Pero su cara era blanco puro.

El blanco se imponía sobre los otros colores, se convirtió en plata y adoptó una textura como la de las escamas de un pez. Una cota de malla puesta sobre un cuerpo conocido y musculoso. Matthew.

—He terminado. —Sus manos arrancaron una túnica negra con una cruz de plata en el delantero, rasgándola en los hombros. La arrojó a los pies de alguien, se volvió y se alejó a grandes zancadas.

Con un solo parpadeo de mis ojos, la visión desapareció para ser reemplazada por los tonos cálidos del salón de Sept-Tours, pero la sorprendente conciencia de lo que había ocurrido permaneció. Al igual que con el viento de brujos, no había habido advertencia alguna cuando este talento escondido que yo tenía fue liberado. ¿Las visiones de mi madre habían empezado de manera tan repentina y tenían la misma claridad? Miré por toda la habitación, pero la única criatura que parecía haber notado algo raro era Marthe, que me observó con preocupación.

Matthew se acercó a Ysabeau y la besó levemente en ambas mejillas blancas y perfectas.

—Lo siento tanto…, *maman* —murmuró.

—Hein, él siempre fue un cerdo. No es culpa tuya. —Ysabeau le dio un amable apretón a la mano de su hijo—. Me alegro de que estés en casa.

—Se ha ido. No hay por qué preocuparse por esta noche —informó Matthew con la boca apretada. Se pasó los dedos por el pelo.

—Bebe. —Marthe pertenecía a la escuela en la que tomar algo era bueno para solucionar las crisis. Le alcanzó un vaso de vino a Matthew y colocó otra taza más de té junto a mí. Quedó sobre la mesa, intacta, enviando tentáculos de vapor por la habitación.

—Gracias, Marthe. —Matthew bebió un buen trago. Mientras lo hacía, sus ojos se volvieron hacia los míos, pero apartó la mirada deliberadamente cuando tragó—.

Mi teléfono —dijo al dirigirse hacia su estudio.

Bajó las escaleras unos momentos después.

—Para ti. —Me dio el teléfono de tal manera que nuestras manos no necesitaron tocarse.

Supe quién estaba al otro lado de la línea.

—Hola, Sarah.

—He estado llamando durante más de ocho horas. ¿Qué diablos está ocurriendo? —Sarah sabía que algo malo sucedía, de otra manera no habría llamado a un vampiro. Su voz tensa hizo aparecer la imagen de su cara blanca en mi visión. En ella estaba asustada, no sólo triste.

—No pasa nada malo —aseguré, pues no quería que ella siguiera con miedo—. Estoy con Matthew.

—En primer lugar, a causa de Matthew estás en este lío.

—Sarah, no puedo hablar ahora. —Lo último que necesitaba era discutir con mi tía.

Ella respiró hondo.

—Diana, hay algunas cosas que tienes que saber antes de que decidas unir tu suerte a la de un vampiro.

—¿En serio? —pregunté a la vez que mi enfado crecía—. ¿Crees que éste es el momento de hablarme del acuerdo? Por casualidad tú no conocerás a las brujas que están entre los miembros actuales de la Congregación, ¿verdad? Hay algunas cosas que me gustaría decirles. —Mis dedos estaban ardiendo y la piel debajo de mis uñas se estaba poniendo de un vivo color azul cielo.

—Tú le diste la espalda a tu poder, Diana, y te negabas a hablar de magia. El acuerdo no era relevante para tu vida, ni tampoco la Congregación. —Sarah parecía a la defensiva.

Mi risa mordaz ayudó a que el tinte azul se desvaneciera de mis dedos.

—Justifícalo como quieras, Sarah. Después de que mi madre y mi padre fueran asesinados, tú y Em debíais habérmelo dicho, en lugar de hacer insinuaciones con misteriosas verdades a medias. Pero ahora es demasiado tarde. Tengo que hablar con Matthew. Te llamaré mañana.

Después de cortar la comunicación y de dejar el teléfono sobre el escabel a mis pies, cerré los ojos y esperé a que el hormigueo en mis dedos disminuyera.

Los tres vampiros me estaban mirando…, podía sentirlo.

—Y bien —dije en voz baja—, ¿debemos esperar más visitas de esta Congregación?

Matthew tensó los labios.

—No.

Fue una respuesta de una sola palabra, pero al menos era la palabra que yo quería

escuchar. Durante los últimos días, había tenido un respiro respecto a los cambios de humor de Matthew y había casi olvidado lo alarmantes que podían ser. Sus siguientes palabras borraron mi esperanza de que su reciente arrebato pasara pronto.

—No habrá ninguna visita de la Congregación porque no vamos a violar el acuerdo. Nos quedaremos aquí algunos días más y luego regresaremos a Oxford. ¿Te parece bien, *maman?*

—Por supuesto —respondió Ysabeau de inmediato. Suspiró aliviada.

—Debemos mantener el estandarte izado —continuó Matthew con un tono de voz neutro—. El pueblo debe saber que hay que seguir en guardia.

Ysabeau asintió con la cabeza, y su hijo bebió un sorbo de vino. Miré primero a uno y luego al otro. Ninguno respondió a mi silenciosa petición de más información.

—Sólo han pasado unos cuantos días desde que me sacaste de Oxford —dije, al ver que nadie aceptaba mi mudo desafío.

Matthew levantó la mirada para clavarla directamente en mis ojos a modo de siniestra respuesta.

—Ahora vas a volver —dijo inexpresivamente—. Mientras tanto, no habrá paseos fuera de la propiedad. Nada de cabalgar sola. —Su frialdad en ese momento era más aterradora que cualquier cosa que Domenico hubiera dicho.

—¿Y? —lo presioné.

—Nada de bailes —continuó Matthew. Su brusquedad indicaba que muchas otras actividades estaban incluidas en esta categoría—. Vamos a cumplir con las reglas de la Congregación. Si dejamos de violarlas, dirigirán su atención a temas más importantes.

—Ya veo. Tú quieres que yo me haga la tonta. ¿Y abandonarás tu trabajo y el Ashmole 782? No lo creo. —Me puse de pie y fui hacia la puerta.

Matthew aferró mi brazo con rudeza. Que él pudiera haber llegado tan rápidamente a mi lado era algo que violaba todas las leyes de la física.

—Siéntate, Diana. —Su voz fue tan ruda como su contacto, pero resultaba extrañamente gratificante que estuviera mostrando algún tipo de emoción.

—¿Por qué te estás rindiendo? —susurré.

—Para evitar exponernos a todos nosotros ante los humanos… y para mantenerte con vida. — Me arrastró de vuelta al sofá y me empujó sobre los cojines—. Esta familia no es una democracia, y mucho menos en una ocasión como ésta. Cuando te digo que hagas algo, lo haces, sin titubeos ni discusiones. ¿Está claro? —El tono de Matthew indicaba que la conversación había terminado.

—¿O qué? —Lo estaba provocando deliberadamente, pero su actitud distante me asustó.

Dejó su vino, y la copa de cristal soltó un destello a la luz de las velas.

Me sentí caer, esta vez en un lago.

El lago se convirtió en una gota, la gota en una lágrima brillando sobre una mejilla blanca.

Las mejillas de Sarah estaban cubiertas de lágrimas. Tenía los ojos rojos e hinchados. Em estaba en la cocina. Cuando se reunió con nosotras, era evidente que había estado llorando también. Parecía destrozada.

—¿Qué? —exclamé con el miedo apretándome el estómago—. ¿Qué ha ocurrido?

Sarah se enjugó los ojos. Tenía los dedos manchados con las hierbas y las especias que usaba para hacer sus hechizos.

Sus dedos se hicieron más largos y las manchas fueron desapareciendo.

—¿Qué? —reaccionó Matthew con una mirada salvaje. Sus dedos blancos secaban una lágrima diminuta y manchada de sangre en una mejilla igualmente blanca—. ¿Qué ha ocurrido?

—Las brujas. Tienen a tu padre —dijo Ysabeau con voz entrecortada.

Mientras la visión se desvanecía, busqué a Matthew, esperando que sus ojos ejercieran su atracción acostumbrada y aliviaran mi prolongada desorientación. Apenas nuestras miradas se encontraron, vino y permaneció cerca de mí. Pero no hubo nada del consuelo habitual relacionado con su presencia.

—Te mataré yo mismo antes de dejar que alguien te haga daño. —Las palabras se atragantaron en su garganta—. Y no quiero matarte. Así que, por favor, haz lo que te digo.

—¿Así que eso es todo? —pregunté cuando pude hacerlo—. Vamos a cumplir con un antiguo acuerdo hecho con estrechez de miras hace casi mil años. Caso cerrado.

—No debes estar bajo el escrutinio de la Congregación. No tienes control sobre tu magia y ningún conocimiento de tu relación con el Ashmole 782. En Sept-Tours puedes estar protegida de Peter Knox, Diana, pero ya te he dicho antes que no estás a salvo entre vampiros. Ningún ser de sangre caliente lo está. Nunca.

—Tú no me harás daño. —A pesar de lo que había ocurrido en los últimos días, estaba completamente segura en esta cuestión.

—Tú insistes en esa visión romántica de lo que es ser un vampiro, pero a pesar de mis mejores esfuerzos por controlarme, me siento atraído por la sangre.

Hice un ademán desdeñoso.

—Has matado humanos. Eso lo sé, Matthew. Eres un vampiro y has vivido durante cientos de años. ¿Crees que pensaba que sobreviviste sólo consumiendo animales?

Ysabeau miraba a su hijo atentamente.

—Decir que sabes que he matado humanos y comprender qué significa eso son dos cosas diferentes, Diana. No tienes ni idea de lo que soy capaz. —Tocó su talismán de Betania y se alejó de mí con pasos rápidos, impacientes.

—Sé quién eres. —Éste era otro punto de absoluta certeza. Me preguntaba qué hacía que me sintiera tan instintivamente segura de Matthew a pesar de que las pruebas de la brutalidad de los vampiros…, incluso de las brujas…, aumentaban.

—Ni siquiera sabes quién eres tú misma. Y hace tres semanas nunca habías oído hablar de mí. —La mirada de Matthew era inquieta y sus manos, al igual que las mías, estaban temblando. Eso me preocupaba menos que el hecho de que Ysabeau se hubiera adelantado un poco más en su asiento. Él cogió un atizador y le dio un tremendo golpe al fuego antes de dejarlo a un lado. El metal resonó contra la piedra, abriendo la superficie firme como si fuera mantequilla.

—Ya le encontraremos una solución. Danos un poco de tiempo. —Traté de hacer que mi voz sonara suave y tranquilizadora.

—No hay nada que solucionar. —Matthew iba de un lado a otro en ese momento —. Tú tienes demasiado poder indisciplinado. Es como una droga…, una droga muy adictiva y peligrosa que otras criaturas están desesperadas por compartir. Nunca estarás segura mientras una bruja o un brujo o un vampiro estén cerca de ti.

Abrí la boca para responder, pero el sitio donde había estado de pie estaba vacío. Los dedos helados de Matthew estaban sobre mi barbilla, levantándome en el aire.

—Soy un depredador, Diana. —Pronunció estas palabras con la seducción de un amante. El oscuro aroma del clavo me mareó—. Tengo que cazar y matar para sobrevivir. —Apartó mi cara de él con una torsión salvaje, dejando mi cuello al descubierto. Sus ojos inquietos recorrieron mi garganta.

—Matthew, deja a Diana. —Ysabeau se mostraba indiferente, y mi propia fe en él permanecía incólume. Él quería asustarme por alguna razón, pero yo no estaba en peligro, no como había sucedido con Domenico.

—Ella cree que me conoce, *maman* —susurró—. Pero Diana no sabe lo que se siente cuando el deseo de cálida sangre aprieta en el estómago de tal manera que uno se vuelve loco de necesidad. Ella no sabe cuánto deseamos sentir la sangre de otro corazón palpitando por nuestras venas. O lo difícil que es para mí estar aquí, tan cerca, y no saborearla a ella.

Ysabeau se puso de pie pero permaneció donde estaba.

—Éste no es el momento de enseñarle nada, Matthew.

—Ya lo ves, no se trata sólo de que podría matarte directamente —continuó, ignorando a su madre. Sus ojos negros resultaban hipnóticos—. Podría alimentarme de ti lentamente, tomando tu sangre y dejando que vuelva a reponerse, para empezar de nuevo al día siguiente. —Su mano pasó de sujetar mi barbilla a rodear mi cuello, y su dedo pulgar acarició el pulso en mi garganta como si estuviera calculando precisamente dónde iba a hundir sus dientes en mi carne.

—¡Basta! —reaccioné con brusquedad. Sus tácticas intimidatorias habían ido demasiado lejos.

Matthew me dejó caer con brusquedad sobre la mullida alfombra. Cuando sentí el impacto, el vampiro ya estaba al otro lado de la habitación, dándome la espalda y con la cabeza inclinada.

Me quedé mirando el dibujo de la alfombra debajo de mis manos y rodillas.

Un remolino de colores, demasiados como para distinguirlos, se movió ante mis ojos.

Eran hojas que bailaban contra el cielo: verde, marrón, azul, oro.

—Son tu madre y tu padre —estaba explicando Sarah con su voz tensa—. Han sido asesinados. Están muertos, mi amor.

Deslicé mi mirada desde la alfombra hacia el vampiro que permanecía de espaldas a mí.

—No. —Sacudí la cabeza.

—¿Qué ocurre, Diana? —Matthew se volvió. La preocupación desplazaba al depredador momentáneamente.

El remolino de colores atrajo mi atención otra vez: verde, marrón, azul, oro. Eran hojas, atrapadas en un remolino sobre un charco de agua, para caer en el suelo alrededor de mis manos. Un arco, curvado y lustroso, reposaba junto a flechas desparramadas y una aljaba medio vacía.

Cogí el arco y sentí que la cuerda tirante me cortaba la piel.

—Matthew —le advirtió Ysabeau, olfateando el aire con delicadeza.

—Lo sé. Puedo olerlo también —dijo él sombríamente.

«Es tuyo —susurró una voz extraña—. No debes dejarlo ir».

—Lo sé —murmuré con impaciencia.

—¿Qué es lo que sabes, Diana? —Matthew dio un paso hacia mí.

Marthe corrió a mi lado.

—Déjala —dijo entre dientes—. La niña no está en este mundo.

Yo no estaba en ningún lugar, atrapada entre el dolor terrible de perder a mis padres y la certeza de que pronto Matthew también se habría ido.

«Ten cuidado», me advirtió la voz extraña.

—Es demasiado tarde para eso. —Levanté mi mano del suelo y la estrellé contra el arco, que se rompió en dos—. Demasiado tarde.

—¿Para qué es demasiado tarde? —preguntó Matthew.

—Estoy enamorada de ti.

—No puede ser —replicó aturdido. La habitación estaba en completo silencio, salvo por el crepitar del fuego—. Es demasiado pronto.

—¿Por qué tienen los vampiros una actitud tan extraña respecto del tiempo? —medité en voz alta, todavía atrapada en una mezcla desconcertante de pasado y presente. Sin embargo, la palabra «amor» había provocado en mí sentimientos de posesión que me trajeron al presente—. Las brujas no tienen siglos para enamorarse.

Lo hacemos rápido. Sarah dice que mi madre se enamoró de mi padre en cuanto lo vio. Te amo desde que decidí no golpearte con un remo en el muelle de la ciudad de Oxford. —La sangre en mis venas empezó a zumbar. Marthe parecía sobresaltada, lo cual sugería que ella también podía escuchar ese zumbido.

—Tú no lo entiendes. —Parecía que Matthew, al igual que el arco, podría partirse en dos de golpe.

—Sí que lo entiendo. La Congregación tratará de detenerme, pero no me va a decir a quién debo amar. —Cuando mis padres me fueron arrebatados, yo era una niña sin capacidad de decisión y hacía lo que la gente me decía. Pero ya era una mujer adulta, e iba a luchar por Matthew.

—Las insinuaciones de Domenico no son nada comparadas con lo que puedes esperar de Peter Knox. Lo que ha ocurrido hoy fue un intento de acercamiento, una misión diplomática. No estás preparada para enfrentarte a la Congregación, Diana, aunque tú no lo creas. Y si te rebelaras, ¿qué pasaría entonces? Traer esos viejos enfrentamientos a la superficie puede hacer que todo quede fuera de control, exponiéndonos así a los humanos. Tu familia podría sufrir. —Las palabras de Matthew eran brutales, con la intención de detenerme y hacerme reconsiderar mi postura. Pero nada de lo que dijera superaba lo que yo sentía por él.

—Te amo y no voy a detenerme. —De esto yo también estaba segura.

—No estás enamorada de mí.

—Yo decido a quién amar, cómo y cuándo. Deja de decirme lo que debo hacer, Matthew. Mis ideas sobre los vampiros pueden ser románticas, pero vuestras actitudes respecto a las mujeres necesitan una revisión a fondo.

Antes de que pudiera responder, su teléfono empezó a saltar sobre el escabel. Dejó escapar una maldición en occitano que debió de ser realmente impresionante, porque incluso Marthe se mostró escandalizada. Estiró la mano hacia abajo y cogió el teléfono antes de que cayera al suelo.

—¿Qué ocurre? —dijo, con sus ojos fijos en mí.

Se oían débiles murmullos en el otro extremo de la línea. Marthe e Ysabeau intercambiaron miradas de preocupación.

—¿Cuándo? —La voz de Matthew sonó como un disparo—. ¿Se han llevado algo? —Arrugué el entrecejo al escuchar la cólera en su tono—. Gracias a Dios. ¿Hay algún daño?

Algo había ocurrido en Oxford en nuestra ausencia, y parecía que se trataba de un robo. Suponía que habría sido en el Viejo Pabellón.

La voz en el otro lado del teléfono continuó. Matthew se pasó una mano sobre los ojos.

—¿Qué más? —preguntó, alzando la voz.

Hubo otro largo silencio. Se volvió y se dirigió hacia la chimenea. Puso su mano

derecha bien abierta sobre la repisa superior.

—Se acabó la diplomacia. —Matthew maldijo entre dientes—. Estaré ahí en unas horas. ¿Puedes recogerme?

Regresábamos a Oxford. Me puse de pie.

—Muy bien. Llamaré antes de aterrizar. Marcus, averigua quiénes, además de Peter Knox y Domenico Michele, son miembros de la Congregación.

¿Peter Knox? Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. En ese momento me quedó claro por qué Matthew había regresado a Oxford con tanta rapidez cuando le dije quién era el mago vestido de *tweed*. Eso explicaba también por qué estaba tan ansioso de apartarme de allí en ese momento. Estábamos violando el acuerdo, y Knox estaba encargado de hacerlo cumplir.

Matthew se mantuvo unos momentos en silencio tras cortar la comunicación, con un puño apretado como si estuviera resistiéndose al impulso de golpear la repisa de piedra para dominarla.

—Era Marcus. Alguien trató de entrar por la fuerza al laboratorio. Tengo que regresar a Oxford. —Se volvió. Sus ojos carecían de toda expresión.

—¿Va todo bien? —Ysabeau lanzó una mirada de preocupación en dirección a mí.

—No lograron atravesar los controles de seguridad. De todas formas, tengo que hablar con los funcionarios de la universidad para asegurarme de que el que lo haya hecho no tenga éxito la próxima vez. —Nada de lo que Matthew estaba diciendo tenía sentido. Si los ladrones habían fracasado, ¿por qué no estaba aliviado? ¿Y por qué sacudía la cabeza mirando a su madre?

—¿Quiénes han sido? —pregunté temerosa.

—Marcus no está seguro.

Eso era raro, dado el fino sentido del olfato de los vampiros.

—¿Fueron humanos?

—No. —Volvíamos a las respuestas monosilábicas.

—Traeré mis cosas. —Me volví hacia las escaleras.

—Tú no vienes. Te quedas aquí. —Las palabras de Matthew me obligaron a detenerme.

—Prefiero estar en Oxford —protesté—. Contigo.

—Oxford no es seguro por el momento. Regresarás cuando lo sea.

—¡Acabas de decirme que debemos regresar! Decídete, Matthew. ¿Cuál es el peligro? ¿El manuscrito y las brujas? ¿Peter Knox y la Congregación? ¿O Domenico Michele y los vampiros?

—¿No me has oído? ¡Yo soy el peligro! —La voz de Matthew sonó penetrante.

—Claro que te he oído. Pero me estás ocultando algo. Es tarea del historiador revelar los secretos —le aseguré en voz baja—. Y soy muy buena en eso. —Abrió la

boca para hablar, pero lo detuve—: No más excusas ni falsas explicaciones. Vete a Oxford. Yo me quedaré aquí.

—¿Necesitas algo de arriba? —preguntó Ysabeau—. Deberías llevar un abrigo. Llamarás la atención de los humanos si sólo llevas un jersey.

—Sólo mi portátil. Mi pasaporte está en el maletín.

—Lo traeré. —Deseosa de tener un respiro de todos los Clermont por un momento, corrí escaleras arriba. En el estudio de Matthew miré la habitación que tenía tanto de él.

Las superficies plateadas de la armadura parpadeaban a la luz del fuego y atraían mi atención mientras un revoltijo de caras daba vueltas brillando en mi mente. Las visiones eran tan veloces como los cometas en el cielo. Había una mujer pálida con enormes ojos azules y una dulce sonrisa; otra mujer cuya barbilla firme y hombros cuadrados emanaban determinación; un hombre con nariz de halcón terriblemente dolorido. Había otras caras también, pero la única que reconocí fue la de Louisa de Clermont, mostrando los dedos cubiertos de sangre que goteaba delante de su cara.

El hecho de resistir la atracción de la visión ayudó a que los rostros se desvanecieran, pero mi cuerpo se estremeció y en mi mente sólo había perplejidad. El informe de ADN había indicado que podía esperar que llegaran las visiones. Pero no había habido ninguna advertencia de su llegada, como tampoco sucedió la noche anterior cuando floté en los brazos de Matthew. Era como si alguien hubiera quitado el tapón de una botella y mi magia, por fin liberada, se apresurara a salir.

Cuando saqué el cable del enchufe lo metí en el maletín de Matthew, junto con el ordenador. Su pasaporte estaba en el bolsillo delantero, tal como él había dicho.

Al volver al salón, Matthew estaba solo, con las llaves en la mano y una chaqueta deportiva de ante echada sobre los hombros. Marthe hablaba entre dientes y paseaba de un lado a otro en el gran salón contiguo.

Le entregué el ordenador y me mantuve a cierta distancia para resistir mejor el impulso de tocarlo otra vez. Matthew se metió las llaves en un bolsillo y cogió el maletín.

—Sé que esto es difícil. —Su voz sonaba baja y extraña—. Pero tienes que dejar que yo me ocupe de esto. Y necesito saber que tú estás a salvo mientras lo hago.

—Estoy a salvo contigo, dondequiera que estemos.

Sacudió la cabeza.

—Mi nombre tenía que haber sido suficiente para protegerte. Pero no ha sido así.

—Dejarme aquí no es la respuesta. No comprendo todo lo que ha ocurrido hoy, pero el odio de Domenico va más allá de mí. Quiere destruir a tu familia y todo lo que más te importa. Domenico podría decidir que éste no es el momento adecuado para continuar con su *vendetta*. Pero ¿Peter Knox? Él quiere el Ashmole 782 y cree que yo puedo conseguírselo. No se dejará apartar tan fácilmente. —Me estremecí.

—Aceptará un trato si se lo propongo.

—¿Un trato? ¿Qué puedes ofrecerle?

El vampiro se quedó en silencio.

—¿Matthew? —insistí.

—El manuscrito —dijo categórico—. No me ocuparé de él… ni de ti… si él promete hacer lo mismo. El Ashmole 782 no ha sido perturbado durante un siglo y medio. Dejaremos que siga así.

—No puedes hacer un trato con Knox. No se puede confiar en él. —Me sentí horrorizada—. Además, tú tienes todo el tiempo que sea necesario para esperar por el manuscrito. Knox, no. Tu trato no le resultará atractivo.

—Deja que yo me ocupe de Knox —dijo con aspereza.

Le lancé una mirada furiosa.

—Tengo que dejar que tú te ocupes de Domenico y que te ocupes de Knox. ¿Qué crees que voy a hacer yo? Me dijiste que no era una doncella afligida. Entonces deja de tratarme como si lo fuera.

—Supongo que me merecía eso —dijo lentamente; sus ojos parecieron más negros—, pero tú tienes mucho que aprender sobre los vampiros.

—Eso es lo que me dice tu madre. Pero a lo mejor tú también tienes que aprender de las brujas algunas cosas. —Aparté el mechón de pelo que tenía sobre mis ojos y crucé los brazos sobre mi pecho—. Ve a Oxford. Aclara lo que ocurrió allí. —«Sea lo que sea que no quieres compartir conmigo»—. Pero, por el amor de Dios, Matthew, no negocies con Peter Knox. Decide tú lo que sientes por mí…, no porque el acuerdo lo prohíba ni porque la Congregación lo quiera, ni tampoco por lo que Peter Knox y Domenico Michele te hayan dicho para asustarte.

Mi amado vampiro, con una cara que sería la envidia de un ángel, me miró con tristeza.

—Ya sabes lo que siento por ti.

Sacudí la cabeza.

—No. No lo sé. Cuando estés preparado, me lo dirás.

Matthew luchó contra algo en su interior, pero guardó silencio. Sin pronunciar palabra, se encaminó hacia la puerta que daba al gran salón. Cuando llegó a ella, me dirigió una larga mirada de copos de nieve y escarcha antes de cruzarla.

Marthe lo recibió en el gran salón. Él la besó con delicadeza en ambas mejillas y rápidamente dijo algo en occitano.

—*Compreni, compreni* —dijo ella, asintiendo con la cabeza con vehemencia y mirándome a mí, que estaba detrás de él.

—Mercés amb tot meu còr —replicó él en voz baja.

—Al rebèire. Mèfi.

—T’afortiss. —Matthew se volvió hacia mí—. Y tú me prometerás lo mismo…,

que tendrás cuidado. Escucha a Ysabeau.

Partió sin una mirada ni un contacto final y alentador.

Me mordí el labio y traté de tragarme las lágrimas, pero no pude evitar que se deslizaran por mis mejillas. Después de tres pasos lentos hacia las escaleras de la torre de vigilancia, empecé a correr mientras las lágrimas me cubrían la cara. Con una expresión comprensiva, Marthe me dejó ir.

Cuando salí al aire frío y húmedo, el estandarte de los Clermont flameaba suavemente de un lado a otro y las nubes seguían oscureciendo la luna. La oscuridad me envolvió desde todas las direcciones y la única criatura que la mantenía a raya se marchaba en aquel instante, llevándose la luz consigo.

Mirando por encima de las murallas de la torre, vi a Matthew junto al Range Rover hablando furiosamente con Ysabeau. Ella parecía muy alterada y le agarraba la manga de la chaqueta como si quisiera impedir que subiera al vehículo.

Su mano era una mancha blanca cuando tiró para liberar su brazo. Golpeó fuerte una vez con el puño en el techo del coche. Di un salto. Matthew nunca había usado su fuerza sobre algo más grande que una nuez o una concha de ostra cuando estaba cerca de mí, y la abolladura que había dejado en el metal era alarmantemente profunda.

Agachó la cabeza. Ysabeau lo tocó ligeramente en la mejilla, sus tristes facciones brillaban a la débil luz. Subió al vehículo y pronunció algunas palabras más. Su madre asintió con la cabeza y miró fugazmente hacia la torre de vigilancia. Di un paso hacia atrás, esperando que ninguno de ellos me hubiera visto. El coche dio la vuelta y los pesados neumáticos crujieron sobre la grava cuando Matthew arrancó.

Las luces del Range Rover desaparecieron colina abajo. Cuando Matthew se hubo marchado, me deslicé por la muralla de piedra de la torre y me entregué a mis lágrimas.

Fue entonces cuando descubrí en qué consistía el manantial de brujos.

Capítulo 23

Antes de conocer a Matthew, parecía que en mi vida no había sitio para un solo elemento adicional, especialmente para algo tan importante como un vampiro de mil quinientos años de edad. Pero él había accedido a lugares inexplorados, vacíos, sin darme cuenta.

Y en ese momento, cuando él se hubo marchado, yo sentí terriblemente su ausencia. Sentada en aquella atalaya, mis lágrimas ablandaron mi determinación de luchar por él. De pronto había agua por todos lados. Yo estaba sentada en un charco y el nivel simplemente seguía subiendo.

No llovía, a pesar del cielo nublado.

El agua salía de mí.

Mis lágrimas caían normalmente, pero al caer se hinchaban para formar globos del tamaño de bolas de nieve que chocaban contra el techo de piedra de la torre salpicando con fuerza. Mi pelo serpenteaba sobre mis hombros en medio de cortinas de agua que caían sobre las curvas de mi cuerpo. Abrí la boca para respirar porque el agua que resbalaba por mi cara me estaba tapando la nariz, y el agua salió a borbotones como un torrente con el sabor del mar.

A través de una película de humedad, Marthe e Ysabeau me miraban. La cara de Marthe era adusta. Los labios de Ysabeau se movían, pero el rugido de mil conchas marinas hacía imposible poder escucharla.

Me puse de pie, esperando que el agua se detuviera. Pero no fue así. Traté de decirles a las dos mujeres que dejaran que el agua me llevara junto con mi pesar y el recuerdo de Matthew, pero todo lo que logré fue otro chorro de océano. Estiré la mano, creyendo que eso ayudaría a liberarme del agua. Pero de las puntas de mis dedos cayó todavía más agua formando una cascada. El gesto me recordó el brazo de mi madre estirado hacia mi padre, y las olas aumentaron.

A medida que el agua salía en abundancia, el control se escapaba de mis manos. La repentina aparición de Domenico me había asustado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Matthew se había ido. Y yo había jurado luchar por él contra enemigos que no podía identificar y a los que no comprendía. En ese momento, ya estaba claro que el pasado de Matthew no estaba compuesto sólo de elementos acogedores como la luz del fuego, el vino y los libros. Ni tampoco se había desarrollado únicamente dentro de los límites de una familia leal. Domenico había hecho referencia a algo más oscuro que estaba lleno de enemistad, peligro y muerte.

El agotamiento se apoderó de mí, y el agua me arrastró hacia abajo. Una extraña

sensación de euforia acompañaba a la fatiga. Estaba asentada entre la mortalidad y algo elemental que contenía dentro de sí la promesa de un poder inmenso e incomprensible. Si me rendía a la corriente de agua, Diana Bishop desaparecería. En cambio, me convertiría en agua…, en ningún lugar, en todos los lugares, libre de mi cuerpo y del dolor.

—Lo siento, Matthew. —Mis palabras salieron a borbotones cuando el agua empezó su trabajo inexorable.

Ysabeau avanzó hacia mí, y un agudo chasquido resonó en mi cerebro. Mi advertencia hacia ella se perdió en un rugido como un maremoto que se acerca a tierra. Los vientos se elevaron alrededor de mis pies, convirtiendo el agua en un huracán. Levanté mis brazos al cielo, y el agua y el viento adquirieron la forma de un embudo que envolvía mi cuerpo.

Marthe agarró el brazo de Ysabeau mientras movía su boca con rapidez. La madre de Matthew trató de apartarse a la vez que su boca formaba la palabra «no», pero Marthe esperó, mirándola fijamente. Al cabo de algunos minutos, Ysabeau relajó los hombros. Se volvió hacia mí y empezó a cantar. De manera obsesiva y anhelante, su voz traspasó el agua y me llamó para que regresara al mundo.

Los vientos empezaron a amainar. El estandarte de los Clermont, que había estado flameando con fuerza, recuperó su apacible balanceo. La cascada de agua de las yemas de mis dedos se serenó para convertirse sólo en un río, luego un hililllo, hasta que se detuvo completamente. Las olas que fluían de mi pelo se transformaron en suaves ondas para acabar desapareciendo también. Por fin, nada salió de mi boca salvo un grito entrecortado de sorpresa. Las enormes gotas de agua que caían de mis ojos fueron el último vestigio del manantial de brujos en desaparecer, de la misma forma que habían sido la primera señal de su poder moviéndose dentro de mí. Los restos de mi diluvio corrían hacia los pequeños agujeros en la base de los muros almenados. Allá abajo, muy abajo, el agua chocaba salpicando sobre la gruesa capa de grava del patio.

Cuando el agua dejó de salir de mí, me sentí vacía como una calabaza y con un frío glacial. Doblé las rodillas, golpeando dolorosamente sobre la piedra.

—Gracias a Dios —murmuró Ysabeau—. Casi la perdemos.

Yo estaba temblando con violencia por el agotamiento y por el frío. Las dos mujeres se acercaron a mí corriendo y me levantaron. Cada una me agarró de un codo y me sostuvieron bajando las escaleras circulares a una velocidad que me hizo temblar. Una vez en el salón, Marthe quiso dirigirse hacia las habitaciones de Matthew e Ysabeau en dirección contraria.

—Las mías están más cerca —dijo la madre de Matthew bruscamente.

—Ella se sentirá más segura si está más cerca de él —dijo Marthe.

Con un ruido de exasperación, Ysabeau claudicó.

Al pie de la escalera de Matthew, Ysabeau soltó una serie de coloridas frases que parecían totalmente fuera de lugar viniendo de su delicada boca.

—La llevaré —dijo cuando terminó de maldecir a su hijo, a las fuerzas de la naturaleza, a los poderes del universo y a muchos otros individuos no identificados de cuestionable origen que habían participado en la construcción de la torre. Ysabeau levantó sin dificultad mi cuerpo mucho más grande—. Por qué tuvo que hacer estas escaleras tan retorcidas… y en dos tramos separados… es algo que va más allá de mi comprensión.

Marthe metió mi pelo húmedo en la curva del codo de Ysabeau y se encogió de hombros.

—Para hacerlas más difíciles, por supuesto. Siempre ha hecho que las cosas sean más difíciles. Para él. Y para todos los demás, también.

Nadie había pensado en subir al caer la tarde para encender las velas, pero todavía había brasas en la chimenea y la habitación conservaba un poco de su calidez. Marthe desapareció en el baño y el ruido del agua que corría me hizo observar mis dedos con alarma. Ysabeau arrojó dos troncos enormes a la chimenea, después de sacar de uno de ellos una larga astilla antes de que se encendiera. Con ella revolvió las brasas hasta que salieron llamas y luego la usó para encender una docena de velas en el espacio de unos pocos segundos. A la luz del cálido brillo, me examinó de pies a cabeza con preocupación.

—Él nunca me perdonará si enfermas —dijo, cogiendo mis manos y revisándome las uñas. Estaban azuladas otra vez, pero no por la electricidad. En ese momento estaban azules por el frío y arrugadas por el agua de aquel manantial de brujos. Las frotó enérgicamente entre las palmas de sus manos.

Todavía temblando tanto que mis dientes no paraban de castañetear, retiré mis manos para abrazarme a mí misma en un intento por conservar el escaso calor que pudiera quedar en mi cuerpo. Ysabeau me alzó otra vez sin ceremonia alguna y me llevó al baño.

—Ahora es necesario que se quede ahí —dijo Ysabeau bruscamente. La habitación estaba llena de vapor y Marthe se apartó de la bañera para ayudar a quitarme la ropa. Pronto estuve desnuda y entre ambas me alzaron para meterme en el agua caliente, colocando una fría mano de vampiro en cada axila. Grande fue el choque del calor del agua contra mi piel gélida. A gritos, luché por salir de la profunda bañera de Matthew.

—Tranquila —dijo Ysabeau, apartando el pelo de mi cara mientras Marthe me empujaba de vuelta al agua—. Esto te dará calor. Debemos lograr que entres en calor.

Marthe estaba vigilante en un extremo de la bañera e Ysabeau permanecía en el otro susurrando palabras tranquilizadoras y tarareando con suavidad en voz baja. Pasó un buen rato antes de que el temblor cesara.

En un momento dado, Marthe murmuró algo en occitano que incluía el nombre de Marcus.

Ysabeau y yo dijimos que no a la vez.

—Estaré bien. No le digáis a Marcus lo que ocurrió. Matthew no debe saber nada de la magia. Ahora no. —Pronuncié estas palabras en medio del castañeteo de mis dientes.

—Sólo necesitamos un poco de tiempo para que entres en calor. —La voz de Ysabeau sonaba serena, pero parecía preocupada.

Poco a poco el calor empezó a anular los cambios que el manantial de brujos había producido en mi cuerpo. Marthe no dejaba de añadir agua caliente a la bañera a medida que mi cuerpo la enfriaba. Ysabeau cogió una maltrecha jarra de estaño que había bajo la ventana y la metió en la bañera, para echar agua caliente sobre mi cabeza y mis hombros. Una vez que mi cabeza entró en calor, la envolvió en una toalla y me empujó suavemente más abajo, dentro del agua.

—Sumérgete bien en el agua —ordenó.

Marthe no dejaba de moverse entre el baño y el dormitorio, llevando ropas y toallas. Desaprobó con chasquidos que no tuviera pijama al ver la vieja ropa de yoga que había traído para dormir. Nada de eso satisfacía sus requisitos para no tener frío.

Ysabeau controló mis mejillas y la parte de arriba de mi cabeza con el dorso de la mano. Asintió con la cabeza.

Me dejaron salir sola de la bañera. El agua que caía de mi cuerpo me recordó el tejado de la torre, y apreté los dedos del pie contra el suelo para resistir el tirón insidioso del elemento.

Marthe e Ysabeau me envolvieron en toallas secas recién retiradas de la chimenea que olían ligeramente a humo de madera. Ya en el dormitorio, se las arreglaron para secarme sin exponer al aire ni un centímetro de mi piel, haciéndome rodar de un lado a otro dentro de las toallas hasta que pude sentir el calor que irradiaba mi cuerpo. Marthe frotó mis cabellos con una toalla antes de que sus dedos empezaran a moverse entre los mechones estirados para peinarlos en una tensa trenza contra mi cuero cabelludo. Ysabeau fue arrojando las toallas húmedas sobre un sillón junto al fuego a medida que me las iba quitando para vestirme, aparentemente indiferente a ese contacto con la madera antigua y los espléndidos tapizados.

Ya completamente vestida, me senté y me quedé mirando fijamente el fuego, sin pensar en nada. Marthe desapareció sin una palabra rumbo a la parte inferior del *château* y regresó con una bandeja de sándwiches diminutos y una tetera humeante de su té de hierbas.

—A comer. Ahora. —Aquello no fue un ruego, sino una orden.

Me llevé a la boca uno de los sándwiches y mordisqueé los bordes.

Marthe entrecerró los ojos ante ese cambio repentino en mis hábitos alimenticios.

—Come.

La comida tenía sabor a serrín, pero de todas maneras mi estómago protestó. Después de haber tragado dos de los pequeños sándwiches, Marthe me puso una taza en las manos. No necesitó decirme que bebiera. El líquido caliente se deslizó por mi garganta, llevándose los vestigios salados del agua.

—¿Todo eso ha sido un manantial de brujos? —Temblé ante el recuerdo de toda el agua que había salido de mí.

Ysabeau, que había permanecido junto a la ventana mirando hacia la oscuridad, se dirigió hacia el sofá que estaba enfrente.

—Sí —dijo—. Aunque hacía mucho tiempo que no lo veía brotar de ese modo.

—Gracias a Dios que ésa no es la manera acostumbrada —exclamé suavemente y tragué otro sorbo de té.

—La mayoría de las brujas hoy en día no son lo suficientemente poderosas como para hacer brotar un manantial de brujos como hiciste tú. Pueden hacer olas en los lagos y provocar la lluvia cuando hay nubes. Pero no se convierten en agua. —Ysabeau seguía sentada frente a mí, estudiándome con evidente curiosidad.

Yo me había convertido en agua. Saber que esto ya no era habitual hizo que me sintiera vulnerable, y todavía más sola.

Sonó un teléfono.

Ysabeau metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño teléfono rojo de última generación que parecía inusitadamente brillante y moderno en contraste con su piel pálida y ropa clásica color beis.

—*Oui?* Ah, bien. Me alegro de que ya estés ahí y a salvo. —Habló en inglés por cortesía hacia mí y movió la cabeza en mi dirección—. Sí, ella está bien. Está comiendo. —Se puso de pie y me pasó el teléfono—. Matthew quiere hablar contigo.

—¿Diana? —Apenas podía oír a Matthew.

—¿Sí? —No quería hablar mucho por temor a que las palabras salieran tumultuosamente de mí.

Él dejó escapar un suave sonido de alivio.

—Sólo quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Tu madre y Marthe están cuidando bien de mí. —«Y no he inundado el castillo», pensé.

—Estás cansada. —La distancia entre nosotros estaba haciendo que se preocupara y percibiera todos los matices de nuestra conversación.

—Lo estoy. Ha sido un día largo.

—Duerme, entonces —sugirió en un tono inesperadamente amable. Parpadeé para evitar las lágrimas que amenazaban con salir. No creía que fuera a dormir mucho esa noche. Estaba demasiado preocupada por lo que él podría hacer en algún intento mal concebido y heroico de protegerme.

—¿Ya has ido al laboratorio?

—Estoy de camino ahora. Marcus quiere que revise todo minuciosamente para asegurarnos de haber tomado todas las precauciones necesarias. Miriam también ha comprobado la seguridad de la casa. —Decía la verdad a medias con suave convicción, pero yo sabía de qué estaba hablando.

El silencio se prolongó hasta que se volvió incómodo.

—No lo hagas, Matthew. Por favor, no trates de negociar con Knox.

—Me cercioraré de que estés segura antes de que regreses a Oxford.

—Entonces no hay nada más que decir. Tú ya has decidido. Yo también. —Le devolví el teléfono a Ysabeau.

Ella frunció el ceño y lo cogió con sus dedos fríos. Ysabeau se despidió de su hijo; la respuesta de él sólo fue audible como un estallido entrecortado de ruidos ininteligibles.

—Gracias por no hablarle del manantial de brujos —dije en voz baja una vez que cortó la comunicación.

—Eso se lo tendrás que contar tú, no yo. —Ysabeau se deslizó hacia la chimenea.

—Es inútil tratar de contar algo que uno no comprende. ¿Por qué el poder aparece ahora? Primero fue el viento, luego las visiones y ahora el agua también. —Me estremecí.

—¿Qué clase de visiones? —preguntó Ysabeau con evidente curiosidad.

—Matthew no te lo dijo? Mi ADN contiene toda esa… *magia* —le expliqué, tartamudeando ante esta última palabra—. Las pruebas advirtieron que podría haber visiones, y ya han empezado.

—Matthew jamás me diría lo que tu sangre reveló…, no sin tu consentimiento, y probablemente tampoco con tu consentimiento.

—Las tuve aquí en el *château*. —Dudé antes de preguntar—: ¿Cómo aprendiste tú a controlarlas?

—Matthew te contó que yo tenía visiones antes de convertirme en un vampiro. —Ysabeau sacudió la cabeza—. No debió haberlo hecho.

—¿Eras una bruja? —Eso podría explicar por qué yo le desagradaba tanto.

—¿Una bruja? No. Matthew se pregunta si habré sido una daimón, pero estoy segura de que yo era un humano común y corriente. Ellos tienen sus visionarios también. No sólo las criaturas han sido bendecidas y maldecidas de este modo.

—¿Alguna vez controlaste tu clarividencia y pudiste preverla?

—Se vuelve cada vez más fácil. Hay señales de advertencia. Pueden ser sutiles, pero aprenderás. Marthe también me ayudó.

Fue el único dato que obtuve acerca del pasado de Marthe. Me pregunté, y no por primera vez, cuáles serían las edades de aquellas dos mujeres y qué azares del destino las habían reunido.

Marthe permaneció de pie, con los brazos cruzados.

—Òc —confirmó, dirigiéndole a Ysabeau una mirada tierna y protectora—. Es más fácil si dejas que las visiones avancen en ti sin resistencia.

—Estoy demasiado conmocionada como para resistirme —dije mientras volvían a mi mente el salón y la biblioteca.

—La conmoción es la manera que tiene tu cuerpo de resistir —informó Ysabeau —. Debes tratar de relajarte.

—Es difícil relajarse cuando ves caballeros con armadura y caras de mujeres que no conoces, todo mezclado con escenas del propio pasado. —Bostecé involuntariamente.

—Estás demasiado exhausta como para pensar en eso ahora. —Ysabeau se puso de pie.

—No tengo sueño. —Oculté otro bostezo con el dorso de la mano.

Me miró de modo calculador, como un hermoso halcón observaría a un ratón de campo. La mirada de Ysabeau adquirió un aspecto travieso.

—Métete en la cama, y te contaré cómo hice a Matthew.

Su propuesta era demasiado tentadora como para resistirme. Hice lo que me decía mientras ella acercaba una silla y Marthe se ocupaba de platos y toallas.

—Entonces, ¿por dónde empiezo? —Se irguió en su asiento y fijó la mirada en las llamas de las velas—. No puedo comenzar sólo con mi parte de la historia, sino que debo empezar con su nacimiento, aquí en el pueblo. Vaya, lo recuerdo desde que era un bebé. Su padre y su madre vinieron cuando Philippe decidió establecerse en estas tierras, allá por los tiempos en que Clodoveo era rey. Ésa es la única razón por la que el pueblo existe en este lugar…, allí era donde vivían los agricultores y los artesanos que construyeron la iglesia y el castillo.

—¿Por qué escogió este sitio tu marido? —Me recosté sobre las almohadas, con las rodillas dobladas cerca de mi pecho, debajo de las mantas.

—Clodoveo le prometió la tierra con la esperanza de alentar a Philippe a luchar contra sus rivales. Mi esposo siempre jugaba a dos bandas para salir favorecido. —Ysabeau sonrió con nostalgia—. Muy poca gente pudo descubrirlo, sin embargo.

—¿El padre de Matthew era agricultor?

—¿Agricultor? —Ysabeau se mostró sorprendida—. No, era carpintero, como Matthew… antes de convertirse en cantero.

Un albañil. Las piedras de la torre encajaban unas con otras con tanta precisión que no parecían requerir argamasa. Y allí estaban las chimeneas con curiosos ornamentos en la torre de entrada del Viejo Pabellón, cuya construcción Matthew simplemente tenía que haber dejado en manos de algún artesano. Sus dedos largos y finos tenían la fuerza suficiente como para hacer palanca y abrir una concha de ostra o romper una castaña. Otra pieza de Matthew encontraba su lugar, encajando

perfectamente junto al guerrero, al científico y al cortesano.

—¿Y ambos trabajaron en el *château?*

—No en este *château* —dijo Ysabeau, mirando a su alrededor—. Éste fue un regalo de Matthew, cuando yo me entristecí al verme forzada a dejar un lugar que adoraba. Demolió la fortaleza que su padre había construido y la reemplazó por una nueva. —Sus ojos verdes y negros centellearon, divertidos—. Philippe estaba furioso. Pero era el momento de cambiar. El primer *château* estaba hecho de madera, y aunque había habido anexos de piedra con el paso de los años, ya estaba un poco destartalado.

Mi mente trató de asimilar la línea de tiempo de los hechos, desde la construcción de la primera fortaleza y su pueblo en el siglo VI hasta la torre de Matthew en el siglo XIII.

Ysabeau arrugó la nariz con repugnancia.

—Luego levantó esta torre en la parte de atrás cuando regresó a casa y no quería vivir tan cerca de la familia. Nunca me gustó. Me parecía una insignificancia romántica. Pero como era su deseo, le dejé hacer. —Se encogió de hombros—. Una torre extraña. No servía para defender el castillo. Él ya había construido aquí muchas más torres de las que se necesitaban.

Ysabeau continuó contando su historia, que parecía desarrollarse sólo parcialmente en el siglo XXI.

—Matthew nació en el pueblo. Siempre fue un niño muy inteligente, muy curioso. Volvía loco a su padre, lo seguía al *château* cogiendo herramientas, palos y piedras. En esa época, los niños aprendían muy pronto su oficio, pero Matthew era precoz. Cuando pudo sostener un hacha sin hacerse daño, empezó a trabajar.

Un Matthew de ocho años con piernas flacas y largas y ojos gris verdoso corrió por las colinas de mi imaginación.

—Sí. —Ella sonrió, coincidiendo con mis pensamientos no expresados—. Era realmente un niño hermoso. Y se convirtió en un hermoso joven. Matthew era inusitadamente alto para la época, aunque no tan alto como se volvió cuando se convirtió en vampiro. Y tenía un perverso sentido del humor. Siempre estaba fingiendo que algo había salido mal o que no había recibido instrucciones respecto a determinada viga del techo o a ciertos cimientos. Philippe siempre se creía las historias inventadas que Matthew le contaba. —Ysabeau hablaba con indulgencia—. El primer padre de Matthew murió poco antes de que él cumpliera veinte años, y su primera madre hacía muchos años que había muerto. Estaba solo, y nos preocupamos por encontrarle una mujer con la que pudiera establecerse y formar una familia. Y entonces conoció a Blanca. —Ysabeau hizo una pausa; su expresión era equilibrada y sin malicia—. ¡No habrás imaginado que carecía del amor de las mujeres! —Aquello era una afirmación, no una pregunta. Marthe le lanzó a Ysabeau una mirada terrible,

pero se mantuvo en silencio.

—Por supuesto que no —dije tranquilamente, aunque noté una pesadez en mi corazón.

—Blanca era nueva en el pueblo, una criada de uno de los maestros canteros que Philippe había traído de Rávena para construir la primera iglesia. Era tan pálida como su nombre sugería, con la piel blanca, los ojos del color de un cielo de primavera y el pelo que parecía oro hilado.

Una mujer pálida y hermosa había aparecido en mis visiones cuando fui a buscar el ordenador de Matthew. La descripción de Blanca que había hecho Ysabeau coincidía con ella perfectamente.

—Tenía una dulce sonrisa, ¿verdad? —susurré.

Ysabeau abrió los ojos sorprendida.

—Sí.

—Lo sé. La vi cuando la armadura de Matthew reflejó la luz en su estudio.

Marthe hizo un sonido de advertencia, pero Ysabeau continuó:

—A veces Blanca parecía tan delicada que yo temía que se rompiera cuando sacaba agua del pozo o recogía las verduras. Mi Matthew se sintió atraído por esa delicadeza, supongo. Siempre le han gustado las cosas frágiles. —Ysabeau recorrió con sus ojos mis formas para nada frágiles—. Se casaron cuando Matthew cumplió veinticinco años y podía mantener una familia. Blanca tenía sólo diecinueve. Eran una pareja hermosa, por supuesto. Había un gran contraste entre la piel oscura de Matthew y la pálida belleza de Blanca. Estaban muy enamorados y eran un matrimonio feliz. Pero parecía que no podían tener hijos. Blanca tuvo varios abortos espontáneos. No puedo imaginar cómo era la vida dentro de aquel hogar, después de ver tantos niños de tu propio cuerpo que morían antes de llegar a respirar siquiera.

Yo no estaba segura de que los vampiros pudiesen llorar, aunque recordé la lágrima manchada de sangre en la mejilla de Ysabeau en una de mis primeras visiones en el salón. Aun sin lágrimas, sin embargo en ese momento parecía que estaba llorando. Su rostro era una máscara de pesar.

—Finalmente, después de tantos años de fracasar, Blanca se quedó embarazada. Era el año 531. ¡Qué año! Había un nuevo rey en el sur, y las luchas habían empezado otra vez por todas partes. Matthew se sentía feliz, como si se atreviera a tener la esperanza de que este bebé fuese a sobrevivir. Y lo hizo. Lucas nació en otoño y fue bautizado en la iglesia sin terminar que Matthew estaba ayudando a construir. Fue un parto difícil para Blanca. La comadrona dijo que ése sería el último niño que iba a parir. Pero para Matthew con Lucas era suficiente. Y era muy parecido a su padre, con sus rizos negros y la barbilla puntiaguda… y aquellas piernas largas.

—¿Qué ocurrió con Blanca y con Lucas? —pregunté en voz baja. Estábamos a sólo seis años de la transformación de Matthew en un vampiro. Algo debía de haber

ocurrido, de otra manera él nunca habría permitido que Ysabeau le cambiara la vida por una nueva.

—Matthew y Blanca vieron crecer y prosperar a su hijo. Matthew había aprendido a trabajar la piedra en lugar de la madera, y era muy solicitado entre los nobles desde aquí hasta París. Entonces la fiebre llegó al pueblo. Todos cayeron enfermos. Matthew sobrevivió. Blanca y Lucas, no. Eso fue en el año 536. El año anterior había sido extraño, con muy poco sol, y el invierno fue frío. Cuando llegó la primavera, apareció también la enfermedad, y se llevó a Blanca y a Lucas.

—¿Los lugareños no se preguntaron por qué tú y Philippe no enfermasteis?

—Por supuesto. Pero entonces había más explicaciones de las que hay hoy en día. Era más fácil pensar que Dios estaba enfadado con el pueblo o que el castillo estaba maldito que pensar que el *manjasang* estaba viviendo entre ellos.

—¿Manjasang? —Traté de hacer rodar las sílabas en mi boca como había hecho Ysabeau.

—Es una palabra de la antigua lengua que significa «vampiro», «el que se alimenta de sangre». Había algunos que sospechaban la verdad y murmuraban junto al fuego de los hogares. Pero en aquellos días el regreso de los guerreros ostrogodos era una perspectiva mucho más espantosa que un líder *manjasang*. Philippe le prometió su protección al pueblo si volvían los invasores. Por otra parte, siempre tuvimos mucho cuidado de no alimentarnos nunca cerca de la región en la que vivíamos —explicó remilgadamente.

—¿Qué hizo Matthew después de que Blanca y Lucas hubieran muerto?

—Los lloró. Matthew estaba inconsolable. Dejó de comer. Parecía un esqueleto, y el pueblo acudió a buscar nuestra ayuda. Le llevé comida —Ysabeau le sonrió a Marthe— y lo obligué a comer. Me quedé junto a él hasta que se fue serenando. Cuando no podía dormir, íbamos a la iglesia y rezábamos por las almas de Blanca y de Lucas. Matthew era muy religioso en aquellos tiempos. Hablábamos del cielo y del infierno, y le preocupaba saber dónde estarían sus almas y si podría encontrarse con ellos otra vez.

Matthew era tan amable conmigo cuando me despertaba asustada… Acaso las noches previas a su conversión en vampiro habían sido tan insomnes como las que vinieron después?

—Al llegar el otoño parecía más esperanzado. Pero el invierno fue difícil. La gente tenía hambre, y la enfermedad continuaba. La muerte estaba en todas partes. La primavera no pudo hacer desaparecer la tristeza. Philippe estaba muy preocupado por el avance de la construcción de la iglesia, y Matthew trabajó más duro que nunca. Al principio de la segunda semana de junio, lo encontraron en el suelo debajo del techo abovedado, con las piernas y la espalda rota.

Ahogué un grito sólo de pensar en el débil cuerpo humano de Matthew cayendo a

plomo sobre las duras piedras.

—No había forma alguna de que pudiera sobrevivir a la caída, por supuesto —sentenció Ysabeau en voz baja—. Estaba moribundo. Algunos de los canteros dijeron que había resbalado. Otros afirmaron que en un momento estaba de pie en el andamio y al siguiente había desaparecido. Pensaban que Matthew había saltado y ya estaban hablando de que no podía ser enterrado en la iglesia porque se trataba de un suicidio. Yo no podía dejarlo morir temiendo que no pudiera ser salvado del infierno. Estaba tan preocupado por estar con Blanca y con Lucas… Cómo podía enfrentarse a su muerte preguntándose si quedaría separado de ellos durante toda la eternidad?

—Hiciste lo correcto. —A mí me habría resultado imposible alejarme de él, cualquiera que fuera el estado de su alma. Dejar su cuerpo roto y dolorido era inimaginable. Si mi sangre hubiera podido salvarlo, yo la habría usado.

—¿Tú crees? —Ysabeau sacudió la cabeza—. Nunca he estado segura. Philippe me dijo que era decisión mía convertir a Matthew en un miembro de nuestra familia o no. Yo había hecho otros vampiros con mi sangre, y haría otros después de él. Pero Matthew era diferente. Yo le quería, y sabía que los dioses me estaban dando una oportunidad de convertirlo en mi hijo. Tendría la responsabilidad de enseñarle la forma en que un vampiro ha de estar en el mundo.

—¿Matthew se resistió? —quise saber, sin poder contenerme.

—No —me respondió—. Estaba fuera de sí por el dolor. Les dijimos a todos que se fueran y les aseguramos que iríamos a buscar un sacerdote. No lo hicimos, por supuesto. Philippe y yo nos presentamos ante Matthew y le explicamos que podíamos hacerle vivir para siempre, sin dolor, sin sufrimiento. Mucho después Matthew nos dijo que pensó que éramos Juan el Bautista y la Santa Madre que veníamos a llevarlo al cielo para estar con su esposa y su hijo. Cuando le ofrecí mi sangre, creyó que era el sacerdote que le ofrecía la extremaunción.

Los únicos ruidos en la habitación eran mi respiración tranquila y el crujido de los troncos en la chimenea. Quería que Ysabeau me contara los detalles de cómo había hecho renacer a Matthew, pero tenía miedo de preguntar por si había alguna cuestión de la que a los vampiros no les gustara hablar. Era quizás demasiado privado, o demasiado doloroso. Pero Ysabeau me lo dijo sin que yo lo preguntara.

—Bebió mi sangre muy fácilmente, como si hubiera nacido para ella —dijo con un áspero suspiro—. Matthew no era uno de esos humanos que aparta la cara ante el olor o la vista de la sangre. Me abrí la muñeca con mis propios dientes y le dije que mi sangre lo curaría. Bebió su salvación sin miedo.

—¿Y después? —susurré.

—Después fue… difícil —admitió Ysabeau con cautela—. Todos los vampiros nuevos son fuertes y tienen mucha hambre, pero Matthew era casi imposible de controlar. Estaba en un estado de locura por ser un vampiro y su necesidad de comer

era inagotable. Philippe y yo tuvimos que cazar durante semanas para satisfacerlo. Y su cuerpo cambió más de lo que esperábamos. Todos nos hacemos más altos, más sólidos, más fuertes. Yo era mucho más pequeña antes de convertirme en vampiro. Pero Matthew pasó de ser un humano flaco como un caramillo a ser una criatura formidable. Mi marido era más grande que mi nuevo hijo, pero en el primer acceso a mi sangre Matthew se volvió más grande incluso que Philippe.

Me esforcé por no estremecerme ante el hambre y la locura de Matthew. En cambio, mi mirada permaneció fija en su madre, sin cerrar los ojos ni por un instante ante el conocimiento que me ofrecía de él. Esto era lo que Matthew temía, que yo llegara a comprender quién había sido él, quién era todavía, y sintiera repugnancia.

—¿Qué lo calmó? —pregunté.

—Philippe lo llevó a cazar —explicó Ysabeau— cuando creyó que Matthew ya no mataría todo lo que hallara a su paso. La búsqueda de la presa atrapó su mente, y la persecución comprometió su cuerpo. Pronto anhelaba más la búsqueda de la presa que la sangre, lo cual es una buena señal en los vampiros jóvenes. Eso significaba que ya no era una criatura de puro apetito, sino que se había convertido de nuevo en racional. Después de eso, fue sólo cuestión de tiempo que recuperara la conciencia y empezara a pensar antes de matar. Luego, lo único que teníamos que temer eran sus periodos negros, cuando sentía la pérdida de Blanca y Lucas otra vez y se volvía hacia los humanos para aliviar su hambre.

—¿Había algo que le ayudara en esos momentos?

—A menudo yo le cantaba… la misma canción que te canté anoche, y otras también. Eso a veces rompía aquella oleada de pesar. En otras ocasiones, Matthew se iba. Philippe me prohibió seguirlo y hacerle preguntas cuando regresaba. —Los ojos de Ysabeau se ennegrecieron al mirarme. Nuestras miradas confirmaron lo que ambas sospechábamos: que Matthew se perdía en otras mujeres, buscando consuelo en su sangre y el contacto con manos que no fueran las de su madre ni las de su esposa.

—Es tan controlado —reflexioné en voz alta— que es difícil imaginarlo de ese modo.

—Matthew siente en profundidad. Es una bendición y también una carga amar tanto, porque el dolor se hace enorme cuando el amor desaparece.

Había una amenaza en la voz de Ysabeau. Elevé la barbilla en actitud desafiante y mis dedos hormiguearon.

—Entonces me aseguraré de que mi amor nunca lo abandone —afirmé en tono tenso.

—¿Y cómo lo harás? —se burló Ysabeau—. ¿Te convertirás en vampiro, entonces, y te unirás a nuestra cacería? —Se rió, pero no había alegría ni regocijo en ese sonido—. Sin duda eso es lo que Domenico sugirió. Un simple mordisco, el vaciado de tus venas, el intercambio de nuestra sangre por la tuya. La Congregación

no tendría ninguna razón para entrometerse en tus asuntos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté anonadada.

—¿No te das cuenta? —gruñó Ysabeau—. Si quieres estar con Matthew, conviértete en uno de nosotros para ponerlo a él, y a ti también, fuera de peligro. Las brujas pueden querer mantenerte entre ellas, pero no pueden oponerse a tu relación si tú también eres vampiro.

Un ruido sordo comenzó a hacerse oír desde la garganta de Marthe.

—¿Ésa es la razón por la que Matthew se ha ido? ¿La Congregación le ha ordenado que me convirtiera en vampiro?

—Matthew nunca te convertiría en un *manjasang* —sentenció Marthe con desdén, moviendo los ojos con furia.

—No. —La voz de Ysabeau sonaba suavemente maliciosa—. Siempre le han gustado las cosas frágiles, como ya te he dicho.

Éste era uno de los secretos que Matthew mantenía. Si yo fuera un vampiro, no pesaría ninguna prohibición sobre nosotros y, por lo tanto, ninguna razón para temer a la Congregación. Lo único que yo tenía que hacer era convertirme en otra cosa.

Consideré la posibilidad con una sorprendente ausencia de pánico o miedo. Podría quedarme con Matthew, e incluso sería más alta. Ysabeau lo haría. Sus ojos brillaron al observar la manera en que moví la mano hacia mi cuello.

Pero había que tener en cuenta mis visiones, además del poder sobre el viento y el agua. Yo todavía no comprendía el potencial mágico que había en mi sangre. Y como vampiro, yo nunca podría solucionar el misterio del Ashmole 782.

—Se lo prometí —anunció Marthe con voz áspera—. Diana debe seguir siendo lo que es…, una bruja.

Ysabeau enseñó ligeramente los dientes de manera desagradable, y asintió con la cabeza.

—¿También le prometiste no contarme qué ha ocurrido realmente en Oxford?

La madre de Matthew me observó con detención.

—Debes preguntárselo a Matthew cuando regrese. No soy yo quien debe contártelo.

Yo tenía más preguntas, preguntas que Matthew no había indicado que estaban prohibidas; tal vez estaba demasiado distraído para ello.

—¿Puedes decirme por qué es importante que haya sido una criatura la que trató de entrar por la fuerza al laboratorio, en vez de un humano?

Hubo un silencio. Ysabeau me escudriñó con interés.

—Eres astuta —respondió finalmente—. No le prometí a Matthew guardar silencio acerca de las reglas apropiadas de conducta, después de todo. —Me miró con un toque de aprobación—. Ese comportamiento no es aceptable entre las criaturas. Ojalá haya sido un daimón travieso que no se da cuenta de la gravedad de lo que ha

hecho. Matthew podría perdonar algo así.

—Siempre ha perdonado a los daimones —farfulló Marthe en tono misterioso.

—¿Y si no fue un daimón?

—Si fuera un vampiro, representa un insulto terrible. Somos criaturas territoriales. Un vampiro no se mete en la casa o territorio de otro vampiro sin permiso.

—¿Perdonaría Matthew semejante insulto? —Teniendo en cuenta la expresión del rostro de Matthew al lanzar el puñetazo sobre el coche, sospeché que la respuesta sería negativa.

—Quizás —dijo Ysabeau con expresión de duda—. No robaron nada, no ha habido daños. Pero lo más probable es que Matthew exija alguna compensación.

Otra vez me sentí arrojada a la Edad Media, con los problemas del honor y la reputación como preocupación principal.

—¿Y si fue una bruja? —pregunté en voz baja.

La madre de Matthew giró la cara.

—Que una bruja hiciera semejante cosa sería un acto de agresión. Ninguna disculpa sería suficiente.

Sonaron campanas de alarma.

Aparté las mantas y saqué las piernas de la cama.

—La intención del robo fue provocar a Matthew. Él fue a Oxford pensando que podía hacer un trato de buena fe con Knox. Tenemos que advertírselo.

Ysabeau apoyó con firmeza las manos sobre mis rodillas y mi hombro, deteniendo mi movimiento.

—Él ya lo sabe, Diana.

Esa información se instaló en mi mente.

—¿Ésa es la razón por la que no quiso llevarme a Oxford con él? ¿Está en peligro?

—Por supuesto que está en peligro —confirmó Ysabeau con brusquedad—. Pero hará lo que pueda para poner fin a esto. —Levantó mis piernas para devolverlas a la cama y ajustó las mantas con fuerza sobre mi cuerpo.

—Yo debería estar allí —protesté.

—Sólo serías una distracción para él. Te quedarás aquí, como te ordenó.

—¿No tengo voz en este asunto? —pregunté por enésima vez desde que había llegado a Sept-Tours.

—No —dijeron ambas mujeres a la vez.

—Todavía tienes mucho que aprender sobre vampiros —volvió a decir Ysabeau, pero esta vez su voz parecía lamentarlo un poco.

Yo tenía mucho que aprender sobre vampiros. Eso ya lo sabía.

Pero ¿quién iba a enseñarme? ¿Y cuándo?

Capítulo
24

Desde lejos contemplé una nube negra que cubría la tierra. Absorbió la tierra y cubrió mi alma mientras los mares entraban en ella, pudriéndose y corrompiéndose ante la perspectiva del infierno y de la sombra de la muerte. Una tempestad me había sobrecogido» —leí en voz alta en el ejemplar del *Aurora Consurgens* de Matthew.

Me giré hacia mi portátil y escribí algunas notas acerca de la imaginería que mi autor anónimo había usado para describir el *nigredo,* uno de los peligrosos pasos en la transformación alquímica. Durante esta parte del proceso, la combinación de sustancias como el mercurio y el plomo producía emanaciones que ponían en peligro la salud del alquimista. Apropiadamente, una de las caras como de gárgolas de Bourgot Le Noir se apretaba la nariz para cerrarla, evitando así la nube mencionada en el texto.

—Ponte la ropa de montar.

Levanté la cabeza de las páginas del manuscrito.

—Matthew me hizo prometer que te sacaría al aire libre. Dijo que eso impediría que cayeras enferma —explicó Ysabeau.

—No tienes por qué hacerlo, Ysabeau. Domenico y el manantial de brujos han agotado mi reserva de adrenalina, si ésa es tu preocupación.

—Matthew debe de haberte dicho lo seductor que es el olor del pánico para un vampiro.

—Me lo dijo Marcus —la corregí—. En realidad, me dijo qué sabor tenía. ¿Cómo es su olor?

Ysabeau se encogió de hombros.

—Como su sabor. Tal vez un poco más exótico…, con un toque de almizcle, quizás. Nunca me atrajo demasiado. Prefiero la presa a la búsqueda. Pero cada uno tiene sus gustos.

—Estos días no estoy padeciendo tantos ataques de pánico. No hay necesidad de que me lleves a cabalgar. —Volví a mi trabajo.

—¿Por qué crees que han desaparecido? —preguntó Ysabeau.

—Sinceramente, no lo sé —respondí con un suspiro, levantando la mirada hacia la madre de Matthew.

—¿Te pasa desde hace mucho tiempo?

—Desde que tenía siete años.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Mis padres fueron asesinados en Nigeria —respondí brevemente.

—Ésa fue la fotografía que recibiste, la que hizo que Matthew te trajera a Sept-Tours.

Cuando asentí con la cabeza como respuesta, Ysabeau tensó los labios hasta convertirlos en una apretada línea.

—Cerdos.

Se les podría llamar de peores formas, pero «cerdos» era bastante adecuado. Y si englobaba al que me había enviado la fotografía y a Domenico Michele, entonces la denominación era correcta.

—Con pánico o no —continuó Ysabeau enérgicamente—, vamos a hacer un poco de ejercicio como me pidió Matthew.

Apagué el ordenador y fui arriba a cambiarme. Mi ropa de equitación estaba cuidadosamente doblada en el baño, por gentileza de Marthe, aunque mis botas estaban en los establos, junto con mi casco y mi chaleco. Me puse los pantalones de montar, añadí un jersey de cuello alto y me puse los mocasines sobre un par de cálidos calcetines; luego bajé a buscar a la madre de Matthew.

—¡Estoy aquí! —gritó. Seguí aquel sonido hasta una habitación pequeña pintada de cálido color terracota. Estaba decorada con antiguos grabados, cuernos de animales y un aparador de tamaño suficiente como para guardar todos los platos, vasos, tazas y cubiertos de una posada entera. Ysabeau me miró por encima de las páginas de *Le Monde*, recorriéndome con su mirada centímetro a centímetro—. Marthe me ha contado que pudiste dormir.

—Sí, gracias. —Descargué mi peso de una pierna a otra, como si estuviera esperando ver a la directora de la escuela para explicar mi mal comportamiento.

Marthe me evitó aquella molesta situación al llegar con una tetera llena. Ella también me observó de pies a cabeza.

—Tienes mejor aspecto hoy —anunció finalmente, alcanzándome una taza. Permaneció allí con el ceño fruncido hasta que la madre de Matthew dejó el periódico, y entonces se retiró.

Cuando terminé con mi té, fuimos a las cuadras. Ysabeau tuvo que ayudarme con las botas, ya que todavía eran demasiado rígidas para ponérmelas y sacármelas con facilidad, y me observó con atención mientras me colocaba aquel chaleco que parecía un caparazón y el casco. Era evidente que el equipo de seguridad formaba parte de las instrucciones de Matthew. Ysabeau, por supuesto, no llevaba más protección que una chaqueta acolchada marrón. La relativa indestructibilidad de la carne del vampiro era una ventaja cuando se cabalgaba.

En el picadero, *Fiddat* y *Rakasa* permanecían juntos, como si uno fuera el reflejo del otro en un espejo, incluidas las monturas como sillones que llevaban en el lomo.

—Ysabeau —protesté—, Georges ha puesto la montura equivocada sobre *Rakasa.* Yo no monto a mujeriegas.

—¿Tienes miedo de intentarlo? —La madre de Matthew me miró evaluándome.

—¡No! —repliqué, conteniendo mi mal humor—. Simplemente prefiero montar a horcajadas.

—¿Cómo lo sabes? —Sus ojos de esmeralda parpadearon con un toque de malicia.

Permanecimos inmóviles durante algunos momentos, observándonos la una a la otra. *Rakasa* dio un golpe con una pezuña y miró por encima del hombro.

«¿Vas a montar o a hablar?», parecía estar preguntando el animal.

«Compórtate», respondí bruscamente; me acerqué y puse el espolón de ella contra mi rodilla.

—Georges se ha encargado de eso —informó Ysabeau en un tono de aburrimiento.

—No monto caballos que no he comprobado yo misma. —Revisé los cascos de *Rakasa*, pasé las manos sobre sus riendas y deslicé mis dedos por debajo de la silla de montar.

—Philippe tampoco lo hacía. —La voz de Ysabeau tenía una nota de respeto a regañadientes. Con impaciencia mal disimulada, me observó hasta que terminé. Cuando estuve lista, llevó a *Fiddat* hacia unos escalones y esperó que yo la siguiera. Después de ayudarme a subir en el extraño artilugio que era aquella silla de montar, saltó sobre su propio caballo. La miré y supe que pasaría una mañana especial. A juzgar por su manera de montar, Ysabeau era mejor amazona que Matthew jinete, y él era el mejor que yo había conocido.

—Da una vuelta —ordenó Ysabeau—. Tengo que asegurarme de que no te caigas y te mates.

—Ten un poco de confianza, Ysabeau. —«No me dejes caer, y me aseguraré de que recibas una manzana todos los días durante el resto de tu vida», le imploré a *Rakasa*. Las orejas de mi montura fueron hacia delante y luego hacia atrás, y dejó escapar un relincho suave. Dimos un par de vueltas en el picadero antes de detenerme tranquilamente delante de la madre de Matthew—. ¿Satisfecha?

—Eres mejor amazona de lo que esperaba —admitió—. Probablemente hasta podrías saltar, pero le prometí a Matthew que no lo íbamos a hacer.

—Veo que se las arregló para sacarte una buena cantidad de promesas antes de partir — farfullé, esperando que no me escuchara.

—En efecto —admitió resueltamente—. Algunas más difíciles de mantener que otras.

Pasamos por el portón abierto del picadero. Georges se tocó la gorra al pasar Ysabeau y cerró el portón cuando salimos, mientras sonreía y sacudía la cabeza.

La madre de Matthew me llevó por un terreno relativamente plano mientras me acostumbraba a la extraña silla de montar. El truco era mantener el cuerpo firme

aunque tuviera la sensación de estar descentrada.

—Esto no es tan malo —dije al cabo de unos veinte minutos.

—Es mejor ahora que estas sillas tienen dos pomos —precisó Ysabeau—. Antes, todas las jamugas tenían que ser conducidas por un hombre. —Su desagrado era perceptible—. Hasta que la reina italiana no puso un pomo y un estribo en su silla de montar no pudimos controlar nosotras mismas nuestros caballos. La amante de su marido montaba a horcajadas, de modo que podía acompañarle cuando él hacía ejercicio. A Catalina la dejaban en casa, lo cual es siempre muy desagradable para una esposa. —Me lanzó una mirada fulminante—. La puta de Enrique se llamaba igual que la diosa de la caza, como tú.

—No me habría atrevido a contrariar a Catalina de Medici. —Sacudí la cabeza.

—La amante del rey, Diana de Poitiers, era peligrosa —dijo misteriosamente Ysabeau—. Era una bruja.

—¿Literal o metafóricamente hablando? —pregunté con interés.

—Ambas cosas —respondió la madre de Matthew en un tono de extrema acidez. Me reí. Ysabeau se mostró sorprendida, y luego hizo lo mismo.

Cabalgamos un poco más lejos. Ysabeau olfateó el aire y se alzó sobre su silla con el rostro alerta.

—¿Qué pasa? —pregunté con preocupación mientras mantenía a *Rakasa* con las riendas tensas.

—Un conejo. —Picó con los talones a *Fiddat* para que fuera a medio galope. La seguí de cerca, porque no quería comprobar si era tan fácil perderse en el bosque como Matthew había sugerido.

Corrimos veloces por entre los árboles hasta salir a campo abierto. Ysabeau frenó a *Fiddat* y yo me detuve junto a ella.

—¿Has visto alguna vez a un vampiro cuando mata? —preguntó Ysabeau, observando atentamente mi reacción.

—No —admití con calma.

—Los conejos son pequeños. Así que empezaremos por ahí. Espera aquí. —Saltó de la silla de montar y se dejó caer con ligereza al suelo. *Fiddat* permaneció obedientemente en su lugar, mirando a su dueña—. Diana —dijo con brusquedad, sin quitar ni por un momento los ojos de su presa—, no te acerques a mí mientras estoy cazando o comiendo. ¿Comprendes?

—Sí. —Mi mente se desbocó considerando las implicaciones. ¿Iba Ysabeau a perseguir a un conejo, lo iba a matar e iba a beber su sangre delante de mí? Permanecer lejos parecía una excelente sugerencia.

La madre de Matthew corrió por el campo cubierto de hierba, moviéndose tan rápido que era imposible seguirla con la mirada. Disminuyó la velocidad tal como hace un halcón en el aire antes de lanzarse en picado hacia la presa, luego se agachó y

agarró un conejo asustado por las orejas. Ysabeau lo alzó triunfalmente antes de hundir los dientes directamente en su corazón.

Los conejos pueden ser pequeños, pero tienen asombrosamente mucha sangre si uno los muerde mientras todavía están con vida. Era horroroso. Ysabeau chupó la sangre del animal, que dejó de luchar rápidamente, luego se limpió la boca con su pelaje y arrojó el cuerpo muerto del conejo sobre la hierba. Tres segundos después saltaba otra vez a la silla. Sus mejillas estaban ligeramente enrojecidas, y sus ojos centelleaban más de lo habitual. Cuando estuvo sobre el caballo, me miró.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Buscamos algo que llene un poco más o prefieres regresar a casa?

Ysabeau de Clermont me estaba probando.

—Después de ti —dije con seriedad, tocando el flanco de *Rakasa* con mi talón.

El resto de nuestra cabalgada fue medida no por el movimiento del sol, que todavía permanecía escondido detrás de las nubes, sino por las progresivas cantidades de sangre que la boca hambrienta de Ysabeau extraía de sus presas. Ella comía con relativa pulcritud. De todas maneras, pasaría algún tiempo antes de alegrarme por la presencia de un gran filete.

Estaba abrumada con la visión de la sangre del conejo, del enorme animal parecido a una ardilla que Ysabeau me dijo que era una marmota, del zorro y de la cabra montés, o por lo menos eso pensé que era. Cuando Ysabeau persiguió a una joven hembra de ciervo, sin embargo, sentí que algo me picaba dentro.

—Ysabeau —protesté—, es imposible que tengas hambre todavía. Déjala.

—¿Qué? ¿La diosa de la caza se opone a que persiga a sus venados? —Su voz era burlona, pero sus ojos tenían un brillo de curiosidad.

—Sí —dije de inmediato.

—Pues yo me opongo a que te propongas cazar a mi hijo. Mira todo lo que has provocado. — Ysabeau desmontó de un salto.

Mis dedos se morían por intervenir, pero tenía que mantenerme fuera del camino de Ysabeau mientras acechaba a su presa. Después de cada muerte, sus ojos revelaban que no estaba totalmente al mando de sus emociones, ni de sus acciones.

La hembra trató de escapar. Casi lo logra metiéndose entre la maleza, pero Ysabeau asustó al animal haciéndolo salir a campo abierto. Después de eso, la fatiga puso a la hembra en desventaja. La persecución tocó algo visceral dentro de mí. Ysabeau la mató rápidamente y la hembra no sufrió, pero tuve que morderme el labio para no gritar.

—Bien —dijo con satisfacción, volviendo a *Fiddat*—, podemos regresar a Sept-Tours. —Sin decir una palabra giré la cabeza de *Rakasa* en dirección al *château*.

Ysabeau cogió las riendas de mi caballo. Había pequeñas gotitas de sangre en su camisa color crema.

—¿Te sigue pareciendo que los vampiros son hermosos? ¿Todavía piensas que sería fácil vivir con mi hijo, sabiendo que debe matar para sobrevivir?

Me resultaba difícil asociar las palabras «Matthew» y «matar» en la misma frase. Algún día, si fuera a besarlo cuando acabara de volver de la caza, todavía podría haber sabor a sangre en sus labios. Y días como el que estaba pasando en ese momento con Ysabeau serían algo habitual.

—Si estás tratando de asustarme para apartarme de tu hijo, Ysabeau, no lo estás consiguiendo —dije resueltamente—. Vas a tener que hacer algo más que esto.

—Marthe dijo que esto no sería suficiente para hacerte reconsiderar la cuestión —confesó.

—Ella tiene razón —solté con brusquedad—. ¿La prueba ha terminado? ¿Podemos volver a casa ahora?

Cabalgamos hacia los árboles en silencio. En cuanto estuvimos dentro de los frondosos y verdes confines del bosque, Ysabeau se volvió hacia mí.

—¿Comprendes por qué no debes cuestionar a Matthew cuando te dice que hagas algo?

Suspiré.

—La clase ha terminado por hoy.

—¿Crees acaso que nuestros hábitos alimenticios son el único obstáculo que hay entre tú y mi hijo?

—Dime, Ysabeau, ¿por qué debo hacer lo que Matthew dice?

—Porque es el vampiro más fuerte del *château*. Es el cabeza de familia.

La miré asombrada.

—¿Me estás diciendo que tengo que escucharle porque es el macho alfa?

—Crees que tú lo eres. —Ysabeau se rió entre dientes.

—No —reconocí. Ysabeau no era tampoco el macho alfa. Ella hacía lo que Matthew le ordenaba. Al igual que Marcus, Miriam y todos los vampiros en la Biblioteca Bodleiana. Incluso Domenico, al final, se había sometido—. ¿Ésas son las reglas de la manada de los Clermont?

Ysabeau asintió con la cabeza, mientras sus ojos verdes lanzaban destellos.

—Es por tu seguridad… y la de él, y la de todos los demás… Tú debes obedecer. Esto no es un juego.

—Comprendo, Ysabeau. —Estaba perdiendo mi paciencia.

—No, no lo entiendes —dijo en voz baja—. Ni lo entenderás hasta que te veas forzada a ver, como acabo de mostrarte, lo que significa matar. Hasta entonces todo esto serán sólo palabras. Algún día tu obstinación te costará la vida, o la de alguna otra persona. Entonces sabrás por qué te digo esto.

Regresamos al *château* sin más conversación. Cuando pasamos por los dominios de Marthe en la planta baja, ella salió de la cocina con un pollo pequeño en las

manos. Palidecí. Marthe vio las pequeñas manchas de sangre en los puños de Ysabeau y ahogó una exclamación.

—Tiene que aprender —susurró Ysabeau.

Marthe dijo algo por lo bajo que sonó horrible en occitano, y luego me invitó con un gesto de su cabeza.

—Vamos, niña, ven conmigo y te enseñaré a hacer el té.

De repente, Ysabeau se mostró furiosa. Marthe me hizo algo de beber y me pasó un plato con algunos quebradizos bizcochos de nueces. Me resultaba imposible comer pollo.

Marthe me mantuvo ocupada durante horas, ordenando hierbas y especias secas en pequeños montoncitos y enseñándome sus nombres. A media tarde podía identificarlas por el olor con los ojos cerrados tanto como por su apariencia.

—Perejil. Jengibre. Artemisia o altamisa. Romero. Salvia. Semillas de zanahoria de acantilado. Poleo. Hierba de los ángeles. Ruda. Hierba lombriguera. Raíz de enebro. —Las fui señalando una a una.

—Otra vez —ordenó Marthe con tranquilidad, pasándome un montón de bolsas de muselina.

Cogí cada uno de los cordeles, y las fui colocando por separado sobre la mesa, tal como ella hacía, recitándole los nombres una vez más.

—Bien. Ahora llena las bolsas con una pizca de cada una.

—¿Por qué no nos limitamos a mezclarlas todas y las ponemos con una cuchara en las bolsas? —pregunté, tomando una pizca de poleo entre mis dedos y arrugando la nariz ante su olor parecido a la menta.

—Podríamos olvidarnos de alguna. Cada bolsa debe tener todas y cada una de las hierbas…, las doce.

—¿Olvidar una pequeña semilla se notaría realmente en el sabor? —Levanté una pequeña semilla de zanahoria de acantilado entre mis dedos índice y pulgar.

—Una pizca de cada una —repitió Marthe—. Otra vez.

La vampira movía sus expertas manos con seguridad de un montoncito a otro, llenando cuidadosamente las bolsas y ajustando los cordeles. Cuando terminamos, Marthe me preparó una taza de té usando una bolsa que había llenado yo misma.

—Está delicioso —exclamé, sorbiendo con felicidad mi propio té de hierbas.

—Te lo llevarás de vuelta a Oxford. Una taza al día. Te mantendrá sana. —Empezó a poner las bolsas en una lata—. Cuando necesites más, sabrás cómo hacerlo.

—Marthe, no tienes por qué dármelas todas —protesté.

—Las beberás por Marthe, una taza al día. ¿Verdad?

—Por supuesto. —Me pareció que era lo menos que podía hacer por la única aliada que me quedaba en la casa, sin olvidar que era la persona que me alimentaba.

Después del té, subí al estudio de Matthew y encendí mi ordenador. El largo paseo a caballo había hecho que me dolieran los antebrazos, de modo que llevé el portátil y el manuscrito al escritorio de él, con la esperanza de que me resultara más cómodo trabajar allí que en mi mesa junto a la ventana. Desgraciadamente, la silla de cuero estaba hecha para alguien de la altura de Matthew, no de la mía, y mis pies se balanceaban sin llegar al suelo.

Sentarme en la silla de Matthew hacía que él pareciera más cerca, de modo que me quedé allí mientras esperaba a que mi ordenador se pusiera en marcha. Posé mis ojos en un objeto oscuro metido en el estante más alto. Se confundía con la madera y las encuadernaciones de cuero de los libros, lo que lo ocultaba a cualquier mirada casual. Desde el escritorio de Matthew, sin embargo, se podía ver su perfil.

No era un libro, sino un antiguo bloque de madera, de forma octogonal. Tenía pequeñas ventanas en forma de arco esculpidas en cada lado. El objeto era negro y estaba resquebrajado y deformado por el paso del tiempo.

Con una punzada de tristeza, me di cuenta de que era el juguete de un niño.

Matthew lo había hecho para Lucas antes de convertirse en vampiro, cuando estaba construyendo la primera iglesia. Lo había metido en un rincón de un estante donde a nadie le llamaría la atención, excepto a él. No podía dejar de verlo cada vez que se sentaba en su escritorio.

Con Matthew a mi lado, resultaba fácil pensar que éramos los únicos en el mundo. Ni siquiera las advertencias de Domenico ni las pruebas de Ysabeau habían roto la sensación de que nuestro cada vez más fuerte acercamiento era un tema sólo entre él y yo.

Pero aquella pequeña torre de madera, hecha con amor hacía un tiempo inimaginablemente largo, provocó el desmoronamiento de mis ilusiones. Había niños que considerar, tanto vivos como muertos. Había familias implicadas, incluyendo la mía, con genealogías largas y complicadas y prejuicios profundamente arraigados, incluyendo los míos. Y Sarah y Em todavía no sabían que yo estaba enamorada de un vampiro. Era hora de compartir esa información.

Ysabeau estaba en el salón, arreglando flores en un alto florero encima de un escritorio Luis XIV de un valor incalculable, en estado impecable… y con un único propietario.

—¿Ysabeau? —dije, vacilante—. ¿Podría utilizar el teléfono?

—Él te llamará cuando quiera hablar contigo. —Puso con gran cuidado una ramita con hojas nuevas todavía adheridas entre las flores blancas y doradas.

—No voy a llamar a Matthew, Ysabeau. Tengo que hablar con mi tía.

—¿La bruja que llamó la otra noche? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Sarah —informé, con el ceño fruncido.

—Y vive con una mujer…, otra bruja, no? —Ysabeau siguió colocando rosas

blancas en el florero.

—Sí. Emily. ¿Representa eso un problema?

—No —dijo Ysabeau, mirándome por encima de las flores—. Ambas son brujas. Eso es lo único que importa.

—Eso, y el hecho de que se aman.

—Sarah es un buen nombre —continuó Ysabeau, como si yo no hubiera dicho nada—. Conoces la leyenda, por supuesto.

Sacudí la cabeza. Los cambios en la conversación de Ysabeau confundían casi tanto como los cambios repentinos del estado de ánimo de su hijo.

—La madre de Isaac se llamaba Sarai, «pendenciera», pero cuando se quedó embarazada Dios lo cambió por Sarah, que quiere decir «princesa».

—En el caso de mi tía, Sarai es mucho más apropiado. —Esperé a que Ysabeau me dijera dónde estaba el teléfono.

—Emily es también un buen nombre, un nombre fuerte, romano. —Ysabeau cortó un tallo de rosa con sus uñas afiladas.

—¿Qué quiere decir Emily, Ysabeau? —Afortunadamente me estaba quedando sin miembros de la familia.

—Significa «trabajadora». Por supuesto, el nombre más interesante pertenecía a tu madre. Rebecca significa «cautiva» o «atada» —informó Ysabeau con un gesto fruncido de concentración en su cara mientras estudiaba el florero de un lado y luego del otro—. Un nombre interesante para una bruja.

—¿Y qué significa tu nombre? —pregunté impaciente.

—No fue siempre Ysabeau, pero era el nombre que a Philippe le gustaba para mí. Quiere decir «promesa de Dios». —Ysabeau vaciló, escrutó atentamente mi rostro, y tomó una decisión—. Mi nombre completo es Geneviève Mélisande Hélène Ysabeau Aude de Clermont.

—Es hermoso. —Mi paciencia volvió a aparecer cuando pensé en la historia que habría detrás de cada nombre.

Ysabeau me ofreció una pequeña sonrisa.

—Los nombres son importantes.

—¿Matthew tiene otros nombres? —Cogí una rosa blanca de la cesta y se la pasé. Ella murmuró un agradecimiento.

—Por supuesto. A todos nuestros hijos les ponemos muchos nombres cuando renacen como nosotros. Pero Matthew era el nombre con el que nos llegó, y él quiso conservarlo. El cristianismo era muy nuevo entonces, y Philippe pensó que podría ser útil que nuestro hijo llevara el nombre de un evangelista.

—¿Cuáles son sus otros nombres?

—Su nombre completo es Matthew Gabriel Philippe Bertrand Sébastien de Clermont. Era también un muy buen Sébastien, y un Gabriel pasable. Odia Bertrand y

no responde a Philippe.

—¿Qué tiene Philippe que le molesta?

—Era el nombre favorito de su padre. —Ysabeau se detuvo un instante—. Debes saber que está muerto. Los nazis lo atraparon luchando a favor de la Resistencia.

En la visión que yo había tenido de Ysabeau, ella había dicho que el padre de Matthew fue capturado por brujas.

—¿Los nazis, Ysabeau, o las brujas? —pregunté en voz baja, temiéndome lo peor.

—¿Matthew te lo dijo? —Ysabeau parecía sorprendida.

—No. Lo vi en una de mis visiones ayer. Tú estabas llorando.

—Ambos, brujas y nazis, mataron a Philippe —dijo, tras una pausa larga—. La pena es reciente, y profunda, pero se desvanecerá con el tiempo. Durante años después de su desaparición, yo sólo cazaba en Argentina y Alemania. Eso me mantenía cuerda.

—Ysabeau, lo siento mucho. —Las palabras eran inadecuadas, pero sentidas. La madre de Matthew pareció percibir mi sinceridad, y me dedicó una sonrisa vacilante.

—No es culpa tuya. Tú no estabas allí.

—¿Qué nombre me pondrías si tuvieras que elegir uno para mí? —pregunté con voz suave, pasándole otra flor a Ysabeau.

—Matthew tiene razón: tú eres solamente Diana —respondió, pronunciándolo al estilo francés como siempre hacía, sin la vocal final—. No hay otros nombres para ti. Es lo que tú eres. —Ysabeau apuntó con su dedo blanco hacia la puerta de la biblioteca—. El teléfono está ahí dentro.

Sentada en el escritorio en la biblioteca, encendí la lámpara y llamé a Nueva York, con la esperanza de que tanto Sarah como Em estuvieran en casa.

—Diana. —Sarah parecía aliviada—. Em ha dicho que eras tú.

—Lamento no haber podido devolver la llamada anoche. Han ocurrido muchas cosas. —Cogí un lápiz y empecé a hacerlo girar por entre mis dedos.

—¿Quieres hablar de eso? —preguntó Sarah. Casi se me cae el teléfono. Mi tía exigía que habláramos de las cosas, nunca lo preguntaba.

—¿Em está ahí? Prefiero contar la historia una sola vez.

Em cogió el supletorio y su voz sonó cálida y reconfortante:

—Hola, Diana. ¿Dónde estás?

—Con la madre de Matthew, cerca de Lyon.

—¿La madre de Matthew? —Em era una entusiasta de la genealogía. No sólo de la propia, que era larga y complicada, sino también de la de todos los demás.

—Ysabeau de Clermont. —Hice todo lo posible por pronunciarlo tal como lo hacía Ysabeau, con sus vocales largas y comiéndome las consonantes—. Es todo un personaje, Em. A veces creo que ella es la razón por la que los seres humanos tienen

tanto miedo de los vampiros. Ysabeau parece salida directamente de un cuento de hadas.

Hubo una pausa.

—¿Quieres decir que estás con *Mélisande* de Clermont? —La voz de Em era intensa—. Ni siquiera pensé en los Clermont cuando me hablaste de Matthew. ¿Estás segura de que su nombre es Ysabeau?

Fruncí el ceño.

—En realidad, su nombre es Geneviève. Creo que hay un Mélisande por ahí también. Sólo que ella prefiere Ysabeau.

—Ten cuidado, Diana —advirtió Em—. Mélisande de Clermont es bien conocida. Odia a las brujas y se abrió paso devorándolo todo a través de medio Berlín después de la Segunda Guerra Mundial.

—Tiene una buena razón para odiar a las brujas —dije, frotándome las sienes—. Me sorprende que me dejara entrar en su casa. —Si la situación fuera la inversa y los vampiros estuvieran implicados en la muerte de mis padres, yo no sería tan indulgente.

—¿Y el agua? —intervino Sarah—. Estoy más preocupada por la visión de una tempestad que tuvo Em.

—¡Oh! Empecé a convertirme en agua anoche, después de que Matthew se marchara. —El acuoso recuerdo hizo que me estremeciera.

—Manantial de brujos —suspiró Sarah. Esta vez el tono fue de comprensión—. ¿Qué lo provocó?

—No lo sé, Sarah. Me sentí… vacía. Cuando Matthew se alejó por el sendero de la entrada, las lágrimas que había estado conteniendo desde que Domenico apareció comenzaron simplemente a salir a borbotones.

—¿Qué Domenico? —Emily comenzó a revisar su lista mental de criaturas legendarias otra vez.

—Michele…, un vampiro veneciano. —Mi voz se llenó de furia—: Y si me molesta otra vez, le voy a arrancar la cabeza, vampiro o no vampiro.

—¡Él es peligroso! —reaccionó Em—. Esa criatura no juega de acuerdo con las reglas.

—Ya me lo han dicho muchas veces, y puedes quedarte tranquila sabiendo que estoy en guardia veinticuatro horas al día. No te preocupes.

—Nos preocuparemos hasta que dejes de estar todo el tiempo en compañía de vampiros — observó Sarah.

—Estarás preocupada durante algún tiempo, entonces —dije tercamente—. Estoy enamorada de Matthew, Sarah.

—Eso es imposible, Diana. Vampiros y brujas… —empezó a decir Sarah.

—Domenico me habló del acuerdo —la interrumpí—. No le estoy pidiendo a

nadie más que lo rompa, y tengo entendido que eso podría significar que vosotras no podéis o no vais a querer tener nada que ver conmigo. Para mí no hay opciones.

—¡Pero la Congregación hará lo que debe hacer para terminar con esa relación! —dijo Em alarmada.

—También me han dicho eso. Tendrán que matarme para conseguirlo. —Hasta ese momento no había pronunciado las palabras en voz alta, pero las había estado pensando desde la noche anterior—. No es sencillo deshacerse de Matthew, pero yo soy un objetivo muy fácil.

—No puedes ir hacia el peligro como si nada. —Em luchaba contra sus lágrimas.

—Su madre lo hizo —dijo Sarah en voz baja.

—¿Qué es eso de mi madre? —La voz me salió entrecortada al hablar de ella, y perdí parte de mi compostura.

—Rebecca se dirigió directamente a los brazos de Stephen, aunque la gente decía que era mala idea que una bruja y un brujo con los poderes que ellos tenían se unieran. Y se negó a escuchar cuando muchos le advirtieron que se mantuviera lejos de Nigeria.

—Razón de más por la que Diana debe escucharnos ahora —observó Em—. Sólo lo conoces desde hace unas cuantas semanas. Vuelve a casa y trata de olvidarlo.

—¿Olvidarlo? —Eso era ridículo—. Esto no es un enamoramiento pasajero. Nunca he sentido nada parecido por nadie.

—No la molestes, Em. Ya hemos tenido muchas conversaciones así en esta familia. Yo no me olvidé de ti, y ella no va a olvidarse de él. —Sarah dejó escapar un suspiro que pudo oírse a lo largo de todo el camino hasta Auvernia—. Puede que ésta no sea la vida que yo habría escogido para ti, pero todos tenemos que decidir por nosotros mismos. Tu madre lo hizo. Yo lo hice… y, dicho sea de paso, a tu abuela tampoco le resultó nada fácil. Ahora es tu turno. Pero ninguna Bishop le dará jamás la espalda a otra Bishop.

Las lágrimas me hacían arder los ojos.

—Gracias, Sarah.

—Además —continuó Sarah, esforzándose por recobrar la compostura—, si la Congregación está formada por individuos como Domenico Michele, entonces pueden irse todos al infierno.

—¿Qué dice Matthew de todo esto? —preguntó Em—. Me sorprende que te deje una vez que habéis decidido romper con mil años de tradición.

—Matthew no me ha dicho cuáles son sus sentimientos todavía. —Enderecé metódicamente un clip.

Se produjo un silencio total en la línea.

—¿A qué está esperando? —preguntó Sarah finalmente.

Me reí con ganas.

—No has hecho otra cosa que advertirme para que me aleje de Matthew, ¿y ahora te molesta que se niegue a ponerme en un peligro más grande del que ya me acecha?

—Tú quieres estar con él. Eso debe ser suficiente.

—Éste no es una especie de matrimonio mágico concertado, Sarah. Yo tomo mis decisiones. Y él hace lo mismo. —El diminuto reloj con esfera de porcelana que estaba sobre el escritorio indicaba que habían pasado veinticuatro horas desde su partida.

—Si estás decidida a quedarte ahí, con esas criaturas, entonces ten cuidado —advirtió Sarah cuando nos despedimos—. Y si necesitas volver a casa, hazlo.

Después de colgar, el reloj dio una campanada. Ya habría oscurecido en Oxford.

Al demonio con eso de esperar. Levanté el auricular otra vez y marqué su número.

—¿Diana? —Estaba evidentemente preocupado.

Me reí.

—¿Supiste que era yo o fue el identificador de llamadas?

—¿Estás bien? —La preocupación fue reemplazada por el alivio.

—Sí, tu madre me tiene sumamente entretenida.

—Precisamente eso me temía. ¿Qué mentiras te ha estado contando?

Las partes más difíciles del día podían esperar.

—Solamente la verdad —respondí—: que su hijo es una especie de combinación diabólica de Lancelot y Superman.

—Eso es muy de Ysabeau —dijo con aire risueño—. ¡Qué alivio saber que no se ha transformado de manera irreversible por dormir bajo el mismo techo que una bruja!

Sin duda la distancia me ayudaba a distraerlo con mis verdades a medias. Sin embargo, la lejanía no podía disminuir la imagen viva que yo tenía de él sentado en su sillón Morris en All Souls. La habitación estaría iluminada por las lámparas, y su piel parecería una perla pulida. Lo imaginé leyendo, con una arruga profunda de concentración entre sus cejas.

—¿Qué estás bebiendo? —Ése era el único detalle que mi imaginación no podía proporcionar.

—¿Desde cuándo te interesa el vino? —Parecía realmente sorprendido.

—Desde que descubrí cuánto había que saber. —«Desde que descubrí que te gusta el vino, idiota».

—Algo español esta noche… Vega Sicilia.

—¿De cuándo?

—¿Te refieres a la cosecha? —bromeó Matthew—. Es de 1964.

—Muy joven entonces, ¿no? —Le devolví la broma, aliviada por el cambio en su humor.

—Muy joven —estuvo de acuerdo. No necesité un sexto sentido para saber que estaba sonriendo.

—¿Cómo ha ido todo hoy?

—Muy bien. Hemos aumentado nuestra seguridad, aunque no faltaba nada. Alguien trató de piratear el contenido de los ordenadores, pero Miriam me asegura que no hay forma de que alguien pueda meterse en su sistema.

—¿Vas a regresar pronto? —Las palabras se escaparon antes de que pudiera detenerlas, y el silencio subsiguiente se extendió durante más tiempo de lo que resultaba cómodo. Me dije que era la comunicación.

—No lo sé —respondió fríamente—. Volveré cuando pueda.

—¿Quieres hablar con tu madre? Puedo llamarla. —Su alejamiento súbito me dolió, y tuve que esforzarme por mantener la voz tranquila.

—No, puedes decirle que los laboratorios están bien. La casa, también.

Nos despedimos. Tenía un nudo en el pecho y me resultaba difícil respirar. Cuando logré ponerme de pie y dar media vuelta, la madre de Matthew estaba esperando en la entrada.

—Era Matthew. No hay daños ni en el laboratorio ni en la casa. Estoy cansada, Ysabeau, y no tengo mucha hambre. Creo que me iré a la cama. —Eran casi las ocho, una hora perfectamente respetable para acostarse.

—Por supuesto. —Ysabeau se apartó de mi camino mientras sus ojos emitían destellos—. Que duermas bien, Diana.

Capítulo
25

Marthe había subido al estudio de Matthew mientras yo estaba en el teléfono, y allí me esperaban sándwiches, té y agua. Había cargado la chimenea con troncos para quemar toda la noche y un puñado de velas despedía brillos dorados. Encontraría la misma luz acogedora y la misma calidez arriba, en el dormitorio, pero mi mente no se iba a detener y tratar de dormir sería inútil. El manuscrito del *Aurora* me estaba esperando sobre el escritorio de Matthew. Me senté frente a mi ordenador, evité mirar la armadura y sus reflejos y encendí la luz de su mesa, diseño de la era espacial y minimalista, para leer: «Hablé en voz alta: decidme cuándo será mi final y la medida de mis días para que pueda conocer mi fragilidad. Mi vida es no más larga que el ancho de mi mano. Es sólo un momento, comparada con la tuya».

El pasaje me hizo pensar en Matthew.

Tratar de concentrarme en la alquimia no tenía sentido, así que decidí hacer una lista de dudas con respecto a lo que ya había leído. Lo único que necesitaba era un lápiz y un trozo de papel.

El enorme escritorio de caoba de Matthew era tan oscuro y macizo como su dueño, y transmitía la misma solemnidad. Una serie de cajones bajaban a ambos lados del espacio para las rodillas para terminar apoyados en patas redondas en forma de bollo. Precisamente debajo de la superficie para escribir, a lo largo de todo el perímetro, había una gruesa moldura tallada. Hojas de acanto, tulipanes, rollos de pergamino y formas geométricas invitaban a trazar sus contornos. A diferencia de la superficie de mi mesa —que siempre estaba repleta de montañas muy altas de papeles, libros y tazas de té a medio terminar que amenazaban con derrumbarse cada vez que me ponía a trabajar—, aquel mueble tenía solamente un enorme protector de escritorio de estilo eduardiano, un abrecartas en forma de espada y la lámpara. Al igual que Matthew, era una mezcla extravagantemente armoniosa de antiguo y moderno.

Sin embargo, no había artículos de escritorio a la vista. Cogí el tirador de metal del último cajón de la derecha. Dentro, todo estaba ordenado y cuidadosamente organizado. Las plumas estilográficas Montblanc estaban separadas de los lápices Montblanc, y los clips para papeles estaban ordenados por tamaño. Después de elegir una pluma y ponerla sobre el escritorio, intenté abrir los otros cajones. Estaban cerrados. La llave no estaba debajo de los clips…; los esparcí sobre el escritorio, sólo para estar segura.

Una hoja de papel secante verde claro se extendía entre las esquinas de cuero del

protector del escritorio. En vez de un bloc me serviría. Al recoger mi ordenador para despejar la superficie de la mesa, tiré la pluma al suelo.

Se había caído debajo de los cajones y estaba fuera de mi alcance. Gateé por el hueco de la mesa para recuperarla. Metí la mano por debajo de los cajones, mis dedos encontraron la gruesa pluma en el momento en que mis ojos descubrían la línea de un cajón en la madera oscura de arriba.

Con el ceño fruncido, moví mi cuerpo para salir de debajo de la mesa. No había nada en la talla profunda que rodeaba el escritorio que permitiera abrir el cajón oculto. Era cosa de Matthew si quería esconder sus útiles de oficina en un cajón de difícil acceso. Que le sirviera de lección si cada centímetro de su papel secante quedaba cubierto con grafitis cuando regresara a casa.

Escribí el número uno con espesa tinta negra sobre el papel verde. Entonces me quedé paralizada.

Un cajón de escritorio que era difícil de encontrar tenía como misión esconder algo.

Matthew guardaba secretos, eso ya lo sabía. Además, nos habíamos conocido apenas hacía algunas semanas, e incluso los más íntimos amantes merecen su privacidad. De todas formas, el estilo tan reservado de Matthew era irritante, y sus secretos lo rodeaban como a una fortaleza diseñada para mantener a los demás, a mí, a distancia.

Por otro lado, yo sólo necesitaba un pedazo de papel. ¿Acaso él no había hurgado entre mis pertenencias en la Bodleiana cuando estaba buscando el Ashmole 782? Apenas nos conocíamos cuando realizó esa hazaña. Y me había dejado a mi suerte en Francia.

Mientras volvía a tapar la pluma cuidadosamente, mi conciencia comenzó a reaccionar. Pero la sensación de ofensa me ayudó a dejar esa advertencia de lado.

Empujé y tiré de cada protuberancia y saliente de las tallas del frente del escritorio una vez más sin éxito. El abrecartas de Matthew reposaba provocadoramente cerca de mi mano derecha. Tal vez fuera posible introducirlo en el borde inferior y forzar el cierre del cajón. A causa de la antigüedad del escritorio, la historiadora que había en mí refunfuñó con mucha más fuerza de lo que lo había hecho mi conciencia. Invadir la privacidad de Matthew y adoptar un comportamiento éticamente cuestionable podría estar permitidos, pero no iba a estropear una pieza de semejantes características.

Metida debajo del escritorio otra vez, descubrí que estaba demasiado oscuro como para ver con claridad la parte de abajo del cajón, pero mis dedos encontraron algo frío y duro metido en la madera. A la izquierda de la unión casi imperceptible del cajón había un pequeño saliente de metal al alcance del largo brazo de un vampiro desde el frente. Era redondo y tenía una hendidura en cruz en el centro que lo hacía

parecer un tornillo o la cabeza de un viejo clavo.

Se oyó un suave clic por encima cuando lo empujé.

De pie, observé una bandeja de más de diez centímetros de profundidad. Estaba forrada con terciopelo negro y había tres hendiduras en el grueso relleno. Cada una tenía una moneda o medalla de bronce.

La más grande tenía el contorno de un edificio en su superficie y se apoyaba en medio de un hueco de casi diez centímetros de ancho. La imagen era sorprendentemente detallada y mostraba cuatro escalones que conducían a una puerta flanqueada por dos columnas. Entre ellas había una figura envuelta en un velo. Los bordes del edificio estaban deformados por fragmentos de cera negra. Alrededor del borde de la moneda se leían estas palabras: *Milites Lazari a Bethania.*

«Los caballeros de Lázaro de Betania».

Me agarré de los bordes de la bandeja para serenarme y me senté bruscamente.

Los discos de metal no eran monedas ni medallas. Eran sellos, del tipo de los que se usan para cerrar correspondencia oficial y certificar escrituras de propiedad. Una impresión de cera unida a un trozo de papel común podía en algún tiempo haber ordenado que ejércitos abandonaran el campo de batalla o que se subastaran grandes propiedades.

A juzgar por los restos, al menos uno de los sellos había sido usado recientemente.

Con dedos temblorosos, saqué uno de los discos más pequeños de la bandeja. Su superficie tenía una copia del mismo edificio. Las columnas y la imagen velada de Lázaro —el hombre de Betania al que Cristo levantó de entre los muertos después de haber estado sepultado durante cuatro días— eran inconfundibles. En ésta, Lázaro estaba retratado saliendo de un ataúd poco profundo. Pero no había ninguna palabra rodeando este sello. En cambio, el edificio estaba rodeado por una serpiente, con la cola en su boca.

No pude cerrar mis ojos con suficiente velocidad como para desterrar la visión del estandarte de la familia de Clermont y su uróboros de plata flameando en la brisa encima de Sept-Tours.

El sello estaba en la palma de mi mano, con sus superficies de bronce relucientes. Me concentré en el metal brillante, deseando que mi nuevo poder visionario arrojara alguna luz sobre el misterio. Pero yo había pasado más de dos décadas ignorando la magia en mi sangre, y ésta no sentía ningún remordimiento por no acudir en mi ayuda en ese momento.

Al no obtener una visión, iba a tener que utilizar mis técnicas rutinarias de historiadora. Revisé atentamente la parte posterior del sello pequeño, estudiando todos sus detalles. Una cruz con bordes ensanchados dividía el sello en cuartos, similar a la que Matthew llevaba en su túnica en mi visión. En el cuadrante superior

derecho del sello había una luna creciente con los cuernos curvados hacia arriba y una estrella de seis puntas colocada en la curva. En el cuadrante inferior izquierdo había una flor de lis, el símbolo tradicional de Francia.

Grabada alrededor del borde del sello estaba la fecha MDCI —1601 en números romanos— junto con las palabras *secretum Lazari*, «el secreto de Lázaro».

No podía ser una coincidencia que Lázaro, como un vampiro, hubiera hecho el viaje desde la vida hacia la muerte y de vuelta otra vez. Además, la cruz, combinada con una figura legendaria de Tierra Santa y la mención de los caballeros, sugería con fuerza que los sellos del cajón del escritorio de Matthew pertenecían a una de las órdenes de caballeros cruzados creadas en la Edad Media. La más conocida era la de los templarios, que había desaparecido misteriosamente a principios del siglo XIV, después de ser acusada de herejía y cosas peores. Pero nunca había oído hablar de los caballeros de Lázaro.

Al mover el sello de un lado a otro para hacerlo brillar con la luz, me concentré en la fecha de 1601. Era tarde para una orden de caballería medieval. Busqué en mi memoria hechos importantes de ese año que pudieran arrojar luz sobre el misterio. La reina Isabel I decapitó al conde de Essex, y el astrónomo danés Tycho Brahe murió en circunstancias mucho menos pintorescas. Ninguno de estos acontecimientos parecía estar relacionado, ni siquiera remotamente.

Deslicé suavemente los dedos sobre el relieve. El significado de MDCI cayó sobre mí.

«Matthew de Clermont».

Se trataba de letras, no de números romanos. Era una abreviatura del nombre de Matthew: MDCl. Había leído mal la última letra.

El disco de casi cinco centímetros estaba en la palma de mi mano, y cerré mis dedos con fuerza sobre él, apretando profundamente la superficie grabada sobre la piel.

Ese disco más pequeño debía de haber sido el sello personal de Matthew. El poder de tales sellos era tan grande que por lo general eran destruidos cuando alguien moría o dejaba sus funciones para que nadie más pudiera usarlos para cometer fraudes.

Y sólo un caballero podía tener en su poder tanto el gran sello como el sello personal: el gran maestre de la orden.

La razón por la que Matthew mantenía ocultos aquellos sellos era algo que me intrigaba. ¿A quién le importaban los caballeros de Lázaro, o quién los recordaba? ¡Y mucho menos su papel exclusivo dentro de la orden! La cera negra en el gran sello atrajo mi atención.

—No es posible —susurré anonadada, sacudiendo la cabeza. Los caballeros de brillante armadura pertenecían al pasado. No estaban en activo hoy en día.

La armadura del tamaño de Matthew brillaba a la luz de las velas.

Dejé caer el disco de metal en el cajón con un ruido. La piel de la palma de mi mano había quedado marcada y mostraba su imagen, incluyendo la cruz ensanchada, la luna creciente y la estrella, al igual que la flor de lis.

La razón por la que Matthew tenía los sellos, y la razón por la que había cera fresca pegada a uno de ellos, era que todavía estaban en uso. Los caballeros de Lázaro aún existían.

—¿Diana? ¿Estás bien? —La voz de Ysabeau llegó como un eco desde el pie de las escaleras.

—¡Sí, Ysabeau! —grité, mientras miraba la imagen del sello en mi mano—. Estoy leyendo mi correo electrónico y acabo de recibir algunas noticias inesperadas, ¡eso es todo!

—¿Envío a Marthe a buscar la bandeja?

—¡No! —espeté—. Todavía estoy comiendo.

Sus pasos se desvanecieron rumbo al salón. Cuando el silencio fue total, volví a respirar.

Me moví lo más rápida y silenciosamente que pude: giré el otro sello en su nicho forrado de terciopelo. Era casi idéntico al de Matthew, sólo que en el cuadrante derecho superior sólo se veía la luna creciente y la palabra *Philippus* estaba grabada alrededor del borde.

Este sello había pertenecido al padre de Matthew, lo que significaba que los caballeros de Lázaro eran un asunto de la familia de Clermont.

Segura de que no habría más pistas acerca de la orden en el escritorio, di la vuelta a los sellos para que la tumba de Lázaro quedara mirando hacia mí otra vez. El cajón hizo un ruidito apagado al deslizarse hacia su posición para hacerse invisible debajo del escritorio.

Cogí la mesa que Matthew usaba para colocar su vino de la tarde y la llevé hacia las estanterías. A él no le molestaría que revisara su biblioteca, o por lo menos eso me dije a mí misma, mientras me quitaba los mocasines con los pies. La superficie brillante de la mesa crujió a modo de advertencia cuando coloqué mis pies sobre ella para ponerme de pie, pero la madera se mantuvo firme.

El juguete de madera situado en el extremo de la derecha del último estante quedaba a la altura de los ojos en ese momento. Respiré hondo y saqué el primer objeto del extremo opuesto. Era antiguo…, el manuscrito más antiguo que jamás había tenido en mis manos. La tapa de cuero hizo ruido al abrirse y un olor a viejo cuero de oveja subió desde sus páginas.

Carmina qui quondam studio florente peregi, / Flebilis heu maestos cogor inire modos, decían las primeras líneas. Mis ojos ardieron por las lágrimas. Era la obra del siglo VI de Boecio, *La consolación de la filosofía*, escrita en prisión mientras esperaba la muerte. «A las canciones agradables era dado mi trabajo alguna vez, y

brillantes eran todas mis labores entonces; / pero ahora, llorando, a los tristes estribillos debo regresar». Imaginé a Matthew, privado de Blanca y de Lucas y desconcertado por su nueva identidad como vampiro, leyendo las palabras escritas por un hombre condenado. Dando gracias al que le había ofrecido aquella obra con la esperanza de aminorar su dolor, deslicé el libro de vuelta a su sitio.

El siguiente volumen era un manuscrito hermosamente ilustrado del Génesis, la historia bíblica de la Creación. Sus fuertes azules y rojos parecían tan frescos como el día en que fueron pintados. Otro códice miniado, el libro de plantas de Dioscórides, también estaba en el último estante, junto con más de una docena de libros bíblicos, algunos libros de leyes y un libro en griego.

El estante de abajo contenía más de lo mismo. Libros de la Biblia principalmente, junto con un libro de medicina y una copia muy antigua de una enciclopedia del siglo VII. Representaba el intento de Isidoro de Sevilla de reunir todos los conocimientos humanos, y seguramente resultó atractivo para la curiosidad interminable de Matthew. Al pie del primer folio se leía el nombre «Mathieu», con la frase *meus liber*, «mi libro».

Sentí el mismo impulso de seguir las letras con los dedos como cuando vi por primera vez el Ashmole 782 en la Bodleiana; mis dedos temblaron al moverse hacia la superficie de la vitela. Aquella vez había tenido mucho miedo de los supervisores de la sala de lectura y de que mi propia magia pudiera dañarlo. En este momento, era el miedo a conocer algo inesperado sobre Matthew lo que me retenía. Pero no había ningún supervisor en ese lugar, y mis miedos eran insignificantes cuando los comparaba con mi deseo de comprender el pasado del vampiro. Recorrí con el dedo el nombre de Matthew. Una imagen de él, nítida y clara, me vino sin tener que recurrir a órdenes severas o brillantes superficies.

Estaba él sentado a una simple mesa junto a una ventana, con el mismo aspecto que tenía en la actualidad, mordiéndose el labio, concentrado, mientras practicaba la escritura. Los dedos largos de Matthew agarraban una pluma de caramillo, y estaba rodeado de hojas de vitela, todas ellas con repetidos intentos manchados de escribir su propio nombre y de copiar pasajes bíblicos. Seguí el consejo de Marthe de no luchar contra la llegada o la desaparición de la visión, y la experiencia no fue tan desorientadora como había sido la de la noche anterior.

Una vez que mis dedos revelaron todo lo que podían revelar, volví a colocar la enciclopedia en su lugar y continué recorriendo los volúmenes que quedaban en la estantería. Había libros de historia, más libros de leyes, medicina y óptica, filosofía griega, libros de cuentas, las obras reunidas de personas importantes de los primeros tiempos de la Iglesia, como Bernardo de Claraval, y novelas de caballería, una de las cuales incluía a un caballero que se convertía en lobo una vez por semana. Pero no había nada que revelara nueva información sobre los caballeros de Lázaro. Me tragué

una exclamación de frustración y me bajé de la mesa.

Mis conocimientos de las órdenes de las cruzadas eran superficiales. La mayoría de ellas comenzaron como unidades militares que se hicieron famosas por su valentía y disciplina. Los templarios eran famosos por ser los primeros en entrar en el campo de batalla y los últimos en abandonarlo. Pero los esfuerzos militares de las órdenes no se limitaron a la zona alrededor de Jerusalén. Los caballeros combatieron también en Europa, y muchos obedecían sólo al papa y no a los reyes ni a otras autoridades seculares.

Tampoco el poder de las órdenes de caballería era únicamente militar. Habían construido iglesias, escuelas y hospitales para leprosos. Las órdenes militares protegían los intereses de los cruzados, tanto espirituales como financieros o físicos. Los vampiros como Matthew eran territoriales y posesivos al máximo, y por lo tanto perfectos para el papel de guardianes.

Pero, al final, el poder adquirido por las propias órdenes militares las condujo a su propia caída. Los monarcas y los papas se sentían celosos de su riqueza e influencia. En 1312 el papa y el rey francés se aseguraron de que los templarios fueran disueltos, librándose de esa manera de la amenaza que significaba esta hermandad, la más grande y prestigiosa. Las otras órdenes fueron apagándose lentamente debido a la falta de apoyo e interés.

Además, por supuesto, estaban todas las teorías conspirativas. Una institución internacional tan vasta y compleja es difícil de desmantelar de la noche a la mañana, y la súbita disolución de los caballeros templarios provocó toda clase de relatos fantásticos sobre caballeros cruzados fuera de control y operaciones clandestinas. Había gente que todavía buscaba pistas de la riqueza fabulosa de los templarios. El hecho de que nadie haya descubierto pruebas de cómo fue distribuida no hace más que añadir elementos a la intriga.

El dinero. Era una de las primeras lecciones que los historiadores aprendían: seguir la pista del dinero. Enfoqué mi investigación en otra dirección.

El robusto tamaño del primer libro era visible en el tercer estante, metido entre la *Óptica* de Al Hazen y una romántica *chanson de geste* francesa. Había una pequeña letra griega escrita en tinta sobre el borde delantero del manuscrito: α. Supuse que debía de ser una marca de algún tipo de clasificación, exploré los estantes y localicé el segundo libro de contabilidad. Éste también tenía una pequeña letra griega, β. Mis ojos se iluminaron al ver μ, δ, ε esparcidas entre los estantes también. Una búsqueda más cuidadosa me iba a llevar a descubrir el resto, estaba segura.

Alcé la mano sintiéndome como Eliot Ness agitando un puñado de facturas de impuestos y persiguiendo a Al Capone. No había que perder tiempo subiendo para cogerlo. El primer libro de contabilidad se deslizó de su lugar de reposo y cayó en mi mano abierta, que esperaba.

Sus anotaciones estaban fechadas en 1117 y provenían de diferentes manos. Los nombres y los números bailaban por todas las páginas. Mis dedos estaban muy ocupados absorbiendo toda la información que podían de la escritura. Algunas caras surgían de la vitela repetidamente: Matthew, el hombre oscuro con nariz de halcón, un hombre de cabello brillante del color del cobre bruñido, otro con cálidos ojos castaños y expresión seria.

Mis manos se detuvieron sobre una anotación por dinero recibido en 1149. «Eleanor Regina, cuarenta mil marcos». Era una suma sorprendente, más de la mitad de las ganancias anuales del reino de Inglaterra. ¿Por qué la reina de Inglaterra le daba esa enorme cantidad a una orden militar dirigida por vampiros? Pero la Edad Media estaba demasiado lejos de mi especialidad como para que yo pudiera responder a esa pregunta o supiera lo suficiente sobre las personas involucradas en esas transferencias. Cerré el libro con una especie de broche a presión y me dirigí a las estanterías de los siglos XVI y XVII.

Situado entre los otros libros había un volumen que tenía la marca de identificación de una lambda griega. Me quedé con los ojos abiertos apenas lo abrí.

Según este libro de registro, los caballeros de Lázaro habían financiado —algo que parecía increíble— una serie de guerras, objetos, servicios y hazañas diplomáticas, incluida la provisión de la dote de María Tudor cuando se casó con Felipe de España, la compra del cañón para la batalla de Lepanto, el soborno a los franceses para que asistieran al Concilio de Trento y la financiación de la mayoría de las acciones militares de la luterana Liga de Esmalcalda. Aparentemente, la hermandad no permitía que la política o la religión interfirieran con sus decisiones en las inversiones financieras. En un solo año, habían financiado el regreso al trono escocés de María Estuardo y pagado las considerables deudas de Isabel I a la Bolsa de Amberes.

Caminé por entre los estantes buscando más libros marcados con letras griegas. En los estantes del siglo XIX había uno con la letra psi sobre el lomo de dura tela *buckram* azul pálido. En él se registraban sumas inmensas de dinero, junto con ventas de propiedades que hicieron que mi cabeza diera vueltas —¿cómo puede alguien comprar en secreto la mayoría de las fábricas de Manchester?—, así como nombres conocidos que pertenecían a la realeza, aristócratas, presidentes y generales de la Guerra de Secesión americana. También había pagos más pequeños por honorarios de escuelas, cantidades menores para ropa y libros, junto con anotaciones relacionadas con dotes pagadas, retribuciones de cuentas de hospital, pago y puesta al día de alquileres atrasados. Junto a todos los nombres poco conocidos aparecían las iniciales «MLB» o «FMLB».

Mi latín no era tan bueno como debería, pero estaba segura de que las iniciales se referían a los caballeros de Lázaro de Betania —*milites Lazari a Bethania*— o a *filia*

milites o *filius milites*, las hijas y los hijos de los caballeros. Y si la orden todavía estaba desembolsando fondos a mediados del siglo XIX, seguramente ocurriría lo mismo en la actualidad. En alguna parte del mundo, un trozo de papel —una transacción de bienes raíces, un acuerdo legal— llevaba impreso el gran sello de la orden en gruesa y negra cera.

Y Matthew lo había estampado.

Horas más tarde, me encontraba en la sección medieval de la biblioteca de Matthew y abrí el último libro de contabilidad. Este volumen abarcaba el periodo que iba desde principios del siglo XIII hasta mediados del siglo XIV. Para entonces, las sorprendentes sumas ya me las esperaba, pero alrededor de 1310 el número de las anotaciones aumentó drásticamente. Y también los movimientos de dinero. Una nueva marca acompañaba algunos de los nombres: una pequeña cruz roja. En 1313, junto a una de estas marcas, había un nombre que reconocí: Jacques de Molay, el último gran maestre de los caballeros templarios.

Había sido quemado en la hoguera por herejía en 1314. Un año antes de que fuera ejecutado, había transferido todos los bienes que poseía a los caballeros de Lázaro.

Había cientos de nombres marcados con cruces rojas. ¿Eran todos templarios? Si era así, entonces el misterio de esta orden estaba solucionado. Los caballeros y su dinero no habían desaparecido, sino que simplemente habían sido absorbidos por la orden de Lázaro.

No podía ser verdad. Una cosa semejante habría requerido demasiada planificación y coordinación. Y nadie podría haber guardado el secreto de tamaña estructura. La idea era tan improbable como las historias sobre… brujas y vampiros.

Los caballeros de Lázaro no eran más o menos creíbles de lo que lo era yo.

En cuanto a las teorías conspiratorias, su defecto principal radicaba en que eran demasiado complicadas. Ninguna vida duraba lo suficiente para recoger la información necesaria, enlazar y relacionar todos los elementos requeridos, y luego poner los planes en marcha. A menos que, por supuesto, los conspiradores fueran vampiros. Si uno es un vampiro —o, mejor aún, una familia de vampiros—, entonces el paso del tiempo importa poco. Como sabía por la carrera académica de Matthew, los vampiros tenían todo el tiempo que necesitaban.

Me di cuenta de la enormidad de lo que significaba amar a un vampiro en el momento en que deslicé el libro de contabilidad para ponerlo otra vez en su estante. No era sólo su edad lo que planteaba dificultades, o sus hábitos alimenticios, o el hecho de que hubiera matado humanos y de que volvería a hacerlo otra vez. También estaba el asunto de los secretos.

Matthew había estado acumulando secretos —grandes, como los caballeros de Lázaro y su hijo Lucas; pequeños, como sus relaciones con William Harvey y Charles Darwin— durante algo más de un milenio. Mi vida podría ser demasiado breve como

para escucharlos todos, y mucho más breve para comprenderlos.

Pero no eran sólo los vampiros los que guardaban secretos. Todas las criaturas aprendimos a hacerlo por miedo a ser descubiertas y para preservar algo —cualquier cosa— sólo para nosotras mismas dentro de nuestro mundo cerrado y casi tribal. Matthew no era sólo un cazador, un asesino, un científico o un vampiro, sino también una telaraña de secretos, igual que yo. Para que nosotros pudiéramos estar juntos, teníamos que decidir qué secretos compartir y luego olvidar el resto.

El ordenador sonó en la habitación silenciosa cuando mi dedo apretó el botón del encendido. Los sándwiches de Marthe estaban secos y el té estaba frío, pero mordisqueé un poco para que no pensara que sus esfuerzos no habían sido apreciados.

Cuando terminé, me apoyé en el respaldo y me quedé mirando el fuego. Los caballeros de Lázaro me interesaban como historiadora, y mis instintos de bruja me decían que la hermandad era importante para comprender a Matthew. Pero su existencia no era su secreto más importante. Matthew se estaba vigilando a sí mismo, su naturaleza más íntima.

¡Qué tarea tan complicada y delicada iba a ser quererlo! Éramos los protagonistas de los cuentos de hadas: vampiros, brujas, caballeros con brillantes armaduras. Pero había una realidad preocupante a la que enfrentarse. Había sido amenazada, y las criaturas me observaban en la Bodleiana con la esperanza de que yo volviera a pedir un libro que todos querían pero nadie comprendía. El laboratorio de Matthew había sido atacado. Y nuestra relación estaba desestabilizando el frágil acuerdo que había existido desde hacía mucho tiempo entre daimones, humanos, vampiros y brujos. Éste era un nuevo mundo en el que las criaturas se lanzaban contra las criaturas y un ejército silencioso y secreto podía ser llamado a la acción con la marca de un sello de bronce en un poco de cera negra derretida. No me sorprendía que Matthew prefiriera dejarme a un lado.

Apagué las velas y subí las escaleras hacia la cama. Exhausta, me dormí casi instantáneamente. Mis sueños estuvieron llenos de caballeros, sellos de bronce e interminables libros de cuentas.

Una mano fría y delgada me tocó el hombro, despertándome de inmediato.

—¿Matthew? —Me senté muy derecha con la velocidad del rayo.

La cara blanca de Ysabeau tenía un brillo tenue en la oscuridad.

—Es para ti. —Me pasó su móvil rojo y abandonó la habitación.

—¿Sarah? —Me aterraba que algo les hubiera ocurrido a mis tías.

—Está bien, Diana.

Era Matthew.

—¿Qué ha ocurrido? —La voz me temblaba—. ¿Has hecho un trato con Knox?

—No. No he podido avanzar en ese sentido. No me queda nada en Oxford.

Quiero estar en casa, contigo. Estaré ahí dentro de unas horas. —Lo noté extraño, con la voz densa.

—¿Estoy soñando?

—No estás soñando —replicó Matthew—. Además, Diana… —vaciló—, te amo.

Eso era lo que más deseaba escuchar. La cadena olvidada dentro de mí empezó a cantar, silenciosamente, en la oscuridad.

—Ven aquí y dímelo —dije en voz baja; mis ojos se llenaron con lágrimas de alivio.

—¿No has cambiado de idea?

—¡Nunca! —dije con ferocidad.

—Estarás en peligro, y tu familia también. ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo por mí?

—Yo ya he hecho mi elección.

Nos despedimos y colgamos de mala gana, temerosa del silencio que iba a seguir después de haber dicho tanto.

Mientras estuvo ausente, yo había permanecido en una encrucijada, sin poder ver un camino de salida.

Mi madre había sido famosa por sus asombrosas habilidades adivinatorias. ¿Habría tenido ella el poder suficiente como para ver lo que nos aguardaba cuando diéramos nuestros primeros pasos juntos?

Capítulo 26

Había estado esperando el crujir de neumáticos sobre la grava desde que apreté el botón de colgar en el diminuto teléfono móvil de Ysabeau, y desde entonces éste no había estado fuera de mi vista.

Una tetera de té recién hecho y bollos para el desayuno me estaban esperando cuando salí del baño, teléfono en mano. Devoré la comida, me puse la primera ropa que mis dedos tocaron y volé escaleras abajo con el pelo mojado. Matthew no llegaría a Sept-Tours hasta varias horas después, pero había decidido estar esperándolo cuando detuviera su coche en la puerta.

Primero esperé en el salón, en un sofá junto al fuego, preguntándome qué habría ocurrido en Oxford para hacer que Matthew cambiara de idea. Marthe me trajo una toalla y me secó bruscamente el pelo con ella al ver que yo no daba muestras de ir a usarla por mí misma.

A medida que el momento de su llegada se acercaba, ir de un lado a otro en el gran vestíbulo era preferible a estar sentada en el salón. Ysabeau apareció y permaneció con las manos sobre las caderas. Continué, a pesar de su presencia amenazadora, hasta que Marthe trajo una silla de madera a la puerta principal. Me convenció para que me sentara, aunque era evidente que las tallas de la silla habían sido diseñadas para familiarizar a sus ocupantes con las molestias del infierno, y la madre de Matthew se retiró a la biblioteca.

Cuando el Range Rover entró a la explanada de acceso, salí volando. Por primera vez en nuestra relación, Matthew no llegó antes que yo a la puerta. Todavía estaba estirando sus largas piernas cuando mis brazos se cerraron alrededor de su cuello, con los dedos de mis pies apenas tocando el suelo.

—No hagas eso otra vez —susurré con los ojos cerrados para detener las repentinas lágrimas—. Nunca más vuelvas a hacerlo.

Matthew me envolvió con sus brazos y hundió su cara en mi cuello. Nos abrazamos el uno al otro sin hablar. Matthew levantó la mano y me hizo soltarle el cuello, dejándome suavemente otra vez apoyada sobre mis pies. Envolvió mi cara con sus manos y los ya conocidos toques de nieve y escarcha se derritieron sobre mi piel. Agregué nuevos detalles de sus facciones a mi memoria, como los pliegues diminutos en los extremos de sus ojos y la curva precisa del hueco debajo de su carnoso labio inferior.

—Dieu —murmuró asombrado—, estaba equivocado.

—¿Equivocado? —Mi voz reveló pánico.

—Creía que sabía cuánto te echaba de menos. Pero no tenía ni la menor idea.

—Dímelo. —Quería escuchar otra vez las palabras que había dicho por teléfono la noche anterior.

—Te amo, Diana. ¡Por Dios que he tratado de que no fuera así!

Mi cara se relajó en sus manos.

—Yo también te amo, Matthew, con todo mi corazón.

Algo en su cuerpo se modificó sutilmente ante mi respuesta. No era su pulso, ya que no tenía un pulso notable, ni su piel, que siguió siendo deliciosamente fría. En cambio, hubo un sonido, algo en su garganta, un murmullo de anhelo que envió una oleada de deseo a través de mí. Matthew lo detectó, y su rostro adquirió una expresión feroz. Inclinó la cabeza y puso sus labios sobre los míos.

Los cambios en mi cuerpo no fueron ni leves ni sutiles. Mis huesos se convirtieron en fuego y mis manos se movieron sobre su espalda y se deslizaron hacia abajo. Cuando trató de apartarse, empujé sus caderas hacia mí.

«No tan rápido», pensé.

Su boca se sostuvo en el aire por encima de la mía con sorpresa. Deslicé mis manos más abajo, aferrando su trasero de manera posesiva, y su aliento volvió otra vez hasta que ronroneó en su garganta.

—Diana… —empezó a decir con una nota de precaución en su voz.

Mi beso exigía que me dijera cuál era el problema.

La única respuesta de Matthew fue posar su boca sobre la mía. Acarició el pulso en mi cuello, luego arrastró su mano hacia abajo para envolver con ella mi pecho izquierdo y después acariciar la tela sobre la piel delicada entre mi brazo y mi corazón. Con su otra mano en mi cintura, me atrajo con mayor firmeza hacia él.

Al cabo de largo rato, Matthew aflojó su presión lo suficiente como para poder hablar:

—Ahora eres mía.

Mis labios estaban demasiado entumecidos como para responder, de modo que asentí con la cabeza y mantuve agarrado su trasero con firmeza.

Con la cabeza inclinada fijó la mirada en mí.

—¿Todavía ninguna duda?

—Nada.

—Somos uno solo, a partir de este momento. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí. —Comprendía, por lo menos, que nadie ni nada iba a apartarme de Matthew.

—Ella no tiene ni idea. —La voz de Ysabeau resonó a través de la explanada de acceso. Matthew se puso tenso y sus brazos me envolvieron de manera protectora—. Con ese beso has violado todas las reglas que mantienen unido nuestro mundo y afirman nuestra seguridad. Matthew, has marcado a esa bruja como tuya. Y tú, Diana,

has ofrecido tu sangre de bruja, tu poder, a un vampiro. Has dado la espalda a los tuyos y te has prometido a una criatura que es tu enemigo.

—Ha sido un beso —dije, conmovida.

—Ha sido un juramento. Y al hacer esta promesa el uno al otro, os habéis convertido en proscritos. Que los dioses os ayuden a los dos.

—Entonces, somos proscritos —confirmó Matthew en voz baja—. ¿Tenemos que irnos, Ysabeau? —Había una vulnerable voz de niño detrás de la voz de hombre, y algo dentro de mí se rompió por obligarlo a escoger entre las dos.

Su madre dio unos pasos hacia delante y lo abofeteó, con fuerza, en la cara.

—¿Cómo te atreves a hacer esa pregunta?

Tanto la madre como el hijo parecían conmocionados. La marca de la fina mano de Ysabeau permaneció en la mejilla de Matthew por una fracción de segundo —roja, luego azul— antes de desvanecerse.

—Eres mi hijo más amado —continuó con una voz tan fuerte como el hierro—. Y Diana es ahora mi hija…, mi responsabilidad tanto como la tuya. Tu lucha es mi lucha, tus enemigos son mis enemigos.

—No tienes por qué ofrecernos refugio, *maman*. —La voz de Matthew estaba tensa como la cuerda de un arco.

—Basta de tonterías. Vas a ser perseguido hasta los confines de la tierra a causa de este amor entre ambos. Nosotros lucharemos como una familia. —Ysabeau se volvió hacia mí—. En cuanto a ti, hija, tú lucharás, como prometiste. Eres implacable…, los valientes de verdad siempre lo son…, pero no puedo criticar tu valor. Además, lo necesitas a él tanto como necesitas el aire que respiras, y él te quiere como nunca ha querido a otra cosa ni a nadie desde que renació a esta vida. La realidad es ésta y haremos lo mejor que podamos con ella. —Ysabeau, de manera inesperada, me atrajo hacia ella y presionó sus labios fríos sobre mi mejilla derecha y luego sobre la izquierda. Había estado viviendo bajo el techo de aquella mujer durante varios días, pero ésta era mi bienvenida oficial. Miró imperturbable a Matthew y dijo lo que realmente quería decir—: La forma de hacer lo mejor empieza con Diana actuando como una bruja y no como un patético humano. Las mujeres de la familia De Clermont se defienden solas.

Matthew se irritó.

—Me ocuparé de que esté a salvo.

—Ésa es la razón por la que siempre pierdes al ajedrez, Matthew. —Ysabeau agitó el dedo delante de él—. Al igual que Diana, la reina tiene un poder casi ilimitado. Sin embargo, tú insistes en rodearla y quedarte tú mismo al descubierto. Sin embargo esto no es un juego, y su debilidad nos pone a todos en peligro.

—Mantente fuera de esto, Ysabeau —advirtió Matthew—. Nadie va a forzar a Diana a ser algo que no es.

Su madre lanzó un bufido elegante y expresivo.

—Exactamente. Ya no vamos a permitir que Diana se esfuerce por ser una humana, algo que ella no es. Ella es una bruja. Tú eres un vampiro. Si esto no fuera verdad, no estaríamos ante un problema como éste. Matthew, *mon cher,* si la bruja es tan valiente como para quererte, no hay razón para tenerle miedo a su propio poder. Tú podrías destrozarla si quisieras. Y también pueden hacerlo los que vendrán a buscarte cuando se den cuenta de lo que has hecho.

—Ella tiene razón, Matthew —admití.

—Vamos, es mejor que entremos. —Mantenía una mirada preocupada fija en su madre—. Tienes frío y tenemos que hablar de Oxford. Luego nos ocuparemos del tema de la magia.

—También tengo que contarte lo que ha ocurrido aquí. —Si esto iba a funcionar, íbamos a tener que revelar algunos de nuestros secretos…, como la posibilidad de convertirme en manantial de brujos en cualquier momento.

—Hay mucho tiempo para que me cuentes todo —dijo Matthew, llevándome hacia el *château*.

Marthe lo estaba esperando cuando cruzó la puerta. Le dio un fuerte abrazo, como si hubiera regresado triunfante de una batalla, y nos acomodó a todos delante del fuego que ardía en el salón.

Matthew se colocó junto a mí y me observó mientras yo bebía un poco de té. De vez en cuando, ponía su mano sobre mi rodilla o me alisaba el jersey sobre los hombros, o ponía un mechón de mi pelo de vuelta en su sitio, como si tratara de disculparse por su breve ausencia. Cuando empezó a relajarse, comenzaron las preguntas. Éstas fueron inocentemente normales al principio. Primero le pregunté cómo había ido el vuelo. Pronto la conversación se centró en Oxford.

—¿Estaban Marcus y Miriam en el laboratorio cuando intentaron robar? —quise saber.

—Sí, allí estaban —respondió, tomando un sorbo de la copa de vino que Marthe había puesto junto a él—, pero los ladrones no llegaron lejos. Ninguno de los dos estuvo realmente en peligro.

—Gracias a Dios —susurró Ysabeau sin apartar la mirada del fuego.

—¿Qué estaban buscando?

—Información. Sobre ti —explicó reticente—. Alguien se metió también en tus habitaciones en la residencia.

Había ya un secreto que era revelado.

—Fred estaba horrorizado —continuó Matthew—. Me aseguró que pondrán nuevas cerraduras en sus puertas y una cámara en el hueco de tu escalera.

—No es culpa de Fred. Con los nuevos estudiantes, lo único que se necesita para atravesar la portería es andar con pasos seguros y una bufanda de la universidad.

¡Pero no había nada que llevarse! ¿Estaban buscando mis investigaciones? —Sólo imaginar algo parecido resultaba ridículo. ¿A quién le interesaba tanto la historia de la alquimia como para tramar un robo?

—Tú tienes tu ordenador, con las notas de tu investigación en él. —Matthew cogió mis manos con más fuerza—. Pero no era tu trabajo lo que buscaban. Destrozaron el dormitorio y el baño. Creemos que estaban buscando una muestra de tu ADN…, pelo, piel, trozos de uña. Al no poder entrar en el laboratorio, fueron a buscar en tus habitaciones.

Me temblaba un poco la mano. Traté de soltarme, pero no quería que él se diera cuenta de lo mucho que estas noticias me habían afectado. Matthew siguió apretando.

—No estás sola en esto, ¿recuerdas? —Fijó su mirada en mí.

—Entonces no fue un vulgar ladrón. Era una criatura, alguien que nos conoce y conoce el Ashmole 782.

Asintió con la cabeza.

—Bien, no van a encontrar mucho. Al menos en mis habitaciones. —Al ver que Matthew parecía perplejo, expliqué—: Mi madre insistía en que limpiara mi cepillo del pelo antes de salir para la escuela todas las mañanas. Es un hábito arraigado. Además me hacía tirar el pelo por el inodoro… y también los trozos de mis uñas cuando las cortaba.

Matthew se mostró pasmado en ese momento. Ysabeau no parecía sorprendida en modo alguno.

—Creo que a medida que hablas más de ella, tu madre me parece una persona a la que me habría encantado conocer —dijo Ysabeau en voz baja.

—¿Recuerdas lo que te decía? —quiso saber Matthew.

—No realmente. —Tenía vagos recuerdos de estar sentada en el borde de la bañera mientras mi madre realizaba sus rutinas matutinas y vespertinas, pero no mucho más. Fruncí el ceño tratando de concentrarme para que los recuerdos que pasaban por mi mente se hicieran más intensos—. Recuerdo contar hasta veinte. En algún momento, me daba la vuelta y decía algo.

—¿En qué podía haber estado pensando ella? —reflexionó Matthew en voz alta —. El cabello y las uñas llevan mucha información genética.

—¡Quién sabe! Mi madre era famosa por sus premoniciones. Pero tal vez sólo estaba pensando como una Bishop. No somos un grupo demasiado cuerdo.

—Tu madre no estaba loca, Diana, y no todo puede ser explicado por tu ciencia moderna, Matthew. Las brujas han creído desde hace siglos que el pelo y las uñas tenían poder —señaló Ysabeau.

Marthe dejó escapar un murmullo de asentimiento e hizo girar los ojos ante la ignorancia de la juventud.

—Las brujas los usan para hacer hechizos —continuó Ysabeau—. Hechizos para

atrapar a alguien, la magia de amor…, todo eso depende de tales cosas.

—Me dijiste que no habías sido una bruja, Ysabeau —dije, asombrada.

—He conocido a muchas brujas con el paso de los años. Ninguna dejaría suelto ni un cabello ni un trozo de sus uñas por temor a que otra bruja los encontrara.

—Mi madre nunca me lo dijo. —Me pregunté qué otros secretos se había guardado.

—A veces es mejor que una madre revele las cosas poco a poco a sus hijos. —La mirada de Ysabeau pasó rápidamente de mí a su hijo.

—¿Quién entró por la fuerza? —Recordé la lista de posibilidades de Ysabeau.

—Los que trataron de entrar en el laboratorio fueron vampiros, pero no estamos tan seguros en cuanto a tus habitaciones. Marcus cree que fueron vampiros y brujas trabajando juntos, pero yo creo que fueron sólo brujas.

—¿Por eso estabas tan enfadado? ¿Porque esas criaturas violaron mi territorio?

—Sí.

Habíamos vuelto a los monosílabos. Esperé el resto de la respuesta.

—Yo podría dejar pasar un intruso en mi tierra o en mi laboratorio, Diana, pero no puedo permanecer sin hacer nada mientras alguien te hace lo mismo a ti. Parece una amenaza, y yo sencillamente… no puedo. Cuidar que estés a salvo es instintivo ahora. —Matthew pasó sus dedos blancos por el pelo, y un mechón salió sobre su oreja.

—No soy un vampiro, y no conozco las reglas. Tienes que explicarme cómo funciona esto — dije, acomodándole el pelo en su sitio—. ¿Entonces fue el intento de robo en la residencia lo que te convenció para estar conmigo?

Matthew movió las manos de inmediato para apoyarlas a cada lado de mi cara.

—No necesitaba ningún estímulo para estar contigo. Me dijiste que me has amado desde que te resististe a golpearme con un remo en el río. —Sus ojos no estaban en guardia—. Yo te he amado desde hace más tiempo que eso…, desde el momento en que usaste magia para sacar un libro de su estante en la Bodleiana. Parecías tan aliviada, y luego tan terriblemente culpable…

Ysabeau estaba allí, muy incómoda con la abierta manifestación de cariño de su hijo.

—Os dejaremos solos.

Marthe empezó a murmurar cerca de la mesa, dispuesta a ir hacia las cocinas, donde sin duda iba a empezar a preparar un banquete de diez platos.

—No, *maman*. Debes escuchar el resto.

—Así que vosotros no sois simplemente proscritos. —Ysabeau paladeó las palabras y volvió a hundirse en su sillón.

—Siempre ha habido animosidad entre las criaturas, en especial entre vampiros y brujas. Pero Diana y yo hemos sacado a la luz esas tensiones. Aunque se trata sólo de

una excusa. La Congregación no está realmente molesta por nuestra decisión de violar el acuerdo.

—Deja de hablar con acertijos, Matthew —intervino Ysabeau bruscamente—. Ya no tengo paciencia para eso.

Matthew me miró con remordimiento antes de responder.

—La Congregación está interesada en el Ashmole 782 y en el misterio de cómo Diana lo consiguió. Las brujas han estado vigilando el manuscrito por lo menos durante tanto tiempo como yo. Nunca adivinaron que serías tú quien iba a reclamarlo. Y nadie imaginó que yo sería el primero en llegar a ti.

Los viejos temores salieron a la superficie diciéndome que había algo raro muy dentro de mí.

—Si no hubiera sido por Mabon —continuó Matthew—, poderosas brujas habrían ido a la Bodleiana, brujas que conocían la importancia del manuscrito. Pero estaban ocupadas con el festival y bajaron la guardia. Dejaron la tarea a esa bruja joven, y ella permitió que tú y el manuscrito os escaparais por entre sus dedos.

—Pobre Gillian —susurré—. Peter Knox debe de estar furioso con ella.

—Efectivamente. —Matthew tensó la boca—. Pero la Congregación también te ha estado vigilando a ti por razones que van mucho más allá del libro y que tienen que ver con tu poder.

—Desde cuándo…? —No pude terminar mi frase.

—Probablemente toda tu vida.

—Desde que mis padres murieron. —Los recuerdos inquietantes de la infancia volvieron a mí, como sentir el hormigueo de la atención de una bruja mientras estaba en los columpios de la escuela y la mirada fría de un vampiro en la fiesta de cumpleaños de una amiga—. Me han estado vigilando desde que mis padres murieron.

Ysabeau abrió la boca para hablar, vio la cara de su hijo y cambió de idea.

—Si te tienen a ti, tendrán el libro también, o eso es lo que creen. Tú estás conectada con el Ashmole 782 de alguna poderosa manera que no comprendo todavía. Y creo que ellos tampoco.

—¿Ni siquiera Peter Knox?

—Marcus ha estado haciendo preguntas por ahí. Es hábil para conseguir información de las personas. Por lo que hemos conseguido averiguar, Knox todavía está perplejo.

—No quiero que Marcus se arriesgue…, no por mí. Tiene que mantenerse fuera de esto, Matthew.

—Marcus sabe cómo cuidarse.

—Yo también tengo cosas que decirte. —Podría perder mi tranquilidad del todo si me dieran una oportunidad de reconsiderar la situación.

Matthew cogió mis dos manos, y sus fosas nasales se dilataron ligeramente.

—Estás cansada —dijo—, y hambrienta. Tal vez sea mejor esperar hasta después del almuerzo.

—¿Puedes oler cuando tengo hambre? —pregunté incrédula—. Eso no es justo.

Matthew echó la cabeza hacia atrás y se rió. Mantuvo mis manos en las suyas, empujándolas detrás de mí, de modo que mis brazos adquirieron forma de alas.

—Y eso lo dice una bruja, que podría, si quisiera, leer mis pensamientos como si estuvieran escritos en la cinta de un teletipo. Diana, querida mía, sé cuándo cambias de idea. Sé cuándo tienes malos pensamientos, como lo divertido que sería saltar la cerca del picadero. Y muy claramente sé cuándo tienes hambre —explicó, y me besó para dejar claro lo que había dicho.

—Hablando del hecho de que soy una bruja —dije, ligeramente sin aliento cuando él terminó—, hemos confirmado la capacidad del manantial de brujos en la lista de las posibilidades genéticas.

—¿Qué? —Matthew me miró con preocupación—. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—En el momento en que te fuiste de Sept-Tours. No me permití llorar mientras tú estuviste aquí. Pero tan pronto como te fuiste, lloré… mucho.

—Ya has llorado antes —dijo pensativamente, llevando mis manos hacia delante otra vez. Les dio la vuelta y revisó las palmas y los dedos—. ¿El agua salió de tus manos?

—Salió de todas partes —expliqué. Enarcó sus cejas, alarmado—. De mis manos, de mi pelo, de mis ojos, de mis pies…, incluso de mi boca. Fue como si no quedara nada de mí, y lo que quedaba no era más que agua. Pensé que nunca más iba a sentir otro sabor que el de la sal.

—¿Estabas sola? —La voz de Matthew se volvió aguda.

—No, no, por supuesto que no —dije apresuradamente—. Marthe y tu madre estaban allí. Sólo que no podían acercarse a mí. Había mucha agua, Matthew. Y viento también.

—¿Cómo conseguiste que se detuviera? —preguntó.

—Ysabeau.

Matthew miró largamente a su madre.

—Ella me cantó.

Los pesados párpados del vampiro bajaron, ocultando sus ojos.

—Hubo un tiempo en que ella cantaba continuamente. Gracias, *maman*.

Esperé a que él me dijera que ella solía cantarle y que Ysabeau no había sido la misma desde que Philippe murió. Pero no mencionó ninguna de esas cosas. En cambio, me envolvió en un feroz abrazo y traté de que no me molestara el hecho de que él no me confiara esas partes de sí mismo.

A medida que pasaba el día, la felicidad de Matthew por estar en casa comenzó a

resultar contagiosa. Después de comer nos fuimos a su estudio. En el suelo, delante de la chimenea, él descubrió casi todos los sitios en los que yo tenía cosquillas. En ningún momento me condujo al otro lado de los muros que él había tan cuidadosamente construido para mantener a las criaturas lejos de sus secretos.

Una vez extendí la mano con dedos invisibles para situar una grieta en las defensas de Matthew. Me miró con sorpresa.

—¿Has dicho algo? —preguntó.

—No —contesté, retirándome apresuradamente.

Disfrutamos de una cena tranquila con Ysabeau, que acompañó al desenfado de Matthew. Pero también lo observó atentamente con una mirada de tristeza en su rostro.

Después de la cena me puse mi pobre imitación de pijama; pensé en el cajón de su escritorio, preocupada porque mi olor pudiera estar en el terciopelo que cubría el acolchado de los sellos, y me forcé a dar las buenas noches antes de que Matthew se retirara, solo, a su estudio.

Apareció poco después vestido con un par de pantalones de pijama anchos a rayas y una camiseta negra desteñida; descalzo.

—¿Quieres el lado izquierdo o el derecho? —preguntó con toda tranquilidad, esperando junto a la columna de la cama con los brazos cruzados.

Yo no era vampiro, pero podía girar mi cabeza lo suficientemente rápido cuando era necesario.

—Si no te importa, preferiría el izquierdo —dijo seriamente—. Me va a resultar más fácil relajarme si estoy entre tú y la puerta.

—Como…, como quieras —respondí tartamudeando.

—Entonces métete en la cama y ponte al otro lado. —Matthew me quitó las mantas de la mano, e hice lo que me pedía. Se metió debajo de las sábanas detrás de mí con un gruñido de satisfacción.

—Ésta es la cama más cómoda de la casa. Mi madre no cree que haya que preocuparse por buenos colchones, ya que pasamos poco tiempo durmiendo. Sus camas son un purgatorio.

—¿Vas a dormir conmigo? —pregunté con voz aguda, tratando sin éxito de parecer tan indiferente como él.

Matthew estiró el brazo derecho y me atrajo hacia él hasta que mi cabeza quedó apoyada en su hombro.

—Eso pensaba —respondió—. Aunque en realidad no voy a dormir.

Acurrucada contra él, puse mi palma abierta sobre su corazón para saber cada vez que latía.

—¿Qué vas a hacer?

—Mirarte, por supuesto. —Sus ojos brillaban—. Y cuando me canse de hacer

eso, si me canso —me dio un beso sobre cada párpado—, leeré. ¿Las velas te molestarán?

—No —respondí—. Tengo un sueño profundo. Nada me despierta.

—Me gustan los desafíos —dijo en voz baja—. Si me aburro, inventaré algo que te despertará.

—¿Te aburres fácilmente? —bromeé, estirando la mano hacia arriba y metiendo los dedos en su pelo, desde la nuca.

—Tendrás que esperar y ver —dijo con una gran sonrisa pícara.

Sus brazos estaban fríos y resultaban tranquilizadores, y la sensación de seguridad en su presencia resultaba más sedante que cualquier canción de cuna.

—¿Terminará esto alguna vez? —pregunté en voz baja.

—¿La Congregación? —preguntó Matthew con preocupación—. No lo sé.

—No. —Alcé la cabeza sorprendida—. No me importa eso.

—¿A qué te refieres, entonces?

Lo besé en la boca, extrañada.

—A esta sensación cuando estoy contigo…, como si estuviera completamente viva por primera vez.

Matthew sonrió con una expresión inusitadamente dulce y tímida.

—Espero que no.

Suspiré satisfecha, bajé la cabeza sobre su pecho y me dormí sin soñar en nada.

Capítulo
27

A la mañana siguiente se me ocurrió que mis días con Matthew, hasta el momento, habían caído en una de estas dos categorías: o bien él dirigía el día, manteniéndome segura y cerciorándose de que nada alterara sus cuidadosos arreglos, o el día se desarrollaba sin orden alguno. Hasta no hacía mucho tiempo, lo que ocurría en mi quehacer cotidiano había sido determinado por listas y planes cuidadosamente elaborados.

Ese día, yo me encargaría de todo. Ese día, Matthew tendría que dejarme entrar en su vida de vampiro.

Desgraciadamente, mi decisión estaba destinada a arruinar lo que prometía ser un día estupendo.

Empezó al amanecer, con la proximidad física de Matthew, que envió la misma oleada de deseo a través de mí que había sentido el día anterior en el patio de entrada. Era más eficaz que cualquier despertador. Su reacción fue también gratificantemente inmediata, y me besó con entusiasmo.

—Creía que nunca te despertarías —masculló entre los besos—. Temí que iba a tener que enviar a alguien al pueblo a buscar a la banda, y el único trompetista que sabía tocar diana se murió el año pasado.

Acostada a su lado, noté que no llevaba la *ampulla* de Betania.

—¿Dónde está tu amuleto de peregrino? —Era una oportunidad perfecta para que me hablara acerca de los caballeros de Lázaro, pero no la aprovechó.

—Ya no lo necesito —dijo, distrayéndome al enroscar un mechón de mi pelo alrededor de su dedo para luego echarlo a un lado y poder besarme la sensible y delicada piel de detrás de la oreja.

—Dímelo —insistí, retorciéndome para apartarme un poco.

—Después —dijo, y sus labios se movieron hacia abajo, hasta donde el cuello se encuentra con el hombro.

Mi cuerpo frustró cualquier intento adicional de una conversación sensata. Ambos actuábamos por instinto, tocando a través de las barreras de la delgada ropa y descubriendo los pequeños cambios —un escalofrío, la piel que se eriza, un gemido suave— que prometían la llegada de un placer mayor. Cuando creció mi insistencia y traté de tocar la piel desnuda, Matthew me detuvo.

—No te apresures. Tenemos tiempo.

—¡Vampiros! —fue todo lo que pude decir antes de que interrumpiera mis palabras con su boca.

Todavía estábamos detrás de las cortinas de la cama cuando Marthe entró en la habitación. Dejó la bandeja del desayuno sobre la mesa con un ruido indiscreto y echó leña al fuego con el entusiasmo de un escocés lanzando troncos. Matthew echó una ojeada fuera, proclamó que era una mañana perfecta y declaró que yo estaba hambrienta.

Marthe estalló en una serie de expresiones en occitano y se fue, tarareando una canción entre dientes. Él se negó a traducir aduciendo que la letra era demasiado obscena para mis delicados oídos.

Esa mañana, en lugar de observarme comer en silencio, Matthew se quejó de que estaba aburrido. Lo hizo con una chispa pícara en los ojos mientras movía nerviosamente los dedos sobre los muslos.

—Iremos a cabalgar después del desayuno —le prometí, llevando el tenedor con huevos a mi boca y tomando un sorbo de té hirviendo—. Mi trabajo puede esperar hasta más tarde.

—Cabalgar no será suficiente —susurró Matthew.

Besarlo sirvió para aplacar su aburrimiento. Cuando mis labios alcanzaron cierto grado de irritación y comprendí mejor la interconexión de mi propio sistema nervioso, Matthew finalmente reconoció que ya era hora de ir a cabalgar.

Él bajó para cambiarse mientras yo me duchaba. Marthe subió para retirar la bandeja, y le conté mis planes mientras me sujetaba el pelo en una gruesa trenza. Abrió los ojos desmesuradamente al oír la parte importante, pero aceptó enviarle un pequeño paquete de sándwiches y una botella de agua a Georges para que lo pusiera en la alforja de *Rakasa.*

Después de eso, lo único que faltaba era informar a Matthew.

Tarareaba sentado a su escritorio mientras aporreaba el ordenador y de vez en cuando estiraba la mano para revisar los mensajes en su teléfono. Levantó la vista y sonrió.

—¡Ya estás aquí! —exclamó—. Creía que iba a tener que ir a pescarte para sacarte del agua.

El deseo me atravesó y mis rodillas se aflojaron. Las sensaciones estaban exacerbadas sabiendo que lo que estaba a punto decir iba a borrarle la sonrisa de la cara.

«Por favor, que esto sea lo correcto», me susurré a mí misma al apoyar mis manos en sus hombros. Matthew inclinó la cabeza hacia atrás, contra mi pecho, y me sonrió.

—Bésame —ordenó.

Obedecí sin pensarlo demasiado, asombrada por lo relajados que estábamos ambos. Esto era tan diferente de los libros y las películas, donde el amor aparecía como algo tenso y difícil… Amar a Matthew era mucho más como llegar a puerto que ir hacia una tormenta.

—¿Cómo lo consigues? —le pregunté, sujetando su cara entre mis manos—. Me siento como si te hubiera conocido siempre.

Matthew sonrió con aire de felicidad, dirigió su atención al ordenador y cerró los distintos programas. Mientras lo hacía, absorbí su olor especiado y le alisé el pelo sobre la curva del cráneo.

—¡Qué agradable sensación! —dijo, apoyando más la cabeza sobre mi mano.

Había llegado el momento de arruinarle el día. Me agaché y apoyé la barbilla en su hombro.

—Llévame a cazar.

Todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos.

—Eso no tiene gracia, Diana —replicó en un tono glacial.

—No es mi intención ser graciosa. —Dejé la barbilla y las manos donde estaban. Trató de apartarme encogiéndose, pero no lo dejé. Aunque no tenía yo el valor de mirarlo a la cara, no iba a escaparse—. Tienes que hacerlo, Matthew. Tienes que saber que puedes confiar en mí.

Se puso de pie con brusquedad, sin dejarme otra opción que la de apartarme y dejarlo ir. Matthew se alejó a grandes zancadas, y movió la mano hacia el sitio donde solía llevar su *ampulla* de Betania. No era una buena señal.

—Los vampiros no llevan de caza a los de sangre caliente, Diana.

Eso tampoco era una buena señal: me estaba mintiendo.

—Sí que lo hacen —reaccioné en voz baja—. Tú vas de caza con Hamish.

—Eso es diferente. Lo conozco desde hace años, y no comparto cama con él. —Había aspereza en su voz y miraba atentamente sus estanterías.

Comencé a acercarme a él, lentamente.

—Si Hamish puede cazar contigo, yo también.

—No. —Los músculos de sus hombros se pusieron tensos debajo del jersey.

—Ysabeau me llevó con ella.

El silencio en la habitación era absoluto. Matthew aspiró una vez, con un ruido áspero, y los músculos en su hombro temblaron. Di otro paso.

—No sigas —me detuvo bruscamente—. No te quiero cerca de mí cuando estoy enfadado.

Me recordé a mí misma que él no estaba al mando ese día y di mis siguientes pasos a un ritmo mucho más rápido hasta quedarme directamente detrás de él. De ese modo, no podía evitar mi olor ni el ruido de mis latidos, que eran mesurados y firmes.

—No quería hacerte enfadar.

—No estoy enfadado contigo. —Sonaba amargado—. Mi madre, sin embargo, tiene mucho que explicar. Ha hecho muchas cosas para poner a prueba mi paciencia durante siglos, pero que te haya llevado a cazar es imperdonable.

—Ysabeau me preguntó si quería volver al *château*.

—¡No debió de darte la oportunidad de elegir! —gritó, dándose la vuelta para mirarme—. Los vampiros no controlan sus actos cuando están cazando…, no del todo. Ciertamente no se puede confiar en mi madre cuando huele sangre. Para ella todo es cuestión de matar y comer. Si el viento le hubiera llevado tu olor, se habría alimentado de ti también, sin pensárselo dos veces.

Matthew había reaccionado más negativamente de lo que yo había esperado. Pero después de haber dado ya mi primer paso, bien podía dar el segundo.

—Tu madre simplemente te estaba protegiendo. Le preocupaba que yo no comprendiera los riesgos. Tú habrías hecho lo mismo por Lucas. —Otra vez el silencio fue profundo y prolongado.

—No tenía derecho a hablarte de Lucas. Él me pertenecía a mí, no a ella. —La voz de Matthew era suave, pero contenía más veneno del que yo jamás había escuchado en ella. Parpadeó, y dirigió la mirada al estante donde estaba la torre.

—A ti y a Blanca —insistí, con mi voz igualmente suave.

—La historia de la vida de un vampiro debe contarla él…, sólo él. Nosotros tal vez seamos proscritos, tú y yo, pero mi madre también ha violado unas cuantas reglas en los últimos días. — Estiró la mano otra vez en busca de la ausente *ampulla* de Betania.

Atravesé la pequeña distancia que nos separaba, moviéndome silenciosamente, con seguridad, como si él fuera un animal nervioso, como para evitar que arremetiera de una manera que después pudiera lamentar. Cuando estuve a unos pocos centímetros de él, le cogí los brazos.

—Ysabeau también me dijo otras cosas. Hablamos de tu padre. Me dijo todos tus nombres, y cuáles no te gustan, y sus nombres también. Realmente no comprendo su significado, pero eso es algo que ella no cuenta a todo el mundo. También me relató la historia de tu conversión. La canción que cantó para hacer que mi manantial de brujos desapareciera era la misma que te cantaba a ti cuando acababas de renacer como vampiro. —«Cuando no podías dejar de alimentarte».

Matthew me miró a los ojos con dificultad. Estaban llenos de dolor y de una vulnerabilidad que había escondido cuidadosamente hasta ese momento. Me rompió el corazón.

—No puedo correr ese riesgo, Diana —dijo—. Te quiero… más que a nadie que haya conocido nunca. Te quiero físicamente, te quiero emocionalmente. Si mi concentración se desvía por un instante mientras estamos fuera cazando, el olor de los venados podría confundirse con el tuyo, y mi deseo de cazar un animal podría mezclarse con mi deseo de tenerte a ti.

—Ya me tienes —dije, aferrándome a él con mis manos, mis ojos, mi mente, mi corazón—. No hay necesidad de que me caces. Soy tuya.

—Las cosas no funcionan así —dijo—. Nunca te poseeré completamente.

Siempre querré más de lo que puedes dar.

—No ha sido así en mi cama esta mañana. —Mis mejillas se enrojecieron al recordar su más reciente rechazo—. Yo estaba más que dispuesta a entregarme a ti, y tú dijiste que no.

—No dije que no…, dije más tarde.

—¿Así es como cazas, también? ¿Seducción, postergación, luego rendición?

Se estremeció. Ésa era la única respuesta que yo necesitaba.

—Enséñame —insistí.

—No.

—¡Enséñame!

Gruñó, pero me mantuve firme. Aquel sonido era una advertencia, no una amenaza.

—Sé que estás asustado. Yo también. —El pesar se reflejó en sus ojos, y yo hice un ruido de impaciencia—. Te lo digo por última vez, no tengo miedo de ti. Es mi propio poder lo que me asusta. Tú no viste el manantial de brujos, Matthew. Cuando el agua se movió dentro de mí, podría haber destruido todo y a todos y no sentir ni un ápice de remordimiento. Tú no eres la única criatura peligrosa en esta habitación. Pero tenemos que aprender a estar el uno con el otro a pesar de quiénes somos.

Dejó escapar una risa mordaz.

—Tal vez ésa sea la razón por la que hay reglas que prohíben a los vampiros y a las brujas estar juntos. Tal vez sea demasiado difícil cruzar estas líneas después de todo.

—Tú no crees en eso —reaccioné ferozmente, cogiendo su mano en la mía y llevándola hasta mi rostro. El choque de lo frío contra lo caliente envió una sensación deliciosa a través de mis huesos, y mi corazón dio su acostumbrado salto sordo al reconocerla—. Lo que nosotros sentimos el uno por el otro no es un error, no puede ser un error.

—Diana… —empezó a decir, sacudiendo la cabeza y apartando sus dedos.

Lo aferré con más fuerza y giré su mano para verle la palma. Su línea de la vida era larga y suave, y después de seguirla con los dedos, los apoyé sobre sus venas. Éstas parecían negras debajo de la piel blanca, y Matthew tembló ante mi roce. Todavía había dolor en sus ojos, pero ya no estaba tan furioso.

—Esto no es un error. Tú lo sabes. Ahora tienes que saber también que puedes confiar en mí. —Entrelacé mis dedos con los suyos y le di el tiempo necesario para pensar. Pero no lo solté.

—Te llevaré a cazar —accedió finalmente—, siempre que no estés cerca de mí y no bajes de *Rakasa*. Si percibes el más remoto gesto de que te estoy mirando, de que estoy pensando en ti, da media vuelta y corre directo a la casa, junto a Marthe.

Una vez tomada la decisión, Matthew bajó con paso majestuoso, esperando

pacientemente cada vez que se daba cuenta de que yo me rezagaba. Cuando pasó con rapidez por la puerta del salón, Ysabeau se levantó de su asiento.

—¡Vamos! —dijo con voz tensa, cogiéndome por el codo y conduciéndome abajo.

Ysabeau estaba sólo unos centímetros detrás de nosotros cuando llegamos a las cocinas; Marthe se encontraba en la entrada de la despensa de comidas frías, mirándonos como si estuviera viendo la última telenovela de la tarde en la televisión. Ninguno necesitaba que le dijeran que algo no iba bien.

—No sé cuándo volveremos —anunció Matthew por encima del hombro. No soltó mi brazo ni me dio oportunidad de hacer otra cosa que volverme hacia ella con cara de arrepentimiento y mover los labios diciendo en silencio: «Lo siento».

—Elle a plus de courage que j'ai pensé —le murmuró Ysabeau a Marthe.

Matthew se detuvo bruscamente con el labio fruncido y soltando un desagradable gruñido dijo:

—Sí, mamá. Diana tiene más valor del que nos merecemos tú y yo. Y si en otra ocasión vuelves a ponerlo a prueba, será la última vez que nos veas a ninguno de los dos. ¿Comprendes?

—Por supuesto, Matthew —susurró Ysabeau. Era su respuesta evasiva favorita.

Matthew no me dirigió la palabra de camino a las cuadras. Media docena de veces, me dio la impresión de que iba a dar media vuelta para hacernos volver al *château*. En la puerta del establo me cogió por los hombros, buscando en mi rostro y en mi cuerpo señales de miedo. Alcé la barbilla.

—¿Vamos? —Señalé hacia el picadero.

Hizo un ruido de exasperación y gritó llamando a Georges. *Balthasar* bramó como respuesta y atrapó la manzana que arrojé en su dirección. Afortunadamente, no necesité ninguna ayuda para ponerme las botas, aunque tardé más tiempo del que le llevó a Matthew. Me observó cuidadosamente mientras cerraba los broches del chaleco y ajustaba la cincha del casco.

—Toma esto —dijo, pasándome un látigo corto.

—No lo necesito.

—Llevarás la fusta, Diana.

La cogí, resuelta a deshacerme de ella entre la maleza a la primera oportunidad.

—Y si la tiras a un lado cuando entremos en el bosque, volvemos a casa.

¿Pensaba realmente que yo iba a usar la fusta contra él? La metí en mi bota, con el mango saliendo junto a mi rodilla, y me apresuré hacia el picadero.

Los caballos se movieron nerviosamente cuando aparecimos nosotros. Como Ysabeau, ambos sabían que algo no iba bien. *Rakasa* tomó la manzana que yo le debía, y le pasé los dedos sobre la crin, hablándole en voz baja en un esfuerzo por calmarla. Matthew no se preocupó por *Dahr*. Era pura actividad, controlando los

arreos del caballo con la velocidad del rayo. Cuando terminó, Matthew me alzó hacia el lomo de *Rakasa*. Sus manos me sostenían firmes por la cintura, pero no me agarró ni un momento más de lo necesario. Ya no quería que mi olor lo impregnara.

En el bosque Matthew se aseguró de que la fusta todavía estuviera en mi bota.

—Tienes que acortar tu estribo derecho —señaló cuando pusimos los caballos al trote. Quería que mis arreos estuvieran listos como para una carrera en caso de que tuviera que salir galopando. Detuve a *Rakasa* con un gesto de desagrado y ajusté las correas del estribo.

El ya familiar campo se abrió ante mí, y Matthew olfateó el aire. Agarró las riendas de *Rakasa* e hizo que me detuviera. Todavía tenía un sombrío aspecto a causa de la cólera.

—Hay un conejo por ahí. —Matthew hizo un gesto con la cabeza hacia el extremo occidental del campo.

—He presenciado lo del conejo —dije tranquilamente—. Y una marmota, una cabra y un venado hembra.

Matthew soltó algunas imprecaciones. Fue conciso y exhaustivo, y tuve la esperanza de que estuviéramos fuera del alcance del agudo oído de Ysabeau.

—Lo mejor es no dar más rodeos, ¿verdad?

—Yo no cazo venados como mi madre, asustándolos hasta morir y lanzándome sobre ellos. Puedo matar un conejo si quieres, o incluso una cabra. Pero no voy a acechar a un venado mientras estás conmigo. —Apretó la mandíbula en una obstinada línea.

—Deja de fingir y confía en mí. —Señalé mi alforja—. Estoy preparada para la espera.

Sacudió la cabeza.

—No contigo a mi lado.

—Desde que te conozco —dije en voz baja—, me has mostrado todas las partes agradables de ser un vampiro. Tú pruebas cosas que yo no puedo siquiera imaginar. Recuerdas hechos y personas que yo sólo puedo conocer a través de los libros. Puedes oler cuando cambio de idea o quiero besarte. Tú me has despertado a un mundo de posibilidades sensoriales que nunca soñé que pudiera existir.

Me detuve un instante, con la esperanza de estar haciendo progresos. Pero no era así.

—Al mismo tiempo, tú me ha visto vomitar, prenderle fuego a tu alfombra y ponerme totalmente fuera de mí al recibir algo inesperado por correo. Te perdiste los juegos de agua, pero no fueron agradables. A cambio, te estoy pidiendo que me dejes ver cómo te alimentas. Es una cosa básica, Matthew. Si no puedes soportarlo, entonces podemos contentar a la Congregación y dar todo por terminado.

—*Dieu*. ¿Nunca vas a dejar de sorprenderme? —Matthew levantó la cabeza y

miró a la lejanía. Su atención fue atraída por un ciervo joven en la cima de la colina. El ciervo estaba pastando y el viento soplaba hacia nosotros, así que todavía no había percibido nuestro olor.

«Gracias», respiré en silencio. Era un regalo de los dioses que el ciervo apareciera de ese modo. Matthew fijó sus ojos en la presa y el enfado lo abandonó para ser sustituido por un conocimiento sobrenatural de su entorno. Fijé mi mirada en el vampiro, atenta a pequeños cambios que indicaran lo que estaba pensando o sintiendo, pero había muy pocas pistas.

«No te atrevas a moverte», le advertí a *Rakasa* cuando se puso tensa preparándose para agitarse inquieta. Clavó las pezuñas en la tierra y permaneció atenta.

Matthew olió el cambio en el viento y tomó las riendas de *Rakasa*. Lentamente movió a los dos caballos hacia la derecha, manteniéndolos dentro de la dirección de la brisa descendente. El ciervo levantó la cabeza y miró colina abajo, luego reanudó su silencioso mordisqueo de la hierba. Matthew recorrió con la mirada el terreno a toda velocidad, fijándose momentáneamente en un conejo y abriendo mucho los ojos cuando un zorro asomó la cabeza por un agujero. En lo alto se movía un halcón, flotando entre las corrientes de aire como un surfista entre las olas, y el vampiro también lo percibió. Comencé a entender de qué manera había dirigido a las criaturas en la Bodleiana. No había ningún ser vivo en ese campo que él no hubiera situado, identificado y estuviera preparado para matar tras unos pocos minutos de observación. Matthew movió lentamente los caballos hacia los árboles, camuflando mi presencia, poniéndome en medio de los otros olores y ruidos de los animales.

Mientras nos movíamos, Matthew no dejó de advertir que al halcón se le unió otra ave, o que un conejo desaparecía en un agujero y aparecía otro para ocupar su lugar. Sobresaltamos a un animal moteado que parecía un gato, con una larga cola rayada. Por la tensión del cuerpo de Matthew, estaba claro que quería perseguirlo, y si hubiera estado solo lo habría cazado antes de volverse hacia el ciervo. Con dificultad, apartó la mirada del animal cuando saltó.

Tardamos casi una hora en abrirnos paso desde el fondo del campo alrededor de los límites del bosque. Cuando estábamos cerca de la cima, Matthew recurrió a su peculiar manera de desmontar con la cara hacia delante. Le dio a *Dahr* una palmada sobre el anca y el caballo se volvió obedientemente para dirigirse de regreso a casa.

Matthew no había soltado las riendas de *Rakasa* durante estas maniobras, y no las soltó luego. La llevó al borde del bosque y respiró hondo, absorbiendo todo rastro de olor. Sin hacer ruido, nos dejó dentro de un pequeño grupo de abedules bajos.

El vampiro se agachó, con ambas rodillas dobladas en una posición que habría sido insoportable para cualquier humano al cabo de unos cuatro minutos. Se mantuvo así durante casi dos horas. Se me durmieron los pies y los desperté flexionando los tobillos en los estribos.

Matthew no había exagerado la diferencia entre su manera de cazar y la de su madre. Para Ysabeau se trataba principalmente de satisfacer una necesidad biológica. Necesitaba sangre, los animales la tenían y ella la tomaba de ellos de la manera más eficiente posible sin sentir remordimientos por que su supervivencia necesitara de la muerte de otra criatura. Para su hijo, sin embargo, las cosas eran evidentemente más complicadas. Él también necesitaba el alimento físico que la sangre de sus presas suministraba. Pero Matthew sentía una estrecha relación con su presa que me hizo recordar el tono de respeto que había detectado en sus artículos sobre los lobos. Para Matthew, cazar era principalmente un asunto de estrategia, de poner a prueba su inteligencia salvaje contra algo que pensara y sintiera el mundo tal y como él lo pensaba y sentía.

Recordé nuestros juegos en la cama aquella mañana y mis ojos se cerraron ante una repentina oleada de deseo. Lo quería tan intensamente, allí, en el bosque, cuando estaba a punto de matar algo, como lo había deseado esa mañana, y empecé a comprender lo que le preocupaba a Matthew acerca de cazar conmigo. Supervivencia y sexualidad estaban unidas de maneras que nunca había apreciado hasta ese momento.

Respiró sin hacer ruido y se alejó de mi lado sin avisar, con su cuerpo deslizándose por las lindes del bosque. Cuando Matthew cruzó la cresta de la colina, el ciervo alzó la cabeza, lleno de curiosidad al ver a aquella extraña criatura.

El ciervo sólo tardó unos segundos en calcular que Matthew era una amenaza, que era más de lo que yo habría necesitado. Mi vello estaba erizado y sentí por aquel animal la misma preocupación que había sentido por el venado de Ysabeau. El ciervo entró en acción de un salto, lanzándose hacia abajo por la ladera. Pero Matthew era más rápido, y cortó el paso al animal antes de que pudiera acercarse demasiado al lugar donde yo estaba escondida. Lo persiguió colina arriba y otra vez sobre la cima. Con cada paso, Matthew se le acercaba más y el ciervo se ponía más nervioso.

«Sé que estás asustado —dije en silencio, con la esperanza de que el ciervo pudiera escucharme—. Él tiene que hacer esto. No lo hace por deporte ni para hacerte daño, sino para seguir con vida».

Rakasa movió la cabeza en todas direcciones y me miró nerviosa. Estiré la mano para tranquilizarla y la mantuve sobre su pescuezo.

«Quédate quieto —le indiqué al ciervo—. Deja de correr. Ni siquiera tú eres lo suficientemente veloz como para superar a esta criatura». El animal disminuyó la velocidad y tropezó con un agujero en el suelo. Estaba corriendo directamente hacia mí, como si pudiera escuchar mi voz y la estuviera siguiendo hasta el lugar de donde salía.

Matthew estiró la mano, agarró los cuernos del ciervo y le torció la cabeza a un lado. El ciervo cayó sobre el lomo, moviendo sus costados por el esfuerzo. Matthew

cayó de rodillas y sujetó bien la cabeza a unos seis metros de la espesura. El ciervo trató de patear para levantarse.

«No insistas —dije con tristeza—. Ha llegado la hora. Ésta es la criatura que terminará con tu vida».

El ciervo dio una patada final de frustración y miedo, y luego se calmó. Matthew miró profundamente en los ojos de su presa, como si esperara un permiso para terminar el trabajo, luego se movió tan rápidamente que sólo hubo una mancha de blanco y negro cuando se lanzó sobre el pescuezo del ciervo.

Mientras él se alimentaba, la vida del ciervo se apagaba y una oleada de energía entraba en Matthew. Había un limpio y penetrante olor a hierro en el aire, aunque ni una gota de sangre se había derramado. Cuando la fuerza vital del ciervo se agotó, Matthew permaneció inmóvil, arrodillado tranquilamente junto al cuerpo sin vida del animal, con la cabeza inclinada.

Golpeé con el tacón a *Rakasa* para que se pusiera en marcha. La espalda de Matthew se puso tensa cuando me acerqué. Levantó la vista, con sus ojos gris verdoso pálido brillantes de satisfacción. Saqué la fusta de mi bota y la arrojé lo más lejos que pude en dirección contraria. Terminó perdida en la maleza y quedó finalmente enredada entre las espinas de las zarzas. Matthew observó con interés, pero el peligro de que pudiera confundirme con una hembra de venado evidentemente había pasado.

Con toda determinación me quité el casco y desmonté dándole la espalda. Incluso en ese momento, confiaba en él, aunque él no confiaba en sí mismo. Apoyé mi mano ligeramente sobre su hombro, me arrodillé y puse el casco en el suelo, cerca de los ojos abiertos del ciervo.

—Me gusta más tu manera de cazar que la de Ysabeau. Y creo que al venado también.

—¿Cómo mata mi madre?, ¿por qué es tan diferente de mí? —El acento francés de Matthew era más fuerte, y su voz parecía todavía más fluida e hipnotizante que de costumbre. Olía diferente también.

—Ella caza por necesidad biológica —dije simplemente—. Tú cazas porque te hace sentirte completamente vivo. Y vosotros dos llegasteis a un acuerdo. —Señalé al ciervo—. Al final estaba en paz, creo.

Matthew me miró con intensidad, y la nieve se convirtió en hielo sobre mi piel cuando lo hizo.

—¿Hablabas con este ciervo del mismo modo que te comunicas con *Balthasar* y con *Rakasa?*

—No interferí, si es eso lo que te preocupa —dije apresuradamente—. La presa era tuya. —Tal vez esas cosas les importaban a los vampiros.

Matthew se estremeció.

—No llevo la cuenta. —Apartó los ojos del ciervo y se puso de pie con uno de esos movimientos suaves que lo identificaban de manera inconfundible como vampiro. Estiró hacia abajo una mano larga y esbelta—. Ven, estás cogiendo frío así arrodillada en el suelo.

Puse mi mano en la suya y me levanté, preguntándome quién se iba a hacer cargo de eliminar el cuerpo sin vida del ciervo. Suponía que entre Georges y Marthe lo harían. *Rakasa* estaba pastando alegremente, sin que le preocupara el animal muerto tendido tan cerca. Inexplicablemente, yo estaba hambrienta.

«¡Rakasa!», grité en silencio. Levantó la vista y caminó hacia mí.

—¿Te molesta si como? —pregunté vacilante, sin saber cuál sería la reacción de Matthew.

Hizo un movimiento nervioso con la boca.

—No. Después de lo que has visto hoy, lo menos que puedo hacer es observarte cuando comes un sándwich.

—No hay ninguna diferencia, Matthew. —Abrí la hebilla en la alforja de *Rakasa* y pronuncié una palabra silenciosa de agradecimiento. Marthe, bendita sea, había puesto sándwiches de queso. Sacié mi hambre y sacudí las migas de mis manos.

Matthew me estaba observando como un halcón.

—¿Te molesta? —preguntó en voz baja.

—¿Molestarme qué? —Ya le había dicho que no estaba molesta por el venado.

—Blanca y Lucas. Que yo estuviera casado y tuviera un hijo alguna vez, hace tanto tiempo.

Estaba celosa de Blanca, pero Matthew no iba a comprender cómo ni por qué. Recogí mis pensamientos y mis emociones y traté de ordenarlos en algo que fuera a la vez verdad y tuviera sentido para él.

—No me molesta ningún momento de amor que hayas compartido con cualquier criatura, viva o muerta —dije con énfasis—, siempre que quieras estar conmigo en este preciso momento.

—¿Sólo en este momento? —preguntó con su ceja arqueada como un signo de interrogación.

—Éste es el único momento que importa. —Todo parecía muy simple—. Nadie que haya vivido tanto como tú viene sin un pasado, Matthew. Tú no eras un monje, y no espero que no lamentes las cosas que has perdido por el camino. ¿Cómo podrías no haber sido amado antes, cuando yo te amo tanto?

Matthew me acercó a su corazón. Y yo fui bien dispuesta, contenta de que el día de caza no hubiera terminado en desastre y de que su cólera se estuviera desvaneciendo. Todavía había algo de ella, lo cual era evidente en cierta tensión aún presente en su rostro y en sus hombros, pero ya no amenazaba con rodearnos. Envolvió mi barbilla con sus largos dedos e inclinó mi cara hacia la suya.

—¿Te molestaría mucho si te beso? —Matthew apartó la mirada por un momento cuando me lo preguntó.

—Por supuesto que no. —Me puse de puntillas para que mi boca estuviera más cerca de la suya. De todos modos, él vaciló, así que estiré mis manos hacia arriba y las entrelacé detrás de su cuello—. No seas tonto, bésame.

Lo hizo, brevemente pero con firmeza. Los últimos vestigios de sangre todavía estaban sobre sus labios, pero no fue ni espantoso ni desagradable. Simplemente era Matthew.

—Sabes que no habrá hijos entre nosotros —dijo mientras me mantenía cerca, con nuestras caras casi tocándose—. Los vampiros no pueden procrear hijos de la manera tradicional. ¿Te importa eso?

—Hay más de una manera de hacer hijos. —A decir verdad, yo no había pensado hasta ese momento en los hijos—. Ysabeau te hizo a ti, y tú le perteneces tanto como Lucas os pertenecía a ti y a Blanca. Y hay muchos niños en el mundo que no tienen padres. —Recordé el momento en que Sarah y Em me dijeron que los míos habían desaparecido y no regresarían nunca más—. Podríamos traerlos a nuestras vidas…, todo un aquelarre de ellos, si quisiéramos.

—No he hecho un vampiro desde hace años —dijo—. Todavía puedo hacerlo, pero espero que tú no pretendas que tengamos una gran familia.

—Mi familia se ha duplicado en las últimas tres semanas añadiendo la tuya, a Marthe y a Ysabeau. No sé cuántos miembros más puedo incorporar.

—Tienes que añadir uno más a ese número.

Abrí los ojos como platos.

—¿Hay más?

—Oh, siempre hay más —dijo irónicamente—. Las genealogías de los vampiros son mucho más complicadas que las genealogías de las brujas, al fin y al cabo. Tenemos parientes consanguíneos por tres lados, no sólo dos. Pero éste es un miembro de la familia al que ya conoces.

—¿Marcus? —pregunté, pensando en el joven vampiro estadounidense y en sus zapatillas altas.

Matthew asintió con la cabeza.

—Él tendrá que contarte su propia historia…, yo no soy un iconoclasta tan grande como mi madre, a pesar de haberme enamorado de una bruja. Yo lo hice a él, hace más de doscientos años. Y estoy orgulloso de él y de lo que ha hecho con su vida.

—Pero tú no querías que él me sacara sangre en el laboratorio —dije frunciendo el ceño—. Es tu hijo. ¿Por qué no podías confiar en él respecto a este asunto? —Se supone que los padres confían en sus hijos.

—Fue hecho con mi sangre, querida mía —explicó Matthew, mostrándose paciente y posesivo al mismo tiempo—. Si yo te encuentro tan irresistible, ¿por qué

no le iba a ocurrir lo mismo a él? Recuérdalo, ninguno de nosotros es inmune al atractivo de la sangre. Podría confiar en él más que en un desconocido, pero nunca estaré del todo a gusto cuando algún vampiro ande demasiado cerca de ti.

—¿Ni siquiera Marthe? —Me sentí muy sorprendida. Yo confiaba absolutamente en Marthe.

—Ni siquiera Marthe —aseguró con firmeza—. Aunque, en realidad, tú no eres su tipo. Ella prefiere la sangre de criaturas mucho más corpulentas.

—No tienes que preocuparte por Marthe, ni por Ysabeau tampoco. —Me mostré igualmente firme.

—Ten cuidado con mi madre —advirtió Matthew—. Mi padre me dijo que nunca le diera la espalda, y tenía razón. Siempre se ha sentido fascinada por las brujas y os tiene envidia. En ciertas circunstancias y en determinado estado de ánimo… —Sacudió la cabeza.

—Además está lo que ocurrió con Philippe. —Matthew se quedó helado—. Estoy viendo cosas ahora, Matthew. Vi que Ysabeau te hablaba sobre las brujas que capturaron a tu padre. No tiene motivos para confiar en mí, pero me dejó entrar en su casa de todos modos. La verdadera amenaza es la Congregación. Y no habría peligro por parte de ellos si me haces vampiro.

Su cara se ensombreció.

—Mi madre y yo vamos a tener que mantener una larga charla sobre algunos temas de conversación apropiados.

—No puedes mantener el mundo de los vampiros, tu mundo, lejos de mí. Estoy en él. Tengo que saber cómo funciona y cuáles son las reglas. —Mi mal genio se expandió, la furia se deslizó por mis brazos hacia mis uñas, donde estalló en forma de arcos de fuego azul.

Matthew abrió los ojos desmesuradamente.

—Vosotros no sois las únicas criaturas que asustan por aquí. —Agité mis manos encendidas entre nosotros hasta que el vampiro sacudió la cabeza—. De modo que deja de mostrarte heroico y hazme partícipe de tu vida. No quiero estar con sir Lancelot. Sé tú mismo…, Matthew Clairmont. Completo, con tus afilados dientes de vampiro y tu aterradora madre, tus probetas llenas de sangre y tu ADN, tu irritante autoritarismo y tu exasperante sentido del olfato.

Cuando hube soltado todo eso, las chispas azules se retiraron de las puntas de mis dedos. Esperaron, en algún lugar a la altura de mis codos, para el caso de que volviera a necesitarlas.

—Si me acerco —dijo Matthew con tono despreocupado, como quien pregunta la hora o se interesa por el tiempo—, ¿te volverás de color azul otra vez, o eso es todo por ahora?

—Creo que he terminado por el momento.

—¿Crees? —Enarcó de nuevo su ceja.

—Tengo todo perfectamente controlado —dije con más convicción, recordando con pesar el agujero en su alfombra, en Oxford.

Matthew puso sus brazos alrededor de mí en un instante.

—¡Ay! —me quejé cuando aplastó mis codos sobre mis costillas.

—Vas a conseguir que me salgan canas (algo imposible entre los vampiros, dicho sea de paso) con tu coraje, con tus manos como petardos y las cosas imposibles que dices. —Para asegurarse de estar a salvo de esto último, Matthew me besó intensamente. Cuando terminó, yo no tenía muchas ganas de decir nada, sorprendente o no. Tenía mi oreja apoyada sobre su esternón, esperando pacientemente a que su corazón latiera. Cuando lo hizo, le di un apretón de satisfacción, feliz de no ser la única cuyo corazón estaba lleno.

—Tú ganas, *ma vaillante fille* —dijo, acunándome contra su cuerpo—. Trataré…, trataré de no mimarte tanto. Y tú no debes subestimar lo peligrosos que pueden ser los vampiros.

Era difícil poner las palabras «peligro» y «vampiro» en un mismo pensamiento mientras estaba abrazada con tanta firmeza a él. *Rakasa* nos miró con indulgencia con la hierba saliéndole por ambos lados de la boca.

—¿Has terminado? —Incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Si me estás preguntando si tengo que seguir cazando, la respuesta es no.

—*Rakasa* va a explotar. Ha estado comiendo hierba durante bastante tiempo. Y ella no puede llevarnos a los dos. —Mis manos se apoderaron de las caderas y las nalgas de Matthew.

La respiración se detuvo en su garganta, emitiendo un tipo de ronroneo muy diferente al que hacía cuando estaba enfadado.

—Tú montas y yo caminaré a tu lado —sugirió después de otro largo beso.

—Caminemos los dos. —Después de haber pasado horas sobre el animal, no tenía demasiadas ganas de volver a montar a *Rakasa*.

Anochecía cuando Matthew nos condujo a través de los portones de acceso del *château*. Sept-Tours estaba totalmente iluminado, con todas las lámparas encendidas a manera de saludo silencioso.

—El hogar —dije, y mi corazón se alegró al verlo.

Matthew me miró a mí en lugar de mirar a la casa, y sonrió.

—El hogar.

Capítulo 28

A salvo, de vuelta en el *château,* comimos en la sala del ama de llaves delante de un llameante fuego.

—¿Dónde está Ysabeau? —le pregunté a Marthe cuando me trajo una taza de té recién hecho.

—Fuera —dijo, y regresó a la cocina.

—Fuera, ¿dónde?

—Marthe —llamó Matthew—, estamos tratando de no ocultarle cosas a Diana.

Ella se volvió y lanzó una mirada furiosa. No pude determinar si estaba dirigida a él, a su madre ausente o a mí.

—Ha ido al pueblo a ver a ese sacerdote. Al alcalde también. —Marthe se detuvo, vaciló y empezó otra vez—: Luego iba a limpiar.

—¿Limpiar qué? —pregunté.

—El bosque. Las colinas. Las cuevas. —Marthe parecía pensar que esta explicación era suficiente, pero miré a Matthew en busca de una aclaración.

—Marthe a veces confunde «limpiar» con «despejar». —La luz del fuego iluminó las aristas de su pesada copa. Estaba tomando un poco de un vino joven de la vecindad, pero no bebía tanto como de costumbre—. Parece que *maman* ha salido para asegurarse de que no haya ningún vampiro acechando en las cercanías de Sept-Tours.

—¿Está buscando a alguien en particular?

—A Domenico, por supuesto. Y a uno de los otros vampiros de la Congregación, Gerberto. Él es también de Auvernia, de Aurillac. Buscará en alguno de sus escondites sólo para asegurarse de que no esté cerca.

—Gerberto… de Aurillac? El famoso Gerberto de Aurillac, el papa del siglo X que, según se dice, tenía una cabeza de bronce que pronunciaba oráculos? —El hecho de que Gerberto fuera un vampiro y hubiera sido en otro tiempo papa me interesaba mucho menos que su fama como estudioso de la ciencia y la magia.

—Siempre olvido que sabes mucha historia. Haces avergonzar hasta a los vampiros. Sí, ese Gerberto. Además —advirtió—, me gustaría mucho que no te cruzaras en su camino. Si llegas a encontrarte con él, nada de hacerle preguntas sobre medicina árabe o astronomía. Siempre ha sido codicioso cuando se trata de brujas y de magia. —Matthew me miró posesivamente.

—¿Ysabeau lo conoce?

—Ah, sí. Fueron muy amigos durante un tiempo. Si está en algún lugar cerca de

aquí, ella lo encontrará. Pero no te preocupes, no va a venir al *château* —me aseguró Matthew—. Sabe que no es bienvenido. Tú permanece dentro de las murallas a menos que uno de nosotros esté contigo.

—No te preocupes, no saldré de la propiedad. —Gerberto de Aurillac no era alguien con el que me gustaría tropezar inesperadamente.

—Sospecho que Ysabeau está tratando de disculparse por su comportamiento. —La voz de Matthew era neutra, pero todavía estaba enfadado.

—Vas a tener que perdonarla —dije otra vez—. Ella no quería hacerte daño.

—No soy un niño, Diana, y mi madre no tiene que protegerme de mi propia esposa. —Siguió haciendo girar su copa hacia un lado y hacia otro. La palabra «esposa» resonó en la habitación durante unos instantes.

—¿Me he perdido algo? —pregunté finalmente—. ¿Cuándo nos hemos casado?

Matthew levantó la mirada.

—En el momento en que volví a casa y dije que te amaba. Quizás no pueda demostrarlo ante un tribunal, pero en lo que a los vampiros se refiere, estamos casados.

—¿No fue cuando te dije que te amaba ni cuando me dijiste por teléfono que me amabas…, sino que eso ocurrió cuando volviste a casa y me lo dijiste personalmente? —Esto era algo que requería precisión. Estaba planeando abrir un nuevo archivo en mi ordenador con un título que dijera: «Frases que suenan de una manera para las brujas, pero significan otra cosa para los vampiros».

—Los vampiros se aparean igual que los leones o los lobos —explicó, hablando como un científico en un documental de la televisión—. La hembra selecciona a su compañero, y una vez que el macho está de acuerdo, se cierra el trato. Quedan unidos de por vida, y el resto de la comunidad reconoce ese lazo.

—¡Ah! —exclamé débilmente. Volvíamos a los lobos noruegos.

—Sin embargo, nunca me gustó la palabra «aparear». Me suena a algo impersonal, como si uno estuviera tratando de ordenar pares de calcetines o de zapatos. —Matthew dejó su copa y cruzó los brazos, apoyándolos en la superficie marcada de la mesa—. Pero tú no eres un vampiro. ¿Te molesta que piense en ti como mi esposa?

Un pequeño ciclón azotó el interior de mi cerebro mientras trataba de calcular lo que mi amor por Matthew tenía que ver con los miembros más mortíferos del reino animal y una institución social por la cual nunca me había sentido particularmente entusiasmada. En aquel remolino no había señales de advertencia ni postes indicadores para ayudarme a encontrar mi camino.

—Y cuando dos vampiros se aparean —intervine, cuando pude hacerlo—, ¿se espera que la hembra obedezca al macho, tal como ocurre con el resto de la manada?

—Eso me temo —respondió, mirándose las manos.

—Hum. —Entrecerré los ojos mientras observaba la cabeza oscura e inclinada—. ¿Y qué obtengo yo de este arreglo?

—Amor, honor, protección, sustento —dijo, atreviéndose por fin a mirarme a los ojos.

—Eso suena totalmente a ritual de bodas medieval.

—Un vampiro escribió esa parte de la liturgia. Pero no voy a hacer que me obedezcas —se apresuró a asegurarme con el rostro serio—. Eso fue incluido para dejar contentos a los humanos.

—A los hombres por lo menos. No imagino que eso cause sonrisas en los rostros de las mujeres.

—Probablemente no —dijo, intentando una sonrisa irónica. Pero los nervios lo dominaron y se convirtió en una expresión de preocupación. Dirigió la mirada a sus manos.

El pasado parecía gris y frío sin Matthew. Y el futuro prometía ser mucho más interesante con él incluido. Por breve que hubiera sido nuestro noviazgo, sin ninguna duda me sentía muy ligada a él. Y, dado el comportamiento de manada de los vampiros, no iba a ser posible cambiar la obediencia por algo más progresista, me llamara «esposa» o no.

—Creo que debo señalar, esposo mío, que, en rigor, tu madre no te estaba protegiendo de tu esposa. —Las palabras «esposo» y «esposa» resultaban extrañas en mi lengua—. Yo no era tu esposa, según los términos establecidos aquí, hasta que no volviste a casa. Era tan sólo una criatura a la que dejaste como un paquete sin dirección postal. Teniendo en cuenta eso, no me ha ido tan mal.

Una sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

—¿Tú crees? Entonces supongo que debo honrar tus deseos y perdonarla. —Buscó mi mano y la llevó a su boca, rozando los nudillos con sus labios—. He dicho que eras mía, y hablaba en serio.

—Ésa es la razón por la que Ysabeau estaba tan disgustada ayer por nuestro beso en la explanada de acceso. —Eso explicaba tanto la cólera de ella como su brusca rendición—. Una vez que estuvieras conmigo, no había marcha atrás.

—No para un vampiro.

—Ni tampoco para una bruja.

Matthew cortó la creciente tensión que flotaba en el aire lanzando una intencionada mirada a mi cuenco vacío. Yo había devorado tres raciones de estofado, a pesar de que insistía todo el tiempo en que no tenía hambre.

—¿Has terminado? —preguntó.

—Sí —mascullé, molesta por haber sido descubierta.

Todavía era temprano, pero mis bostezos ya habían comenzado. Encontramos a Marthe frotando una gran mesa de madera con una fragante mezcla de agua

hirviendo, sal marina y limones, y le dimos las buenas noches.

—Ysabeau regresará pronto —le dijo Matthew.

—Estará fuera toda la noche —respondió Marthe en tono misterioso, levantando la vista de sus limones—. Me quedaré aquí.

—Como quieras, Marthe. —La cogió por el hombro durante un momento.

Mientras subíamos por las escaleras a su estudio, Matthew me contó la historia de dónde había comprado su ejemplar del libro de anatomía de Vesalius y lo que pensó cuando vio las ilustraciones por primera vez. Me dejé caer en el sofá con el libro en cuestión y miré alegremente las imágenes de cadáveres despellejados, demasiado cansada como para concentrarme en el *Aurora Consurgens*, mientras que Matthew respondía a su correo electrónico. El cajón escondido en su escritorio estaba bien cerrado, como noté aliviada.

—Voy a darme un baño —informé una hora después, levantándome y estirando mis músculos rígidos como preparación para subir más escaleras. Necesitaba estar un rato a solas para pensar a fondo las implicaciones de mi nuevo estatus como esposa de Matthew. La idea del matrimonio era bastante abrumadora. Al mezclar la actitud posesiva del vampiro con mi propia ignorancia sobre lo que estaba ocurriendo, la ocasión parecía ser ideal para un momento de reflexión.

—Subiré dentro de un momento —dijo Matthew, levantando ligeramente la vista del brillo de la pantalla de su ordenador.

El agua del baño estaba tan caliente y era tan abundante como siempre, y me hundí en la bañera con un gemido de placer. Marthe había estado por allí haciendo posible su magia de velas y fuego. Notaba acogedora la habitación, aunque no estuviera caldeada por completo. Dejé que mi mente vagara a través de un repaso satisfactorio de los logros del día. Controlar la situación era mejor que dejar que ocurrieran hechos aleatorios.

Todavía estaba yo metida en el agua de la bañera, con el pelo cayendo en una cascada pajiza sobre el borde, cuando oí que alguien golpeaba con suavidad la puerta. Matthew la abrió sin esperar mi respuesta. Me senté sobresaltada, y pronto volví a meterme en el agua cuando él entró.

Cogió una de las toallas y la abrió como una vela en el viento. Sus ojos habían adquirido un color gris profundo.

—Ven a la cama —dijo con su voz ronca.

Me senté dentro del agua durante unos cuantos latidos de mi corazón, tratando de leer la expresión de su cara. Matthew permaneció inmóvil pacientemente mientras duró mi examen, con la toalla extendida. Después de respirar hondo, me puse de pie y el agua comenzó a deslizarse sobre mi cuerpo desnudo. Las pupilas de Matthew se dilataron de golpe y su cuerpo se mantuvo inmóvil. Luego dio un paso hacia atrás para dejarme salir de la bañera antes de envolverme con la toalla.

La sujeté contra mi pecho sin apartar mis ojos de él. Como no vacilaron, dejé caer la toalla y la luz de las velas brilló sobre la piel húmeda. Sus ojos no se apartaron de mi cuerpo y su recorrido lento y frío envió un escalofrío de expectación por mi columna vertebral. Me atrajo hacia él sin decir una palabra y sus labios se movieron sobre mi cuello y mis hombros. Matthew aspiró mi perfume y sus dedos largos y fríos levantaron mi pelo para dejar libre el cuello y la espalda. Ahogué un gemido cuando su pulgar se detuvo sobre el pulso en mi garganta.

—Dieu, qué hermosa eres —murmuró—, y tan llena de vida…

Empezó a besarme otra vez. Por debajo de su camiseta mis cálidos dedos se movieron sobre su piel fría y suave. Matthew se estremeció. Igual reacción que la mía a sus dedos fríos cuando comenzó a tocarme. Sonreí sobre su boca ocupada y se detuvo con una pregunta en el rostro.

—Es una sensación agradable, ¿verdad? cuando se encuentran la frialdad y la calidez de nuestros cuerpos.

Matthew se rió y el sonido fue tan profundo y grisáceo como sus ojos. Con mi ayuda, su camisa subió para salir por encima de sus hombros. Empecé a doblarla cuidadosamente. Él me la arrebató, hizo una pelota con ella y la arrojó a un rincón.

—Después —dijo él con impaciencia mientras movía de nuevo sus manos sobre mi cuerpo. El contacto de mi piel por primera vez con otra piel, cálida y fría, en un encuentro de opuestos.

Fue mi turno de reír, encantada por el modo perfecto en que coincidían nuestros cuerpos. Recorrí su columna vertebral y mis dedos subieron y bajaron por su espalda hasta que invitaron a Matthew a zambullirse para encontrar el hueco de mi garganta y las puntas de mis pechos con sus labios.

Mis rodillas empezaron a aflojarse y me agarré de su cintura para sostenerme. Más desigualdad. Dirigí mis manos hacia la parte delantera de sus suaves pantalones del pijama y desataron el cordón que los sostenía. Dejó de besarme el tiempo suficiente como para dirigirme una mirada penetrante. Sin interrumpir esa mirada, aflojé la tela suelta sobre sus caderas y dejé que se deslizara hacia abajo.

—Eso es —dije en voz baja—. Ahora estamos iguales.

—Todavía falta mucho —replicó Matthew moviendo las piernas para librarse de la tela.

Casi dejé escapar un gemido, pero me mordí el labio en el último momento para evitar el ruido. Sin embargo, abrí los ojos desmesuradamente al verlo. Las partes de él que no habían sido visibles para mí eran tan perfectas como las que ya había visto. Ver a Matthew desnudo y brillante era como presenciar una escultura clásica que cobra vida.

Sin decir una palabra, me cogió de la mano y me llevó hacia la cama. De pie junto a las cortinas que la encerraban, apartó la colcha y las sábanas a un lado y me levantó

para dejarme sobre el elevado colchón. Se metió en la cama después de mí. Una vez que estuvo conmigo bajo las mantas, permaneció de costado con la cabeza apoyada en la mano. Como su posición al final de la clase de yoga, ésta era otra pose que me recordaba a las efigies de los caballeros medievales en las iglesias inglesas.

Levanté las sábanas hasta mi barbilla, consciente de las partes de mi propio cuerpo que estaban muy lejos de ser perfectas.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño.

—Estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—¿Por qué?

—Nunca he tenido antes relaciones sexuales con un vampiro.

Matthew se mostró auténticamente escandalizado.

—Y no vas a tenerlas esta noche tampoco.

Me olvidé de la sábana y me alcé apoyándome sobre los codos.

—Te metes en mi baño, me observas cuando salgo desnuda y empapada, dejas que te desnude ¿y luego me dices que no vamos a hacer el amor esta noche?

—Ya te dije que no hay razón para que nos apresuremos. Las criaturas modernas están siempre aceleradas —susurró, llevando la sábana caída hasta mi cintura—. Llámame anticuado si quieres, pero deseo disfrutar de cada momento de nuestro noviazgo.

Traté de coger el borde de las mantas para cubrirme con ellas, pero sus reflejos eran más rápidos que los míos. Empujó la sábana lentamente más abajo, fuera de mi alcance, y lanzó una minuciosa mirada.

—¿Noviazgo? —grité indignada—. Ya me has traído flores y vino. Ahora eres mi marido, o por lo menos eso es lo que has dicho hoy. —Retiré con un solo movimiento las sábanas de su torso. Mi pulso se aceleró otra vez al verlo.

—Como historiadora debes saber que son muchas las bodas que no se consuman de inmediato. —Su atención se detuvo en mis caderas y mis muslos, haciendo que se pusieran fríos y luego cálidos, de una manera absolutamente agradable—. En algunos casos se requieren años de noviazgo.

—La mayoría de esos *noviazgos* condujeron a derramamientos de sangre y lágrimas. —Puse un ligero énfasis en la palabra en cuestión. Matthew sonrió y me acarició el pecho con sus dedos ligeros como plumas hasta que un entrecortado gemido mío lo hizo ronronear con satisfacción.

—Te prometo no derramar sangre si tú prometes no llorar.

Fue más fácil ignorar sus palabras que sus dedos.

—¡El príncipe Arturo y Catalina de Aragón! —exclamé triunfalmente, encantada con mi habilidad para recordar información histórica relevante en esas condiciones con tantas distracciones—. ¿Los conociste?

—A Arturo no. Yo estaba en Florencia. Pero a Catalina sí. Era casi tan valiente

como tú. Hablando del pasado —Matthew deslizó el dorso de su mano por mi brazo —, ¿conoces la antigua costumbre inglesa del *bundling?*

Me giré sobre un costado y pasé la punta de mi dedo lentamente por su mandíbula.

—Conozco esa costumbre. Pero tú no eres inglés y tampoco eres menonita. ¿Me estás diciendo que, al igual que los votos matrimoniales, la práctica de que dos personas se metan en la cama para conversar toda la noche pero sin tener relaciones sexuales fue inventada por los vampiros?

—Las criaturas modernas no solamente tienen prisa, sino que además están excesivamente enfocadas al acto sexual. Ésa es una definición demasiado clínica y estrecha. Hacer el amor debe ser algo relacionado con la intimidad, con conocer el cuerpo del otro tanto como el tuyo.

—Responde a mi pregunta —insistí, incapaz de pensar con claridad en ese momento en que me estaba besando el hombro—: ¿Los vampiros inventaron el *bundling?*

—No —dijo en voz baja, con los ojos lanzando destellos mientras la punta de mi dedo pasaba por su barbilla. Lo mordisqueó con sus dientes. Tal como había prometido, no derramó sangre—. Hace mucho tiempo, era algo que todos hacíamos. Los holandeses y luego los ingleses inventaron la variante de poner tablas entre los miembros de la futura pareja. El resto de nosotros lo hacía a la antigua usanza…, simplemente nos envolvíamos en mantas, encerrados en una habitación al anochecer para abandonarla al amanecer.

—Eso suena espantoso —dije con severidad. Su atención bajó por mi brazo y sobre la curva de mi vientre. Traté de apartarme con un movimiento, pero su mano libre me cogió por la cadera, inmovilizándome—. ¡Matthew! —protesté.

—Tal como lo recuerdo —dijo, como si yo no hubiera hablado—, era una manera muy agradable de pasar una larga noche de invierno. La parte más difícil era parecer inocente al día siguiente.

Sus dedos jugaron sobre mi vientre, haciendo que el corazón saltara en mi pecho. Miré el cuerpo de Matthew con interés, escogiendo mi próximo blanco. Detuve mi boca en su clavícula mientras mi mano serpenteó descendiendo por encima de su vientre plano.

—Estoy segura de que algo dormían —dije cuando él consideró necesario coger mi mano y sujetarla durante varios minutos. Con mi cadera libre, apreté todo mi cuerpo contra él. Su cuerpo respondió, y mi cara mostró mi satisfacción ante su reacción—. Nadie puede hablar toda la noche.

—¡Ah, pero los vampiros no necesitan dormir! —me recordó, justo antes de apartarse, doblar la cabeza y depositar un beso debajo de mi esternón.

Le agarré la cabeza y lo levanté.

—Sólo hay un vampiro en esta cama. ¿Es así como imaginas que me vas a mantener despierta?

—Desde el primer momento en que te vi no he imaginado casi ninguna otra cosa. —Los ojos de Matthew brillaron oscuros cuando bajó la cabeza. Mi cuerpo se arqueó hacia arriba para encontrar su boca. Pero él, suavemente aunque con firmeza, me apoyó sobre mi espalda, agarrando mis dos muñecas con su mano derecha e inmovilizándolas sobre la almohada.

Matthew sacudió la cabeza.

—Sin apresurarse, ¿recuerdas?

Yo estaba acostumbrada a la clase de sexo que implica alivio físico sin demoras innecesarias ni complicaciones emocionales superfluas. Como una atleta que pasaba gran parte de mi tiempo con otros atletas, conocía bien mi cuerpo y sus necesidades, y generalmente había alguien por ahí que me ayudaba a satisfacerlas. Nunca mis relaciones sexuales ni mi elección de pareja fueron casuales, pero la mayoría de mis experiencias habían sido con hombres que compartían mi actitud franca y se contentaban con disfrutar algunos ardientes encuentros para luego volver a ser amigos otra vez, como si nada hubiera ocurrido.

Matthew estaba dejando claro que esos días y esas noches eran cosa del pasado. Con él ya no iba a haber sexo puro, y yo no conocía otra cosa. Podría haber sido virgen perfectamente. Mis profundos sentimientos por él estaban ligados inseparablemente a las respuestas de mi cuerpo, sus dedos y boca los iban uniendo con nudos complicados y difíciles.

—Tenemos todo el tiempo que necesitamos —dijo, acariciando la parte interna de mis brazos con las puntas de sus dedos, entretejiendo el amor y el anhelo físico hasta que sentí mi cuerpo tenso.

Matthew se dedicó a estudiarme con la actitud embelesada de un cartógrafo que se encuentra en las orillas de un nuevo mundo. Traté de imitarlo y descubrir su cuerpo mientras él investigaba el mío, pero me sujetó las muñecas firmemente contra la almohada. Cuando empecé a quejarme en serio sobre la injusticia de esa situación, encontró una manera eficaz de hacerme callar. Sus dedos fríos se hundieron entre mis piernas y tocaron los únicos centímetros de mi cuerpo que seguían inexplorados.

—Matthew —susurré—, no creo que eso tenga que ver con el *bundling*.

—En Francia sí —dijo con suficiencia y un brillo pícaro en los ojos. Soltó mis muñecas, convencido, con toda la razón, de que ya no habría ningún intento de escaparme, y tomé su cara entre mis manos. Nos besamos, larga y profundamente, mientras mis piernas se abrían como las tapas de un libro. Los dedos de Matthew persuadieron, provocaron y bailaron entre ellas hasta que el placer fue tan intenso que me dejó temblando.

Me sostuvo hasta que los temblores se fueron desvaneciendo y mi corazón volvió

a su ritmo normal. Cuando finalmente recuperé la energía suficiente como para mirarlo, él tenía la expresión presumida de un gato.

—¿Qué es lo que piensa ahora del *bundling* la historiadora? —preguntó.

—Es mucho menos puro moralmente de lo que se asegura en la literatura erudita —dije, tocándole los labios con mis dedos—. Si esto es lo que los amish menonitas hacen por la noche, no me sorprende que no necesiten televisión.

Matthew se rió entre dientes, sin que la expresión de satisfacción abandonara su rostro.

—¿Tienes sueño ahora? —quiso saber, pasando sus dedos por entre mi pelo.

—Oh, no. —Lo empujé para acostarlo de espaldas. Cruzó las manos debajo de la cabeza y me miró con otra gran sonrisa—. Para nada. Además, es mi turno.

Lo estudié con la misma intensidad que él me había prodigado. Mientras subía lentamente por el hueso de su cadera, una sombra blanca con forma de triángulo atrajo mi atención. Estaba muy por debajo de la superficie de su piel suave y perfecta. Con el ceño fruncido, miré por encima de su pecho. Había más marcas extrañas, algunas con forma de copos de nieve, otras en líneas entrecruzadas. Ninguna de ellas estaba sobre la piel, sin embargo. Estaban todas en lo más profundo, dentro de él.

—¿Qué es esto, Matthew? —Toqué un copo de nieve particularmente grande bajo su clavícula izquierda.

—Es sólo una cicatriz —dijo, estirando el cuello para ver—. Ésa fue hecha con la punta de una espada ancha de dos filos. Tal vez en la Guerra de los Cien Años. No puedo recordarlo.

Me deslicé hasta subirme a su cuerpo para ver mejor, apretando mi cálida piel contra él, y suspiró con satisfacción.

—¿Una cicatriz? Date la vuelta.

Hizo breves ruidos de placer mientras mis manos le recorrían la espalda.

—Oh, Matthew. —Mis peores temores se convirtieron en realidad. Había docenas, si no centenares, de marcas. Me arrodillé y empujé la sábana hasta sus pies. Había marcas sobre sus piernas también.

Giró la cabeza.

—¿Qué pasa? —La expresión de mi cara era respuesta suficiente, y se dio la vuelta para incorporarse—. No es nada, *mon coeur*. Sólo mi cuerpo de vampiro, que resiste las lesiones.

—Hay tantas… —Había otra sobre la curva de los músculos donde su brazo se unía a los hombros.

—Te dije que los vampiros son difíciles de matar. A pesar de ello, las criaturas hacen todo lo posible por lograrlo.

—¿Te dolió cuando fuiste herido?

—Tú sabes que siento el placer. ¿Por qué no el dolor también? Sí, me dolió. Pero

se curaron rápidamente.

—¿Por qué no las he visto antes?

—Tiene que haber una luz adecuada, y hay que mirar bien. ¿Te molestan? —preguntó Matthew con tono vacilante.

—¿Las cicatrices en sí? —Sacudí la cabeza—. No, por supuesto que no. Sólo quiero salir a perseguir a todas las personas que te las hicieron.

Como el Ashmole 782, el cuerpo de Matthew era un palimpsesto con su piel brillante que oscurecía el relato de su vida insinuado por todas aquellas cicatrices. Temblé ante la idea de las batallas que Matthew ya había librado, en guerras declaradas y no declaradas.

—Ya has peleado demasiado. —Mi voz tembló con enfado y remordimiento—. Ya es suficiente.

—Es un poco tarde para eso, Diana. Soy un guerrero.

—No. No lo eres —dije con firmeza—. Eres un científico.

—He sido guerrero durante más tiempo. Soy difícil de matar. He aquí la prueba. —Señaló su largo cuerpo blanco. Como pruebas de su indestructibilidad, las cicatrices resultaban extrañamente reconfortantes—. Además, la mayoría de las criaturas que me hirieron hace mucho que desaparecieron. Tendrás que abandonar ese deseo de venganza.

—¿Con qué lo voy a reemplazar? —Alcé las sábanas por encima de mi cabeza, formando una tienda de campaña. Luego sólo hubo silencio, salvo por algún entrecortado y ocasional suspiro de Matthew, el crujido de los troncos en la chimenea y, en su momento, su propio grito de placer. Metida debajo de su brazo, puse mi pierna sobre la suya. Matthew bajó la mirada hacia mí, con un ojo abierto y otro cerrado.

—¿Esto es lo que están enseñando en Oxford en estos tiempos? —preguntó.

—Es magia. Nací sabiendo cómo hacerte feliz. —Mi mano descansaba sobre su corazón, encantada de haber comprendido instintivamente dónde y cómo tocarlo, cuándo ser suave y cuándo dejar que mi pasión fluyera libremente.

—Si es magia, entonces estoy todavía más encantado de compartir el resto de mi vida con una bruja —aseguró, mostrándose tan contento como yo.

—Querrás decir el resto de *mi vida*, no el resto de la tuya.

Matthew se quedó sospechosamente silencioso, y me erguí para ver su expresión.

—Esta noche me siento como si tuviera treinta y siete años. Y lo que es más importante, el año que viene sentiré como si tuviera treinta y ocho.

—No comprendo —dije con cierto recelo.

Me atrajo otra vez hacia él y puso mi cabeza bajo su barbilla.

—Durante más de mil años, he estado fuera del tiempo, viendo pasar los días y los años. Desde que estoy contigo, soy consciente de su paso. Es fácil para los

vampiros olvidar tales cosas. Ésa es una de las razones por las que Ysabeau está tan obsesionada con leer los periódicos…, para no olvidar que siempre hay cambio, aunque el tiempo no la cambie a ella.

—¿Nunca te has sentido así antes?

—Unas cuantas veces, muy fugazmente. Una o dos veces en alguna batalla, cuando temí estar a punto de morir.

—Entonces es por el peligro, no precisamente por el amor. —Una nube fría de miedo se apoderó de mí ante esa manera tan concreta y práctica de hablar de la guerra y de la muerte.

—Mi vida ahora tiene un principio, un medio y un fin. Todo lo anterior no fue más que el preámbulo. Ahora te tengo a ti. Un día tú desaparecerás y mi vida habrá acabado.

—No necesariamente —me apresuré a decir—. Yo sólo tengo un puñado de décadas por delante…, pero tú podrías continuar para siempre. —Un mundo sin Matthew era inimaginable.

—Ya veremos —dijo en voz baja, acariciándome el hombro.

De pronto, su seguridad fue la máxima preocupación para mí.

—¿Tendrás cuidado?

—Nadie ve tantos siglos como los que yo he visto sin tener cuidado. Siempre tengo cuidado. Ahora más que nunca, pues es mucho lo que tengo que perder.

—Yo prefiero haber tenido este momento contigo…, sólo esta noche, y no siglos con otra persona —susurré.

Matthew consideró mis palabras.

—Supongo que si he tardado solamente algunas semanas en volver a sentir que tenía treinta y siete años otra vez, podría llegar al punto en el que un momento contigo sea suficiente —dijo, abrazándome más contra su cuerpo—. Pero esta conversación es demasiado seria para una cama de matrimonio.

—Creía que la conversación era el objetivo del *bundling* —dije remilgadamente.

—Depende de quién sea al que se pregunta…, a los que realizan el *bundling* o a los que se les encierra para que lo practiquen. —Empezó a pasar su boca bajando de mi oreja hacia mis hombros—. Además, tengo otra parte de la ceremonia de bodas medieval sobre la que me gustaría hablar contigo.

—¿Ah, sí, esposo? —Le mordí con suavidad la oreja al pasar.

—No hagas eso —dijo, con falsa severidad—. Nada de morder en la cama. —De todos modos, lo hice otra vez—. A lo que me refería era a la parte de la ceremonia en la que la obediente esposa — continuó mirándome con doble intención— promete ser «hermosa y generosa en el lecho y en la comida». ¿Cómo piensas cumplir esa promesa? —Hundió su cara entre mis pechos como si pudiera encontrar en ellos la respuesta.

Después de varias horas más hablando de la liturgia medieval, yo tenía una nueva visión de las ceremonias en la iglesia así como de las costumbres folclóricas. Y estar con él de este modo resultaba más íntimo de lo que nunca había estado con ninguna otra criatura.

Relajada y a gusto, me acurruqué contra el cuerpo ya bien conocido de Matthew, de modo que mi cabeza descansara debajo de su corazón. Me acarició repetidamente el cabello hasta que me quedé dormida.

Fue justo antes del amanecer cuando me desperté con un sonido extraño que llegaba de la cama junto a mí, como grava que se mueve dentro de un tubo de metal.

Matthew estaba durmiendo… y roncando también. Se parecía todavía más a la efigie de un caballero sobre una lápida. Lo único que faltaba era el perro a sus pies y la espada ajustada a la cintura.

Lo cubrí con las mantas. No se movió. Le alisé el pelo hacia atrás, y él siguió respirando profundamente. Lo besé ligeramente en la boca y tampoco hubo reacción. Le sonreí a mi hermoso vampiro, que dormía como los muertos, y sentí que yo era la criatura más afortunada del planeta cuando me deslicé fuera de las mantas.

Fuera, las nubes todavía cubrían el cielo, pero en el horizonte eran lo suficientemente finas como para revelar pálidos rastros de rojo detrás de las capas grises. Podría ser en efecto un día claro, pensé estirándome ligeramente y volviéndome para mirar la silueta recostada de Matthew. Iba a estar inconsciente durante varias horas. Yo, por otro lado, me sentía inquieta y curiosamente rejuvenecida. Me vestí con rapidez, pues quería salir a los jardines y estar sola un rato.

Cuando terminé de vestirme, Matthew todavía estaba perdido en su extraño y tranquilo sueño.

—Estaré de vuelta antes de que te des cuenta —susurré al besarlo.

No había ninguna señal de Marthe ni de Ysabeau. En la cocina cogí una manzana del tazón preparado para los caballos y la mordí. La carne compacta de la manzana me dejó un gusto espléndido en la lengua.

Me deslicé hacia el jardín para pasear por los senderos de grava, absorbiendo los olores de las hierbas y las rosas blancas que brillaban a la luz de la primera hora de la mañana. Si no hubiera sido por mis ropas modernas, podría haber estado en el siglo XVI, con los ordenados arriates cuadrados y las cercas de sauce que se suponía que mantenían a raya a los conejos, aunque los vampiros habitantes del *château* eran indudablemente más efectivos que el insuficiente tejido de unas ramas entrelazadas para evitar que se acercaran.

Estiré la mano hacia abajo y pasé los dedos sobre las hierbas que crecían a mis pies. Una de ellas estaba en el té de Marthe. Ruda, me di cuenta con satisfacción, contenta de los conocimientos que había adquirido.

Una ráfaga del viento me envolvió y al pasar junto a mí soltó el mismo maldito mechón de pelo que no quería permanecer en su sitio. Lo arrastré de nuevo a su sitio, en el mismo momento en que un brazo me apartaba del suelo.

Con los oídos tapados, fui lanzada directamente al cielo.

El hormigueo apacible sobre mi piel me dijo lo que yo ya sabía: cuando mis ojos se abrieran, estaría mirando a una bruja.

Capítulo 29

Los ojos de mi captora eran de color azul brillante, situados oblicuamente sobre pómulos altos y fuertes, con un mechón de pelo platino. Vestía un grueso jersey de cuello alto tejido a mano y un par de vaqueros ajustados. No llevaba un vestido negro ni una escoba, pero era, de manera inconfundible, una bruja.

Con un despectivo chasquido de sus dedos, detuvo el sonido de mi grito antes de que se iniciara. Su brazo se movió hacia la izquierda, lo que hizo que nos desplazáramos más en línea horizontal que vertical por primera vez desde que me había arrancado del jardín en Sept-Tours.

Matthew se despertaría para descubrir que yo no estaba. Nunca se iba a perdonar por haberse quedado dormido, ni a mí por salir al jardín. «Idiota», me dije a mí misma.

—Sí, eres una idiota, Diana Bishop —dijo la bruja con un extraño acento en la voz.

Cerré de golpe las puertas imaginarias detrás de mis ojos que siempre habían mantenido alejados los esfuerzos invasores de brujas y daimones.

Se rió. Fue un sonido cristalino que me heló los huesos. Asustada y a cientos de metros por encima de la Auvernia, vacié mi mente con la esperanza de no dejar nada que ella pudiera encontrar una vez que violara mis inadecuadas defensas. Entonces me dejó caer.

A medida que el suelo se acercaba, mis pensamientos se organizaron alrededor de una sola palabra: «Matthew».

La bruja me atrapó entre sus manos apenas comencé a oler la tierra.

—Eres demasiado ligera para ser alguien que no puede volar. ¿Por qué no vuelas? —me preguntó.

En silencio recité la lista de reyes y reinas de Inglaterra para mantener mi mente vacía.

La bruja suspiró.

—No soy tu enemiga, Diana. Ambas somos brujas.

Los vientos cambiaron mientras la bruja volaba al suroeste, alejándose de Sept-Tours. Rápidamente me fui desorientando. El gran brillo de luces en la distancia podría ser Lyon, pero no nos dirigíamos allí. En cambio, nos internábamos cada vez más en las montañas… y no se parecían a los picos que Matthew me había señalado antes.

Bajamos hacia algo que parecía un cráter separado del campo circundante por

enormes barrancos y bosques espesos. Resultó ser las ruinas de un castillo medieval, con altas murallas y gruesos cimientos que se hundían muy profundamente en la tierra. Crecían árboles dentro de las cáscaras de los edificios abandonados hacía mucho tiempo, agrupados a la sombra de la fortaleza. El castillo no tenía una sola línea agradable ni nada que resultara atractivo. Había sólo una razón para su existencia: mantener alejado a cualquiera que deseara entrar. Los ignotos caminos de tierra que se extendían sobre las montañas eran el único lazo del castillo con el resto del mundo. Sentí que mi corazón se contraía.

La bruja movió sus pies para apuntar hacia abajo con los dedos del pie, y como yo no movía los míos, los obligó con otro chasquido de sus dedos. Los pequeños huesos se quejaron ante la fuerza invisible. Nos deslizamos por encima de lo que quedaba de los techos de tejas grises sin tocarlos y nos dirigimos hacia un pequeño patio central. De pronto mis pies se enderezaron y golpearon sobre el pavimento de piedra. El impacto vibró a través de mis piernas.

—Con el tiempo aprenderás a aterrizar más suavemente —dijo la bruja con total naturalidad.

Me resultaba imposible procesar el cambio en mis circunstancias. Hacía apenas unos momentos yo había estado acostada, somnolienta y satisfecha, en la cama con Matthew. Y de golpe estaba en un castillo frío y húmedo con una bruja extraña.

Cuando dos figuras pálidas salieron de las sombras, mi confusión se convirtió en terror. Uno era Domenico Michele. El otro personaje era desconocido para mí, pero el frío helado de su mirada me dijo que se trataba también de un vampiro. Una oleada de incienso y azufre lo identificó: se trataba de Gerberto de Aurillac, el papa vampiro.

Gerberto no era físicamente intimidante, pero el mal habitaba en su interior más profundo, lo cual hizo que instintivamente me encogiera. Indicios de esa oscuridad aparecían en sus ojos castaños, que miraban desde profundos huecos entre unos pómulos tan prominentes que la piel parecía estirada sobre ellos. La nariz era ligeramente aguileña y apuntaba a los finos labios que se curvaban en una sonrisa cruel. Con los ojos oscuros de ese vampiro fijos en mí, la amenaza que significaba Peter Knox perdía importancia.

—Gracias por indicarme este lugar, Gerberto —dijo la bruja amablemente mientras me mantenía junto a ella—. Tienes razón…, nadie me molestará aquí.

—Lo hago con placer, Satu. ¿Puedo examinar a tu bruja? —preguntó Gerberto en tono amable, dirigiéndose lentamente a derecha e izquierda como si estuviera buscando el mejor ángulo para observar un premio—. Es difícil, ya que ha estado con De Clermont, decir dónde empiezan los olores de ella y dónde terminan los de él.

Mi secuestradora lanzó una mirada de ira al oír el nombre de Matthew.

—Diana Bishop está ahora a mi cuidado. Ya no es necesaria tu presencia aquí.

La atención de Gerberto siguió fija en mí a medida que se aproximaba con pasos

cortos y mesurados. Su exagerada lentitud no hacía más que agudizar su actitud amenazadora.

—Es un libro extraño, ¿verdad, Diana? Hace mil años, lo obtuve de un gran mago en Toledo. Cuando lo traje a Francia, ya estaba envuelto en capas y capas de hechizos.

—A pesar de tus conocimientos de la magia, no puedes desvelar sus secretos. —El desprecio en la voz de la bruja era inconfundible—. El manuscrito no está ahora menos hechizado que entonces. Deja eso en nuestras manos.

Él siguió avanzando.

—El nombre de mi bruja era similar al tuyo…: Meridiana. No quería ayudarme a revelar los secretos del manuscrito, por supuesto. Pero mi sangre la convertía en mi esclava. —Estaba tan cerca en ese momento que el frío que emanaba de su cuerpo me congeló—. Cada vez que yo bebía de ella, pequeños elementos de su magia y fragmentos de sus conocimientos pasaban a mí. Pero eran frustrantemente fugaces. Tuve que regresar en busca de más. Ella se debilitó y fue fácil de controlar. —El dedo de Gerberto me tocó la cara—. Los ojos de Meridiana eran más o menos como los tuyos. ¿Qué viste, Diana? ¿Me lo vas a contar?

—¡Basta, Gerberto! —La voz de Satu fue casi un grito de advertencia, y Domenico gruñó.

—No creas que ésta es la última vez que me verás, Diana. Primero las brujas te meterán en vereda. Luego la Congregación decidirá qué hacer contigo. —Gerberto perforó mis ojos con los suyos, y movió su dedo sobre mi mejilla como una caricia—. Después de eso, serás mía. Por ahora —dijo con una ligera reverencia dirigida a Satu— es tuya.

Los vampiros se retiraron. Domenico miró hacia atrás, pues no quería marcharse. Satu esperó, con la mirada vacía, hasta que el ruido del choque entre el metal, la madera y la piedra indicó que habían abandonado el castillo. Sus ojos azules volvieron a estar atentos y los fijó en mí. Con un pequeño ademán liberó el hechizo que me había mantenido callada.

—¿Quién eres? —exclamé cuando me fue posible formar palabras otra vez.

—Mi nombre es Satu Järvinen —dijo, y comenzó a andar lentamente en círculo alrededor de mí, arrastrando una mano detrás de sí. Provocó un profundo recuerdo de otra mano que se había movido como la suya. Una vez Sarah había recorrido un sendero similar en el jardín trasero, allá en Madison, tratando de dominar a un perro perdido, pero en mi mente las manos no eran suyas.

Los talentos de Sarah no eran nada comparados con los que poseía esta bruja. Ya había dejado claro que era poderosa por la manera en que volaba. Pero era igualmente buena con los hechizos. Incluso en ese momento me retenía dentro de finos hilos mágicos que se extendían por todo el patio sin haber pronunciado una sola palabra.

Cualquier esperanza de una huida fácil desapareció.

—¿Por qué me has raptado? —pregunté, tratando de distraerla de su trabajo.

—Tratamos de hacerte ver lo peligroso que era Clairmont. Como brujas, no queríamos llegar a estos extremos, pero tú te negaste a escuchar. —Las palabras de Satu eran cordiales; su voz, cálida— . No te reuniste con nosotras en Mabon, ignoraste a Peter Knox. A medida que pasaban los días, ese vampiro se acercaba más. Pero ahora ya estás a salvo, fuera de su alcance.

Cada uno de mis instintos me advertía a gritos que había peligro.

—No es culpa tuya —continuó Satu, tocándome apenas en el hombro. Mi piel hormigueó y la bruja sonrió—. Los vampiros son tan seductores, tan simpáticos… Tú fuiste esclavizada por él, como Meridiana lo fue por Gerberto. No te culpamos por esto, Diana. Tuviste una infancia muy protegida. No era posible que lo vieras a él tal como es.

—No estoy esclavizada por Matthew —dije con firmeza. Más allá de la definición del diccionario, no tenía ni idea de qué podría significar eso, pero Satu lo hacía parecer como algo represivo.

—¿Estás segura? —preguntó amablemente—. ¿Nunca has probado una gota de su sangre?

—¡Por supuesto que no! —En mi infancia podría haber carecido de una gran instrucción en magia, pero no era una completa idiota. La sangre de vampiro es una sustancia poderosa y capaz de alterar la vida.

—¿No recuerdas ningún sabor a sal concentrada? ¿Ninguna fatiga anormal? ¿Nunca te has quedado profundamente dormida en su presencia, aunque no querías cerrar los ojos?

En el avión, viajando a Francia, Matthew se había tocado los labios con los dedos para luego rozar los míos. Había sentido sabor a sal entonces. Y cuando quise recordar, ya estábamos en Francia. Mi certeza vaciló.

—Ya veo. Entonces él sí te ha dado su sangre. —Satu sacudió la cabeza—. Eso no es bueno, Diana. Pensamos que podría sido así cuando nos enteramos de que te siguió de vuelta a la residencia universitaria en Mabon y trepó para entrar por tu ventana.

—¿De qué estás hablando? —La sangre se me congeló en las venas. Matthew nunca me daría su sangre. Ni tampoco iba a violar mi territorio. Si hubiera hecho esas cosas, seguramente habría habido una razón, y lo habría hablado conmigo.

—La noche en que os conocisteis, Clairmont te siguió hasta tus habitaciones. Se introdujo por una ventana abierta y estuvo allí varias horas. ¿No te despertaste? Si no lo hiciste, seguramente fue porque él usaría su sangre para mantenerte dormida. ¿De qué otra manera podemos explicarlo?

Mi boca se había llenado aquella noche del sabor a clavo. Cerré los ojos para

evitar el recuerdo, y el dolor que lo acompañaba.

—Esta relación no ha sido más que un elaborado engaño, Diana. Matthew Clairmont sólo perseguía una cosa: el manuscrito perdido. Todo lo que el vampiro ha hecho y todas las mentiras que ha dicho a lo largo de este tiempo no han sido más que medios para ese fin.

—No. —Era imposible. No podía haber estado mintiéndome la noche anterior, cuando estábamos el uno en brazos del otro.

—Sí. Lamento tener que decirte estas cosas, pero no nos has dejado otra alternativa. Tratamos de mantenerte alejada de él, pero eres muy terca.

«Igual que mi padre», pensé. Entrecerré los ojos.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo?

—Una bruja no puede mentirle a otra bruja. Somos hermanas, después de todo.

—¿Hermanas? —pregunté, y mi desconfianza aumentó—. Tú eres exactamente como Gillian…, finges hermandad mientras recoges información y tratas de envenenar mi mente contra Matthew.

—Entonces sabes lo de Gillian —dijo Satu, con un cierto tono lastimero.

—Sé que me ha estado vigilando.

—¿Sabes que ha muerto? —La voz de Satu sonó de pronto cruel.

—¿Qué? —El suelo pareció inclinarse, y sentí que me deslizaba por esa súbita pendiente.

—Clairmont la mató. Por eso te sacó de Oxford tan rápidamente. Se trata de otra muerte inocente más que no hemos podido mantener lejos de la prensa. ¿Qué fue lo que dijeron los titulares? Ah, sí: «Joven erudita estadounidense muere en el extranjero, donde realizaba investigaciones». —Satu curvó los labios en una sonrisa maliciosa.

—No. —Sacudí la cabeza—. Matthew no puede haberla matado.

—Te aseguro que sí lo hizo. Sin duda la interrogó primero. Al parecer, los vampiros nunca se han enterado de que matar al mensajero carece de sentido.

—La fotografía de mis padres. —Matthew podría haber matado al que me hubiese mandado esa foto, fuese quien fuese.

—Fue una torpeza que Peter te la enviara y poco cuidadoso por su parte dejar que Gillian la entregara —continuó Satu—. Pero Clairmont es demasiado listo como para dejar pruebas. Hizo que pareciera un suicidio y dejó su cuerpo apoyado como una tarjeta de visita contra la puerta de la habitación de Peter en el hotel Randolph.

Gillian Chamberlain no había sido amiga mía precisamente, pero el hecho de saber que nunca más se iba a inclinar sobre sus fragmentos de papiros protegidos por cristales me resultó más angustiante de lo que hubiera esperado.

Y era Matthew quien la había matado. La cabeza me daba vueltas. ¿Cómo podía Matthew decir que me quería y ocultarme esas cosas? Los secretos eran una cosa,

pero el homicidio —incluso con el pretexto de venganza o represalia— era otra. Él insistía en advertirme que no podía confiar en él. Y yo no le había prestado atención, desdeñando sus palabras. ¿Había sido eso también parte de su plan, otra estrategia para hacerme creer que podía confiar en él?

—Debes dejar que te ayude. —Satu habló de nuevo con amabilidad—. Esto ha ido demasiado lejos, y tú corres un grave peligro. Puedo enseñarte a usar tus poderes. Luego podrás protegerte tú misma de Clairmont y de los otros vampiros, como Gerberto y Domenico. Algún día serás una gran bruja, igual que tu madre. Puedes confiar en mí, Diana. Somos de la familia.

—Familia —repetí atontada.

—Tu madre y tu padre no habrían querido que cayeras en las garras de un vampiro —explicó Satu, como si yo fuera una niña—. Ellos sabían lo importante que era mantener los lazos entre las brujas.

—¿Cómo has dicho? —El remolino en mi cabeza había desaparecido. En cambio mi mente parecía increíblemente aguda y me hormigueaba la piel por todas partes, como si mil brujas me estuvieran mirando. Había algo de lo que me estaba olvidando, algo sobre mis padres que hacía que todo lo que Satu decía fuera mentira.

Un ruido extraño llegó a mis oídos. Era una mezcla de un siseo y un chirrido, como sogas arrastradas sobre la piedra. Bajé la mirada y vi gruesas raíces marrones que se estiraban retorciéndose por el suelo. Avanzaban en dirección a mí.

Satu parecía no darse cuenta de su avance.

—Tus padres habrían querido que vivieras de acuerdo a tus responsabilidades como Bishop y como bruja.

—¿Mis padres? —Aparté la mirada del suelo, tratando de concentrarme en las palabras de Satu.

—Tú nos debes lealtad y fidelidad, a mí y a todas las demás brujas, no a Matthew Clairmont. Piensa en tu madre y en tu padre. Piensa en lo que esta relación les haría a ellos, si pudieran conocerla.

Un frío escalofrío de desconfianza me recorrió la columna vertebral, y todos mis instintos me advirtieron de que aquella bruja era peligrosa. Las raíces llegaron entonces hasta mis pies. Como si pudieran percibir mi angustia, las raíces cambiaron bruscamente de dirección, hundiéndose en las losas del pavimento a ambos lados de donde yo me encontraba, antes de entrelazarse en una red fuerte e invisible por debajo del suelo del castillo.

—Gillian me dijo que las brujas mataron a mis padres —afirmé—. ¿Puedes negarlo? Dime la verdad de lo que ocurrió en Nigeria.

Satu guardó silencio, lo cual equivalía a una confesión.

—Lo que yo había imaginado —reflexioné amargamente.

Un leve movimiento de su muñeca me lanzó de espaldas al suelo, con los pies en

el aire, antes de que manos invisibles me arrastraran por la superficie resbaladiza del patio helado hacia un espacio cavernoso con altas ventanas, al que sólo le quedaba una parte del techo.

Mi espalda quedó maltrecha después de aquel paseo sobre las piedras del antiguo salón del castillo. Y lo que era peor, mis esfuerzos contra la magia de Satu resultaban vanos e inexpertos. Ysabeau tenía razón. Mi debilidad —mi ignorancia acerca de quién era yo y de cómo defenderme— me había acarreado serios problemas.

—Una vez más te niegas a atender a razones. No quiero hacerte daño, Diana, pero lo haré si ésa es la única manera de conseguir que veas la gravedad de esta situación. Debes abandonar a Matthew Clairmont y mostrarnos lo que hiciste para acceder al manuscrito.

—Nunca abandonaré a mi marido, y tampoco os voy a ayudar a ninguna de vosotras a reclamar el manuscrito. No nos pertenece a nosotras.

Este comentario me valió la sensación de que mi cabeza se partía en dos cuando un chillido espeluznante atravesó el aire. Lo siguió una cacofonía de ruidos horrorosos. Eran tan dolorosos que caí de rodillas y me tapé la cabeza con los brazos.

Satu entrecerró los ojos hasta convertirlos en simples hendiduras, y me encontré con la espalda sobre la piedra fría.

—¿Nosotras? ¿Te atreves a considerarte una bruja cuando vienes directamente del lecho de un vampiro?

—Soy una bruja —respondí con firmeza, sorprendida ante lo mucho que me molestaba su desprecio.

—Eres una vergüenza, como lo fue Stephen —susurró Satu—. Terca, combativa, independiente. Y llena de secretos.

—Así es, Satu, soy exactamente igual que mi padre. Él no te habría revelado nada. Yo tampoco voy a hacerlo.

—Sí que lo harás. La única manera en que los vampiros pueden descubrir los secretos de una bruja es gota a gota. —Para mostrarme lo que quería decir, Satu chasqueó los dedos en dirección a mi antebrazo derecho. La mano de otra bruja se había movido rápidamente sobre un corte en mi rodilla hacía mucho tiempo, pero ese movimiento había cerrado mi herida mejor que cualquier apósito. En cambio, éste me cortó la piel con un cuchillo invisible. La sangre empezó a gotear de la herida. Satu observó fascinada la salida de la sangre.

Cubrí la herida con una mano, presionando sobre ella. Resultó asombrosamente doloroso, y mi preocupación empezó a aumentar.

«No —me dijo una voz familiar y feroz—. No debes ceder al dolor». Me esforcé por mantenerme bajo control.

—Como bruja, tengo otras maneras de revelar lo que estás ocultando. Te abriré por completo, Diana, para localizar cada secreto que posees —prometió Satu—.

Veremos dónde queda entonces tu testarudez.

Toda la sangre abandonó mi cabeza, haciendo que me mareara. La voz familiar atrajo mi atención susurrando mi nombre.

«¿De quién protegemos nuestros secretos, Diana?».

«De todos», respondí en silencio y automáticamente, como si la pregunta fuera rutinaria. Otro par de puertas mucho más robustas se cerró de golpe detrás de las inadecuadas barreras que había necesitado para mantener fuera de mi cabeza a alguna bruja curiosa.

Satu sonrió con los ojos echando chispas cuando detectó mis nuevas defensas.

—He ahí un secreto revelado ya. Veamos qué más tienes, además de la habilidad de proteger tu mente.

La bruja masculló algo y mi cuerpo dio vueltas sobre sí para luego aplastarse contra el suelo, boca abajo. El impacto me dejó sin aire. Un círculo de lenguas de fuego salió de las piedras frías, con llamaradas verdes y dañinas.

Algo candente me quemó la espalda. Trazó una curva de hombro a hombro como una estrella fugaz para descender hasta más abajo de la cintura y luego describir otra curva antes de subir otra vez hasta donde había empezado. La magia de Satu me sujetaba con fuerza, haciendo imposible que me moviera para liberarme. El dolor era indescriptible, pero antes de que la acogedora oscuridad pudiera llevarme, me soltó. Cuando la oscuridad retrocedió, el dolor comenzó otra vez.

Fue entonces cuando me di cuenta con una sacudida repugnante de que ella estaba abriendo mi estómago, tal como había prometido. Estaba dibujando un círculo mágico… sobre mí.

«Debes ser muy, muy valiente».

A través de la neblina del dolor perseguía las raíces de árbol que serpenteaban cubriendo el suelo del salón en dirección a la voz familiar. Mi madre estaba sentada bajo un manzano, justo fuera de la línea de fuego verde.

—¡Mamá! —grité débilmente, estirando la mano hacia ella. Pero la magia de Satu continuaba.

Los ojos de mi madre, más oscuros de lo que recordaba pero muy parecidos a los míos en la forma, eran tenaces. Puso un dedo fantasmal sobre sus labios en un gesto de silencio. Lo último que me quedaba de energía lo usé en una inclinación de cabeza que reconocía su presencia. Mi último pensamiento coherente fue sobre Matthew.

Después de eso, sólo hubo dolor y miedo, junto a un oscuro deseo de cerrar los ojos y dormir para siempre.

Eso seguramente fue muchas horas antes de que Satu me arrojara, frustrada, al otro lado de la habitación. Me ardía la espalda como consecuencia de su hechizo, y había vuelto a abrir mi antebrazo herido una y otra vez. En algún momento me suspendió cabeza abajo por un tobillo para debilitar mi resistencia y se burló de mí

por mi incapacidad de salir volando y escapar. A pesar de estos esfuerzos, Satu no estaba más cerca de comprender mi magia que cuando empezó.

Rugió de cólera, golpeando con los tacones de sus botas contra las piedras mientras caminaba de un lado a otro y tramaba nuevas agresiones. Me levanté apoyada en el codo para prever mejor su próximo movimiento.

«Resiste. Sé valiente». Mi madre todavía estaba bajo el manzano; su cara brillaba a causa de las lágrimas. Recordé cuando Ysabeau le dijo a Marthe que yo tenía más valor del que ella imaginaba, y a Matthew que me susurraba al oído: «Mi valiente niña». Reuní la energía necesaria para sonreír, pues no quería que mi madre llorara. Mi sonrisa sólo hizo que Satu se enfureciera más todavía.

—¿Por qué no usas tu poder para protegerte? ¡Sé que lo tienes dentro de ti! —gritó. Satu recogió los brazos sobre su pecho, y luego los lanzó hacia delante con una serie de palabras. Mi cuerpo se convirtió en una pelota alrededor de un dolor punzante e irregular en mi abdomen. La sensación me recordó el cuerpo de mi padre con las vísceras fuera, los intestinos arrancados junto a él.

«Eso es lo que vendrá después». Me sentí curiosamente aliviada al saberlo.

Las siguientes palabras de Satu me lanzaron por encima del suelo del salón en ruinas. Estiré las manos inútilmente más allá de mi cabeza para tratar de frenar el impulso mientras me deslizaba sobre las piedras irregulares y las nudosas raíces de los árboles. Flexioné los dedos una vez como si pudieran atravesar la Auvernia y conectarse con Matthew.

El cuerpo de mi madre tenía ese aspecto, inmóvil dentro de un círculo mágico en Nigeria. Exhalé bruscamente y grité.

«Diana, debes escucharme. Te sentirás completamente sola». Mi madre me estaba hablando, y con el sonido me convertí en una niña otra vez sentada en un columpio colgado del manzano en el jardín trasero de nuestra casa en Cambridge, en una tarde de agosto de hacía mucho tiempo. Había el olor a césped cortado, fresco y verde, y el olor de lirios del valle de mi madre. «¿Puedes ser valiente mientras estás sola? ¿Puedes hacerlo por mí?».

No había ninguna suave brisa de agosto contra mi piel en este momento. En cambio, la piedra áspera me arañó la mejilla cuando respondí asintiendo con la cabeza.

Satu me dio la vuelta y las puntiagudas piedras me hicieron daño en la espalda.

—No queremos hacer esto, hermana —dijo pesarosa—. Pero debemos hacerlo. Ya lo entenderás, una vez que olvides a Clairmont, y me perdonarás por ello.

«Algo muy poco probable —pensé—. Si él no te mata, te perseguirá durante el resto de tus días cuando me haya ido».

Con unas pocas palabras susurradas, Satu me levantó del suelo y me propulsó con ráfagas de viento al exterior del salón y hacia abajo por escaleras que serpenteaban

hacia las profundidades del castillo. Me llevó por entre los antiguos calabozos. Algo se deslizaba detrás de mí y estiré el cuello para ver qué era.

Fantasmas, docenas de fantasmas, pasaban por detrás de nosotras en un espectral cortejo fúnebre, con sus rostros tristes y temerosos. A pesar de todos sus poderes, Satu parecía incapaz de ver a los muertos que estaban por todos lados alrededor de nosotras, de la misma forma que no había podido ver a mi madre.

La bruja estaba tratando de levantar con las manos un pesado bloque de madera del suelo. Cerré los ojos y me preparé para una caída. Pero Satu me agarró del pelo y apuntó mi cara hacia un agujero oscuro. El olor de la muerte subió en una oleada pestilente, y los fantasmas se movieron y gimieron.

—¿Sabes qué es esto, Diana?

Retrocedí y sacudí la cabeza, demasiado asustada y exhausta como para hablar.

—Es una mazmorra sin salida. —La palabra pasó de fantasma en fantasma. Una mujer pequeña, con la cara marcada por la edad, empezó a llorar—. Estas mazmorras son lugares de olvido. Los humanos que son arrojados a estas mazmorras ciegas se vuelven locos y luego mueren de hambre…, si sobreviven al impacto. Es una caída muy larga. No pueden salir sin ayuda desde arriba, y la ayuda no llega nunca.

El fantasma de un hombre joven con un corte profundo sobre el pecho asintió con la cabeza, confirmando a las palabras de Satu. «No caigas, niña», dijo con voz triste.

—Pero a ti no te olvidaremos. Voy a buscar refuerzos. Tú puedes mostrarte terca ante una de las brujas de la Congregación, pero no ante las tres. Eso mismo ocurrió con tus padres.

Siguió agarrándome con fuerza a medida que volábamos más de veinte metros hacia abajo, hasta el fondo de la mazmorra sin más salida que la del techo. Las paredes de roca cambiaban de color y de consistencia mientras nos hundíamos más en la montaña.

—Por favor —imploré cuando Satu me dejó caer al suelo—, no me dejes aquí. No tengo ningún secreto. No sé cómo usar mi magia ni cómo recuperar el manuscrito.

—Eres la hija de Rebecca Bishop —dijo Satu—. Tienes poder, puedo sentirlo, y nos aseguraremos de que se libere. Si tu madre estuviera aquí, simplemente saldría volando. —Satu miró hacia la negrura que se elevaba por encima de nosotras, luego miró mi tobillo—. Pero tú no eres realmente una hija digna de tu madre, ¿verdad? Por lo menos en nada de lo que importa.

La bruja dobló las rodillas, levantó los brazos y dio un suave empujón contra el suelo de piedra de la mazmorra. Voló hacia arriba y se convirtió en una mancha blanca y azul antes de desaparecer. Muy lejos, por encima de mí, la puerta de madera se cerró.

Matthew nunca me encontraría en aquel lugar. Cualquier rastro que pudiera haber

quedado ya habría desaparecido, nuestros olores dispersados a los cuatro vientos. La única manera de escapar de allí, aparte de ser sacada por Satu, Peter Knox y una tercera bruja desconocida, era salir por mis propios medios.

Levantada, con el peso del cuerpo sobre un solo pie, doblé las rodillas, alcé los brazos y empujé contra el suelo como había hecho Satu. No ocurrió nada. Cerré los ojos y traté de concentrarme en lo que había sentido al bailar en el salón, con la esperanza de que me hiciera flotar otra vez. Pero lo único que logré fue pensar en Matthew y los secretos que me había ocultado. Mi respiración se convirtió en un sollozo, y cuando el aire frío y húmedo de la mazmorra sin salida pasó a mis pulmones, me provocó tos, lo cual me hizo caer de rodillas.

Dormí un poco, pero me resultó difícil ignorar a los fantasmas cuando empezaron a parlotear. Por lo menos daban algo de luz en aquella oscuridad. Cada vez que se movían, una ligera fosforescencia manchaba el aire, uniendo el lugar que acababan de dejar con aquel al que se desplazaban. Una mujer joven y andrajosa estaba sentada delante de mí, tarareando en silencio para sí misma y mirándome con ojos ausentes. En el centro de la habitación, un monje, un caballero totalmente armado y un mosquetero miraban con atención hacia el interior de un hoyo todavía más profundo que emitía una sensación de pérdida tal que no pude soportar acercarme a él. El monje farfullaba una oración fúnebre y el mosquetero metía una y otra vez la mano en el hoyo como si buscara algo que había perdido.

Mi mente se deslizó hacia la inconsciencia después de haber perdido su lucha contra aquella mezcla de miedo, dolor y frío. Con el ceño fruncido, me concentré y recordé los últimos pasajes que había leído en el *Aurora Consurgens* y los repetí en voz alta con la esperanza de que me ayudaran a conservar la cordura.

—«Soy yo quien media con los elementos, haciendo que haya acuerdo entre ellos —mascullé a través de mis labios rígidos—. Hago que lo que es húmedo vuelva a ser seco otra vez, y lo que está seco lo convierto en húmedo. Hago que lo que es duro sea blando otra vez, y ablando lo duro. Tal como yo soy el final, mi amante es el principio. Abarco todo el trabajo de la creación, y todo conocimiento está escondido en mí».

Algo brilló sobre la pared cercana. Era otro fantasma que venía a saludar, pero cerré los ojos, demasiado exhausta como para que me importara, y volví a recitar:

—«¿Quién se atreverá a separarme de mi amor? Nadie, pues nuestro amor es tan fuerte como la muerte».

Mi madre me interrumpió: «¿No vas a tratar de dormir, brujita?».

Detrás de mis ojos cerrados, vi mi dormitorio de Madison en el ático. Era apenas unos pocos días antes del viaje final de mis padres a África, y me habían llevado para que me quedara con Sarah mientras ellos estuvieran ausentes.

—No tengo sueño —respondí. Mi voz era terca e infantil. Abrí los ojos. Los

fantasmas se acercaban cada vez más al reflejo trémulo en las sombras a mi derecha.

Mi madre estaba sentada allí, apoyada contra las húmedas paredes de piedra de la mazmorra sin salida, con los brazos abiertos. Avancé lentamente hacia ella, conteniendo la respiración por temor a que desapareciera. Me sonrió dándome la bienvenida, sus ojos oscuros brillaban con lágrimas no derramadas. Mi madre movió sus fantasmales brazos y dedos a un lado y a otro cuando me acurruqué cerca de su cuerpo, que yo pude reconocer.

«¿Te cuento un cuento?».

—Fueron tus manos las que vi cuando Satu hizo su magia.

Su risa como respuesta era amable e hizo que las piedras frías debajo de mí fueran menos dolorosas.

«Fuiste muy valiente».

—Estoy tan cansada… —Suspiré.

«Ha llegado la hora de tu cuento, entonces. Había una vez —empezó— una brujita llamada Diana. Cuando era muy pequeña, su hada madrina la envolvió en cintas invisibles que eran de todos los colores del arco iris».

Yo recordaba este cuento de mi infancia, cuando mi pijama era morado y rosa con estrellas en él y mi pelo estaba recogido en dos largas trenzas que bajaban serpenteando por mi espalda. Una oleada de recuerdos inundó espacios de mi mente que habían permanecido vacíos desde la muerte de mis padres.

—¿Por qué el hada madrina la envolvió? —pregunté con mi voz de niña.

«Porque Diana adoraba hacer magia, y además era muy hábil haciéndola. Pero su hada madrina sabía que otras brujas iban a estar celosas de su poder. —Cuando estés lista —le dijo el hada madrina—, te desharás de estas cintas. Hasta entonces no podrás volar ni hacer magia.

—Eso no es justo —protesté, como les gusta hacer a las niñas de siete años—. ¡Castiga a las otras brujas, no a mí!

«El mundo no es justo, ¿verdad?», dijo mi madre.

Sacudí la cabeza con tristeza.

«Por mucho que Diana lo intentó, no pudo deshacerse de sus cintas. Con el tiempo, ella olvidó todo esto. Y olvidó su magia también».

—Nunca voy a olvidar mi magia —dije con fuerza.

Mi madre frunció el ceño.

«Pero la has olvidado —replicó con su suave susurro. Continuó con su cuento—: Un día, al cabo de mucho tiempo, Diana conoció a un príncipe apuesto que vivía en las sombras entre la puesta de sol y la salida de la luna».

Ésta había sido mi parte favorita. Me inundaron recuerdos de otras noches. A veces había preguntado por su nombre, otras veces había proclamado mi falta de interés por un estúpido príncipe. Sobre todo me preguntaba por qué querría alguien

estar con una bruja inútil.

«El príncipe amaba a Diana, a pesar de que ella parecía no poder volar. Él podía ver las cintas que la ataban, aunque nadie más era capaz de apreciarlas. Se preguntaba para qué servían y qué ocurriría si la bruja se las quitaba. Pero el príncipe pensó que no era correcto mencionarlas, por si Diana se sentía avergonzada de ellas. —Asentí con mi cabeza de niña de siete años, impresionada por tanta delicadeza por parte del príncipe, y mi cabeza mucho mayor también se movió sobre las paredes de piedra—. Pero no dejó de preguntarse por qué una bruja no querría volar, si pudiera. Entonces —continuó mi madre, alisándome el pelo—, tres brujas llegaron al pueblo. Ellas también podían ver las cintas, y sospecharon que Diana era más fuerte que ellas. De modo que la llevaron a un castillo oscuro. Pero las cintas no se movían aunque las brujas tiraron y tiraron. Entonces las brujas la encerraron en una habitación, esperando que estuviera tan asustada como para quitarse las cintas ella misma».

—¿Diana estaba completamente sola?

«Completamente sola», confirmó mi madre.

—No creo que me guste este cuento —me quejé.

«¿Te dormirás, entonces?».

Levanté mi colcha de niña, hecha de retales de colores brillantes que Sarah había comprado en una tienda de Syracuse anticipándose a mi visita, y me bajé para caminar sobre el suelo de la mazmorra. Mi madre me arropó contra las piedras.

—¿Mamá?

«¿Sí, Diana?».

—Hice lo que me dijiste. Mantuve mis secretos… sin decírselos a nadie.

«Sé que fue difícil».

—¿Tú tienes secretos? —En mi mente yo estaba corriendo como un ciervo a través de un campo, con mi madre persiguiéndome.

«Por supuesto», me respondió extendiendo la mano y haciendo chasquear los dedos, de modo que salí disparada por el aire para aterrizar en sus brazos.

—¿Me contarás alguno?

«Sí. —Su boca estaba tan cerca de mi oreja que me hacía cosquillas—. Tú. Tú eres mi secreto más grande».

—¡Pero estoy aquí! —grité, soltándome de ella y corriendo en dirección al manzano—. ¿Cómo puedo ser un secreto si estoy aquí?

Mi madre se llevó los dedos a sus labios y sonrió.

«Magia».

Capítulo 30

Dónde está? —Matthew tiró con fuerza las llaves del Range Rover sobre la mesa.

—La encontraremos, Matthew. —Ysabeau trataba de mostrarse serena por el bien de su hijo, pero hacía casi diez horas que habían encontrado una manzana a medio comer junto a un parterre de ruda en el jardín. Ambos habían estado recorriendo minuciosamente el campo desde entonces, trabajando en secciones de terreno que Matthew dividió metódicamente en un mapa.

Después de mucho buscar, no habían encontrado ninguna señal de Diana y no habían podido descubrir su rastro. Simplemente se había desvanecido.

—Tiene que habérsela llevado una bruja. —Matthew se pasó los dedos por el pelo—. Le dije que estaría a salvo siempre que permaneciera dentro del *château*. Nunca imaginé que las brujas se atreverían a venir aquí.

Su madre tensó los labios. El hecho de que las brujas hubieran raptado a Diana no le sorprendía.

Matthew empezó a dar órdenes como un general en un campo de batalla.

—Saldremos otra vez. Yo iré en coche a Brioude. Tú ve más allá de Aubusson, Ysabeau, y hacia Limousin. Marthe, espera aquí para el caso de que vuelva o de que alguien llame con noticias.

Ysabeau supo que no iba a haber ninguna llamada telefónica. Si Diana hubiera tenido acceso a un teléfono, ya lo habría usado. Y aunque la estrategia de lucha preferida por Matthew era atravesar los obstáculos hasta llegar a su objetivo, no siempre era la mejor manera de proceder.

—Debemos esperar, Matthew.

—¿Esperar? —gruñó Matthew—. ¿Para qué?

—Esperemos a Baldwin. Estaba en Londres y ha salido hace una hora.

—Ysabeau, ¿por qué se lo has dicho? —Matthew sabía por experiencia que a su hermano mayor le gustaba destruir cosas. Era lo que mejor hacía. Con el paso de los años, lo había hecho física y mentalmente, y luego económicamente, cuando descubrió que destruir los medios de vida de las personas era casi tan emocionante como aplastar un pueblo.

—Cuando vi que ella no estaba en las cuadras ni en el bosque, sentí que era el momento. Baldwin es mejor que tú para esto, Matthew. Él puede seguirle la pista a cualquier cosa.

—Sí, Baldwin ha sido siempre bueno para perseguir a su presa. En este momento,

encontrar a mi esposa es tarea primordial. Luego tendré que asegurarme de que ella no sea su próximo objetivo. —Matthew recogió las llaves—. Tú espera a Baldwin. Saldré solo.

—Cuando se entere de que Diana te pertenece, no le hará daño. Baldwin es el cabeza de esta familia. Puesto que esto es un asunto de familia, él tiene que saberlo.

Las palabras de Ysabeau le sonaron raras. Ella sabía lo mucho que él desconfiaba de su hermano mayor. Matthew trató de alejar esa sensación.

—Entraron en tu casa, *maman*. Es un insulto para ti. Si quieres que Baldwin intervenga, estás en tu derecho.

—Llamé a Baldwin por el bien de Diana…, no por mí. No debe permanecer en manos de las brujas, Matthew, aunque ella misma sea una bruja.

Marthe olfateó el aire, alerta ante un nuevo olor.

—Baldwin —aclaró innecesariamente Ysabeau con un destello en sus ojos verdes.

Una puerta pesada se cerró de golpe por encima de sus cabezas, y luego se oyeron pasos furiosos. Matthew se puso tenso, y Marthe puso los ojos en blanco.

—Aquí estamos —dijo Ysabeau en voz baja. Incluso en una crisis, no levantaba la voz. Eran vampiros, después de todo, que no necesitaban ninguna clase de exageraciones.

Baldwin Montclair, como era conocido en los mercados financieros, atravesó el salón de la planta baja a grandes zancadas. Su pelo color cobre brillaba bajo la luz eléctrica, y sus músculos vibraban con los reflejos rápidos de un atleta nato. Entrenado a empuñar una espada desde la infancia, había sido imponente antes de hacerse vampiro, y después de su renacimiento pocos se atrevían a contrariarlo. El hijo mediano de la progenie de los tres hijos varones de Philippe de Clermont había sido hecho vampiro en época romana y había sido el favorito de su padre. Estaban cortados por el mismo patrón: le encantaban las guerras, las mujeres y el vino, en ese orden. A pesar de estas amables características, aquellos que se encontraban con él cara a cara en combate rara vez vivían para contar la experiencia.

En ese momento dirigió su cólera hacia Matthew. Habían manifestado una mutua animadversión desde el mismo momento en que se conocieron; sus caracteres eran tan dispares que incluso Philippe había abandonado toda esperanza de que alguna vez llegaran a ser amigos. Sus fosas nasales se dilataron tratando de detectar el olor a canela y clavo de su hermano.

—¿Dónde diablos estás, Matthew? —Su voz profunda resonó contra los cristales y la piedra.

Matthew salió al encuentro de su hermano.

—Aquí, Baldwin.

Baldwin lo tenía cogido por la garganta antes de que las palabras salieran de su

boca. Sus cabezas cerca la una de la otra, una oscura y la otra luminosa, ambos salieron disparados hacia el otro extremo del salón. El cuerpo de Matthew impactó sobre una puerta de madera y la rompió con el golpe.

—¿Cómo has podido enredarte con una bruja sabiendo lo que le hicieron a nuestro padre?

—Ella ni siquiera había nacido cuando fue capturado. —La voz de Matthew era tensa dada la presión sobre sus cuerdas vocales, pero no mostraba miedo.

—Es una bruja —espetó Baldwin—. Todas son responsables. Ellas sabían que los nazis lo estaban torturando y no hicieron nada para impedirlo.

—Baldwin. —El tono agudo de Ysabeau atrajo su atención—. Philippe dejó órdenes estrictas de que no se llevara a cabo ninguna venganza en caso de que él sufriera algún daño. —Aunque ella se lo había dicho a Baldwin en repetidas ocasiones, eso nunca hizo que la cólera de él disminuyera.

—Las brujas ayudaron a esos animales a capturar a Philippe. Cuando estuvo en manos de los nazis, experimentaron con él para determinar cuánto daño podía soportar el cuerpo de un vampiro sin morirse. Los hechizos de las brujas hicieron imposible que nosotros pudiéramos encontrarlo y liberarlo.

—No lograron destruir el cuerpo de Philippe, pero destruyeron su alma. —La voz de Matthew sonó hueca—. Por Dios, Baldwin, podrían hacerle lo mismo a Diana.

Si las brujas le hicieran daño físicamente, Matthew sabía que ella podría recuperarse. Pero nunca sería la misma si las brujas destrozaban su espíritu. Cerró los ojos tratando de alejar la dolorosa idea de que Diana pudiera no regresar siendo la misma criatura terca y obstinada.

—¿Y qué? —Baldwin lanzó a su hermano al suelo con disgusto y saltó sobre él.

Una tetera de cobre del tamaño de un timbal chocó contra la pared. Ambos hermanos saltaron para ponerse de pie.

Marthe apareció y puso sus manos retorcidas sobre sus amplias caderas, mirándolos furiosa.

—Es su esposa —le dijo a Baldwin secamente.

—¿Te *apareaste* con ella? —Baldwin parecía no dar crédito.

—Ahora Diana forma parte de esta familia —intervino Ysabeau—. Marthe y yo la hemos aceptado. Tú debes hacerlo también.

—Nunca —dijo sin emoción en su voz—. Ninguna bruja será nunca una De Clermont, ni será bienvenida en esta casa. El apareamiento es un instinto fuerte, pero no sobrevive a la muerte. Si las brujas no matan a esa Bishop, lo haré yo.

Matthew arremetió contra la garganta de su hermano. Se oyó el sonido de la carne al desgarrarse. Baldwin se tambaleó hacia atrás y aulló, con la mano en el cuello.

—¡Me has mordido!

—Amenaza a mi esposa otra vez y haré más que eso. —Matthew respiraba

agitado y en sus ojos había un brillo salvaje.

—¡Basta! —Ysabeau los sobresaltó en medio del silencio—. Ya he perdido a mi marido, a una hija y a dos de mis hijos. No voy a permitir que sigáis como el perro y el gato. No dejaré que las brujas se lleven a alguien de mi casa sin mi permiso. —Sus últimas palabras fueron pronunciadas como un siseo bajo—. Y no pienso permanecer aquí discutiendo mientras la esposa de mi hijo está en manos de mis enemigos.

—En 1944 insististe en que desafiar a las brujas no iba a solucionar nada. Mírate ahora — replicó Baldwin, mirando furioso a su hermano.

—Esto es diferente —respondió Matthew con gran tensión.

—Claro que es diferente, por supuesto. Estás corriendo el riesgo de una interferencia de la Congregación en los asuntos de nuestra familia sólo para poder acostarte con una de ellas.

—La decisión de emprender hostilidades directas contra las brujas no era tuya en ese momento. Era de tu padre… y él prohibió expresamente prolongar una guerra mundial. —Ysabeau se detuvo detrás de Baldwin y esperó a que se volviera para enfrentarse a él cara a cara—. Debes dejar las cosas como están. El poder de castigar aquellas atrocidades fue puesto en manos de autoridades humanas.

Baldwin la miró amargamente.

—Tú misma te encargaste de solucionarlo, según recuerdo, Ysabeau. ¿A cuántos nazis convertiste en tu alimento antes de quedar satisfecha? —Era imperdonable decir una cosa semejante, pero él había sido empujado más allá de sus límites normales.

—En cuanto a Diana —continuó Ysabeau sin levantar la voz, aunque sus ojos echaban chispas a modo de advertencia—, si tu padre estuviera vivo, Lucius Sigéric Benoit Christophe Baldwin de Clermont, ya estaría fuera buscándola, fuese bruja o no. Se avergonzaría de ti, que te quedas saldando viejas cuentas con tu hermano. —Cada uno de los nombres que Philippe le había dado con el paso de los años sonó como una bofetada, y Baldwin sacudió la cabeza hacia atrás con cada golpe.

Respiró lentamente por la nariz.

—Gracias por el consejo, Ysabeau, y por la lección de historia. Ahora, afortunadamente, la decisión es mía. Matthew no se permitirá el lujo de tener a esta muchacha. Fin de la discusión. —Se sentía mejor después de ejercer su autoridad y se volvió para salir con paso majestuoso de Sept-Tours.

—Entonces no me dejas otra opción. —La respuesta de Matthew lo detuvo.

—¿Opción? —Baldwin resopló—. Tú harás lo que yo te diga.

—Puede que yo no sea el cabeza de familia, pero éste ya no es un asunto de familia. — Matthew había, por fin, comprendido el sentido del comentario anterior de Ysabeau.

—Muy bien. —Baldwin se encogió de hombros—. Emprende esa estúpida cruzada, si quieres. Encuentra a tu bruja. Llévate a Marthe…, que parece estar tan

prendada de ella como tú. Si queréis enfadar a las brujas y hacer que la Congregación os caiga encima, allá vosotros. Para proteger a la familia, renegaré de ti.

Estaba dirigiéndose a la puerta otra vez, cuando su hermano menor sacó su as de la manga:

—Eximo a los De Clermont de cualquier responsabilidad en la protección de Diana Bishop. Los caballeros de Lázaro se encargarán ahora de su seguridad, como hemos hecho por otros en el pasado.

Ysabeau se dio la vuelta para esconder su expresión de orgullo.

—No puedes hablar en serio —dijo Baldwin entre dientes—. Si convocas a la hermandad, eso será el equivalente a una declaración de guerra.

—Si ésa es tu decisión, ya conoces las consecuencias. Podría matarte por tu desobediencia, pero no tengo tiempo. Tus tierras y pertenencias te son retiradas. Abandona esta casa, y entrega el sello de tu cargo. Un nuevo maestre francés será nombrado en una semana. Estás más allá de la protección de la orden y tienes siete días para encontrar un nuevo lugar para vivir.

—Si tratas de quitarme Sept-Tours —gruñó Baldwin—, lo lamentarás.

—Sept-Tours no es tuyo. Pertenece a los caballeros de Lázaro. Ysabeau vive aquí con la bendición de la hermandad. Te daré una última oportunidad de ser incluido en este arreglo. —La voz de Matthew adquirió un tono indiscutible de mando—: Baldwin de Clermont, te exijo que cumplas tu juramento y entres en el campo de batalla, donde obedecerás mis órdenes hasta que yo te libere de esa obligación.

No había pronunciado ni escrito esas palabras desde hacía mucho tiempo, pero Matthew las recordaba perfectamente. Los caballeros de Lázaro estaban en su sangre, al igual que lo estaba Diana. Músculos que hacía mucho que no se usaban se tensaron en su más íntimo ser, y recursos que se habían oxidado empezaron a agudizarse.

—Los caballeros no van en ayuda de su jefe por un idilio que termina mal, Matthew. Combatimos en la batalla de Acre. Ayudamos a los herejes albigenses a resistir a los norteños. Sobrevivimos a la desaparición de los templarios y a los avances ingleses en Crécy y Agincourt. Los caballeros de Lázaro estaban en las naves que rechazaron al Imperio Otomano en Lepanto, y cuando nos negamos a seguir luchando, terminó la Guerra de los Treinta Años. El propósito de la hermandad es asegurar que los vampiros sobrevivan en un mundo dominado por humanos.

—Empezamos a proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos, Baldwin. Nuestra reputación heroica fue sólo un subproducto inesperado de esa misión.

—Nuestro padre nunca debió haberte pasado a ti la orden cuando murió. Tú eres un soldado y un idealista, no un comandante. No tienes las agallas necesarias para tomar las decisiones difíciles. —El desprecio de Baldwin por su hermano quedaba patente en sus palabras, pero sus ojos mostraban preocupación.

—Diana vino a mí pidiendo que la protegiera de su propia gente. Me aseguraré de que tenga esa protección, al igual que los caballeros protegieron a los ciudadanos de Jerusalén, de Alemania y de Occitania cuando estuvieron amenazados.

—Todos pensarán que esto es algo personal, como también lo habrían creído en 1944. Entonces tú dijiste que no.

—Estaba equivocado.

Baldwin se mostró indignado.

Matthew respiró hondo, lentamente y estremeciéndose.

—En otro tiempo habríamos respondido de inmediato a semejante ultraje sin pensar en las consecuencias. Pero el miedo a divulgar los secretos de la familia y la reticencia a provocar la ira de la Congregación me frenaron. Esto sólo sirvió para alentar a nuestros enemigos a atacar a esta familia de nuevo, y no cometeré el mismo error ahora que Diana está involucrada. Las brujas no se detendrán ante nada para conocer su poder. Han invadido nuestro hogar y han secuestrado a una de las suyas. Esto es peor que lo que hicieron con Philippe. A los ojos de las brujas, él era sólo un vampiro. Al llevarse a Diana han ido demasiado lejos.

Mientras Baldwin asimilaba las palabras de su hermano, la ansiedad de Matthew se hacía más aguda.

—Diana. —Ysabeau hizo que Baldwin volviera al tema en cuestión.

Baldwin asintió con la cabeza. Sólo una vez.

—Gracias —dijo Matthew, con sencillez—. Una bruja la arrebató directamente en el jardín. Cualquier pista que pudiera haber quedado acerca del rumbo que tomaron había desaparecido ya cuando descubrimos que ella no estaba. —Sacó un mapa arrugado del bolsillo—. Aquí es donde todavía tenemos que buscar.

Baldwin miró las zonas que Ysabeau y su hermano ya habían cubierto y los amplios sectores del campo que faltaban por inspeccionar.

—¿Habéis registrado todos estos sitios desde que se la llevaron?

Matthew asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

Baldwin no podía ocultar su irritación.

—Matthew, ¿nunca vas a aprender a detenerte a pensar antes de actuar? Enséñame el jardín.

Matthew y Baldwin salieron, dejando a Marthe e Ysabeau dentro para que sus olores no oscurecieran cualquier remoto rastro de Diana. Cuando se hubieron ido, Ysabeau empezó a temblar de los pies a la cabeza.

—Esto es demasiado, Marthe. Si le han hecho daño a ella…

—Tú y yo siempre hemos sabido que un día como éste llegaría. —Marthe apoyó una mano compasiva sobre el hombro de su ama, y luego se dirigió a las cocinas, dejando a la pensativa Ysabeau sentada junto a la fría chimenea.

En el jardín, Baldwin dirigió su mirada de agudeza sobrenatural al suelo, donde había una manzana junto a una frondosa mata de ruda. Ysabeau había insistido prudentemente en que dejaran la fruta en el lugar donde la habían encontrado. Su ubicación ayudó a Baldwin a ver lo que su hermano no había percibido. Los tallos de la ruda estaban ligeramente doblados y conducían a otra mata de hierbas con hojas rotas, y luego a otra.

—¿En qué dirección soplaba el viento? —La imaginación de Baldwin ya estaba en funcionamiento.

—Del oeste —respondió Matthew, tratando de ver lo que su hermano estaba descubriendo. Se rindió con un suspiro de frustración—. Esto nos lleva demasiado tiempo. Debemos separarnos. De ese modo podremos cubrir más terreno. Volveré a revisar las cuevas.

—No estará en las cuevas —aseguró Baldwin, enderezando sus rodillas y sacudiendo el aroma de las hierbas de sus manos—. Los vampiros usan las cuevas, no las brujas. Además, fueron hacia el sur.

—¿Al sur? No hay nada en el sur.

—Ya no —estuvo de acuerdo Baldwin—. Pero tiene que haber algo allí, o la bruja no habría ido en esa dirección. Le preguntaremos a Ysabeau.

Una razón por la que la familia De Clermont había sobrevivido tanto era que cada miembro tenía una destreza diferente en caso de crisis. Philippe siempre había sido el líder de los varones, una figura carismática que podía convencer a los vampiros y a los humanos, y a veces incluso a los daimones, para que lucharan por una causa común. Hugh, uno de sus hijos, había sido el mediador que llevaba a las partes enfrentadas a la mesa de negociaciones para resolver incluso los más feroces conflictos. Godfrey, el menor de los tres hijos de Philippe, había sido su conciencia, haciendo notar las implicaciones éticas de cada decisión. A Baldwin le correspondieron las estrategias de los combates, su mente aguda y rápida podía ver en cada plan las virtudes y los defectos. Louisa había sido útil como cebo o como espía, dependía de la situación.

Matthew, por extraño que pareciera, había sido el guerrero más feroz de la familia. Sus primeras aventuras con la espada habían vuelto loco a su padre por su falta de disciplina, pero había cambiado. Desde entonces, cada vez que Matthew empuñaba un arma, algo en él se volvía frío y se abría paso por entre los obstáculos con una tenacidad que lo hacía invencible.

Luego estaba Ysabeau. Todos la subestimaban, menos Philippe, que la llamaba «el general» o «mi arma secreta». No se le escapaba nada y tenía una memoria más larga que Mnemosina.

Los hermanos volvieron a la casa. Baldwin llamó a gritos a Ysabeau y se dirigió a la cocina para agarrar un puñado de harina de un tazón y esparcirla sobre la mesa de

trabajo de Marthe. Trazó el contorno de Auvernia en la harina y marcó con el pulgar el sitio donde estaba Sept-Tours.

—¿Adónde llevaría una bruja a otra bruja en dirección suroeste desde aquí? —preguntó.

Ysabeau frunció el entrecejo.

—Dependería de la razón por la que fue llevada.

Matthew y Baldwin intercambiaron expresiones de exasperación. Ése era el único problema con su arma secreta: Ysabeau nunca quería responder a la pregunta que se le hacía. Para ella siempre había una pregunta más importante que debía ser respondida primero.

—Piensa, *maman* —la urgió Matthew—. Las brujas quieren alejar a Diana de mí.

—No, hijo mío. Vosotros podríais haber sido separados de muchas maneras. Al entrar en mi casa y llevarse a mi invitada, las brujas le han hecho algo imperdonable a esta familia. Agresiones como ésta son como el ajedrez —dijo Ysabeau, tocando la mejilla de su hijo con una mano fría—. Las brujas quieren demostrar lo débiles que nos hemos vuelto. Tú querías a Diana. Ahora se la han llevado para hacer que te resulte imposible ignorar su desafío.

—Por favor, Ysabeau. ¿Adónde?

—No hay nada más que montañas estériles y senderos de cabras entre este lugar y el Cantal —dijo Ysabeau.

—¿El Cantal? —reaccionó Baldwin.

—Sí —susurró ella, con su sangre helada por las implicaciones de aquello.

El Cantal era el lugar donde Gerberto de Aurillac había nacido. Era su territorio natal, y si los De Clermont entraban sin autorización, las brujas no serían la única fuerza que se enfrentaría a ellos.

—Si ésta fuera una partida de ajedrez, llevarla al Cantal nos pondría en jaque —intervino Matthew sombríamente—. Es demasiado pronto para eso.

Baldwin movió la cabeza en señal de aprobación.

—Entonces se nos está escapando algo, entre este lugar y aquél.

—Sólo hay ruinas —informó Ysabeau.

Baldwin dejó escapar un suspiro de frustración.

—¿Por qué la bruja de Matthew no puede defenderse a sí misma?

Marthe entró en la habitación secándose las manos con una toalla. Ella e Ysabeau intercambiaron miradas.

—Elle est enchantée —respondió Marthe bruscamente.

—La niña está hechizada —estuvo de acuerdo con reticencia Ysabeau—. Estamos seguras de ello.

—¿Hechizada? —Matthew frunció el ceño. Un hechizo ponía esposas invisibles a una bruja. Aquello era algo tan imperdonable entre las brujas como entrar sin

autorización en territorio ajeno lo era entre los vampiros.

—Sí. No es que ella rechace su magia. Ha sido apartada de ella… deliberadamente. —Ysabeau frunció el ceño ante semejante idea.

—¿Por qué? —se preguntó su hijo—. Es como quitarle los colmillos y las uñas a un tigre para luego devolverlo a la selva. ¿Por qué iba alguien a dejarla sin ningún medio para defenderse?

Ysabeau se encogió de hombros.

—Puedo pensar en muchas personas que pueden querer hacer tal cosa, y en muchas razones también…, pero no conozco bien a esta bruja. Llama a su familia. Pregúntales.

Matthew metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Baldwin se dio cuenta de que tenía la casa de Madison en la lista de marcación rápida. Las brujas en el otro extremo respondieron al primer tono.

—¿Matthew? —La bruja estaba desesperada—. ¿Dónde está? Está sufriendo un dolor terrible, puedo sentirlo.

—Sabemos dónde buscarla, Sarah. —Matthew trataba de calmarla hablando con voz serena—. Pero tengo que preguntarte algo primero. Diana no usa su magia.

—No lo ha hecho desde que su madre y su padre murieron. ¿Qué tiene que ver con todo esto? —Sarah estaba gritando en ese momento. Ysabeau cerró los ojos ante tan áspero sonido.

—Sarah, ¿existe alguna posibilidad, aunque sea remota, de que Diana esté hechizada?

El silencio al otro lado fue total.

—¿Hechizada? —dijo finalmente Sarah, horrorizada—. ¡Por supuesto que no!

Los De Clermont escucharon un suave clic.

—Fue Rebecca —informó la otra bruja con voz mucho más suave—. Le prometí que nunca se lo diría a nadie. Y no sé lo que hizo ni cómo lo hizo, de modo que no me preguntéis. Rebecca sabía que ella y Stephen no iban a regresar de África. Ella vio o supo algo que la asustó terriblemente. Lo único que me dijo fue que iba a poner a salvo a Diana.

—¿A salvo de qué? —Sarah estaba horrorizada.

—No «a salvo de qué»: a salvo hasta el momento adecuado. —La voz de Em bajó más todavía—: Rebecca dijo que se aseguraría de que Diana estuviera a salvo hasta que su hija estuviera con su hombre de las sombras.

—¿Su hombre de las sombras? —repitió Matthew.

—Sí —susurró Em—. En cuanto Diana me dijo que estaba acompañada por un vampiro, me pregunté si serías tú el de la visión de Rebecca. Pero todo ha ocurrido muy rápido.

—Ves algo, Emily…, cualquier cosa…, algo que pueda ayudarnos? —quiso saber

Matthew.

—No. Hay oscuridad. Y Diana está en ella. No está muerta —dijo apresuradamente cuando Matthew aspiró con fuerza—, pero está sufriendo y de algún modo no del todo en este mundo.

Al escuchar esto, Baldwin entrecerró los ojos mirando a Ysabeau. Las preguntas de ella, aunque exasperantes, habían sido sumamente esclarecedoras. Descruzó los brazos y metió la mano en el bolsillo buscando su teléfono. Se volvió, marcó y murmuró algo en el aparato. Baldwin miró luego a Matthew y se pasó el dedo por la garganta.

—Voy a buscarla ahora —dijo Matthew—. Cuando tengamos noticias, os llamaremos. —Cortó antes de que Sarah o Em pudieran acosarlo con preguntas.

—¿Dónde están mis llaves? —gritó Matthew, yendo hacia la puerta.

Baldwin estaba delante de él, impidiéndole avanzar.

—Serénate y piensa —dijo bruscamente, pateando un taburete en dirección a su hermano—. ¿Cuáles eran los castillos entre este lugar y el Cantal? Sólo tenemos que saber cuáles son las antiguas fortalezas, aquellas que Gerberto puede conocer mejor.

—Por Dios, Baldwin, no puedo recordar. ¡Déjame pasar!

—No. Tienes que ser listo para esto. Las brujas seguramente no la han llevado a territorio de Gerberto…, o al menos no lo harían si estuvieran en su sano juicio. Si Diana está hechizada, entonces ella es también un misterio para ellas. Tardarán algún tiempo en resolverlo. Querrán tener privacidad y no vampiros que las estén interrumpiendo. —Era la primera vez que Baldwin había logrado pronunciar el nombre de la bruja—. En el Cantal las brujas tendrían que obedecer a Gerbert, de modo que deben de estar en algún lugar cerca de la frontera. Piensa. —La última gota de paciencia de Baldwin desapareció—. Por todos los dioses, Matthew, tú diseñaste o construiste la mayoría de ellos.

La mente de Matthew recorrió veloz todas las posibilidades, descartando algunos porque estaban demasiado cerca, otros porque estaban demasiado destruidos. Levantó la mirada en estado de shock.

—La Pierre.

Ysabeau tensó su boca y Marthe se mostró preocupada. La Pierre había sido el castillo más imponente de la región. Estaba construido sobre cimientos de basalto que no podían ser atravesados por túneles y tenía murallas lo suficientemente altas como para resistir cualquier asedio.

Por encima de sus cabezas se escuchó un ruido rasgando el aire.

—Un helicóptero —informó Baldwin—. Estaba esperando en Clermont-Ferrand para llevarme de regreso a Lyon. Tu jardín necesitará reparaciones, Ysabeau, pero seguramente te das cuenta de que ése es un daño menor.

Los dos vampiros salieron como rayos del *château* hacia el helicóptero. Subieron

de un salto y pronto estuvieron volando a gran altura por encima de Auvernia. No había otra cosa que negrura debajo de ellos, salpicada aquí y allá con el suave brillo de la luz de la ventana de alguna granja. Tardaron más de treinta minutos en llegar al castillo, y aunque los hermanos sabían dónde estaba, el piloto descubrió su contorno con dificultad.

—¡No hay ningún sitio para aterrizar! —gritó el piloto.

Matthew señaló un antiguo camino que se alejaba del castillo.

—¿Qué te parece allí? —replicó a gritos. Ya estaba recorriendo con la mirada las murallas en busca de señales de luz o de movimiento.

Baldwin le dijo al piloto que bajara donde había señalado Matthew, y recibió una mirada de incertidumbre como respuesta.

Cuando todavía estaban a más de seis metros del suelo, Matthew saltó al suelo e inició una carrera desesperada hacia la puerta del castillo. Baldwin suspiró y saltó detrás de él, no sin antes ordenarle al piloto que no se moviera hasta que ambos regresaran.

Matthew ya estaba en el interior, llamando a gritos a Diana.

—Dios mío, debe de estar aterrorizada —susurró y se pasó los dedos por el pelo cuando los ecos se desvanecieron.

Baldwin alcanzó a su hermano y lo cogió del brazo.

—Hay dos maneras de hacer esto, Matthew. Podemos separarnos y registrar el sitio de arriba abajo o puedes detenerte durante cinco segundos e imaginar dónde esconderías tú algo en La Pierre.

—Suéltame —protestó Matthew, mostrando los dientes y tratando de liberar el brazo de la férrea mano de su hermano. Pero Baldwin se limitó a intensificar la presión.

—Piensa —ordenó—. Será más rápido, te lo prometo.

Matthew repasó mentalmente el plano del castillo. Empezó en la entrada, subiendo por las habitaciones del castillo, por la torre, los apartamentos privados, las salas de audiencia y el gran salón. Luego siguió desde la entrada hacia abajo por las cocinas, los sótanos y los calabozos. Miró a su hermano horrorizado.

—La mazmorra sin salida. —Comenzó a moverse en dirección a las cocinas.

El rostro de Baldwin se congeló.

—*Dieu* —susurró, mirando la espalda de su hermano, que se alejaba. ¿Qué tenía esta bruja que había hecho que su propia gente la arrojara a un agujero de más de veinte metros de profundidad?

Y si era tan valiosa, quien hubiera puesto a Diana en la mazmorra ciega iba a regresar.

Baldwin se precipitó detrás de Matthew con la esperanza de que no fuera ya demasiado tarde para detenerlo y evitar que las brujas capturaran no sólo a uno, sino

a dos rehenes.

Capítulo 31

Diana, es hora de despertarse». La voz de mi madre era baja pero insistente.

Demasiado exhausta como para responder, tiré de la colcha de retales de brillantes colores para cubrirme la cabeza, esperando que ella no pudiera encontrarme. Mi cuerpo se enroscó para formar una apretada pelota, y me pregunté por qué todo me dolía tanto.

«Arriba, dormilona». Los ásperos dedos de mi padre agarraron la tela. Un estremecimiento de alegría alejó momentáneamente el dolor. Fingió ser un oso y gruñó. Chillando de felicidad, cerré los puños y me reí tontamente, pero cuando quitó las mantas, me envolvió el aire frío.

Algo no iba bien. Abrí un ojo, esperando ver los brillantes carteles y los animales de peluche que llenaban mi habitación en Cambridge. Pero mi dormitorio no tenía paredes húmedas y grises.

Mi padre me sonreía abriendo y cerrando los ojos. Como de costumbre, su pelo estaba rizado en los extremos y necesitaba ser peinado, y tenía el cuello torcido. Me gustaba de todos modos y traté de echarle mis brazos al cuello, pero éstos se negaron a funcionar adecuadamente. En lugar de eso, me arrastró suavemente hacia él y su forma insustancial me cubrió como un escudo.

«¡Quién iba a imaginar que la vería aquí, señorita Bishop!». Eso era lo que él me decía siempre cuando entraba a hurtadillas en su despacho en casa o me deslizaba abajo, por la noche, buscando que me leyera un cuento más a la hora de dormir.

—Estoy tan cansada… —Aunque su camisa era transparente, de alguna manera conservaba el olor a humo de cigarrillo rancio y a los caramelos de chocolate que guardaba en sus bolsillos.

«Lo sé —dijo mi padre. Sus ojos ya no hacían guiños—. Pero ya no puedes dormir más».

«Tienes que despertarte». Las manos de mi madre estaban sobre mí en ese momento, tratando de sacarme del regazo de mi padre.

—Cuéntame el resto del cuento primero —le pedí—, y olvida las partes malas.

«Las cosas no funcionan así». Mi madre sacudió la cabeza, y mi padre me puso en manos de ella con tristeza.

—Pero no me encuentro bien. —Mi voz de niña imploraba un trato especial.

El suspiro de mi madre chocó contra las paredes de piedra.

«No puedo pasar por alto las partes malas. Tienes que enfrentarte a ellas. ¿Puedes hacerlo, brujita?».

Después de considerar qué era lo que se requería, asentí con la cabeza.

«¿Dónde estábamos?», preguntó mi madre, sentada junto al monje fantasmal en el centro de la mazmorra sin salida. Él se mostró horrorizado y se apartó unos centímetros. Mi padre ahogó una sonrisa con el dorso de su mano, mirando a mi madre de la misma manera que yo miraba a Matthew.

«Ya me acuerdo —dijo ella—. Diana estaba encerrada en una habitación oscura, completamente sola. Sentada allí hora tras hora, se preguntaba cómo podría salir de ese lugar. Entonces escuchó un golpeteo en la ventana. Era el príncipe. —Me han encerrado aquí dentro las brujas!‖, gritó Diana. El príncipe trató de romper la ventana, pero estaba hecha de cristal mágico y no podía siquiera resquebrajarlo. Entonces el príncipe corrió hacia la puerta y trató de abrirla, pero estaba cerrada firmemente con un cerrojo encantado. Sacudió la puerta en el marco, pero la madera era demasiado gruesa y no se movió».

—¿El príncipe no era fuerte? —pregunté, ligeramente molesta porque él no estuviera a la altura de las circunstancias.

«Muy fuerte —dijo la madre con solemnidad—, pero no era un mago. Así que Diana buscó a su alrededor otra cosa para que el príncipe probara. Descubrió un agujero diminuto en el techo. Era del tamaño justo para que una bruja como ella pasara a través de él. Diana le dijo al príncipe que volara y la sacara de allí. Pero el príncipe no podía volar».

—Porque no era un brujo —repetí. El monje se persignaba cada vez que la magia o un brujo eran mencionados.

«Así es —dijo mi madre—. Pero Diana recordó que una vez había volado. Bajó la vista y encontró el borde de una cinta plateada. Estaba atada con fuerza alrededor de ella, pero cuando tiró de un extremo, la cinta se soltó. Diana la arrojó muy alto por encima de su cabeza. Entonces su cuerpo se limitó a seguirla hacia el cielo. Cuando llegó cerca del agujero en el techo, juntó los brazos, los estiró hacia delante y entró en el aire de la noche. —Sabía que podías hacerlo‖, exclamó el príncipe».

—Y fueron felices para siempre —añadí con firmeza.

La sonrisa de mi madre era agridulce.

«Sí, Diana». Le dirigió a mi padre una larga mirada, ese tipo de mirada que los niños no comprenden hasta que no son mayores.

Suspiré con felicidad, y no importaba tanto que mi espalda estuviera abrasada o que ése fuera un lugar extraño con gente a través de la cual uno podía ver.

«Es la hora», le dijo mi madre a mi padre. Él asintió con la cabeza.

Por encima de mí, la pesada madera chocó contra la piedra antigua con un ruido ensordecedor.

—¿Diana? —Era Matthew. Parecía desesperado. Su ansiedad envió una oleada simultánea de alivio y de adrenalina por todo mi cuerpo.

—¡Matthew! —Mi llamada salió como un opaco graznido.

—Voy a bajar. —La respuesta de Matthew, resonando por entre la piedra, golpeó mi cabeza. Estaba latiendo y había algo pegajoso en mi mejilla. Froté un poco de aquella viscosidad con un dedo, pero estaba demasiado oscuro como para ver qué era.

—No —exclamó una voz más profunda y más áspera—. Puedes bajar ahí, pero yo no podré sacarte. Y tenemos que hacer esto rápido, Matthew. Volverá a por ella.

Miré hacia arriba para ver quién estaba hablando, pero lo único que se podía ver era un anillo blanco pálido.

—Diana, escúchame. —La voz de Matthew retumbó un poco menos esta vez—. Tienes que volar. ¿Puedes hacerlo?

Mi madre asintió con la cabeza de un modo alentador.

«Es hora de despertar y ser una bruja. Ya no hay necesidad de secretos».

—Creo que sí. —Traté de ponerme de pie. El tobillo derecho se torció debajo de mí, y caí pesadamente sobre mi rodilla—. ¿Estás seguro de que Satu se ha ido?

—No hay nadie aquí, salvo mi hermano Baldwin y yo. Vuela hacia arriba y te sacaremos. —El otro hombre farfulló algo, y Matthew respondió airadamente.

Yo no sabía quién era Baldwin, y me había encontrado con demasiados desconocidos ese día. Ni siquiera estaba del todo segura de Matthew, después de lo que Satu había dicho. Busqué algún sitio donde esconderme.

«No puedes esconderte de Matthew —me dijo mi madre, con una sonrisa compungida dirigida a mi padre—. Él siempre te encontrará, pase lo que pase. Puedes confiar en él. Él es a quien hemos estado esperando».

Mi padre deslizó sus brazos alrededor de ella, y recordé la sensación de los brazos de Matthew. Alguien que me abrazaba de ese modo no podía estar engañándome.

—Diana, por favor, inténtalo. —Matthew no podía evitar el tono de súplica en su voz.

Para volar, necesitaba una cinta plateada. Pero no había una envolviéndome. Sin saber bien cómo proseguir, busqué a mis padres en la oscuridad. Estaban más pálidos que antes.

«¿No quieres volar?», me preguntó mi madre.

«La magia está en el corazón, Diana —dijo mi padre—. No lo olvides».

Cerré los ojos e imaginé una cinta en el lugar correcto. Con un extremo asegurado entre mis dedos, la arrojé hacia el anillo blanco que parpadeaba en la oscuridad. La cinta se desplegó y voló alto a través del agujero, llevando mi cuerpo con ella.

Mi madre sonreía, y mi padre parecía tan orgulloso como cuando le quitó los ruedines a mi primera bicicleta. Matthew miraba hacia abajo, junto a otro rostro que debía de ser el de su hermano. Con ellos había un montón de fantasmas que parecían asombrados por que alguien, después de todos esos años, lograra escapar con vida.

—Gracias a Dios —susurró Matthew, estirando sus dedos largos y blancos hacia

mí—. Coge mi mano.

En el momento en que me tuvo agarrada, mi cuerpo perdió su ingravidez.

—¡Mi brazo! —grité cuando los músculos se estiraron y el corte profundo en mi antebrazo se abrió.

Matthew me agarró por el hombro, ayudado por otra mano que yo no conocía. Me levantaron para sacarme de la mazmorra ciega, y quedé aplastada por un momento contra el pecho de Matthew. Agarrándome con los puños al jersey, me aferré a él.

—Sabía que podías hacerlo —murmuró, al igual que el príncipe en el cuento de mi madre, con su voz llena de alivio.

—No tenemos tiempo para esto. —El hermano de Matthew ya bajaba corriendo por el corredor hacia la puerta.

Matthew me agarró por los hombros y observo rápidamente mis heridas. Sus fosas nasales se dilataron ante el olor de sangre seca.

—¿Puedes caminar? —preguntó en voz baja.

—¡Cógela en brazos y sácala de aquí, o tendrás que preocuparte por algo más que por un poco de sangre! —gritó el otro vampiro.

Matthew me alzó como si fuera un saco de harina y empezó a correr, con su brazo apretado por debajo de mi espalda. Me mordí el labio y cerré los ojos para que el suelo que corría por debajo no me hiciera recordar el vuelo con Satu. Un cambio en el aire me indicó que éramos libres. Cuando mis pulmones se llenaron, empecé a temblar.

Matthew corrió todavía más rápido, llevándome hacia un helicóptero que estaba detenido fuera de las murallas del castillo sobre un camino de tierra. Agachó su cuerpo sobre el mío para protegerlo y saltó por la puerta abierta del helicóptero. Detrás siguió su hermano; las luces del panel de mando de la cabina del piloto lanzaba destellos verdes sobre su pelo de color cobre brillante.

Mi pie rozó el muslo de Baldwin cuando éste se sentó, y me dirigió una mirada de odio mezclado con curiosidad. Su rostro me resultaba conocido por las visiones que había tenido en el estudio de Matthew: primero en la luz reflejada en la armadura, luego otra vez al tocar los sellos de los caballeros de Lázaro.

—Creía que estabas muerto. —Me encogí hacia Matthew.

Baldwin abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Vamos! —le gritó al piloto, y subimos hacia el cielo.

El hecho de estar en el aire trajo nuevos recuerdos de Satu y mis temblores aumentaron.

—Está en estado de shock —dijo Matthew—. ¿Esta cosa no puede moverse más rápido, Baldwin?

—Duérmela —dijo Baldwin impaciente.

—No he traído ningún sedante.

—Sí que lo has traído. —Los ojos de su hermano lanzaban destellos—. ¿Quieres que lo haga yo?

Matthew me miró y trató de sonreír. Mi temblor disminuyó un poco, pero cada vez que el helicóptero bajaba y se movía en el viento, mis recuerdos de Satu se recrudecían.

—¡Por todos los dioses, Matthew, está aterrorizada! —exclamó Baldwin airadamente—. Hazlo.

Matthew se mordió el labio hasta que una gota de sangre salió como una cuenta en la piel suave. Bajó la cabeza para besarme.

—No. —Me retorcí para evitar su boca—. Sé lo que estás haciendo. Satu me lo dijo. Estás usando tu sangre para que guarde silencio.

—Estás en estado de shock, Diana. Es lo único que tengo. Déjame ayudarte. —La angustia se veía reflejada en su rostro. Estiré mi mano hacia arriba, recogí la gota de sangre en la punta de mi dedo.

—No. Lo haré yo. —No iba a haber más chismes entre brujas sobre la absurda idea de que yo estaba dominada por Matthew. Chupé el líquido salado de la punta de mi dedo entumecido. Sentí un hormigueo en los labios y la lengua antes de que los nervios en mi boca se durmieran.

Cuando quise recordar, ya había aire frío sobre mis mejillas, perfumado con las hierbas de Marthe. Estábamos en el jardín de Sept-Tours. Los brazos de Matthew eran firmes debajo de mi espalda dolorida, y había acomodado mi cabeza en su cuello. Me moví y miré a mi alrededor.

—Estamos en casa —susurró mientras caminaba hacia las luces del *château*.

—Ysabeau y Marthe —dije, esforzándome para levantar la cabeza— ¿están bien?

—Perfectamente bien —respondió Matthew, apretándome más contra su cuerpo.

Entramos en el corredor de la cocina, que estaba profusamente iluminado. Las luces me molestaban en los ojos y los aparté hasta que el dolor se calmó. Uno de mis ojos parecía más pequeño que el otro, y entrecerré el más grande para que estuvieran iguales. Un grupo de vampiros apareció ante mi vista, en el corredor por donde Matthew y yo entrábamos: Baldwin parecía extrañado, Ysabeau furiosa, Marthe horrorizada y preocupada. Ysabeau dio un paso y Matthew gruñó.

—Matthew —empezó ella pacientemente, con sus ojos fijos en mí con una expresión de preocupación maternal—, tienes que llamar a su familia. ¿Dónde está tu teléfono?

Apretó más sus brazos a mi alrededor. Sentía que mi cabeza era demasiado pesada para mi cuello. Era más fácil apoyarla contra el hombro de Matthew.

—Está en su bolsillo, supongo, pero no va a dejar caer a la bruja para sacarlo. Ni te va a dejar que te acerques lo suficiente como para que lo saques tú. —Baldwin le dio su teléfono a Ysabeau—. Usa éste.

Baldwin deslizó su mirada por encima de mi cuerpo maltrecho con una atención tan minuciosa que sentí como si me estuvieran aplicando y retirando bolsas de hielo una a una.

—Por cierto, parece como si acabara de salir de una batalla. —Su voz expresaba una reticente admiración.

Marthe dijo algo en occitano, y el hermano de Matthew asintió con la cabeza.

—Òc —dijo, mirándome para evaluarme.

—¡Esta vez no, Baldwin! —dijo Matthew con voz de trueno.

—El número, Matthew —dijo Ysabeau resueltamente, desviando la atención de su hijo. Él se lo dio rápidamente, y su madre apretó los botones correspondientes cuyos ligeros tonos resultaron audibles.

—Estoy bien —grazné cuando Sarah cogió el teléfono—. Déjame en el suelo, Matthew.

—No, soy Ysabeau de Clermont. Diana está con nosotros.

Hubo más silencio mientras los toques de hielo de Ysabeau me recorrían.

—Está herida, pero por sus lesiones no parece que su vida corra peligro. De todas formas, Matthew debe llevarla a su casa. Con ustedes.

—No. Ella me seguirá. Satu no debe hacer daño a Sarah y a Em —dije, luchando por escapar.

—Matthew —gruñó Baldwin—, deja que Marthe se encargue de ella o haz que guarde silencio.

—Mantente fuera de esto, Baldwin —espetó Matthew. Sus labios fríos tocaron mis mejillas, y mi pulso disminuyó la velocidad. Su voz bajó hasta ser un murmullo —: No haremos nada que no quieras hacer.

—Podemos protegerla de los vampiros —Ysabeau parecía estar cada vez más y más lejos—, pero no de otras brujas. Ella tiene que estar con quienes puedan hacerlo. —La conversación se desvaneció y una cortina de niebla gris descendió.

Esta vez recobré el conocimiento arriba, en la torre de Matthew. Todas las velas estaban encendidas, y el fuego crepitaba en la chimenea. La habitación estaba caldeada, pero la adrenalina y la conmoción me hacían temblar. Matthew estaba sentado sobre los talones, en el suelo, conmigo apoyada entre sus rodillas, revisando mi antebrazo derecho. Mi jersey empapado de sangre tenía una larga rasgadura donde Satu me había cortado. Una nueva mancha roja se estaba filtrando hacia los sitios más oscuros.

Marthe e Ysabeau estaban en la entrada como un atento par de halcones.

—Puedo cuidar a mi esposa, *maman* —dijo Matthew.

—Por supuesto, Matthew —murmuró Ysabeau, con ese tono servil que era tan característico de ella.

Matthew rompió los últimos centímetros de la manga para dejar completamente

expuesta mi carne, y dejó escapar una maldición.

—Trae mi maletín, Marthe.

—No —respondió ella con firmeza—. Está sucia, Matthew.

—Que se dé un baño —intervino Ysabeau, apoyando a Marthe—. Diana está helada y tú apenas puedes ver sus heridas. Esto no le ayudará, hijo mío.

—Nada de baño —dijo él decididamente.

—¿Por qué no? —preguntó Ysabeau con impaciencia. Hizo un gesto señalando las escaleras y Marthe se fue.

—El agua se llenaría con su sangre —dijo tenso—. Baldwin la olería.

—Esto no es Jerusalén, Matthew —aseguró Ysabeau—. Nunca ha puesto un pie en esta torre, desde que fue construida.

—¿Qué ocurrió en Jerusalén? —Estiré la mano hacia el lugar donde habitualmente colgaba el ataúd de plata de Matthew.

—Amor mío, tengo que mirarte la espalda.

—Está bien —susurré en voz baja. Mi mente divagaba, buscando un manzano y la voz de mi madre.

—Por favor, ponte boca abajo.

Los fríos suelos de piedra del castillo donde Satu me había aplastado resultaban claramente palpables debajo de mi pecho y de mis piernas.

—No, Matthew. Tú crees que yo guardo secretos, pero no sé nada de mi magia. Satu dijo…

Matthew soltó una maldición.

—No hay ninguna bruja aquí, y tu magia no me importa. —Su fría mano agarró la mía, con la misma seguridad y firmeza de su mirada—. Apóyate sobre mi mano hacia delante. Yo te sostendré.

Sentada sobre su muslo, doblé la cintura, apoyando mi pecho en nuestras manos entrelazadas. Esa postura estiró dolorosamente la piel de mi espalda, pero era mejor que la alternativa. Debajo de mí, Matthew se puso tenso.

—La lana está metida en la piel, y eso no me permite ver nada. Vamos a tener que ponerte en el baño un momento para poder sacarla. ¿Puedes llenar la bañera, Ysabeau?

Su madre desapareció, y su ausencia fue seguida por el sonido de agua que corría.

—No demasiado caliente —le dijo sin gritar.

—¿Qué ocurrió en Jerusalén? —pregunté otra vez.

—Después —respondió, levantándome suavemente para enderezarme.

—El tiempo de los secretos ha pasado, Matthew. Díselo, y que sea rápido —dijo Ysabeau bruscamente desde la puerta del baño—. Es tu esposa y tiene derecho a saber.

—Debe de ser algo horrible, o no habrías llevado el ataúd de Lázaro. —Hice un

poco de presión encima de su corazón.

Con expresión desesperada, Matthew empezó su relato. Salió de él en estallidos rápidos, separados.

—Maté a una mujer en Jerusalén. Se interpuso entre Baldwin y yo. Hubo mucha sangre. Yo la amaba y ella…

Había matado a otra persona, no a una bruja, sino a un humano. Apoyé un dedo sobre sus labios para calmarlos.

—Es suficiente por ahora. Eso fue hace mucho tiempo. —Me sentía tranquila, pero estaba temblando otra vez, incapaz de soportar más revelaciones.

Matthew llevó mi mano izquierda a sus labios y me besó con fuerza los nudillos. Sus ojos me dijeron lo que no podía decir en voz alta. Finalmente se apartó tanto de mi mano como de mis ojos.

—Si estás preocupada por Baldwin —dijo—, lo haremos de otra manera. Podemos remojar la lana con compresas, o puedes darte una ducha.

La simple idea del agua cayendo por mi espalda o la aplicación de presión me convencieron para arriesgarme a la posible sed de Baldwin.

—El baño sería mejor.

Matthew me metió en el agua tibia completamente vestida, incluidas mis zapatillas para correr. Apoyada en la bañera, con la espalda separada de la porcelana y el agua subiendo lentamente por mi jersey de lana, empecé el lento proceso de relajarme, con mis piernas temblando y estremeciéndose debajo del agua. Tuve que ordenar a cada músculo y cada nervio que se relajara, y algunos se negaban a obedecer.

Mientras yo estaba en remojo, Matthew se ocupaba de mi cara, apretándome los pómulos con sus dedos. Frunció el ceño preocupado y llamó en voz baja a Marthe. Ésta apareció con un enorme maletín negro de médico. Matthew sacó una pequeña linterna y me examinó los ojos, con sus labios muy apretados.

—Mi cara chocó contra el suelo. —Hice una mueca de dolor—. ¿Está rota?

—No lo creo, *mon coeur,* sólo gravemente golpeada.

Marthe rasgó un paquete para abrirlo, y el olor a alcohol desinfectante me llegó a la nariz. Cuando Matthew puso la compresa sobre la parte pegajosa de mi mejilla, me agarré a los lados de la bañera; mis ojos escocían hasta el punto de llenarse de lágrimas. La compresa salió color escarlata.

—Me corté con el borde de una piedra. —Mi voz era serena, en un intento de calmar los recuerdos de Satu que el dolor traía.

Los fríos dedos de Matthew siguieron la línea de la herida punzante hasta donde desaparecía debajo de la línea del cuero cabelludo.

—Es superficial. No necesitas sutura. —Buscó un bote con un ungüento y extendió un poco sobre mi piel. Olía a menta y hierbas aromáticas—. ¿Eres alérgica a

algún medicamento? — preguntó cuando terminó.

Negué con la cabeza.

Llamó a Marthe otra vez y ella llegó de inmediato con los brazos llenos de toallas. Él recitó rápidamente una lista de medicamentos y Marthe asintió con la cabeza, moviendo ruidosamente un juego de llaves que sacó del bolsillo. Solamente uno de los medicamentos me resultó conocido.

—¿Morfina? —pregunté mientras sentía que se me aceleraba el pulso.

—Aliviará el dolor. El resto de los fármacos combatirán la inflamación y la infección.

El baño había calmado un poco mi ansiedad y disminuido la conmoción, pero el dolor era cada vez peor. La posibilidad de desterrarlo era tentadora, y de mala gana acepté el fármaco antes de salir del baño. Estar sentada en el agua rojiza me estaba mareando.

Pero antes de salir, Matthew insistió en mirar mi pie derecho. Lo levantó para sacarlo del agua y apoyó la planta del pie en su hombro. Incluso esa leve presión me hizo ahogar un quejido.

—Ysabeau, ¿puedes venir aquí, por favor?

Al igual que Marthe, Ysabeau estaba esperando pacientemente en el dormitorio para el caso de que su hijo necesitara ayuda. Cuando entró, Matthew la hizo ponerse detrás de mí mientras él desataba rápidamente los cordones empapados y empezó a quitarme la zapatilla. Ysabeau me sostenía por los hombros, impidiéndome salir de la bañera.

Grité durante el examen de Matthew, incluso después de que dejara de tratar de sacar la zapatilla y empezara a romperla cortando con la precisión que emplearía un modisto con una fina tela. También rompió el calcetín y la costura de mis *leggings*, para luego retirar la tela y dejar al descubierto el tobillo. Tenía un anillo alrededor de él como si hubiera sido aprisionado con una esposa que había quemado la piel, dejándola negra y llena de ampollas en algunas partes, con extrañas manchas blancas.

Matthew levantó la mirada con enfado en los ojos.

—¿Cómo te han hecho esto?

—Satu me colgó cabeza abajo. Quería ver si podía volar. —Me di la vuelta con aire vacilante, incapaz de comprender por qué tanta gente estaba furiosa conmigo por cosas de las que no era culpable.

Ysabeau cogió mi pie con delicadeza. Matthew se arrodilló junto a la bañera. Tenía el pelo negro peinado hacia atrás desde la frente y la ropa empapada de agua y sangre. Me hizo girar la cara hacia él para mirarme con una mezcla de feroz actitud de protección y orgullo.

—Naciste en agosto, ¿no? Bajo el signo de Leo. —Su acento era totalmente francés y casi todas las inflexiones propias de las universidades inglesas habían

desaparecido.

Asentí con la cabeza.

—Entonces tendré que llamarte mi leona desde ahora, porque sólo una leona pudo haber luchado como tú lo hiciste. Pero hasta *la lionne* necesita tener protectores. —Dirigió su mirada hacia mi brazo derecho. Al agarrar con fuerza el borde de la bañera había hecho que la hemorragia empezara de nuevo—. Tienes un esguince de tobillo, pero no es nada serio. Lo vendaré después. Ahora veamos tu espalda y tu brazo.

Matthew me sacó de la bañera y me puso en el suelo, ordenándome que evitara cargar el peso sobre mi pie derecho. Marthe e Ysabeau me sostuvieron mientras él cortaba los *leggings* y la ropa interior. La actitud de los tres vampiros sobre la naturalidad del cuerpo hizo que me sintiera indiferente al hecho de estar allí medio desnuda delante de ellos. Matthew levantó el borde delantero de mi empapado jersey para dejar a la vista un hematoma oscuro que se extendía por todo mi abdomen.

—¡Santo cielo! —exclamó, apretando sus dedos sobre la carne amoratada por encima de mi hueso púbico—. ¿Cómo diablos te hizo eso?

—Satu perdió la paciencia. —Me castañetearon los dientes al recordar mi vuelo por el aire y el dolor intenso en mis tripas. Matthew me envolvió con una toalla alrededor de la cintura.

—Quitemos el jersey —dijo sombríamente. Se colocó detrás de mí y sentí una punzada de metal frío en la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —Torcí la cabeza, desesperada por ver. Satu me había retenido boca abajo durante horas y me resultaba intolerable tener a alguien, aunque fuera Matthew, detrás de mí. El temblor de mi cuerpo se intensificó.

—¡Detente, Matthew! —pidió Ysabeau—. No puede soportarlo.

Un par de tijeras hicieron ruido al caer al suelo.

—Está bien. —Matthew acomodó su cuerpo al mío como un escudo protector. Cruzó sus brazos sobre mi pecho, abrazándome totalmente—. Lo haré desde delante.

Tan pronto como el temblor disminuyó, dio la vuelta y continuó cortando la tela para separarla de mi cuerpo. El aire frío en la espalda me indicaba que, de todas maneras, ya no quedaba mucha. Me cortó el sujetador y luego retiró la parte delantera del jersey.

Ysabeau ahogó una exclamación cuando los últimos trozos salieron de mi espalda.

—María, Deu maire. —Marthe estaba pasmada.

—¿Qué es? ¿Qué ha hecho? —La habitación se movía como una lámpara de araña durante un temblor de tierra. Matthew me giró para que quedara mirando a su madre. Pesar y compasión era lo que mostraba su cara.

—La sorcière est morte —dijo Matthew en voz baja.

Ya estaba planeando matar a otra bruja. El hielo inundó mis venas y había

oscuridad en los bordes de mi campo de visión.

Matthew me sostenía erguida con sus manos.

—No te apartes de mí, Diana.

—¿Tuviste que matar a Gillian? —sollocé.

—Sí. —Su voz era inexpresiva y sin vida.

—¿Por qué permitiste que me enterara de eso por otra persona? Satu me dijo que habías estado en mis habitaciones, que estabas usando tu sangre para drogarme. ¿Por qué, Matthew? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tenía miedo de perderte. Sabes tan poco de mí, Diana… Los secretos, el instinto de protección…, de matar si es necesario. Eso es lo que soy.

Me volví para mirarlo a la cara, tapada sólo con una toalla alrededor de la cintura. Tenía los brazos cruzados sobre mi pecho desnudo y mis emociones pasaban veloces del miedo a la cólera y a algo más oscuro.

—¿Entonces también matarás a Satu?

—Sí. —No se disculpó de ninguna manera ni ofreció explicación alguna, pero sus ojos estaban llenos de rabia apenas controlada. Fríos y grises, recorrían mi rostro—. Eres mucho más valiente que yo, ya te lo he dicho antes. ¿Quieres ver lo que te hizo? —preguntó Matthew, cogiéndome por los codos.

Pensé un momento, luego asentí con la cabeza.

Ysabeau protestó en un rápido occitano y Matthew la interrumpió con un siseo.

—Sobrevivió a que se lo hicieran, *maman*. Verlo ya no puede ser peor.

Ysabeau y Marthe bajaron a buscar dos espejos mientras Matthew cubría mi torso con toques delicados como plumas hechos con una toalla hasta que todo quedó ligeramente húmedo.

—No te apartes de mí —repetía cada vez que trataba de alejarme de la áspera tela.

Las mujeres regresaron con un espejo de marco dorado muy ornamentado del salón y un espejo de pie, de cuerpo entero, que solamente un vampiro podía haber llevado hasta la torre. Matthew colocó el espejo más grande detrás de mí, e Ysabeau y Marthe sostuvieron el otro delante, en un ángulo para que pudiera ver mi espalda y a Matthew también.

Pero aquello no podía ser mi espalda. Era la de otra persona, la de alguien a quien habían azotado y quemado hasta dejar su piel roja, azul y negra. También había marcas extrañas, círculos y símbolos. El recuerdo del fuego estalló entre las lesiones.

—Satu dijo que me iba a abrir por completo —susurré, como hipnotizada—. Pero conservé mis secretos dentro, mamá, tal como tú querías.

El intento de Matthew de agarrarme fue lo último que vi reflejado en el espejo antes de que la oscuridad se apoderara de mí.

Me desperté junto al fuego del dormitorio otra vez. La mitad inferior de mi

cuerpo todavía estaba envuelta en una toalla, y yo me encontraba sentada en el borde de una silla tapizada en damasco, doblada por la cintura, con el torso apoyado en una pila de almohadas sobre otra silla igual. Lo único que podía ver eran pies y alguien estaba aplicando ungüento en mi espalda. Era Marthe; su áspera fuerza era claramente distinguible de los toques fríos de Matthew.

—¿Matthew? —grazné, girando la cabeza a un lado, buscándolo.

Apareció su rostro.

—¿Sí, amor mío?

—¿Adónde fue a parar el dolor?

—Es magia —respondió, intentando mostrarme una gran sonrisa irónica.

—Morfina —dije lentamente, recordando la lista de fármacos que le había dado a Marthe.

—A eso me refería. Todo el que ha sufrido alguna vez grandes dolores sabe que la morfina y la magia son la misma cosa. Ahora que estás despierta, vamos a envolverte. —Le arrojó una venda a Marthe, explicándole que evitaría la inflamación y protegería más mi piel. También tenía el beneficio de sostener mis pechos, ya que no iba a poder usar un sujetador durante algún tiempo.

Entre ambos envolvieron kilómetros de venda quirúrgica blanca alrededor de mi torso. Gracias a los medicamentos, me sometí a ellos con una curiosa sensación de abandono. Algo que desapareció, sin embargo, cuando Matthew empezó a buscar algo en su maletín y a hablar de suturas. Cuando era niña me había caído y me había clavado en el muslo un tenedor largo, de los que se usan para mover la carne en la barbacoa. También entonces se necesitaron suturas, y mis pesadillas duraron meses. Le hablé a Matthew de mis miedos, pero él estaba decidido.

—El corte en tu brazo es profundo, Diana. No se curará bien a menos que lo cosamos.

Después, las mujeres me vistieron mientras Matthew bebía un poco de vino. Le temblaban los dedos. Yo no tenía nada para cerrar la parte de delante, de modo que Marthe desapareció otra vez para regresar con los brazos llenos de ropa de Matthew. Me metieron en una de sus finas camisas de algodón. Me quedaba enorme, pero la sentía suave sobre mi piel. Con sumo cuidado, Marthe me echó sobre los hombros una chaqueta de cachemira negra con botones forrados en cuero, también de Matthew, y entre ella e Ysabeau me pusieron un par de pantalones negros elásticos, míos, para cubrir las piernas y las caderas. Luego Matthew me depositó en un nido de almohadas sobre el sofá.

—Ve a cambiarte —ordenó Marthe, empujándolo a él en dirección al baño.

Matthew se duchó rápidamente y salió del baño con un nuevo par de pantalones. Se secó enérgicamente el pelo junto al fuego antes de ponerse el resto de su ropa.

—¿Estarás bien si bajo un momento? —me preguntó—. Marthe e Ysabeau se

quedarán contigo.

Sospeché que su paseo al piso de abajo tenía que ver con su hermano, y asentí con la cabeza, sintiendo todavía los efectos de la poderosa droga.

Mientras estuvo ausente, Ysabeau habló entre dientes una y otra vez en una lengua que no era ni occitano ni francés, y Marthe ordenaba cosas sin dejar de murmurar. Habían retirado de la habitación casi toda la ropa destrozada y las vendas ensangrentadas cuando Matthew reapareció. *Fallon* y *Héctor* caminaban junto a él, con la lengua fuera.

Ysabeau entrecerró los ojos.

—Tus perros no deben entrar en mi casa.

Fallon y *Héctor* miraron interesados a Ysabeau y luego a Matthew. Matthew chasqueó los dedos y señaló el suelo. Los perros se echaron mirándome con atención.

—Se quedarán con Diana hasta que nos vayamos —informó con firmeza, y aunque su madre suspiró, no discutió con él.

Matthew me levantó los pies y deslizó su cuerpo debajo de ellos mientras sus manos me acariciaban las piernas con suavidad. Marthe dejó una copa de vino delante de él, luego puso una taza de té en mis manos. Ella e Ysabeau se retiraron, dejándonos solos con los perros guardianes.

Mi mente divagaba, serenada por la morfina y el toque hipnótico de los dedos de Matthew. Revisé mis recuerdos, tratando de distinguir lo que era real de lo que había simplemente imaginado. ¿El fantasma de mi madre realmente había estado en la mazmorra sin salida o era un recuerdo del tiempo que pasamos juntas antes de que se marcharan a África? ¿O había sido la forma en que mi mente trataba de liberarse del estrés, yéndose en parte a un mundo imaginario? Fruncí el ceño.

—¿Qué ocurre, *ma lionne?* —preguntó Matthew con voz preocupada—. ¿Tienes dolores?

—No. Sólo estoy pensando. —Me concentré en su cara, obligándome a atravesar la niebla hasta llegar a las orillas más seguras de su contorno—. ¿En dónde me encontrasteis?

—La Pierre. Es un antiguo castillo en el que no ha vivido nadie desde hace años.

—He conocido a Gerberto. —Mi mente saltaba de un sitio a otro, sin querer detenerse en ningún lugar demasiado tiempo.

Matthew detuvo el movimiento de sus dedos.

—¿Estaba allí?

—Solamente al principio. Él y Domenico nos estaban esperando cuando llegamos, pero Satu les pidió que se fueran.

—Entiendo. ¿Te tocó? —El cuerpo de Matthew se puso tenso.

—En la mejilla. —Sentí un estremecimiento—. Hace mucho, mucho tiempo, el manuscrito estuvo en su poder, Matthew. Gerberto se jactó de haberlo conseguido en

España. Ya entonces estaba hechizado. Mantuvo a una bruja esclavizada con la esperanza de que ella pudiera romper el hechizo.

—¿Quieres contarme qué ocurrió?

Me pareció que era demasiado pronto, y estaba a punto de decírselo, cuando el relato comenzó a fluir. Cuando le conté acerca de los intentos de Satu de abrirme para poder encontrar la magia dentro de mí, Matthew se levantó y reemplazó las almohadas como apoyo de mi espalda con su propio cuerpo, acomodándome cuan larga era entre sus piernas.

Me sostuvo mientras hablaba, y cuando mi voz se quebró, y cuando lloré. Fuesen cuales fuesen las emociones de Matthew cuando le conté las revelaciones de Satu sobre él, las mantuvo firmemente controladas. Incluso cuando le hablé de mi madre sentada bajo un manzano cuyas raíces se extendían por los suelos de piedra de La Pierre, no me pidió más detalles, aunque estoy segura de que le habría gustado formular cientos de preguntas que quedaron sin respuesta.

No le conté todo… Omití la presencia de mi padre, mis vívidos recuerdos de los cuentos para dormir y de mis correrías por los campos detrás de la casa de Sarah, en Madison. Pero era un principio, y el resto vendría con el tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté cuando terminé—. No podemos dejar que la Congregación les haga daño a Sarah y a Em…, o a Marthe e Ysabeau.

—Eso depende de ti —respondió Matthew lentamente—. Comprenderé perfectamente que para ti esto haya sido más que suficiente. —Estiré el cuello para observarlo, pero no me miró a los ojos y resueltamente desvió la mirada por la ventana hacia la oscuridad.

—Me dijiste que estábamos unidos de por vida.

—Nada cambiará mis sentimientos por ti, pero tú no eres un vampiro. Sin embargo, lo que te ha ocurrido hoy… —Matthew se detuvo y volvió a empezar—: Si has cambiado de idea con respecto a todo esto, con respecto a mí, lo comprenderé.

—Ni siquiera Satu pudo hacerme cambiar de idea. Y ten por seguro que lo intentó. Mi madre parecía muy convencida cuando me dijo que tú eras el que yo estaba esperando. Eso fue cuando volé. —En realidad no había sido exactamente así. Mi madre había dicho que Matthew era el que *nosotros* habíamos estado esperando. Pero dado que eso no tenía sentido, no dije nada más.

—¿Estás segura? —Matthew me levantó la barbilla y examinó mi cara.

—Completamente.

Su rostro perdió algo de angustia. Inclinó la cabeza para besarme y luego se apartó.

—Los labios son la única parte de mi cuerpo que no me duele. —Además, necesitaba que me recordaran que había criaturas en el mundo que podían tocarme sin causarme dolor.

Apretó su boca suavemente contra la mía, con su aliento de clavo y especias. Borró los recuerdos de La Pierre, y por unos momentos pude cerrar mis ojos y descansar en sus brazos. Pero una necesidad urgente de saber qué iba a ocurrir después me hizo volver rápidamente a un estado de alerta.

—Entonces… ahora qué? —pregunté otra vez.

—Ysabeau tiene razón. Debemos volver con tu familia. Los vampiros no pueden ayudarte a aprender sobre tu magia, y las brujas seguirán persiguiéndote.

—¿Cuándo? —Después de La Pierre, me sentía extrañamente feliz de que él tomara las decisiones que considerara mejores.

Matthew se estremeció ligeramente debajo de mí. Su sorpresa ante mi sometimiento fue evidente.

—Nos reuniremos con Baldwin y llevaremos el helicóptero a Lyon. Su avión está cargado de combustible y listo para salir. Satu y las otras brujas de la Congregación no volverán aquí de inmediato, pero volverán —dijo sombríamente.

—¿Ysabeau y Marthe estarán a salvo en Sept-Tours contigo ausente?

La risa de Matthew rugió debajo de mí.

—Han estado en el centro de todos los conflictos armados más importantes de la historia. Una manada de vampiros de cacería o algunas brujas curiosas difícilmente podrán alterarlas. Pero tengo algunas cosas que hacer antes de irnos. ¿Descansarás si Marthe se queda contigo?

—Tengo que preparar mis cosas.

—Marthe lo hará. E Ysabeau la ayudará, si la dejas.

Asentí con la cabeza. La idea de que Ysabeau regresara a la habitación me resultaba sorprendentemente reconfortante.

Matthew me volvió a acomodar sobre las almohadas con sus tiernas manos. Llamó en voz baja a Marthe y a Ysabeau, y les hizo un gesto a los perros en dirección a las escaleras, donde se colocaron en una postura que hacía recordar a los leones de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Las dos mujeres se movieron en silencio por la habitación; sus tranquilos movimientos y los fragmentos de conversación me proporcionaron un tranquilizador ruido de fondo que finalmente me ayudó a quedarme dormida. Cuando desperté varias horas después, mi vieja bolsa de lona estaba llena y esperaba junto al fuego. Marthe estaba inclinada sobre ella metiendo una lata dentro.

—¿Qué es eso? —pregunté, frotando el sueño de mis ojos.

—Tu té. Una taza todos los días, ¿recuerdas?

—Sí, Marthe. —Me desplomé otra vez sobre las almohadas—. Gracias. Por todo.

Marthe me acarició la frente con sus nudosas manos.

—Él te ama. ¿Lo sabes? —Su voz era más ronca que de costumbre.

—Lo sé, Marthe. Yo también le amo.

Héctor y *Fallon* volvieron sus cabezas, su atención había sido atraída por un ruido en las escaleras que era demasiado leve para que yo pudiera escucharlo. La oscura silueta de Matthew apareció. Se acercó al sofá para observarme y asintió con la cabeza después de tomarme el pulso. Luego me levantó en sus brazos como si no pesara nada y la morfina se ocupó de que no sintiera más que un desagradable tirón en la espalda cuando me llevó escaleras abajo. *Héctor* y *Fallon* cerraban nuestra pequeña comitiva mientras bajábamos.

Su despacho estaba iluminado solamente por el fuego, y lanzaba sombras sobre los libros y los objetos que allí había. Posó sus ojos rápidamente en la torre de madera en un adiós silencioso a Lucas y a Blanca.

—Volveremos… tan pronto como podamos —prometí.

Matthew sonrió.

Baldwin nos estaba esperando en el salón. *Héctor* y *Fallon* daban vueltas alrededor de las piernas de Matthew, evitando que nadie pudiera acercársele. Les ordenó apartarse para que Ysabeau pudiera aproximarse.

Ella puso sus manos frías sobre mis hombros.

—Sé valiente, hija, pero escucha a Matthew —me sugirió mientras me daba un beso en cada mejilla.

—Lamento mucho haber traído problemas a tu casa.

—Hein, esta casa ha visto cosas peores —respondió, antes de volverse hacia Baldwin.

—Hazme saber si necesitas algo, Ysabeau. —Baldwin le rozó las mejillas con sus labios.

—Por supuesto, Baldwin. Que tengáis un buen vuelo —murmuró mientras él salía.

—Hay siete cartas en el estudio de mi padre —le dijo Matthew cuando su hermano se retiró. Habló bajo y muy rápido—: Alain vendrá a buscarlas. Él sabe qué debe hacer. —Ysabeau asintió con la cabeza. Tenía los ojos brillantes.

—Entonces, todo empieza de nuevo —susurró—. Tu padre estaría orgulloso de ti, Matthew. —Lo tocó en el brazo y recogió sus maletas.

Los vampiros, los perros y la bruja recorrimos en fila los verdes jardines del *château*. Las aspas del helicóptero empezaron a moverse lentamente cuando aparecimos. Matthew me agarró por la cintura y me levantó para hacerme subir a la cabina; luego trepó detrás de mí.

Despegamos y nos quedamos un momento frente a las paredes iluminadas del *château* antes de dirigirnos al este, donde las luces de Lyon eran visibles en el oscuro cielo matutino.

Capítulo 32

Permanecí con los ojos firmemente cerrados mientras íbamos rumbo al aeropuerto. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volar sin pensar en Satu.

En Lyon todo fue intensamente rápido y eficiente. Era evidente que Matthew había estado organizando las cosas desde Sept-Tours y había informado a las autoridades de que el avión iba a ser usado para transporte médico. Apenas mostró su identificación y el personal del aeropuerto me vio bien la cara, me metieron en una silla de ruedas a pesar de mis objeciones y me empujaron hacia el avión con un funcionario de inmigración siguiéndonos para sellar mi pasaporte. Baldwin marchaba delante y la gente rápidamente se apartaba de nuestro camino.

El avión de los Clermont estaba equipado como un yate de lujo, con sillones que se desplegaban para convertirse en camas, áreas de asientos tapizados y mesas, y una cocina pequeña donde un encargado uniformado esperaba con una botella de vino tinto y agua mineral helada. Matthew me acomodó en uno de los sillones reclinables, con almohadas como cabezales para quitar la presión de mi espalda. Él se situó en el asiento más cercano. Baldwin tomó posesión de una mesa lo suficientemente grande como para una reunión de un consejo de administración donde desplegó papeles, encendió dos ordenadores diferentes y empezó a hablar sin descanso por teléfono.

Tras el despegue, Matthew me ordenó que durmiera. Cuando me resistí, amenazó con darme más morfina. Todavía estábamos negociando cuando el teléfono zumbó en su bolsillo.

—Marcus —dijo al mirar la pantalla. Baldwin levantó la mirada de su mesa.

Matthew apretó el botón verde.

—Hola, Marcus. Estoy en un avión de camino a Nueva York con Baldwin y Diana. —Habló rápidamente, sin darle a Marcus ninguna oportunidad para responder. Su hijo no podía haber pronunciado más que unas pocas palabras antes de terminar la comunicación.

Apenas Matthew apretó el botón rojo del teléfono, líneas de texto empezaron a iluminar su pantalla. El intercambio de mensajes de texto debe de haber sido un regalo del cielo para los vampiros, necesitados de privacidad. Matthew respondió y sus dedos volaron sobre las teclas. Cuando la pantalla se quedó oscura, me dirigió una sonrisa forzada.

—¿Todo bien? —pregunté con voz suave, sabiendo que la historia completa tendría que esperar hasta que estuviéramos lejos de Baldwin.

—Sí. Sólo tenía curiosidad por saber dónde estábamos. —Dada la hora, dudé de

que fuera cierto.

La somnolencia hizo que fuera innecesario que Matthew insistiera en que me durmiera.

—Gracias por encontrarme —dije según mis ojos se iban cerrando.

Su única respuesta fue inclinar la cabeza para apoyarla en silencio sobre mi hombro.

No desperté hasta que aterrizamos en La Guardia, donde nos detuvimos en la zona reservada para los aviones privados. Nuestra llegada a ese lugar y no a un aeropuerto más activo y más lleno de gente al otro lado de la ciudad era otro ejemplo más de la eficiencia mágica y la conveniencia de viajar con vampiros. La identificación de Matthew produjo más magia todavía, y los funcionarios aceleraron nuestros trámites. En cuanto pasamos la aduana y el control de inmigración, Baldwin nos examinó, yo en la silla de ruedas y su hermano de pie detrás de mí con aspecto sombrío.

—Tenéis un aspecto terrible —comentó.

—Ta gueule —replicó Matthew con una falsa sonrisa y un tono de voz ácido. Incluso con mi limitado conocimiento del francés, sabía que esas palabras no eran de las que uno diría delante de su madre.

Baldwin mostró una gran sonrisa.

—Eso está mejor, Matthew. Me alegra ver que todavía te queda algo de espíritu de lucha. Vas a necesitarlo. —Miró su reloj. Era tan masculino como él, del tipo de los que usan los buceadores y los pilotos de cazas, con varias esferas y la capacidad de resistir presiones negativas de fuerza G—. Tengo una reunión dentro de unas horas, pero quería darte primero algunos consejos.

—Tengo todo bajo control, Baldwin —dijo Matthew con una voz peligrosamente suave.

—No, no tienes nada bajo control. Además, no te estoy hablando a ti. —Baldwin se agachó, doblando su enorme cuerpo para poder fijar sus misteriosos y enormes ojos color marrón claro en los míos—. ¿Sabes lo que es un gambito, Diana?

—Vagamente. Es algo del ajedrez.

—Exacto —respondió—. Un gambito lleva a tu adversario a tener una falsa sensación de seguridad. Uno hace un sacrificio deliberado para conseguir una ventaja más grande.

Matthew dejó escapar un leve gruñido.

—Entiendo los principios básicos —dije.

—Lo que ocurrió en La Pierre me parece que fue un gambito —continuó Baldwin sin que sus ojos vacilaran ni por un instante—. La Congregación te dejó escapar por alguna razón. Haz tu siguiente jugada antes de que ellos hagan la suya. No esperes tu turno como una buena niña, y no te dejes engañar pensando que tu actual libertad

significa que estás a salvo. Decide qué vas a hacer para sobrevivir, y hazlo.

—Gracias. —Podía ser el hermano de Matthew, pero la presencia física cerca de Baldwin era perturbadora. Le tendí mi brazo derecho envuelto en gasa a modo de despedida.

—Hermana, ésa no es la manera en que la familia se dice *adieu*. —La voz de Baldwin era suavemente burlona. No me dio tiempo para reaccionar: me cogió por los hombros y me besó en ambas mejillas. Cuando su cara rozó la mía, aspiró mi perfume deliberadamente. Lo sentí como una amenaza, y me pregunté si él había actuado así a propósito. Me soltó y se puso de pie—. Matthew, *à bientôt*.

—Espera. —Matthew siguió a su hermano. Usó su ancha espalda para taparme la visión y le dio un sobre a Baldwin. El trozo curvo de cera negra en él fue visible a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo.

—Dijiste que no ibas a obedecer mis órdenes. Después de La Pierre tal vez lo hayas reconsiderado.

Baldwin fijó la mirada en el rectángulo blanco. Su cara se contorsionó en un rictus amargo antes de adoptar una expresión de resignación. Al recibir el sobre, inclinó la cabeza y dijo:

—Je suis à votre commande, seigneur.

Las palabras eran formales, motivadas por el protocolo más que por un sentimiento genuino. Él era un caballero y Matthew era su superior. Baldwin se había sometido, técnicamente, a la autoridad de Matthew. Pero el simple hecho de haber aceptado la tradición no significaba que le gustara. Se llevó el sobre a la frente en una parodia de saludo militar.

Matthew esperó hasta que Baldwin desapareció en la lejanía antes de volver a mí. Agarró la silla de ruedas.

—Vamos, subamos al coche.

En algún lugar sobre el océano Atlántico, Matthew había hecho arreglos previos para cuando llegáramos. Recibimos el Range Rover en el borde de la terminal de un hombre uniformado que dejó caer las llaves en la palma de la mano de Matthew, metió nuestro equipaje en el maletero y se fue sin decir una palabra. Matthew estiró la mano hacia el asiento trasero, sacó un anorak azul diseñado para caminatas en el ártico más que para el otoño en Nueva York, y lo acomodó como un nido lleno de plumón en el asiento del acompañante.

Pronto estuvimos en medio del tráfico urbano de primera hora de la mañana para luego dirigirnos hacia el campo. El GPS había sido programado con la dirección de la casa en Madison y nos informó de que llegaríamos en poco más de cuatro horas. Miré el cielo, que se iba iluminando, y empecé a preocuparme por cómo reaccionarían Sarah y Em ante Matthew.

—Estaremos en casa justo después del desayuno. Eso es una ventaja. —Sarah no

estaba en su mejor momento antes de que el café, una buena cantidad de él, hubiera entrado en su torrente sanguíneo—. Deberíamos llamar y decirles a qué hora tienen que esperarnos.

—Ya lo saben. Las llamé desde Sept-Tours.

Me sentí completamente manejada por él y ligeramente embotada por la morfina y la fatiga, de modo que me acomodé en mi asiento para seguir el viaje.

Pasamos por granjas destartaladas y casas pequeñas con las luces de primera hora del día centelleando en cocinas y dormitorios. La zona rural del estado de Nueva York está en todo su esplendor en octubre. En ese momento los árboles brillaban con su follaje rojo y oro. Después de que cayeran las hojas, Madison y el campo circundante se volverían gris rojizo y permanecerían así hasta que las primeras nevadas cubrieran el mundo con un inmaculado manto blanco.

Doblamos para seguir el camino lleno de baches que conducía a la casa de los Bishop. Sus perfiles de fines del siglo XVIII eran compactos, dándole aspecto de caja, y se alzaba alejada del camino sobre una pequeña loma, rodeada por los viejos manzanos y arbustos de lilas. Las blancas tablas necesitaban urgentemente una nueva capa de pintura y la vieja cerca de estacas puntiagudas se estaba viniendo abajo en algunas partes. Pero pálidas columnas de humo se alzaban desde ambas chimeneas dándonos la bienvenida, llenando el aire con el olor otoñal de la madera ardiendo.

Matthew condujo hacia el sendero de la entrada, que estaba marcado con baches cubiertos de escarcha. El Range Rover siguió su rumbo por encima de ellos y se detuvo junto al maltrecho coche, en otro tiempo color púrpura, de Sarah. Una nueva serie de pegatinas en el parachoques adornaba la parte de atrás. «Mi otro vehículo es una escoba», su favorito, estaba pegado junto a «Soy pagano y voto». Otra proclamaba: «Ejército Wicca: no nos iremos en silencio hacia la noche». Suspiré.

Matthew apagó el motor y me miró.

—Se supone que debo estar nervioso.

—¿Y no lo estás?

—No tan nervioso como tú.

—Volver a casa siempre hace que reacciones como una adolescente. Lo único que quiero hacer es apoderarme del mando a distancia de la televisión y comer helado. —Aunque trataba de mostrarme ingeniosa y alegre por él, no estaba demasiado entusiasmada con este regreso al hogar.

—Estoy seguro de que podremos encargarnos de eso —dijo con el ceño fruncido—. Mientras tanto deja de fingir que no ha ocurrido nada. No me vas a engañar a mí, ni tampoco a tus tías.

Me dejó sentada en el coche mientras él llevaba nuestro equipaje a la puerta principal. Habíamos acumulado un número sorprendentemente grande de bultos, incluyendo dos maletines de ordenador, mi infame bolsa de lona de Yale y una

elegante maleta de cuero que podría haber pertenecido a la época victoriana. También estaba el instrumental médico de Matthew, su abrigo gris largo, mi nuevo anorak brillante y una caja de vino. Matthew había sido prudentemente precavido en esta última cuestión. El gusto de Sarah se inclinaba por cosas más fuertes y Em era abstemia.

Matthew regresó y me sacó en brazos del vehículo con mis piernas balanceándose. A salvo en la escalinata, apoyé cautelosamente el peso sobre mi tobillo. Ambos estábamos frente a la puerta roja del siglo XVIII de la casa. Estaba flanqueada por pequeñas ventanas que permitían ver la sala principal. Todas las lámparas de la casa estaban encendidas para darnos la bienvenida.

—Huelo el café —dijo él, mirándome con una sonrisa.

—Entonces están levantadas. —El seguro del gastado y conocido cerrojo de la puerta se soltó cuando lo toqué.

—Sin llave, como de costumbre. —Antes de que me entrara el pánico, me introduje en la casa cautelosamente—. ¿Em? ¿Sarah?

Una nota escrita con la letra oscura y firme de Sarah estaba pegada con cinta adhesiva en el poste de la barandilla de la escalera.

«Hemos salido. Pensamos que la casa necesitaba estar primero un tiempo a solas con vosotros. No os apresuréis. Matthew puede quedarse en la antigua habitación de Em. Tu habitación está lista». Había un añadido, escrito con la letra más redonda de Em: «Los dos podéis usar la habitación de tus padres».

Recorrí rápidamente con la mirada las puertas del vestíbulo. Todas estaban abiertas y ninguna se golpeaba arriba. Incluso las amplias puertas que conducían a la sala de estar permanecían en silencio, en lugar de estar moviéndose desenfrenadamente sobre sus bisagras.

—Ésa es una buena señal.

—¿El qué? ¿Que estén fuera de casa? —Matthew parecía perplejo.

—No, el silencio. La casa no siempre se ha comportado bien con gente nueva.

—¿La casa está embrujada? —Matthew miró con interés.

—Somos brujas…, por supuesto que la casa está embrujada. Pero es más que eso. La casa… tiene vida propia. Tiene sus propias ideas acerca de las visitas, y cuantos más Bishop hay, peor se comporta. Por eso Em y Sarah han salido.

Una mancha fosforescente entró y salió de mi visión periférica. Mi abuela muerta desde hacía mucho tiempo, a la que nunca conocí, estaba sentada junto a la chimenea de la sala de estar, en una mecedora desconocida. Se la veía tan joven y hermosa como en la fotografía de su boda que estaba en el descansillo de la escalera. Cuando sonrió, mis propios labios se curvaron como respuesta.

—¿Abuela? —llamé con cautela.

«Es guapo, ¿no?», dijo haciendo un guiño con una voz que crujía como papel

encerado.

Apareció otra cabeza en el marco de la puerta.

«¡Vaya si lo es! —estuvo de acuerdo el otro fantasma—. Pero debería estar muerto».

Mi abuela asintió con la cabeza.

«Supongo que sí, Elizabeth, pero es lo que es. Nos acostumbraremos a él».

Matthew estaba mirando hacia la sala de estar.

—Ahí hay alguien —dijo, asombrado—. Casi puedo olerlos y escucho algunos ruidos lejanos. Pero no puedo verlos.

—Fantasmas. —Recordé los calabozos del castillo y busqué a mi madre y a mi padre.

«Oh, no están aquí», dijo la abuela con tristeza.

Decepcionada, dejé de prestar atención a mi familia muerta para concentrarme en mi marido no muerto.

—Vamos arriba y dejemos el equipaje. Eso le dará ocasión a la casa de conocerte.

Antes de que pudiéramos movernos un centímetro más, una bola peluda y negra como el carbón salió disparada de la parte posterior de la casa con un chillido que helaba la sangre. Se detuvo de golpe a unos treinta centímetros de mí para transformarse en un gato que ronroneaba. Arqueó el lomo y maulló otra vez.

—Yo también estoy encantada de verte, *Tabitha*. —La gata de Sarah me detestaba, y el sentimiento era mutuo.

Tabitha bajó su lomo hasta la línea correcta y avanzó con paso majestuoso hacia Matthew.

—Los vampiros en general se sienten más cómodos con los perros —comentó él mientras *Tabitha* daba vueltas alrededor de sus tobillos.

Con infalible instinto felino, *Tabitha* se dio cuenta de la incomodidad de Matthew y se dispuso a hacerle cambiar de idea acerca de los animales de su especie. Apoyó la cabeza sobre la pantorrilla de él, y comenzó a ronronear fuerte.

—Vaya, vaya —exclamé. Para *Tabitha*, aquélla era una sorprendente demostración de afecto— . Normalmente es la gata más perversa de la historia mundial.

Tabitha me gruñó y reanudó sus amorosas caricias en la parte baja de las piernas de Matthew.

—No le hagas caso —le recomendé mientras me dirigía renqueando hacia las escaleras. Matthew cargó los bultos y me siguió.

Agarrada a la barandilla, subí lentamente. Matthew fue dando cada paso conmigo, con su rostro iluminado por la emoción y la curiosidad. No parecía de ninguna manera preocupado por el hecho de que la casa lo estuviera observando.

No obstante, mi cuerpo estaba tenso, a la expectativa. Alguna vez habían caído

fotografías sobre invitados desprevenidos, se habían abierto y cerrado puertas y ventanas, y las luces se habían apagado y encendido sin la menor advertencia. Dejé escapar un suspiro de alivio cuando llegamos arriba sin incidentes.

—Pocos amigos míos venían de visita a esta casa —expliqué cuando él enarcó una ceja—. Era más sencillo quedar con ellos en el centro comercial, en Syracuse.

Las habitaciones de arriba estaban dispuestas en un cuadrado alrededor de la escalera central. La habitación de Em y Sarah estaba en la esquina delantera y daba al sendero de la entrada. La habitación de mis padres estaba en la parte posterior de la casa, con vistas a los campos y a un sector del viejo huerto de manzanos que gradualmente conducía a un bosque más denso de robles y arces. La puerta estaba abierta. Había una luz encendida dentro. Avancé vacilante hacia el rectángulo acogedor y dorado y atravesé el umbral.

La habitación estaba caldeada y era agradable; la amplia cama estaba cubierta por una colcha de retales de colores y almohadas. Nada combinaba, salvo por las cortinas blancas lisas. El suelo era de anchos tablones de pino con brechas lo suficientemente grandes como para que pasara un cepillo de pelo. A la derecha había un baño, con un radiador encendido dentro.

—Lirios del valle —comentó Matthew; su nariz se dilataba ante todos los nuevos olores.

—El perfume favorito de mi madre. —Un antiguo frasco de Diorissimo con una desteñida cinta de cuadros blancos y negros envuelta alrededor del cuello todavía podía verse sobre el escritorio.

Matthew dejó el equipaje en el suelo.

—¿Te vas a sentir molesta si te quedas aquí? —Sus ojos mostraban preocupación—. Puedes ocupar tu antigua habitación, como sugirió Sarah.

—De ninguna manera —respondí con firmeza—. Está en el ático y el baño está aquí. Además, no cabemos los dos en una cama de una sola plaza.

Matthew apartó la mirada.

—Pensé que podríamos…

—No vamos a dormir en camas separadas. No soy menos tu esposa entre brujas que entre vampiros —lo interrumpí, y lo atraje hacia mí. La casa se afirmó en sus cimientos con un breve suspiro, como si se preparara para una larga conversación.

—No, pero podría ser más fácil…

—¿Para quién? —lo interrumpí otra vez.

—Para ti —terminó—. Estás herida. Dormirías mejor sola en una cama.

Yo no estaba dispuesta a dormir sin él a mi lado. De ninguna manera. Como no quería preocuparlo diciéndole eso, puse mis manos sobre su pecho en un intento de cambiar de conversación.

—Bésame.

Su boca se tensó en un «no», pero sus ojos decían «sí». Apreté mi cuerpo contra el suyo, y respondió con un beso dulce y amable a la vez.

—Pensé que te había perdido —murmuró cuando nos separamos y apoyó su frente contra la mía—, para siempre. Ahora tengo miedo de que puedas romperte en mil pedazos por lo que Satu te hizo. Si te hubiera pasado algo, me habría vuelto loco.

Mi perfume envolvió a Matthew y él se relajó un poco. Se relajó más cuando sus manos se deslizaron por mis caderas. Éstas estaban relativamente intactas, y su roce era reconfortante y a la vez electrizante. Mi necesidad de él no había hecho más que intensificarse desde mi terrible experiencia con Satu.

—¿Puedes sentirlo? —Cogí su mano con la mía para apretarla contra el centro de mi pecho.

—¿Sentir qué? —La perplejidad apareció en su rostro.

Sin estar muy segura sobre qué era lo que podría dejar una impresión sobre sus sentidos sobrenaturales, me concentré en la cadena que se había desplegado cuando me besó por primera vez. Cuando la toqué con un dedo imaginario, emitió un murmullo bajo y regular.

Matthew abrió la boca con una mirada del asombro en su rostro.

—Oigo algo. ¿Qué es? —Se inclinó para apoyar la oreja contra mi pecho.

—Eres tú, dentro de mí —dije—. Me retienes…, eres un ancla en el extremo de una cadena larga y plateada. Ésa es la razón por la que estoy tan segura de ti, supongo. —Bajé la voz—: Siempre que pueda sentirte, que tenga esta conexión contigo, no habrá nada que Satu pueda decir o hacer que yo no pueda soportar.

—Es como el ruido que hace tu sangre cuando hablas mentalmente con *Rakasa,* o cuando convocaste el viento de brujos. Ahora que sé qué es lo que tengo que escuchar, resulta audible.

Ysabeau había mencionado que podía escuchar el canto de mi sangre de bruja. Traté de hacer que la música de la cadena fuera más fuerte, que sus vibraciones pasaran al resto de mi cuerpo.

Matthew levantó la cabeza y me regaló una sonrisa gloriosa.

—¡Asombroso! —exclamó.

El murmullo se hizo más intenso y perdí el control de la energía que bullía en mí. Por encima de nuestras cabezas, una infinidad de estrellas estallaron cobrando vida y volaron por toda la habitación.

—¡Caramba! —Docenas de ojos fantasmales se hacían sentir como un hormigueo en mi espalda. La casa cerró con fuerza la puerta para detener los rostros curiosos de mis ancestros, que se habían reunido para ver la exhibición de fuegos artificiales como si fuera el Día de la Independencia.

—¿Tú has hecho eso? —Matthew mantenía su mirada fija en la puerta cerrada.

—No. Las bengalas son cosa mía. El resto lo ha hecho la casa. Tiene que ver con

la privacidad —expliqué muy seria.

—Gracias a Dios —murmuró, apretando con firmeza mis caderas contra las suyas y besándome otra vez de una manera que hizo que los fantasmas del otro lado murmuraran entre dientes.

Los fuegos artificiales se desvanecieron en un torrente de luz color aguamarina sobre la cómoda.

—Te amo, Matthew Clairmont —dije en cuanto fui capaz.

—Y yo te amo a ti, Diana Bishop —respondió formalmente—. Pero tu tía y Emily deben de estar congelándose. Enséñame el resto de la casa para que puedan volver a entrar.

Lentamente recorrimos las otras habitaciones en el segundo piso, ya muy poco utilizadas y llenas de curiosidades procedentes de la adicción de Em a las ventas de objetos personales y de todos los cachivaches de los que Sarah no podía deshacerse por temor a llegar a necesitarlos algún día.

Matthew me ayudó a subir las escaleras hasta el dormitorio del ático, donde yo había soportado mi adolescencia. Todavía había carteles de cantantes clavados en las paredes y conservaba los fuertes tonos púrpura y verde que yo había considerado en mi adolescencia como una sofisticada combinación de colores.

Abajo, exploramos las amplias habitaciones formales diseñadas para recibir invitados: la sala principal a un lado de la puerta de entrada, el despacho y un pequeño recibidor al otro. Pasamos por el comedor, usado rara vez, hacia el corazón de la casa, una estancia que hacía las veces de sala de la televisión y comedor habitual, para llegar a la cocina, en el extremo más alejado.

—Parece que Em ha vuelto al bordado otra vez —dije mientras recogía un trozo de tela a medio terminar con un dibujo de una cesta de flores en él—. Y Sarah ha vuelto a las andadas con la bebida.

—¿Ella fuma? —Matthew olió profundamente el aire.

—Cuando está estresada. Em la obliga a fumar fuera, pero el olor se percibe igualmente. ¿Te molesta? —pregunté, perfectamente consciente de lo sensible que podría ser él a ese olor.

—Dieu, Diana, he olido cosas peores —respondió.

La cavernosa cocina conservaba sus hornos con paredes de ladrillo y una gigantesca chimenea en la que se podía entrar. También había aparatos modernos, y antiguos suelos de piedra que habían soportado dos siglos de caídas de ollas, animales mojados, zapatos embarrados y otras sustancias más propias de las brujas. Lo conduje a la adyacente sala de trabajo de Sarah. Originalmente era una cocina de verano separada, pero había sido unida a la casa y todavía seguía equipada con ganchos para sujetar calderos de estofado y asadores para la carne. Del techo colgaban hierbas y en una despensa había frutas secándose y frascos con lociones y

pociones. Una vez terminado el recorrido, regresamos a la cocina.

—Esta habitación es tan… marrón. —Estudié la decoración mientras encendía y apagaba la luz del porche una y otra vez, la antigua señal de los Bishop que indicaba que se podía entrar sin peligro. Había una nevera marrón, armarios de madera marrones, cálidos ladrillos marrón rojizo, un teléfono marrón con un dial para marcar y el papel pintado de cuadros marrones—. Lo que hace falta es una mano de pintura blanca.

Matthew levantó la barbilla y dirigió sus ojos a la puerta trasera.

—Febrero sería ideal para ese trabajo, si te estás ofreciendo —dijo una voz gutural desde el vestíbulo. Sarah apareció por un rincón, vestida con vaqueros y una camisa de franela a cuadros más grande de lo que correspondía. Su pelo rojo estaba alborotado y tenía las mejillas brillantes por el frío.

—Hola, Sarah —saludé, retrocediendo para apoyarme en el fregadero.

—Hola, Diana. —Sarah fijó su mirada en el cardenal debajo de mi ojo—. Supongo que éste es el vampiro, ¿no?

—Sí. —Avancé otra vez, cojeando, para hacer las presentaciones. La mirada aguda de Sarah se dirigió a mi tobillo—. Sarah, éste es Matthew Clairmont. Matthew, mi tía, Sarah Bishop.

Matthew tendió su mano derecha.

—Sarah —dijo, mirándola a los ojos sin vacilar.

Sarah frunció los labios a modo de respuesta. Como yo, ella tenía la barbilla de los Bishop, que era un poco prominente en relación al resto de su cara. Y en ese momento sobresalía todavía más.

—Matthew. —Cuando sus manos se encontraron, Sarah se estremeció—. Está claro —dijo, girando un poco su cabeza—, decididamente es un vampiro, Em.

—Gracias por la información, Sarah —masculló Em, que entraba con una brazada de troncos pequeños y una expresión de impaciencia. Era más alta que yo y que Sarah, y su cabeza plateada de canas brillantes por alguna razón la hacía parecer más joven de lo que el color podría indicar. Su cara pequeña se inundó con una sonrisa encantadora cuando nos vio a todos en la cocina.

Matthew se apresuró a coger la leña de sus brazos. *Tabitha,* que había estado ausente durante la primera etapa de los saludos, dificultó su avance hacia la chimenea dibujando ochos entre sus pies. Milagrosamente, el vampiro llegó al otro lado de la habitación sin tropezar con ella.

—Gracias, Matthew. Y gracias también por traerla a casa. Estábamos muy preocupadas. —Em se sacudió los brazos y restos de corteza volaron desde la lana de su jersey.

—No hay de qué, Emily —replicó él, con su voz irresistiblemente cálida y generosa. Em ya parecía encantada. Sarah iba a ser más difícil, aunque observaba con

asombro los esfuerzos de *Tabitha* para escalar por el brazo de Matthew.

Traté de retirarme a las sombras antes de que Em pudiera ver bien mi cara, pero tardé demasiado. Ella abrió la boca horrorizada.

—¡Oh, Diana!

Sarah acercó un taburete.

—Siéntate —ordenó.

Matthew cruzó los brazos con fuerza, como si estuviera resistiendo a la tentación de intervenir. Su lobuna necesidad de protegerme no había disminuido sólo porque estuviéramos en Madison, y su fuerte aversión a que las criaturas se acercaran demasiado a mí no estaba reservada a los demás vampiros.

La mirada de mi tía pasó de mi cara a mis clavículas.

—Vamos a quitarte la camisa —dijo.

Obedecí diligentemente llevando mis manos hacia los botones.

—Tal vez deberías revisar a Diana arriba. —Em dirigió una expresión de preocupación a Matthew.

—No creo que vaya a ver nada que no haya visto ya. No tienes hambre, ¿verdad? —dijo Sarah sin mirar hacia atrás.

—No —replicó secamente Matthew—, ya he comido en el avión.

Los ojos de mi tía hicieron que yo sintiera un hormigueo en el cuello. Al igual que los de Em.

—¡Sarah! ¡Em! —Me sentía indignada.

—Sólo estoy echando una ojeada —dijo Sarah con suavidad. Ya me había quitado la camisa y se ocupaba de las vendas que envolvían mi antebrazo, mi torso momificado y los demás cortes y hematomas.

—Matthew ya me ha mirado. Es médico, ¿recuerdas?

Recorrió mi clavícula con sus dedos. Hice una mueca de dolor.

—Pero no ha visto esto. Es una fisura ancha como un cabello. —Alzó el pómulo. Hice una mueca de dolor otra vez—. ¿Qué pasa con su tobillo? —Como de costumbre, no había podido ocultarle nada a Sarah.

—Una fea torcedura acompañada por quemaduras de primer y segundo grado. —Matthew miraba con atención las manos de Sarah, listo para apartarla de mi lado si me producía excesivo dolor.

—¿Cómo es posible que haya quemaduras y una torcedura en el mismo lugar? —Sarah estaba tratando a Matthew como a un estudiante de Medicina de primer año en una ronda médica.

—Eso se produce cuando una es colgada cabeza abajo por una bruja sádica —respondí en lugar de él, retorciéndome un poco cuando Sarah pasó a revisarme la cara.

—¿Qué hay debajo de eso? —quiso saber Sarah señalando mi brazo, como si yo

no hubiera hablado.

—Una incisión lo suficientemente profunda como para requerir sutura —respondió Matthew pacientemente.

—¿Qué le estás dando?

—Calmantes, un diurético para minimizar la hinchazón y un antibiótico de amplio espectro. —Había un ligero rastro de fastidio en su voz.

—¿Por qué está envuelta como una momia? —preguntó Em, mordiéndose el labio.

La sangre desapareció de mi cara. Sarah dejó de hacer lo que estaba haciendo y me dirigió una profunda mirada antes de decir:

—Eso puede esperar, Em. Vayamos paso a paso. ¿Quién te hizo esto, Diana?

—Una bruja llamada Satu Järvinen. Creo que es sueca. —Crucé los brazos sobre mi pecho como gesto de protección.

Matthew tensó los labios, y se apartó de mi lado por un momento para echar más leña en el fuego.

—No es sueca, es finlandesa —explicó Sarah—, y muy poderosa. La próxima vez que la vea, sin embargo, deseará no haber nacido.

—No quedará mucho una vez que yo termine con ella —murmuró Matthew—, de modo que si quieres hacerle algo, tendrás que encontrarla antes de que yo lo haga. Y soy famoso por mi velocidad.

Sarah le dirigió una mirada para calibrarlo. Las palabras de ella eran solamente una amenaza. Las de Matthew eran otra cosa. Eran una promesa.

—¿Quién ha curado a Diana además de ti?

—Mi madre y su ama de llaves, Marthe.

—Conocen los viejos remedios de hierbas. Pero puedo hacer algo más. —Sarah se arremangó.

—Es un poco temprano aún para brujerías. ¿Has tomado bastante café? —Miré a Em con un gesto de súplica, pidiéndole en silencio que detuviera a Sarah.

—Deja que Sarah lo arregle, querida mía —dijo Em, tomándome la mano y apretándola—. Cuanto antes lo haga, más pronto estarás restablecida completamente.

Los labios de Sarah ya estaban moviéndose. Matthew se acercó más a ella, fascinado. Sarah puso las puntas de sus dedos sobre mi cara. El hueso vibró con electricidad debajo de la piel antes de que la herida se cerrara con un crujido.

—¡Ay! —Me cubrí la mejilla.

—Te arderá durante un instante solamente —explicó Sarah—. Has sido lo suficientemente fuerte como para soportar la lesión…, no tendrás ningún problema con la cura. —Examinó mi mejilla un momento e hizo un gesto de satisfacción con la cabeza antes de volver a mi clavícula. La punzada eléctrica requerida para arreglarla fue más fuerte, sin duda porque los huesos eran más gruesos.

—Quítale el zapato —le ordenó a Matthew mientras se dirigía a la despensa de la cocina. Él resultó ser el ayudante de enfermería con más títulos médicos que jamás se hubiera conocido, pero obedeció las órdenes sin rechistar.

Cuando Sarah regresó con un frasco de uno de sus ungüentos, Matthew tenía mi pie apoyado sobre su muslo.

—Hay tijeras en mi maletín, arriba —le dijo a mi tía, olfateando con curiosidad cuando ella desenroscó la tapa del frasco—. ¿Voy a buscarlas?

—No las necesito. —Sarah farfulló algunas palabras y señaló mi tobillo. La gasa empezó a desenrollarse sola.

—¡Eso sí que resulta útil! —exclamó Matthew con envidia.

—¡Presumida! —dije entre dientes.

Todas las miradas volvieron a dirigirse a mi tobillo cuando la gasa terminó de enrollarse hasta formar una pelota. Todavía tenía mal aspecto y estaba empezando a sangrar. Sarah recitó tranquilamente nuevos hechizos, aunque el rubor de sus mejillas revelaba su cólera escondida. Cuando terminó, las manchas negras y blancas habían desaparecido, y aunque aún se veía una irritación en forma de anillo alrededor del tobillo, el tamaño de la articulación era perceptiblemente más pequeño.

—Gracias, Sarah. —Flexioné el pie mientras ella untaba un nuevo ungüento sobre la piel.

—No vas a hacer nada de yoga durante una semana más o menos, y no correrás durante tres, Diana. Esto necesita reposo y tiempo para recuperarse completamente. —Farfulló algo más y le hizo señas a un nuevo rollo de gasa, que empezó a envolverse alrededor del pie y del tobillo.

—Asombroso —dijo Matthew otra vez, sacudiendo la cabeza.

—¿Te molesta si miro el brazo?

—De ninguna manera. —Por su tono, daba la sensación de que era eso lo que deseaba—. El músculo estaba ligeramente dañado. ¿Puedes arreglar eso, y también la piel?

—Probablemente —respondió Sarah, con apenas una pizca de presunción. Quince minutos y algunos conjuros murmurados más tarde, sólo quedaba una delgada línea roja a lo largo de mi brazo que indicaba el lugar donde Satu lo había cortado y abierto.

—Buen trabajo —dijo Matthew, haciendo girar mi brazo para admirar la habilidad de Sarah.

—El tuyo también. La has cosido muy bien. —Sarah bebió con avidez un vaso de agua.

Busqué la camisa de Matthew.

—Habría que mirar también su espalda.

—Eso puede esperar. —Le dirigí a él una mirada irritada—. Sarah está cansada, y

yo también.

Sarah miró al vampiro.

—¿Matthew? —preguntó, relegándome a la parte inferior de la jerarquía.

—Quiero que mires su espalda —dijo él, sin apartar sus ojos de mí.

—No —susurré, apretando su camisa contra mi pecho.

Él se agachó ante mí, con sus manos en mis rodillas.

—Ya has visto lo que Sarah puede hacer. Tu recuperación será más rápida si dejas que te ayude.

¿Recuperación? Ninguna brujería podía ayudarme a recuperarme de La Pierre.

—Por favor, *mon coeur*. —Matthew liberó delicadamente su camisa hecha un ovillo de mis manos.

De mala gana, accedí. Sentí un hormigueo de miradas de brujas cuando Em y Sarah se movieron para estudiar mi espalda, y mis instintos me dijeron que comenzara a correr. En lugar de hacerlo, estiré las manos ciegamente hacia Matthew, quien las cogió entre las suyas.

—Estoy aquí —me aseguró mientras Sarah farfullaba su primer hechizo. Las vendas se abrieron a lo largo de mi columna vertebral cuando sus palabras las cortaron con facilidad.

La fuerte inspiración de Em y el silencio de Sarah me indicaron el momento en que las marcas se hicieron visibles.

—Éste es un hechizo para abrir —explicó Sarah con rabia, con la mirada atenta a mi espalda— . Esto no se usa en seres con vida. Pudo haberte matado.

—Estaba tratando de sacarme la magia de dentro, como si fuera una piñata. —Al tener mi espalda expuesta, mis emociones se revolvían desenfrenadamente otra vez y casi dejé escapar una risa nerviosa al pensar en mí colgada de un árbol mientras una Satu con los ojos vendados me golpeaba con un palo. Matthew se dio cuenta de que mi histeria iba en aumento.

—Sarah, cuando más rápido puedas hacer esto, mejor. No quiero meterte prisa, por supuesto —dijo él apresuradamente. Pude imaginar fácilmente la mirada que había recibido como respuesta—. Podemos hablar de Satu después.

Cada elemento de brujería que Sarah usaba me recordaba a Satu, y el hecho de tener a dos brujas detrás de mí me hacía imposible evitar que mis pensamientos volvieran a La Pierre. Me metí más profundamente dentro de mí misma como protección y dejé que mi mente se nublara. Sarah produjo más magia. Pero yo ya no podía soportar más y dejé mi alma a la deriva.

—¿Ya estás a punto de terminar? —dijo Matthew con la voz tensa por la preocupación.

—Hay dos marcas con las que no puedo hacer mucho. Dejarán cicatrices. Aquí —explicó Sarah, siguiendo las líneas de una estrella entre mis omóplatos— y aquí. —

Movió sus dedos hacia la parte baja de mi espalda, pasando de una costilla a la otra, recorriendo mi cintura en el centro.

Mi mente ya no estaba en blanco, sino marcada por imágenes que se correspondían con los movimientos de Sarah.

«Una estrella suspendida encima de una luna creciente».

—¡Ellos sospechan, Matthew! —grité, paralizada y aterrorizada. El cajón con los sellos de Matthew se entremezcló con mis recuerdos. Habían estado tan escondidos que supe de manera instintiva que la orden de los caballeros debía estar oculta con igual profundidad. Pero Satu sabía de su existencia, lo cual significaba que las otras brujas de la Congregación probablemente también lo supieran.

—Amor mío, ¿qué ocurre? —Matthew me tomó en sus brazos.

Empujé contra su pecho, tratando de hacerlo escuchar.

—Cuando me negué a abandonarte, Satu me marcó… con tu sello.

Me envolvió en sus brazos, protegiendo mi carne expuesta lo más que pudo. Cuando vio lo que había grabado allí, Matthew se quedó inmóvil.

—Ellos ya no sospechan: lo saben con certeza.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Sarah.

—¿Puedes darme la camisa de Diana, por favor?

—No creo que las cicatrices vayan a ser demasiado terribles —dijo mi tía un tanto a la defensiva.

—La camisa. —La voz de Matthew era gélida.

Em se la arrojó. Matthew puso las mangas suavemente sobre mis brazos, arrastrando los bordes para unirlos delante. Escondía los ojos, pero la vena en su frente latía con fuerza.

—Lo siento mucho —murmuré.

—No tienes por qué sentir nada. —Tomó mi cara en sus manos—. Cualquier vampiro sabría que tú eres mía…, con esta marca en la espalda o sin ella. Satu quería asegurarse de que cualquier otra criatura supiera también de quién eres. Cuando renací, solían cortarles el pelo a las mujeres que habían entregado su cuerpo al enemigo. Era una manera brutal de exponer a los traidores. Esto no es diferente. —Apartó la mirada—. ¿Ysabeau te lo dijo?

—No. Estaba buscando papel y encontré el cajón.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —espetó Sarah.

—Invadí tu privacidad. No debí hacerlo —susurré, aferrándome a sus brazos.

Se apartó y me miró con gesto de incredulidad, luego me apretó sobre el pecho sin preocuparse por mis lesiones. Afortunadamente, la brujería de Sarah había conseguido que hubiera muy poco dolor.

—Por Dios, Diana, Satu te dijo lo que yo hice. Te seguí a tu casa y entré por la fuerza en tus habitaciones. Además, ¿cómo puedo culparte por descubrir por tu

cuenta lo que debía haberte contado yo mismo?

Un trueno resonó en la cocina, haciendo sonar las ollas y las cacerolas.

Cuando el sonido se desvaneció para dejar paso al silencio, Sarah habló:

—Si alguien no nos dice qué está ocurriendo inmediatamente, un buen infierno va a desatarse.

—Un hechizo llegó a sus labios.

Las puntas de mis dedos hormigueaban y los vientos envolvían mis pies.

—Retrocede, Sarah. —El viento bramó por mis venas y me interpuse entre Sarah y Matthew.

Mi tía siguió hablando entre dientes, y yo entrecerré los ojos.

Em puso su mano sobre el brazo de Sarah, alarmada.

—No la presiones. No lo está controlando.

Podía ver un arco en mi mano izquierda, una flecha en la derecha. Los sentía pesados, sin embargo me resultaban extrañamente familiares. Algunos pasos más adelante, Sarah estaba en mis visiones. Sin vacilar, levanté mis brazos y los separé listos para disparar.

Mi tía dejó de hablar entre dientes en medio de un hechizo.

—¡Mierda sagrada! —susurró, mirando a Em asombrada.

—Querida, apaga el fuego. —Em hizo un gesto de rendición.

Confundida, volví a examinar mis manos. No había fuego en ellas.

—Dentro no. Si quieres desencadenar el fuego de brujos, vamos afuera —invitó Em.

—Cálmate, Diana. —Matthew me sujetó los codos a los lados de mi cuerpo y la pesadez que tenía que ver con el arco y las flechas desapareció.

—No me gusta cuando ella te amenaza. —Mi voz resonaba cavernosa y extraña.

—Sarah no me estaba amenazando. Sólo quería saber de qué estábamos hablando. Tenemos que decírselo.

—Pero es un secreto —dije confundida. Teníamos que mantener nuestros secretos ocultos de todos, tanto aquellos que se referían a mis habilidades como los de los caballeros de Matthew.

—¡Basta de secretos! —exclamó él con firmeza, respirando sobre mi cuello—. No son buenos para ninguno de los dos. —Cuando los vientos amainaron, me abrazó con fuerza.

—¿Siempre se pone así Diana? ¿Salvaje y fuera de control? —quiso saber Sarah.

—Tu sobrina ha actuado de manera brillante —replicó Matthew, sin dejar de abrazarme.

Sarah y Matthew se enfrentaron con la mirada desde un extremo al otro de la cocina.

—Supongo que sí —admitió ella poco convencida cuando su batalla silenciosa

hubo terminado—, aunque podrías habernos dicho que controlas el fuego de brujos, Diana. No es precisamente una habilidad común.

—No puedo controlar nada. —Repentinamente me sentí exhausta y ya no quería seguir de pie. Mis piernas empezaron a doblarse.

—Arriba —dijo él en un tono que no admitía discusión—. Terminaremos esta conversación arriba.

En la habitación de mis padres, después de darme otra dosis de calmantes y antibióticos, Matthew me metió en la cama. Luego les contó a mis tías más cosas sobre la marca de Satu. *Tabitha* se dignó sentarse sobre mis pies mientras tanto, para estar más cerca del sonido de la voz de Matthew.

—La marca que Satu dejó en la espalda de Diana pertenece a una… organización que mi familia creó hace muchos años. La mayoría de las personas se han olvidado de ella hace mucho tiempo, y quienes no la han olvidado creen que ya no existe. Nos gusta mantener esa ilusión. Con la estrella y la luna en la espalda, Satu marcó a tu sobrina como de mi propiedad e hizo saber que las brujas conocían el secreto de mi familia.

—¿Esa organización secreta tiene nombre? —preguntó Sarah.

—No tienes por qué contarles todo, Matthew. —Busqué su mano. Era peligroso revelar demasiado acerca de los caballeros de Lázaro. Podía sentir ese peligro como una nube oscura a mi alrededor, y no quería que ésta envolviera también a Sarah y a Em.

—Los caballeros de Lázaro de Betania —afirmó, como si tuviera miedo de arrepentirse de su decisión—. Es una antigua orden de caballería.

Sarah resopló.

—Nunca había oído hablar de ellos. ¿Son como los caballeros de Colón? Tienen una congregación en el condado de Oneida.

—No exactamente. —A Matthew le temblaron los labios—: Los caballeros de Lázaro se remontan a las cruzadas.

—¿No vimos un programa de televisión sobre las cruzadas en el que se hablaba de una orden de caballería? —le preguntó Em a Sarah.

—Los templarios. Pero todas esas teorías conspirativas son tonterías. Los templarios ya no existen —dijo Sarah decididamente.

—Se supone que las brujas y los vampiros tampoco existen, Sarah —señalé.

Matthew me cogió la muñeca, con sus dedos fríos sobre mi pulso.

—Damos por concluida esta conversación de momento —dijo con firmeza—. Tenemos mucho tiempo para hablar sobre si los caballeros de Lázaro existen o no.

Matthew acompañó fuera a unas reticentes Em y Sarah. En cuanto mis tías estuvieron en el pasillo, la casa tomó cartas en el asunto y cerró la puerta. La cerradura chirrió en el marco.

—¡No tengo llave para esa habitación! —le gritó Sarah a Matthew.

Sin hacer caso, Matthew subió a la cama, arrastrándome hasta la curva de su brazo para que mi cabeza se apoyara sobre su corazón. Cada vez que trataba de hablar, él me hacía callar.

—Después —repitió una y otra vez.

Su corazón latió una vez y luego, varios minutos después, lo hizo de nuevo.

Antes de que latiera por tercera vez, yo estaba profundamente dormida.

Capítulo 33

Una mezcla de agotamiento, medicamentos y la seguridad del hogar me retuvo en la cama unas cuantas horas. Desperté acostada boca abajo, con una rodilla doblada y el brazo extendido, buscando en vano a Matthew.

Demasiado débil para incorporarme, giré mi cabeza hacia la puerta. Había una llave grande en la cerradura y voces que hablaban bajo al otro lado. Cuando el estado de confusión dio paso a una mayor claridad de conciencia, el murmullo se hizo más comprensible.

—Es atroz —reaccionó Matthew—. ¿Cómo pudiste dejar que continuara de esta manera?

—Ignorábamos el alcance de sus poderes…, no teníamos ni la menor idea — explicó Sarah en un tono igualmente furioso—. Sin duda iba a ser diferente, dado los padres que tuvo. Pero nunca esperé el fuego de brujos.

—¿Cómo reconociste que estaba tratando de invocarlo, Emily? —dijo Matthew suavizando su voz.

—Una bruja en Cape Cod lo convocó cuando yo era niña. Ella debía de tener unos setenta años —respondió Em—. Nunca olvidaré su aspecto ni lo que sentí estando cerca de esa clase de poder.

—El fuego de brujos es letal. No hay hechizo que pueda proteger de él ni apagarlo, y ninguna brujería puede curar sus quemaduras. Mi madre me enseñó a reconocer las señales de su cercanía para mi propia protección…: el olor a azufre, el modo en que se mueven los brazos de una bruja — explicó Sarah—. Me dijo que la diosa estaba presente cuando el fuego de brujos es convocado. Pensaba que me iba a ir a la tumba sin presenciarlo, y ciertamente nunca esperé que mi sobrina lo desencadenara contra mí en mi propia cocina. Fuego de brujos… y manantial de brujos también?

—Tenía la esperanza de que el fuego de brujos fuera un gen recesivo —confesó Matthew—. Háblame de Stephen Proctor. —Hasta hacía poco, el tono de autoridad que adoptaba en momentos como éste me había parecido un vestigio de su vida anterior como soldado. Pero cuando me enteré de la existencia de los caballeros de Lázaro, comprendí que formaba parte de su presente también.

Sin embargo Sarah no estaba acostumbrada a que nadie usara ese tono con ella, y se encolerizó.

—Stephen era muy discreto, no exhibía su poder.

—Entonces no resulta sorprendente que las brujas buscaran tan profundamente

para descubrirlo.

Cerré los ojos con fuerza para tapar la visión del cuerpo de mi padre abierto desde la garganta hasta la ingle para que otras brujas pudieran comprender su magia. Su destino casi había sido el mío también.

Matthew, con su enorme tamaño, se movió en el pasillo, y la casa protestó por el inusual peso.

—Era un mago experimentado, pero no podía enfrentarse a ellas. Diana podría haber heredado sus habilidades… y las de Rebecca también. Que Dios la ayude! Pero no tiene los conocimientos que tenían ellos, y sin eso, está indefensa. Es como si tuviera una diana pintada encima.

Continué escuchando a escondidas desvergonzadamente.

—No es una radio, Matthew —dijo Sarah a la defensiva—. Diana no nos llegó con pilas y un manual de instrucciones. Hicimos lo que pudimos. Se convirtió en una niña diferente desde que Rebecca y Stephen fueron asesinados; se retiró tan lejos que nadie podía llegar a ella. ¿Qué teníamos que haber hecho? ¿Obligarla a enfrentarse a lo que ella estaba tan decidida a negar?

—No lo sé. —La exasperación de Matthew era evidente—. Pero no debiste haberla dejado de esta manera. Esa bruja la mantuvo cautiva durante más de doce horas.

—Le enseñaremos lo que tiene que saber.

—Por su bien, será mejor que no tardes demasiado.

—¡Tardará toda la vida! —espetó Sarah—. La magia no es macramé, requiere tiempo.

—No tenemos tiempo —siseó Matthew. El crujido de las tablas del suelo me indicó que Sarah había dado instintivamente un paso atrás—. La Congregación ha estado jugando al gato y al ratón, pero la marca en la espalda de Diana indica que esa fase ha terminado.

—¿Cómo te atreves a decir que es un juego lo que le pasó a mi sobrina? —dijo Sarah elevando la voz.

—¡Baja la voz! —chistó Em—. La vas a despertar.

—Emily, ¿qué podría ayudarnos a comprender cuál es el encantamiento de Diana? —Matthew estaba cuchicheando en ese momento—. ¿Puedes recordar algo sobre los días anteriores a la partida de Rebecca y Stephen hacia África…, pequeños detalles, cosas que les preocupaban?

«Encantamiento».

La palabra resonó en mi mente mientras me incorporaba lentamente. Los encantamientos estaban reservados para las circunstancias extremas…: peligro de muerte, locura, el mal puro e incontrolable. El simple hecho de amenazar con ello le valía a cualquiera la censura de las demás brujas.

«¿Encantamiento?».

Cuando me puse de pie, Matthew estaba a mi lado. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué necesitas?

—Quiero hablar con Em. —Mis dedos estaban haciendo ruidos y volviéndose de color azul. Al igual que los dedos de mis pies, que sobresalían por entre las vendas que me protegían el tobillo. La gasa de mi pie me protegió de un viejo clavo que asomaba entre las tablas de pino del suelo empujándolo a un lado cuando avancé.

Sarah y Em estaban esperando junto a la escalera, con expresiones de inquietud en sus rostros.

—¿Qué pasa conmigo? —quise saber.

Emily metió la mano en la curva del brazo de Sarah.

—No pasa nada contigo.

—Acabas de decir que yo tenía un encantamiento. Que mi propia madre lo hizo. —Yo era una especie de monstruo. Ésa era la única explicación posible.

Emily escuchó mis pensamientos como si los hubiera pronunciado en voz alta.

—No eres un monstruo, querida. Rebecca lo hizo porque tenía miedo por ti.

—Tenía miedo *de mí,* querrás decir. —Mis dedos azules proporcionaban una muy buena razón para que alguien se aterrorizara. Traté de esconderlos, pero no quería chamuscar la camisa de Matthew, y apoyarlos en la vieja barandilla de madera de la escalera significaba arriesgarse a incendiar toda la casa.

«¡Cuidado con la alfombra, niña!». El alto fantasma de sexo femenino de la sala de estar estaba espiando desde la puerta de Sarah y Em y señalaba insistentemente al suelo. Levanté un poco los dedos del pie.

—Nadie tiene miedo de ti. —Matthew me miraba con fría intensidad la espalda, deseando que lo mirara a la cara.

—Ellas tienen miedo. —Señalé con un dedo chispeante a mis tías, clavando mis ojos resueltamente en ellas.

«Yo también», confesó otro Bishop muerto. Éste era un muchacho adolescente con dientes prominentes. Llevaba una cesta con bayas y vestía un par de pantalones cortos, deshilachados.

Mis tías dieron un paso atrás mientras yo seguía mirándolas fijamente.

—Tienes todo el derecho a sentirte frustrada. —Matthew se movió para quedar de pie justo detrás de mí. El viento aumentó, y los toques de nieve de su mirada me helaron los muslos también—. Ahora el viento de brujos viene porque te sientes atrapada. —Se acercó más y el aire alrededor de la parte baja de mis piernas aumentó ligeramente—. ¿Lo ves?

Sí, esa sensación repulsiva podría ser frustración en vez de cólera. Distraída por el asunto del encantamiento, me volví hacia él para preguntarle más sobre sus teorías. El color en mis dedos ya estaba desvaneciéndose y el crujido ya había desaparecido.

—Debes tratar de comprender —rogó Em—. Rebecca y Stephen fueron a África para protegerte. Te hechizaron por la misma razón. Lo único que querían era que estuvieras a salvo.

La casa gimió a través de sus maderos y contuvo la respiración mientras sus viejas vigas de madera chirriaban.

El frío se extendió en mí de dentro hacia fuera.

—¿Murieron por mi culpa? ¿Fueron a África y alguien los mató… por mi culpa? —Miré a Matthew horrorizada.

Sin esperar una respuesta, me abrí paso ciegamente hacia las escaleras, indiferente al dolor de mi tobillo o a cualquier otra cosa que no fuera huir.

—No, Sarah. Déjala ir —dijo Matthew con severidad.

La casa abrió todas las puertas delante de mí y las cerraba con un golpe en cuanto las traspasaba. Atravesé la sala principal, el comedor y la sala de estar para llegar a la cocina. Un par de botas de jardinería de Sarah se deslizaron sobre mis pies descalzos y sentí la suavidad y el frío de su superficie de goma. Una vez fuera, hice lo que siempre había hecho cuando la familia era demasiado para mí: irme al bosque.

Mis pies no disminuyeron su velocidad hasta que no pasé más allá de los escuálidos manzanos y me metí entre las sombras que arrojaban los viejos robles blancos y los arces plateados. Sin aliento y temblando por la conmoción y el agotamiento, me encontré al pie de un árbol enorme, casi tan ancho como alto. Sus ramas bajas, extensas, casi tocaban el suelo; sus hojas rojas y moradas de lóbulos profundos se destacaban contra la corteza color ceniza.

Durante toda mi infancia y adolescencia, había consolado mis desengaños y mi soledad debajo de sus ramas. Generaciones de Bishop habían encontrado el mismo consuelo en ese lugar y habían tallado sus iniciales en el árbol. Las mías fueron hechas con un cortaplumas junto a las «RB» que mi madre había dejado antes de mí, y toqué sus curvas antes de hacerme un ovillo junto al áspero tronco y mecerme como un niño.

Hubo un roce frío sobre mi pelo antes de que el anorak azul cayera sobre mis hombros. El cuerpo macizo de Matthew estaba agachado cerca del suelo, con la espalda rozando la corteza del árbol.

—¿Te han dicho qué es lo que está mal en mí? —Mi voz fue amortiguada por mis piernas.

—No hay nada malo en ti, *mon coeur*.

—Tienes mucho que aprender sobre las brujas. —Apoyé la barbilla en mis rodillas, pero todavía no podía mirarlo—. Las brujas no le hacen un encantamiento a nadie sin una buena razón.

Matthew permaneció en silencio. Miré de soslayo en dirección a él. Podía ver sus piernas con el rabillo del ojo —una estirada hacia delante y la otra doblada— y

también una mano larga y blanca, que se apoyaba sobre su rodilla.

—Tus padres tenían una buena razón. Estaban salvando la vida de su hija. —Hablaba en voz baja e inexpresiva, pero había emociones más fuertes por debajo—. Es lo mismo que yo habría hecho.

—¿Tú también sabías que yo estaba dominada por un encantamiento? —No pude evitar que mi tono de voz fuera acusatorio.

—Marthe e Ysabeau lo supusieron. Me lo dijeron justo antes de salir hacia La Pierre. Emily confirmó sus sospechas. No he tenido la oportunidad de decírtelo.

—¿Cómo pudo Em ocultarme algo así? —Me sentía traicionada y sola, igual que cuando Satu me dijo lo que Matthew había hecho.

—Debes perdonar a tus padres y a Emily. Estaban haciendo lo que creían que era mejor… para ti.

—Tú no lo comprendes, Matthew —dije, sacudiendo la cabeza tercamente—. Mi madre me envolvió con un encantamiento y se fue a África, como si yo fuera una criatura malvada y trastornada en la que no se podía confiar.

—Tus padres estaban preocupados por la Congregación.

—Eso es una tontería. —Me hormigueaban los dedos, y empujé esa sensación para que volviera hacia mis codos, tratando de controlar mi mal humor—. No todo tiene que ver con la maldita Congregación, Matthew.

—No, pero esto sí está relacionado con ella. No hay que ser una bruja para darse cuenta.

Mi mesa blanca apareció ante mí sin previo aviso. Desparramados sobre su superficie había hechos del pasado y del presente. Las piezas del rompecabezas empezaron a organizarse por sí mismas: mi madre persiguiéndome mientras yo aplaudía con las manos y volaba por encima del suelo de linóleo de nuestra cocina en Cambridge, mi padre gritándole a Peter Knox en su estudio en casa, un cuento para dormir acerca de un hada madrina y cintas mágicas, mis padres de pie junto a mi cama pronunciando hechizos y haciendo magia mientras yo estaba tendida encima de la colcha de retales sin moverme. Las piezas se ajustaron en su sitio con ruiditos secos y el dibujo apareció.

—¡Los cuentos para dormir de mi madre! —dije, volviéndome hacia él asombrada—. No podía manifestarme sus miedos directamente, de modo que convirtió todo en un cuento sobre brujas malvadas, cintas encantadas y un hada madrina. Todas las noches me lo contaba, para que pudiera recordar algo ahora.

—¿Y recuerdas alguna otra cosa?

—Antes de que me envolvieran con el encantamiento, Peter Knox visitó a mi padre. —Me estremecí al escuchar el sonido del timbre y al ver otra vez la expresión en la cara de mi padre cuando abrió la puerta—. Esa criatura estaba en mi casa. Me tocó la cabeza. —Recordé que la mano de Knox apoyada en la parte de atrás de mi

cabeza había producido una asombrosa sensación—. Mi padre me envió a mi habitación, y ambos discutieron. Mi madre se quedó en la cocina. Era extraño que ella no fuera a ver lo que estaba ocurriendo. Luego mi padre salió durante un largo rato. Mi madre estaba desesperada. Esa noche llamó a Em. —En ese momento los recuerdos comenzaron a acudir con intensidad y rapidez.

—Emily me dijo que el encantamiento de Rebecca fue lanzado para que se mantuviera hasta que «el hombre de las sombras» apareciera. Tu madre pensaba que yo podría protegerte de Knox y de la Congregación. —Su cara se ensombreció.

—Nadie podría haberme protegido…, salvo yo misma. Satu tenía razón: soy una mala imitación de bruja. —Dejé caer la cabeza sobre mis rodillas otra vez—. No soy como mi madre.

Matthew se levantó y extendió una mano.

—Levántate —dijo bruscamente.

Deslicé mi mano en la suya, esperando que él me confortara con un abrazo. Pero en lugar de ello, metió mis brazos en las mangas del anorak azul y se alejó.

—Tú eres una bruja. Es hora de que aprendas a cuidarte por ti misma.

—Ahora no, Matthew.

—¡Ojalá pudiéramos dejarte decidir, pero no es así! —reaccionó con brusquedad —. La Congregación quiere tu poder… o el conocimiento de él, por lo menos. Quieren el Ashmole 782, y tú eres la única criatura en más de un siglo que lo ha visto.

—También os quieren a ti y a los caballeros de Lázaro. —Estaba desesperada por hacer que esto fuera más allá de mí y de mi mal comprendida magia.

—Podrían haber hecho caer antes a la fraternidad. La Congregación ha tenido muchas oportunidades. —Matthew estaba calibrándome y midiendo mis escasas fuerzas y mis considerables debilidades. Eso me hizo sentirme vulnerable—. Pero en realidad eso no les preocupa. Lo que quieren es que yo no os tenga ni a ti ni al manuscrito.

—Pero estoy rodeada de protectores. Tú estás conmigo… y también Sarah y Em.

—No podemos estar contigo todo el tiempo, Diana. Además, ¿quieres que Sarah y Emily arriesguen sus vidas para salvar la tuya? —Era una pregunta dura, y frunció el ceño. Se alejó de mí, con los ojos entrecerrados hasta parecer hendiduras.

—Me estás asustando —dije, poniéndome en cuclillas. Los restos de los efectos de la morfina circulaban en mi sangre empujados para ser eliminados con la primera descarga de adrenalina.

—No es así. —Sacudió con lentitud la cabeza, y su aspecto fue totalmente el de un lobo cuando su pelo se balanceó alrededor de la cara—. Yo sentiría el olor si realmente estuvieras asustada. Simplemente estás desequilibrada.

Un rugido comenzó a hacerse oír en el fondo de la garganta de Matthew. Era algo

muy diferente de los sonidos que hacía cuando sentía placer. Por precaución, me alejé un paso de él.

—Eso está mejor —ronroneó—. Por lo menos ahora tienes el sabor del miedo.

—¿Por qué haces esto? —susurré.

Se fue sin decir una palabra.

Parpadeé.

—¿Matthew?

Dos círculos helados aparecieron en la parte superior de mi cráneo.

Matthew estaba colgado como un murciélago entre dos ramas del árbol, con los brazos extendidos como alas. Tenía los pies enganchados en otra rama. Me miraba atentamente y los pequeños toques de escarcha eran la única señal que yo tenía de los cambios en su campo de visión.

—No soy un colega con el que estás manteniendo una discusión. Ésta no es una disputa académica…, esto es algo de vida o muerte.

—¡Baja de ahí! —dije bruscamente—. Está claro lo que quieres decir.

No lo vi aterrizar a mi lado, pero sentí sus dedos fríos en mi cuello y en la barbilla, torciéndome la cabeza a un lado y dejando expuesta mi garganta.

—Si yo fuera Gerberto, ya estarías muerta —siseó.

—Basta, Matthew. —Traté de escaparme de sus manos, pero no pude.

—No. —La presión de su mano aumentó—. Satu trató de romper tu fortaleza, y tú quieres desaparecer por eso. Pero tienes que defenderte.

—Me estoy defendiendo. —Empujé contra sus brazos para demostrárselo.

—No como un humano —dijo Matthew desdeñosamente—, defiéndete como una bruja.

Se esfumó otra vez. Esta vez no estaba en el árbol, ni yo podía sentir sus ojos fríos sobre mí.

—Estoy cansada. Me vuelvo a casa. —Después de haber dado solamente tres pasos en esa dirección, se escuchó una especie de rápido zumbido. Matthew me había colgado de su hombro y se movía… rápido, en dirección opuesta.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Sarah y Em vendrán aquí si sigues con esto. —Una de ellas ciertamente iba a percibir que algo no iba bien. Y si ellas no se daban cuenta, *Tabitha* montaría un escándalo.

—No, no van a venir. —Matthew me dejó en el suelo, en lo más profundo del bosque—. Prometieron que no abandonarían la casa… aunque gritaras, fuera cual fuese el peligro que percibieran.

Me deslicé hacia atrás, tratando de establecer alguna distancia entre sus enormes ojos negros y yo. Los músculos de sus piernas se tensaron para saltar. Cuando me volví para salir corriendo, él ya estaba delante de mí. Giré en dirección contraria, pero

allí estaba él. Una brisa se movió alrededor de mis pies.

—Bien —dijo él con satisfacción. El cuerpo de Matthew se agachó en la misma postura que había adoptado al acechar al ciervo en Sept-Tours, y el gruñido amenazador apareció otra vez.

La brisa se movía en ráfagas alrededor de mis pies, pero no aumentó. El hormigueo descendió desde mis codos hasta las uñas. En lugar de contener mi frustración, dejé que la sensación aumentara. Por entre mis dedos saltaban arcos azules de electricidad.

—¡Usa tu poder! —dijo irritado—. No puedes luchar contra mí de ninguna otra manera.

Moví mis manos en dirección a él. No parecía algo muy amenazador, pero fue lo único que pude pensar. Matthew demostró lo inútiles que eran mis esfuerzos atacándome y haciéndome girar antes de desaparecer entre los árboles.

—Estás muerta… otra vez. —Su voz venía desde algún sitio a mi derecha.

—¡Sea lo que sea que estás tratando de hacer, no está funcionando! —grité en dirección a él.

—Estoy justo detrás de ti —ronroneó en mi oreja.

Mi grito rompió el silencio del bosque, y los vientos se elevaron a mi alrededor formando un ciclón en forma de capullo.

—¡Aléjate! —bramé.

Matthew extendió la mano hacia mí con una mirada decidida. Sus manos atravesaron veloces mi barrera de vientos. Lancé las mías hacia él dejando que el instinto se impusiera, y una fuerte ráfaga de aire lo hizo retroceder. Se mostró sorprendido y el depredador apareció en las profundidades de sus ojos. Vino otra vez hacia mí en otro intento de romper la barrera de viento. Aunque me concentraba en hacerlo retroceder, el aire no respondió como yo deseaba.

—¡Deja de tratar de forzarlo! —exclamó Matthew. Él no tenía miedo y se había abierto paso a través del ciclón para clavar sus dedos en mis brazos—. El encantamiento que tu madre puso fue preparado para que nadie pudiera forzar tu magia…, ni siquiera tú misma.

—Entonces ¿cómo la llamo cuando la necesito y cómo la controlo cuando no es así?

—Debes descubrirlo. —La mirada helada de Matthew pasó por mi cuello y mis hombros, localizando de manera instintiva mis venas y arterias más importantes.

—No puedo. —Una oleada del pánico me envolvió—. No soy una bruja.

—Deja de decir eso. No es verdad, y tú lo sabes. —Me dejó caer violentamente —. Cierra los ojos. Empieza a caminar.

—¿Qué?

—Te he observado durante semanas, Diana. —La manera en que se estaba

moviendo era completamente salvaje, el olor a clavo era tan embriagador que mi garganta se cerró—. Necesitas el movimiento y la anulación sensorial para que lo único que puedas hacer sea *sentir*. —Me dio un empujón y tropecé. Cuando me di la vuelta, él había desaparecido.

Abarqué el bosque, inquietantemente silencioso, con la mirada. Los animales se estaban protegiendo del poderoso depredador que se hallaba entre ellos.

Cerré los ojos y empecé a respirar hondo. Una brisa pasó a mi lado, primero en una dirección, luego en otra. Era Matthew quien me estaba provocando. Me concentré en mi respiración, tratando de permanecer tan inmóvil como el resto de las criaturas del bosque; luego actué.

Había una tensión entre mis ojos. Respiré en ella, también recordando la recomendación en clase de yoga de Amira y el consejo de Marthe de dejar que las visiones pasaran a través de mí. La tensión se convirtió en hormigueo y el hormigueo en una sensación de posibilidad cuando el ojo de mi mente —el tercer ojo de una bruja— se abrió completamente por primera vez.

Vi todo lo que estaba vivo en el bosque: la vegetación, la energía de la tierra, el agua que se movía debajo del suelo, todas las fuerzas vitales de distinto color y tonalidad. El ojo de mi mente vio a unos conejos agazapados en el hueco de un árbol, con sus corazones latiendo de miedo tras olfatear al vampiro. Detectó a las lechuzas, que veían bruscamente interrumpida su siesta de la tarde por la criatura que se movía entre las ramas de los árboles y saltaba como una pantera. Los conejos y las lechuzas sabían que no podían huir de él.

—El rey de las bestias —susurré.

La risa ahogada y profunda de Matthew resonó entre los árboles.

Ninguna criatura en el bosque podía luchar contra Matthew y ganar.

—Excepto yo —susurré.

El ojo de mi mente recorrió el bosque. Un vampiro no está vivo completamente, y era difícil encontrarlo en medio de la energía deslumbrante que me rodeaba. Finalmente descubrí su forma, una concentración de oscuridad como un agujero negro con los bordes rojo brillantes, donde su fuerza vital sobrenatural se encontraba con la vitalidad del mundo. Instintivamente volví mi cara en dirección a él, lo cual lo alertó respecto a mi búsqueda y se deslizó para desaparecer y desvanecerse en las sombras de los árboles.

Con ambos ojos cerrados y el ojo de mi mente abierto, empecé a caminar, con la esperanza de incitarlo a seguirme. Detrás de mí, su oscuridad se separó de un arce gris en una abertura roja y negra en medio del verde. Esta vez mi rostro permaneció apuntando en dirección contraria.

—Te veo, Matthew —dije en voz baja.

—¿Me ves, *ma lionne?* ¿Y qué harás al respecto? —Se rió entre dientes otra vez,

pero siguió acechándome, manteniendo una distancia constante entre los dos.

Con cada paso, el ojo de mi mente se hacía más brillante, su visión más aguda. Había un arbusto frondoso a mi izquierda, y me incliné hacia la derecha. Luego apareció una roca delante de mí con sus bordes grises afilados sobresaliendo de la tierra. Levanté el pie para evitar tropezar.

El movimiento de aire sobre mi pecho me indicó que había un claro pequeño. No era sólo la vida del bosque la que me estaba hablando en ese momento, por todas partes los elementos me enviaban mensajes para guiarme en mi camino. Tierra, aire, fuego y agua se conectaban conmigo a través de pequeños destellos de conocimiento, diferentes de la vida en el bosque.

La energía de Matthew se concentró en sí misma y se volvió más oscura y más profunda. Luego su oscuridad —ausencia de vida— describió un arco por el aire en un elegante salto que cualquier león habría envidiado. Estiró sus brazos para agarrarme.

«Vuela», pensé un segundo antes de que sus dedos tocaran mi piel.

El viento se levantó de mi cuerpo en un súbito zumbido de poder. La tierra me soltó con un suave empujón hacia arriba. Tal como Matthew había prometido, era fácil dejar que mi cuerpo siguiera a donde mis pensamientos lo condujeran. No requirió más esfuerzo que seguir una cinta imaginaria hasta el cielo.

Allá lejos, abajo, Matthew dio un salto mortal en el aire y aterrizó suavemente de pie precisamente en el lugar donde yo había estado hacía unos momentos.

Volé alto, por encima de las copas de los árboles, con los ojos muy abiertos. Los sentí llenos de mar, vastos como el horizonte y brillantes con la luz del sol y las estrellas. Mi pelo flotaba con las corrientes de aire y las puntas de cada mechón se convertían en lenguas de fuego que me lamían la cara sin quemarme. Los mechones más pequeños me acariciaban las mejillas con calidez mientras el aire frío pasaba rápidamente. Un cuervo pasó volando junto a mí, asombrado ante esta nueva criatura extraña que compartía su espacio aéreo.

La pálida cara de Matthew estaba vuelta hacia mí, con los ojos maravillados. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió.

Fue la cosa más hermosa que había visto hasta entonces. Sentí una oleada de deseo, fuerte y visceral, y una oleada de orgullo de que él fuera mío.

Mi cuerpo se lanzó hacia Matthew, y su rostro se transformó en un instante. Del asombro pasó a la preocupación. Gruñó, no muy seguro de mí, porque sus instintos le advertían de que yo podía atacar.

Desistí de mi caída en picado y bajé más lentamente hasta que nuestros ojos estuvieron en el mismo nivel, con los pies flameando atrás, dentro de las botas de goma de Sarah. El viento lanzó un mechón de mi pelo suelto en dirección a él.

«No le hagas daño». Todos mis pensamientos estaban concentrados en su

seguridad. El aire y el fuego me obedecieron, y mi tercer ojo bebió en su oscuridad.

—Aléjate de mí —graznó—, sólo por un momento. —Matthew estaba luchando por dominar sus instintos de depredador. Él quería cazarme en ese momento. Al rey de la selva no le gustaba ser vencido.

Ignorando su advertencia, bajé mis pies hasta que flotaron a unos centímetros sobre la tierra y estiré la mano con la palma vuelta hacia arriba. El ojo de mi mente se llenó con mi propia energía: un torrente cambiante de plata y oro, verde y azul, que brillaba como un lucero del alba. Cogí un poco de ella y observé cómo rodaba desde mi corazón a través del hombro y el brazo.

Una pelota palpitante de cielo, mar, tierra y fuego permaneció girando sobre la palma de mi mano. Los filósofos antiguos lo habrían llamado un microcosmos, un pequeño mundo que contenía fragmentos de mí tanto como del universo más grande.

—Para ti —dije con voz hueca. Estiré mis dedos hacia él.

Matthew cogió la pelota al vuelo. Se movió como el mercurio, amoldándose a su carne fría. Mi energía llegó a un tembloroso reposo en el hueco de su mano.

—¿Qué es? —preguntó, distraído de su impulso de cazar por la brillante sustancia.

—Yo —respondí simplemente. Matthew fijó su atención en mi rostro y sus pupilas envolvieron los iris gris verdoso en una ola negra—. No me harás daño. Yo tampoco te haré daño a ti.

El vampiro balanceó mi microcosmos cuidadosamente en su mano, temeroso de derramar una gota.

—Todavía no sé cómo luchar —dije con tristeza—. Lo único que puedo hacer es escapar volando.

—Ésa es la lección más importante que aprende un guerrero, bruja. —Matthew convirtió aquella palabra, generalmente un término despectivo entre los vampiros, en una palabra de cariño—. Uno aprende a elegir las batallas y a abandonar aquellas que no puede ganar; de ese modo se puede seguir combatiendo otro día.

—¿Me tienes miedo? —pregunté, con mi cuerpo todavía en el aire.

—No —respondió.

Mi tercer ojo hormigueaba. Estaba diciendo la verdad.

—¿Aunque tenga eso dentro de mí? —Mi mirada se dirigió parpadeando hacia la masa luminosa y palpitante en su mano.

La expresión de Matthew era de precaución y cautela.

—Ya he visto brujas poderosas anteriormente. Sin embargo, todavía no sabemos todo lo que hay dentro de ti. Tenemos que descubrirlo.

—Yo nunca quise saberlo.

—¿Por qué, Diana? ¿Por qué no querías estos dones? —Apretó con fuerza la mano, como si mi magia pudiera serle arrebatada y destruida antes de que él pudiera

comprender sus posibilidades.

—¿Miedo? ¿Deseo? —dije en voz baja, tocando sus fuertes pómulos con las puntas de mis dedos, nuevamente sorprendida por el poder de mi amor hacia él. Recordé lo que había escrito su amigo el daimón Bruno en el siglo XVI y lo cité otra vez—: «El deseo me alienta, así como el miedo me ata». ¿Acaso eso no explica todo lo que ocurre en el mundo?

—Todo, pero no te explica a ti —replicó a media voz—. No hay modo de explicarte a ti.

Mis pies tocaron el suelo y retiré los dedos de su cara, estirándolos lentamente. Mi cuerpo parecía conocer aquel suave movimiento, aunque mi mente fue rápida para registrar algo extraño allí. La parte de mí que le había dado a Matthew saltó de su mano a la mía. Mi palma se cerró en torno a ella y la energía fue rápidamente reabsorbida. Hubo un hormigueo de poder de bruja y lo reconocí como mío. Incliné la cabeza, asustada por la criatura en la que me estaba convirtiendo.

El extremo del dedo de Matthew echó a un lado mi cabello.

—Nada te apartará de esta magia…, ni la ciencia, ni la fuerza de voluntad, ni la concentración.

Siempre te encontrará. Y tampoco puedes esconderte de mí.

—Eso es lo que dijo mi madre en la mazmorra. Ella sabía de nosotros. —Asustada por el recuerdo de La Pierre, el ojo de mi mente se cerró de manera protectora. Me estremecí, y Matthew me atrajo hacia él. No era más cálido estar en sus brazos fríos, pero me hacía sentirme mucho más segura.

—Quizás eso hizo que fuera más fácil para ellos saber que no ibas a estar sola —dijo Matthew en voz baja. Sus labios estaban fríos y firmes, y los míos se abrieron para atraerlo más cerca de mí. Él sepultó su cara en mi cuello y lo escuché inhalar mi olor con una fuerte inspiración. Se apartó con reticencia, alisándome el pelo y ajustando más el anorak sobre mi cuerpo.

—¿Me vas a entrenar para el combate, como si fuera uno de tus caballeros?

Matthew detuvo sus manos.

—Ellos sabían cómo defenderse mucho antes de venir a mí. Pero he entrenado a guerreros en el pasado…, humanos, vampiros, daimones. Incluso a Marcus, y Dios sabe que eso fue un verdadero desafío. Pero nunca entrené a una bruja.

—Volvamos a casa. —Mi tobillo todavía latía y yo estaba a punto de caerme por la fatiga. Después de algunos pasos vacilantes, Matthew me cargó en su espalda como a un niño y caminó a través del crepúsculo con mis brazos agarrados alrededor de su cuello—. Gracias otra vez por encontrarme —susurré cuando vimos la casa. Él sabía que esta vez yo no estaba hablando de La Pierre.

—Había dejado de buscar hacía mucho. Pero allí estabas tú, en la Biblioteca Bodleiana, el día de la fiesta de Mabon. Una historiadora. Una bruja, nada menos. —

Matthew sacudió la cabeza sin acabar de creérselo.

—Eso es lo que lo hace mágico —dije, dándole un beso suave por encima del cuello. Él todavía estaba ronroneando cuando me dejó sobre el suelo del porche trasero.

Matthew se dirigió a la leñera para traer más troncos para el fuego, dejándome a solas para que hiciera las paces con mis tías. Ambas parecían inquietas.

—Comprendo por qué lo mantuvisteis en secreto —expliqué dándole un abrazo a Em que le hizo ahogar un gritito de alivio—, pero mi madre me ha dicho que el tiempo de los secretos ha terminado.

—¿Has visto a Rebecca? —preguntó Sarah con cautela y la cara pálida.

—En La Pierre. Cuando Satu trató de asustarme para que cooperara con ella. —Hice una pausa—. Mi padre también estaba.

—Ella estaba…? Eran felices? —Sarah dejó salir las palabras que la ahogaban. Mi abuela estaba de pie detrás de ella, observando preocupada.

—Estaban juntos —respondí sencillamente, y miré por la ventana para ver si Matthew regresaba a casa.

—Y estaban contigo —dijo Em firmemente, con los ojos muy abiertos—. Eso quiere decir que eran más que felices.

Mi tía abrió la boca para decir algo, lo pensó mejor y la cerró otra vez.

—¿Qué, Sarah? —pregunté, poniéndole una mano sobre su brazo.

—¿Rebecca te habló? —Su voz era un murmullo.

—Me contó cuentos. Los mismos cuentos que me contaba cuando yo era una niña…, sobre brujas y príncipes y un hada madrina. Aunque mi madre y mi padre me habían encantado, ella trató de encontrar una manera para hacerme recordar mi magia. Pero yo quería olvidarla.

—Aquel último verano, antes de que tus padres fueran a África, Rebecca me preguntó qué era lo que dejaba una impresión más duradera en los niños. Le dije que eran los cuentos que sus padres les leían por la noche, y todos los mensajes de esperanza, de fuerza y de amor que se escondían en ellos. —A Em se le llenaron los ojos de lágrimas, que trató inútilmente de secar.

—Tenías razón —le dije en voz baja.

Aunque las tres brujas habían hecho las paces, cuando Matthew entró en la cocina con sus brazos cargados de leña, Sarah lo atacó.

—Nunca más vuelvas a pedirme que ignore los gritos de Diana suplicando ayuda, y nunca más vuelvas a amenazarla otra vez, sea cual sea la razón. Si lo haces, te lanzaré un hechizo que te hará desear no haber renacido nunca. ¿Lo entiendes, vampiro?

—Por supuesto, Sarah —murmuró delicadamente Matthew, en una perfecta imitación de Ysabeau.

Cenamos en la mesa de la sala de estar. Matthew y Sarah estaban en un incómodo estado de distensión, pero hubo una amenaza de declaración de guerra cuando mi tía vio que no había ni un solo trozo de carne a la vista.

—Estás fumando como una chimenea —dijo Em pacientemente cuando Sarah se quejó por la falta de comida «decente»—. Tus arterias me lo agradecerán.

—No lo has hecho por mí —reaccionó Sarah, lanzando a Matthew una mirada acusatoria—, sino para que él no sintiera el impulso de morder a Diana.

Matthew sonrió con amabilidad y sacó el corcho de una botella que había traído del Range Rover.

—¿Vino, Sarah?

Ella miró la botella con desconfianza.

—¿Es importado?

—Es francés —dijo, vertiendo el líquido rojo profundo en su vaso de agua.

—No me gustan los franceses.

—No creas todo lo que lees. Somos mucho más agradables de lo que dicen por ahí —replicó, haciendo que ella sonriera a regañadientes—. Confía en mí, llegarás a querernos. —Como para confirmarlo, *Tabitha* saltó a su hombro desde el suelo y se quedó allí como un loro durante el resto de la comida.

Matthew bebió su vino y habló sobre la casa, preguntándoles a Sarah y a Em sobre el estado de la granja y la historia del lugar. Yo me limité a observar a aquellas tres criaturas a las que tanto amaba y a devorar grandes cantidades de pimientos y pan de maíz.

Cuando por fin subimos a acostarnos, me deslicé desnuda entre las sábanas, desesperada por sentir su cuerpo frío contra el mío. Él también se metió en la cama conmigo y me atrajo hacia su piel igualmente desnuda.

—Estás cálida —dijo, acurrucándose con más fuerza contra mí.

—¡Hum! Hueles bien —dije, con la nariz apretada contra su pecho. La llave giró por sí misma en la cerradura. La encontré allí cuando me desperté aquella tarde—. ¿Estaba la llave en el escritorio?

—La casa la tenía. —La risa de él rugió debajo de mí—. Salió veloz de las tablas del suelo junto a la cama volando en ángulo, golpeó la pared sobre el interruptor de la luz y se deslizó al suelo. Como no la recogí inmediatamente, atravesó volando la habitación y cayó en mi regazo.

Me reí mientras sus dedos se movían alrededor de mi cintura. Evitó deliberadamente las marcas de Satu.

—Tú tienes tus cicatrices de batalla —dije, esperando calmarlo—. Ahora yo tengo las mías.

Sus labios se encontraron con los míos sin perderse en la oscuridad. Movió una mano hacia la parte baja de mi espalda, cubriendo la luna creciente. Dejó que la otra

se desplazara entre mis omóplatos, ocultando la estrella. No fue necesaria ninguna magia para comprender su dolor y su pesar. Era evidente en todo: en su contacto amable, en las palabras que murmuró en la oscuridad y en su cuerpo, tan sólido junto al mío. Gradualmente fue dejando desaparecer lo peor de su miedo y su cólera. Nos rozamos con los labios y los dedos, y nuestra urgencia inicial fue disminuyendo para prolongar el placer del reencuentro.

Las estrellas cobraron vida en el momento de mi máximo placer, y algunas todavía colgaban del techo, echando chispas y arrojando fuera los restos de sus fugaces vidas mientras yacíamos tendidos el uno en brazos del otro, a la espera de que la mañana nos encontrara.

Capítulo 34

Matthew me dio un beso en el hombro antes de que saliera el sol, y luego se deslizó escaleras abajo. Notaba en mis músculos una mezcla poco habitual de rigidez y relajación. Finalmente me arrastré fuera de la cama y fui a buscarlo.

Pero encontré a Sarah y a Em. Estaban de pie junto a la ventana trasera, cada una con una humeante taza de café. Eché un vistazo por encima de sus hombros y fui a llenar la tetera. Matthew podía esperar, el té no.

—¿Qué estáis mirando? —Esperaba que mencionaran algún extraño pájaro.

—A Matthew.

Retrocedí unos pasos.

—Lleva dos horas ahí fuera. No creo que haya movido un solo músculo. Un cuervo pasó volando. Creo que planea posarse sobre él —continuó Sarah, tomando un sorbo de su café.

Matthew permanecía allí con los pies en la tierra y los brazos estirados levantados al nivel de los hombros, con los índices y los pulgares tocándose suavemente. Con su camiseta gris y pantalones de yoga negros, parecía un espantapájaros bien vestido e inusualmente robusto.

—¿Debemos preocuparnos por él? Está descalzo. —Em miró a Matthew por encima del borde de su taza de café—. Debe de estar helado.

—Los vampiros se queman, Em. No se congelan. Entrará cuando esté preparado.

Después de llenar la tetera, preparé el té y me uní a mis tías, mirando a Matthew en silencio. Cuando iba por mi segunda taza, bajó finalmente los brazos y se inclinó doblando la cintura. Sarah y Em se apartaron apresuradamente de la ventana.

—Él sabe que lo hemos estado mirando. Es un vampiro, ¿recordáis? —Me reí y me puse las botas de Sarah sobre mis calcetines de lana y un viejo par de *leggings,* y salí caminando con torpeza.

—Gracias por ser tan paciente —dijo Matthew, después de recibirme en sus brazos y darme los buenos días con un beso.

Yo todavía tenía en la mano mi taza, y había estado a punto de derramar el té sobre su espalda.

—La meditación es el único descanso que tienes. No pienso interrumpirte en eso. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde el amanecer. Necesitaba tiempo para pensar.

—La casa provoca ese efecto en las personas. Hay demasiadas voces, demasiada actividad. — Hacía frío, y me acurruqué dentro de mi sudadera con el desteñido gato

montés granate dibujado en la espalda.

Matthew tocó los círculos oscuros debajo de mis ojos.

—Todavía estás muy cansada. Pero el yoga no te haría ningún daño, ya lo sabes.

Había dormido de manera irregular, con muchos sueños, con fragmentos de poesía alquímica y con invectivas masculladas dirigidas a Satu. Incluso había visto a mi abuela preocupada. Se había pasado la noche apoyada en la cómoda con expresión atenta mientras Matthew me calmaba para que volviera a dormir.

—Me han prohibido terminantemente hacer yoga durante una semana.

—¿Y tú obedeces a tu tía cuando pone esas reglas? —Matthew enarcó una ceja con expresión interrogante.

—Por lo general, no. —Me reí, agarrándolo de la manga para arrastrarlo adentro.

Matthew me quitó el té de las manos y en un instante me estaba levantando de las botas de Sarah. Me colocó el cuerpo y permaneció detrás de mí.

—¿Tienes los ojos cerrados?

—Ahora sí —respondí, cerrando los ojos y clavando los dedos de los pies a través de mis calcetines en la tierra fría. Las ideas corrían por todas partes en mi mente como gatitos juguetones.

—Estás pensando —dijo Matthew con impaciencia—. Limítate a respirar.

Mi mente y mi respiración se serenaron. Matthew me levantó los brazos, presionando mis pulgares contra las puntas de mis dedos anulares y meñiques.

—Ahora parezco un espantapájaros también —dije—. ¿Qué estoy haciendo con mis manos?

—Prana mudra —explicó Matthew—. Estimula la fuerza vital y es bueno para la curación.

Mientras estaba de pie con los brazos extendidos y las palmas mirando al cielo, el silencio y la paz se abrieron paso a través de mi cuerpo maltrecho. Al cabo de cinco minutos, la tensión entre mis ojos desapareció y el ojo de mi mente se abrió. Se produjo un sutil cambio en mi interior, un movimiento de ida y vuelta, como agua golpeando sobre la orilla. Con cada respiración mía, una gota de agua pura y fría se formaba en la palma de mi mano. Mi mente siguió resueltamente en blanco, despreocupada de que pudiera verme envuelta en un manantial de brujos, incluso cuando el nivel del agua en mis manos crecía lentamente.

El ojo de mi mente brilló, concentrándose en mi entorno. Al hacerlo, vi los campos alrededor de la casa con una perspectiva desconocida hasta entonces. El agua corría debajo de la superficie del suelo en profundas venas azules. Las raíces de los manzanos se extendían hasta ellas y finas redes de agua brillaban en las hojas movidas con la brisa matutina. Debajo de mis pies, el agua fluía hacia mí, tratando de comprender mi conexión con su poder.

Respiré tranquilamente, inhalando y exhalando. El nivel de agua en mis palmas

aumentó y disminuyó en respuesta a las mareas cambiantes dentro y debajo de mí. Cuando ya no pude controlar el agua, los mudras se abrieron y el agua cayó en cascada desde mis palmas abiertas. Me quedé de pie, en medio del jardín trasero, con los ojos abiertos y los brazos extendidos, con un pequeño charco de agua en el suelo, debajo de cada mano.

Mi vampiro se encontraba a más de tres metros de mí con expresión de orgullo en el rostro y los brazos cruzados. Mis tías estaban en el porche trasero, asombradas.

—Eso ha sido impresionante —murmuró Matthew, agachándose para recoger la taza de té, helada como una piedra—. Vas a ser tan buena en esto como lo eres en tus investigaciones, ¿sabes? La magia no es sólo emocional y mental…, es también algo físico.

—¿Has entrenado a brujas antes? —Me volví a poner las botas de Sarah mientras mi estómago protestaba.

—No. Tú eres la única. —Matthew se rió—. Y sí, sé que estás hambrienta. Hablaremos más de esto después del desayuno. —Me dio la mano y caminamos juntos hacia la casa.

—¿Sabes que podrías hacer mucho dinero con el manantial de brujos? —gritó Sarah cuando nos acercamos—. Todos en la ciudad necesitan un nuevo pozo, y el viejo Harry fue enterrado con su varilla de zahorí cuando murió el año pasado.

—No necesito una varilla de zahorí…, yo misma soy una varilla de zahorí. Y si estás pensando en cavar, hazlo allí. —Señalé hacia un grupo de manzanos que parecían menos escuálidos que el resto.

Una vez dentro, Matthew hirvió agua para mi té antes de dirigir su atención al *Syracuse Post-Standard*. No podía competir con *Le Monde*, pero parecía contento. Con mi vampiro ocupado, comí un montón de rebanadas de pan caliente salidas de la tostadora. Em y Sarah volvieron a llenar sus tazas de café y miraban mis manos preocupadas cada vez que me acercaba a los aparatos eléctricos.

—Ésta va a ser una mañana de tres cafeteras —anunció Sarah, sacando los posos de café de la cafetera. Miré a Em alarmada.

«Es en su mayor parte café descafeinado —dijo sin hablar, con los labios apretados silenciosamente divertida—. Lo he estado adulterando durante años». Como los mensajes de texto, el discurso silencioso era útil si uno quería mantener una conversación privada en esa casa.

Con una gran sonrisa, me concentré en la tostadora. Cogí lo que quedaba de mantequilla para ponerla sobre mis tostadas y me pregunté sin pensar demasiado si habría más.

Un bote de plástico apareció junto a mi codo.

Me giré para darle las gracias a Em, pero ella estaba en el otro lado de la cocina. Entonces había sido Sarah. Matthew levantó la vista de su periódico y miró hacia el

frigorífico.

La puerta estaba abierta, y las mermeladas y las mostazas se estaban acomodando en el último estante. Cuando estuvieron en su sitio, la puerta se cerró silenciosamente.

—¿Eso ha sido obra de la casa? —preguntó Matthew con toda tranquilidad.

—No —respondió Sarah, mirándome con interés—. Eso ha sido obra de Diana.

—¿Qué ha ocurrido? —dije entre dientes, mirando la mantequilla.

—Dínoslo tú —dijo Sarah resueltamente—. Estabas jugueteando con tu novena tostada cuando el frigorífico se ha abierto y la mantequilla ha salido volando.

—Lo único que he hecho ha sido preguntarme si habría más. —Cogí el recipiente vacío.

Em aplaudió encantada ante mi señal de poder, y Sarah insistió en que tratara de sacar otra cosa de la nevera. Pero nada de lo que intenté hacer salir me obedeció.

—Prueba con las alacenas —sugirió Em—. Las puertas no son tan pesadas.

Matthew había estado observando esa actividad con interés.

—¿Te preguntaste simplemente por la mantequilla porque la necesitabas?

Asentí con la cabeza.

—Y cuando volaste ayer, ¿le ordenaste al aire que cooperara?

—Pensé: «Vuela» y volé. Y lo cierto es que necesitaba hacerlo más de lo que necesitaba la mantequilla…, tú estabas a punto de matarme. Otra vez.

—¿Diana voló? —preguntó Sarah con voz trémula.

—¿Hay algo que necesites ahora? —preguntó Matthew.

—Necesito sentarme. —Sentía que mis rodillas se tambaleaban un poco.

Un taburete de la cocina se movió sobre el suelo y se detuvo servicialmente detrás de mí.

Matthew sonrió satisfecho y cogió el periódico.

—Lo que había pensado —murmuró, volviendo a concentrarse en los titulares.

Sarah le arrancó el periódico de las manos.

—Deja de sonreír como el gato de Cheshire. ¿Qué es lo que habías pensado?

Ante la mención de otro miembro de su especie, *Tabitha* entró orgullosa en la casa por la gatera. Con una expresión de total devoción, dejó caer un pequeño ratón de campo muerto a los pies de Matthew.

—*Merci, ma petite* —agradeció Matthew en tono serio—. Lamentablemente, no tengo hambre en este momento.

Tabitha aulló frustrada y arrastró su ofrenda a un rincón, donde lo castigó golpeándolo entre sus garras por no complacer a Matthew.

Impertérrita, Sarah repitió su pregunta:

—¿Qué es lo que habías pensado?

—Los hechizos que Rebecca y Stephen lanzaron aseguran que nadie pueda forzar la magia de Diana. Su magia está envuelta por la necesidad. Muy astuto. —Estiró su

periódico arrugado y reanudó la lectura.

—Astuto e imposible —protestó Sarah.

—Imposible no —respondió él—. Sólo tenemos que pensar como sus padres. Rebecca había visto lo que iba a ocurrir en La Pierre…, no en cada detalle, pero ella sabía que su hija iba a estar cautiva de una bruja. Rebecca también sabía que iba a escapar. Ésa es la razón por la que el encantamiento se mantuvo firme. Diana no necesitaba su magia.

—¿Cómo se supone que podemos enseñarle a Diana a controlar su poder si no puede darle órdenes? —quiso saber mi tía.

La casa no nos dio ninguna oportunidad de considerar las opciones. Se oyó un ruido como el disparo de un cañón, seguido por un taconeo.

—¡Demonios! —gruñó Sarah—. ¿Qué es lo que quiere ahora?

Matthew dejó el periódico.

—¿Ocurre algo malo?

—La casa nos necesita. Cierra de golpe las puertas de la sala de estar y luego cambia de lugar los muebles para atraer nuestra atención. —Lamí la mantequilla de mis dedos y caminé en silencio por la sala. Las luces parpadearon en el salón principal.

—Muy bien, muy bien —dijo Sarah de mal humor—. Ahora vamos.

Seguimos a mis tías hasta la sala. La casa envió un sillón arrastrándose por el suelo en dirección a mí.

—Quiere a Diana —explicó Emily innecesariamente.

La casa podía quererme a mí, pero no había previsto la interferencia de un vampiro protector con rápidos reflejos. Matthew estiró un pie y detuvo al sillón antes de que me golpeara detrás de las rodillas. Se oyó un crujido de madera vieja sobre huesos fuertes.

—No te preocupes, Matthew. La casa sólo quiere que me siente. —Así lo hice, a la espera de su próxima jugada.

—La casa tiene que aprender mejores modales —replicó él.

—¿De dónde ha salido la mecedora de mi madre? Nos deshicimos de ella hace muchos años —dijo Sarah, frunciendo los labios en dirección al viejo sillón cerca de la ventana del frente.

—La mecedora ha vuelto, y también la abuela —dije—. Nos saludó cuando llegamos.

—¿Estaba Elizabeth? —Em se sentó en el incómodo sofá victoriano—. ¿Alta? ¿De expresión grave?

—Sí. Aunque no logré verla bien. Permaneció más bien detrás de la puerta.

—No hay muchos fantasmas por aquí últimamente —dijo Sarah—. Creemos que es una prima lejana de los Bishop que murió en la década de 1870.

Una pelota de lana verde y dos agujas de tejer cayeron de la chimenea y rodaron sobre el hogar.

—¿La casa piensa que debo empezar a tejer? —pregunté.

—Eso es mío…, empecé a hacer un suéter hace algunos años, y un día desapareció. La casa se apodera de toda clase de cosas y las guarda —le explicó Emily a Matthew mientras recuperaba sus agujas y la lana. Hizo un gesto hacia el horrible tapizado floral del sofá—. Ven y siéntate conmigo. A veces la casa se toma su tiempo en vez de ir al grano. Además, también faltan algunas fotografías, una guía telefónica, la fuente para servir el pavo y mi abrigo de invierno favorito.

No era sorprendente que a Matthew le resultara difícil relajarse, dado que una fuente de porcelana podría decapitarlo, pero hizo todo lo posible. Sarah se sentó en una silla Windsor que estaba cerca con expresión irritada.

—Vamos, dinos qué pasa —espetó varios minutos después—. Tengo muchas cosas que hacer.

Un grueso sobre marrón salió lentamente por una grieta en el panel pintado de verde junto a la chimenea. Apenas quedó libre, voló por toda la sala de estar y aterrizó, con el frente hacia arriba, en mi regazo.

La palabra «Diana» estaba escrita con bolígrafo azul en la parte delantera. Pude reconocer la letra pequeña y femenina de mi madre que había visto tantas veces en autorizaciones para el colegio y felicitaciones de cumpleaños.

—Es de mamá. —Miré a Sarah, asombrada—. ¿Qué es?

Ella se mostró igualmente sobresaltada.

—No tengo ni la menor idea.

En el interior había un sobre más pequeño y algo cuidadosamente envuelto en varias capas de papel de seda. El sobre era verde claro, con un verde más oscuro en los bordes. Mi padre me había ayudado a escogerlo para el cumpleaños de mi madre. Tenía un ramo de lirios del valle blancos y verdes en ligero relieve en la esquina de cada página. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Quieres que te dejemos sola? —preguntó Matthew en voz baja, ya de pie.

—Quédate, por favor.

Sin dejar de temblar, rompí el sobre para abrirlo y desdoblé los papeles que había dentro. La fecha que aparecía bajo el lirio del valle —13 de agosto de 1983— atrajo mi atención inmediatamente.

Mi séptimo cumpleaños. Había sido apenas unos días antes de que mis padres partieran hacia Nigeria.

Volé por la primera página de la carta de mi madre. La hoja cayó de mis dedos y planeó hacia el suelo para terminar deteniéndose a mis pies.

El miedo de Em era palpable.

—Diana, ¿de qué se trata?

Sin responder, metí el resto de la carta junto a mi muslo y cogí el sobre marrón que la casa había estado escondiendo en nombre de mi madre. Arranqué el papel de seda, y dejé al descubierto un objeto plano y rectangular. Era más pesado de lo que debía y su poder hacía que hormigueara.

Reconocí ese poder, pues ya lo había sentido antes.

Matthew escuchó que mi sangre empezaba a cantar. Se acercó para permanecer detrás de mí, con las manos apoyadas ligeramente sobre mis hombros.

Quité el envoltorio. Arriba, impidiendo que Matthew pudiera ver y separado por todavía más papel de seda de lo que había abajo, apareció un trozo de papel blanco normal con los bordes amarillos a causa del paso del tiempo. Había tres líneas escritas con letra fina y oscura.

—«Empieza con la ausencia y el deseo» —susurré, forzando la tensión en mi garganta—. «Empieza con sangre y miedo».

—«Empieza con un descubrimiento de brujas» —terminó Matthew, mirando por encima de mi hombro.

Cuando puse la nota en las manos de Matthew, se la llevó a la nariz por un momento antes de pasársela a Sarah en silencio. Levanté la capa superior de papel de seda.

Sobre mi regazo reposaba una de las páginas que faltaban del Ashmole 782.

—¡Santo cielo! —susurró él—. ¿Eso es lo que creo que es? ¿Cómo llegó a tu madre?

—Lo explica en la carta —dije anonadada, con la mirada fija en la imagen de brillantes colores.

Matthew se inclinó y recogió la hoja caída de papel de carta.

—«Mi querida Diana —leyó en voz alta—: Hoy cumples siete años, una edad mágica para una bruja, cuando tus poderes deben empezar a activarse y a tomar forma. Pero tus poderes han estado en actividad desde que naciste. Siempre has sido diferente».

Moví las rodillas bajo el asombroso peso de la imagen.

—«Que tú estés leyendo esto significa que tu padre y yo tuvimos éxito. Pudimos convencer a la Congregación de que eran los poderes de tu padre, y no los tuyos, los que ellos buscaban. No debes culparte a ti misma. Fue la única decisión posible para nosotros. Confiamos en que tengas en este momento la edad suficiente como para comprender. —Matthew me apretó con amabilidad el hombro antes de continuar—: Ya tienes edad suficiente también para ocuparte de la búsqueda que empezamos cuando naciste, la búsqueda de información sobre ti y tu magia. Recibimos la nota y el dibujo adjuntos cuando tenías tres años. Nos llegó en un sobre con un matasellos israelí. La secretaria del departamento nos dijo que no había dirección del remitente ni firma, sólo la nota y la imagen. Hemos pasado gran parte de los últimos cuatro

años tratando de entender. No podíamos hacer demasiadas preguntas. Pero pensamos que la fotografía muestra una boda».

—Es una boda…, el casamiento químico del mercurio y el azufre. Es un paso crucial para la fabricación de la piedra filosofal. —Mi voz sonaba áspera después de la riqueza de entonación de Matthew.

Era una de las representaciones más hermosas de la boda química que yo había contemplado. Una mujer de cabello dorado con un vestido blanco inmaculado tenía una rosa blanca en una mano. Era una ofrenda para su esposo, pálido y de cabello oscuro, un símbolo de que ella era pura y digna de él. Él vestía ropajes de color negro y rojo y le tomaba a ella la otra mano. Él también tenía una rosa, pero la suya era roja como la sangre recién derramada, una ofrenda de amor y de muerte. Detrás de la pareja, los elementos químicos y los metales estaban personificados como invitados a la boda, moviéndose en un paisaje de árboles y colinas rocosas. Toda una colección de animales se había reunido para presenciar la ceremonia: cuervos, águilas, sapos, leones verdes, pavos reales y pelícanos. Un unicornio y un lobo estaban uno al lado del otro en el centro, como fondo detrás de los novios. Toda la escena se encontraba dentro de las alas extendidas de un ave fénix, con las plumas en llamas en los bordes y la cabeza agachada para ver lo que ocurría allí.

—¿Qué significa? —preguntó Em.

—Que alguien ha estado esperando durante mucho tiempo a que Matthew y yo nos encontremos.

—¿Cómo sabes que esa imagen se refiere a ti y a Matthew? —Sarah estiró el cuello para inspeccionarla con mayor atención.

—La reina lleva el escudo de Matthew. —Una brillante diadema de plata y oro sujetaba el pelo de la novia. En medio, sobre la frente, había una joya con la forma de una luna creciente con una estrella naciente sobre ella.

Matthew extendió la mano por encima de la imagen y cogió el resto de la carta de mi madre.

—¿Te molesta si continúo? —preguntó con amabilidad.

Sacudí la cabeza, con la página del manuscrito todavía en mis rodillas. Em y Sarah, desconfiando de su poder, pusieron en práctica la adecuada precaución en presencia de un objeto hechizado poco conocido y permanecieron donde estaban.

—«Pensamos que la mujer de blanco eres tú, Diana. Estamos menos seguros acerca de la identidad del hombre oscuro. Lo he visto en tus sueños, pero es difícil de situar. Atraviesa tu futuro, pero también está en el pasado. Está siempre en sombras, nunca en la luz. Y aunque es peligroso, el hombre en la oscuridad no significa una amenaza para ti. ¿Está él en este momento contigo? Eso espero. Ojalá hubiera podido conocerlo. ¡Hay tanto que me habría gustado decirle acerca de ti! —La voz de Matthew se entrecortó con las últimas palabras—. Esperamos que los dos podáis

descubrir el origen de esta imagen. Tu padre piensa que proviene de un libro antiguo. A veces vemos un texto que se mueve en la parte de atrás de la página, pero luego las palabras desaparecen otra vez durante semanas, incluso meses».

Sarah saltó de su silla.

—Dame la imagen.

—Proviene del libro sobre el que te hablé. El que está en Oxford. —Se la pasé de mala gana.

—Parece muy pesada —dijo mientras caminaba hacia la ventana con el ceño fruncido. Dio la vuelta a la imagen y colocó las páginas en diversos ángulos hacia un lado y otro—. Pero no veo ninguna palabra. Por supuesto, no me sorprende. Si esta página fue arrancada del libro al que pertenece, entonces la magia está gravemente dañada.

—¿Por eso las palabras que vi se movían tan rápido?

Sarah asintió con la cabeza.

—Probablemente. Estaban buscando esta página sin poder encontrarla.

—Páginas —precisé. Éste era un detalle que no le había comentado a Matthew.

—¿Qué quieres decir con eso de «páginas»? —Matthew se acercó a mi asiento lanzando pequeñas astillas de hielo sobre mis facciones.

—Ésta no es la única página del Ashmole 782 que falta.

—¿Cuántas fueron arrancadas?

—Tres —susurré—. Faltaban tres páginas del comienzo del manuscrito. Pude ver los restos. No me pareció importante en ese momento.

—Tres —repitió Matthew. Su voz era inexpresiva y sonó como si estuviera a punto de romper algo con sus manos desnudas.

—¿Qué importa si son tres páginas las que faltan o trescientas? —Sarah todavía estaba tratando de descubrir las palabras ocultas—. En cualquier caso, la magia está dañada.

—Porque hay tres tipos de criaturas espirituales. —Matthew me tocó la cara para hacerme saber que no estaba enfadado conmigo.

—Y si tenemos una de las páginas… —comencé.

—Entonces, ¿quién tiene las otras? –terminó Em.

—Maldita sea, ¿por qué Rebecca no nos dijo nada sobre esto? —Sarah también daba la impresión de querer romper algo. Emily cogió la imagen de sus manos y la colocó cuidadosamente sobre una mesa de té antigua.

Matthew continuó leyendo:

—«Tu padre dice que tendrás que viajar lejos para revelar sus secretos. No diré más por temor a que esta nota caiga en manos equivocadas. Pero tú lo descubrirás, lo sé. —Me entregó la hoja y siguió con la otra—. La casa no habría mostrado esta carta si no estuvieras lista. Eso quiere decir que también sabes que tu padre y yo te pusimos

un encantamiento. Sarah estará furiosa, pero fue la única manera de protegerte de la Congregación antes de que el hombre de las sombras estuviera contigo. Él te ayudará con tu magia. Sarah dirá que no es asunto suyo porque no es un Bishop. Ignórala».

Sarah bufó y miró furiosa al vampiro.

—«Uní tu magia a tus sentimientos por él, porque sé que lo amarás como a nadie en el mundo. Aun así, sólo tú podrás sacarla a la luz. Lamento lo de los ataques de pánico. Fue lo único en lo que pude pensar. A veces eres demasiado valiente, y eso no es bueno para ti. Buena suerte con el aprendizaje de tus hechizos… Sarah es una perfeccionista.

Matthew sonrió.

—Siempre había algo raro en tus ataques de angustia.

—¿Raro? ¿De qué manera?

—Desde que nos conocimos en la Bodleiana, resultó casi imposible atemorizarte.

—Pero sí que sentí miedo cuando saliste de entre la niebla junto al cobertizo de los botes.

—Estabas sobresaltada. Tus instintos tenían que haberte hecho gritar a causa del pánico cada vez que yo estuviera cerca. En cambio, te fuiste acercando cada vez más. —Matthew depositó un beso sobre mi cabeza y volvió a la última página.

—«Es difícil saber cómo terminar esta carta cuando hay tanto en mi corazón. Los últimos siete años han sido los más felices de mi vida. No entregaría un momento de nuestro valioso tiempo contigo… ni por un océano de poder o una vida larga y segura sin ti. No sabemos por qué la diosa nos confió tu persona a nosotros, pero no ha pasado ni un día en que no se lo agradeciéramos».

Sofoqué un sollozo, pero no pude evitar las lágrimas.

—«No puedo protegerte de los desafíos a los que vas a enfrentarte. Conocerás grandes pérdidas y grandes peligros, pero también grandes alegrías. Podrás dudar de tus instintos en los años venideros, pero has estado recorriendo este camino desde el momento en que naciste. Lo supimos cuando llegaste al mundo con la membrana fetal cubriéndote. Has permanecido entre mundos desde entonces. Eso es lo que eres y es tu destino. No dejes que nadie te aparte de él».

—¿Qué es eso de la membrana fetal? —susurré.

—Es alguien que nace con la bolsa amniótica todavía intacta a su alrededor. Es una señal de buena suerte —explicó Sarah.

Matthew me acarició con su mano libre la nuca.

—Mucho más que la suerte tiene relación con esa membrana. Antiguamente, se creía que anunciaba el nacimiento de un gran vidente. Algunos pensaban que era una señal de que el bebé se convertiría en un vampiro, en una bruja o en un daimón. —Me dirigió una sonrisa torcida.

—¿Dónde está? —le preguntó Em a Sarah.

Matthew y yo giramos rápidamente nuestras cabezas a la vez.

—¿Qué? —preguntamos simultáneamente.

—Esas membranas tienen un poder enorme. Stephen y Rebecca deben de haberla guardado.

Todos dirigimos nuestras miradas a la hendidura del panel de madera. Una guía telefónica aterrizó en la rejilla de la chimenea con un ruido sordo, enviando una nube de ceniza a toda la habitación.

—¿Cómo se guarda una membrana como ésa? —me pregunté en voz alta—. ¿Se pone en una bolsita o algo por el estilo?

—Tradicionalmente, uno presiona un trozo de papel o de tela en la cara del bebé y la membrana se adhiere a él. Luego se guarda el papel —explicó Em.

Todos los ojos se dirigieron a la página del Ashmole 782. Sarah la recogió y la estudió atentamente. Farfulló algunas palabras y observó un poco más.

—Hay algo raro en esta imagen —informó—, pero no tiene la bolsa amniótica de Diana adherida.

Aquello fue un alivio. Con ésta, ya habrían sido demasiadas cosas extrañas.

—Entonces, ¿eso es todo, o mi hermana tenía algunos otros secretos que le gustaría compartir con nosotros? —preguntó Sarah de manera cortante. Matthew la miró frunciendo el ceño—. Lo siento, Diana —murmuró.

—No hay mucho más. ¿Estás bien, *mon coeur?*

Le cogí la mano libre y asentí con la cabeza. Se sentó sobre uno de los brazos tapizados del sillón, que crujió un poco bajo su peso.

—«Trata de no ser demasiado dura contigo misma mientras te diriges al futuro. Mantén la serenidad y confía en tus instintos. No es un gran consejo, pero es lo único que una madre puede dar. Apenas podemos soportar tener que dejarte, pero la única alternativa es arriesgarnos a perderte para siempre. Perdónanos. Si te hemos hecho daño, ha sido porque te queríamos mucho. *Mamá*».

La habitación quedó en silencio, e incluso la casa contenía la respiración. Un sonido de pérdida empezó en algún lugar muy dentro de mí justo antes de que una lágrima cayera de mi ojo, se hinchara hasta alcanzar el tamaño de una pelota de béisbol y golpeara el suelo haciendo un ruido de agua que salpica. Sentí mis piernas como si fueran líquidas.

—Aquí viene —advirtió Sarah.

Matthew dejó caer la página de la carta y me arrancó del sillón para llevarme hacia la puerta principal. Me dejó en el camino de la entrada y los dedos de mis pies se hundieron en la tierra. El manantial de brujos fluyó inofensivamente en el suelo mientras mis lágrimas seguían saliendo. Al cabo de unos momentos, Matthew deslizó las manos alrededor de mi cintura desde atrás. Su cuerpo me protegió del resto del mundo, y me relajé contra su pecho.

—Deja que salga todo —murmuró él con sus labios junto a mi oído.

El manantial de brujos se serenó, dejando tras de sí una dolorosa sensación de pérdida que nunca iba a desaparecer del todo.

—¡Ojalá ellos estuvieran aquí! —grité—. Mis padres sabrían qué hacer.

—Sé que los echas de menos. Pero ellos no sabían cómo actuar, no realmente. Como todos los padres, sólo iban haciendo lo mejor que podían en cada momento.

—Mi madre te vio, y también lo que podría hacer la Congregación. Era una gran vidente.

—Y tú también lo serás, algún día. Hasta entonces, vamos a tener que arreglárnoslas sin saber qué nos depara el porvenir. Pero somos dos. No tienes que hacerlo tú sola.

Regresamos al interior, donde Sarah y Em todavía estaban observando la página del manuscrito. Anuncié que iba a hacer más té y una cafetera, y Matthew me acompañó a la cocina, aunque antes su mirada permaneció fija durante unos instantes sobre la imagen de brillantes colores.

La cocina parecía un campo de batalla, como de costumbre. Todas las superficies estaban llenas de platos. Mientras se calentaba el agua para el té y se hacía el café, me arremangué para lavar los platos.

El teléfono de Matthew zumbó en su bolsillo. No le hizo caso, decidido a poner más troncos en la chimenea, ya sobrecargada.

—Deberías atender esa llamada —le dije, echando un chorrito de líquido lavavajillas en el fregadero.

Sacó su teléfono. Por su expresión se notó que no le hacía mucha gracia responder a esa llamada.

—*Oui*?

Debía de ser Ysabeau. Algo había salido mal, alguien no estaba donde se suponía que debía estar… Me resultaba imposible seguir los detalles pues hablaban muy rápido, pero el fastidio de Matthew era claro. Gritó algunas órdenes y cortó la comunicación.

—¿Ysabeau está bien? —Sacudí los dedos en el agua caliente, esperando que no hubiera una nueva crisis.

Matthew me agarró suavemente los hombros, y masajeó mis tensos músculos.

—Ella está bien. Esto no tenía nada que ver con Ysabeau. Es Alain. Se estaba ocupando de algunos negocios de la familia y ha tropezado con una situación inesperada.

—¿Negocios? —Cogí el estropajo y empecé a fregar—. ¿Para los caballeros de Lázaro?

—Sí —dijo cortante.

—¿Quién es Alain? —Coloqué el plato limpio en el escurreplatos.

—Empezó como escudero de mi padre. Philippe no podía arreglárselas sin él, en la guerra o en la paz, así que Marthe lo hizo vampiro. Él conoce todos los aspectos de las actividades de la hermandad. Cuando mi padre murió, Alain traspasó su lealtad de Philippe a mí. Llamó para advertirme que Marcus no se encontraba muy contento de haber recibido mi mensaje.

Me volví para mirarlo a los ojos.

—¿Fue el mismo mensaje que le diste a Baldwin en La Guardia?

Asintió con la cabeza.

—Sólo soy un problema para tu familia.

—Esto ya no es un asunto de la familia De Clermont, Diana. Los caballeros de Lázaro protegen a quienes no pueden protegerse por sí mismos. Marcus lo sabía cuando aceptó un puesto en la orden.

El teléfono de Matthew zumbó otra vez.

—Y ése debe de ser Marcus —dijo sombríamente.

—Ve y habla con él en privado. —Señalé hacia la puerta con la barbilla. Matthew besó mi mejilla antes de presionar el botón verde en su teléfono y dirigirse al jardín trasero.

—Hola, Marcus —dijo cautelosamente, cerrando la puerta tras de sí.

Seguí haciendo pasar el agua enjabonada sobre los platos y el movimiento repetitivo resultó tranquilizador.

—¿Dónde está Matthew? —Sarah y Em estaban de pie en la entrada, cogidas de la mano.

—Fuera, hablando con Inglaterra —dije, haciendo otra vez un gesto con la cabeza en dirección a la puerta trasera.

Sarah sacó otra taza limpia del armario, la cuarta que usaba aquella mañana según mis cálculos, y la llenó de café recién hecho. Emily recogió el periódico. De todas formas, en los ojos de ambas hormigueaba la curiosidad. La puerta trasera se abrió y se cerró. Me preparé para lo peor.

—¿Cómo está Marcus?

—Él y Miriam están camino a Nueva York. Tienen algo que comentarte. —La cara de Matthew parecía una nube de tormenta.

—¿A mí? ¿De qué se trata?

—No ha querido decírmelo.

—Marcus no quería que estuvieras tú solo sin más compañía que la de las brujas. —Le sonreí y un poco de la tensión abandonó su rostro.

—Estarán aquí antes del anochecer y se alojarán en el hotel que vimos al pasar por el pueblo. Iré y los veré esta noche. Sea lo que sea que tengan que decirte, puede esperar hasta mañana. — Matthew echó una mirada de preocupación a Sarah y a Em.

Volví al fregadero otra vez.

—Llámalos, Matthew. Deben venir directamente aquí.

—No querrán molestar a nadie —dijo con suavidad. Matthew no quería alterar a Sarah y al resto de los Bishop trayendo a dos vampiros más a la casa. Pero mi madre nunca habría permitido que Marcus viajara desde tan lejos y después se quedara en un hotel.

Marcus era el hijo de Matthew. Era mi hijo.

Me picaban los dedos y la taza que estaba lavando se escapó de mis manos. Flotó en el agua durante algunos momentos y luego se hundió.

—Ningún hijo mío se quedará en un hotel. Debe estar en la casa de los Bishop, con su familia, y Miriam no debe quedarse sola. Ambos se quedarán aquí. Está decidido —dije con firmeza.

—¿Hijo? —dijo Sarah con voz débil.

—Marcus es el hijo de Matthew, lo que lo convierte en hijo mío también. Y eso lo convierte en un Bishop, y esta casa le pertenece a él tanto como a ti, a mí o a Em. —Me volví para mirarlas, agarrando con fuerza las mangas de mi camisa con las manos mojadas, que me temblaban.

Mi abuela se deslizó por el pasillo para ver de qué se trataba tanto escándalo.

—¿Me has oído, abuela? —grité.

«Creo que todos te hemos oído, Diana», respondió con su voz susurrante.

—¡Bien! Que todo el mundo se comporte correctamente. Y eso vale para todos los Bishop de esta casa…, vivos y muertos.

La casa abrió sus puertas delanteras y traseras en un gesto prematuro de bienvenida, enviando una ráfaga de aire frío por las habitaciones de abajo.

—¿Dónde dormirán? —gruñó Sarah.

—No duermen, Sarah. Son vampiros. —La picazón en mis dedos aumentó.

—Diana —dijo Matthew—, por favor, apártate del fregadero. La electricidad, *mon coeur*.

Agarré mis mangas con más fuerza. Los bordes de mis dedos eran de color azul brillante.

—Hemos recibido el mensaje —se apresuró a decir Sarah, mirando mis manos—. Ya tenemos un vampiro en casa.

—Iré a preparar sus habitaciones —dijo Emily, con una sonrisa que parecía auténtica—. Me alegra que tengamos la oportunidad de conocer a tu hijo, Matthew.

Matthew, que había estado apoyado contra una antigua alacena de madera, se irguió y caminó lentamente hacia mí.

—Muy bien —dijo, apartándome del fregadero y poniendo mi cabeza debajo de su barbilla—. Está claro lo que dices. Llamaré a Marcus y le haré saber que son bienvenidos aquí.

—No le comentes a Marcus que he dicho que era mi hijo. A lo mejor no le hace

mucha gracia tener una madrastra.

—Eso es algo que tendréis que aclarar vosotros —dijo Matthew, tratando de disimular que eso lo divertía.

—¿Qué te parece divertido? —Levanté la cara para mirarlo.

—Con todo lo que ha ocurrido esta mañana, lo único que te preocupa es si Marcus quiere una madrastra. Me confundes. —Matthew sacudió la cabeza—. ¿Todas las brujas son así de sorprendentes, Sarah, o sólo las Bishop?

Sarah consideró su respuesta.

—Sólo las Bishop.

Le dirigí una mirada de agradecimiento asomándome por el costado del hombro de Matthew.

Mis tías fueron rodeadas por una muchedumbre de fantasmas, que asentían solemnemente con la cabeza mostrándose de acuerdo.

Capítulo
35

Una vez lavados los platos, Matthew y yo recogimos la carta de mi madre, la misteriosa nota y la página del Ashmole 782 y las llevamos al comedor. Extendimos los papeles sobre la enorme y desgastada mesa. En los últimos tiempos se había usado en muy contadas ocasiones, ya que no tenía sentido que dos personas se sentaran en el extremo de un mueble diseñado para dar cabida fácilmente a doce comensales. Mis tías se reunieron con nosotros con humeantes tazas de café en las manos.

Sarah y Matthew se agacharon sobre la página del manuscrito de alquimia.

—¿Por qué es tan pesada? —Sarah cogió la página y la sopesó cuidadosamente.

—No siento nada especial con el peso —confesó Matthew, cogiéndola de las manos de ella—, pero hay algo raro en su olor.

Sarah olió profundamente.

—No, simplemente huele a viejo.

—Es más que eso. Sé cómo huelen las cosas viejas —dijo él sardónicamente.

Em y yo estábamos más interesadas en la enigmática nota.

—¿Qué crees que significa? —pregunté, arrastrando una silla y sentándome.

—No estoy segura. —Em vaciló—. La sangre significa generalmente la familia, la guerra o la muerte. Pero ¿y la ausencia? ¿Quiere decir que esta página está «ausente» del libro? ¿O advertía a tus padres que ellos no iban a estar presentes mientras tú crecías?

—Mira la última línea. ¿Mis padres descubrieron algo en África?

—¿O fuiste tú el descubrimiento de brujas? —sugirió Em suavemente.

—La última línea debe de tratar sobre el descubrimiento del Ashmole 782 por parte de Diana —intervino Matthew, levantando la mirada de la boda química.

—Tú crees que todo se refiere a mí y a ese manuscrito —mascullé—. La nota menciona el tema de tu ensayo para All Souls, el miedo y el deseo. ¿No te parece que es extraño?

—No más extraño que el hecho de que la reina blanca en esta imagen lleve mi escudo. — Matthew me acercó la ilustración.

—Se trata de la encarnación del mercurio…, el principio de la volatilidad en la alquimia —dije.

—¿Mercurio? —Matthew parecía divertido—. ¿Una máquina metálica de movimiento perpetuo?

—Podría decirse así. —Sonreí también, pensando en la pelota de energía que yo

le había dado.

—¿Y el rey rojo?

—Es estable y con los pies en la tierra. —Fruncí el ceño—. Pero también se supone que es el sol, y normalmente no se le suele representar vestido de negro y rojo. Lo habitual es sólo de rojo.

—Así que tal vez el rey no sea yo y la reina no seas tú. —Tocó la cara de la reina blanca delicadamente con la punta de su dedo.

—Quizás —dije lentamente, recordando un pasaje del manuscrito del *Aurora* de Matthew. «Prestad atención todos y escuchadme, todos aquellos que habitáis el mundo: Mi amado, que es rojo, me ha llamado. Me buscó, y me encontró. Soy la flor del campo, un lirio que crece en el valle. Soy la madre del amor verdadero, y del miedo, y de la comprensión y la esperanza bendita».

—¿Qué es eso? —Matthew tocó mi cara en ese momento—. Parece bíblico, pero las palabras no son las adecuadas.

—Es uno de los pasajes sobre la boda química del *Aurora Consurgens*. —Nuestros ojos se encontraron y así permanecieron. Cuando el aire se puso denso, cambié de tema—. ¿A qué se refería mi padre cuando mencionó que tendríamos que viajar lejos para descubrir la trascendencia de la imagen?

—El matasellos es de Israel. Tal vez Stephen quiso decir que tendríamos que regresar allí.

—Hay muchos manuscritos alquímicos en Jerusalén, en la Universidad Hebrea. La mayoría de ellos pertenecían a Isaac Newton. —Dada la historia de Matthew en ese lugar, por no mencionar a los caballeros de Lázaro, no era una ciudad que yo tuviera muchos deseos de visitar.

—Para tu padre, viajar a Israel no era «viajar lejos» —dijo Sarah, que estaba sentada enfrente. Em caminó alrededor de la mesa y se puso a su lado.

—¿Y qué era viajar lejos para él? —Matthew cogió la carta de mi madre y echó un vistazo a la última página buscando nuevas pistas.

—El interior australiano. Wyoming. Mali. Ésos eran sus lugares favoritos para viajar en el tiempo.

La expresión me impresionó con la misma intensidad que la palabra «encantamiento» me había producido hacía sólo unos días. Ya sabía que algunas brujas podían moverse entre el pasado, el presente y el futuro, pero nunca se me ocurrió preguntar si alguien de mi familia tenía esa habilidad. Era poco frecuente, casi tanto como el fuego de brujos.

—¿Stephen Proctor podía viajar en el tiempo? —La voz de Matthew adquirió el tono de neutralidad deliberada que a menudo adoptaba cuando se mencionaba la magia.

Sarah asintió con la cabeza.

—Sí. Stephen iba al pasado o al futuro por lo menos una vez al año, generalmente después del congreso anual de antropólogos de diciembre.

—Hay algo en la parte de atrás de la carta de Rebecca. —Em dobló el cuello para ver debajo de la página.

Matthew le dio la vuelta rápidamente.

—Dejé caer la página para sacarte antes de que el manantial de brujos comenzara a brotar. No había visto esto. No es la letra de tu madre —dijo, pasándomela.

La letra de la nota escrita a lápiz tenía largas curvas y agudos picos. ·Recuerda, Diana: —La experiencia más hermosa que podemos tener es la del misterio. Es la emoción fundamental que está en la cuna del verdadero arte y la verdadera ciencia. Quien no lo sepa y ya no pueda hacerse preguntas, no pueda maravillarse, es como si estuviera muerto y sus ojos están oscurecidos. Yo había visto esa letra en alguna parte antes. En los huecos remotos de mi memoria, revisé imágenes tratando de saber dónde, pero sin éxito.

—¿Quién habrá escrito una cita de Albert Einstein en la parte de atrás de la nota de mi madre? —les pregunté a Sarah y a Em, moviendo la página hacia ellas e impresionada otra vez por lo conocida que me resultaba.

—Eso parece obra de tu padre. Había ido a clases de caligrafía. Rebecca bromeaba con eso. Hacía que su letra pareciera muy anticuada.

Giré lentamente la página para observar con detenimiento la letra otra vez. Efectivamente su estilo parecía del siglo XIX, como la letra de los encargados de compilar los catálogos de la Bodleiana durante la época victoriana. Me puse tensa, miré con cuidado la escritura y sacudí la cabeza.

—No, no es posible. Mi padre no puede haber sido uno de aquellos empleados de la biblioteca, él no habría podido, en modo alguno, escribir el subtítulo del siglo XIX en el Ashmole 782.

Pero mi padre podía viajar en el tiempo. Y el mensaje de Einstein era para mí indiscutiblemente. Dejé caer la página en la mesa y metí la cabeza entre mis manos.

Matthew permaneció sentado junto a mí y esperó. Cuando Sarah emitió un bufido de impaciencia, él la hizo callar con un gesto decidido. Cuando mi mente dejó de girar, hablé:

—Había dos descripciones en la primera página del manuscrito. Una estaba escrita con tinta, y era de Elias Ashmole: *Antropología o tratado que contiene una breve descripción del hombre*. La letra de la otra, a lápiz, era diferente: *En dos partes: la primera, anatómica; la segunda, psicológica.*

—El segundo subtítulo debió de ser escrito mucho más tarde —observó Matthew —. No creo que hubiera algo que pudiera llamarse «psicología» en la época de Ashmole.

—Pensé que databa del siglo XIX. —Volví a coger la nota de mi padre—. Pero

esto me hace pensar que la escribió mi padre.

La habitación quedó en silencio.

—Toca las palabras —sugirió finalmente Sarah—. A ver qué otra cosa dicen.

Pasé suavemente los dedos sobre las letras escritas con lápiz. Surgieron imágenes de la página, de mi padre vestido con levita oscura de solapas anchas y una larga corbata negra, inclinado sobre un escritorio cubierto de libros. También había otras imágenes de él en su estudio en casa, con su habitual chaqueta de pana, garabateando una nota con un lápiz del número dos mientras mi madre miraba por encima de su hombro, llorando.

—Fue él. —Aparté los dedos de la página con un visible temblor.

Matthew tomó mi mano en la suya.

—Ya has sido bastante valiente por un día, *ma lionne*.

—Pero tu padre no sacó la boda química del libro de la Bodleiana —reflexionó Em—, entonces ¿qué estaba haciendo allí?

—Stephen Proctor estaba hechizando el Ashmole 782 para que nadie, excepto su hija, pudiera pedirlo y hacerlo salir del depósito. —Matthew se mostraba seguro.

—Entonces por eso fue por lo que el hechizo me reconoció. Pero ¿por qué no actuó del mismo modo cuando volví a pedirlo?

—No lo necesitabas. Sí, querías tenerlo —dijo Matthew con una sonrisa tensa cuando abrí la boca para protestar—, pero eso es diferente. Recuerda que tus padres aseguraron tu magia para que tu poder no pudiera serte sacado por la fuerza. El hechizo en el manuscrito no es diferente.

—Cuando pedí el Ashmole 782 la primera vez, lo único que necesitaba era tachar el siguiente punto en mi lista de cosas que tenía que hacer. Es difícil creer que algo tan insignificante pudiera provocar semejante reacción.

—Tu madre y tu padre no podían preverlo todo, como el hecho de que ibas a ser una historiadora de la alquimia y trabajarías en la Bodleiana con regularidad. ¿Podía Rebecca viajar en el tiempo también? —le preguntó Matthew a Sarah.

—No. Es poco frecuente, por supuesto, y los viajeros en el tiempo más experimentados son también muy versados en brujería. Sin los hechizos apropiados y las precauciones adecuadas, uno puede terminar en algún lugar no deseado, sin importar el poder que tenga.

—Sí —dijo Matthew secamente—. Puedo pensar en un buen número de épocas y lugares que tú querrías evitar.

—Rebecca a veces iba con Stephen, pero él tenía que cargar con ella. —Sarah le sonrío a Em—. ¿Recuerdas Viena? Stephen decidió que iba a llevarla a bailar el vals. Él pasó todo un año viendo qué sombrero llevaría ella para el viaje.

—Se necesitan tres objetos de la época y el lugar en particular al que uno quiere regresar. Eso evita que uno se pierda —continuó Em—. Si uno quiere ir al futuro, hay

que usar brujería, porque es la única manera de encontrar el camino.

Sarah recogió la ilustración de la boda química, poco interesada por los viajeros en el tiempo.

—¿Para qué es el unicornio?

—Olvida el unicornio, Sarah —repliqué impaciente—. Mi padre no puede haber querido que yo regresara al pasado a buscar el manuscrito. ¿Acaso quería que viajara en el tiempo y me apoderara de él antes de que fuera hechizado? ¿Qué ocurriría si me encontraba con Matthew por accidente? Seguro que eso hubiera provocado un desastre en el contínuum del espacio-tiempo.

—Bah, la relatividad. —El tono de Sarah era desdeñoso—. Como explicación, eso sirve sólo hasta cierto punto.

—Stephen siempre decía que viajar en el tiempo era como cambiar de trenes —intervino Em— . Uno se baja de un tren, luego espera en la estación hasta que haya sitio para él en un tren diferente. Cuando se viaja en el tiempo, se parte del aquí y ahora y el viajero queda detenido fuera del tiempo, hasta que haya un sitio para él en algún otro tiempo.

—Eso es similar a la forma en que los vampiros cambian las vidas —reflexionó Matthew—. Abandonamos una vida…, organizamos una muerte, una desaparición, un cambio de residencia, y buscamos otra. Os sorprendería lo fácilmente que la gente se aleja de su hogar, de su trabajo y de su familia.

—Seguro que alguien nota que el John Smith que ellos conocían la semana pasada no tiene el mismo aspecto —protesté.

—Eso es todavía más asombroso —admitió Matthew—. Siempre que uno escoja cuidadosamente, nadie dice ni una palabra. Algunos años en Tierra Santa, una grave y a veces mortal enfermedad, la probabilidad de perder una herencia, cualquier cosa proporciona una excusa excelente para que criaturas y humanos hagan la vista gorda.

—Bien, sea posible o no, el hecho es que no puedo viajar en el tiempo. Eso no aparecía en el informe de ADN.

—Por supuesto que puedes viajar en el tiempo. Lo has estado haciendo desde que eras una niña. —El tono de Sarah desacreditaba con petulancia las conclusiones científicas de Matthew—. La primera vez tenías tres años. Tus padres se asustaron terriblemente, llamaron a la policía… Fue todo un escándalo. Cuatro horas después te encontraron sentada en la silla alta de la cocina comiendo una ración de la tarta de cumpleaños. Seguramente sentiste hambre y volviste a tu propia fiesta de cumpleaños. Después de eso, cada vez que desaparecías, nos imaginábamos que estabas en algún otro tiempo y que luego aparecerías. Y desaparecías muy a menudo.

Mi alarma ante la idea de un bebé viajando en el tiempo cedió paso a un nuevo descubrimiento: yo tenía el poder de responder a cualquier pregunta histórica. Mi estado de ánimo mejoró considerablemente.

Matthew ya había pensado en esto y esperaba pacientemente a que yo lo alcanzara.

—No importa lo que tu padre quisiera, porque no vas a viajar a 1859 —dijo con firmeza, haciendo girar la silla para que lo mirara a la cara—. El tiempo no es algo en lo que vas a interferir. ¿Comprendes?

Incluso después de asegurarles que me iba a quedar en el presente, nadie me dejó a solas ni por un instante. Entre los tres me pasaban en silencio del uno al otro en una coreografía digna de Broadway. Em me siguió arriba para asegurarse de que hubiera toallas, aunque yo sabía perfectamente dónde estaba el armario de la ropa blanca. Cuando salí del baño, Matthew estaba echado en la cama jugueteando con su teléfono. Se quedó arriba cuando bajé para hacer una taza de té, pues sabía que Sarah y Em me estarían esperando en la sala.

Tenía la lata de Marthe en mis manos, y me sentía culpable de haberlo olvidado el día anterior, rompiendo así mi promesa. Decidida a tomar un poco de té ese día, llené la tetera y abrí la caja de metal negra. El olor a ruda desató el recuerdo nítido de ser arrastrada hacia los aires por Satu. Agarré la tapa con más fuerza, me concentré en otros olores y recuerdos más felices de Sept-Tours. Echaba de menos sus muros de piedra gris, los jardines, a Marthe, a *Rakasa…*, incluso a Ysabeau.

—¿De dónde has sacado eso, Diana? —Sarah entró a la cocina y señaló la lata.

—Marthe y yo lo preparamos.

—Es el ama de llaves de la madre de él, ¿verdad? La que hizo el ungüento para tu espalda.

—Marthe es el ama de llaves de *Ysabeau,* sí. —Puse un ligero énfasis en sus nombres propios— . Los vampiros tienen nombres, al igual que las brujas. Tienes que aprenderlos.

Sarah levantó la nariz.

—Habría pensado que irías a un médico a buscar una receta, no que ibas a depender de la vieja tradición de las hierbas.

—El doctor Fowler podrá atenderte si quieres algo más fiable. —Em también había decidido intervenir—. Ni siquiera Sarah es una gran defensora de las hierbas anticonceptivas.

Escondí mi confusión metiendo una bolsita de té en la taza, mientras mantenía mi mente en blanco y mi rostro apartado.

—Esto está bien. No hay necesidad de ver al doctor Fowler.

—Es cierto. No si te estás acostando con un vampiro. Ellos no pueden reproducirse, no de la manera que un anticonceptivo pueda impedir. Lo único que tienes que hacer es tener cuidado con sus dientes cerca del cuello.

—Lo sé, Sarah.

Pero no era así. ¿Por qué Marthe me había enseñado con tanto cuidado a hacer un

té totalmente innecesario? Matthew había sido claro en lo que se refería a que no podía procrear hijos de la manera en que lo hacían los seres de sangre caliente. A pesar de mi promesa a Marthe, me deshice de la taza a medio hacer en el fregadero y arrojé la bolsa a la basura. La lata fue a parar al último estante de la alacena, donde estaría en un lugar seguro y fuera de la vista.

A última hora de la tarde, a pesar de las muchas conversaciones sobre la nota, la carta y la imagen, no estábamos más cerca de comprender el misterio del Ashmole 782 y la conexión de mi padre con él. Mis tías empezaron a hacer la cena, lo cual significaba que Em asaba un pollo mientras Sarah bebía un vaso de bourbon y criticaba la cantidad de verduras que estaba preparando. Matthew merodeaba por la mesa de la cocina, inusitadamente inquieto.

—Vamos —dijo, agarrándome la mano—. Necesitas un poco de ejercicio.

Era él quien necesitaba aire fresco, no yo, pero la perspectiva de salir al aire libre era tentadora. Una búsqueda en el armario de la entrada reveló un viejo par de zapatillas mías para correr. Estaban desgastadas, pero me quedaban mejor que las botas de Sarah.

Lo más lejos que llegamos fue hasta los primeros manzanos antes de que Matthew me hiciera dar la vuelta y me apretara entre su cuerpo y uno de los troncos viejos y retorcidos. El bajo dosel de ramas nos protegía de ser vistos desde la casa.

A pesar de estar atrapada, no apareció ningún viento de brujos como respuesta. Pero sí hubo otras sensaciones.

—¡Santo cielo, esa casa está llena de gente! —exclamó Matthew, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para que salieran las palabras antes de volver a pegar sus labios sobre los míos.

Habíamos tenido muy poco tiempo para estar a solas desde que había regresado de Oxford. Parecía que había pasado toda una vida, pero sólo habían transcurrido unos días. Deslizó una de sus manos bajo el cinturón de mis vaqueros. Sentí sus dedos fríos contra mi piel desnuda. Me estremecí de placer, y me acercó más a él, buscando con su otra mano las curvas redondeadas de mi pecho. Apretamos la totalidad de nuestros cuerpos el uno contra el otro, y él siguió buscando nuevas maneras de establecer contacto.

Finalmente sólo quedaba una posibilidad. Por un momento pareció que Matthew tenía intención de consumar nuestro matrimonio a la manera tradicional, de pie, al aire libre, en una oleada cegadora de necesidad física. Pero recuperó el control y se apartó.

—No de este modo —dijo con voz áspera y su mirada profunda.

—No me importa. —Lo arrastré otra vez hacia mí.

—A mí sí. —Se escuchó una discreta y áspera expulsión de aire cuando Matthew exhaló su suspiro de vampiro—. Cuando hagamos por primera vez el amor, te quiero

sólo para mí, no rodeada de otra gente. Y te querré por encima de los pocos momentos robados que tendríamos ahora, créeme.

—Yo también te quiero —dije—, y no me caracterizo por mi paciencia.

Curvó los labios en una sonrisa e hizo un delicado ruido que indicaba que estaba de acuerdo.

Matthew acarició el hueco de mi cuello con el pulgar y mi sangre dio un salto. Puso sus labios en el sitio donde había estado su pulgar y los apretó delicadamente sobre la señal exterior de la vitalidad que palpitaba debajo de la superficie. Siguió el recorrido de una vena por un lado de mi cuello hacia la oreja.

—Disfruto aprendiendo cuáles son los lugares donde te gusta que te toque. Como éste. — Matthew me besó detrás de la oreja—. Y éste. —Movió sus labios hacia mis párpados, y yo dejé escapar un suave ronroneo de placer—. Y éste. —Pasó el pulgar sobre mi labio inferior.

—Matthew… —susurré con una mirada de súplica.

—¿Qué, *mon coeur?* —Observaba, fascinado, que al tocarme llegaba más sangre a la superficie.

No respondí, sino que lo atraje hacia mí, sin importarme el frío, ni la creciente oscuridad, ni la corteza áspera debajo de mi espalda dolorida. Nos quedamos allí hasta que Sarah nos llamó desde el porche.

—No habéis ido demasiado lejos, ¿verdad? —Su bufido se oyó con claridad al aire libre—. No es que eso pueda considerarse hacer ejercicio.

Me sentí como una colegiala sorprendida besuqueándose en el aparcamiento y me acomodé el jersey en la posición correcta antes de regresar a casa. Matthew se rió entre dientes y me siguió.

—Pareces satisfecho contigo mismo —le dijo Sarah cuando entró a la cocina. Allí, bajo las luces brillantes, era todo un vampiro, y para colmo, presumido. Pero sus ojos ya no estaban inquietos, y por eso yo me sentí agradecida.

—Déjalo tranquilo. —La voz de Em fue inusitadamente dura. Me pasó la ensalada y señaló la mesa de la sala donde generalmente comíamos—. Nosotras también visitábamos muy a menudo ese manzano cuando Diana estaba creciendo.

—¡Ajá! —confirmó Sarah. Cogió tres copas de vino y las agitó en dirección a Matthew—. ¿Te queda algo de ese vino, Casanova?

—Soy francés, Sarah, no italiano. Y soy un vampiro. Siempre tomo vino — replicó Matthew con una sonrisa pícara—. Tampoco hay peligro de que se acabe. Marcus va a traer más. Él no es francés, ni tampoco italiano, lamentablemente, pero su educación lo compensa.

Nos sentamos a la mesa y las tres brujas procedimos a dar buena cuenta del pollo asado y las patatas de Em. *Tabitha* se sentó al lado de Matthew, y de vez en cuando le pasaba coquetamente la cola por los pies. Él se ocupó de que el vino no faltara en la

copa de Sarah, y yo bebí de la mía. Em preguntó varias veces si no quería probar algo, pero Matthew rechazó todos los ofrecimientos.

—No tengo hambre, Emily, pero gracias.

—¿Hay algo que puedas comer? —Em no estaba acostumbrada a que alguien rechazara su comida.

—Nueces —dije resueltamente—. Si le vas a comprar comida, cómprale nueces.

Em vaciló.

—¿Y carne cruda?

Matthew me agarró la mano y la apretó antes de que yo pudiera responder.

—Si quieres darme de comer, la carne sin cocinar estará bien. Me gusta el caldo también…, simple, sin verduras.

—¿Eso es lo que tu hijo y su colega comen también, o son simplemente tus comidas favoritas?

La impaciencia de Matthew con mis anteriores preguntas acerca de su estilo de vida y hábitos alimenticios cobró sentido para mí en ese momento.

—Eso es bastante habitual en los vampiros cuando estamos entre seres de sangre caliente. — Matthew me soltó la mano y se sirvió más vino.

—Debes de pasar mucho tiempo en los bares, tomando vino y nueces —observó Sarah.

Em dejó su tenedor y la miró fijamente.

—¿Qué? —reaccionó Sarah.

—Sarah Bishop, si nos avergüenzas delante del hijo de Matthew, nunca te lo perdonaré.

Mis risitas disimuladas se convirtieron rápidamente en una carcajada en toda regla. Sarah fue la primera en seguirme, y luego Em. Matthew permaneció inmóvil y sonreía como si lo hubieran instalado en un manicomio, pero era demasiado educado como para hacerlo notar.

Cuando las risas se calmaron, se dirigió a Sarah:

—Me estaba preguntando si podrías prestarme tu despensa para analizar los colorantes usados en la ilustración de la boda química. Tal vez puedan decirnos dónde y cuándo fue hecha.

—No vas a sacar nada de esa ilustración. —La historiadora que había en mí se sublevó, horrorizada ante aquella idea.

—No le causaré daño alguno —replicó Matthew con suavidad—. Sé cómo analizar muestras de ínfimo tamaño.

—¡No! No debemos hacer nada con ella hasta que no sepamos a qué nos estamos enfrentando.

—No seas tan puntillosa, Diana. Además, es un poco tarde para eso cuando fuiste tú quien devolvió el libro. —Sarah se puso de pie y sus ojos se iluminaron—. Veamos

si el libro de cocina puede ayudar.

—Bien, bien —dijo Em entre dientes—. Ya eres uno más de la familia, Matthew.

Sarah desapareció en la despensa y regresó con un libro encuadernado en cuero del tamaño de una Biblia familiar. Entre sus tapas estaba toda la sabiduría y la tradición de las Bishop, transmitida de bruja en bruja durante casi cuatrocientos años. El primer nombre que aparecía en el libro era Rebecca, acompañado por la fecha de 1617, escrita con letra ornamentada y redonda. Otros nombres seguían en la primera página ordenados en dos columnas, cada uno escrito con una tinta ligeramente distinta y una fecha diferente a su lado. Los nombres continuaban en la parte posterior de la hoja, con numerosas Susannah, Elizabeth, Margaret, Rebecca y Sarah dominando la lista. Mi tía nunca le había mostrado este libro a nadie, ni siquiera a otras brujas. Había que formar parte de la familia para ver su «libro de cocina».

—¿Qué es eso, Sarah? —Las aletas de la nariz de Matthew se dilataron con el olor a papel antiguo, hierbas y humo que desprendía cuando Sarah abrió las tapas.

—El grimorio Bishop. —Señaló el primer nombre—. Su primera dueña fue Rebecca Davies, la abuela de Bridget Bishop, quien lo recibió de su madre, Rebecca Playfer. Bridget le pasó el libro a su primera hija, nacida fuera del matrimonio en Inglaterra en 1650. Bridget todavía era adolescente en ese momento, y le puso a su hija el nombre de su madre y de su abuela. Como no podía ocuparse de la niña, Bridget se la entregó a una familia de Londres. —Sarah dejó escapar un suave sonido de disgusto—. Los rumores sobre su inmoralidad la persiguieron durante el resto de sus días. Después, su hija Rebecca volvió con su madre y trabajó con ella en la taberna que ésta tenía. Bridget iba por su segundo marido entonces, y tenía otra hija llamada Christian.

—¿Y tú desciendes de Christian Bishop? —preguntó Matthew.

Sarah sacudió la cabeza.

—Te refieres a Christian Oliver…, hija de Bridget en su segundo matrimonio. Edward Bishop fue el tercer marido de Bridget. No, nuestra antepasada es Rebecca. Después de que Bridget fuera ejecutada, Rebecca cambió su apellido por el de Bishop legalmente. Rebecca era viuda, sin ningún marido que discutiera esa decisión. Fue un acto de desafío.

Matthew me dirigió una larga mirada. El desafío, parecía decirme, era evidentemente un rasgo genético.

—Nadie recuerda todos los apellidos de Bridget Bishop… Estuvo casada tres veces — continuó Sarah—. El único que todos recuerdan es el que tenía cuando fue acusada de brujería y ejecutada. Desde entonces las mujeres de la familia han mantenido el apellido Bishop, sin tener en cuenta el matrimonio ni quién hubiera sido el padre.

—Leí sobre de la muerte de Bridget poco después de haberse producido —

comentó Matthew en voz baja—. Fueron tiempos oscuros para las criaturas. Aunque la nueva ciencia parecía despojar al mundo de todos los misterios, los humanos todavía seguían convencidos de que estaban rodeados de fuerzas invisibles. Tenían razón, por supuesto.

—Claro, la tensión entre lo que la ciencia prometía y lo que su sentido común les decía que era lo verdadero llevó a la muerte a cientos de brujas. —Sarah empezó a recorrer las páginas del grimorio.

—¿Qué estás buscando? —pregunté con el ceño fruncido—. ¿Acaso alguna de las Bishop se ocupaba de la conservación de manuscritos? Si no es así, no vas a encontrar mucha ayuda en ese libro de hechizos.

—Tú no sabes qué hay en este libro de hechizos, señorita —dijo Sarah con tranquilidad—. Nunca mostraste el menor interés por él.

Apreté los labios en una línea fina.

—Nadie va a estropear ese manuscrito.

—Ah, aquí está. —Sarah señaló el grimorio con gesto de triunfo—. Uno de los hechizos de Margaret Bishop de la década de 1780. Era una bruja poderosa. «Mi método para percibir oscuridades en papel o tela». Por ahí es por donde vamos a empezar. —Se puso de pie y marcó el sitio con un dedo.

—Si manchas… —empecé.

—Ya te he oído las otras dos veces, Diana. Esto es un hechizo para un vapor. Sólo aire va a tocar tu querida página del manuscrito. Deja de preocuparte.

—Iré a buscarlo —se apresuró a decir Matthew. Le lancé una mirada siniestra.

Cuando regresó al comedor con la ilustración sostenida cuidadosamente en sus manos, él y Sarah se marcharon juntos a la despensa. Mi tía iba hablando a una velocidad endiablada mientras Matthew escuchaba atentamente.

—¿Quién lo habría imaginado? —comentó Em, sacudiendo la cabeza.

Em y yo fregamos los platos de la cena y habíamos empezado el proceso de ordenar la sala, que parecía el escenario de un crimen, cuando vimos un par de faros en el camino de entrada.

—Ya están aquí. —Sentí un nudo en el estómago.

—Todo saldrá bien, querida. Es la familia de Matthew. —Em me apretó el brazo, dándome coraje.

Cuando llegué a la puerta principal, Marcus y Miriam estaban bajando del coche. Miriam parecía incómoda y fuera de lugar con su jersey marrón ligero y las mangas enrolladas hasta los codos, minifalda y botines mientras recorría con sus ojos oscuros la granja y sus alrededores con una expresión de incredulidad. Marcus observaba la arquitectura de la casa y olfateaba la brisa, que indudablemente olía a café y a brujas, vestido con una camiseta de manga corta de una gira de conciertos de 1982 y un par de vaqueros.

Cuando la puerta se abrió, Marcus fijó sus ojos azules en los míos con un guiño.

—Hola, mamá, ¡estamos en casa!

—¿Te lo ha dicho? —pregunté, furiosa con Matthew por no obedecer mis deseos.

—¿Decirme qué? —Marcus arrugó la frente en un gesto de perplejidad.

—Nada —farfullé—. Hola, Marcus. Hola, Miriam.

—Diana… —Las facciones delicadas de Miriam estaban concentradas en su habitual expresión de desaprobación.

—Bonita casa. —Marcus subió las escaleras del porche. Tenía una botella marrón entre los dedos. Bajo las luces del porche, su pelo dorado y la piel blanca y suave brillaban.

—Adelante, bienvenidos. —Lo arrastré apresuradamente al interior, con la esperanza de que nadie que pasara cerca de la casa hubiera visto al vampiro en el porche.

—¿Cómo estás, Diana? —La expresión de sus ojos era de preocupación, y su nariz se abría para asimilar mi olor. Matthew le había contado lo ocurrido en La Pierre.

—Estoy bien. —Arriba, una puerta se cerró de golpe—. ¡Nada de tonterías! ¡Hablo en serio!

—¿Sobre qué? —Miriam se detuvo y sus rizos negros, estirados, se balancearon sobre sus hombros como serpientes.

—Nada. No te preocupes por eso. —Una vez que ambos vampiros estuvieron a salvo dentro de las paredes, la casa suspiró.

—¿Nada? —Miriam había escuchado el suspiro también, y enarcó sus cejas.

—La casa se pone un poco nerviosa cuando llegan visitas, eso es todo.

Miriam miró la escalera y olfateó.

—¿Cuántos habitantes tiene la casa?

Era una pregunta sencilla, para la cual no había una respuesta simple.

—No estoy segura —dije rápidamente, arrastrando una bolsa hacia las escaleras —. ¿Qué traes aquí?

—Es la bolsa de Miriam. Déjame a mí. —Marcus la levantó fácilmente enganchándola con su dedo índice.

Subimos para enseñarles sus habitaciones. Em le había preguntado a Matthew directamente si ambos iban a compartir cama. En un primer momento, él se mostró sorprendido ante la indiscreción de la pregunta, y luego estalló en una carcajada para asegurarle que si no estaban separados iba a haber un vampiro muerto antes del amanecer. De vez en cuando, a lo largo del día, se había reído entre dientes diciendo:

—¡Marcus y Miriam, qué ocurrencia!

Marcus iba a quedarse en el dormitorio de invitados que antes usaba Em, e instalaríamos a Miriam en mi vieja habitación del ático. Un montón de esponjosas

toallas los esperaban sobre sus camas, y le mostré a cada uno de ellos dónde estaba el baño. No había mucho que hacer para que un invitado vampiro se sintiera cómodo…: no se le podía ofrecer comida, ni un sitio para dormir, ni ninguna de las habituales comodidades. Afortunadamente, no había habido ninguna aparición espectral ni había caído yeso para indicar que la casa estaba disgustada con su presencia.

Matthew sabía que su hijo y Miriam habían llegado, pero la despensa era un lugar bastante aislado, de modo que Sarah no se había dado cuenta. Cuando pasamos con los dos vampiros por el vestíbulo, Elizabeth espió desde una puerta, con los ojos enormes como los de un búho.

—Ve a buscar a la abuela. —Me volví hacia Marcus y Miriam—. Lo siento, tenemos fantasmas.

Marcus trató de disimular su risa con una tos.

—¿Todos tus antepasados viven contigo?

Pensando en mis padres, negué con la cabeza.

—Una lástima —murmuró.

Em estaba esperando en el recibidor con una sonrisa amplia y auténtica.

—Tú debes de ser Marcus —dijo, poniéndose de pie y dándole la mano—. Soy Emily Mather.

—Em, ésta es la colega de Matthew: Miriam Shephard.

Miriam se adelantó. Aunque ambas, ella y Em, tenían huesos delicados, Miriam parecía una muñeca de porcelana en comparación.

—Bienvenida, Miriam —dijo Em, mirándola con una sonrisa—. ¿Alguno de los dos quiere algo de beber? Matthew ha descorchado una botella de vino. —Su comportamiento era del todo natural, como si los vampiros visitaran constantemente la casa. Tanto Marcus como Miriam sacudieron la cabeza.

—¿Dónde está Matthew? —preguntó Miriam, mostrando claramente cuáles eran sus prioridades. Sus agudos sentidos absorbían todos los detalles de su nuevo ambiente—. Puedo oírlo.

Llevamos a los dos vampiros hacia la vieja puerta de madera que separaba el santuario privado de Sarah. Por el camino, Marcus y Miriam siguieron asimilando todos los olores de la casa Bishop: la comida, la ropa, las brujas, el café y el gato.

Tabitha salió chillando de las sombras junto a la chimenea para ir directamente hacia Miriam, como si las dos fueran mortales enemigas.

Miriam siseó, y *Tabitha* se quedó paralizada a mitad de camino. Ambas se observaron mutuamente evaluándose, de depredador a depredador. *Tabitha* fue la primera en apartar los ojos cuando, al cabo de unos minutos, descubrió una necesidad urgente de lamerse el pelo. Fue un reconocimiento silencioso de que ya no era la única hembra importante en la casa.

—Ésa es *Tabitha* —dije débilmente—. Está muy encariñada con Matthew.

En la despensa, Matthew y Sarah estaban agachados, con una expresión embelesada en sus rostros, sobre una olla llena de algo, apoyada sobre un viejo calentador eléctrico. Ramilletes de hierbas secas colgaban de las vigas y los hornos originales estaban listos para ser usados, con sus ganchos de hierro y grúas a la espera de sostener pesados calderos sobre las brasas.

—El brillo de los ojos es crucial —le estaba explicando Sarah en tono de severa maestra—. Aclara la vista.

—Eso huele horrible —observó Miriam, arrugando su naricilla y acercándose.

El rostro de Matthew se ensombreció.

—Matthew… —saludó Marcus en tono inexpresivo.

—Marcus… —respondió su padre.

Sarah se puso de pie y examinó a los nuevos miembros de la familia, que parecían brillar. La tenue iluminación de la despensa no hacía más que acentuar su palidez poco natural, así como el efecto sorprendente de sus pupilas dilatadas.

—Que la diosa nos ayude. ¿Cómo es posible que alguien piense que vosotros sois humanos?

—Eso ha sido siempre un misterio para mí —replicó Miriam, estudiando a Sarah con el mismo interés—. Tampoco creo que sea usted precisamente alguien que pueda pasar inadvertida, con ese pelo rojo y el olor a beleño negro que sale en oleadas de su cuerpo. Soy Miriam Shephard.

Matthew y yo intercambiamos una larga mirada, preguntándonos cómo iban a cohabitar tranquilamente bajo el mismo techo Miriam y Sarah.

—Bienvenida a la casa Bishop, Miriam. —Sarah entrecerró los ojos, y Miriam respondió de la misma manera. Mi tía dirigió su atención a Marcus—. Así que tú eres su hijo. —Como de costumbre, ella no se detuvo con sutilezas sociales.

—Efectivamente, soy el hijo de Matthew. —Marcus, que tenía el aspecto de haber visto un fantasma, mostró lentamente una botella marrón—. Tu tocaya era una curandera, como tú. Aprendí de Sarah Bishop cómo curar una pierna fracturada después de la batalla de Bunker Hill. Todavía lo hago de la misma forma que ella me enseñó.

En el borde del altillo de la despensa colgaban dos pies rústicamente calzados.

«Esperemos que tenga ahora más fuerza de la que tenía entonces», dijo una mujer que era la viva imagen de Sarah.

—¡Whisky! —exclamó Sarah, pasando la mirada de la botella a mi hijo con una nueva y agradecida actitud.

—A ella le gustaban las bebidas fuertes. Pensé que tal vez a ti también podrían gustarte.

Las dos Sarah Bishop asintieron con la cabeza.

—Bien pensado —aprobó mi tía.

—¿Cómo va la poción? —pregunté, tratando de no estornudar en aquel ambiente tan cargado.

—Tiene que estar reposando durante nueve horas —explicó Sarah—. Luego la hervimos otra vez, pasamos el manuscrito por el vapor y veremos qué aparece. —Le echó una mirada al whisky.

—Hagamos un descanso entonces. Si quieres puedo abrirla —sugirió Matthew, señalando la botella.

—No me molesta que lo hagas. —Cogió la botella de manos de Marcus—. Gracias, Marcus.

Sarah apagó el calentador y puso una tapa en la olla antes de que nos fuéramos todos a la cocina. Matthew se sirvió un poco de vino, les ofreció a Miriam y Marcus, que declinaron otra vez el ofrecimiento, y le sirvió whisky a Sarah. Yo me preparé un té, un Lipton normal comprado en la tienda, mientras Matthew les preguntaba a los vampiros acerca de su viaje y el estado de los trabajos en el laboratorio.

No había el menor rastro de calidez en la voz de Matthew, ni señal alguna de que estuviera contento por la llegada de su hijo. Marcus pasaba inquieto su peso de un pie al otro, sabiendo que no era bienvenido. Sugerí que fuéramos a la sala a sentarnos con la esperanza de que se desvaneciera algo de aquella situación incómoda.

—Vamos mejor al comedor. —Sarah levantó su copa hacia su encantador sobrino nieto—. Les enseñaremos la carta. Trae la ilustración de Diana, Matthew. También deben verla.

—Marcus y Miriam no van a quedarse mucho tiempo —explicó Matthew en tono de silencioso reproche—. Tienen algo que decirle a Diana, y luego regresan a Inglaterra.

—Pero ¡son de la familia! —observó Sarah, obviamente ajena a la tensión reinante en la habitación.

Mi tía trajo ella misma la ilustración mientras Matthew continuaba mirando irritado a su hijo. Sarah nos llevó a la parte delantera de la casa. Matthew, Em y yo nos sentamos en un lado de la mesa. Miriam, Marcus y Sarah se sentaron en el otro. Una vez acomodados, mi tía empezó a parlotear sobre los acontecimientos de la mañana. Cada vez que le pedía a Matthew que aclarara algo, éste mascullaba la respuesta con total frialdad. Todos en la habitación, excepto Sarah, parecían darse cuenta de que Matthew no quería que Miriam y Marcus conocieran los detalles de lo que había ocurrido. Mi tía continuó alegremente, terminando con la lectura de la carta de mi madre y también de la nota que había añadido mi padre. Matthew me sostuvo con fuerza la mano mientras lo hacía.

Miriam cogió la ilustración de la boda química. La estudió cuidadosamente antes de volver sus ojos hacia mí.

—Tu madre tenía razón. Ésta es una imagen tuya. Y de Matthew también.

—Lo sé —confirmé, mirándola a los ojos—. ¿Sabes lo que significa?

—¿Miriam? —dijo Matthew con aspereza.

—Podemos esperar hasta mañana. —Marcus parecía incómodo y se puso de pie —. Es tarde.

—Ella ya lo sabe —dijo Miriam en voz baja—. ¿Qué viene después de la boda, Diana? ¿Cuál es el paso siguiente en la transmutación alquímica después de la *conjunctio?*

La habitación se inclinó y sentí el olor de las hierbas de mi té de Sept-Tours.

—Conceptio. —Mi cuerpo se convirtió en una gelatina y me deslicé por el respaldo de la silla mientras todo se volvía negro.

Capítulo
36

Tenía yo la cabeza entre mis rodillas, en medio de un caos total. La mano de Matthew mantenía mi atención fija en el dibujo de la gastada alfombra oriental bajo mis pies. Más atrás, Marcus le estaba diciendo a Sarah que si se acercaba a mí, su padre probablemente le arrancaría la cabeza.

—Eso es muy habitual entre vampiros —explicó Marcus, tranquilizándola—. Somos muy protectores con nuestros cónyuges.

—¿Cuándo se casaron? —quiso saber Sarah, ligeramente aturdida.

Los esfuerzos de Miriam por calmar a Em eran menos tranquilizadores.

—Es lo que llamamos «protección» —explicó con su aguda voz de soprano—. ¿Alguna vez ha visto un halcón con su presa? Eso es lo que Matthew está haciendo.

—Pero Diana no es su presa, o sí? No va a… morderla, ¿verdad? —Em detuvo su mirada en mi cuello.

—No lo creo —dijo lentamente Miriam, calibrando la pregunta—. Él no tiene hambre y ella no está sangrando. El peligro es mínimo.

—¡Basta, Miriam! —ordenó Marcus—. No hay nada que temer, Emily.

—Ya puedo sentarme —mascullé.

—No te muevas. El flujo de sangre a tu cabeza no es normal todavía. —Matthew trató de no gruñir al hablarme, pero no pudo evitarlo.

Sarah dejó escapar un gemido ahogado; sus sospechas de que Matthew estaba constantemente controlando mi provisión de sangre parecían confirmarse en ese momento.

—¿Crees que me dejará pasar junto a Diana para traer los resultados de sus pruebas? —le preguntó Miriam a Marcus.

—Eso depende de lo enfadado que esté. Si tú menospreciaras a mi esposa de esa manera, te mataría con un hacha de combate para luego comerte a la hora del desayuno. Si yo fuera tú, me quedaría en mi sitio.

Miriam arrastró la silla sobre el suelo.

—Me arriesgaré. —Se apresuró a pasar.

—¡Maldición! —susurró Sarah.

—Ella es increíblemente rápida —la tranquilizó Marcus—, incluso para ser un vampiro.

Matthew me movió hábilmente hasta dejarme sentada. Incluso ese movimiento suave hizo que mi cabeza pareciera explotar y la habitación girara. Cerré mis ojos por un momento, y cuando los abrí otra vez, Matthew estaba mirándome, con una chispa

de preocupación en sus ojos.

—¿Estás bien, *mon coeur?*

—Un poco aturdida.

Matthew envolvió sus dedos en mi muñeca para tomarme el pulso.

—Lo siento, Matthew —susurró Marcus—. No tenía ni idea de que Miriam iba a comportarse de ese modo.

—Haces bien en pedir disculpas —dijo su padre en un tono inexpresivo, sin levantar la vista—. Empieza por explicar a qué viene esta visita… rápido. —La vena en la frente de Matthew latía con fuerza.

—Miriam… —comenzó Marcus.

—No le he preguntado a Miriam. Te estoy preguntando a ti —lo interrumpió su padre.

—¿Qué está ocurriendo, Diana? —preguntó mi tía, con aspecto salvaje. Marcus todavía tenía un brazo alrededor de sus hombros.

—Miriam cree que la ilustración alquímica se refiere a mí y a Matthew —expliqué con cautela—. Sobre la etapa en la creación de la piedra filosofal llamada *conjunctio,* o boda. El paso siguiente es la *conceptio*.

—¿Conceptio? —preguntó Sarah—. ¿Eso significa lo que creo que significa?

—Probablemente. Es latín…, significa «concepción» —explicó Matthew.

Sarah abrió los ojos como platos.

—¿Como con los niños?

Pero mi mente estaba en otra parte, repasando imágenes del Ashmole 782.

—También faltaba la *conceptio*. —Estiré la mano hacia Matthew—. Alguien la tiene, lo mismo que nosotros tenemos la *conjunctio*.

Miriam entró deslizándose en la habitación muy oportunamente, con un montón de papeles.

—¿A quién le doy esto?

Después de haber recibido de Matthew una mirada que yo esperaba no volver a ver nunca más, la cara de Miriam pasó del blanco al gris perla. Le entregó los informes apresuradamente.

—Has traído los resultados equivocados, Miriam. Éstos corresponden a un hombre —dijo Matthew, mirando con impaciencia las dos primeras páginas.

—Los resultados son de Diana —dijo Marcus—. Es una quimera, Matthew.

—¿Qué es eso? —preguntó Em. Una quimera era una bestia mitológica que combinaba partes del cuerpo de una leona, de un dragón y de una cabra. Bajé la mirada, esperando ver una cola entre mis piernas.

—Una persona con células que poseen dos o más perfiles genéticos diferentes. —Matthew miraba la primera página sin dar crédito a lo que veía.

—Eso es imposible. —Mi corazón produjo un fuerte ruido sordo. Matthew me

rodeó con sus brazos, dejando los resultados de las pruebas sobre la mesa, delante de nosotros.

—Es algo raro, pero no imposible —dijo sombríamente, mirando los resultados.

—Sospecho que se trata del SGD —dijo Miriam, ignorando el gesto de advertencia de Marcus—. Esos resultados vienen de su pelo. Había algunos en la colcha que llevamos al Viejo Pabellón.

—Síndrome de gemelo desaparecido —explicó Marcus, volviéndose hacia Sarah —. ¿Rebecca tuvo problemas al comienzo de su embarazo? ¿Alguna hemorragia o preocupación por un aborto espontáneo?

Sarah sacudió la cabeza.

—No. Yo creo que no. Pero no estaban aquí… Stephen y Rebecca estaban en África. Cuando volvieron a Estados Unidos, ella estaba embarazada ya de más de tres meses.

Nunca me habían dicho que fui concebida en África.

—Rebecca no sospecharía que había algo raro. —Matthew sacudió la cabeza y apretó la boca—. El SGD se produce antes de que la mayoría de las mujeres sepan que están embarazadas.

—Entonces ¿yo era una gemela y mi madre tuvo un aborto de mi hermana?

—De tu hermano —me corrigió Matthew, señalando los resultados de las pruebas con su mano libre—. Tu gemelo era varón. En casos como el tuyo, el feto viable absorbe la sangre y los tejidos del otro. Ocurre muy al principio, y en la mayoría de los casos no hay pruebas del gemelo desaparecido. ¿El pelo de Diana indica que podría poseer poderes que no aparecieron en sus otros resultados de ADN?

—Algunos: viajes en el tiempo, adivinación, cambio de forma —respondió su hijo—. Diana absorbió por completo la mayoría de ellos.

—Se supone que mi hermano era el que podía viajar en el tiempo, no yo —dije lentamente.

Cuando mi abuela se movió después de entrar flotando en la habitación, dejó una estela de manchas fosforescentes; me tocó ligeramente el hombro y fue a sentarse en el otro extremo de la mesa.

—Debe de haber tenido también la predisposición genética de controlar el fuego de brujos —dijo Marcus, asintiendo con la cabeza—. Encontramos solamente el marcador de fuego en la muestra de cabello… No había vestigios de ninguna otra magia elemental.

—¿Y estás seguro de que mi madre no sabía lo de mi hermano? —Pasé la punta del dedo por encima de las barras grises, negras y blancas.

—Sí, ella lo sabía. —Miriam parecía segura—. Tú naciste el día de la fiesta de la diosa. Y te puso el nombre de Diana.

—Ah, ¿sí? —Me estremecí, apartando el recuerdo de cabalgar por el bosque con

sandalias y túnica, junto con la extraña sensación de sostener un arco y una flecha que acompañaba al fuego de brujos.

—La diosa de la luna tenía un gemelo, Apolo. «Este León hizo al Sol muy pronto, / para ser unido a su hermana, la Luna». —Los ojos de Miriam brillaban recitando el poema alquímico. Algo estaba tramando.

—¡Conoces *La caza del León Verde!*

—También conozco los versos siguientes: «Por medio de la boda, una cosa maravillosa, / este León debe hacer que ellos procreen un rey».

—¿De qué está hablando? —preguntó Sarah, irritada.

Cuando Miriam trató de responder, Matthew negó con la cabeza. La mujer vampiro se quedó en silencio.

—El Rey Sol y la Reina Luna, el azufre y el mercurio filosofales, se casaron y concibieron un niño —le dije a Sarah—. En la imaginería alquímica, el hijo resultante es un hermafrodita, para simbolizar una sustancia química mezclada.

—En otras palabras, Matthew —intervino Miriam con aspereza—, el Ashmole 782 no trata sólo sobre los orígenes, ni tampoco sólo sobre la evolución y la extinción, sino sobre la reproducción.

Fruncí el ceño.

—¡Tonterías!

—Tú puedes pensar que es una tontería, Diana, pero resulta evidente para mí. Los vampiros y las brujas pueden llegar a tener hijos juntos, después de todo. Y también podrían tenerlos otras parejas mixtas. —Miriam se apoyó en el respaldo de su silla con gesto de triunfo, invitando en silencio a que Matthew estallara.

—Pero los vampiros no pueden reproducirse biológicamente —dijo Em—. Nunca han podido hacerlo. Y especies diferentes no pueden mezclarse de ese modo.

—Las especies cambian, adaptándose a nuevas circunstancias —explicó Marcus —. El instinto de sobrevivir por medio de la reproducción es fuerte…; por cierto, lo suficientemente fuerte como para producir cambios genéticos.

Sarah frunció el ceño.

—Lo dices como si nos estuviéramos extinguiendo.

—Podría ser así. —Matthew empujó los resultados de las pruebas hacia el centro de la mesa junto con las notas y la página del Ashmole 782—. Las brujas están teniendo menos hijos y poseen cada vez menos poderes. Los vampiros encuentran cada vez más dificultades para tomar un ser de sangre caliente a través del proceso del renacimiento. Y los daimones están más inestables que nunca.

—Todavía no veo claro que eso propicie que vampiros y brujas tengan hijos —observó Em—. Y si hay un cambio, ¿por qué debe empezar con Diana y Matthew?

—Miriam empezó a preguntárselo al verlos en la biblioteca —explicó Marcus.

—Hemos visto antes vampiros que presentan un comportamiento de protección

cuando quieren salvaguardar a su presa o a un compañero de apareamiento. Pero en algún punto los otros instintos, como cazar o comer, superan el impulso de proteger. Los instintos protectores de Matthew hacia Diana simplemente se han hecho más fuertes —señaló Miriam—. Luego empezó con el equivalente en los vampiros de desplegar su plumaje, de hacer piruetas en el aire para atraer la atención de ella.

—Eso se refiere al hecho de proteger a los futuros hijos —le dijo Marcus a su padre—. Ninguna otra cosa hace que un depredador se tome todo ese trabajo.

—Emily tiene razón. Los vampiros y las brujas son demasiado diferentes. Diana y yo no podemos tener hijos —dijo Matthew con brusquedad, mirando a Marcus a los ojos.

—Eso no lo sabemos. Al menos no podemos tener una seguridad completa. Mira el sapo de espuelas. —Marcus apoyó los codos en la superficie de la mesa, entrelazando los dedos con un fuerte crujido de sus nudillos.

—¿El sapo de espuelas? —Sarah cogió la ilustración de la boda química arrugando el borde con los dedos—. Espera un minuto. ¿Diana es el león, el sapo o la reina en esta imagen?

—Es la reina. Tal vez el unicornio también. —Marcus sacó delicadamente la página de los dedos de mi tía y volvió a los anfibios—. En ciertas situaciones, la hembra del sapo de espuelas se aparea con otra especie de sapo, aunque de alguna manera relacionada. Sus vástagos se benefician de algunas nuevas características, como un desarrollo más rápido, que les ayudan a sobrevivir.

—Los vampiros y las brujas no son sapos de espuelas, Marcus —dijo Matthew fríamente—. Y no todos los cambios que se producen son positivos.

—¿Por qué te resistes tanto? —preguntó Miriam impaciente—. La reproducción por cruce entre especies es el próximo paso evolutivo.

—Supercombinaciones genéticas, como las que podrían ocurrir si una bruja y un vampiro llegaran a tener hijos, conducen a desarrollos evolutivos acelerados. Todas las especies dan saltos como ésos. Son tus propios resultados los que te estamos proporcionando, Matthew —dijo Marcus como si se disculpase.

—Ambos estáis ignorando la alta mortalidad asociada a las supercombinaciones genéticas. Si pensáis que vamos a poner a prueba esas probabilidades con Diana, estáis muy equivocados. —La voz de Matthew era peligrosamente suave.

—Dado que es una quimera, y además AB negativo, es mucho menos probable que ella rechace un feto que sea medio vampiro. Es una receptora universal de sangre y ya ha absorbido ADN extraño en su cuerpo. Como con el sapo de espuelas, las presiones de la supervivencia podrían haberla conducido a ti.

—Ésas son demasiadas conjeturas, Marcus.

—Diana es diferente, Matthew. No es como otras brujas. —Marcus desvió su mirada hacia mí—. No has mirado su informe de ADN mitocondrial.

Matthew revolvió entre las páginas. Su respiración salió como un silbido.

La hoja estaba cubierta de círculos brillantes. Miriam había escrito en la parte de arriba en tinta roja «clan desconocido», acompañado por un símbolo que parecía una E al revés, escrita en ángulo con una cola larga. Los ojos de Matthew volaron sobre esa página y la siguiente.

—Sabía que ibas a cuestionar las conclusiones, de modo que he traído las comparativas — informó Miriam en voz baja.

—¿Qué es un clan? —Examiné el rostro de Matthew minuciosamente buscando una señal de lo que sentía.

—Un linaje genético. A través del ADN mitocondrial de una bruja, podemos seguir la ascendencia hasta alguna de las cuatro mujeres que son antepasados de sexo femenino de todas las brujas que hemos estudiado.

—Excepto vosotras —dijo Marcus, dirigiéndose a mí—. Tú y Sarah no sois descendientes de ninguna de ellas.

—¿Qué significa eso? —Toqué la E al revés.

—Es un glifo antiguo del símbolo *heh*, el número cinco de los hebreos. —Matthew dirigió sus siguientes palabras a Miriam—: ¿A cuándo se remonta?

Miriam consideró sus palabras con cuidado.

—El clan Heh es antiguo, independientemente de la teoría sobre el reloj mitocondrial a la que te adhieras.

—¿Más antiguo que el clan Gimel? —preguntó Matthew, refiriéndose a la palabra hebrea que significa el número tres.

—Sí. —Miriam vaciló—. Y para responder a tu siguiente pregunta, hay dos posibilidades. El clan Heh podría ser simplemente otra línea de descendientes de la Lilith mitocondrial.

Sarah abrió la boca para hacer una pregunta, pero la hice callar con un movimiento de cabeza.

—O el clan Heh podría descender de una hermana de la Lilith mitocondrial, lo cual haría que el ancestro de Diana sea un clan madre, pero no el equivalente de la Eva mitocondrial de las brujas. En cualquiera de los dos casos, es posible que sin la descendencia de Diana el clan Heh pueda desaparecer en esta generación.

Deslicé el sobre marrón de mi madre en dirección a Matthew.

—¿Podrías hacer un dibujo? —Nadie en la habitación iba a comprender aquello sin una ayuda visual.

Matthew deslizó la mano sobre la página para dibujar dos diagramas irregulares. Uno parecía una serpiente; el otro se abría en ramas como un árbol genealógico. Matthew señaló la serpiente.

—Éstas son las siete hijas conocidas de la Eva mitocondrial, mtEva para abreviar. Los científicos consideran que son los antepasados matrilineales comunes más

recientes de todos los humanos originarios de Europa occidental. Cada mujer aparece en el registro de ADN en un punto diferente de la historia y en una región diferente del globo. Aunque alguna vez compartieron un antepasado común de sexo femenino.

—Ése sería mtEva —dije.

—Sí. —Señaló las categorías del torneo deportivo—. Esto es lo que hemos descubierto sobre los ancestros matrilineales de las brujas. Hay cuatro líneas de ancestros, o clanes. Los numeramos según el orden en que los fuimos encontrando, aunque la mujer que era la madre del clan Aleph (el primer clan que descubrimos) vivió en tiempos más recientes que los otros.

—Define «recientes», por favor —pidió Em.

—Aleph vivió hace aproximadamente siete mil años.

—¿Hace siete mil años? —exclamó Sarah con incredulidad—. Pero las Bishop sólo podemos rastrear a nuestros antepasados de sexo femenino hasta 1617.

—Gimel vivió hace aproximadamente cuarenta mil años —dijo Matthew sombríamente—. De modo que si Miriam tiene razón y el clan Heh es más antiguo, vosotras debéis de estar mucho más allá de eso.

—¡Maldición! —susurró Sarah otra vez—. ¿Quién es Lilith?

—La primera bruja. —Acerqué los diagramas de Matthew, recordando su críptica respuesta en Oxford cuando le pregunté si estaba buscando el primer vampiro—. O por lo menos la primera bruja de la que las brujas actuales pueden asegurar descender por vía matrilineal.

—Marcus está enamorado de los prerrafaelitas, y Miriam sabe mucho de mitología. Ellos escogieron el nombre —dijo Matthew a manera de explicación.

—Los prerrafaelitas adoraban a Lilith. Dante Gabriel Rossetti la describió como la bruja a la que Adán amó antes que a Eva. —Una sombra soñadora apareció en los ojos de Marcus—. «Así fue / tu hechizo a través de él, y dejó su cuello recto doblado / y alrededor de su corazón un cabello dorado que lo estrangulaba».

—Eso es del Cantar de los Cantares —observó Matthew—. «Has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía, has herido mi corazón con uno de tus ojos, y con un pelo de tu cuello».

—Los alquimistas admiraban ese mismo pasaje —murmuré con un movimiento de cabeza—. Está también en el *Aurora Consurgens*.

—Los otros relatos de Lilith son muchos menos entusiastas —dijo Miriam con un tono severo, devolviéndonos al tema en cuestión—. En los relatos antiguos ella era una criatura de la noche, diosa del viento y la luna, y la compañera de Samael, el ángel de la muerte.

—¿La diosa de la luna y el ángel de la muerte tuvieron hijos? —quiso saber Sarah, mirándonos intensamente. Otra vez las semejanzas entre los antiguos relatos, los textos alquímicos y mi relación con un vampiro eran asombrosas.

—Sí. —Matthew me quitó los informes de las manos y los puso en un ordenado montón.

—Por eso la Congregación está preocupada —dije en voz baja—. Temen al nacimiento de niños que no sean ni vampiros, ni brujas, ni daimones, sino una mezcla de todos. ¿Qué harían entonces ellos?

—¿Cuántas criaturas habrán estado en el mismo caso que tú y Matthew a lo largo de los años? —se preguntó Marcus.

—¿Cuántas hay ahora? —añadió Miriam.

—La Congregación no está al tanto de los resultados de estas pruebas, y agradezcamos a Dios que así sea. —Matthew empujó la pila de papeles otra vez al centro de la mesa—. Pero todavía no hay pruebas de que Diana pueda tener un hijo mío.

—Entonces ¿por qué el ama de llaves de tu madre le enseñó a Diana a hacer ese té? — preguntó Sarah—. Ella cree que es posible.

«¡Santo cielo! —dijo mi abuela compadeciéndose—, aquí empiezan los problemas!».

Matthew se puso tenso y su olor se volvió sobrecogedoramente intenso.

—No comprendo.

—Ese té que Diana y esa mujer…, cómo se llama?…, Marthe…, hicieron en Francia. Está lleno de hierbas anticonceptivas y abortivas. Las olí en cuanto abrió la lata.

—¿Lo sabías? —La cara de Matthew estaba blanca de furia.

—No —susurré—. Pero no ha causado ningún daño.

Matthew se puso de pie. Sacó el teléfono de su bolsillo, evitando mirarme a los ojos.

—Por favor, disculpadme —les dijo a Em y a Sarah antes de salir a grandes zancadas de la habitación.

—Sarah, ¿cómo has podido? —le grité cuando la puerta principal se cerró detrás de él.

—Tiene derecho a saberlo… y tú también. Nadie debe tomar drogas sin dar su consentimiento.

—No es asunto tuyo decírselo.

—No —dijo Miriam con satisfacción—. Era asunto tuyo.

—No te metas en esto, Miriam. —Yo estaba furiosa y me temblaban las manos.

—Ya estoy metida en esto, Diana. Tu relación con Matthew pone a todas las criaturas de esta habitación en peligro. Va a cambiarlo todo, tengáis o no tengáis hijos. Y además, él ha hecho que intervengan los caballeros de Lázaro. —Miriam estaba tan furiosa como yo—. Cuantas más criaturas aprueben esa relación, más probable será que haya guerra.

—No seas ridícula. ¿Guerra? —Las marcas que Satu había grabado en mi espalda me picaban de manera funesta—. Las guerras estallan entre naciones, no porque una bruja y un vampiro se amen.

—Lo que Satu te hizo fue un desafío. Matthew reaccionó como ellos esperaban que lo hiciera: dirigiéndose a la Congregación. —Miriam hizo un gesto de desagrado —. Desde que entraste en la Bodleiana, él ha perdido el control de su equilibrio. Y la última vez que perdió el equilibrio por una mujer, mi marido murió.

El silencio en la habitación era como el de una tumba. Hasta mi abuela parecía sorprendida.

Matthew no era un asesino, o eso me repetía a mí misma una y otra vez. Pero mataba para alimentarse, y mataba cuando lo poseía la furia, la cólera. Yo conocía estas dos verdades y lo amaba de todos modos. ¿Qué me revelaba esto, que podía amar a semejante criatura por completo?

—Cálmate, Miriam —le advirtió Marcus.

—No —gruñó ella—. Ésta es mi historia. No la tuya, Marcus.

—Cuéntala entonces —dije lacónicamente, aferrándome a los bordes de la mesa.

—Bertrand era el mejor amigo de Matthew. Cuando mataron a Eleanor St. Leger, Jerusalén estuvo al borde de la guerra. Los ingleses y los franceses se atacaban mutuamente. Él llamó a los caballeros de Lázaro para resolver el conflicto. El resultado fue que casi quedamos expuestos a los humanos. —La voz aguda de Miriam se quebró—. Alguien tenía que pagar por la muerte de Eleanor. Los St. Leger exigían justicia. Eleanor murió a manos de Matthew, pero él era gran maestre en aquel entonces, como ahora. Mi marido asumió la culpa, para proteger a Matthew y también a la orden. Un verdugo sarraceno lo decapitó.

—Lo siento, Miriam… De verdad, lo siento…, que tu marido haya muerto así. Pero yo no soy Eleanor St. Leger, y no estamos en Jerusalén. Eso fue hace mucho tiempo, y Matthew no es la misma criatura.

—A mí me parece que fue ayer —dijo Miriam con sencillez—. De nuevo Matthew de Clermont quiere lo que no puede tener. No ha cambiado en absoluto.

Se hizo el silencio en la habitación. Sarah parecía aterrada. La historia de Miriam había confirmado sus peores sospechas acerca de los vampiros en general y de Matthew en particular.

—Tal vez tú permanezcas fiel a él, incluso después de que lo conozcas mejor —continuó Miriam con voz inexpresiva—. Pero ¿a cuántas criaturas más va Matthew a destruir en tu nombre? ¿Crees que Satu Järvinen se librará del destino de Gillian Chamberlain?

—¿Qué le pasó a Gillian? —preguntó Em, alzando la voz.

Miriam abrió la boca para responder, yo cerré los dedos de mi mano derecha instintivamente formando una pelota. Los dedos índices y medios se levantaron en

dirección a ella con un ligero crujido. Se agarró la garganta y se oyó un gorgoteo.

«Eso no ha sido muy agradable, Diana —dijo mi abuela sacudiendo un dedo—. Tienes que controlar tu mal humor, mi niña».

—No te metas en esto, abuela…, y tú tampoco, Miriam. —Les dirigí hirientes miradas a ambas y me volví hacia Em—. Gillian está muerta. Ella y Peter Knox me enviaron la fotografía de mis padres en Nigeria. Era una amenaza, y Matthew sintió que tenía que protegerme. Es algo instintivo en él, como respirar. Por favor, trata de perdonarlo.

Em se puso blanca.

—¿Matthew la mató por entregar una fotografía?

—No sólo por eso —intervino Marcus—. Había estado espiando a Diana durante años. Gillian y Knox entraron por la fuerza en sus habitaciones de la residencia y la saquearon. Estaban buscando pruebas de ADN para saber así más acerca de su poder. Si hubieran descubierto lo que sabemos ahora…

Mi destino sería mucho peor que la muerte si Gillian y Knox se hubieran enterado de lo que había en los resultados de mis pruebas. De todas formas, resultaba devastador que Matthew no me lo hubiera contado él mismo. Disimulé mis pensamientos tratando de cerrar unas persianas imaginarias detrás de mis ojos. Mis tías no tenían por qué saber que mi marido me ocultaba cosas.

Pero no había manera de hacer que mi abuela no se enterara.

«Oh, Diana —susurró—, ¿estás segura de que sabes lo que estás haciendo?».

—Quiero que os vayáis todos de mi casa. —Sarah empujó su silla hacia atrás—. Tú también, Diana.

Un estremecimiento largo y lento empezó en el viejo sótano debajo de la sala y se extendió por todas las tablas del suelo. Trepó por las paredes e hizo temblar los cristales de las ventanas. La silla de Sarah la empujó hacia delante, apretándola contra la mesa. La puerta entre el comedor y la sala se cerró con un golpe.

«A la casa nunca le gusta cuando Sarah trata de tomar el mando», comentó mi abuela.

Mi propia silla se movió hacia atrás y me arrojó sin ninguna ceremonia al suelo. Usé la mesa para poder levantarme, y cuando ya estaba de pie, manos invisibles me hicieron girar y me empujaron por la puerta hacia la entrada principal. La puerta del comedor se cerró con fuerza detrás de mí, dejando encerrados allí dentro a dos brujas, dos vampiros y un fantasma. Hubo ruidos sordos de indignación.

Otro fantasma, uno que nunca había visto antes, salió de la sala principal y me hizo señas para que me acercara. Llevaba un corpiño cubierto por un bordado intrincado encima de una falda oscura y larga que tocaba el suelo. Su cara estaba llena de arrugas por la edad, pero la barbilla prominente y la nariz larga de las Bishop eran inconfundibles.

«Ten cuidado, hija. —Su voz era baja y ronca—. Eres una criatura de la encrucijada, que no está ni aquí ni allí. Es un lugar peligroso para permanecer en él».

—¿Quién eres tú?

Miró hacia la puerta principal sin responder. Ésta se abrió en silencio y suavemente, sin que sus bisagras chirriaran como de costumbre.

Siempre he sabido que él llegaría… y que vendría por ti. Mi propia madre me lo dijo».

Estaba yo debatiéndome entre las Bishop y los De Clermont; parte de mí quería regresar al comedor, la otra parte necesitaba estar con Matthew. El fantasma sonrió ante mi dilema.

«Siempre fuiste una niña diferente, una bruja aparte. Pero no hay ningún camino en el que él no aparezca. En cualquier camino que sigas, debes elegirlo a él».

Desapareció, dejando rastros evanescentes de fosforescencia. Las blancas manos y la cara de Matthew eran apenas visibles a través de la puerta abierta, una mancha borrosa de movimiento en la oscuridad al final del sendero de la entrada. Al verlo a él, mi decisión se volvió fácil.

Ya fuera, bajé mis mangas sobre las manos para protegerlas del aire frío. Levanté un pie… y cuando lo bajé, Matthew estaba exactamente delante de mí, de espaldas. Sólo había necesitado un paso para recorrer todo el camino de entrada.

Él estaba hablando en un occitano furiosamente rápido. Ysabeau debía de estar en el otro lado.

—Matthew… —dije en voz baja, pues no quería sobresaltarlo.

Se dio la vuelta como un latigazo. Tenía el ceño fruncido.

—Diana, no te he oído.

—No, no pudiste. ¿Puedo hablar con Ysabeau, por favor? —Estiré la mano hacia el teléfono.

—Diana, sería mejor…

Nuestras familias estaban encerradas en el comedor, y Sarah estaba amenazando con expulsarnos a todos. Ya teníamos bastantes problemas como para romper los lazos con Ysabeau y Marthe.

—¿Qué fue lo que dijo Abraham Lincoln sobre las casas?

—«Una casa dividida contra sí misma no puede mantenerse en pie» —dijo Matthew, con una expresión de perplejidad en la cara.

—Exactamente. Dame el teléfono. —De mala gana lo hizo.

—¿Diana? —La voz de Ysabeau tenía un tono poco característico.

—Sea lo que sea que te haya dicho Matthew, no estoy enfadada contigo. No ha pasado nada.

—Gracias —susurró ella—. He estado tratando de explicarle… que era sólo un presentimiento que teníamos, algo recordado a medias de otros tiempos lejanos.

Diana era la diosa de la fertilidad entonces. Tu olor me recuerda aquellos tiempos y aquellas sacerdotisas que ayudaban a las mujeres a concebir.

Los ojos de Matthew me tocaron a través de la oscuridad.

—¿Se lo dirás a Marthe también?

—Lo haré, Diana. —Hizo una pausa—. Matthew me ha hablado de los resultados de tus pruebas y de las teorías de Marcus. Que me lo haya contado es una señal de cuánto lo ha sobresaltado. No sé si llorar de alegría o de pena con estas noticias.

—Todavía es pronto, Ysabeau… Tal vez ambas cosas?

Se rió en silencio.

—No será la primera vez que mis hijos me han hecho llorar. Pero no me apartaría de las penas si eso implicara abandonar las alegrías también.

—¿Va todo bien en casa? —Esas palabras salieron antes de pensarlas, y los ojos de Matthew se suavizaron.

—¿En casa? —El significado de la expresión no fue pasado por alto por Ysabeau tampoco—. Sí, todos estamos bien aquí. Está todo muy… tranquilo desde que vosotros os marchasteis.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. A pesar de las aristas afiladas de Ysabeau, había algo muy maternal en ella.

—Las brujas son más ruidosas que los vampiros, me parece.

—Sí. Y la felicidad es siempre más sonora que la tristeza. No ha habido suficiente felicidad en esta casa. —Su voz se hizo más vivaz—: Matthew me ha dicho todo lo que hacía falta. Esperemos que lo peor de su cólera se haya pasado. Vosotros cuidaréis el uno del otro. —Estas últimas palabras de Ysabeau eran una declaración de intenciones. Era lo que las mujeres en su familia (mi familia) hacían por los que amaban.

—Siempre. —Miré a mi vampiro y su piel blanca brillando en la oscuridad, y apreté la tecla para cortar la comunicación. Los campos a ambos lados del sendero de la entrada estaban cubiertos por la helada y los cristales de hielo recogían los reflejos pálidos de la luz de la luna que atravesaban las nubes.

—¿Tú también lo sospechabas? ¿Es ésa la razón por la que no quieres hacer el amor conmigo? —le pregunté a Matthew.

—Te dije cuáles eran mis razones. Hacer el amor es algo que tiene que ver con la intimidad, no sólo con la necesidad física. —Parecía frustrado por tener que repetir lo que ya había dicho alguna vez.

—Si no quieres tener hijos conmigo, lo comprenderé —dije con firmeza, aunque parte de mí protestó en silencio.

Sentí la aspereza de sus manos en mis brazos.

—Por Dios, Diana, ¿cómo puedes pensar que yo no querría tener hijos nuestros? Pero podría ser peligroso…, para ti, para ellos.

—Siempre hay riesgos en el embarazo. Ni siquiera tú controlas la naturaleza.

—No tenemos ni idea de qué serían nuestros hijos. ¿Y si comparten mi necesidad de sangre?

—Todos los bebés son vampiros, Matthew: todos se nutren con la sangre de su madre.

—No es lo mismo, y tú lo sabes. Yo abandoné toda esperanza de tener hijos hace mucho tiempo. —Nuestros ojos se encontraron, buscando la seguridad de que nada entre nosotros había cambiado—. Pero es demasiado pronto para que yo imagine que te voy a perder.

«Y yo no podría soportar perder a nuestros hijos».

Las palabras no pronunciadas de Matthew eran tan claras para mí como el búho que ululaba por encima de nuestras cabezas. El dolor por la pérdida de Lucas nunca lo abandonaría. La herida era más profunda que las dejadas por las muertes de Blanca o de Eleanor. Cuando perdió a Lucas, perdió una parte de sí que nunca iba a poder recuperar.

—Entonces ya lo has decidido: nada de hijos. Estás seguro. —Apoyé mis manos sobre su pecho, esperando el siguiente latido de su corazón.

—No estoy seguro de nada —replicó Matthew—. No hemos tenido tiempo de hablar de eso.

—Entonces tomaremos todas las precauciones. Beberé el té de Marthe.

—Tú harás muchísimo más que eso —dijo sombríamente—. Ese té es mejor que nada, pero está muy lejos de la medicina moderna. De todas maneras, ninguna forma humana de anticoncepción podría ser eficaz cuando se trata de brujas y vampiros.

—Tomaré la píldora de todos modos —le aseguré.

—¿Y tú qué dices? —me preguntó con los dedos en mi barbilla para impedirme apartar la mirada de sus ojos—. ¿Quieres tener hijos míos?

—Nunca me imaginé a mí misma como madre. —Una sombra le atravesó el rostro—. Pero cuando pienso en hijos tuyos, siento que eso es lo que quiero.

Me soltó la barbilla. Permanecimos en silencio en la oscuridad con sus brazos alrededor de mi cintura y mi cabeza sobre su pecho. El aire se notaba denso, y reconocí el peso de la responsabilidad. Matthew era responsable de su familia, de su pasado, de los caballeros de Lázaro… y ahora de mí.

—Te preocupa no poder protegerlos —dije, comprendiendo de repente.

—Ni siquiera puedo protegerte a ti —replicó con aspereza mientras sus dedos jugaban sobre la luna creciente marcada con fuego en mi espalda.

—No tenemos que decidirlo ahora mismo. Con o sin hijos, ya tenemos una familia que mantener unida. —La pesadez en el aire cambió y algo de ella se apoyó en mis hombros. Toda mi vida yo había vivido para mí sola, apartando las obligaciones de la familia y de la tradición. Incluso en ese momento parte de mí

quería regresar a la seguridad de la independencia y dejar de lado estas nuevas cargas.

Él recorrió con la mirada el sendero que conducía a la casa.

—¿Qué ha ocurrido cuando salí?

—Oh, lo que era de esperar. Miriam nos habló de Bertrand y Jerusalén… y dejó escapar también lo de Gillian. Marcus nos dijo quién había entrado por la fuerza en mis habitaciones. Y luego está el hecho de que podríamos haber dado comienzo a una especie de guerra.

—Dieu, ¿por qué no pueden mantener la boca cerrada? —Se pasó los dedos por el pelo, con todo su pesar por no poder ocultarme todo esto visible en sus ojos—. Al principio, estaba seguro de que esto era por el manuscrito. Luego supuse que todo era por ti. Y ahora que me condenen si puedo descubrir el motivo. Un antiguo y poderoso secreto está empezando a desentrañarse, y nosotros estamos atrapados en él.

—¿Tiene razón Miriam al preguntarse cuántas criaturas más están atrapadas también? — Dirigí mi mirada a la luna como si ella pudiera dar respuesta a mi pregunta. Pero fue Matthew quien lo hizo.

—Es difícil que seamos las primeras criaturas que aman a quien no deben, y no seremos las últimas seguramente. —Me cogió del brazo—. Entremos. Tenemos que dar algunas explicaciones.

Mientras avanzábamos por el sendero de la entrada, Matthew comentó que las explicaciones, al igual que los medicamentos, son más fáciles de tragar si se las acompaña con algo líquido.

Entramos en la casa por la puerta trasera para coger lo necesario. Mientras yo preparaba una bandeja, Matthew mantuvo sus ojos fijos en mí.

—¿Qué? —Levanté la mirada—. ¿Me he olvidado de algo?

Esbozó una sonrisa.

—No, *ma lionne*. Sólo estoy tratando de descubrir cómo he conseguido una esposa tan feroz. Hasta ordenando tazas en una bandeja pareces tremenda.

—No soy tremenda —repliqué, ajustando mi cola de caballo tímidamente.

—Sí que lo eres. —Matthew sonrió—. Si no fuera así, Miriam no estaría en semejante estado.

Cuando llegamos a la puerta entre el comedor y la sala de estar, tratamos de escuchar si había ruidos de pelea en el interior, pero no se oía nada, salvo algunos murmullos en voz baja y conversaciones susurradas. La casa desbloqueó la puerta y la abrió para nosotros.

—Pensamos que tal vez tuvierais sed —dije, mientras ponía la bandeja sobre la mesa.

Todos giraron los ojos en dirección a nosotros: vampiros, brujas, fantasmas. Mi abuela tenía todo un séquito de Bishop detrás de ella, moviéndose y susurrando tratando de adaptarse a tener vampiros en el comedor.

—¿Whisky, Sarah? —ofreció Matthew, cogiendo un vaso de la bandeja.

Ella lo miró intensamente.

—Miriam dice que aceptar vuestra relación es toda una declaración guerra. Mi padre combatió en la Segunda Guerra Mundial.

—El mío también —dijo Matthew al servir el whisky. Y así había sido, indudablemente, pero él no había dicho nada sobre ese punto.

—Siempre decía que el whisky hacía que fuera posible cerrar los ojos por la noche sin odiarse a uno mismo por todo lo que le habían ordenado que hiciera ese día.

—No es garantía, pero ayuda. —Matthew le alcanzó el vaso.

Sarah lo cogió.

—¿Matarías a tu propio hijo si creyeras que es una amenaza para Diana?

Asintió con la cabeza.

—Sin el menor titubeo.

—Eso es lo que él ha dicho. —Sarah señaló con la cabeza a Marcus—. Sírvele algo a él también. No debe de ser fácil saber que tu propio padre podría matarte.

Matthew le dio su whisky a Marcus y le sirvió a Miriam un vaso de vino. Yo le hice a Em una taza de café con mucha leche. Había estado llorando y parecía más frágil que de costumbre.

—Simplemente no sé si puedo controlar esto, Diana —susurró cuando cogió la taza—. Marcus explicó lo que Gillian y Peter Knox habían planeado. Pero cuando pienso en Barbara Chamberlain y en lo que sentirá ahora que su hija está muerta… —Em se estremeció sin poder seguir.

—Gillian Chamberlain era una mujer ambiciosa, Emily —dijo Matthew—. Lo único que quería era ocupar un lugar en la mesa de la Congregación.

—Pero no tenías por qué matarla —insistió Em.

—Gillian estaba completamente convencida de que las brujas y los vampiros debían estar separados. La Congregación nunca ha estado demasiado segura de poder comprender el poder de Stephen Proctor y le pidieron que vigilara a Diana. Ella no habría parado hasta que tanto el Ashmole 782 como Diana estuvieran bajo el control de la Congregación.

—Pero era sólo una fotografía. —Em se enjugó los ojos.

—Fue una amenaza. La Congregación tenía que comprender que yo no iba a permanecer sin hacer nada mientras ellos se llevaban a Diana.

—Satu se la llevó de todos modos —observó Em con un tono de voz inusitadamente hiriente.

—Basta, Em. —Estiré mi mano para cubrir la suya.

—¿Y este asunto de los hijos? —preguntó Sarah haciendo un movimiento con su vaso—. Seguramente no haréis algo tan peligroso, ¿verdad?

—¡Basta! —repetí, poniéndome de pie y golpeando la mesa con mi mano. Todos, excepto Matthew y mi abuela, saltaron sorprendidos—. Si estamos en guerra, no luchamos por un manuscrito de alquimia hechizado, ni por nuestra seguridad, ni por nuestro derecho a casarnos y tener hijos. Esto es por el futuro de todos nosotros. —Vi ese futuro sólo por un instante con su brillante potencial abriéndose en mil direcciones diferentes—. Si nuestros hijos no dan el siguiente paso evolutivo, lo harán los hijos de otra persona. Y el whisky no va a hacer posible que yo cierre los ojos y lo olvide. Nadie más pasará por esta clase de infierno sólo porque ame a alguien al que se supone que no debe amar. No lo permitiré.

Mi abuela me envió una sonrisa lenta y dulce. «Ésa es mi niña. Habla como una Bishop».

—No esperamos que nadie más luche con nosotros. Pero entended esto: nuestro ejército tiene un solo general, Matthew. Si a alguien no le gusta, que no se enrole.

En el salón delantero, el viejo reloj de pie empezó a dar la medianoche.

La hora de las brujas. Mi abuela asintió con la cabeza.

Sarah miró a Em.

—¿Y bien, querida? ¿Vamos a seguir a Diana y unirnos al ejército de Matthew o vamos a dejar que el diablo haga de las suyas?

—No entiendo qué queréis decir todos con eso de la guerra. ¿Habrá batallas? ¿Vampiros y brujas vendrán aquí? —le preguntó Em a Matthew con voz trémula.

—La Congregación cree que Diana tiene las respuestas a sus preguntas. No van a dejar de buscarla.

—Pero Matthew y yo no tenemos que quedarnos —dije—. Podemos irnos mañana por la mañana.

—Mi madre siempre dijo que mi vida no iba a valer la pena cuando me liara con las Bishop —dijo Em con una triste sonrisa.

—Gracias, Em —se limitó a decir Sarah, aunque su cara lo reflejaba todo.

El reloj dio la última campanada. Los engranajes zumbaron al volver a su sitio, listos para dar la siguiente hora, cuando llegara.

—¿Miriam? —preguntó Matthew—. ¿Te quedas aquí o vuelves a Oxford?

—Mi sitio está con los De Clermont.

—Diana es una De Clermont ahora. —El tono de él era helado.

—Comprendo, Matthew. —Miriam me miró a los ojos—. No ocurrirá otra vez.

—¡Qué extraño! —murmuró Marcus, y recorrió la habitación con sus ojos—. Primero era un secreto compartido. Ahora, tres brujas y tres vampiros se juran lealtad unos a otros. Si tuviéramos un trío de daimones, seríamos un reflejo de la Congregación.

—Difícilmente nos tropezaremos con tres daimones en el centro de Madison —dijo Matthew secamente—. Y ocurra lo que ocurra, lo que hemos hablado esta noche

queda entre nosotros seis, ¿está claro? A nadie más le debe importar el ADN de Diana.

Hubo inclinaciones de cabeza alrededor de toda la mesa mientras el variopinto ejército de Matthew se alineaba detrás de él, listo para enfrentarse a un enemigo que no conocíamos y que no tenía nombre.

Nos dimos las buenas noches y fuimos arriba. Matthew mantuvo su brazo alrededor de mí, guiándome a través de la puerta y hacia el dormitorio cuando me resultó imposible dar la vuelta yo sola. Me deslicé entre las sábanas heladas con los dientes castañeteando. Cuando su cuerpo frío se apretó contra el mío, el castañeteo cesó.

Dormí profundamente y me desperté sólo una vez. Los ojos de Matthew brillaban en la oscuridad y él me giró de modo que nuestros cuerpos encajaran a la perfección.

—Duerme —dijo besándome detrás de la oreja—. Estoy aquí. —Su mano fría se curvó sobre mi vientre, protegiendo a los hijos que iban a nacer.

Capítulo 37

Después, durante varios días, el diminuto ejército de Matthew aprendió el primer requisito de la guerra: los aliados no deben matarse entre sí.

A pesar de que a mis tías les resultaba difícil aceptar vampiros en su casa, fueron los vampiros los que tuvieron más problemas para adaptarse. No sólo eran los fantasmas y la gata. Había que tener algo más que nueces en la casa si vampiros y seres de sangre caliente iban a estar tan cerca unos de otros. Ya al día siguiente, Marcus y Miriam tuvieron una conversación con Matthew en el camino de entrada para luego partir en el Range Rover. Varias horas más tarde regresaron con un pequeño frigorífico marcado con una cruz roja y suficiente sangre y material sanitario como para equipar un hospital militar de campaña. A petición de Matthew, Sarah eligió un rincón de la despensa para que sirviera de banco de sangre.

—Es sólo por precaución —le aseguró Matthew.

—¿Para el caso de que Miriam tenga un ataque de hambre? —Sarah cogió una bolsa de sangre 0 negativo.

—Ya he comido antes de salir de Inglaterra —dijo Miriam remilgadamente, moviendo sin hacer ruido sus pequeños pies descalzos sobre el suelo de piedras mientras ordenaba las cosas.

La entrega también incluía un envase burbuja de píldoras anticonceptivas dentro de una horrible caja de plástico amarilla con una flor moldeada en la tapa. Matthew me las entregó a la hora de acostarnos.

—Puedes comenzar ahora o esperar unos días hasta que empiece tu periodo.

—¿Cómo sabes cuándo va a empezar mi periodo? —Había terminado mi último ciclo el día antes de Mabon, el día antes de conocer a Matthew.

—Sé cuándo estás pensando en saltar una cerca del picadero. Puedes imaginar lo fácil que resulta saber cuándo vas a sangrar.

—¿Puedes estar cerca de mí mientras estoy menstruando? —Cogí la caja con mucha cautela, como si pudiera estallar.

Matthew se mostró sorprendido y luego se rió entre dientes.

—Dieu, Diana. No habría ni una mujer con vida si no pudiera. —Sacudió la cabeza—. No es lo mismo.

Empecé a tomar la píldora esa noche.

Mientras nos adaptábamos a vivir amontonados, nuevos esquemas de actividad se desarrollaron en la casa, muchos de ellos relacionados conmigo. Nunca estaba sola y nunca a más de tres metros de distancia del vampiro más cercano. Era un perfecto

comportamiento de manada. Los vampiros cerraban filas a mi alrededor.

Mi día estaba dividido en periodos de actividad interrumpidos por las comidas, que Matthew insistió en que necesitaba a intervalos regulares para terminar de recuperarme de lo ocurrido en La Pierre. Se reunía conmigo para el yoga entre el desayuno y la comida, y después Sarah y Em trataban de enseñarme a usar mi magia y hacer los hechizos. Cuando comenzaba a arrancarme el pelo por la frustración, Matthew me arrastraba a una larga caminata antes de cenar. Nos quedábamos alrededor de la mesa en la sala después de que los seres de sangre caliente hubiéramos comido, hablando de los acontecimientos del día y de películas antiguas. Marcus desempolvó un tablero de ajedrez y él y su padre jugaban a menudo mientras Em y yo lavábamos los platos.

Sarah, Marcus y Miriam compartían su atracción por el cine negro, que entonces pasó a dominar la programación de la televisión de la casa. Sarah había descubierto esta feliz coincidencia cuando, durante uno de sus habituales ataques de insomnio, bajó en mitad de la noche y encontró a Miriam y a Marcus viendo *Retorno al pasado*. Los tres también compartían su afición por el Scrabble y las palomitas de maíz. Cuando el resto de la casa se despertaba, habían transformado la sala de estar en un cine y todo había sido barrido de la mesa de centro salvo el tablero del juego, un viejo tazón lleno de fichas con letras y dos maltrechos diccionarios.

Miriam resultó ser un genio para recordar palabras antiguas de muchas letras.

—¡Escoldo! —estaba exclamando Sarah una mañana cuando bajé—. ¿Qué clase de palabra es «escoldo»? Si te refieres a los antiguos poetas escandinavos, deberías escribir «escaldo».

—«Escoldo» significa «brasa resguardada por la ceniza» —explicó Miriam—. Es lo que hacíamos con el fuego para conservarlo toda la noche. Puedes buscarlo en el diccionario si no me crees.

Sarah se quejó con un gruñido y se retiró a la cocina a buscar café.

—¿Quién está ganando? —pregunté.

—¿Necesitas preguntarlo? —La vampira sonrió con satisfacción.

Cuando no jugaban al Scrabble ni miraban películas antiguas, Miriam daba clases sobre vampiros. En el espacio de unas pocas tardes, logró enseñarle a Em la importancia de los nombres, el comportamiento de manada, rituales de posesión, sentidos sobrenaturales y hábitos de alimentación. Últimamente, la charla había derivado hacia temas más avanzados, como, por ejemplo, las maneras de matar a un vampiro.

—No, ni siquiera el degüello es un método seguro, Em —le dijo Miriam pacientemente. Ambas estaban sentadas en la sala mientras yo hacía té en la cocina —. Hay que provocar la mayor pérdida de sangre posible. Es necesario un corte en la ingle también.

Matthew sacudió la cabeza al escuchar esa conversación y aprovechó la oportunidad (ya que todos los demás estaban ocupados en distintas tareas) para abrazarme detrás de la puerta del frigorífico. Tenía yo la camisa desarreglada y el pelo desordenado por detrás de las orejas cuando nuestro hijo entró con un montón de leña en los brazos.

—¿Has perdido algo detrás de la nevera, Matthew? —La cara de Marcus era la imagen de la inocencia.

—No —susurró Matthew. Sepultó su cara en mi pelo para poder aspirar el olor de mi excitación sexual. Traté de aplastarme en vano sobre sus hombros, y él simplemente me apretó con más fuerza.

—Gracias por traer más leña, Marcus —dije casi sin aliento.

—¿Quieres que traiga más? —Enarcó una ceja rubia en perfecta imitación de su padre.

—Buena idea. Hará frío esta noche. —Giré la cabeza para consultar con Matthew, pero él lo interpretó como una invitación a besarme otra vez. Marcus y el suministro de madera se desvanecieron como tema importante.

Cuando no estaba tendido a la espera en rincones oscuros, Matthew acompañaba a Sarah y a Marcus conformando el trío más profano de fabricantes de pociones desde que Shakespeare pusiera a tres brujas alrededor de un caldero. El vapor que Sarah y Matthew prepararon para la imagen de la boda química no había revelado nada, pero eso no los disuadió. Ocupaban la despensa a todas horas, consultando el grimorio de las Bishop y haciendo mezcolanzas extrañas que olían mal o explotaban, o ambas cosas. En una ocasión, Em y yo investigamos un fuerte estruendo seguido por un largo trueno.

—¿Qué estáis haciendo vosotros tres? —preguntó Em con las manos en las caderas. La cara de Sarah estaba cubierta de hollín gris y por la chimenea caían escombros.

—Nada —masculló Sarah—. Estaba tratando de partir el aire y el hechizo se ha salido de madre, eso es todo.

—¿Partir el aire? —Miré el desorden sin salir de mi asombro.

Matthew y Marcus asintieron solemnemente con la cabeza.

—Será mejor que limpies esta habitación antes de cenar, Sarah Bishop, o yo te enseñaré a partir el aire —espetó Em.

Por supuesto, no todos los encuentros entre los residentes eran felices. Marcus y Matthew caminaban juntos al amanecer, dejándome al cuidado de Miriam, Sarah y la tetera. Nunca iban lejos. Eran siempre visibles desde la ventana de la cocina, con las cabezas inclinadas, absortos en su conversación. Una mañana, Marcus giró sobre sus talones y regresó hecho una furia a la casa, dejando solo a su padre en el viejo huerto de manzanos.

—Diana —gruñó a modo de saludo antes de pasar como un rayo por la sala, derecho hacia la puerta principal—. ¡Soy demasiado joven para esto! —gritó mientras se marchaba.

Aceleró el motor —Marcus prefería los coches deportivos a los todoterrenos—, y los neumáticos chirriaron en la grava cuando dio marcha atrás y salió del sendero de la entrada.

—¿Por qué está tan disgustado Marcus? —pregunté cuando Matthew regresó, besándole la fría mejilla al tiempo que él cogía el periódico.

—Negocios —respondió brevemente mientras me besaba a su vez.

—¿No lo has nombrado senescal? —preguntó Miriam sin poder creérselo.

Matthew abrió el periódico con un solo movimiento.

—Debes de tener una opinión muy alta de mí, Miriam, si crees que la hermandad ha funcionado durante todos estos años sin un senescal. Ese cargo ya está ocupado.

—¿Qué es un senescal? —Puse dos rebanadas de pan en la maltrecha tostadora. Tenía seis compartimentos, pero sólo dos eran medianamente fiables.

—El que me sigue en el orden de mando —explicó Matthew escuetamente.

—Si no es el senescal, ¿por qué Marcus ha salido de aquí a toda velocidad? —insistió Miriam.

—Lo he nombrado mariscal —informó Matthew mientras revisaba los titulares.

—Es la persona menos indicada para ser mariscal que jamás he visto —dijo ella con severidad—. ¡Es médico, por el amor de Dios! ¿Por qué no Baldwin?

Matthew levantó la vista del periódico e inclinó la ceja en dirección a ella.

—¿Baldwin?

—Está bien, Baldwin no —se apresuró a responder Miriam—. Tiene que haber otra persona.

—Si yo tuviera dos mil caballeros entre los cuales escoger como en otros tiempos, tal vez hubiera alguna otra persona. Pero hay solamente ocho caballeros bajo mi mando en este momento, y uno que es el noveno caballero pero no tiene obligación de pelear, un puñado de oficiales y algunos escuderos. Alguien tiene que ser mariscal. Yo fui el mariscal de Philippe. Ahora es el turno de Marcus. —La terminología era tan anticuada que invitaba a la risa, pero la mirada seria en el rostro de Miriam me hizo guardar silencio.

—¿Le has dicho que debe empezar a levantar estandartes? —Miriam y Matthew continuaron hablando en un lenguaje bélico que yo no comprendía.

—¿Qué es un mariscal? —Las tostadas saltaron y volaron hasta la mesa de la cocina cuando mi estómago protestó.

—El principal oficial del ejército de Matthew. —Miriam miró la puerta del frigorífico, que se estaba abriendo sin ayuda visible.

—Aquí tienes. —Matthew atrapó con precisión la mantequilla al pasar por

encima de su hombro y luego me la entregó con una sonrisa. Su rostro permanecía sereno a pesar de que su colega no dejaba de hostigarlo. Estaba claro por su actitud que Matthew, a pesar de ser vampiro, disfrutaba de las mañanas.

—Los estandartes, Matthew. ¿Estás formando un ejército?

—Por supuesto que sí, Miriam. Tú eres quien insiste en hablar de guerra. Si ésta estalla, no imaginarás que Marcus, Baldwin y yo vamos a luchar personalmente contra la Congregación, ¿verdad? —Matthew sacudió la cabeza—. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿Y Fernando? Seguramente todavía está vivo y en forma.

Matthew dejó su periódico.

—No voy a hablar de mi estrategia contigo. Deja de interferir y permite que yo me ocupe de Marcus.

En ese momento, fue el turno de Miriam de retirarse. Apretó los labios y salió con paso majestuoso por la puerta trasera, rumbo al bosque.

Comí mis tostadas en silencio, y Matthew volvió a su periódico. Al cabo de algunos minutos, lo dejó otra vez e hizo un ruido de exasperación.

—Dilo, Diana. Puedo oler qué estás pensado y me resulta imposible concentrarme.

—Oh, no es nada —repliqué, masticando una tostada—. Un amplio despliegue militar se está poniendo en marcha, cuya exacta naturaleza no comprendo. Y seguramente no me lo vas a explicar porque es una especie de secreto de la hermandad.

—Dieu. —Matthew se pasó los dedos por la cabeza para dejar su pelo de punta —. Miriam provoca más problemas que cualquier criatura que haya conocido jamás, salvo Domenico Michele y mi hermana Louisa. Si quieres que te hable de los caballeros, lo haré.

Dos horas después, mi cabeza estaba abrumada con información sobre la hermandad. Matthew había esbozado un diagrama de la organización en la parte de atrás de mis informes de ADN. Era de una complejidad impresionante, y eso que no incluía el aspecto militar. Esa parte de la operación fue expuesta en un viejo papel con membrete de la Universidad de Harvard dejado por mis padres que sacamos del aparador. Me di cuenta de las muchas responsabilidades que Marcus acababa de asumir.

—No me sorprende que se sienta abrumado —murmuré, siguiendo las líneas que conectaban a Marcus con Matthew en el escalafón superior a él y a siete caballeros hacia abajo, y luego a la tropa de vampiros que se esperaba que cada uno podía reunir.

—Se adaptará. —Matthew masajeaba con sus frías manos los músculos tensos de mi espalda y detuvo sus dedos sobre la estrella entre mis omóplatos—. Marcus tendrá

a Baldwin y a otros caballeros para que lo ayuden. Él puede asumir la responsabilidad; de otro modo no se lo habría pedido.

Seguramente era así, pero él nunca volvería a ser el mismo después de realizar este trabajo para Matthew. Cada nuevo desafío le iba a ir quitando poco a poco su encanto y sencillez. Era doloroso imaginar al vampiro en el que Marcus se iba a convertir.

—¿Y ese Fernando? ¿Ayudará a Marcus?

El rostro de Matthew expresaba reserva.

—Fernando era mi primer candidato para ser mariscal, pero rechazó el ofrecimiento. Fue él quien recomendó a Marcus.

—¿Por qué? —Por la manera en que Miriam había hablado, ese vampiro era un guerrero respetado con siglos de experiencia.

—Fernando encuentra cierto parecido entre Marcus y Philippe. Si hay guerra, vamos a necesitar a alguien con el encanto de mi padre para convencer a los vampiros de que luchen no sólo contra las brujas, sino también contra otros vampiros. —Matthew movió la cabeza pensativo, con los ojos fijos en los esquemas rápidos que representaban su imperio—. Sí, Fernando le ayudará. Y evitará que cometa demasiados errores.

Cuando regresamos a la cocina —Matthew para recoger su periódico y yo en busca de algo para picar—, Sarah y Em acababan de regresar de la tienda de comestibles. Sacaron cajas de palomitas de maíz para el microondas y también latas de frutos secos mezclados y todas las frutas del bosque disponibles en octubre en esa parte del estado de Nueva York. Cogí una bolsa de arándanos.

—¡Estás aquí! —Los ojos de Sarah brillaban—. Es hora de tus clases.

—Primero necesito más té y algo de comer —protesté, pasando los arándanos de una mano a la otra en su bolsa de plástico—. No hay magia con el estómago vacío.

—Dame eso —dijo Em, quitándome la bolsa—. Los estás aplastando y son los favoritos de Marcus.

—Puedes comer después. —Sarah me empujó hacia la despensa—. Deja de comportarte como un bebé y vamos.

Resulté ser tan inútil con los hechizos en ese momento como cuando era adolescente. Incapaz de recordar cómo empezaban, y dada la tendencia de mi mente a divagar, mezclaba el orden de las palabras con resultados desastrosos.

Sarah puso una vela sobre la amplia mesa de la despensa.

—Enciéndela —ordenó, mientras se volvía hacia el grimorio increíblemente manchado.

Era un truco simple que incluso una bruja adolescente podía realizar. Pero cuando el hechizo salía de mi boca, la vela echaba humo sin que la mecha produjera luz, o se incendiaba alguna otra cosa. Esta vez prendí fuego a un ramillete de lavanda.

—No se trata sólo de decir las palabras, Diana —explicó Sarah una vez que hubo apagado las llamas—. Tienes que concentrarte. Hazlo otra vez.

Lo hice otra vez, y otra, y otra más. Sólo en una ocasión la mecha de la vela produjo una llama vacilante.

—Esto no funciona. —Me hormigueaban las manos y tenía las uñas de color azul, y estaba a punto de ponerme a gritar por la frustración.

—Puedes convocar un fuego de brujos y no puedes encender una vela.

—Muevo mis brazos de una manera que te hace recordar a alguien que sí puede controlar el fuego de brujos, que no es lo mismo. Además, aprender sobre la magia es más importante que esas cosas —dije, señalando el grimorio.

—La magia no es la única respuesta —replicó Sarah de manera cortante—. Es como usar una motosierra para cortar el pan. A veces, basta sólo con un cuchillo.

—Tú no tienes una muy buena opinión de la magia, pero tengo una gran cantidad de ella dentro de mí, y quiere salir. Alguien tiene que enseñarme a controlarla.

—Yo no puedo. —La voz de Sarah estaba teñida de pesar—. Yo no nací con la habilidad para convocar el fuego de brujos ni el manantial de brujos. Pero me voy a asegurar de que aprendas a encender una vela con uno de los hechizos más simples que se hayan inventado.

Sarah tenía razón. Pero se requería mucho tiempo para dominar ese arte, y los hechizos no serían de ninguna ayuda si yo empezaba a echar agua otra vez.

Mientras yo volvía a ocuparme de mi vela y mascullaba palabras, Sarah revisó el grimorio en busca de un nuevo desafío.

—Éste es uno bueno —exclamó, señalando una página con manchas de residuos marrones, verdes y rojos—. Es un hechizo de aparición modificada que crea lo que se llama un eco, un duplicado exacto de las palabras pronunciadas por alguien en otro lugar. Muy útil. Hagamos eso después.

—No, tomémonos un descanso. —Me volví y levanté el pie para dar un paso.

El huerto de manzanos estaba a mi alrededor cuando apoyé el pie en el suelo.

—¿Diana? ¿Dónde estás? —gritaba Sarah en la casa.

Matthew salió disparado por la puerta para bajar los escalones del porche. Con su vista aguda me encontró fácilmente, y estuvo a mi lado en unos pocos pasos rápidos.

—¿Qué es todo esto? —Me sujetaba el codo con la mano para que no pudiera desaparecer otra vez.

—Necesitaba alejarme de Sarah, y cuando bajé el pie, ya estaba aquí. Lo mismo ocurrió en el sendero de la entrada la otra noche.

—¿Necesitabas una manzana también? ¿Volver a la cocina no habría sido suficiente? —Las comisuras de sus labios temblaban. Matthew se estaba divirtiendo.

—No —dije escuetamente.

—¿Es todo demasiado concentrado, *ma lionne?*

—No soy buena para el arte de la brujería. Es demasiado…

—¿Preciso? —completó él.

—Se requiere demasiada paciencia —confesé.

—La brujería y los hechizos podrían no ser las armas que prefieras —señaló en voz baja, acariciándome la mandíbula tensa con el dorso de su mano—, pero *vas a aprender* a usarlos. —El tono de mando era leve, pero estaba ahí—. Busquemos algo de comer. Eso siempre te pone de mejor humor.

—¿Estás controlando mi vida? —pregunté con voz misteriosa.

—¿Te acabas de dar cuenta ahora? —Se rió entre dientes—. Ése ha sido mi trabajo a tiempo completo en las últimas semanas.

Matthew continuó haciéndolo durante un buen rato, repitiendo historias que había leído en el diario sobre gatos perdidos en los árboles, el concurso de comidas picantes del Departamento de Bomberos y las próximas celebraciones de Halloween. Cuando terminé de devorar un bol de sobras, la comida y su parloteo ligero cumplieron su cometido, y me fue posible volver a Sarah y al grimorio de las Bishop otra vez. De regreso en la despensa, las palabras de Matthew me volvían a la memoria cada vez que yo amenazaba con abandonar las instrucciones detalladas de Sarah, y me concentraba de nuevo en mis intentos de hacer aparecer fuego o cualquier otra cosa que ella pedía.

Después de algunas horas de hacer hechizos, sin que ninguno de ellos hubiese salido particularmente bien, él llamó a la puerta de la despensa y anunció que era la hora de nuestra caminata. En el vestíbulo me eché sobre los hombros un grueso jersey, me puse las zapatillas y cruzamos la puerta. Matthew me seguía con pasos más lentos, olfateando el aire con atención y observando el juego de luces sobre los campos alrededor de la casa.

La oscuridad llegaba pronto en octubre y el crepúsculo era en ese momento mi hora favorita del día. Matthew podía ser madrugador, pero su natural sentido de la autoprotección disminuía con la puesta del sol. Parecía relajarse a medida que las sombras se alargaban y la evanescente luz ablandaba las líneas de sus fuertes huesos haciendo que su pálida piel pareciera menos extraña.

Cogidos de la mano, caminamos en silencio disfrutando de la compañía, felices de estar el uno cerca del otro y lejos de nuestras familias. En el lindero del bosque, Matthew se apresuró y me quedé atrás, deseosa de permanecer al aire libre durante el tiempo que fuera posible.

—¡Vamos! —ordenó para no tener que adaptarse a la lentitud de mi forma de andar.

—¡No! —Mis pasos se hicieron más pequeños y más lentos—. Somos sólo una pareja normal que da un paseo antes de cenar.

—Somos la pareja menos normal de todo el estado de Nueva York —dijo

Matthew lacónicamente—. Y este ritmo ni siquiera te va a hacer sudar.

—¿Qué tienes en mente? —Había quedado claro en nuestras caminatas anteriores que la parte de lobo que tenía Matthew disfrutaba retozando en el bosque como un cachorro de gran tamaño. Siempre proponía nuevas maneras de jugar con mis poderes para que el hecho de aprender a usarlos no lo sintiera como una obligación. Las cosas aburridas y precisas se las dejaba a Sarah.

—¡No me pillarás! ¡Corre! —Me lanzó una mirada traviesa imposible de resistir y se largó en una explosión de velocidad y fuerza—. Atrápame.

Me reí y me lancé a perseguirlo. Mis pies se separaron del suelo y mi mente trató de formar una imagen clara de sus hombros anchos al alcanzarlos y tocarlos. Mi velocidad aumentó a medida que la visión se hizo más precisa, pero mi agilidad dejaba mucho que desear. El hecho de usar simultáneamente los poderes de vuelo y clarividencia a gran velocidad me hizo tropezar con un arbusto. Antes de caer al suelo, Matthew ya me había recogido.

—¡Hueles como aire fresco y humo de chimenea! —exclamó con su cara entre mi pelo.

Había una anomalía en el bosque, algo percibido más que visto. Era una curva en la luz que se desvanecía, una sensación de impulso, un aura de oscuras intenciones. Giré la cabeza.

—Aquí hay alguien —dije.

El viento soplaba alejándose de nosotros. Matthew levantó la cabeza, tratando de captar el olor. Lo identificó con una profunda aspiración.

—Vampiro —dijo con tranquilidad. Me cogió de la mano y permaneció en su sitio. Me empujó contra el tronco de un roble blanco.

—¿Amigo o enemigo? —pregunté temblando.

—Vete. Ya. —Matthew sacó su teléfono, apretó un solo número en la marcación rápida que lo conectó con Marcus. Insultó a la grabación del buzón de voz—. Alguien nos está persiguiendo, Marcus. Ven aquí rápido. —Cortó y apretó otro botón que mostró una pantalla de mensaje de texto.

El viento cambió, y la piel alrededor de su boca se puso tensa.

—Cielos, no. —Sus dedos volaron sobre las teclas al escribir dos palabras antes de arrojar el teléfono hacia los arbustos cercanos: «SOS. Juliette».

Se volvió y me cogió por los hombros.

—Haz lo mismo que hiciste en la despensa. Levanta tus pies y vuelve a casa. De inmediato. No te lo estoy pidiendo, Diana, te digo que lo hagas.

Mis pies estaban congelados y se negaban a obedecer.

—No sé cómo hacerlo. No puedo.

—Lo harás. —Matthew me empujó contra el árbol, con sus brazos a cada uno de mis lados y la espalda hacia el bosque—. Gerberto me presentó a esta vampira hace

mucho tiempo, y no se puede confiar en ella, ni subestimarla. Pasamos juntos un tiempo en Francia en el siglo XVIII, y en Nueva Orleans en el siglo XIX. Te lo explicaré todo después. Ahora, vete.

—No pienso irme sin ti. —El tono de mi voz era de terquedad—. ¿Quién es Juliette?

—Yo soy Juliette Durand. —La voz melodiosa, teñida con cierto acento francés y algo más, vino desde arriba. Ambos levantamos la mirada—. ¡Cuántos problemas habéis causado vosotros dos!

Una despampanante vampira estaba sentada sobre la gruesa rama de un arce cercano. Su piel era del color de la leche con una gota de café, y su pelo brillaba en una mezcla de marrón y cobre. Vestida con los colores del otoño —marrones, verdes y dorados—, parecía una extensión del árbol. Sus grandes ojos color avellana brillaban encima de sus pómulos inclinados, y sus huesos implicaban una delicadeza que yo sabía que no era representativa de su fuerza.

—Os he estado observando… y también oyendo. Todos vuestros olores están entremezclados. —Hizo un silencioso ruido de reproche.

No la vi abandonar la rama, pero Matthew sí. Él había colocado su cuerpo de tal manera que pudiera estar delante de mí cuando ella aterrizara. La miró cara a cara. Sus labios estaban tensos en un gesto de advertencia.

Juliette lo ignoró.

—Tengo que examinarla. —Inclinó su cabeza a la derecha y levantó un poco la barbilla para observarme atentamente.

Fruncí el ceño.

Ella me devolvió el gesto de la misma manera.

Matthew se estremeció.

Lo miré con preocupación y los ojos de Juliette siguieron mi mirada.

Estaba copiando cada uno de mis movimientos. Su barbilla estaba adelantada exactamente en el mismo ángulo que la mía, su cabeza se inclinaba igual que la mía. Era como mirarse en un espejo.

El pánico se apoderó de todos mis sistemas y me llenó la boca de amargura. Tragué con fuerza y lo mismo hizo ella. Sus fosas nasales se dilataron y se rió con una risa penetrante y dura como un diamante.

—¿Cómo la has soportado, Matthew? —Respiró hondo y muy lentamente—. Su olor debe de volverte loco de hambre. ¿Recuerdas a aquella mujer joven y asustada a la que acechamos en Roma?

Tenía un olor parecido a éste, me parece.

Matthew permaneció en silencio, con los ojos fijos en la vampira.

Juliette dio unos pasos hacia la derecha, obligándolo a modificar su posición.

—Estás esperando a Marcus —observó tristemente—. Me temo que no va a venir.

Tan apuesto… Me habría gustado verlo de nuevo. La última vez que coincidimos, era tan joven e impresionable… Nos llevó semanas arreglar el desastre que había causado en Nueva Orleans, ¿verdad?

Sentía que un abismo se abría ante mí. ¿Había matado a Marcus? ¿A Sarah y a Em?

—Está al teléfono —continuó—. Gerberto quería estar seguro de que tu hijo comprendía el riesgo que estaba corriendo. La cólera de la Congregación está dirigida solamente contra vosotros dos, de momento. Pero si insistís, los demás también pagarán el precio.

Marcus no estaba muerto. A pesar del alivio, se me heló la sangre al ver la expresión del rostro de ella.

Todavía no había respuesta de Matthew.

—¿Por qué estás tan silencioso, querido? —La voz cálida de Juliette desmentía la falta de vida de sus ojos—. Deberías alegrarte de verme. Soy todo lo que tú deseas. Gerberto se aseguró de eso.

Él siguió sin responder.

—¡Ah, guardas silencio porque te he sorprendido! —dijo Juliette, y su tono de voz fluctuó extrañamente entre la música y la malicia—. Tú también me has sorprendido. ¿Una bruja?

Hizo una finta hacia la izquierda, y Matthew giró para encararse a ella. Dio un salto por el aire por encima de su propia cabeza y aterrizó a mi lado para poner sus dedos alrededor de mi garganta. Me quedé paralizada.

—No comprendo por qué te quiere tanto. —La voz de Juliette era petulante—. ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es lo que Gerberto no pudo enseñarme?

—Juliette, déjala tranquila. —Matthew no podía arriesgarse a avanzar hacia mí por temor a que ella me rompiera el cuello, pero sus piernas estaban tensas por el esfuerzo de permanecer inmóvil.

—Paciencia, Matthew —dijo, ladeando la cabeza.

Cerré los ojos, esperando sentir sus dientes en mi cuello.

En lugar de ello, unos labios fríos se apretaron sobre los míos. El beso de Juliette fue extrañamente impersonal mientras jugaba dentro de mi boca con su lengua, tratando de conseguir una respuesta mía. Como no la hubo, gimió mostrando su frustración.

—Eso tenía que haberme ayudado a comprender, pero no ha sido así. —Juliette me arrojó hacia Matthew, pero siguió agarrándome de la muñeca, con sus afiladísimas uñas apoyadas sobre mis venas—. Bésala. Tengo que saber cómo lo hace ella.

—¿Por qué no nos dejas en paz, Juliette? —Matthew me retuvo con su mano fría.

—Debo aprender de mis errores… Gerberto me lo ha estado diciendo desde que

me abandonaste en Nueva York. —Juliette se concentró en Matthew con una avidez que hizo que se me erizara la piel.

—Eso fue hace más de cien años. Si todavía no has aprendido de tu error, no lo harás nunca. —Aunque la cólera de Matthew no estaba dirigida contra mí, su poder me hizo retroceder. Hervía con una rabia que salía de él en oleadas.

Las uñas de Juliette me lastimaban el brazo.

—Bésala, Matthew, o la haré sangrar.

Envolvió mi cara con una mano en un gesto cuidadoso y amable, a la vez que se esforzaba por levantar los extremos de su boca para formar una sonrisa.

—Todo saldrá bien, *mon coeur*. —Las pupilas de Matthew eran puntos en un mar gris verdoso. Con su pulgar me acarició la mandíbula cuando se inclinó para quedar más cerca, con sus labios casi tocando los míos. Su beso fue lento y tierno, un testimonio de sentimientos. Juliette fijó su mirada fría en nosotros, absorbiendo cada detalle. Se deslizó acercándose cuando Matthew se apartó de mí.

—¡Ah! —El tono de su voz fue inexpresivo y amargo a la vez—: Te gusta la manera en que reacciona cuando la tocas. Pero yo ya no puedo sentir más.

Había visto la cólera de Ysabeau y la crueldad de Baldwin. Había sentido la desesperación de Domenico y olido el inconfundible olor del mal que envolvía a Gerberto. Pero Juliette era diferente. Algo esencial se había roto dentro de ella.

Me soltó el brazo y saltó para quedarse fuera del alcance de Matthew. Éste me apretó los codos con sus manos, y sus dedos fríos me tocaron las caderas. Con un empujón imperceptible, Matthew me dio otra orden muda para que me fuera.

Pero yo no tenía ninguna intención de dejar a mi marido a solas con una psicótica vampira. Algo se removió en las profundidades de mi ser. Aunque ni el fuego de brujos ni el manantial de brujos serían suficientes para matar a Juliette, con ellos podría distraerla lo suficiente como para poder huir, pero ambos poderes se negaban a obedecer mis órdenes no pronunciadas, a pesar de que todos los hechizos que había aprendido durante los últimos días, por imperfectos que fueran, habían salido volando de mi mente.

—No te preocupes —le dijo Juliette en voz baja y con los ojos brillantes a Matthew—. Esto terminará muy rápidamente. Me gustaría quedarme, por supuesto, para que pudiéramos recordar lo que hubo alguna vez entre nosotros. Pero ninguno de mis intentos conseguirá sacártela de la cabeza. Por lo tanto, debo matarte y llevar a tu bruja ante Gerberto y la Congregación.

—Deja que Diana se vaya. —Matthew levantó sus manos buscando una tregua—. Esto es entre nosotros, Juliette.

Sacudió la cabeza, haciendo que su cabello espeso y brillante se balanceara.

—Soy el instrumento de Gerberto, Matthew. Cuando él me hizo, no dejó espacio para mis deseos. Yo no quería aprender filosofía ni matemáticas. Pero Gerberto

insistió para que yo pudiera complacerte. Y vaya si te complací, ¿no es cierto? —La atención de Juliette estaba concentrada en Matthew, y su voz era tan áspera como las fisuras en su mente alterada.

—Sí, me complaciste.

—Eso me parecía. Pero Gerberto ya era mi dueño. —Los ojos de Juliette se volvieron a mí. Estaban brillantes, lo cual sugería que se había alimentado recientemente—. Él también te va a poseer, Diana, de maneras que ni siquiera puedes imaginar. De maneras que sólo yo conozco. Entonces serás suya, sólo suya y de nadie más para siempre.

—No. —Matthew arremetió contra Juliette, pero ella se apartó de su camino.

—Éste no es momento para juegos, Matthew —reaccionó Juliette.

Se movió rápidamente —demasiado rápidamente como para que mis ojos la vieran— y luego se alejó de él con una expresión de triunfo. Se oyó el ruido de algo que se rasgaba y la sangre brotó oscura del cuello de él.

—Esto servirá para empezar —dijo con satisfacción.

Se produjo un rugido en mi cabeza. Matthew se interpuso entre Juliette y yo. Incluso mi imperfecta nariz de criatura de sangre caliente podía percibir el fuerte olor metálico de la sangre de él. Estaba empapándole el jersey, y una mancha oscura se extendía sobre su pecho.

—No hagas esto, Juliette. Si alguna vez me amaste, déjala ir. Ella no se merece a Gerberto.

La respuesta de Juliette se expresó en una mancha de músculos y cuero marrón. Su pierna voló alto y se oyó un crujido cuando su pie se puso en contacto con el abdomen de Matthew. Éste se dobló como un árbol talado.

—Yo tampoco *me merecía* a Gerberto. —Había un tono de histeria en la voz de Juliette—. Yo te merecía a ti. Tú me perteneces, Matthew.

Sentí que mis manos se ponían pesadas y supe sin mirarlas que sostenían un arco y flechas. Me alejé de los dos vampiros mientras levantaba mis brazos.

—¡Corre! —gritó Matthew.

—No —repliqué con una voz que no era la mía, entrecerrando los ojos para seguir la línea de mi brazo izquierdo. Juliette estaba cerca de Matthew, pero podía soltar la flecha sin tocarlo a él. Cuando moviera mi mano derecha, Juliette estaría muerta. Sin embargo, vacilé, ya que nunca había matado a nadie antes.

Ese momento era todo lo que Juliette necesitaba. Sus dedos atravesaron el pecho de Matthew y sus uñas atravesaron tela y carne como si ambos fueran de papel. Él ahogó un grito de dolor y Juliette bramó saboreando ya la victoria.

Toda vacilación desapareció, mi mano derecha tensó y se abrió. Una bola de fuego salió de las puntas de los dedos de mi mano izquierda. Juliette escuchó la explosión con llamas y olió el azufre en el aire. Se volvió a la vez que retiraba las

uñas del agujero en el pecho de Matthew. La incredulidad apareció en sus ojos antes de que la rápida bola de color negro, oro y rojo la envolviera. Su pelo se incendió primero y ella retrocedió aterrada. Pero yo me había anticipado y otra bola de fuego la estaba esperando. Impactó directamente sobre ella.

Matthew cayó de rodillas, con sus manos apretando el jersey empapado en sangre en el sitio donde ella había rasgado la piel sobre su corazón. Gritando, Juliette alargó sus brazos e intentó arrastrarlo al infierno.

Con un rápido movimiento de mi muñeca y una palabra lanzada al viento, ella fue levantada y alejada unos metros del lugar donde Matthew se estaba desplomando en el suelo. Ella cayó de espaldas, con su cuerpo envuelto en llamas.

Yo quería correr hacia él, pero continué mirando a Juliette, pues sus huesos y su carne de vampira resistían a las llamas. Su pelo había desaparecido y su piel aparecía ennegrecida y endurecida; aun así, no estaba muerta. Seguía moviendo la boca, gritando el nombre de Matthew.

Mantuve mis manos alzadas, listas por si acaso ella llegaba a recuperarse. Se movió pesadamente para ponerse de pie y lancé otra bola de fuego. La golpeó en medio del pecho y le atravesó la caja torácica hasta el otro lado, rompiendo la piel dura al pasar y convirtiendo sus costillas y pulmones en carbón. Su boca se torció en un rictus de horror. Ya estaba más allá de toda posible recuperación, más allá de toda la fuerza de su sangre de vampira.

Corrí al lado de Matthew y caí al suelo. Él ya no podía mantenerse de pie y estaba echado sobre su espalda, con las rodillas dobladas. Había sangre por todos lados, saliendo rítmicamente por el agujero de su pecho en oleadas de un negro profundo y fluyendo lentamente de su cuello, tan oscura como la brea.

—¿Qué debo hacer? —Presioné mis dedos desesperadamente sobre su cuello. Sus manos blancas todavía estaban entrelazadas sobre la herida del pecho, pero su resistencia se iba filtrando por entre sus dedos con cada momento que pasaba.

—¿Me puedes sostener? —susurró.

Con mi espalda apoyada en el roble, lo arrastré hasta tenerlo entre mis piernas.

—Tengo frío —dijo con cierta sorpresa—. ¡Qué extraño!

—¡No puedes dejarme! —exclamé ferozmente—. No lo permitiré.

—No hay nada que se pueda hacer ahora. La muerte me tiene en sus garras. —Matthew estaba hablando de una manera que no había sido escuchada en mil años. Su voz evanescente subía y bajaba en una cadencia antigua.

—No. —Luché contra mis lágrimas—. Tienes que luchar, Matthew.

—He luchado, Diana. Y estás a salvo. Marcus te sacará de aquí antes de que la Congregación sepa lo que ha ocurrido.

—No iré a ninguna parte sin ti.

—Debes hacerlo. —Se movió entre mis brazos, dándose la vuelta para poder

mirarme a la cara.

—No puedo perderte, Matthew. Por favor, resiste hasta que llegue Marcus. —La cadena dentro de mí se movió y sus eslabones se fueron aflojando uno a uno. Traté de resistir apretándolo con fuerza contra mi corazón.

—Chsss… —susurró en voz baja, y levantó un dedo ensangrentado para tocarme los labios. Sentí un hormigueo y se me quedaron entumecidos cuando su sangre helada entró en contacto con mi piel—. Marcus y Baldwin saben qué hacer. Te pondrán a salvo con Ysabeau. Sin mí, a la Congregación le resultará más difícil actuar contra ti. A los vampiros y a las brujas no les va a gustar, pero tú ahora eres una De Clermont, con la protección de mi familia y la de los caballeros de Lázaro.

—Quédate conmigo, Matthew. —Incliné la cabeza y apreté mis labios contra los suyos, deseando que siguiera respirando. Respiraba… débilmente…, pero sus párpados estaban cerrados.

—Desde que nací te he buscado —murmuró Matthew con una sonrisa, con un fuerte acento francés—. Desde que te encontré he podido tenerte en mis brazos, he escuchado tu corazón latiendo contra el mío. Habría sido algo terrible morir sin saber lo que se siente cuando uno ama de verdad. —Breves escalofríos recorrieron su cuerpo de los pies a la cabeza y luego se desvanecieron.

—¡Matthew! —exclamé sollozando, pero él ya no podía responder—. ¡Marcus! —grité hacia los árboles, elevando mis ruegos a la diosa todo el tiempo. Cuando su hijo llegó hasta nosotros, yo ya había pensado varias veces que Matthew estaba muerto.

—¡Dios sagrado! —exclamó Marcus al ver el cuerpo carbonizado de Juliette y la ensangrentada silueta de Matthew.

—La hemorragia no se detiene —señalé—. ¿De dónde viene tanta sangre?

—Tengo que examinarlo para saberlo, Diana. —Marcus dio un paso vacilante hacia mí.

Abracé con fuerza a mi marido y sentí que mis ojos se ponían fríos. El viento empezó a soplar donde estaba sentada.

—No te pido que lo sueltes —dijo Marcus, con una comprensión instintiva del problema—, pero tengo que revisarle el pecho.

Se agachó junto a nosotros y desgarró con suavidad el jersey negro de su padre. Con un ruido horrible al rasgarse, la tela cedió. Un corte profundo y largo cruzaba desde la yugular de Matthew hasta su corazón. Junto al corazón había un boquete hondo por donde Juliette había tratado de atravesar la aorta.

—La yugular está casi seccionada y la aorta ha sido dañada. Ni siquiera la sangre de Matthew puede trabajar con la velocidad suficiente para curarlo en ambos sitios a la vez —dijo Marcus en voz baja, pero en realidad no era necesario que hablara. Juliette había asestado un golpe mortal a Matthew.

Mis tías ya habían llegado y Sarah jadeaba un poco. Detrás de ellas apareció Miriam, con su rostro blanco. Tras una breve ojeada, giró sobre sus talones y corrió de regreso a la casa.

—Es culpa mía. —Sollocé, meciendo a Matthew como a un niño—. Pude haber hecho un disparo certero, pero vacilé. Nunca había matado a nadie antes. Ella no habría alcanzado su corazón si yo hubiera actuado más rápido.

—Diana, mi niña —susurró Sarah—, no es culpa tuya. Has hecho lo que has podido. Vas a tener que dejarlo marchar.

Dejé escapar un hondo lamento y mi pelo se alzó alrededor de mi cara.

—¡No! —El miedo apareció en los ojos del vampiro y de la bruja mientras el bosque quedaba en silencio.

—¡Apártate de ella, Marcus! —gritó Em. Él saltó hacia atrás justo a tiempo.

Me había convertido en alguien…, en algo… a quien no le importaban esas criaturas, ni el hecho de que estuvieran tratando de ayudar. La vacilación anterior había sido un error. En ese momento, la parte de mí que había matado a Juliette se concentraba sólo en una cosa: un cuchillo. Mi brazo derecho se extendió hacia mi tía.

Sarah siempre llevaba dos cuchillos consigo, uno sin punta de mango negro, el otro de punta afilada con mango blanco. A una llamada mía, la hoja de mango blanco cortó su cinturón y voló hacia mí de punta. Sarah levantó una mano para hacerlo regresar, y yo imaginé una pared de oscuridad y fuego entre mi persona y las caras sorprendidas de mi familia. El cuchillo de mango blanco atravesó con facilidad la negrura y voló suavemente para aterrizar cerca de mi doblada rodilla derecha. La cabeza de Matthew quedó colgando cuando lo solté un poco para agarrar el mango.

Al girar su cara suavemente hacia la mía, le di un largo y fuerte beso en la boca. Abrió los ojos con un parpadeo. Parecía muy cansado y su piel era gris.

—No te preocupes, mi amor. Voy a arreglarlo. —Levanté el cuchillo.

Había dos mujeres dentro de la barrera de llamas. Una era joven y llevaba una túnica suelta, con sandalias sobre sus pies y una aljaba con flechas colgada entre los hombros. La correa estaba enredada en su pelo, que era oscuro y espeso. La otra era la anciana de la despensa, con una larga falda que se balanceaba.

—Ayúdame —imploré.

«Tendrás que pagar un precio», dijo la joven cazadora.

—Lo pagaré.

«No hagas una promesa a la diosa a la ligera, hija —murmuró la anciana con un movimiento de cabeza—. Tendrás que cumplirla».

—Llévate algo…, llévate a cualquiera. Pero déjamelo a él.

La cazadora consideró mi propuesta y asintió con la cabeza.

«Es tuyo».

Mis ojos estaban dirigidos a las dos mujeres cuando levanté el cuchillo. Moví a

Matthew acercándolo más a mi cuerpo para que no pudiera ver, extendí la mano sobre él e hice un corte en la parte interior de mi codo izquierdo; la hoja afilada cortó con facilidad la tela y la carne. Mi sangre fluyó, un hilillo al principio, luego más rápido. Dejé caer el cuchillo y tensé mi brazo izquierdo hasta que quedó delante de su boca.

—Bebe —dije, enderezando su cabeza. Matthew parpadeó otra vez, y sus fosas nasales se dilataron. Reconoció el olor de mi sangre y se esforzó por apartarse. Sentía que mis brazos eran pesados y fuertes como las ramas de un roble, unidos al árbol detrás de mí. Acerqué un poco más a su boca mi brazo abierto y sangrante—. Bebe.

El poder del árbol y de la tierra circulaba por mis venas, un inesperado ofrecimiento de vida para un vampiro al borde de la muerte. Sonreí con agradecimiento a la cazadora y al fantasma de la anciana, mientras alimentaba a Matthew con mi cuerpo. Yo era la madre en ese momento, el tercer aspecto de la diosa junto con la doncella y la anciana. Con la ayuda de la diosa, mi sangre lo curaría.

Finalmente Matthew sucumbió al instinto de sobrevivir. Su boca se apretó sobre la piel blanda de la parte interior de mi brazo con sus dientes afilados. Su lengua sondeó ligeramente la incisión abierta, abriendo más el corte profundo en mi piel. Chupó largamente y con fuerza sobre mis venas. Sentí un estallido breve y agudo de terror.

Su piel empezó a perder un poco de su palidez, pero la sangre venosa no iba a ser suficiente para curarlo por completo. Yo esperaba que al probarme se lanzara a sobrepasar los límites de su habitual control y pudiera dar el paso siguiente, pero busqué a tientas el cuchillo de mango blanco por si acaso.

Les dirigí una última mirada a la cazadora y a la bruja, y volví la atención hacia mi marido. Otra oleada de poder invadió mi cuerpo cuando me apoyé con más fuerza contra el árbol.

Mientras él se alimentaba, empecé a besarlo. Mi pelo cayó alrededor de su cara, mezclando mi ya conocido olor con el de su sangre y el de la mía. Volvió sus distantes ojos color verde pálido hacia mí, como si no estuviera seguro de mi identidad. Lo besé otra vez y sentí el gusto de mi propia sangre en su lengua.

En dos movimientos rápidos y suaves que yo no podría haber impedido aunque hubiera querido hacerlo, Matthew me agarró el pelo de la nuca. Empujó mi cabeza hacia atrás y hacia abajo, luego bajó su boca hacia mi garganta. No hubo terror entonces, sólo entrega total.

—Diana —dijo con total satisfacción.

«De modo que así es como ocurre —pensé—. De aquí es de donde nace la leyenda».

Mi agotada y usada sangre le había dado la fuerza de desear algo nuevo y vital.

Los afilados dientes superiores de Matthew cortaron su propio labio inferior y allí se formó una gota. Sus labios me rozaron el cuello, de manera sensual y rápida. Me estremecí, inesperadamente excitada por su contacto. Mi piel se entumeció cuando su sangre tocó mi carne. Sostuvo mi cabeza con firmeza, sus manos eran otra vez fuertes.

«Sin equivocaciones», rogué.

Hubo ligeros pinchazos a lo largo de mi carótida. Abrí los ojos desmesuradamente por la sorpresa cuando la primera presión de extracción me reveló que Matthew había encontrado la sangre que buscaba.

Sarah se dio la vuelta, incapaz de seguir mirando. Marcus estiró el brazo hacia Em, y ella fue hacia él sin titubeos para llorar en su hombro.

Apreté el cuerpo de Matthew contra el mío, animándolo a beber más profundamente. Su deleite al hacerlo fue evidente. Cuánta hambre de mí había tenido, y qué fuerte había sido al resistir.

Matthew continuó alimentándose rítmicamente, chupando mi sangre en oleadas.

«Matthew, escúchame». Gracias a Gerberto, supe que mi sangre le iba a llevar mensajes a él.

Mi única preocupación era que iban a ser fugaces y mi poder de comunicación iba a ser devorado.

Se sobresaltó sin separarse de mi cuello y continuó alimentándose.

«Te amo».

Se estremeció otra vez ante la sorpresa.

«Éste era mi regalo. Estoy dentro de ti, dándote vida».

Matthew sacudió la cabeza como si quisiera apartar a un insecto molesto y siguió bebiendo.

«Estoy dentro de ti, dándote vida». Era más difícil pensar, más difícil ver a través del fuego. Me concentré en Em y Sarah, traté de decirles con mis ojos que no se preocuparan. Busqué a Marcus también, pero no podía mover mis ojos con suficiente velocidad como para encontrarlo.

«Estoy dentro de ti, dándote vida». Repetí el mantra hasta que ya no fue posible.

Hubo un pulso cada vez más lento, el ruido de mi corazón que empezaba a morir.

La muerte no era de ninguna manera como yo había esperado.

Hubo un momento de tranquilidad que llegaba de los huesos.

Una sensación de despedida y de pesar.

Luego, nada.

Capítulo 38

En mis huesos se produjo una súbita explosión, como la de dos mundos que chocaran.

Algo pinchó mi brazo derecho, acompañado por el olor a látex y plástico. Matthew estaba discutiendo con Marcus. Había tierra fría debajo de mí, y el fuerte olor a mantillo reemplazó los otros olores. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada salvo la oscuridad. Con esfuerzo pude distinguir las ramas medio desnudas de los árboles que se entrecruzaban por encima de mí.

—Usa el brazo izquierdo…, ya está abierto —dijo Matthew con impaciencia.

—Ese brazo es inútil, Matthew. Los tejidos están llenos con tu saliva y no pueden absorber otra cosa. El brazo derecho es mejor. Su presión sanguínea es tan baja que me resulta difícil encontrar una vena, eso es todo. —La voz de Marcus tenía la anormal serenidad del médico del quirófano de urgencias, que ve la muerte con frecuencia.

Dos gruesos espaguetis se desenrollaron en mi cara. Unos dedos fríos tocaron mi nariz, y traté de apartarlos, pero me sujetaron con más firmeza.

La voz de Miriam vino de la oscuridad a mi derecha:

—Taquicardia. La voy a sedar.

—No —replicó Matthew con brusquedad—. Nada de sedantes. Está apenas consciente. Podrían producirle un coma.

—Entonces mantenla inmóvil. —El tono de voz de Miriam era práctico. Sus dedos diminutos y fríos me apretaban el cuello con inesperada firmeza—. No puedo impedir que siga sangrando y mantenerla quieta al mismo tiempo.

Lo que estaba ocurriendo alrededor de mí era sólo visible en desconcertantes fragmentos…, lo que estaba directamente arriba, lo que podía ser visto a través del rabillo de mis ojos, lo que podía ser seguido por medio del enorme esfuerzo de hacerlos girar en sus cuencas.

—¿Puedes hacer algo, Sarah? —La voz de Matthew estaba llena de angustia.

Apareció la cara de Sarah.

—La brujería no puede curar mordeduras de vampiro. Si pudiera, nunca habríamos tenido nada que temer de criaturas como vosotros.

Empecé a deslizarme hacia algún sitio apacible, pero mi avance fue interrumpido por la mano de Em, que agarró la mía para mantenerme dentro de mi cuerpo.

—Entonces no tenemos otra opción. —Matthew parecía desesperado—. Yo lo haré.

—No, Matthew —dijo Miriam decididamente—. Todavía no estás lo suficientemente fuerte. Además, yo lo he hecho cientos de veces. —Se oyó el ruido de algo que se rasgaba. Después del ataque de Juliette a Matthew, pude darme cuenta de que era carne de vampiro.

—¿Están convirtiéndome en vampira? —le pregunté a Em en un susurro.

—No, *mon coeur*. —La voz de Matthew sonaba tan decidida como la de Miriam —. Has perdido…, yo tomé… mucha sangre. Marcus la está reemplazando con sangre humana. Ahora Miriam tiene que ocuparse de tu cuello.

—¡Oh! —Era demasiado complicado para entenderlo del todo. Mi cerebro estaba confuso…, casi tan confuso como mi lengua y mi garganta—. Tengo sed.

—Deseas sangre de vampiro, pero no vas a tenerla. Quédate muy quieta —dijo Matthew con firmeza, sosteniéndome los hombros con tanta fuerza que era doloroso. Las manos frías de Marcus pasaron por mis orejas hasta la mandíbula, manteniéndome la boca cerrada también—. Miriam…

—Deja de preocuparte, Matthew —dijo Miriam enérgicamente—. He estado haciendo esto a los seres de sangre caliente desde mucho antes de que tú hubieras renacido.

Algo afilado se metió en mi cuello y el olor a sangre llenó el aire.

La sensación de corte fue seguida por un dolor que congelaba y quemaba simultáneamente. El calor y el frío se intensificaron, desplazándose por debajo de los tejidos de la superficie de mi cuello para sellar huesos y músculos internos.

Quise apartarme de aquellas lenguas heladas, pero había dos vampiros que me mantenían inmóvil. Mantenían también mi boca cerrada con firmeza, de modo que lo único que pude hacer fue dejar escapar un sonido amortiguado, terrible.

—Su arteria está oscurecida —dijo Miriam en voz baja—. Hay que limpiar la herida. —Con un único y audible sorbo, retiró la sangre. La piel quedó insensible durante un momento, pero la sensación volvió con toda su fuerza cuando ella se retiró.

El dolor extremo envió adrenalina por todo mi cuerpo y el pánico la siguió en su estela. Los muros grises de La Pierre se alzaban a mi alrededor y la imposibilidad de moverme me puso otra vez en manos de Satu.

Los dedos de Matthew se clavaban en mis hombros, haciéndome volver al bosque que rodeaba la casa de las Bishop.

—Dile lo que estás haciendo, Miriam. Esa bruja finlandesa la hizo temer lo que no ve.

—Son sólo gotas de mi sangre, Diana, que caen de mi muñeca —explicó Miriam tranquilamente—. Sé que duele, pero no podemos hacer otra cosa. La sangre de vampiro cura por contacto. Va a cerrar tu arteria mejor que las suturas que cualquier cirujano podría usar. Y no tienes que preocuparte. No hay ninguna posibilidad de que

una cantidad tan pequeña aplicada de esta manera te convierta en una de nosotros.

Después de esa descripción me fue posible reconocer cada gota individualmente al caer en mi herida abierta. Allí se mezclaba con mi carne de bruja, precipitando la acumulación instantánea de tejido de cicatrización. Pensé que un vampiro necesitaba un enorme control de sí mismo para seguir semejante procedimiento sin ceder a su propio deseo. Por fin, las últimas gotas de frío abrasador llegaron a su destino.

—Listo —dijo Miriam con cierto tono de alivio—. Lo único que me queda por hacer ahora es coser la incisión. —Sus dedos volaron sobre mi cuello, estirando y suturando la carne al mismo tiempo—. He intentado que la herida quedara lo mejor posible, Diana, pero Matthew rasgó la piel con los dientes.

—Ahora te llevaremos a casa —dijo Matthew.

Él me sostuvo la cabeza y los hombros mientras Marcus hacía lo mismo con mis piernas. Miriam caminaba al lado llevando el equipo. Alguien había atravesado el campo con el Range Rover, que nos esperaba con la puerta trasera abierta. Matthew y Miriam intercambiaron sus puestos, y él desapareció en la parte trasera para prepararla para mí.

—Miriam —susurré. Ella se inclinó hacia mí—. Si algo sale mal… —no pude terminar, pero era imprescindible que ella me comprendiera. Todavía era una bruja. Pero prefería ser vampira antes que estar muerta.

Me miró fijamente a los ojos, buscó por un momento y luego asintió con la cabeza.

—Aunque será mejor que no te atrevas a morirte. Él me matará si hago lo que me pides.

Matthew me habló sin parar durante el movido viaje de regreso a la casa, besándome con suavidad si yo trataba de dormirme. A pesar de su amabilidad, cada vez era como una sacudida.

En casa, Sarah y Em se apresuraron a reunir almohadones y almohadas. Hicieron una cama delante de la chimenea de la sala principal. Sarah encendió el montón de leña de la rejilla con algunas palabras y un ademán. De inmediato se prendió fuego, pero aun así yo seguía temblando de manera incontrolable, helada hasta la médula.

Matthew me bajó para dejarme sobre los almohadones y me cubrió con colchas de retales mientras Miriam me colocaba vendas en el cuello. Mientras ella lo hacía, mi marido y su hijo hablaban entre dientes en un rincón.

—Es lo que ella necesita y yo sé dónde están sus pulmones —decía Marcus con impaciencia—. No le voy a pinchar nada.

—Ella es fuerte. Nada de línea central. No se hable más. Sólo deshazte de lo que queda del cuerpo de Juliette —replicó Matthew, en voz baja pero con autoridad.

—Me ocuparé de ello —aseguró Marcus. Se dio la vuelta y la puerta principal se cerró con un ruido sordo detrás de él antes de que el Range Rover cobrara vida otra

vez.

El antiguo reloj de pared en la sala delantera marcaba el paso de los minutos. El calor penetró en mis huesos y me produjo somnolencia. Matthew estaba sentado a mi lado y me sostenía una mano con fuerza para poder tirar de ella y retenerme cada vez que yo trataba de huir hacia una agradable inconsciencia.

Finalmente Miriam dijo la palabra mágica:

—Estable.

Entonces pude dejarme llevar por la oscuridad que revoloteaba en los límites exteriores de mi conciencia. Sarah y Em me besaron y se retiraron seguidas por Miriam. Por fin sólo se quedaron Matthew y la bendita tranquilidad.

Pero una vez que el silencio se apoderó de todo, mi mente se volvió hacia Juliette.

—La he matado. —Mi corazón se aceleró.

—No tenías otra opción. —Su tono indicaba que no era necesario decir más al respecto—. Fue en defensa propia.

—No, no fue así. El fuego de brujos… —Sólo cuando él estuvo en peligro, el arco y las flechas aparecieron en mis manos.

Matthew me tranquilizó con un beso.

—Podemos hablar de eso mañana.

Había algo que no podía esperar, algo que yo quería que él supiera en ese momento.

—Te amo, Matthew. —No había habido oportunidad de decírselo antes de que Satu me arrebatara de Sept-Tours. Esta vez quería estar segura de habérselo dicho antes de que ocurriera algo.

—Yo también te amo. —Inclinó la cabeza y puso sus labios sobre mi oreja—. ¿Recuerdas nuestra cena en Oxford? Tú querías saber qué sabor tendrías.

Asentí con la cabeza.

—Tienes sabor a miel —murmuró—. Miel… y esperanza.

Una sonrisa tímida apareció en mis labios, y luego me quedé dormida.

Pero no fue un sueño tranquilo. Yo estaba atrapada entre el sueño y la vigilia, entre La Pierre y Madison, entre la vida y la muerte. La fantasmal anciana me había advertido de que estaba en una encrucijada. Había momentos en que la muerte parecía estar pacientemente a mi lado, a la espera de que yo eligiera el camino que quería tomar.

Recorrí innumerables kilómetros esa noche, huyendo de un lugar a otro, a sólo un paso de quien estuviera persiguiéndome: Gerberto, Satu, Juliette, Peter Knox. Cada vez que mi viaje me devolvía a casa de las Bishop, Matthew estaba allí. A veces Sarah estaba con él. Otras veces era Marcus. Pero casi siempre Matthew estaba solo.

Sumergido en la noche, alguien empezó a tararear la melodía con la que habíamos bailado hacía siglos en el gran salón de Ysabeau. No era Marcus ni Matthew —

estaban hablando el uno con el otro—, pero estaba demasiado cansada como para descubrir de dónde venía la música.

—¿Dónde aprendió ella esa vieja canción? —preguntó Marcus.

—En casa. Por Dios, incluso en sueños sigue tratando de ser valiente. —La voz de Matthew era de desolación—. Baldwin tiene razón…, no soy bueno para la estrategia. Tenía que haber previsto esto.

—Gerberto contaba con que te hubieras olvidado de Juliette. Había ocurrido hacía tanto tiempo… Y él sabía que tú estarías con Diana cuando ella atacara. Se regodeaba con eso hablando por teléfono.

—Sí, él sabe que soy un arrogante que piensa que ella se encuentra a salvo si está a mi lado.

—Has tratado de protegerla. Pero no puedes hacerlo…, nadie puede. No es la única que tiene que dejar de ser valiente.

Había algo que Marcus no sabía, algo que Matthew estaba olvidando. Retazos de conversaciones olvidadas a medias me volvían a la memoria. La música se detuvo para dejarme hablar.

—Ya te lo he dicho —insistí, buscando a tientas a Matthew en la oscuridad para encontrar sólo un puñado de lana blanda que despedía perfume a clavo al ser aplastada—, yo puedo ser muy valiente por los dos.

—Diana —dijo Matthew con voz apremiante—, abre los ojos y mírame.

Su cara estaba a pocos centímetros de la mía. Me sostenía la cabeza con una mano, la otra mano fría estaba en la parte baja de mi espalda, donde una luna creciente iba de un lado de mi cuerpo al otro.

—Así es —murmuré—. Me temo que estamos perdidos.

—No, querida mía, no estamos perdidos. Estamos en casa de las Bishop. Y no tienes por qué ser valiente. Es mi turno.

—¿Podrás descubrir qué camino tenemos que tomar?

—Encontraré la manera. Descansa y deja que yo me ocupe de eso. —Los ojos de Matthew eran muy verdes.

Una vez más me fui corriendo para eludir a Gerberto y Juliette, que estaban pisándome los talones. Hacia el amanecer, mi sueño se hizo más profundo, y cuando me desperté ya era de día. Un rápido examen reveló que mi cuerpo estaba desnudo, aunque bien cubierto bajo capas y capas de colchas, como un paciente en una sala de cuidados intensivos británica. Los tubos desaparecían en mi brazo derecho, un vendaje me envolvía el codo izquierdo, y había algo en mi cuello. Cerca, Matthew estaba sentado, con las rodillas dobladas y la espalda apoyada contra el sofá.

—¿Matthew? ¿Va todo bien? —Yo tenía la lengua pastosa, y todavía me sentía ferozmente sedienta.

—Va todo bien. —El alivio se reflejaba en su cara al buscar mi mano y apretar

sus labios en la palma. Matthew detuvo su mirada en mi muñeca, donde las uñas de Juliette habían dejado marcas furiosas en forma de rojas lunas crecientes.

El sonido de nuestras voces hizo que toda la familia se acercara a la habitación. Primero llegaron mis tías. Sarah estaba perdida en sus pensamientos, con oscuras sombras bajo los ojos. Em parecía cansada pero aliviada, y me acariciaba el pelo asegurándome que todo iba a ir bien. Luego vino Marcus. Me examinó y habló severamente de mi necesidad de descansar. Finalmente, Miriam echó a todo el mundo de la habitación para poder cambiarme las vendas.

—¿Ha sido muy grave? —pregunté cuando estuvimos solas.

—Si te refieres a Matthew, fue grave. Los De Clermont no gestionan demasiado bien el hecho de perder, ni la posibilidad de perder. Ysabeau estuvo peor cuando murió Philippe. Es estupendo que tú hayas sobrevivido, y no sólo por mí. —Miriam aplicó ungüento a mis heridas con una delicadeza asombrosa.

Sus palabras conjuraban imágenes de Matthew alterado y vengativo. Cerré los ojos para ocultarlas.

—Háblame sobre Juliette.

Miriam dejó escapar un silbido de advertencia.

—No me corresponde a mí contar nada acerca de Juliette Durand. Pregúntale a tu marido. — Desconectó el goteo intravenoso y me dio una de las viejas camisas de franela de Sarah. Cuando me vio forcejear porque no conseguía ponérmela, se acercó para ayudarme. Sus ojos se posaron en las marcas de la espalda.

—Las cicatrices no me molestan. Son sólo señales de que he peleado y sobrevivido. —De todas formas, me eché la camisa sobre los hombros con cierto pudor.

—A mí tampoco me molestan. El amor de los De Clermont siempre deja alguna marca. Nadie sabe eso mejor que Matthew.

Me abroché la camisa con dedos temblorosos, sin querer mirarla a los ojos. Me alcanzó un par de *leggings* negros.

—Darle tu sangre de esa manera fue extremadamente peligroso. Él podría no haber estado en condiciones de contenerse y dejar de beber. —Un cierto tono de admiración se había deslizado en su voz.

—Ysabeau me dijo que los De Clermont luchan por aquellos a quienes aman.

—Su madre comprenderá, pero Matthew es otra cosa. Tiene que sacar todo fuera de su sistema…, tu sangre, todo lo que ocurrió anoche.

«Juliette». Aunque no pronunciado, ese nombre estaba en el aire, entre nosotras.

Miriam volvió a conectar el goteo intravenoso y ajustó su ritmo.

—Marcus lo llevará a Canadá. Pasarán horas antes de que Matthew encuentre a alguien que le provoque deseos de alimentarse, pero es imposible evitarlo.

—¿Sarah y Em estarán seguras con los dos ausentes?

—Tú has conseguido un poco más de tiempo para todos nosotros. La Congregación nunca imaginó que Juliette iba a fallar. Gerberto es tan orgulloso como Matthew, y casi tan infalible. Tardarán algunos días en reagruparse. —Se quedó inmóvil, con una expresión culpable en la cara.

—Me gustaría hablar con Diana ahora —dijo Matthew en voz baja desde la puerta. Tenía un aspecto terrible. Había hambre en los ángulos afilados de su cara y las manchas moradas debajo de sus ojos.

Observó en silencio mientras Miriam se movía alrededor de mi cama improvisada. Cerró las amplias y pesadas puertas detrás de ella y sus cerrojos golpearon al mismo tiempo. Cuando se volvió hacia mí, su mirada era de preocupación.

La necesidad de sangre de Matthew estaba en guerra con sus instintos protectores.

—¿Cuándo te vas? —pregunté, con la esperanza de que mis deseos fueran claros.

—No me voy a ningún lado.

—Tienes que recuperar fuerzas. La próxima vez, la Congregación no enviará sólo un vampiro o una bruja. —Me pregunté cuántas otras criaturas del pasado de Matthew iban a seguir llegando por orden de la Congregación, y traté de incorporarme.

—¿Tienes ya tanta experiencia bélica, *ma lionne*, que comprendes sus estrategias? —Era imposible para mí deducir sus sentimientos por las expresiones de su rostro, pero su voz revelaba un cierto tono divertido.

—Hemos demostrado fácilmente que no podemos ser derrotados.

—¿Fácilmente? Tú has estado a punto de morir. —Se sentó a mi lado, sobre los almohadones.

—Y tú también.

—Usaste la magia para salvarme. Pude olerla: milenrama y ámbar gris.

—No ha sido nada. —No quería que supiera lo que yo había prometido a cambio de su vida.

—Nada de mentiras. —Matthew me agarró la barbilla con las puntas de sus dedos —. Si no quieres decírmelo, no lo hagas. Tus secretos son tuyos. Pero nada de mentiras.

—Si yo guardo secretos, no seré la única que lo haga en esta familia. Háblame de Juliette Durand.

Me soltó la barbilla y se dirigió inquieto hacia la ventana.

—Ya sabes que nos presentó Gerberto. La raptó en un burdel de El Cairo, la llevó al borde de la muerte una y otra vez antes de convertirla en vampira, y luego le dio la forma de una mujer que me iba a resultar atractiva. Todavía no sé si ya estaba loca cuando Gerberto la encontró o si su mente se quebró después de lo que él le hizo.

—¿Por qué? —No podía ocultar mi incredulidad.

—Ella debía abrirse paso hacia mi corazón para luego entrar en los asuntos de mi familia. Gerberto siempre había querido ser incluido entre los caballeros de Lázaro, y mi padre lo rechazó una y otra vez. Una vez que Juliette hubiera descubierto las complejidades de la hermandad y cualquier otra información útil sobre los De Clermont, podía matarme cuando quisiera. Gerberto la entrenó para que fuera mi asesina y también mi amante. —Matthew pasó el dedo sobre la pintura que se desconchaba en el marco de la ventana—. Cuando la conocí, sabía esconder mejor su enfermedad. Tardé mucho tiempo en descubrir los síntomas. Baldwin e Ysabeau nunca confiaron en ella, y Marcus la detestaba. Pero yo…, Gerberto la había preparado bien. Me recordaba a Louisa, y su fragilidad emocional parecía explicar su comportamiento irregular.

«Siempre le han gustado las cosas frágiles», me había advertido Ysabeau. No era que Matthew se hubiese sentido sólo sexualmente atraído por Juliette. Aquellos sentimientos habían calado más hondo.

—Tú la amabas. —Recordé el extraño beso de Juliette y me estremecí.

—Alguna vez. Hace mucho tiempo. En cualquier caso, por razones que fueron erróneas — continuó Matthew—. La cuidé… desde una distancia segura, y me aseguré de que fuera cuidada, ya que ella era incapaz de hacerlo por sí misma. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, desapareció y supuse que había muerto. Nunca imaginé que estaba con vida en algún lugar.

—Y todo ese tiempo que tú estuviste atento a ella, ella también te observaba a ti. —La mirada atenta de Juliette había captado cada uno de mis movimientos. Debía de haber observado a Matthew con un interés similar.

—Si yo lo hubiera sabido, jamás le habría permitido acercarse a ti. —Su mirada se perdió en la pálida luz matutina—. Pero hay otra cosa de la que tenemos que hablar. Debes prometerme que nunca vas a usar tu magia para salvarme. No tengo ningún deseo de vivir más de lo que me corresponde. La vida y la muerte son fuerzas poderosas. Ysabeau interfirió en ellas por mí alguna vez. Tú no debes hacerlo. Y nada de pedirle a Miriam, ni a cualquier otro, que te convierta en vampira. —Su voz era sorprendente en su frialdad, y cruzó la habitación hacia mí con pasos rápidos, largos —. Nadie…, ni siquiera yo…, te va a transformar en algo que no eres.

—Tú tendrás que prometerme algo a cambio.

Entrecerró sus ojos con desagrado.

—¿De qué se trata?

—Nunca me pidas que te deje cuando estés en peligro —dije casi con ferocidad —. Porque no lo haré.

Matthew calculó lo que iba a necesitar para mantener su promesa y a la vez mantenerme fuera de peligro. Yo estaba igualmente ocupada calculando cuáles de mis poderes apenas comprendidos por mí necesitaban ser dominados para poder

protegerlo sin incinerarlo o sin ahogarme a mí misma. Nos miramos mutuamente con cautela durante algunos momentos. Finalmente le toqué la mejilla.

—Vete a cazar con Marcus. Estaremos bien durante unas horas. —Todavía tenía mal color. Yo no era la única que había perdido mucha sangre.

—No debes quedarte sola.

—Tengo a mis tías, además de a Miriam. Ella me dijo en la Bodleiana que sus dientes eran tan afilados como los tuyos. Y la creo. —En ese momento ya sabía bastante sobre los dientes de los vampiros.

—Regresaremos a casa cuando oscurezca —dijo de mala gana, acariciándome la mejilla con sus dedos—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—Me gustaría hablar con Ysabeau. —Sarah se había mostrado distante aquella mañana, y quería escuchar una voz maternal.

—Por supuesto —dijo, ocultando su sorpresa mientras metía la mano en el bolsillo para sacar su teléfono. Alguien se había preocupado de recuperarlo de entre los arbustos. Llamó a Sept-Tours con un solo movimiento de su dedo.

—¿Maman? —Un torrente de palabras en francés surgió del teléfono—. Ella está bien —la interrumpió Matthew, con un tono de voz tranquilizador—. Diana quiere…, ha pedido… hablar contigo.

Hubo un silencio, seguido de una sola y clara palabra.

—Oui.

Matthew me pasó el teléfono.

—¿Ysabeau? —Mi voz se quebró y mis ojos se llenaron con lágrimas repentinas.

—Estoy aquí, Diana. —La voz de Ysabeau sonaba tan musical como siempre.

—Casi lo pierdo.

—Tenías que haberle obedecido y haberte alejado de Juliette tanto como te fuera posible. —El tono de Ysabeau fue afilado antes de volverse suave otra vez—. Pero me alegra que no lo hicieras.

Entonces lloré en serio. Matthew acarició mi pelo hacia atrás, apartándomelo de la frente, y metió mi mechón siempre caprichoso detrás de mi oreja antes de dejarme seguir con mi conversación.

Con Ysabeau podía expresar mi pesar y confesar que había fallado por no haber matado a Juliette a la primera oportunidad. Le conté todo: la sorprendente aparición de Juliette y su extraño beso, mi terror cuando Matthew empezó a alimentarse, cómo había sido eso de empezar a morir para luego regresar bruscamente a la vida. La madre de Matthew me comprendía, y yo ya sabía que sería así. La única vez que Ysabeau me interrumpió fue durante la parte de mi historia en la que aparecían la doncella y la anciana.

—Entonces la diosa salvó a mi hijo —murmuró—. Ella tiene un sentido de la justicia, al igual que un gran sentido del humor. Pero ésa es una historia demasiado

larga para hoy. La próxima vez que vengas a Sept-Tours te la contaré.

Cuando ella mencionó el *château*, tuve otro ataque agudo de nostalgia.

—Ojalá estuviera ahí. No estoy segura de que alguien en Madison pueda enseñarme todo lo que tengo que saber.

—Entonces debemos encontrar un maestro diferente. En algún lugar hay una criatura que puede ayudarte.

Ysabeau pronunció una serie de claras instrucciones acerca de obedecer a Matthew, de cuidarlo, de cuidarme a mí misma y de regresar al *château* lo antes posible. Las acepté todas ellas con anormal presteza y corté la comunicación.

Unos prudentes momentos después, Matthew abrió la puerta y entró.

—Gracias —le dije, sorbiéndome la nariz y entregándole su teléfono.

Sacudió la cabeza.

—Quédatelo. Llama a Marcus o a Ysabeau en cualquier momento que lo necesites. Son los números dos y tres en la marcación rápida. Necesitas un nuevo teléfono, y también un reloj. El tuyo ya ni siquiera puede volver a cargarse. —Matthew me acomodó suavemente sobre los almohadones y me besó en la frente—. Miriam está trabajando en el comedor, pero puede escuchar hasta el sonido más leve.

—¿Y Sarah y Em? —pregunté.

—Esperando para verte —respondió con una sonrisa.

Después de pasar un rato con mis tías, dormí unas horas, hasta que una inquietante y fuerte necesidad de Matthew hizo que me despertara clavándome las uñas.

Em se levantó de la mecedora de mi abuela recientemente aparecida y vino a mi lado trayéndome un vaso de agua. Su frente estaba atravesada por profundas arrugas que no estaban allí en los días anteriores. La abuela estaba sentada en el sofá mirando atentamente el revestimiento de madera cerca de la chimenea; estaba esperando claramente otro mensaje de la casa.

—¿Dónde está Sarah? —Cerré mis dedos alrededor del vaso. Todavía sentía la garganta reseca y el agua me venía de maravilla.

—Ha salido un rato. —La delicada boca de Em se tensó hasta convertirse en una línea fina.

—Culpa a Matthew de todo esto, ¿no?

Em cayó de rodillas sobre el suelo hasta que sus ojos se quedaron al nivel de los míos.

—Esto no tiene nada que ver con Matthew. Le ofreciste tu sangre a un vampiro…, un vampiro desesperado y moribundo. —Hizo callar mis protestas con un gesto—. Sé que no es cualquier vampiro. Aun así, Matthew podía haberte matado. Además, Sarah está destrozada porque no puede enseñarte a controlar tus poderes.

—Sarah no debería preocuparse por mí. ¿Has visto lo que le hice a Juliette?

Asintió con la cabeza.

—Y otras cosas también.

La atención de mi abuela estaba en ese momento dirigida a mí y no al revestimiento de madera.

—Vi el hambre en Matthew cuando se alimentaba de ti —continuó Em con serenidad—. También vi a la doncella y a la anciana de pie, al otro lado del fuego.

—¿Sarah las vio? —susurré, con la esperanza de que Miriam no pudiera oírnos.

Em negó con la cabeza.

—No. ¿Matthew lo sabe?

—No. —Me aparté el pelo de la cara, aliviada por que Sarah ignorara todo lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿Qué le prometiste a la diosa a cambio de su vida, Diana?

—Lo que ella quisiera.

—Oh, mi amor. —Em contrajo el rostro—. No debiste haber hecho eso. Nunca se sabe cuándo va a actuar… ni qué va a coger.

Mi abuela se estaba meciendo furiosamente. Em observó los movimientos salvajes de la silla.

—Tuve que hacerlo, Em. La diosa no parecía sorprendida. Parecía algo inevitable…, correcto, de algún modo.

—¿Habías visto a la doncella y a la anciana antes?

Asentí con la cabeza.

—La doncella ha estado en mis sueños. A veces es como si yo estuviera dentro de ella, mirando hacia fuera cuando monta o caza. Y me encontré con la vieja saliendo de la sala principal.

«Estás en aguas profundas ahora, Diana —dijo mi abuela con voz áspera—. Espero que sepas nadar».

—No debes invocar a la diosa a la ligera —me advirtió Em—. Ésas son fuerzas muy poderosas que tú todavía no comprendes.

—Yo no la llamé. Aparecieron cuando decidí darle mi sangre a Matthew. Me ofrecieron su ayuda voluntariamente.

«Tal vez no debías haberle dado tu sangre. —Mi abuela continuó meciéndose sin detenerse, haciendo chirriar las tablas del suelo—. ¿Lo has pensado alguna vez?».

—Conoces a Matthew desde hace algunas semanas. Y a pesar de ello sigues sus órdenes muy fácilmente, y estabas dispuesta a morir por él. Seguramente te das cuenta de por qué Sarah está tan preocupada. La Diana que hemos conocido todos estos años ya no existe.

—Le quiero —dije con fiereza—. Y él me ama. —Dejé de lado los muchos secretos de Matthew…, los caballeros de Lázaro, Juliette, incluso Marcus…, al igual que dejé de lado todo lo que sabía ya de su carácter feroz y de su necesidad de

controlar todo y a todos alrededor de él.

Pero Em supo lo que yo estaba pensando. Sacudió la cabeza.

—No puedes ignorar todo eso, Diana. Lo intentaste con tu magia, y ella te encontró. Las partes de Matthew que no te gustan y que no comprendes también te alcanzarán. No puedes esconderte para siempre. Especialmente ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Hay demasiadas criaturas interesadas en ese manuscrito, y en ti y Matthew. Puedo sentirlas avanzando sobre la casa Bishop, sobre ti. No sé en qué lado de este combate están, pero mi sexto sentido me dice que no pasará mucho tiempo antes de enterarnos.

Em acomodó la colcha alrededor de mí. Después de poner otro tronco en el fuego, abandonó la habitación.

El olor característico y muy especiado de mi marido me despertó.

—Has vuelto —dije, frotándome los ojos.

Matthew parecía descansado, y su piel había recuperado su color normal, perlado.

Se había alimentado. Con sangre humana.

—Tú también. —Matthew se llevó mi mano a los labios—. Miriam me ha dicho que has estado durmiendo casi todo el día.

—¿Sarah está en casa?

—Todos están presentes y preparados. —Me dirigió una gran sonrisa—. Incluso *Tabitha.*

Pedí verlos, y me desconectó del goteo intravenoso sin discutir. Cuando vio que mis piernas resultaban demasiado inestables para conducirme a la sala de estar, simplemente me alzó y me llevó en brazos.

Em y Marcus me acomodaron en el sofá con gran ceremonia. Pronto me sentí cansada por nada más extenuante que una tranquila conversación y por ver la más reciente selección de cine negro en la televisión, y Matthew me levantó otra vez.

—Vamos arriba —anunció—. Nos veremos por la mañana.

—¿Quieres que lleve el goteo intravenoso de Diana? —preguntó Miriam.

—No. No lo necesita. —La voz de él sonó brusca.

—Gracias por no conectarme a todas esas cosas —dije mientras atravesábamos el salón delantero.

—Tu cuerpo todavía está débil, pero es excepcionalmente resistente para tratarse de un ser de sangre caliente —dijo Matthew cuando subíamos las escaleras—. Es la recompensa por ser una máquina de movimiento perpetuo, imagino.

Tan pronto apagó la luz, me acurruqué en su cuerpo con un suspiro de satisfacción, desplegando mis dedos posesivamente sobre su pecho. La luz de la luna que entraba por las ventanas destacaba sus nuevas cicatrices. Ya estaban pasando del rosado al blanco.

A pesar de estar tan cansada, los engranajes de la mente de Matthew estaban trabajando tan furiosamente que me resultaba imposible dormirme. Resultaba evidente por el gesto de su boca y el resplandor brillante de sus ojos que estaba escogiendo nuestro camino futuro, tal como había prometido hacer la noche anterior.

—Háblame —pedí, cuando la tensión se volvió insoportable.

—Lo que necesitamos es tiempo —dijo pensativamente.

—La Congregación seguramente no nos lo concederá.

—Entonces lo cogeremos. —Su voz era casi inaudible—. Viajaremos en el tiempo.

Capítulo 39

A la mañana siguiente, estábamos a mitad de camino bajando las escaleras cuando nos detuvimos para descansar, pero yo estaba decidida a llegar a la cocina por mis propios medios. Para mi sorpresa, Matthew no trató de disuadirme. Nos sentamos en los gastados escalones de madera en un amable silencio. Una luz clara, acuosa, se filtraba a través de los paneles de vidrio ondulado de la puerta principal, anunciando que tendríamos un día soleado. De la sala llegaba el ruido de las fichas del Scrabble.

—¿Cuándo se lo dirás? —No había mucho que anunciar aún, pues todavía estaba elaborando las líneas principales del plan.

—Después —dijo, inclinándose hacia mí. Me giré hacia él y nuestros hombros se tocaron.

—Ni siquiera varios litros de café impedirán que Sarah se ponga frenética cuando se entere. —Puse mi mano sobre la barandilla e hice fuerza para ponerme de pie con un suspiro—. Probemos otra vez con esto.

En la sala, Em me trajo mi primera taza de té. Lo bebí en el sofá mientras Matthew y Marcus salían a dar su paseo matutino con mi silenciosa bendición. Debían pasar juntos todo el tiempo que les fuera posible antes de que nos marcháramos.

Después de mi té, Sarah me hizo sus famosos huevos revueltos. Estaban rehogados con cebollas champiñones y queso, y cubiertos con una cucharada de salsa picante. Puso un plato humeante delante de mí.

—Gracias, Sarah. —Me lancé sobre él sin más ceremonias.

—No sólo Matthew necesita comida y descanso. —Miró por la ventana hacia el huerto, donde los dos vampiros paseaban.

—Me siento mucho mejor hoy —dije mientras mordía una tostada.

—Por lo menos parece que has recuperado el apetito. —Ya había un hueco de gran tamaño en la montaña de huevos.

Cuando Matthew y Marcus regresaron, yo estaba con mi segundo plato de huevos revueltos. Ambos venían con aspecto sombrío, pero Matthew sacudió la cabeza ante mi expresión de curiosidad.

Aparentemente no habían estado hablando de nuestros planes de viajar en el tiempo. Era otra cosa la que los había puesto de mal humor. Matthew acercó un taburete, abrió el periódico con un solo movimiento y se concentró en las noticias. Comí mis huevos y tostadas, hice más té y esperé el momento oportuno mientras Sarah fregaba y guardaba los platos.

Por fin, Matthew dobló el periódico y lo dejó a un lado.

—Me gustaría ir al bosque. Al lugar donde murió Juliette —anuncié.

Él se puso de pie.

—Traeré el Range Rover a la puerta.

—Eso es una locura, Matthew. Es demasiado pronto. —Marcus se volvió hacia Sarah en busca de apoyo. —Déjalos que vayan —dijo Sarah—. Pero Diana debe ponerse un abrigo antes. Hace frío fuera.

Em apareció con una expresión de perplejidad en la cara.

—¿Estamos esperando visitas? La casa cree que sí.

—¡Estás bromeando! —exclamé—. La casa no ha añadido ninguna habitación desde la última reunión familiar. ¿Dónde está?

—Entre el baño y el desván. —Em señaló el techo.

«Te dije que esto no os afectaba sólo a ti y a Matthew —me dijo Em en silencio cuando subimos para ver la transformación—. Mis premoniciones rara vez son equivocadas».

La recién materializada habitación tenía una cama antigua de bronce con enorme bolas pulidas coronando las esquinas, cortinas rojas de guinga que Em insistió en sacar de inmediato, una alfombra de nudos de fuertes tonos granate y ciruela, y un maltrecho lavabo con una desportillada jofaina rosa y una jarra. Ninguno de nosotros reconoció aquellos objetos.

—¿De dónde ha salido todo esto? —preguntó asombrada Miriam.

—¿Quién sabe dónde guarda la casa estas cosas? —Sarah se sentó sobre la cama y saltó sobre ella con energía. La cama respondió con una serie de chirridos indignados.

—Las hazañas más asombrosas de la casa ocurrieron alrededor de mi decimotercer cumpleaños —recordé con una gran sonrisa—. Batió un récord cuando hizo aparecer cuatro dormitorios y un salón victoriano completo.

—Y un juego de porcelana azul para veinticuatro personas —recordó Em—. Todavía tenemos algunas de las tazas de té, aunque la mayoría de las piezas más grandes desaparecieron otra vez cuando la familia se fue.

Cuando todo el mundo hubo inspeccionado la nueva habitación y el desván considerablemente reducido junto a ella, me cambié y bajé con paso vacilante para subir al Range Rover. Cerca del sitio donde Juliette había encontrado su fin, Matthew se detuvo. Los pesados neumáticos se hundieron en el suelo blando.

—¿Vamos andando la distancia que falta? —sugirió—. Podemos ir despacio.

Lo encontraba diferente esa mañana. No me mimaba ni tampoco me decía qué debía hacer.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —pregunté cuando nos acercábamos al viejo roble.

—Te he visto luchar —respondió en voz baja—. En el campo de batalla los hombres más valientes se desploman de miedo. Sencillamente no pueden luchar, ni siquiera para salvarse.

—Pero me quedé paralizada. —Mi pelo cayó hacia delante y ocultó mi rostro.

Matthew se detuvo de golpe y me apretó el brazo con sus dedos para que yo me detuviera también.

—Por supuesto que sí. Estabas a punto de acabar con una vida. Pero no le tienes miedo a la muerte.

—No. —Había vivido con la muerte, y a veces la había deseado, desde que tenía siete años.

Me hizo girarme para mirarlo de frente.

—Con lo de La Pierre, Satu te dejó maltrecha e insegura. Toda la vida te has ocultado de tus miedos. Yo no estaba seguro de si ibas a poder pelear cuando llegara el momento. Ahora lo único que tengo que hacer es impedir que corras riesgos innecesarios. —Su mirada bajó hasta mi cuello.

Matthew siguió avanzando, arrastrándome con delicadeza. Una mancha de hierba ennegrecida me indicó que habíamos llegado al claro. Me puse tensa y él me soltó el brazo.

Las marcas dejadas por el fuego conducían al lugar donde Juliette había caído. El bosque estaba inquietantemente silencioso, sin cantos de pájaros ni ningún otro sonido de vida. Recogí un trozo de madera carbonizada del suelo. Se desintegró entre mis dedos.

—No conocía a Juliette, pero en ese momento la odié lo suficiente como para matarla. —Sus ojos marrón verdoso siempre me perseguirían desde las sombras debajo de los árboles.

Seguí la línea dejada por el arco de fuego que yo había conjurado hasta donde la doncella y la anciana habían aceptado ayudarme a salvar a Matthew. Levanté la mirada hacia la copa del roble y ahogué un grito.

—Empezó ayer. —Matthew siguió mi mirada—. Sarah dice que tú sacaste la vida de él.

Por encima de mi cabeza, las ramas del árbol estaban rotas y mustias. Las ramas desnudas se abrían una y otra vez en formas que hacían recordar la cornamenta de un ciervo. Hojas marrones daban vueltas alrededor de mis pies. Matthew había sobrevivido porque yo había sacado la vitalidad del árbol a través de mis venas para llevarla a su cuerpo. De la áspera corteza del roble antes emanaba esa fuerza, pero ahora no había nada más que vacío.

—El poder impone siempre un precio —dijo Matthew—, sea mágico o no.

—¿Qué he hecho? —La muerte de un árbol no iba a saldar mi deuda con la diosa. Por primera vez, sentí miedo por el trato que había realizado.

Matthew atravesó el claro y me acogió en sus brazos. Nos abrazamos abrumados, conscientes de todo lo que casi habíamos perdido.

—Me prometiste que ibas a ser menos imprudente. —Había irritación en su voz.

Yo también estaba enfadada con él.

—Se suponía que tú eras indestructible.

Apoyó su frente contra la mía.

—Debería haberte hablado de Juliette.

—Sí, debiste hacerlo. Ella casi te aparta de mí. —Mi pulso latió detrás de la venda del cuello. Matthew apoyó el pulgar sobre el sitio donde había atravesado con un mordisco piel y músculos. Su contacto resultó inesperadamente cálido.

—Estuvo demasiado cerca. —Sus dedos se enredaban en mi pelo y su boca se apretaba sobre la mía. Así nos quedamos, los corazones del uno junto al otro, en aquel silencio.

—Cuando le quité la vida a Juliette, la convertí en parte de la mía… para siempre.

Matthew me acarició el pelo.

—La muerte tiene su propia y poderosa magia.

En calma otra vez, dije, sin pronunciarla, una palabra de agradecimiento a la diosa, no sólo por la vida de Matthew, sino también por la mía.

Caminamos hacia el Range Rover, pero a medio camino me sentí fatigada. Matthew me cargó en su espalda y me llevó el resto del camino.

Sarah estaba inclinada sobre su escritorio en el despacho cuando llegamos a casa. Salió volando y abrió la puerta del coche a una velocidad que un vampiro podría envidiar.

—¡Maldición, Matthew! —dijo tras ver mi rostro exhausto.

Juntos me llevaron adentro y otra vez al sofá de la sala, donde apoyé la cabeza en el regazo de Matthew. Fui arrullada hasta quedarme dormida por los sonidos tranquilos de la actividad que me rodeaba, y lo último que recordé claramente fue el olor a vainilla y el ruido de la maltrecha batidora de Em.

Matthew me despertó a la hora de comer; había sopa de verduras. La expresión en su cara indicaba que en breve yo necesitaría recuperar fuerzas de alguna otra forma. Estaba a punto de contar a nuestras familias cuál era nuestro plan.

—¿Lista, *mon coeur?* —me preguntó. Asentí con la cabeza, mientras tomaba mi última cucharada de sopa. Marcus giró la cabeza hacia nosotros—. Tenemos algo que deciros —anunció.

La nueva rutina de la familia era reunirnos en el comedor cada vez que había que hablar de algo importante. Cuando estuvimos reunidos, todas las miradas se volvieron hacia Matthew.

—¿Qué has decidido? —preguntó Marcus sin preámbulos.

Matthew respiró profundamente y empezó:

—Tenemos que irnos a un lugar donde a la Congregación no le resulte fácil seguirnos; un lugar en el que Diana tenga tiempo y maestros que le ayuden a dominar su magia.

Sarah se rió entre dientes.

—¿Dónde está ese lugar en el que hay brujas fuertes y pacientes a las que no les molesta tener un vampiro cerca?

—No tengo en mente ningún lugar especial —replicó Matthew enigmáticamente —. Vamos a esconder a Diana *en el tiempo*.

Todos empezaron a gritar a la vez. Matthew me cogió de la mano.

—Courage —murmuré en francés, repitiendo el consejo que él me dio cuando conocí a Ysabeau.

Resopló y me devolvió una lúgubre sonrisa.

Sentí cierta simpatía por la incredulidad y el asombro de todos ellos. La noche anterior, cuando ya estaba en la cama, mi propia reacción había sido más o menos la misma. Primero había insistido en que era imposible, y luego hice mil preguntas. Necesitaba saber cuándo y adónde nos íbamos a ir.

Matthew me había explicado lo que había podido, que no era mucho:

—Tú quieres usar tu magia, pero en este momento ella te está usando a ti. Necesitas un maestro, alguien que sea más hábil que Sarah o Emily. No es culpa suya no poder ayudarte. Las brujas en el pasado eran diferentes. Muchos de sus conocimientos se han perdido.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —había susurrado yo en la oscuridad.

—Nada demasiado lejano…, aunque el pasado reciente tiene sus propios riesgos…, pero lo suficientemente distante como para encontrar una bruja que pueda entrenarte. Primero tenemos que hablar con Sarah y preguntarle si se puede hacer sin correr ningún riesgo. Y luego tenemos que localizar tres cosas que nos conduzcan a la época correcta.

—¿Nosotros? —había preguntado sorprendida—. ¿No te encontraré directamente allí?

—No, salvo que no haya ninguna otra alternativa. Yo no era la misma criatura entonces, y no confiaría del todo en mis anteriores egos si estuviera en tu lugar.

Su boca se había suavizado aliviada en cuanto asentí con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo. Unos días atrás él había rechazado la idea de viajar en el tiempo. Aparentemente, los riesgos si nos quedábamos en el presente eran todavía mayores.

—¿Qué harán los otros?

Deslizó lentamente el pulgar sobre las venas en el dorso de mi mano.

—Miriam y Marcus regresarán a Oxford. La Congregación te buscará primero aquí. Sería mejor que Sarah y Emily se fuesen, al menos durante algún tiempo.

¿Estarían dispuestas a irse con Ysabeau? —preguntó Matthew.

La idea, en principio, parecía ridícula. ¿Sarah e Ysabeau bajo el mismo techo? Sin embargo, cuanto más lo pensaba, menos improbable me parecía.

—No lo sé —respondí reflexiva. Luego surgió una nueva preocupación: Marcus. No comprendía yo del todo las complejidades de los caballeros de Lázaro, pero sin la presencia de Matthew, él iba a tener que cargar con más responsabilidades todavía.

—Es la única forma —había dicho Matthew en la oscuridad, tranquilizándome con un beso.

Ésa era precisamente la conclusión que Em quería discutir en ese momento.

—¡Tiene que haber otra manera! —protestó ella.

—Trataré de pensar en una, Emily —le dijo Matthew en tono apaciguador.

—Dónde…, o debo decir cuándo…, estás pensando ir? Diana no es precisamente alguien que pueda pasar inadvertida con facilidad. Es demasiado alta. —Miriam bajó la mirada para detenerse en sus propias manos diminutas.

—Aparte de que Diana pueda o no pasar inadvertida, es demasiado peligroso —intervino Marcus con voz firme—. Podríais terminar en medio de una guerra. O de una epidemia.

—O de una caza de brujas. —Miriam no lo dijo maliciosamente, pero de todos modos tres cabezas se volvieron indignadas hacia ella.

—Sarah, ¿qué piensas? —quiso saber Matthew.

De todas las criaturas en la habitación, ella era la que se mostraba más serena.

—¿La llevarás a un tiempo en el que estará con brujas que puedan ayudarla?

—Sí.

Sarah cerró los ojos un instante, luego los abrió.

—Vosotros no estáis seguros aquí: Juliette Durand lo demostró. Y si no estáis a salvo en Madison, no lo estaréis en ninguna parte.

—Gracias. —Matthew abrió la boca para decir algo más, pero Sarah levantó una mano.

—No me prometas nada —dijo con voz tensa—. Tendrás cuidado, por el bien de ella y por el tuyo propio.

—Ahora lo único por lo que tenemos que preocuparnos es por el viaje en el tiempo. — Matthew se giró para hablar con toda seriedad—. Diana va a necesitar tres artículos de una época y un lugar especial adonde poder viajar sin peligro.

Sarah asintió con la cabeza.

—¿Yo cuento como un objeto de la época? —preguntó él.

—¿Te late el corazón? ¡Por supuesto que no eres un objeto! —Aquélla era una de las declaraciones más positivas que Sarah había hecho jamás acerca de los vampiros.

—Si necesitas cosas para que te guíen en tu viaje, te regalo éstas. —Marcus tiró de un cordón de cuero fino bajo el cuello de su camisa y se lo quitó por encima de la

cabeza. Estaba adornado con una rara colección de artículos que incluía un diente, una moneda, un pedazo de algo brillante negro y dorado y un maltrecho silbato de plata. Se lo arrojó a Matthew.

—¿No conseguiste esto de una víctima de la fiebre amarilla? —preguntó Matthew, tocando el diente.

—En Nueva Orleans —respondió Marcus—. Durante la epidemia de 1819.

—A Nueva Orleans es imposible —sentenció Matthew bruscamente.

—Supongo que sí. —Marcus me dirigió una mirada y luego volvió a prestar atención a su padre—. ¿Y París? Ahí tienes uno de los pendientes de Fanny.

Matthew rozó una pequeña piedra roja engarzada en filigrana de oro.

—Philippe y yo tuvimos que sacarte de París, y a Fanny también. Lo llamaban el Terror, ¿te acuerdas? No es un buen sitio para Diana.

—Vosotros os preocupabais por mí como dos viejas. Yo ya había estado en una revolución. Además, si estás buscando un lugar seguro en el pasado, te será muy difícil hallarlo —masculló Marcus. Su cara se iluminó—. ¿Filadelfia?

—No estuve en Filadelfia contigo, ni en California —se apresuró a decir Matthew, antes de que su hijo pudiera hablar—. Sería preferible ir hacia un tiempo y un lugar que yo conozca.

—Aunque sepas adónde vamos a ir, Matthew, no estoy segura de poder hacerlo. —Mi decisión de mantenerme alejada de la magia se había apoderado otra vez de mí.

—Yo creo que sí puedes —intervino Sarah tajante—, lo has estado haciendo toda tu vida. Cuando eras un bebé, cuando eras niña y jugabas al escondite con Stephen, y también cuando eras adolescente. ¿Recuerdas todas aquellas mañanas en que te arrastrábamos para sacarte del bosque y teníamos que cambiarte de ropa a tiempo para ir a la escuela? ¿Qué imaginas que estabas haciendo entonces?

—Indudablemente no era viajar en el tiempo —repliqué sinceramente—. La ciencia de esto todavía me preocupa. ¿Adónde va este cuerpo cuando yo estoy en otra parte?

—¿Quién lo sabe? Pero no te preocupes. Eso le ha pasado a todo el mundo. Vas en tu coche al trabajo y no recuerdas cómo llegaste allí. O pasa toda una tarde y no tienes la menor idea de lo que hiciste. Cada vez que ocurre algo así, puedes apostar que hay un viajero del tiempo en las cercanías —explicó Sarah. Se estaba mostrando totalmente indiferente ante esa posibilidad.

Matthew percibió mi angustia y me cogió de la mano.

—Einstein dijo que todos los físicos sabían que las diferencias entre el pasado, el presente y el futuro eran sólo lo que él llamaba «una ilusión tercamente persistente». Él no sólo creía en prodigios y maravillas, sino también en la elasticidad del tiempo.

Se oyó un tímido golpe en la puerta.

—No he oído ningún coche —dijo Miriam cautelosamente mientras se ponía de

pie.

—Es Sammy, que viene a buscar el dinero del periódico. —Em se levantó de su silla.

Esperamos en silencio mientras ella cruzaba el salón y las tablas del suelo protestaban bajo sus pies. Por la forma de poner sus manos extendidas y apoyadas sobre la superficie de madera de la mesa, tanto Matthew como Marcus estaban preparados para salir disparados hacia la puerta también.

Una corriente de aire frío entró al comedor.

—¿Sí? —preguntó Em con voz perpleja. En un instante, Marcus y Matthew se pusieron de pie y fueron junto a ella, acompañados por *Tabitha*, que estaba decidida a seguir al jefe de la manada en su importante expedición.

—No es el repartidor de periódicos —explicó innecesariamente Sarah, mirando la silla vacía junto a mí.

—¿Es usted Diana Bishop? —preguntó una profunda voz masculina con un acento conocido extranjero de vocales abiertas y un poco arrastradas.

—No, soy su tía —respondió Em.

—¿Podemos ayudarle en algo? —Matthew se mostraba frío, aunque educado.

—Mi nombre es Nathaniel Wilson, y ésta es mi esposa, Sophie. Nos dijeron que podríamos encontrar a Diana Bishop aquí.

—¿Quién les ha dicho eso? —preguntó Matthew con suavidad.

—La madre de él…, Agatha. —Me puse de pie y fui a la puerta.

Su voz me hizo recordar a la daimón de Blackwell's, la diseñadora de moda australiana con hermosos ojos marrones.

Miriam trató de impedirme seguir hacia el vestíbulo, pero se apartó a un lado cuando vio mi expresión. No pude controlar a Marcus con la misma facilidad: me cogió el brazo y me mantuvo en las sombras junto a la escalera.

Nathaniel puso sus ojos en suave contacto sobre mi cara. No tenía más de veintiún o veintidós años; su pelo rubio, sus ojos color chocolate, así como la boca grande y las delicadas facciones eran las de su madre. Pero si Agatha era estilizada y firme, él era casi tan alto como Matthew, con los hombros anchos y las caderas estrechas de un nadador. Una mochila enorme le colgaba de un hombro.

—¿Es usted Diana Bishop? —preguntó él.

Un rostro de mujer asomó al lado de Nathaniel. Era dulce y redonda, con ojos castaños inteligentes y con un hoyuelo en la barbilla. También ella tenía unos veintitantos años, y la apacible e insidiosa presión de su mirada indicaba que era una daimón.

Mientras me examinaba, un largo mechón de color castaño cayó sobre su hombro.

—Es ella —dijo la joven con un suave acento que revelaba que había nacido en el sur de Estados Unidos—. Es igual a la que aparecía en mis sueños.

—Está bien, Matthew —dije. Estos dos daimones no eran más peligrosos para mí que Marthe para Ysabeau.

—Entonces usted es el vampiro —dijo Nathaniel, mirándolo atentamente—. Mi madre me advirtió sobre usted.

—Pues debería hacer caso a sus recomendaciones —sugirió Matthew con una voz peligrosamente suave.

Nathaniel no se mostró impresionado.

—Ella me dijo que usted no vería con buenos ojos la llegada del hijo de un miembro de la Congregación. Pero no estoy aquí como enviado suyo. Estoy aquí por Sophie. —Pasó un brazo alrededor del hombro de su esposa con un gesto protector, y ella se estremeció al acercarse un poco más. Ninguno de los dos iba vestido para el otoño de Nueva York. Nathaniel llevaba un viejo chaquetón y Sophie sólo iba abrigada con un jersey de cuello alto y una chaqueta tejida a mano que le llegaba a las rodillas.

—¿Los dos son daimones? —me preguntó Matthew.

—Sí —respondí, aunque algo me hizo dudar.

—¿Tú también eres un vampiro? —le preguntó Nathaniel a Marcus.

Marcus le dirigió una gran sonrisa lobuna.

—Sí, señor.

Sophie todavía seguía tocándome con su característica mirada de daimón, pero también había un ligero hormigueo en mi piel. La mano de ella se deslizó posesivamente sobre su vientre.

—¡Estás embarazada! —exclamé.

Marcus se sintió tan sorprendido que aflojó la mano con la que me agarraba. Matthew me detuvo cuando pasé junto a él. La casa, nerviosa por la aparición de dos visitantes y por el brusco movimiento de Matthew, manifestó su desagrado cerrando con un golpe brusco las puertas del salón principal.

—Lo que tú sientes… me pasa a mí —explicó Sophie, acercándose unos centímetros más a su marido—. Vengo de una familia de brujas, pero yo salí diferente.

Sarah entró en el vestíbulo, vio a los visitantes y alzó las manos al cielo.

—¡Lo que nos faltaba! Ya había dicho yo que pronto habría daimones en Madison. De todas formas, la casa por lo general conoce nuestros asuntos mejor que nosotros mismos. Pues bien, ya que estáis aquí, será mejor que entréis. Fuera hace frío.

La casa gruñó como si estuviera muy harta de nosotros cuando entraron los daimones.

—No os preocupéis —dije, tratando de tranquilizarlos—. La casa nos avisó que estabais a punto de llegar, aunque parezca que está protestando.

—La casa de mi abuela era igual. —Sophie sonrió—. Vivía en Seven Devils, el antiguo pueblo normando. Allí nací. Forma parte oficialmente de Carolina del Norte, pero mi padre decía que nadie se había molestado en informar de ello a la gente del pueblo. Somos una especie de nación aparte.

Las puertas del salón principal se abrieron de par en par, dejando ver a mi abuela y a tres o cuatro Bishop más que observaban aquellos movimientos con interés. Un muchacho con una cesta de frutas del bosque saludó con la mano. Sophie le devolvió el saludo tímidamente.

—Mi abuela también tenía fantasmas —explicó tranquilamente.

Los fantasmas, sumados a dos vampiros poco amistosos y una casa excesivamente expresiva fueron demasiado para Nathaniel.

—No nos quedemos aquí más tiempo del necesario, Sophie. Has venido a darle algo a Diana. Dáselo y marchémonos —dijo Nathaniel. Miriam escogió ese instante para salir de las sombras junto al comedor, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nathaniel dio un paso hacia atrás.

—Primero vampiros, ahora daimones. ¿Qué vendrá luego? —masculló Sarah. Se volvió hacia Sophie—: ¿Así que estás más o menos de cinco meses?

—El bebé se aceleró la semana pasada —respondió Sophie, con las dos manos apoyadas sobre el vientre—. Fue entonces cuando Agatha nos dijo dónde podíamos encontrar a Diana. Ella no sabía nada sobre mi familia. He estado soñando contigo durante meses. Y no sé qué fue lo que Agatha vio que la asustó tanto.

—¿Qué tipo de sueños? —intervino rápidamente Matthew.

—Dejemos que Sophie se siente antes de someterla a este interrogatorio. —Sin decir nada más, Sarah se hizo cargo de la situación—. Em, ¿puedes traernos unas galletas? Y leche también.

Em se dirigió a la cocina, donde pudimos escuchar los ruidos distantes de los vasos.

—Podrían ser mis sueños o podrían ser los de ella. —Sophie se miró el vientre mientras Sarah los conducía, a ella y a Nathaniel, al interior de la casa. Miró por encima de su hombro a Matthew— . Como ves, se trata de una bruja. Probablemente eso era lo que le preocupaba a la madre de Nathaniel.

Todas las miradas se dirigieron al vientre que sobresalía debajo del jersey azul de Sophie.

—¡Al comedor! —ordenó Sarah en un tono que no admitía discusiones—. ¡Todo el mundo al comedor!

Matthew me retuvo.

—Resulta demasiado extraño que hayan aparecido justo ahora. No hay que mencionar el asunto de viajar en el tiempo delante de ellos.

—Son inofensivos. —Todos mis instintos lo confirmaban.

—Nadie es inofensivo, y eso también cuenta para el hijo de Agatha Wilson. —*Tabitha,* que estaba sentada junto a Matthew, maulló para mostrar que estaba de acuerdo.

—Vosotros dos, ¿vais a venir con nosotros o tendré que arrastraros para que os acerquéis? — nos llamó Sarah.

—Ya vamos —respondió Matthew suavemente.

Sarah estaba en la cabecera de la mesa. Señaló las sillas vacías a su derecha.

—Sentaos.

Estábamos frente a Sophie y Nathaniel, que había dejado un asiento vacío entre ellos y Marcus. El hijo de Matthew repartía su atención entre su padre y los daimones. Yo me senté entre Matthew y Miriam, que no apartaban sus ojos de Nathaniel. Cuando Em entró, traía una bandeja cargada con vino, leche, boles con frutas del bosque y frutos secos, y un enorme plato de galletas.

—¡Por Dios, esas galletas despiertan en mí un profundo deseo de ser una criatura de sangre caliente! —exclamó Marcus con un tono reverente, y cogió uno de los discos dorados rellenos con chocolate para llevárselo a la nariz—. Su olor es tan delicioso como horrible el gusto que tienen.

—Prueba éstos —ofreció Em, acercándole un bol de frutos secos—. Están recubiertos con vainilla y azúcar. No son galletas, pero se parecen. —También le pasó una botella de vino y un sacacorchos—. Ábrela y sírvele a tu padre.

—Gracias, Em —dijo Marcus con la boca llena de nueces pegajosas mientras descorchaba la botella—. Eres maravillosa.

Sarah observó atentamente mientras Sophie bebía con avidez el vaso de leche y se comía una galleta. Cuando la daimón estiró la mano en busca de su segunda galleta, mi tía se volvió hacia Nathaniel.

—¿Y dónde está tu coche? —Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, era una pregunta rara para iniciar la conversación.

—Hemos venido a pie. —Nathaniel no había tocado nada de lo que Em le había puesto delante.

—¿Desde dónde? —preguntó Marcus incrédulo, mientras le pasaba un vaso de vino a Matthew. Había visto lo suficiente del campo circundante como para saber que no había nada a una distancia razonable como para venir caminando.

—Hemos viajado con un amigo desde Durham hasta Washington —explicó Sophie—. Luego cogimos un tren desde allí hasta Nueva York. No me gustó mucho la ciudad.

—Fuimos en tren a Albany y luego a Syracuse. Un autobús nos llevó a Cazenovia. — Nathaniel tocó con la mano el brazo de Sophie a modo de advertencia.

—Él no quiere que cuente que aceptamos ser recogidos por un coche desconocido —confesó Sophie con una sonrisa—. La señora sabía dónde estaba la casa. A sus

hijos les encanta venir aquí en Halloween porque ustedes son brujas de verdad. —Sophie tomó otro sorbo de leche—. Aunque no necesitábamos que nos dijeran dónde estaba la casa. Hay mucha energía en ella. Es imposible no descubrirla.

—¿Hay alguna razón por la que elegiste dar un rodeo tan grande? —le preguntó Matthew a Nathaniel.

—Alguien nos siguió hasta Nueva York, pero Sophie y yo nos subimos en el tren de Washington y dejaron de interesarse por nosotros —respondió Nathaniel, molesto.

—Luego bajamos del tren en Nueva Jersey y fuimos a la ciudad. Un hombre en la estación nos dijo que los turistas se confunden casi siempre con los trenes que tienen que coger. Ni siquiera nos cobraron, ¿no es cierto, Nathaniel? —Sophie parecía encantada con el trato amable que habían recibido por parte de la Amtrak, la compañía de ferrocarriles.

Matthew siguió con su interrogatorio a Nathaniel:

—¿Dónde vais a quedaros?

—Se quedarán aquí. —La voz de Em tenía un cierto tono agudo—. No tienen coche y la casa ya ha hecho una habitación para ellos. Además, Sophie tiene que hablar con Diana.

—Me gustaría hacerlo. Agatha dijo que tú podrías ayudarnos. Mencionó algo sobre un libro para el bebé —dijo Sophie en voz baja. Marcus dirigió rápidamente su mirada a la página del Ashmole 782, cuyo borde sobresalía por debajo del gráfico que dibujaba la cadena de mando de los caballeros de Lázaro. Rápidamente acomodó todos los papeles en un solo montón y puso encima del todo una serie de resultados de ADN de aspecto inofensivo.

—¿Qué libro, Sophie? —pregunté.

—No le dijimos a Agatha que yo pertenecía a una familia de brujas. Ni siquiera se lo dije a Nathaniel…, por lo menos no lo hice hasta que no vino a casa para conocer a mi padre. Estábamos juntos desde hacía casi cuatro años, y mi padre estaba enfermo y perdía el control sobre su magia. No quería que Nathaniel se asustara. De todos modos, cuando nos casamos, pensamos que lo mejor era no montar ningún escándalo. Agatha ya estaba en la Congregación y siempre hablaba de las reglas de segregación y de lo que ocurría cuando la gente las violaba. —Sophie negó con la cabeza— . Eso nunca tuvo sentido para mí.

—¿El libro? —repetí, tratando delicadamente de desviar la conversación.

—¡Ah! —Sophie arrugó la frente para concentrarse y se quedó en silencio.

—Mi madre estaba emocionada con el bebé. Dijo que iba a ser la niña mejor vestida que jamás se ha visto. —Nathaniel sonrió a su esposa tiernamente—. Entonces empezaron los sueños. Sophie presentía que se aproximaba una época de problemas. Ella tiene premoniciones fuertes para ser una daimón, igual que mi madre. En septiembre empezó a ver tu cara, Diana, y a escuchar tu nombre. Sophie dijo que

la gente quiere algo de ti.

Matthew me tocó con los dedos en la parte baja de la espalda, donde nacía la cicatriz de Satu.

—Enséñales la jarra con su cara, Nathaniel. Es sólo una fotografía. Yo quería traerla, pero él dijo que no podíamos llevar una jarra de cuatro litros desde Durham hasta Nueva York.

Su marido sacó obedientemente su teléfono e hizo aparecer una fotografía en la pantalla. Nathaniel le pasó el teléfono a Sarah, que se quedó con la boca abierta.

—Soy alfarera, como mi madre y mi abuela. Mi abuela usaba el fuego de brujos en su horno, pero yo trabajo sólo de la manera habitual. Todas las caras de mis sueños aparecen en mis cacharros. No todas asustan. La tuya tampoco.

Sarah le pasó el teléfono a Matthew.

—Es preciosa, Sophie —dijo él con sinceridad.

Tuve que estar de acuerdo. Su forma alta y redondeada era de color gris pálido, y dos asas se curvaban hacia fuera desde su boca. En la parte de delante había una cara…, mi cara, aunque distorsionada por las proporciones de la jarra. Mi barbilla sobresalía de la superficie, así como la nariz, las orejas y el trazo amplio de los huesos bajo mis cejas. Gruesos garabatos asemejaban mi cabello. Tenía los ojos cerrados, y mi boca sonreía plácidamente, como si estuviera guardando un secreto.

—Esto es para ti. —Sophie sacó un objeto pequeño y lleno de bultos del bolsillo de su chaqueta. Estaba envuelto en un hule asegurado con un cordel—. Cuando el bebé se aceleró, estuve segura de que era tuyo. El bebé lo sabe también. Tal vez fue eso lo que preocupó tanto a Agatha. Y por supuesto ninguno de nosotros sabe qué hacer con un bebé que será bruja. La madre de Nathaniel pensó que tú podrías tener alguna idea.

Observábamos en silencio mientras Sophie se ocupaba de deshacer el paquete.

—Lo siento —farfulló—. Lo ha atado mi padre. Él estuvo en la marina.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Marcus, tendiendo la mano hacia el paquete.

—No, ya está. —Sophie le sonrió dulcemente y volvió a su tarea—. Tiene que estar envuelto, si no, se ennegrece. Y se supone que no es negro, sino blanco.

Aquello había provocado una gran curiosidad en todos nosotros. No se oía un solo ruido en la casa, salvo el que hacía la lengua de *Tabitha* al lamerse las patas. El cordel salió y luego lo siguió el hule.

—Aquí tienes —susurró Sophie—. Puede que no sea una bruja, pero soy la última de los normandos. Hemos estado guardando esto para ti.

Era una pequeña estatuilla de no más de diez centímetros de alto y estaba hecha de una plata vieja que brillaba con los suaves reflejos bruñidos que se ven en las vitrinas de exposición de un museo. Sophie giró la estatuilla para que mirara hacia mí.

—Diana —dije innecesariamente. La diosa estaba representada con precisión, desde las puntas de la luna creciente sobre su frente hasta sus pies con sandalias. Estaba en movimiento, con un pie dando un paso adelante mientras una mano iba hacia los hombros para sacar una flecha de la aljaba. La otra mano reposaba sobre la cornamenta de un ciervo.

—¿Dónde has conseguido eso? —La voz de Matthew sonaba extraña y su cara se había puesto gris.

Sophie se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe. Los normandos lo han tenido desde siempre. Ha ido pasando de generación en generación dentro de esta familia de brujos y brujas. «Cuando llegue el momento, dásela a quien la necesite». Eso es lo que mi abuela le decía a mi padre, y mi padre me lo dijo a mí. También estaba escrito en un pequeño trozo de papel, pero se perdió hace mucho tiempo.

—¿Qué pasa, Matthew? —Marcus parecía inquieto. Igual que Nathaniel.

—Es una pieza de ajedrez —a Matthew se le quebró la voz—. La reina blanca.

—¿Cómo lo sabes? —Sarah observó la estatuilla con mirada crítica—. No se parece a ninguna pieza de ajedrez que yo haya visto.

Matthew tuvo que esforzarse por hacer salir las palabras; sus labios estaban apretados.

—Porque hubo un tiempo en que fue mía. Mi padre me la regaló.

—¿Y cómo vino a parar a Carolina del Norte? —Estiré mis dedos hacia el objeto de plata, y la estatuilla se deslizó sobre la mesa como si quisiera que yo la cogiese. La cornamenta del ciervo se clavó en la palma de mi mano cuando la cogí y al tocarla el metal se calentó rápidamente.

—La perdí en una apuesta —dijo Matthew en voz baja—. No tengo ni idea de cómo llegó a Carolina del Norte. —Hundió la cara entre sus manos y murmuró una sola palabra que no tenía sentido para mí—: Kit.

—¿Recuerdas cuándo estuvo en tu poder por última vez? —preguntó Sarah de manera brusca.

—Lo recuerdo con precisión. —Matthew levantó la cabeza—. Estaba jugando una partida con ella hace muchos años. Era la Noche de Difuntos. Fue entonces cuando perdí mi apuesta.

—Eso es la semana que viene. —Miriam se dio la vuelta en su asiento para mirar a Sarah a los ojos—. ¿Viajar en el tiempo sería más fácil en torno a la Noche de Todos los Santos y a la de Difuntos?

—¡Miriam! —reaccionó Matthew gruñendo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué es eso de viajar en el tiempo? —le susurró Nathaniel a Sophie.

—Mi madre viajaba en el tiempo —respondió Sophie con otro susurro—. Lo hacía muy bien, además, y siempre volvía del siglo XVIII con muchas ideas para

hacer teteras y jarras.

—¿Tu madre visitó el pasado? —preguntó Nathaniel con asombro. Miró por toda la habitación a aquella colección de diferentes criaturas y luego al vientre de su esposa—. ¿Eso es normal en las familias de brujos y brujas, como la clarividencia?

Sarah le respondió a Miriam por encima de la conversación susurrada de los daimones:

—No hay mucha separación entre los vivos y los muertos entre la noche de Halloween y la de Difuntos. No sería difícil deslizarse entre el pasado y el presente en ese momento.

Nathaniel parecía cada vez más preocupado.

—¿Vivos y muertos? Sophie y yo sólo hemos venido para entregar esa estatuilla, o lo que sea, para que ella pueda dormir por la noche.

—¿Se habrá recuperado Diana lo suficiente? —le preguntó Marcus a Matthew, ignorando a Nathaniel.

—En esta época del año a Diana debería resultarle mucho más fácil viajar en el tiempo — reflexionó Sarah en voz alta.

Sophie miró feliz alrededor de la mesa.

—Esto me recuerda los viejos tiempos, cuando la abuela y sus hermanas se reunían a chismorrear. Parecía que nunca prestaban atención a lo que las demás decían, pero siempre sabían lo que todas estaban comentando.

Las diferentes conversaciones que se desarrollaban en la habitación se detuvieron de repente cuando las puertas del comedor se abrieron y se cerraron ruidosamente, a lo que siguió un mayor estruendo producido por las más pesadas puertas del salón principal. Nathaniel, Miriam y Marcus se pusieron de pie de un salto.

—¿Qué diablos ha sido eso? —quiso saber Marcus.

—La casa —respondí con un cierto cansancio—. Iré a ver qué es lo que quiere.

Matthew cogió la estatuilla y me siguió.

La anciana con el corpiño bordado estaba esperando en el umbral de la sala principal.

—Hola, señora. —Sophie nos había seguido e inclinaba cortésmente la cabeza hacia la anciana. Estudió mis facciones—. La dama se parece un poco a ti, ¿no?

«Así que ya has elegido tu camino», señaló la anciana. Su voz era más débil que antes.

—Lo hemos elegido —dije. Oí pasos detrás de mí mientras los restantes ocupantes del comedor se acercaban para ver de qué se trataba toda aquella conmoción.

«Vas a necesitar otra cosa para tu viaje», respondió.

Las grandes puertas de la sala se abrieron y el grupo de criaturas a mi espalda se enfrentó a una multitud de fantasmas que esperaba junto a la chimenea.

«Esto va a ser interesante», dijo mi abuela irónicamente desde su posición a la cabeza del fantasmal grupo.

Se oyó un retumbar en las paredes, como un golpeteo de huesos. Me senté en la mecedora de mi abuela, pues las rodillas ya no podían sostener mi peso.

Comenzó a formarse una grieta en los paneles de madera entre la ventana y la chimenea. Avanzó ensanchándose en un corte diagonal. La antigua madera vibró y chirrió. Algo blando con piernas y brazos salió volando de esa abertura. Me estremecí cuando aterrizó en mi regazo.

—¡Demonios! —exclamó Sarah.

«Esos paneles de madera nunca volverán a ser los mismos», comentó mi abuela, sacudiendo la cabeza y lamentándolo mientras observaba la madera resquebrajada.

Fuese lo que fuese lo que voló hacia mí, estaba hecho de una tela rústica desteñida en la que se conservaba un indefinido marrón grisáceo. Además de sus cuatro miembros, en el lugar en donde debía estar la cabeza había un bulto adornado con mechones desteñidos de pelo. Alguien había cosido una X donde debía estar el corazón.

—¿Qué es eso? —Apunté con el índice hacia las puntadas irregulares y burdas.

—¡No lo toques! —gritó Em.

—Ya lo estoy tocando —dije, levantando la vista confundida—: lo tengo en mi regazo.

—Nunca he visto una muñeca de trapo tan vieja —dijo Sophie, que se inclinaba para mirarlo.

—¿Muñeca de trapo? —Miriam frunció el ceño—. ¿No fue una de tus antepasadas la que tuvo problemas por una muñeca de trapo?

—Bridget Bishop —dijimos Sarah, Em y yo a la vez.

La anciana con el corpiño bordado se había acercado a mi abuela.

—¿Esto es tuyo? —susurré.

Una sonrisa apareció en los extremos de la boca de Bridget. «Recuerda que debes ser astuta cuando te encuentres en una encrucijada, hija. Nunca se sabe qué secretos hay enterrados ahí».

Bajé la mirada hacia la muñeca de trapo y toqué con suavidad la X de su pecho. La tela se abrió para dejar a la vista un relleno hecho de hojas, ramitas y flores secas que llenó el aire con olor a hierbas.

—Ruda —dije al reconocer una de las hierbas del té de Marthe.

—Trébol, brezo, duraznillo y resbaladiza corteza de olmo también, por el olor —añadió tras oler Sarah con fuerza el aire—. Esa muñeca de trapo fue hecha para atraer a alguien…, a Diana presumiblemente…, y además tiene un hechizo en ella como protección.

«Has hecho un buen trabajo con ella», le dijo Bridget a mi abuela apuntando con

una inclinación de cabeza a Sarah.

Algo brillaba a través de la tela marrón. Cuando tiré de ella con suavidad, la muñeca de trapo se desarmó por completo.

«Y hay un final para ello», dijo Bridget con un suspiro. Mi abuela puso un brazo reconfortante alrededor de ella.

—Es un pendiente. —Sus intrincadas superficies doradas reflejaban la luz, y una enorme perla en forma de lágrima brillaba en el extremo.

—¿Cómo diablos fue a parar uno de los pendientes de mi madre a la muñeca de trapo de Bridget Bishop? —La cara de Matthew adquirió otra vez ese color gris pastoso.

—¿Los pendientes de tu madre estaban en el mismo sitio que tu juego de ajedrez aquella noche, hace mucho tiempo? —preguntó Miriam. Tanto el pendiente como la pieza de ajedrez eran antiguos, mucho más que la muñeca de trapo y que la casa de las Bishop.

Matthew pensó un momento, luego asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Una semana es tiempo suficiente? ¿Puedes estar lista? —me preguntó en tono apremiante.

—No lo sé.

—Seguro que estarás lista —canturreó Sophie, mirándose el vientre—. Ella hará que todo salga bien para ti, brujita. Tú serás su madrina —dijo Sophie con una sonrisa radiante—. A ella le gustará.

—Si contamos al bebé, y sin contar a los fantasmas, por supuesto —intervino Marcus en un tono aparentemente tranquilo que me recordó la forma de hablar de Matthew cuando estaba estresado—, somos nueve en esta habitación.

—Cuatro brujas, tres vampiros y dos daimones —precisó Sophie en un tono soñador, con sus manos todavía sobre el vientre—. Pero nos falta un daimón. Sin él no podemos ser una asamblea secreta. Y cuando Matthew y Diana se vayan, necesitaremos otro vampiro también. ¿La madre de Matthew todavía vive?

—Está cansada —dijo Nathaniel como disculpándola, y apretó con las manos los hombros de su esposa—. Le resulta difícil concentrarse.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó Em a Sophie. Se esforzaba por mantener un tono de voz calmado.

Los ojos de Sophie perdieron su somnolencia.

—Una asamblea secreta. Así es como llamaban antiguamente a las reuniones de los disidentes. Pregúntales a ellos. —Inclinó su cabeza en dirección a Marcus y Miriam.

—Ya he dicho que esto no era sólo un asunto de los Bishop y los De Clermont —observó Em mirando a Sarah—. No es ni siquiera un asunto de Matthew y Diana sobre si pueden estar juntos o no. Implica a Sophie y Nathaniel también. Es sobre el

futuro, tal como dijo Diana. Así es como lucharemos contra la Congregación…, no como familias individuales sino como una…, cómo la has llamado?

—Una asamblea secreta —respondió Miriam—. Siempre me gustó esa expresión…, es tan encantadoramente siniestra… —Se afirmó sobre sus pies con una sonrisa de satisfacción.

Matthew se giró hacia Nathaniel.

—Parece que tu madre tenía razón. Aquí es donde debéis estar, con nosotros.

—Por supuesto que debéis estar aquí —dijo Sarah con energía—. Vuestro dormitorio está listo, Nathaniel. Es arriba, la segunda puerta a la derecha.

—Gracias —dijo Nathaniel con un cierto alivio en la voz, aunque todavía miraba a Matthew con cautela.

—Soy Marcus. —El hijo de Matthew le dio la mano al daimón. Nathaniel la estrechó con fuerza, reaccionando muy poco a la impresionante frialdad de la piel del vampiro.

—¿Ves? No necesitábamos hacer una reserva en ese hotel, mi amor —le dijo Sophie a su marido con una sonrisa beatífica. Buscó a Em con la mirada—: ¿Hay más galletas?

Capítulo 40

Algunos días después, Sophie estaba sentada en la encimera central de la cocina con media docena de calabazas y un cuchillo afilado cuando Matthew y yo regresamos de nuestro paseo. El tiempo se había vuelto más frío y se notaba en el aire la sombría cercanía del invierno.

—¿Qué te parece? —preguntó Sophie, haciendo girar la calabaza. Tenía los huecos de los ojos, las cejas arqueadas y la boca abierta de todas las calabazas de Halloween, pero había transformado los rasgos habituales en algo extraordinario. Había líneas que salían de la boca y tenía arrugas en la frente, haciendo que los ojos quedaran ligeramente fuera de su sitio. El efecto, en conjunto, era escalofriante.

—¡Asombroso! —Matthew miró la calabaza encantado.

Ella se mordió el labio, mirando su obra con ojos críticos.

—No estoy segura de que los ojos estén bien.

Me reí.

—Por lo menos tiene ojos. A veces Sarah ni se molesta en hacerlos y simplemente hace tres agujeros redondos en un lado con la punta de un destornillador, y listo.

—Halloween es una fiesta de mucho trabajo para las brujas. No siempre tenemos tiempo para los detalles más finos —reaccionó Sarah con cierta brusquedad saliendo de la despensa para inspeccionar el trabajo de Sophie. Asintió con la cabeza en un gesto de aprobación—. Pero este año seremos la envidia del vecindario.

Sophie sonrió tímidamente y acercó otra calabaza hacia ella.

—Ahora voy a hacer una menos aterradora. No queremos hacer llorar a los niños más pequeños.

Faltaba menos de una semana para Halloween, y Em y Sarah estaban muy ocupadas con los preparativos para la gran fiesta de otoño de la asamblea de brujas de Madison. Iba a haber comida, gran cantidad de bebida (incluido el famoso ponche de Em, que tenía a su favor al menos el nacimiento de un bebé) y suficientes actividades propias de las brujas para mantener a los niños, excitados por el azúcar, ocupados y lejos de la hoguera después de haber recogido golosinas por todo el vecindario. Pescar manzanas colgantes con la boca era mucho más difícil cuando la fruta en cuestión había sido hechizada.

Mis tías sugirieron cancelar sus planes, pero Matthew se negó.

—A todos en el pueblo les sorprendería que no aparecierais. Ésta tiene que ser una celebración normal de Halloween.

Todos dudábamos. Al fin y al cabo, Sarah y Em no eran las únicas que contaban

las horas que faltaban para Halloween.

La noche anterior, Matthew había organizado la salida gradual de cada uno de los habitantes de la casa, empezando por Nathaniel y Sophie y terminando con Marcus y Miriam. Eso, calculaba, haría que nuestra partida se notara un poco menos…, y sobre esta cuestión no habría más discusiones.

Marcus y Nathaniel habían intercambiado una larga mirada cuando Matthew terminó de comunicar sus planes. El daimón sacudió la cabeza y apretó los labios. Marcus se limitó a quedarse con la mirada fija en la mesa, al tiempo que un músculo de su mandíbula latía con fuerza.

—¿Pero quién dará las golosinas? —preguntó Em.

Matthew se mostró pensativo.

—Diana y yo lo haremos.

Marcus y Nathaniel habían salido rápidamente de la habitación cuando nos separamos para ocuparnos cada uno de nuestras distintas tareas, mascullando algo acerca de ir a buscar leche. Luego subieron al coche de Marcus y salieron casi volando por el sendero de la entrada.

—Tienes que dejar de decirles lo que tienen que hacer —reñí a Matthew, que estaba conmigo en la puerta principal viéndolos marchar—. Los dos son adultos. Nathaniel tiene una esposa, y pronto tendrá un hijo.

—Si les dejara hacer las cosas por su cuenta, Marcus y Nathaniel llamarían a una legión de vampiros para reunirlos frente a la puerta mañana mismo.

—Tú no estarás aquí para darles órdenes la semana que viene —le recordé, mirando las luces traseras del coche, que doblaban rumbo al pueblo—. Será tu hijo quien se ponga al mando.

—Eso es lo que me preocupa.

El verdadero problema era que estábamos en medio de un brote agudo de envenenamiento por testosterona. Nathaniel y Matthew no podían estar en la misma habitación sin que saltaran chispas y en la casa cada vez más llena de gente les resultaba difícil no encontrarse.

Su siguiente enfrentamiento ocurrió aquella tarde cuando llegó un paquete a domicilio. Era una caja con las palabras RIESGO BIOLÓGICO escritas a lo largo de toda la cinta de plástico de envolver en grandes letras rojas.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó Marcus, llevando la caja cautelosamente a la sala de estar. Nathaniel levantó la vista de su ordenador portátil y abrió sus ojos marrones con un brillo de alarma en ellos.

—Eso es para mí —dijo Matthew con voz serena, tomando la caja que traía su hijo.

—¡Mi esposa está embarazada! —exclamó Nathaniel furiosamente, cerrando con un golpe su ordenador portátil—. ¿Cómo puedes traer eso a casa?

—Son las inyecciones para Diana. —Matthew podía mantener su fastidio bajo control.

Dejé mi revista a un lado.

—¿Qué inyecciones?

—No vas a ir al pasado sin protección para toda posible enfermedad. Ven a la despensa —dijo Matthew, y alargó su mano hacia mí.

—Dime primero qué hay en la caja.

—Vacunas de refuerzo… para el tétanos, la fiebre tifoidea, la polio, la difteria… y también algunas vacunas que probablemente no has recibido, como la nueva preventiva de la rabia de una sola dosis, la última vacuna para la gripe, una inmunización para el cólera. —Se detuvo, todavía con la mano extendida—. Y una vacuna para la viruela.

—¿Viruela? —Se había dejado de vacunar a los niños contra la viruela unos cuantos años antes de que yo naciera. Eso quería decir que Sophie y Nathaniel tampoco estaban inmunizados.

Matthew bajó la mano y me ayudó a ponerme de pie.

—Empecemos —dijo resueltamente.

—Hoy no vas a pincharme con agujas.

—Mejor agujas hoy que viruela o tétanos mañana —replicó.

—Espera un minuto. —La voz de Nathaniel resonó en la habitación como el chasquido de un látigo—. La vacuna para la viruela lo hace a uno contagioso. ¿Y Sophie y el bebé?

—Explícaselo, Marcus —ordenó Matthew, echándose a un lado para que yo pudiera pasar.

—No contagia la viruela exactamente. —Marcus trataba de transmitirle seguridad—. Es una cepa diferente de la enfermedad. Sophie estará bien, siempre que no toque el brazo de Diana, ni nada de lo que ésta toque.

Sophie le sonrió a Marcus.

—Está bien. Puedo hacer eso.

—¿Siempre haces todo lo que él te dice? —le preguntó Nathaniel a Marcus con desprecio, levantándose del sofá. Miró a su esposa—. Sophie, nos vamos.

—Deja de montar tanto escándalo, Nathaniel —pidió Sophie—. Pondrás nerviosa a la casa… y al bebé también, si empiezas a hablar de irnos. No nos iremos a ninguna parte.

Nathaniel le dirigió una mirada de odio a Matthew y se sentó.

—Marcus me obedece a mí tanto como Sophie te obedece a ti —observó Matthew.

En la despensa, Matthew hizo que me quitara la camiseta y el jersey de cuello alto para empezar a frotarme el brazo izquierdo con alcohol. La puerta chirrió al abrirse.

Era Sarah. Había permanecido apartada sin hacer comentarios durante la conversación entre Matthew y Nathaniel, aunque apenas había apartado la mirada de la caja recién entregada.

Matthew ya había cortado la cinta protectora alrededor del recipiente de corcho blanco para abrirlo. Había en él siete ampollas pequeñas bien colocadas junto con una bolsa de pastillas, algo que parecía un recipiente de sal y un instrumento de metal con dos puntas que jamás había visto. Él ya había establecido la misma distancia médica que yo había detectado por primera vez en su laboratorio en Oxford, sin tiempo para charlas ni gestos de calidez hacia el paciente. Sarah resultaba un buen apoyo moral.

—Tengo algunas camisas blancas viejas para que te pongas. —Sarah me distrajo momentáneamente de lo que Matthew estaba haciendo—. Será fácil dejarlas blancas. Algunas toallas blancas también. Deja tu ropa sucia arriba y yo me ocuparé.

—Gracias, Sarah. Eso es un riesgo de contagio menos por el que preocuparse. —Matthew sacó una de las ampollas—. Empezaremos con el refuerzo para el tétanos.

Cada vez que clavaba algo en mi brazo, yo hacía una mueca de dolor. Con el tercer pinchazo, había un ligero brillo de sudor en mi frente y mi corazón latía con fuerza.

—Sarah —dije débilmente—, ¿podrías no ponerte detrás de mí por favor?

—Lo siento. —Sarah se apartó para quedarse detrás de Matthew—. Te traeré un vaso de agua. —Me pasó un vaso de agua helada cuyo exterior estaba resbaladizo por la condensación. Lo recibí agradecida, tratando de concentrarme en sostenerlo en lugar de pensar en la siguiente ampolla que Matthew estaba abriendo.

Otra aguja entró en mi piel, y salté.

—Ésta es la última vacuna —aseguró Matthew. Abrió el recipiente que parecía estar lleno de cristales de sal y añadió cuidadosamente el contenido a una botella de líquido. Después de sacudirlo enérgicamente, me lo pasó—. Ésta es la vacuna contra el cólera. Es oral. Luego viene la inmunización de la viruela, y algunas pastillas para tomar después de la cena las noches siguientes.

Lo bebí rápidamente, pero estuve a punto de vomitar por su espesa textura y el horrible sabor.

Matthew abrió el estuche cerrado que contenía el inoculador de dos puntas para la viruela.

—¿Sabes lo que Thomas Jefferson le escribió a Edward Jenner sobre esta vacuna? —me preguntó con voz hipnótica—. Jefferson dijo que se trataba del descubrimiento más útil de la medicina. —Sentí un toque frío de alcohol sobre mi brazo derecho, luego los pinchazos cuando la puntas del inoculador me perforaron la piel—. El presidente consideró el descubrimiento de la circulación de la sangre de Harvey sólo como un «hermoso añadido» a los conocimientos médicos. —Matthew lo movió de manera circular, distribuyendo el virus vivo sobre mi piel.

Sus tácticas de distracción estaban funcionando. Yo estaba demasiado ocupada escuchando su historia como para prestar demasiada atención a mi brazo.

—Pero Jefferson elogió a Jenner porque su vacuna relegó a la viruela a ser una enfermedad que sería conocida solamente por los historiadores. Había salvado a la raza humana de uno de sus más mortales enemigos. —Matthew arrojó la ampolla vacía y el inoculador en un recipiente de desechos biológicos sellado—. Listo.

—¿Conociste a Jefferson? —Yo ya estaba fantaseando acerca de viajar en el tiempo hasta la Virginia del siglo XVIII.

—Conocí mejor a Washington. Era un soldado…, un hombre que dejaba que sus acciones hablaran por él. Jefferson era un intelectual. Pero no era fácil llegar hasta el hombre que había detrás del intelecto. Nunca aparecería en su casa inesperadamente con una intelectual como tú a rastras.

Estiré el brazo en busca de mi jersey de cuello alto, pero Matthew me detuvo y cubrió cuidadosamente el sitio donde había puesto la vacuna con una venda impermeable.

—Éste es un virus vivo, así que tienes que mantenerlo tapado. Sophie y Nathaniel no pueden entrar en contacto con él, ni con nada que haya tocado. —Fue hasta el fregadero y se lavó las manos enérgicamente con agua muy caliente.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Se te hará una ampolla, y luego la ampolla formará una costra. Nadie debe tocar esa zona hasta que la ampolla sane.

Me puse el viejo jersey de cuello alto, teniendo cuidado de no mover la venda.

—Ahora que ya has acabado con esto, tenemos que ver de qué forma Diana te va a llevar a ti, y se va a llevar a sí misma, a algún tiempo lejano antes de Halloween. Puede que ella haya viajado en el tiempo desde que era un bebé, pero de todos modos no es fácil. —Sarah frunció el ceño manifestando su preocupación.

Em apareció en la puerta. Hicimos sitio para ella en la mesa.

—También he estado viajando en el tiempo hace poco —confesé.

—¿Cuándo? —Matthew dejó por un momento de ordenar lo que quedaba de las vacunas.

—Primero en el camino de entrada cuando tú estabas hablando con Ysabeau. Y otra vez el día en que Sarah trataba de hacerme encender una vela, cuando fui de la despensa hasta el huerto. En ambas ocasiones levanté el pie, deseé estar en algún otro lugar y puse el pie donde quería estar.

—Eso parece viajar en el tiempo —dijo Sarah lentamente—. Por supuesto, no llegaste lejos… y no llevabas nada. —Observó a Matthew con expresión dubitativa.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Puedo entrar? —La voz de Sophie se oía amortiguada.

—¿Puede, Matthew? —preguntó Em.

—Siempre que no toque a Diana.

Cuando Em abrió la puerta, Sophie estaba pasándose las manos por el vientre en un gesto tranquilizador.

—Todo va a ir bien —dijo serenamente desde el umbral—. Siempre que Matthew tenga una conexión con el lugar adonde van, ayudará a Diana y no será un lastre.

Miriam apareció detrás de Sophie.

—¿Está ocurriendo algo interesante?

—Estamos hablando de viajar en el tiempo —expliqué.

—¿Cómo lo vas a poner en práctica? —Miriam pasó junto a Sophie y la empujó con firmeza hacia atrás, hacia la puerta, cuando trató de seguirla.

—Diana irá atrás en el tiempo unas pocas horas, luego un poco más. Aumentaremos el tiempo y luego la distancia. Después haremos que Matthew la acompañe y veremos qué ocurre. —Sarah miró a Em—. ¿Puedes ayudarla?

—Un poco —respondió Em con cautela—. Stephen me dijo cómo lo hacía. Nunca usaba hechizos para volver en el tiempo…, su poder era lo suficientemente fuerte sin ellos. Dadas las experiencias tempranas de Diana en cuanto a viajar en el tiempo y a sus dificultades con el arte de la brujería, podríamos seguir el ejemplo de él.

—¿Por qué no vais tú y Diana al granero y lo intentáis? —sugirió amablemente Sarah—. Puede volver directamente a la despensa.

Cuando Matthew se movió para seguirnos, Sarah lo detuvo con una mano.

—Quédate aquí.

El color del rostro de Matthew cambió al gris de nuevo. No le gustaba que yo estuviera en una habitación diferente, y mucho menos en un tiempo diferente.

El granero todavía tenía el dulce aroma de antiguas cosechas. Em estaba de pie frente a mí y me daba instrucciones con tranquilidad.

—Quédate lo más quieta que te sea posible —dijo—. Y vacía tu mente.

—Pareces mi maestra de yoga —dije, colocando mis miembros en las líneas familiares de la postura de la montaña.

Em sonrió.

—Siempre he pensado que el yoga y la magia tenían mucho en común. Ahora cierra los ojos. Piensa en la despensa que acabas de dejar. Tienes que querer estar ahí más que aquí.

Al recrear la despensa en mi mente, la llené con objetos, olores, personas. Fruncí el ceño.

—¿Dónde estarás tú?

—Depende de cuándo llegues. Si es antes de que saliéramos, estaré allí. Si no, estaré aquí.

—La física de todo esto no tiene sentido. —Empecé a preocuparme sobre cómo

se las podría arreglar el universo con muchas Dianas y muchas Ems, por no mencionar a las Miriams y a las Sarahs.

—Deja de pensar en la física. ¿Qué escribió en su nota tu padre? «Quien ya no pueda hacerse preguntas, no pueda maravillarse, es como si estuviera muerto».

—Casi con las mismas palabras —admití de mala gana.

—Ha llegado el momento de dar el gran paso hacia lo misterioso, Diana. La magia y el asombro, que siempre fueron tuyos por derecho de nacimiento, te están esperando. Ahora, piensa en el lugar en el que quieres estar.

Cuando mi mente estuvo llena de imágenes de él, levanté el pie.

Cuando lo bajé otra vez, allí estaba yo en el granero con Em.

—No ha funcionado —exclamé, atemorizada.

—Estabas demasiado concentrada en los detalles de la habitación. Piensa en Matthew. ¿No quieres estar con él? La magia está en el corazón, no en la mente. No se trata de palabras y de seguir un procedimiento, como el arte de la brujería. Tienes que sentirla.

—Deseo. —Me vi llamando a la revista *Notas e Investigaciones* del estante en la Bodleiana, sentí otra vez el primer contacto de los labios de Matthew sobre los míos en sus habitaciones en All Souls. El granero se desvaneció y Matthew me estaba contando la historia sobre Thomas Jefferson y Edward Jenner.

—No —dijo Em con voz dura—. No pienses en Jefferson. Piensa en Matthew.

—Matthew. —Hice que mi mente recordara el contacto de sus dedos fríos sobre mi piel, el rico sonido de su voz, la sensación de intensa vitalidad cuando estábamos juntos.

Levanté el pie.

Aterricé en el rincón de la despensa, donde aparecí acurrucada detrás de un barril viejo.

—¿Y si se pierde? —Matthew parecía tenso—. ¿Cómo la haremos volver?

—No tenemos que preocuparnos por eso —dijo Sophie, señalando con el dedo hacia donde estaba yo—. Ya está aquí.

Matthew se giró como un relámpago y dejó escapar un áspero suspiro.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente? —Me sentía mareada y desorientada, pero por lo demás, bien.

—Unos noventa segundos —informó Sarah—. Tiempo más que suficiente para que a Matthew le diera un colapso nervioso.

Matthew me tomó en sus brazos y me metió debajo de su barbilla.

—Gracias a Dios. ¿Cuándo podrá llevarme con ella?

—No nos adelantemos —advirtió Sarah—. Paso a paso.

—Miré a mi alrededor.

—¿Dónde está Em?

—En el granero. —Sophie sonreía radiante—. Ya vendrá.

Em tardó más de veinte minutos en regresar. Cuando lo hizo, sus mejillas estaban rosadas por la preocupación tanto como por el frío, aunque algo de la tensión la abandonó cuando me vio allí con Matthew.

—Lo has hecho muy bien, Em —dijo Sarah y la besó, en una demostración pública de cariño poco habitual en ella.

—Diana empezó a pensar en Thomas Jefferson —dijo Em—. Podría haber terminado en Monticello. Luego se concentró en sus sentimientos y su cuerpo se puso borroso en los bordes. Parpadeé, y había desaparecido.

Esa tarde, con el entrenamiento cuidadoso de Em, hice un viaje ligeramente más largo de vuelta al desayuno. Durante los días siguientes, me desplacé un poco más lejos viajando en el tiempo. Volver al pasado ayudada por tres objetos era siempre más fácil que regresar al presente, que requería una enorme concentración así como la habilidad para pronosticar con exactitud dónde y cuándo quería llegar. Finalmente llegó el momento de llevar a Matthew.

Sarah había insistido en limitar las variables para ajustar el esfuerzo adicional requerido.

—Comienza por donde quieres terminar —aconsejó—. De ese modo, lo único por lo que vas a tener que preocuparte es por pensar en ti misma en un tiempo en concreto. El sitio saldrá por sí solo.

Conduje a Matthew al dormitorio al anochecer sin decirle qué era lo que le esperaba. La estatuilla de Diana y el pendiente de oro de la muñeca de trapo de Bridget Bishop reposaban sobre la cómoda delante de una fotografía de mis padres.

—Por más que me gustaría pasar unas horas contigo aquí, los dos solos, la cena está casi lista —protestó, aunque había un brillo calculador en sus ojos.

—Hay mucho tiempo. Sarah dijo que estoy preparada para llevarte conmigo en mi viaje en el tiempo. Vamos a volver a nuestra primera noche en la casa.

Matthew pensó por un momento y sus ojos se iluminaron todavía más.

—Fue aquélla la noche en que salieron las estrellas… dentro?

Lo besé a modo de respuesta.

—¡Oh! —Se mostró tímidamente contento—. ¿Qué tengo que hacer?

—Nada. —Eso iba a ser lo peor del viaje para él—. ¿Qué es lo que siempre me dices? Cierra los ojos, relájate y déjame a mí hacer el resto. —Le dirigí una sonrisa traviesa.

Entrelazó sus dedos con los míos.

—Bruja.

—Ni siquiera te darás cuenta de lo que está ocurriendo —le aseguré—. Es rápido. Sólo levanta el pie y bájalo cuando yo te diga. Y no te sueltes.

—Ni loco te suelto —dijo Matthew, agarrándome con más fuerza.

Pensé en aquella noche, nuestra primera noche solos después de mi encuentro con Satu. Recordé cuando me tocó la espalda, feroz y amable al mismo tiempo. Sentí la conexión, inmediata y tenaz, con ese momento compartido en nuestro pasado.

—Ahora —susurré. Ambos levantamos nuestros pies a la vez.

Pero viajar en el tiempo con Matthew era diferente. Tenerlo a él conmigo hacía que nos moviéramos con mayor lentitud y por primera vez tuve conciencia de lo que estaba ocurriendo.

El pasado, el presente y el futuro lanzaban destellos alrededor de nosotros en una telaraña de luz y color. Cada filamento de la telaraña se movía lentamente, de manera casi imperceptible, a veces tocando otro filamento antes de alejarse suavemente de nuevo como empujado por una brisa. Cada vez que las hebras se tocaban —y millones de hebras se estaban tocando constantemente—, se producía el suave eco de un sonido original e inaudible.

Momentáneamente distraídos por las posibilidades aparentemente ilimitadas que aparecían ante nosotros, era fácil perder de vista el retorcido hilo rojo y blanco de tiempo que íbamos siguiendo. Volví a poner mi concentración en él, sabiendo que nos llevaría de vuelta a nuestra primera noche en Madison.

Bajé mi pie y sentí un suelo de ásperas tablas contra mi piel desnuda.

—Me dijiste que sería rápido —dijo él con voz ronca—. A mí eso no me ha parecido rápido.

—No, ha sido diferente —estuve de acuerdo—. ¿Has visto las luces?

Matthew sacudió la cabeza.

—Estaba todo negro. Fui cayendo despacio, y sólo tu mano me impedía llegar al fondo. —La llevó hasta sus labios y la besó.

Había un persistente olor a pimiento en la casa silenciosa, y fuera era de noche.

—¿Puedes decir quién está aquí?

Sus fosas nasales se dilataron y cerró los ojos. Luego sonrió y suspiró con felicidad.

—Sólo Sarah y Em, y tú y yo. Ninguno de los niños.

Dejé escapar una risita tonta y lo atraje más cerca de mí.

—Si esta casa sigue llenándose de gente, va a reventar. —Matthew metió su cara en mi cuello para luego apartarse—. Todavía tienes la venda. Eso quiere decir que cuando viajamos en el tiempo no dejamos de ser quienes somos en el presente ni olvidamos lo que nos pasó aquí. —Sus manos frías se deslizaron por debajo del dobladillo de mi jersey de cuello alto—. Con tu recién descubierto talento como viajera en el tiempo, ¿con cuánta precisión puedes medir el paso del tiempo?

Aunque permanecimos felices en el pasado, estuvimos de regreso en el presente antes de que Emily terminara de hacer la ensalada.

—Viajar en el tiempo te sienta bien, Matthew —dijo Sarah al observar su cara

relajada. Lo premió con un vaso de vino tinto.

—Gracias, Sarah. Estaba en buenas manos. —Levantó su copa hacia mí a modo de brindis.

—Me alegra oír eso —dijo secamente Sarah, en un tono semejante al de mi fantasmal abuela. Arrojó algunos rábanos cortados en la ensaladera más grande que jamás había visto.

—¿De dónde ha salido eso? —Miré dentro de la ensaladera para esconder mis labios enrojecidos.

—La casa —explicó Em, preparando el aliño para la ensalada con un batidor—. Le encanta tener tantas bocas para alimentar.

A la mañana siguiente, la casa nos hizo saber que estaba esperando nuevos invitados.

Sarah, Matthew y yo estábamos hablando sobre si mi próximo viaje en el tiempo debía ser a Oxford o a Sept-Tours cuando Em apareció con un montón de ropa sucia en los brazos.

—Alguien viene.

Matthew dejó su periódico y se puso de pie.

—Bien. Estaba esperando una entrega hoy.

—No es una entrega, y no han llegado todavía. Pero la casa está lista para ellos. —Desapareció en el lavadero.

—¿Otra habitación? ¿Dónde la ha puesto esta vez? —le gritó Sarah mientras se alejaba.

—Junto a la de Marcus. —La respuesta de Em resonó desde las profundidades del lavadero.

Hicimos apuestas para ver de quién se trataba. Las conjeturas iban desde Agatha Wilson hasta a los amigos de Em de Cherry Valley, a quienes les gustaba aparecer sin anunciarse para la fiesta de Halloween que precedía a la asamblea de brujas.

Aquella misma mañana, un poco más tarde, se oyó una autoritaria llamada a la puerta. Ésta se abrió para mostrar a un hombre pequeño y oscuro con ojos inteligentes. Era rápidamente identificable gracias a las fotografías tomadas en fiestas de famosos en Londres y en conferencias de prensa para la televisión. Cualquier duda que pudiera quedarme sobre su identidad fue borrada por los golpecitos habituales en mis pómulos.

Nuestro misterioso huésped era Hamish Osborne, el amigo de Matthew.

—Tú debes de ser Diana —dijo sin placer ni preámbulo, con su acento escocés que alargaba las vocales. Hamish iba vestido formalmente con un traje negro de raya diplomática que había sido cortado exactamente a su medida, una camisa rosa pálido con pesados gemelos de plata y una corbata color fucsia bordada con diminutos lunares negros.

—Soy Diana. Hola, Hamish. ¿Matthew estaba esperándote? —Me aparté para dejarlo entrar.

—Probablemente no —dijo Hamish resueltamente, sin moverse de la entrada—. ¿Dónde está?

—Hamish. —Matthew se movió con tal rapidez que sentí la brisa detrás de mí antes de oír que se acercaba. Le dio la mano—. Qué sorpresa.

Hamish detuvo su mirada en la mano extendida, luego volvió sus ojos hacia su propietario.

—Sorpresa? Hablemos de las sorpresas. Cuando me uní a tu… empresa familiar me juraste que esto no llegaría nunca. —Blandió un sobre con su sello negro roto pero todavía colgando de la solapa.

—Así fue. —Matthew dejó caer su mano y miró a Hamish con cautela.

—¿Qué puedo decir de tus promesas, entonces? Se me da a entender en esta carta, y por la conversación que he tenido con tu madre, que hay algún tipo de problema. —Hamish me miró a mí primero y luego otra vez a Matthew.

—Sí. —Matthew tensó los labios—. Pero tú eres el noveno caballero. No tienes que participar de manera activa.

—¿Hiciste noveno caballero a un daimón? —Miriam había llegado desde el comedor con Nathaniel.

—¿Quién es? —Nathaniel agitó un puñado de fichas de Scrabble en su mano ahuecada mientras observaba al nuevo visitante.

—Hamish Osborne. ¿Y quién es usted? —preguntó Hamish, como si se estuviera dirigiendo a un empleado impertinente. Lo que menos necesitábamos en ese momento era más testosterona en la casa.

—Oh, no soy nadie —respondió Nathaniel despreocupadamente, apoyado sobre la puerta del comedor. Miró a Marcus cuando éste pasó.

—Hamish, ¿qué haces tú aquí? —Marcus parecía confundido, hasta que vio la carta—. ¡Ah!

Mis antepasados se estaban congregando en el salón principal y los cimientos de la casa estaban inquietos.

—¿Podríamos continuar con esto dentro? Es por la casa. Está un poco incómoda, dado que tú eres un daimón… y estás enfadado.

—Ven, Hamish. —Matthew trató de sacarlo de la entrada—. Marcus y Sarah todavía no han agotado la provisión de whisky. Vamos a tomar un trago y a sentarnos junto al fuego.

Hamish no se movió de donde estaba y siguió hablando:

—Cuando visité a tu madre, quien se mostró mucho más dispuesta a responder a mis preguntas que tú, me enteré de que querías algunas cosas de tu casa. No valía la pena que Alain hiciera un viaje tan largo, ya que yo venía aquí para ver qué te

proponías. —Levantó un gran maletín de cuero con los laterales blandos y un formidable candado, y una caja más pequeña de duros bordes.

—Gracias, Hamish. —Las palabras fueron bastante cordiales, pero Matthew estaba evidentemente molesto por los cambios hechos en las órdenes que él había dado.

—Y ya que hablamos de explicaciones, es una gran suerte que a los franceses no les interese la exportación de tesoros nacionales ingleses. ¿Tienes idea del papeleo que habría sido necesario para sacar esto de Inglaterra? Si me hubieran permitido sacarlo, cosa que dudo.

Matthew cogió el maletín de entre los dedos de Hamish, tomó a éste por el codo, y arrastró a su amigo hacia dentro.

—Después hablamos —dijo apresuradamente—. Marcus, lleva a Hamish y preséntaselo a la familia de Diana mientras guardo esto.

—¡Ah, es usted! —dijo Sophie, encantada, mientras salía del comedor. El bulto de su vientre se destacaba claramente debajo de una estirada sudadera de la Universidad de Carolina del Norte— . Usted es como Nathaniel, no un despistado como yo. Su cara también está en una de mis jarras. — Le dirigió a Hamish una radiante sonrisa que expresaba a la vez alegría y sorpresa.

—¿Hay más todavía? —me preguntó él, con una inclinación de su cabeza que lo hacía parecer un pequeño pajarillo de ojos brillantes.

—Muchos más —respondió Sophie alegremente—. Pero usted no podrá verlos.

—Ven a conocer a mis tías —me apresuré a decir.

—¿Las brujas? —Era imposible saber qué estaba pensando Hamish. Su vista aguda no dejaba nada sin escudriñar y su cara era casi tan impasible como la de Matthew.

—Sí, las brujas.

Matthew desapareció escaleras arriba con el maletín mientras Marcus y yo le presentábamos a Em. Se mostró menos irritado con ella que con Matthew y conmigo, y Em se dedicó de inmediato a atenderlo. Sarah nos recibió en la puerta de la despensa, preguntándose a qué se debería todo aquel alboroto.

—Ahora ya somos una asamblea secreta de criaturas como corresponde, Sarah —observó Sophie mientras estiraba su mano hacia la pirámide de galletas recién horneadas de la encimera de la cocina—. Un total de nueve: tres brujas, tres daimones y tres vampiros…, todos presentes y contados.

—Eso parece —coincidió Sarah, evaluando a Hamish. Observó a su pareja, que se agitaba en la cocina como una abeja desconcertada—. Em, no creo que nuestro nuevo invitado quiera té mi café. ¿El whisky está en el comedor?

—Diana y yo lo llamamos la «sala de guerra» —le confió Sophie, cogiendo con familiaridad a Hamish por el antebrazo—, aunque parece improbable que podamos

librar una guerra sin que los humanos se enteren. Es el único lugar lo suficientemente grande como para reunirnos a todos. Y algunos de los fantasmas se las arreglan para meterse también.

—¿Fantasmas? —Hamish subió una mano y se aflojó la corbata.

—Al comedor. —Sarah cogió a Hamish por el otro codo—. Todo el mundo al comedor.

Matthew ya estaba ahí. El aroma de la cera caliente llenaba el aire. Una vez elegidas nuestras bebidas y ocupados nuestros asientos, él se hizo cargo de la situación.

—Hamish tiene muchas preguntas que hacer —comenzó Matthew—. Y Nathaniel y Sophie también. Y supongo que yo debo contestarlas, Diana y yo debemos contestarlas.

Dicho eso, Matthew respiró hondo y se lanzó de lleno a dar explicaciones. No dejó nada sin mencionar: el Ashmole 782, los caballeros de Lázaro, los robos en Oxford, Satu y lo que ocurrió en La Pierre, incluso la cólera de Baldwin. Y tampoco faltaron las muñecas de trapo, el pendiente y las jarras con rostros. Hamish miró a Matthew atentamente cuando habló de viajar en el tiempo y de los tres objetos que yo iba a necesitar para retroceder a un tiempo y un lugar determinados.

—Matthew Clairmont —dijo Hamish entre dientes, apoyado sobre la mesa—, ¿es eso lo que he traído de Sept-Tours? ¿Diana lo sabe?

—No —confesó Matthew, mostrándose un tanto incómodo—. Lo sabrá en Halloween.

—Bien, tendría que saberlo antes de Halloween, ¿no? —Hamish dejó escapar un suspiro de exasperación.

Aunque el diálogo entre Hamish y Matthew fue acalorado, hubo sólo dos momentos en que la tensión amenazó con crecer hasta convertirse en una auténtica guerra abierta. También Nathaniel se vio implicado en la discusión, algo que no sorprendió a nadie.

El primero fue cuando Matthew le explicó a Sophie cómo iba a ser la guerra que se avecina: los ataques inesperados, las viejas y contenidas enemistades heredadas entre vampiros y brujas que entrarían en ebullición, las muertes brutales que inevitablemente iban a ocurrir cuando las criaturas lucharan entre sí usando magia, brujería, fuerza bruta, velocidad y astucia sobrenatural.

—Las guerras ya no se hacen así. —La voz profunda de Nathaniel se abrió paso entre el bullicio generalizado.

Matthew enarcó una ceja y su rostro adquirió una expresión de impaciencia.

—¿No?

—Las guerras se libran en los ordenadores. No estamos en el siglo XIII. No es necesario el combate cuerpo a cuerpo. —Señaló su ordenador portátil, sobre el

aparador—. Con los ordenadores uno puede destruir a su enemigo sin hacer un solo disparo ni derramar una gota de sangre.

—Puede que éste no sea el siglo XIII, Nathaniel, pero algunos de los combatientes seguramente han sobrevivido desde aquellos tiempos y tienen un apego sentimental por el estilo antiguo de destruir a la gente. Deja que Marcus y yo nos preocupemos de eso. —Matthew creyó que con eso zanjaba el asunto.

Nathaniel sacudió la cabeza, mirando fijamente la mesa.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó Matthew mientras un peligroso ronroneo comenzaba en la parte de atrás de su garganta.

—Has dejado perfectamente claro que tú harás lo que quieras. —Nathaniel levantó sus francos ojos castaños como desafío y luego se encogió de hombros—. Haz lo que quieras. Pero estás cometiendo un error si crees que tus enemigos no van a usar métodos más modernos para destruirte. Al fin y al cabo, hay que tener en cuenta a los humanos. Ellos se percatarán si los vampiros y las brujas empiezan a pelear entre sí en las calles.

El segundo enfrentamiento entre Matthew y Nathaniel no tuvo que ver con la guerra, sino con la sangre. Comenzó de manera bastante inocente, cuando Matthew hablaba de la relación de Nathaniel con Agatha Wilson y sobre los padres brujos de Sophie.

—Es importantísimo que su ADN sea analizado. Y el del bebé también, después de que nazca.

Marcus y Miriam asintieron, sin la menor sorpresa. El resto de nosotros se sintió algo sobresaltado.

—Nathaniel y Sophie ponen en cuestión tu teoría de que las características de los daimones son el resultado de mutaciones imprevisibles más que de la herencia —dije, pensando en voz alta.

—Tenemos muy pocos datos. —Matthew miró a Hamish y a Nathaniel con la mirada penetrante e imparcial de un científico que examina a dos nuevos especímenes—. Nuestras conclusiones actuales podrían ser erróneas.

—El caso de Sophie también plantea el tema de si los daimones están más estrechamente emparentados con las brujas de lo que habíamos pensado. —Miriam dirigió la mirada hacia el vientre de la daimón—. Nunca he sabido de una bruja que dé a luz a un daimón, y menos todavía de una daimón que dé a luz a una bruja.

—Creéis realmente que voy a entregar la sangre de Sophie… y la sangre de mi hijo… a una banda de vampiros? —Nathaniel parecía estar peligrosamente cerca de perder el control.

—Diana no es la única criatura en esta habitación a la que la Congregación va a querer estudiar, Nathaniel. —Las palabras de Matthew no sirvieron en absoluto para calmar al daimón—. Tu madre se dio cuenta del peligro al que tu familia se estaba

enfrentando, o no os habría enviado aquí. Un día podrías encontrarte con que tu esposa y tu hijo han desaparecido. Y si eso ocurriera, sería muy poco probable que volvieras a verlos.

—¡Basta! —interrumpió Sarah con brusquedad—. No hay necesidad de amenazarlo.

—Mantén tus manos lejos de mi familia —exclamó Nathaniel con la respiración agitada.

—Yo no soy un peligro para ellos —replicó Matthew—. El peligro viene de la Congregación, de la posibilidad de una situación de abierta hostilidad entre las tres especies, y sobre todo de fingir que esto no está ocurriendo.

—Vendrán a por nosotros, Nathaniel. Lo he visto. —La voz de Sophie era firme, y su rostro tenía la misma súbita agudeza que mostró Agatha Wilson en Oxford.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Nathaniel.

—Quise contárselo a Agatha, pero cuando comencé ella me detuvo y me ordenó que no dijera una palabra más. Estaba muy asustada. Luego me dio el nombre de Diana y la dirección de la casa de las Bishop. —La cara de Sophie adquirió su característica expresión de estar confundida—. Me alegra que la madre de Matthew todavía esté viva. A ella le van a gustar mis jarras. Pondré su rostro en una de ellas. Y tú puedes tener mi ADN cuando quieras, Matthew…, y el del bebé también.

La intervención de Sophie puso definitivamente fin a las objeciones de Nathaniel. Una vez que Matthew hubo respondido a todas las preguntas, recogió un sobre que había pasado desapercibido junto a su codo. Estaba sellado con cera negra.

—Con esto sólo queda un asunto por resolver. —Se puso de pie y mostró la carta—. Hamish, esto es para ti.

—¡Ah, de ninguna manera! —Hamish cruzó los brazos sobre el pecho—. Dáselo a Marcus.

—Tú puedes ser el noveno caballero, pero también eres el senescal de los caballeros de Lázaro y mi segundo en el mando. Hay un protocolo que debemos seguir —explicó Matthew con el rostro tenso.

—Matthew sabe qué debe hacer —farfulló Marcus—. Es el único gran maestre de la historia de la orden que ha renunciado una vez.

—Y ahora seré el único gran maestre que ha renunciado dos veces —dijo Matthew, todavía sosteniendo el sobre.

—Al diablo con el protocolo —espetó Hamish, golpeando con el puño sobre la mesa—. Todo el mundo fuera de esta habitación, menos Matthew, Marcus y Nathaniel. —Y luego añadió—: Por favor.

—¿Por qué tenemos que irnos? —preguntó Sarah con desconfianza.

Hamish examinó a mi tía por un momento.

—Es mejor que tú también te quedes.

Los cinco estuvieron encerrados en el comedor durante el resto del día. En una ocasión, un exhausto Hamish salió y pidió sándwiches. Las galletas hacía rato que habían desaparecido, según explicó.

—¿Es sólo una impresión mía o vosotras también pensáis que los hombres nos han hecho salir de la habitación para ponerse a fumar y a hablar de política? —pregunté, tratando de no pensar en la reunión que tenía lugar en el comedor y distrayéndome con una serie inconexa de películas antiguas y mirando los programas de la tarde en la televisión. Em y Sophie estaban tejiendo, y Miriam estaba resolviendo pasatiempos que había encontrado en un libro que prometía *Sudokus diabólicamente difíciles*. Se reía entre dientes de vez en cuando y hacía marcas en los márgenes.

—¿Qué estás haciendo, Miriam? —quiso saber Sophie.

—Marcando los tantos —respondió Miriam, e hizo otra marca sobre la página.

—¿De qué están hablando? ¿Y quién va ganando? —pregunté, envidiándole su habilidad para escuchar la conversación.

—Están planeando una guerra, Diana. Y en cuanto a quién está ganando, Matthew o Hamish…, aunque todavía no está claro —informó Miriam—. Marcus y Nathaniel han logrado meter un par de buenas ideas, sin embargo, y Sarah está aportando lo suyo.

Ya había oscurecido y Em y yo estábamos haciendo la cena cuando terminó la reunión. Nathaniel y Sophie comenzaron a hablar en voz baja en la sala de estar.

—Tengo que hacer algunas llamadas pendientes —se disculpó Matthew después de besarme con un tono amable de voz que no se correspondía con su rostro tenso.

Al ver lo cansado que estaba, decidí que mis preguntas podían esperar.

—Por supuesto —dije, acariciando su mejilla—. Tómate tu tiempo. La cena estará en una hora.

Matthew me dio otro beso más largo y profundo antes de salir por la puerta trasera.

—Necesito un trago —gruñó Sarah, y se dirigió al porche a fumar un cigarrillo a escondidas.

Matthew no era nada más que una sombra detrás de la neblina de humo del cigarrillo de Sarah cuando atravesó el huerto y se dirigió al granero. Hamish se me acercó por detrás, golpeando mi espalda y mi cuello con sus ojos.

—¿Estás ya totalmente recuperada? —preguntó con tono sereno.

—¿A ti qué te parece? —Había sido un día largo, y Hamish no hacía ningún esfuerzo por ocultar el desagrado que yo le provocaba. Sacudí la cabeza.

Hamish apartó la mirada y mis ojos la siguieron. Ambos observamos que Matthew se pasaba sus blancas manos por el pelo antes de desaparecer en el granero.

—«Tigre, tigre que ardes brillante / en los bosques de la noche» —recitó Hamish,

citando a William Blake—. Ese poema siempre me ha hecho pensar en él.

Dejé mi cuchillo en la tabla de picar y lo miré.

—¿En qué estás pensando, Hamish?

—¿Estás segura de él, Diana? —preguntó. Em se secó las manos en su mandil y abandonó la cocina después de dirigirme una mirada triste.

—Sí. —Lo miré a los ojos, tratando de mostrar que mi confianza en Matthew era clara.

Hamish asintió, sin mostrarse sorprendido.

—Me preguntaba si lo aceptarías una vez que supieras quién fue…, quién es todavía. Parece que no tienes miedo de tener cogido a un tigre por la cola.

Sin decir una palabra volví a coger el cuchillo y seguí cortando.

—Ten cuidado. —Hamish apoyó su mano en mi antebrazo, forzándome a mirarlo—. Matthew no será el mismo hombre en el lugar adonde vas.

—Sí lo será. —Fruncí el ceño—. Mi Matthew va conmigo. Será exactamente el mismo.

—No —insistió Hamish sombríamente—. No lo será.

Hamish conocía a Matthew desde hacía mucho más tiempo. Y había descubierto adónde iríamos viendo el contenido de aquel maletín. Yo todavía no sabía nada, salvo que me iba a dirigir a una época anterior a 1976 y a un lugar donde Matthew había jugado al ajedrez.

Hamish se reunió con Sarah en el porche y pronto dos columnas de humo gris ascendieron por el cielo nocturno.

—¿Va todo bien por ahí? —le pregunté a Em cuando regresó de la sala de estar, donde Miriam, Marcus, Nathaniel y Sophie estaban conversando y mirando la televisión.

—Sí —respondió—. ¿Y aquí?

—Todo en orden. —Me concentré en los manzanos a la espera de que Matthew surgiera de la oscuridad.

Capítulo
41

El día antes de Halloween, una sensación de agitación se apoderó de mi estómago. Todavía en la cama, busqué a Matthew con la mano.

—Estoy nerviosa.

Cerró el libro que estaba leyendo y me atrajo hacia él.

—Lo sé. Estabas nerviosa antes de abrir los ojos.

La casa estaba ya en plena actividad. La impresora de Sarah estaba sacando un montón de páginas en el despacho. La televisión estaba encendida, y la secadora de ropa gemía débilmente en la distancia mientras protestaba por otra carga. Mi olfato me dijo que Sarah y Em ya llevaban consumidas unas cuantas tazas, y por el pasillo se escuchaba el zumbido de un secador de pelo.

—¿Somos los últimos en levantarnos? —Hice un esfuerzo para tranquilizar a mi estómago.

—Creo que sí —dijo con una sonrisa, aunque había una sombra de preocupación en sus ojos.

Abajo, Sarah estaba haciendo huevos para todos, mientras Em extraía bandejas de panecillos del horno que Nathaniel sacaba metódicamente, uno tras otro, de la fuente y se metía enteros en la boca.

—¿Dónde está Hamish? —quiso saber Matthew.

—En mi despacho, usando la impresora. —Sarah lo miró durante un buen rato y luego regresó a sus sartenes.

Marcus dejó su partida de Scrabble y se dirigió a la cocina para dar un paseo con su padre. Cogió un puñado de frutos secos al salir y olfateó los panecillos con un gruñido de deseo frustrado.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté en voz baja.

—Hamish está actuando como un abogado —respondió Sophie, untando una gruesa capa de mantequilla encima de un panecillo—. Dice que hay que firmar unos papeles.

Hamish nos llamó para reunirnos en el comedor a última hora de la mañana. Fuimos entrando desordenadamente, cada uno con su vaso o su taza. Nos miró como si no hubiera dormido. Había montones de papeles ordenados que cubrían toda la superficie de la mesa, unas barras de cera negra y dos sellos que pertenecían a los caballeros de Lázaro, uno pequeño y otro grande. Noté cómo se me aceleraba el corazón y un extraño hormigueo en el estómago.

—¿Nos sentamos? —preguntó Em. Traía consigo una cafetera con café recién

hecho y llenó la taza de Hamish.

—Eres muy amable, Em —dijo Hamish. Dos sillas vacías esperaban en la cabecera de la mesa. Nos hizo un gesto a Matthew y a mí para que las ocupáramos y cogió la primera pila de papeles—. Ayer por la tarde repasamos varios asuntos prácticos relacionados con la situación en la que nos encontramos ahora.

De nuevo noté mi corazón latiendo a toda velocidad y dirigí mi mirada hacia los sellos.

—Menos formalidades de abogado, Hamish, por favor —pidió Matthew a la vez que su mano se tensaba sobre mi espalda.

Hamish lo miró con desagrado y continuó:

—Diana y Matthew van a viajar en el tiempo, como estaba planeado, en la noche de Halloween. Ignorad todo lo demás que Matthew os dijo que hicierais. —Hamish manifestaba un obvio placer al pronunciar esta parte de su discurso—. Nos hemos puesto de acuerdo en que sería mejor si todos… desaparecemos por un tiempo. A partir de este momento, sus antiguas vidas quedan en suspenso. —Hamish puso un documento delante de mí—. Éste es un poder, Diana. Me autoriza a mí, o a quienquiera que ocupe el cargo de senescal, a actuar legalmente en tu nombre.

Ese poder le daba a la idea abstracta de viajar en el tiempo un nuevo sentido de finalidad. Matthew sacó una pluma de su bolsillo.

—Aquí —dijo, colocando la pluma delante de mí.

La punta de la pluma no estaba acostumbrada al ángulo y la presión de mi mano e hizo un ruido áspero al arañar el papel cuando estampé mi firma en el lugar indicado. Al finalizar, Matthew lo cogió y dejó caer una caliente gota negra en la parte inferior; luego cogió su sello personal y lo apoyó con fuerza en la cera.

Hamish cogió el siguiente grupo de papeles.

—También tienes que firmar estas cartas. Una informa a los organizadores de tu conferencia de que no puedes asistir a ella en noviembre. La otra pide una baja por enfermedad para el próximo año. Tu médico, un tal doctor Marcus Whitmore, ha escrito un informe. En caso de que no hayas regresado antes de abril, enviaré tu solicitud a Yale.

Leí las cartas cuidadosamente y firmé con mano temblorosa, renunciando a mi vida en el siglo XXI.

Hamish apretó las manos en el borde de la mesa. Evidentemente se estaba preparando para algo.

—Es imposible decir cuándo Matthew y Diana estarán de vuelta con nosotros. —No usó el condicional «si», pero esa palabra flotó en el ambiente de todas maneras—. Cada vez que algún miembro de la firma o de la familia De Clermont se prepara para hacer un largo viaje o para desaparecer por un tiempo, es mi obligación asegurarme de que sus asuntos estén en orden. Diana, tú no tienes testamento hecho.

—No. —Mi mente estaba completamente en blanco—. Pero no tengo bienes…, ni siquiera un coche.

Hamish se irguió.

—Eso no es del todo cierto, ¿verdad, Matthew?

—Dámelo —dijo Matthew de mala gana. Hamish le entregó un grueso documento—. Éste fue redactado la última vez que estuve en Oxford.

—Antes de La Pierre —dije, sin tocar las páginas.

Matthew asintió con la cabeza.

—En esencia, se trata de nuestro acuerdo matrimonial. Te otorga de manera irrevocable un tercio de mis posesiones personales. Aunque me dejaras, estos bienes seguirían siendo tuyos.

Estaba fechado antes de que él volviera a casa, antes de que nos uniéramos de por vida según la costumbre de los vampiros.

—Nunca te dejaré, y no quiero esto.

—Ni siquiera sabes de qué se trata —dijo Matthew, colocando las páginas delante de mí.

Era demasiado lo que había que asimilar. Impresionantes sumas de dinero, una casa en una exclusiva manzana en Londres, un apartamento en París, una villa en las afuera de Roma, el Viejo Pabellón, una casa en Jerusalén, más casas en ciudades como Venecia y Sevilla, jets, automóviles… Mi mente era un torbellino.

—Tengo un trabajo seguro. —Aparté los papeles—. Esto es totalmente innecesario.

—Es tuyo de todas formas —dijo Matthew ásperamente.

Hamish esperó un momento hasta que me recompuse para dejar caer su próxima bomba:

—Si Sarah muriese, tú heredarías esta casa también, con la condición de que siga siendo el hogar de Emily mientras ella así lo desee. Además, eres la única heredera de Matthew. De modo que posees bienes, y tengo que saber cuáles son tus deseos.

—No voy a hablar de esto. —El recuerdo de Satu y Juliette todavía estaba fresco, y la muerte se sentía demasiado cerca. Me puse de pie, dispuesta a irme, pero Matthew me cogió la mano y la retuvo con fuerza.

—Tienes que hacerlo, *mon coeur*. No podemos dejar que Marcus y Sarah lo resuelvan.

Volví a sentarme y pensé en silencio qué hacer con la incalculable fortuna y la destartalada granja que iban a ser mías algún día.

—Mis bienes deben ser divididos en partes iguales entre nuestros hijos —dije finalmente—. Y eso incluye a todos los hijos, vampiros y biológicos, de Matthew, los que él hizo y los que podamos tener juntos. Para ellos será también la casa Bishop, cuando Em deje de utilizarla.

—Me ocuparé de que así sea —me aseguró Hamish.

Los únicos documentos que quedaban sobre la mesa estaban metidos dentro de tres sobres. Dos llevaban el sello de Matthew. El otro estaba envuelto en una cinta negra y plateada, sellada con un poco de cera cubriendo el nudo. Colgado de la cinta se veía un disco negro y grueso grande como un plato de postre, con el gran sello de los caballeros de Lázaro.

—Por último, tenemos que ocuparnos de la hermandad. Cuando el padre de Matthew fundó los caballeros de Lázaro, éstos se hicieron famosos por velar por aquellos que no podían protegerse a sí mismos. Aunque la mayoría de las criaturas se han olvidado de nosotros, todavía existimos. Y debemos continuar existiendo aún después de que Matthew haya desaparecido. Mañana, antes de que Marcus salga de la casa, Matthew abandonará oficialmente su cargo en la orden y nombrará gran maestre a su hijo.

Hamish le entregó a Matthew los dos sobres con su sello personal. Luego le dio el otro sobre con el sello más grande a Nathaniel. Miriam abrió mucho los ojos.

—Tan pronto como Marcus acepte su nuevo cargo, cosa que hará de inmediato —dijo Hamish mirando con severidad a Marcus—, llamará por teléfono a Nathaniel, que ha aceptado entrar en la empresa como uno de los ocho maestres provinciales. Una vez que Nathaniel rompa el sello de este cargo, será caballero de Lázaro.

—¡No puedes seguir haciendo que daimones como Hamish y Nathaniel se conviertan en miembros de la hermandad! ¿Cómo va a combatir Nathaniel? —Miriam no salía de su asombro.

—Con éstos —replicó Nathaniel, moviendo sus dedos en el aire—. Conozco los ordenadores, y puedo cumplir con mi parte. —Su voz adquirió un tono de ferocidad y lanzó una mirada igualmente feroz a Sophie—: Nadie le va a hacer a mi esposa o a mi hija lo que le hicieron a Diana.

Hubo un silencio de estupefacción.

—Eso no es todo. —Hamish acercó una silla y se sentó, entrelazando los dedos por delante—. Miriam cree que habrá una guerra. No estoy de acuerdo. Esta guerra ya ha comenzado.

Todas las miradas en la habitación estaban dirigidas a Hamish. Estaba claro por qué la gente quería que él formara parte del gobierno y por qué Matthew lo había convertido en su segundo en la línea de mando: era un líder nato.

—En esta habitación comprendemos las causas de semejante guerra. Se trata de Diana y de los increíbles esfuerzos de los que es capaz la Congregación en su afán por comprender el poder que ella ha heredado. Se trata del descubrimiento del Ashmole 782 y de nuestro miedo a que los secretos del libro pudieran perderse para siempre si cae en manos de las brujas. Y es por nuestra creencia común de que nadie tiene derecho a decirles a dos criaturas que no pueden amarse, sean de la especie que

sean.

Hamish recorrió con la mirada los rostros que le rodeaban para asegurarse de que todos tuvieran su atención fija en él antes de continuar:

—No pasará mucho tiempo antes de que los humanos se den cuenta de la existencia de este conflicto. Se verán obligados a reconocer que los daimones, los vampiros y las brujas están entre ellos. Cuando eso ocurra, tendremos que convertirnos realmente en la asamblea secreta de la que habla Sophie, no sólo de nombre. Habrá bajas, histeria y confusión. Y dependerá de nosotros, la asamblea secreta y los caballeros de Lázaro, ayudarles a que entiendan y hacer que las pérdidas de vidas y la destrucción sean mínimas.

—Ysabeau os espera en Sept-Tours. —La voz de Matthew era tranquila y firme—. Los terrenos del castillo podrían ser el único límite territorial que los otros vampiros no se atrevan a cruzar. Sarah y Emily tratarán de mantener a las brujas bajo control. El apellido Bishop es una ayuda. Y los caballeros de Lázaro protegerán a Sophie y a su bebé.

—Por eso nos vamos a dispersar —continuó Sarah, inclinando la cabeza hacia Matthew—. Luego nos reuniremos de nuevo en la casa de los De Clermont. Y cuando eso ocurra, decidiremos cómo continuar. Juntos.

—Bajo el liderazgo de Marcus. —Matthew levantó su copa medio llena de vino—. Por Marcus, por Nathaniel y por Hamish. ¡Honor y larga vida!

—Hacía mucho tiempo que no escuchaba esas palabras —dijo Miriam en voz baja.

Tanto Marcus como Nathaniel rehuían tanta atención y parecían incómodos con sus nuevas responsabilidades. Hamish simplemente parecía cansado de todo aquello.

Después de brindar por los tres hombres —que parecían demasiado jóvenes como para preocuparse por una larga vida—, Em nos condujo a la cocina para comer. Había preparado un banquete sobre la encimera y todos nos reunimos en la sala, tratando de no pensar en el momento en que tendríamos que empezar a despedirnos.

Finalmente, Sophie y Nathaniel tuvieron que marcharse. Marcus puso las pocas pertenencias de la pareja en el maletero de su pequeño coche deportivo azul. Marcus y Nathaniel esperaban conversando animadamente mientras Sophie se despedía de Sarah y Em. Cuando terminó con ellas, se volvió hacia mí. Yo había sido desterrada del salón principal para que nadie me tocara sin darse cuenta.

—Esto no es realmente un adiós —me dijo desde el otro lado del salón.

Mi tercer ojo se abrió y en el reflejo de la luz del sol sobre la barandilla me vi envuelta en uno de los tremendos abrazos de Sophie.

—No —coincidí, sorprendida y consolada por aquella visión.

Sophie asintió con la cabeza como si ella también hubiera visto aquella imagen del futuro.

—Tal vez el bebé haya nacido cuando regreses. Recuerda, tú serás su madrina.

Mientras esperaban a que Sophie y Nathaniel terminaran de despedirse, Matthew y Miriam habían colocado todas las calabazas a lo largo del sendero de la entrada. Con un golpecito de su muñeca y algunas palabras en voz baja, Sarah las encendió. Todavía faltaban varias horas para el anochecer, pero Sophie por lo menos podía tener una idea de cómo sería aquello en Halloween. Aplaudió y bajó corriendo los escalones para lanzarse a los brazos de Matthew y luego a los de Miriam. Su último abrazo estaba reservado para Marcus, con quien intercambió algunas palabras en voz baja antes de acomodarse en el asiento delantero del automóvil.

—Gracias por el coche —dijo Sophie, admirando las vetas de la brillante madera del salpicadero—. Nathaniel solía conducir rápido, pero ahora lo hace como una anciana a causa del niño.

—Nada de excederse en la velocidad —recomendó con firmeza Matthew, en un tono paternal—. Llamadnos cuando lleguéis.

Los despedimos saludando con la mano. Cuando se perdieron de vista, Sarah apagó las calabazas. Matthew me envolvió en sus brazos mientras el resto de la familia se retiraba al interior.

—Ya está todo dispuesto, Diana —dijo Hamish al salir al porche. Ya se había puesto la chaqueta, preparado para ir a Nueva York antes de regresar a Londres.

Firmé las dos copias del testamento y Em y Sarah firmaron como testigos. Hamish enrolló una copia y la metió en un cilindro de metal. Cerró los extremos del tubo con cintas de color negro y plata entrelazadas y puso el sello de Matthew en la cera.

Matthew esperó junto al coche negro alquilado mientras Hamish se despedía cortésmente de Miriam; después besó a Em y a Sarah, y las invitó a pasar una temporada con él cuando viajaran a Sept-Tours.

—Llámame si necesitas algo —le dijo a Sarah, con un apretón de manos—. Tienes mis números. —Se volvió hacia mí.

—Adiós, Hamish. —Le devolví sus besos, primero en una mejilla, luego en la otra—. Gracias por todo lo que has hecho para tranquilizar la mente de Matthew.

—Sólo hacía mi trabajo —dijo Hamish con alegría forzada. Bajó la voz—: Recuerda lo que te dije, no podrás pedir ayuda si la necesitas.

—No la necesitaré —dije.

Unos minutos después, el motor del coche se encendió y Hamish se fue. Las luces traseras rojas se encendieron y se apagaron antes de perderse en la creciente oscuridad.

A la casa no le gustó su nuevo vacío y reaccionó moviendo algunos muebles y gimiendo un poco cada vez que alguien salía o entraba en alguna habitación.

—Los voy a echar de menos —confesó Em mientras preparaba la cena. La casa

suspiró comprensiva.

—Vete —me dijo Sarah, mientras le quitaba a Em el cuchillo de la mano—. Lleva a Matthew a Sept-Tours y regresa a tiempo para hacer la ensalada.

Después de discutirlo mucho, habíamos decidido finalmente viajar en el tiempo hasta la noche en que yo había encontrado su ejemplar de *El origen*.

Pero trasladar a Matthew a Sept-Tours fue un desafío mayor de lo que yo esperaba. Llevaba demasiadas cosas en mis brazos para ayudarme a no perder el rumbo —una de sus plumas y dos libros de su estudio—, y Matthew tuvo que sujetarlas a mi cintura. Luego nos quedamos atascados.

Unas manos invisibles parecían mantener mi pie en alto, impidiéndome bajarlo en Sept-Tours. Cuanto más retrocedíamos en el tiempo, más gruesos eran los lazos que envolvían mis pies. Y el tiempo se aferraba a Matthew con ramas robustas que se entrelazaban como enredaderas.

Por fin llegamos al estudio de Matthew. La habitación estaba tal y como la habíamos dejado, con el fuego encendido y una botella de vino sin etiqueta esperando sobre la mesa.

Dejé caer los libros y la pluma sobre el sofá, temblando por la fatiga.

—¿Qué pasa? —preguntó Matthew.

—Ha sido como si demasiados pasados estuvieran unidos y resultaba imposible atravesarlos. He tenido miedo de que pudieras soltarte.

—Yo no sentí nada diferente —comentó él—. Tardamos algo más que antes, pero yo ya me lo imaginaba, si tenemos en cuenta el tiempo y la distancia.

Sirvió un poco de vino para ambos y consideramos los pros y los contras de ir al piso de abajo. Al final, nuestro deseo de ver a Ysabeau y a Marthe se impuso. Matthew recordó que aquella noche yo llevaba mi jersey azul. Su alto escote taparía mis vendajes, de modo que subí a cambiarme.

Cuando regresé abajo, su rostro se relajó con una lenta sonrisa de aprobación.

—Tan hermosa ahora como entonces —dijo antes de besarme profundamente—. Y tal vez más.

—Ten cuidado —le advertí riéndome—. Tú no habías decidido amarme todavía.

—Oh, sí, ya lo había decidido —replicó, besándome otra vez—. Sólo que no te lo había dicho.

Las mujeres estaban sentadas precisamente donde esperábamos encontrarlas, Marthe con su novela de misterio e Ysabeau con sus periódicos. La conversación pudo no haber sido exactamente la misma, pero eso no importaba. La parte más difícil de la noche fue observar a Matthew bailando con su madre. La expresión agridulce en la cara de él mientras la hacía girar era nueva, y decididamente él no había logrado corresponder adecuadamente a su feroz abrazo de oso al terminar de bailar. Cuando me invitó a mí a bailar, le di un cómplice apretón en la mano.

—Gracias por esto —susurró a mi oído mientras me hacía girar. Me dio un delicado beso en el cuello. Ciertamente eso no había ocurrido la primera vez.

Matthew dio por terminada la velada igual que lo había hecho aquel día y anunció que me iba a llevar a la cama. Esta vez dimos las buenas noches sabiendo que era un adiós. Nuestro viaje de regreso fue muy parecido al anterior, pero menos intimidante, porque ya me resultó conocido. No sentí pánico ni perdí la concentración cuando el tiempo se resistió a que pasáramos, ya que puse toda mi atención en los rituales familiares de la cena en casa de las Bishop. Regresamos con tiempo más que suficiente para hacer la ensalada.

Durante la cena, Sarah y Em entretuvieron al vampiro con relatos de mis aventuras de cuando era adolescente. Cuando mis tías se quedaron sin historias, Matthew le tomó el pelo a Marcus por sus desastrosos negocios con bienes raíces en el siglo XIX, las enormes inversiones que en el siglo XX había hecho en nuevas tecnologías que nunca habían salido bien y su constante debilidad por las mujeres pelirrojas.

—Ya sabía yo que me gustabas. —Sarah se arregló la roja y rebelde melena y le sirvió más whisky.

El día de Halloween amaneció claro y brillante. La nieve era siempre una posibilidad en aquella zona de bosques, pero ese año el tiempo se mostraba alentador. Matthew y Marcus dieron un paseo más largo de lo habitual, y yo me quedé tomando té y café con Sarah y Em.

Cuando sonó el teléfono, todos dimos un salto. Sarah respondió y por su conversación resultó evidente que la llamada era inesperada.

Colgó y vino a reunirse con nosotros en la mesa de la sala, que otra vez era suficiente para que nos sentáramos los habitantes de la casa.

—Era Faye. Están con Janet en el Refugio de los Cazadores. Están con su autocaravana. Quieren saber si las acompañaremos en su viaje de otoño. Van a Arizona y siguen hasta Seattle.

—La diosa ha estado haciendo su trabajo —dijo Em con una sonrisa. Ambas habían tratado durante varios días de encontrar la mejor forma de salir de Madison sin desatar una tormenta de chismorreos—. Supongo que esto lo resuelve. Nos pondremos en marcha y luego iremos a encontrarnos con Ysabeau.

Llevamos bolsas de comida y otras provisiones al viejo y destartalado coche de Sarah. Cuando estuvo tan sumamente cargado que casi no se podía ver nada por el espejo retrovisor, empezaron a dar órdenes.

—Las golosinas están en la encimera —repitió Em—. Y mi disfraz está colgado detrás de la puerta de la despensa. Te quedará bien. No olvides las medias. A los niños les encantan las medias.

—No las olvidaré —le aseguré—, y tampoco el sombrero, aunque es

absolutamente ridículo.

—¡Por supuesto que te pondrás el sombrero! —exclamó Sarah indignada—. Es la tradición. No te olvides de apagar el fuego antes de irte. *Tabitha* come exactamente a las cuatro. Si no encuentra comida, empieza a vomitar.

—Tenemos todo organizado. Ya nos has hecho una lista —la tranquilicé, dándole una palmadita en el hombro.

—¿Puedes llamarnos al Refugio de los Cazadores para confirmarnos que Miriam y Marcus ya se han ido? —preguntó Em.

—Toma esto —dijo Matthew, entregándole su teléfono con una gran sonrisa—. Llama tú misma a Marcus. No vamos a tener cobertura en el sitio adonde vamos.

—¿Estás seguro? —preguntó Em con expresión de duda. Todos considerábamos que el teléfono de Matthew era una parte de su brazo, y resultaba extraño verlo separado de su mano.

—Completamente. He borrado la mayor parte de los datos, pero he dejado algunos teléfonos de contacto para ti. Si necesitas algo, cualquier cosa, llama a alguien. Si te preocupa algo o si ocurre algo extraño, ponte en contacto con Ysabeau o con Hamish. Ellos se ocuparán de recogeros estéis donde estéis.

—Tienen helicópteros —le susurré a Em, cogiéndole el brazo.

Sonó el teléfono de Marcus.

—Nathaniel —identificó al mirar la pantalla. Luego se alejó para hablar en privado con un gesto idéntico al que su padre hacía siempre.

Con una sonrisa triste, Matthew miró a su hijo.

—Estos dos se van a meter en toda clase de líos, pero al menos Marcus no se sentirá tan solo.

—Están bien —informó Marcus cuando volvió después de desconectar el teléfono. Sonrió y se pasó los dedos por el pelo, con otro gesto que recordaba a Matthew—. Tengo que decírselo a Hamish, así que me despediré y después llamaré.

Em abrazó largamente a Marcus. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Llámanos tú también —le pidió con gran intensidad—. Nos gustará saber que estáis bien.

—Ten cuidado. —Sarah apretó los ojos con fuerza mientras lo abrazaba—. Ten confianza en ti mismo.

La despedida de Miriam y mis tías fue más serena; la mía mucho menos.

—Estamos muy orgullosas de ti —dijo Em, tomándome la cara con las manos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Tus padres también lo estarían. Cuidaos.

—Por supuesto —le aseguré secándome las lágrimas.

Sarah cogió mis manos entre las suyas.

—Escucha a tus maestros…, sean quienes sean. No digas que no sin escucharlos

primero. — Asentí con la cabeza—. Tú tienes más talento natural que cualquier bruja que haya conocido…, tal vez más que cualquier bruja que haya vivido en muchos, muchos años —continuó Sarah—. Me alegro de que no vayas a desperdiciarlo. La magia es un don, Diana, igual que el amor. —Se volvió hacia Matthew—. Estoy poniendo en tus manos algo muy valioso. No me decepciones.

—No lo haré, Sarah —prometió Matthew.

Recibió nuestros besos y escapó corriendo escaleras abajo, hacia el coche que la esperaba.

—Las despedidas son difíciles para Sarah —explicó Em—. Te llamaremos mañana, Marcus. — Subió al asiento delantero saludando con la mano. El coche cobró vida ruidosamente, avanzó a trompicones por el irregular sendero de la entrada y dobló rumbo al pueblo.

Cuando volvimos a entrar en la casa, Miriam y Marcus estaban esperando en el salón, junto al vestíbulo, con su equipaje preparado a su lado.

—Pensamos que querríais pasar algún tiempo a solas —explicó Miriam, entregándole su bolsa a Marcus—. Además, odio las despedidas largas. —Miró a su alrededor—. Bien —dijo en tono alegre mientras se dirigía hacia los escalones del porche—, nos vemos cuando volváis.

Después de sacudir la cabeza mirando cómo Miriam se alejaba, Matthew entró en el comedor y regresó con un sobre.

—Toma —le dijo a Marcus con su voz ronca.

—Nunca quise ser gran maestre —dijo Marcus.

—¿Y crees que yo sí? Ése era el sueño de mi padre. Philippe me hizo prometer que la hermandad no caería en las manos de Baldwin. Te pido a ti lo mismo.

—Te lo prometo. —Marcus cogió el sobre—. Ojalá no tuvieras que irte.

—Lo siento, Marcus. —Me tragué el nudo que se había formado en mi garganta y apoyé suavemente mis dedos cálidos sobre su fría piel.

—¿Por qué? —Su sonrisa era brillante y sincera—. ¿Por hacer feliz a mi padre?

—Por haberte puesto en esta situación y provocar todo este caos.

—No me asusta la guerra, si te refieres a eso. Lo que me preocupa es seguir los pasos de Matthew. —Marcus rompió el sello. Con aquel aparentemente insignificante ruido de la cera que se rompe, se convirtió en gran maestre de los caballeros de Lázaro.

—Je suis à votre commande, seigneur —murmuró Matthew con la cabeza inclinada. Baldwin había pronunciado las mismas palabras en La Guardia. Sonaban de manera muy diferente cuando eran sinceras.

—Entonces te ordeno que regreses y vuelvas a tomar el mando de los caballeros de Lázaro —dijo Marcus bruscamente— antes de que yo genere un desastre total con todo esto. No soy francés, e indudablemente no soy un caballero.

—Tienes más de una gota de sangre francesa en ti, y tú eres la única persona en la que confío para hacer este trabajo. Además, puedes utilizar tu famoso encanto estadounidense. Y es posible que, al final, te llegue a gustar ser gran maestre.

Marcus resopló y marcó el número ocho en su teléfono.

—Ya está hecho —dijo brevemente a la persona que se puso el otro lado. Hubo un breve intercambio de palabras—. Gracias.

—Nathaniel ha aceptado su cargo —murmuró Matthew con un temblor en las comisuras de sus labios—. Su francés es sorprendentemente bueno.

Marcus miró con el ceño fruncido a su padre, se alejó para decir algunas palabras más al daimón y volvió.

Entre padre e hijo hubo una larga mirada, el apretón de manos hasta el codo, la presión de una mano en la espalda, una despedida como cientos de despedidas similares. Para mí hubo un beso amable, un «que todo vaya bien» apenas murmurado y luego Marcus también, desapareció.

Busqué la mano de Matthew. Estábamos solos.

Capítulo 42

Ahora sólo estamos nosotros y los fantasmas. —Mi estómago protestó.

—¿Cuál es tu comida favorita? —me preguntó.

—Pizza —respondí de inmediato.

—Debes comerla mientras puedas. Pide una y pasaremos a recogerla.

No habíamos ido más allá de los alrededores inmediatos de la casa de las Bishop desde nuestra llegada y resultaba extraño estar paseando por las afueras de Madison en un Range Rover junto a un vampiro. Tomamos un camino secundario hacia Hamilton, yendo al sur por las colinas, hacia el pueblo, antes de doblar al norte otra vez para buscar la pizza. Mientras avanzábamos, le indiqué dónde iba a nadar cuando era niña y dónde había vivido mi primer noviazgo serio. El pueblo estaba cubierto con adornos de Halloween: gatos negros, brujas sobre escobas e incluso árboles decorados con huevos de color naranja y negro. En esta parte del mundo, no eran sólo las brujas quienes se tomaban en serio estas celebraciones.

Cuando llegamos a la pizzería, Matthew bajó conmigo, sin preocuparle en lo más mínimo que brujas o humanos lo vieran conmigo. Me estiré hacia arriba para besarlo y él me devolvió el beso con una risa que era casi alegre.

La estudiante universitaria que nos atendió miró a Matthew con evidente admiración cuando le entregó la pizza.

—Menos mal que no es una bruja —dije cuando regresamos al coche—. Me habría convertido en un tritón para irse volando contigo en su escoba.

Fortalecidos con la pizza —con pimientos y setas—, me dispuse a arreglar el desorden que había quedado en la cocina y en la sala. Matthew sacó montañas de papel del comedor que quemó en la chimenea de la cocina.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó enseñándome la carta de mi madre, el misterioso epigrama de tres líneas y la página del Ashmole 782.

—Deja todo en el salón principal —dije—. La casa los cuidará.

Continué haciendo cosas, como lavar la ropa y ordenar el despacho de Sarah. Cuando subí a guardar nuestras ropas, advertí que ambos ordenadores habían desaparecido. Corrí ruidosamente escaleras abajo presa del pánico.

—¡Matthew! ¡Los ordenadores han desaparecido!

—Los tiene Hamish —me informó, atrapándome en sus brazos y alisándome el pelo sobre la nuca—. Todo va bien. Nadie ha estado en la casa.

Mis hombros se relajaron, aunque todavía el corazón me latía con fuerza ante la idea de que pudiéramos ser sorprendidos por otro Domenico u otra Juliette.

Él hizo un té y luego me frotó los pies mientras me lo tomaba. En todo ese tiempo no habló de nada importante: las casas en Hamilton que le hacían recordar algún otro lugar y otro tiempo, la primera vez que olfateó un tomate, lo que pensó cuando me vio remar en Oxford…, hasta que me relajé aliviada envuelta en aquella calidez.

Matthew era siempre diferente cuando no había nadie cerca, pero el contraste fue especialmente notable una vez que nuestras familias se marcharon. Desde que llegamos a la casa de las Bishop, poco a poco había ido asumiendo la responsabilidad por otras ocho vidas. Había velado por todos ellos, sin considerar quiénes eran ni qué clase de parentesco tenían con él, con la misma feroz intensidad. En ese momento sólo tenía una criatura de la que ocuparse.

—No hemos tenido mucho tiempo para hablar —observé, pensando en el torbellino de los días pasados desde que nos habíamos conocido—. Solos nosotros dos.

—Las semanas anteriores han sido casi bíblicas en sus pruebas. Pienso que lo único de lo que nos hemos librado es de una plaga de langostas. —Hizo una pausa—. Pero si el universo quería ponernos a prueba al estilo antiguo, hoy llegaremos al final de nuestras penurias. Esta noche se cumplirán cuarenta días.

Había pasado tan poco tiempo y habían ocurrido tantas cosas…

Puse mi taza vacía sobre la mesa y le cogí las manos.

—¿Adónde nos vamos, Matthew?

—¿Puedes esperar un poco más, *mon coeur?* —Miró por la ventana—. Quisiera que este día nunca acabara. Y muy pronto se hará de noche.

—Te gusta jugar a las casitas conmigo. —Un mechón de pelo había caído sobre su frente, y se lo coloqué echándolo hacia atrás.

—Me encanta jugar a las casitas contigo —dijo, cogiéndome la mano.

Hablamos tranquilamente durante otra media hora antes de que Matthew volviera a mirar afuera otra vez.

—Ve arriba y date un baño. Usa hasta la última gota de agua del depósito dándote también una larga ducha caliente. Podrás desear una pizza de vez en cuando en los próximos días. Pero eso no será nada comparado con lo que desearás tener agua caliente. En pocas semanas serás capaz de matar tranquilamente a alguien por darte una ducha.

Matthew subió mi traje de Halloween mientras me bañaba: un vestido negro largo hasta la pantorrilla con cuello alto, botas de punta afilada y un sombrero puntiagudo.

—¿Puedo preguntar qué es esto? —Me enseñó un par de medias a rayas horizontales rojas y blancas.

—Ésas son las medias que Em mencionó —gruñí—. ¡Se enterará si no me las pongo!

—Si todavía tuviera mi teléfono conmigo, te sacaría una foto con estas horribles

cosas puestas para chantajearte durante toda la eternidad.

—¿Hay algo con lo que pueda comprar tu silencio? —Me hundí más todavía en la bañera.

—Seguro que lo hay —respondió Matthew, arrojando las medias detrás de él.

Jugueteamos al principio. Igual que la noche anterior durante la cena y otra vez en el desayuno; evitamos mencionar que ésta podría ser nuestra última oportunidad de estar juntos. Yo era todavía una principiante, pero Em me había dicho que incluso los más experimentados viajeros en el tiempo sentían respeto por la imprevisibilidad de moverse entre el pasado y el futuro, y reconocían que era muy fácil quedarse vagando indefinidamente dentro de la telaraña del tiempo.

Matthew percibió mi cambio de humor y respondió a él primero con mayor delicadeza, para luego adoptar una feroz actitud posesiva que me exigía no pensar nada más que en él.

A pesar de nuestra evidente necesidad de comprensión y protección, no consumamos nuestro matrimonio.

—Cuando estemos a salvo —había murmurado él, besándome a lo largo de la clavícula—. Cuando haya más tiempo.

En algún momento, la ampolla provocada por la viruela reventó. Matthew la revisó y declaró que estaba evolucionando muy bien, una rara descripción para una horrible herida abierta del tamaño de una moneda de diez centavos. Retiró la venda de mi cuello y quedó a la vista un ligero rastro de las suturas de Miriam, y también la venda de mi brazo.

—Te recuperas rápido —dijo con tono de aprobación, besando la parte interna de mi codo donde él había bebido de mis venas. Sentí sus labios cálidos contra mi piel.

—¡Qué raro! Mi piel está fría ahí. —Me toqué el cuello—. Y aquí también.

Matthew pasó el pulgar sobre el lugar donde mi carótida pasaba cerca de la superficie. Me estremecí cuando me tocó. Al parecer, el número de terminaciones nerviosas se había triplicado en ese lugar.

—Sensibilidad adicional —dijo Matthew—, como si fueras en parte vampiro. —Se inclinó y puso sus labios sobre mi pulso.

—¡Ah! —contuve una exclamación, sorprendida por la intensidad de la sensación.

Consciente de la hora, me puse el vestido negro y me lo abroché. Con una trenza que caía por mi espalda, podría haber salido de una fotografía de finales del siglo XIX.

—¡Lástima que no vayamos a viajar en el tiempo hasta la Primera Guerra Mundial! —observó Matthew, tirando de las mangas del vestido—. Podrías ser perfectamente una maestra de alrededor de 1912 con esa ropa.

—Pero no con estas medias puestas. —Me senté en la cama y empecé a ponerme

las medias a rayas multicolores.

Matthew estalló en carcajadas y me pidió que me colocara el sombrero inmediatamente.

—Yo misma me encenderé —protesté—. Espera a que las calabazas estén encendidas.

Salimos con cerillas, pensando que podíamos encender las calabazas a la manera humana. Pero se había levantado una brisa que hacía difícil mantener las velas encendidas.

—¡Maldición! —exclamé—. El trabajo de Sophie no debe ser desperdiciado.

—¿No puedes usar un hechizo? —quiso saber Matthew, listo para volver a intentarlo con las cerillas.

—Si no puedo, entonces no tiene sentido fingir que soy una bruja en Halloween. —La simple posibilidad de tener que explicar mi fracaso a Sophie me hizo concentrarme más en la tarea, y la mecha cobró vida. Encendí las otras once calabazas que estaban alineadas a lo largo del sendero de la entrada, cada una más notable o aterradora que la anterior.

A las seis de la tarde se oyeron fuertes golpes a la puerta y gritos con voces distorsionadas pidiendo golosinas bajo la amenaza de sorpresas desagradables. Matthew nunca había tenido la experiencia de un Halloween estadounidense, y les dio la bienvenida de buena gana a nuestros primeros visitantes.

Los que estaban allí recibieron una de sus grandes y seductoras sonrisas, antes de que Matthew me sonriera y me hiciera señas para que me acercara.

Una pequeña bruja y un vampiro apenas un poco más grande estiraban sus manos en el porche de la entrada.

—¡Truco o trato! —canturrearon, mostrando sus almohadones abiertos.

—Soy un vampiro —se presentó el muchacho, y le enseñó sus colmillos a Matthew. Señaló a su hermana—. Ella es una bruja.

—Ya lo veo —dijo Matthew con solemnidad mirando la capa negra y el maquillaje blanco—. Yo soy un vampiro también.

El niño lo examinó con ojo crítico.

—Tu mamá tenía que haberse esforzado más con tu disfraz. No pareces para nada un vampiro. ¿Dónde está tu capa? —El vampiro en miniatura extendió los brazos con un pliegue de su propia capa de raso en cada puño, mostrando la forma de alas de murciélago—. ¿Ves? Necesitas una capa para volar, o no puedes convertirte en murciélago.

—¡Ah, eso es un problema! Me he dejado mi capa en casa y ahora no puedo volar para ir a buscarla. Quizás puedas prestarme la tuya. —Matthew dejó caer un puñado de golosinas en cada uno de los almohadones mientras los ojos de ambos niños se abrían desmesuradamente ante semejante generosidad. Espié por un lateral de la

puerta y saludé con la mano a sus padres.

—Evidentemente ella sí que es una bruja —declaró la niña, haciendo gestos de aprobación al ver mis medias de rayas rojas y blancas y las botas negras. Por indicación de sus padres, dieron las gracias a gritos mientras corrían por el sendero hasta el coche que los esperaba.

Durante las siguientes tres horas, agasajamos a una corriente constante de hadas, princesas, piratas, fantasmas, esqueletos, sirenas y visitantes del espacio, además de más brujas y vampiros. Con delicadeza informé a Matthew de que un caramelo por duende travieso era lo habitual y que si no dejaba enseguida de distribuir puñados de golosinas, nos quedaríamos sin nada mucho antes de las nueve, que era cuando los niños se retiraban.

Sin embargo, era difícil contradecirle, porque estaba disfrutando. Sus reacciones ante los niños que llegaban a la puerta me revelaron un aspecto completamente nuevo en él. Agachado para parecer menos amenazador, les hacía preguntas sobre sus disfraces, diciéndole a cada niño que se presentaba como vampiro que era la criatura más aterradora que jamás había visto.

Pero fue su encuentro con una princesa de las hadas que tenía unas alas demasiado grandes y una falda de gasa lo que me resultó más emotivo. Abrumada y exhausta por la emoción de la celebración, la niña se echó a llorar cuando Matthew le preguntó qué golosinas quería. Su hermano, un robusto pirata de seis años, le soltó la mano, escandalizado.

—Le preguntaremos a tu madre. —Matthew levantó a la princesa de las hadas en sus brazos y agarró al pirata por la parte de atrás del pañuelo que cubría su cabeza. Entregó a ambos niños a los seguros brazos de los padres que esperaban. Mucho antes de llegar a ellos, sin embargo, la niña había olvidado sus lágrimas y tenía una mano pegajosa envuelta en el cuello del jersey de Matthew y le golpeaba ligeramente en la cabeza con su varita mágica mientras decía:

—Abracadabra…

—Cuando crezca y piense en un príncipe azul, éste será parecido a ti —le dije cuando volvió a la casa. Una llovizna de purpurina plateada cayó cuando inclinó la cabeza para darme un beso—. Estás cubierto de polvo de hadas —le dije riéndome mientras sacudía la purpurina que le quedaba en el pelo.

Alrededor de las ocho, cuando la marea de hadas, princesas y piratas se convirtió en una oleada de adolescentes góticos con lápiz de labios negro y ropa de cuero adornada con cadenas, Matthew me entregó la cesta de golosinas y se retiró al salón principal.

—¡Cobarde! —bromeé, enderezando mi sombrero antes de abrir la puerta a otro sombrío grupo.

Apenas tres minutos antes de que fuera seguro apagar la luz del porche sin

arruinar la reputación de Halloween, escuchamos otra fuerte llamada y un grito de «¿Truco o trato?».

—¿Quién puede ser? —gruñí, volviendo a ponerme rápidamente el sombrero.

Había dos magos jóvenes en los escalones de la entrada. Uno era el repartidor de periódicos. Estaba acompañado por un adolescente larguirucho de fea piel con la nariz perforada, a quien reconocí vagamente como miembro del clan O'Neil. Sus disfraces, si es que podían llamarse así, consistían en vaqueros rotos, camisetas sujetas con imperdibles, sangre falsa, dientes de plástico y largas correas de perro.

—¿No eres ya demasiado mayor para esto, Sammy?

—Ahoda zoy Zam. —La voz de Sammy estaba cambiando y estaba llena de inesperados graves y agudos, y sus colmillos falsos le provocaban un ceceo.

—Hola, Sam. —Quedaba una docena de caramelos en el fondo de la cesta de golosinas—. Sírvete. Esto es todo lo que queda. Estábamos a punto de apagar las luces. ¿No deberías estar en el Refugio de los Cazadores pescando manzanas?

—Noz dijedon que vueztraz calabazaz edan dealmente imprezionantez ezte año. —Sammy se balanceó sobre sus pies—. Y, ah, bien… —Se ruborizó y se quitó los dientes de plástico—. Rob jura que vio un vampiro por aquí el otro día. Le aposté veinte dólares a que las Bishop no podían tener uno en casa.

—¿Por qué estás tan seguro de que podrías reconocer a un vampiro si lo vieras?

El vampiro en cuestión salió del salón principal y se colocó detrás de mí.

—Caballeros… —dijo tranquilamente. Los adolescentes abrieron la boca asombrados.

—Tendríamos que ser humanos o muy estúpidos para no reconocerlo —dijo Rob, anonadado—. Es el vampiro más grande que jamás he visto. —Golpeó la palma abierta de su amigo y cogió la golosina.

—No te olvides de pagar, Sam —dije con severidad.

—Ah, Samuel —lo detuvo Matthew. Su acento francés se hizo inusualmente más pronunciado—. Podría pedirte algo…, un favor para mí? No le comentes nada a nadie acerca de esto.

—¿Nunca? —Sammy se mostró reticente a la idea de no divulgar tan jugosa información.

A Matthew le temblaron ligeramente los labios.

—Tienes razón. ¿Puedes mantener el silencio hasta mañana?

—¡Sí! —Sammy asintió con la cabeza, y se volvió hacia Rob en busca de confirmación—. Sólo faltan tres horas. Podemos hacerlo. No hay problema.

Se subieron a sus bicicletas y se fueron.

—Los caminos están oscuros —señaló Matthew, frunciendo el ceño con preocupación—. Deberíamos llevarlos.

—Estarán bien. No son vampiros, pero pueden encontrar perfectamente el camino

que los lleva a la ciudad.

Las dos bicicletas patinaron al frenar, enviando una lluvia de grava suelta.

—¿Quiere que apaguemos las calabazas? —gritó Sammy desde el sendero de la entrada.

—Si quieres… —respondí—. ¡Gracias!

Rob O’Neil se dirigió al lado izquierdo del sendero y Sammy al derecho, apagaron las calabazas con una envidiable facilidad. Los dos muchachos siguieron su camino con sus bicicletas saltando sobre los baches. Su avance era facilitado por la luz de la luna y por su floreciente sexto sentido de brujos adolescentes.

Cerré la puerta y me apoyé sobre ella, gimiendo.

—Mis pies me están matando. —Desabroché las botas y me las quité con los pies. Después arrojé el sombrero sobre los escalones.

—La página del Ashmole 782 ha desaparecido —anunció Matthew en voz baja, inclinado sobre la barandilla.

—¿Y la carta de mi madre?

—También ha desaparecido.

—Es la hora, entonces. —Me aparté de la vieja puerta y la casa gimió suavemente.

—Hazte un poco de té y nos vemos en la sala. Traeré el maletín.

Me esperaba en el sofá con el maletín de laterales blandos cerrado a sus pies y la pieza de ajedrez de plata y el pendiente de oro sobre la mesa. Le alcancé un vaso de vino y me senté junto a él.

—Ésta es tu última copa de vino.

Matthew miró mi té.

—Y ése es también el último té para ti. —Se pasó nerviosamente las manos por el pelo y respiró hondo—. Me habría gustado ir a alguna época más próxima, en la que hubiera menos muerte y menos enfermedad —observó, vacilante—, y a un sitio más cercano, con té e instalación de agua corriente. Pero creo que éste te va a gustar una vez que te acostumbres.

Yo todavía no sabía cuándo ni dónde era aquello.

Matthew se agachó para abrir la cerradura. Cuando abrió el maletín y vio lo que había arriba, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios! Tenía miedo de que Ysabeau pudiera haberse equivocado.

—¿No habías abierto el maletín todavía? —Estaba asombrada por su autocontrol.

—No. —Matthew sacó un libro—. No quería pensar demasiado en eso. Por las dudas.

Me pasó el libro. Estaba encuadernado en cuero negro con unos sencillos bordes de plata.

—Es precioso —dije, pasando mis dedos por su superficie.

—Ábrelo. —Matthew parecía ansioso.

—¿Sabré adónde vamos cuando lo abra? —En ese momento, cuando el tercer objeto estuvo en mis manos, me sentí extrañamente reticente.

—Creo que sí.

La tapa se abrió con un chirrido y el inconfundible olor a papel viejo y tinta se elevó por el aire. No había guardas de papel con diseños marmóreos, ningún *ex libris,* ninguna hoja en blanco adicional como los que los coleccionistas de los siglos XVIII y XIX ponían en sus libros. Y las tapas eran pesadas, lo que indicaba que había tablas de madera ocultas debajo del cuero suavemente estirado.

Había dos líneas escritas en tinta negra y espesa en la primera página, con la letra apretada y picuda de finales del siglo XVI.

—«A mi dulce Matt —leí en voz alta—. ¿Quién amó alguna vez que no haya amado a primera vista?».

La dedicatoria estaba sin firmar, pero resultaba conocida.

—¿Shakespeare? —Levanté la mirada hacia Matthew.

—No originalmente —respondió con el rostro tenso—. Will era como una urraca cuando se trataba de coleccionar las palabras de otras personas.

Di la vuelta a la página lentamente.

No era un libro impreso, sino un manuscrito, escrito con la misma letra firme de la dedicatoria. Me acerqué para poder descifrar las palabras: «Concéntrate en tus estudios, Faustus, y empieza a explorar las profundidades de lo que vas a hacer».

—¡Jesús! —exclamé con voz ronca, cerrando el libro de un golpe. Me temblaban las manos.

—Se va a reír como un loco cuando sepa cuál ha sido tu reacción —comentó Matthew.

—¿Esto es lo que creo que es?

—Probablemente.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo dio Kit. —Matthew le dio un golpecito a la tapa—. *Fausto* fue siempre mi favorito.

Todo historiador de la alquimia conoce la pieza teatral de Christopher Marlowe sobre el doctor Fausto, que vendió su alma al diablo a cambio de conocimientos y poderes mágicos. Abrí el libro y pasé los dedos sobre la inscripción mientras Matthew continuaba:

—Kit y yo éramos amigos…, buenos amigos…, en un tiempo peligroso en el que había pocas criaturas en las que uno podía confiar. Causamos bastantes problemas y provocamos que muchos nos despreciaran. Cuando Sophie sacó de su bolsillo la pieza de ajedrez que él me había ganado, me pareció evidente que Inglaterra sería nuestro destino.

Sin embargo, el sentimiento que las puntas de mis dedos detectaron en la inscripción no era de amistad. Ésta era la dedicatoria de un amante.

—¿También estabas enamorado de él? —pregunté en voz baja.

—No —respondió brevemente Matthew—. Adoraba a Kit, pero no en ese sentido, y no de la manera en que él hubiera querido. Si hubiera sido por Kit, las cosas habrían sido diferentes. Pero no dependía de él y nunca fuimos más que amigos.

—¿Conocía él tu verdadera condición? —Abracé el libro contra mi pecho, como un tesoro de valor incalculable.

—Sí. No podíamos permitirnos tener secretos. Además, él era un daimón, e inusualmente perspicaz. Uno descubría pronto que era imposible ocultarle nada a Kit.

Que Christopher Marlowe fuera un daimón tenía cierto sentido, basándome en mi limitado conocimiento de él.

—Entonces vamos a Inglaterra —dije lentamente—. ¿A qué época exactamente?

—A 1590.

—¿Adónde?

—Todos los años algunos de nosotros nos encontrábamos en el Viejo Pabellón para conmemorar las antiguas festividades católicas de Todos los Santos y de Difuntos. Pocos se atrevían a celebrarlas, pero cuando lo hacíamos, Kit se sentía audaz y peligroso de alguna manera. Nos leía su último borrador de *Fausto*…; estaba siempre retocándolo, nunca satisfecho. Bebíamos demasiado, jugábamos al ajedrez y nos quedábamos despiertos hasta el amanecer. —Matthew me quitó el manuscrito de las manos. Lo dejó sobre la mesa y cogió mis manos con las suyas—. ¿Te parece bien, *mon coeur?* Podemos no ir y pensar en algún otro tiempo.

Pero ya era demasiado tarde. La historiadora que había en mí había empezado a procesar las oportunidades de la vida en la Inglaterra isabelina.

—Hay alquimistas en la Inglaterra de 1590.

—Sí —confirmó él cautelosamente—. No resulta particularmente agradable estar cerca de ninguno de ellos, debido al envenenamiento con mercurio y a sus extraños hábitos de trabajo. Pero lo más importante, Diana, es que hay brujas…, brujas poderosas que pueden guiarte en la magia.

—¿Me vas a llevar a los teatros?

—¿Podría acaso impedírtelo? —Matthew enarcó las cejas.

—Probablemente no. —Mi imaginación se entusiasmó ante las perspectivas que se abrían ante nosotros—. ¿Podemos recorrer la Lonja Real? ¿Después de que enciendan las lámparas?

—Sí. —Me envolvió en sus brazos—. E iremos a San Pablo a escuchar un sermón, y a Tyburn a ver una ejecución. Incluso hablaremos de los internados en el hospicio de Bedlam con su director. —Su cuerpo se estremeció con la risa contenida

—. ¡Por Dios, Diana! Te voy a llevar a un tiempo en que había peste, pocas comodidades, nada de té y mala odontología, y lo único en lo que se te ocurre pensar es en qué aspecto tendría la Lonja Real de Gresham por la noche.

Me aparté un poco para mirarlo con entusiasmo.

—¿Conoceré a la reina?

—Decididamente no. —Matthew me apretó contra él estremeciéndose—. Sólo pensar en lo que podrías decirle a Isabel Tudor, y lo que ella podría decirte a ti, hace que mi corazón pierda el ritmo.

—¡Cobarde! —le dije por segunda vez esa noche.

—No dirías lo mismo si la conocieras mejor. Devora cortesanos a la hora del desayuno. —Matthew hizo una pausa—. Además, hay otra cosa que podemos hacer en 1590.

—¿De qué se trata?

—En alguna parte, en 1590, hay un manuscrito de alquimia que un día será propiedad de Elias Ashmole. Podríamos buscarlo.

—El manuscrito podría estar completo entonces, con su magia inalterada. —Me liberé de sus brazos y me recosté contra los almohadones, mirando asombrada los tres objetos que estaban en la mesa—. Realmente vamos a viajar en el tiempo.

—En efecto. Sarah me dijo que teníamos que tener cuidado de no llevar nada moderno al pasado. Marthe te hizo un vestido y a mí una camisa. —Matthew metió otra vez la mano en el maletín y sacó dos prendas de lino, lisas con mangas largas y cordones en el cuello—. Tuvo que coserlas a mano, y no dispuso de mucho tiempo. No son ropas refinadas, pero por lo menos no sorprenderemos al primero que veamos.

Las sacudió y de los pliegues de lino cayó una pequeña bolsa negra de terciopelo.

Matthew frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —dijo recogiéndola. Tenía una nota pinchada fuera. La abrió—. Es de Ysabeau. «Éste fue un regalo de aniversario de tu padre. Pensé que te podría gustar dárselo a Diana. Puede que sea anticuado, pero quedará bien en su mano».

La bolsa contenía un anillo hecho con tres diferentes filigranas de oro entrelazadas. Las dos exteriores tenían forma de mangas ornamentadas, coloreadas con esmalte y cubiertas con pequeñas piedras preciosas para parecer un encaje. Una mano dorada salía curvada de cada manga, perfectamente ejecutada hasta en los diminutos huesos, delgados tendones y pequeñas uñas.

Las dos manos, en el anillo interior, sostenían una enorme piedra que parecía cristal. Era transparente y sin aristas, sujeta sobre un bisel dorado con un fondo pintado de negro. Ningún joyero pondría un trozo de cristal en un anillo tan fino: era un diamante.

—Esto tiene que estar en un museo, no en mi dedo. —Estaba fascinada por el

realismo de las manos talladas y traté de no pensar en el peso de la piedra que sostenían.

—Mi madre solía llevarlo siempre —recordó Matthew, cogiéndolo entre el pulgar y el índice—. Decía que era su anillo para garabatos, porque podía escribir sobre cristal con la punta del diamante. —Su aguda vista vio un detalle en el anillo que yo no había apreciado. Con una torsión de las manos doradas, los tres anillos se desplegaron en abanico en la palma de su mano. Cada banda tenía palabras grabadas que se entrelazaban sobre las superficies planas.

Concentramos la mirada sobre el diminuto texto.

—Es poesía…, versos que la gente escribía como muestras de cariño. Éste dice: *Á ma vie de coer entier* —dijo Matthew, rozando la superficie de oro con la punta de su dedo índice—. Es francés antiguo, y quiere decir: «Todo mi corazón para toda la vida». Y éste: *Mon debut et ma fin*, con una letra alfa y una letra omega.

Mi francés alcanzaba para traducir eso: «Mi principio y mi fin».

—¿Qué hay en la banda interior?

—Está grabada por ambos lados. —Matthew leyó las líneas, haciendo girar las bandas al hacerlo—. *Se souvenir du passé, et qu'il y a un avenir*. «Recuerda el pasado y que hay un futuro».

—Esos versos se adaptan a nosotros perfectamente. —Era extraño que Philippe hubiera escogido versos para Ysabeau hacía tanto tiempo que además tuvieran sentido para Matthew y para mí en el presente.

—Los vampiros son también una especie de viajeros del tiempo. —Matthew volvió a montar el anillo. Me cogió la mano izquierda y apartó la mirada, temeroso de mi reacción—. ¿Lo vas a usar?

Le toqué la barbilla con mis dedos para hacer que girara su cabeza hacia mí, y asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra. El rostro de Matthew expresó timidez, y bajó la mirada hacia mi mano, todavía dentro de la suya. Deslizó el anillo en mi dedo pulgar hasta que se detuvo justo encima del nudillo.

—Con este anillo te desposo y te entrego mi cuerpo. —La voz de Matthew era serena, pero temblaba un poco. Con cuidado sacó el anillo para colocarlo en mi dedo índice y lo deslizó hasta llegar a la articulación intermedia—. Y con todos mis bienes terrenales te doto. —El anillo saltó por encima de mi dedo medio y encontró su sitio en el dedo anular de mi mano izquierda—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —Llevó mi mano hacia su boca y al mismo tiempo me miró a los ojos otra vez. Sus labios fríos apretaron el anillo sobre mi piel—. Amén.

—Amén —repetí—. Así que ahora estamos casados a los ojos de los vampiros y de acuerdo con la ley de la Iglesia. —El anillo me resultaba pesado, pero Ysabeau tenía razón: me quedaba bien.

—A tus ojos también, espero. —Matthew parecía inseguro.

—Por supuesto que estamos casados a mis ojos. —Algo de mi felicidad se tradujo en mi expresión, porque la sonrisa con que me respondió fue tan amplia y sentida de corazón como nunca había visto.

—Veamos si *maman* ha enviado más sorpresas. —Volvió su atención al maletín y sacó algunos libros más. Había otra nota, también de Ysabeau.

—«Éstos estaban junto al manuscrito que pediste —leyó Matthew—. Te los envío también, por si acaso».

—¿Son también de 1590?

—No —dijo Matthew pensativo—, ninguno de ellos. —Metió la mano otra vez en el maletín. Cuando la sacó, sostenía la insignia de plata de peregrino de Betania.

No había ninguna nota que explicara por qué estaba allí.

El reloj de la sala dio las diez. Teníamos que irnos… pronto.

—Me encantaría saber por qué ha enviado estos dos objetos. —Matthew parecía preocupado.

—Tal vez pensó que deberíamos llevar otras cosas valiosas para ti. —Yo sabía que él se sentía muy ligado al pequeño ataúd de plata.

—No si eso te hace más difícil concentrarte en 1590. —Miró el anillo en mi mano izquierda y yo cerré los dedos. No había manera de sacarlo, fuera de 1590 o no.

—Podemos llamar a Sarah y preguntarle qué le parece.

Matthew negó con la cabeza.

—No, no la molestaremos. Sabemos lo que tenemos que hacer: llevar tres objetos del pasado y nada más del presente o del pasado que pueda interferir. Haremos una excepción con el anillo, ahora que está en tu dedo. —Abrió el libro que estaba arriba y se quedó paralizado.

—¿Qué es?

—Mis anotaciones están en este libro…, y no recuerdo haberlas escrito ahí.

—Eso fue hace más de cuatrocientos años. Quizás lo olvidaste. —A pesar de mis palabras, un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Matthew echó un vistazo a algunas páginas más y respiró hondo.

—Si dejamos estos libros en la sala principal, junto con la insignia del peregrino, ¿la casa los cuidará?

—Lo hará si se lo pedimos —respondí—. Matthew, ¿qué está ocurriendo?

—Te lo diré después. Debemos irnos. Estas cosas —dijo levantando los libros y el ataúd de Lázaro— tienen que quedarse aquí.

Nos cambiamos en silencio. Me quité todo hasta quedarme desnuda y temblaba cuando me puse la túnica de lino, que resbaló sobre mis hombros. Los puños rozaron mis muñecas cuando llegó a mis tobillos, y el amplio cuello se cerró cuando tiré del cordón.

Matthew se quitó sus ropas y se vistió con la camisa con rapidez, ya que conocía

bien ese estilo de prenda de vestir. Casi le llegaba a las rodillas y por debajo salían sus piernas blancas y largas. Mientras yo recogía nuestra ropa, Matthew fue al comedor y salió con una hoja en blanco y una de sus plumas favoritas. Su mano corrió veloz sobre la página, luego dobló esa única hoja para meterla en un sobre.

—Una nota para Sarah —explicó—. Le pediremos a la casa que también se ocupe de guardarla.

Llevamos los libros, la nota y el amuleto del peregrino al salón principal. Matthew los puso cuidadosamente en el sofá.

—¿Dejamos las luces encendidas? —preguntó Matthew.

—No —respondí—. Sólo la luz del porche, por si está oscuro cuando regresen a casa.

Se vio una fosforescencia verde cuando apagamos las lámparas. Era mi abuela, balanceándose en su mecedora.

—Adiós, abuela. —Ni Bridget Bishop ni Elizabeth estaban con ella.

«Adiós, Diana».

—La casa tiene que cuidar estas cosas. —Señalé el montón de objetos depositados sobre el sofá.

«No te preocupes por nada y sólo piensa en el lugar adonde vas».

Lentamente recorrimos toda la casa hasta la puerta trasera, y fuimos apagando las luces según avanzábamos. En la sala de estar, Matthew recogió el ejemplar de *Doctor Faustus,* el pendiente y la pieza de ajedrez.

Recorrí con la mirada la familiar cocina marrón por última vez.

—Adiós, casa.

Tabitha escuchó mi voz y salió chillando de la despensa. Se detuvo con brusquedad y nos miró fijamente sin parpadear.

—Adiós, *ma petite* —la saludó Matthew, y se inclinó para rascarle las orejas.

Habíamos decidido partir desde el granero. Era un sitio tranquilo sin ningún rastro de vida moderna que pudiera distraernos. Atravesamos el huerto de manzanos sobre la hierba cubierta de escarcha con los pies desnudos. El frío hizo que apresuráramos el paso. Cuando Matthew abrió la puerta del granero, mi respiración se hacía visible en el aire frío.

—Está helando. —Apreté la túnica contra mi cuerpo mientras me castañeteaban los dientes.

—La chimenea estará encendida cuando lleguemos al Viejo Pabellón —dijo, pasándome el pendiente.

Pasé el fino hilo de metal a través del agujero de mi oreja y abrí la mano para recibir a la diosa. Matthew me la entregó.

—¿Qué más?

—Vino, por supuesto…, vino tinto. —Matthew me pasó el libro, me envolvió en

sus brazos y me dio un fuerte beso en la frente.

—¿Dónde están tus habitaciones? —Cerré los ojos, y recordé el Viejo Pabellón.

—Arriba, en el lado occidental del patio, sobre el parque de los ciervos.

—¿Y qué olor tendrá?

—Olor a hogar —respondió—. A madera ardiendo y carne asada de la cena de los criados, cera de abejas de las velas y la lavanda que se usa para mantener perfumada la ropa de cama.

—¿Se puede oír algo especial?

—Nada en absoluto. Sólo las campanas de St. Mary y de St. Michael, el crepitar del fuego y los perros gruñendo en los escalones.

—¿Cómo te sientes cuando estás allí? —le pregunté, concentrándome en sus palabras y en los sentimientos que provocaban en mí.

—Siempre me he sentido… normal en el Viejo Pabellón —dijo Matthew en voz baja—. Es un lugar donde puedo ser yo mismo.

Un olorcillo a lavanda se elevaba por el aire, fuera de época y de lugar en un granero de Madison en octubre. Me maravillé por el olor y pensé en la nota de mi padre. Mis ojos estaban completamente abiertos a las posibilidades de la magia en ese momento.

—¿Qué haremos mañana?

—Caminaremos por el parque —me informó con un murmullo y sus brazos alrededor de mis costillas—. Si hace buen tiempo, saldremos a cabalgar. No habrá muchas flores en los jardines en esta época del año. En algún sitio debe de haber un laúd. Te enseñaré a tocarlo, si quieres.

Otro olor, picante y dulce, se unía al olor de la lavanda, y vi un árbol cargado de pesadas y doradas frutas. Una mano avanzó y un diamante brilló a la luz del sol, pero la fruta resultó inalcanzable. Sentí la frustración y el filo agudo del deseo, y recordé las palabras de Emily cuando me dijo que la magia estaba en el corazón tanto como en la mente.

—¿Hay un membrillo en el jardín?

—Sí —confirmó Matthew con la boca sobre mi pelo—. La fruta estará madura ahora.

El árbol se disolvió, pero no el olor dulzón, que permaneció con nosotros. Luego vi un plato de plata poco profundo sobre una larga mesa de madera. Velas y fuego se reflejaban en su superficie bruñida. Amontonados en el plato estaban los membrillos de color amarillo brillante que eran el origen del olor. Doblé los dedos sobre la tapa del libro que yo sostenía en mi presente, pero en mi mente se cerraron sobre una fruta del pasado.

—Puedo oler los membrillos. —Nuestra nueva vida en el Viejo Pabellón ya me estaba llamando—. Recuerda, no debes soltarte… pase lo que pase. —Con el pasado

rodeándome por todos lados, la posibilidad de perderlo era lo único que me daba miedo.

—Nunca —dijo con firmeza.

—Y levanta el pie para luego bajarlo cuando yo te diga.

Se rió entre dientes.

—Te amo, *ma lionne*. —Era una respuesta poco habitual, pero era suficiente.

«El hogar», pensé.

Mi corazón latió con desesperación.

Una campana poco familiar anunció la hora.

Hubo un cálido roce del calor del fuego contra mi piel.

El aire estaba lleno de los olores de la lavanda, la cera de abejas y los membrillos maduros.

—Ha llegado el momento. —Juntos levantamos los pies y dimos un paso hacia lo desconocido.

Capítulo 43

La casa estaba anormalmente silenciosa.

Para Sarah no era sólo la ausencia de conversaciones o la partida de siete mentes activas lo que la hacía parecer tan vacía.

Era el hecho de no saber.

Habían vuelto a casa de la reunión de las brujas antes de lo habitual con el pretexto de que tenían que hacer las maletas para el viaje con Faye y Janet. Em encontró el maletín vacío junto al sofá en la sala de estar, y Sarah descubrió la ropa amontonada encima de la lavadora.

—Ya se han ido —había dicho Em.

Sarah se arrojó a sus brazos, con los hombros temblando.

—¿Están bien? —había susurrado.

—Están juntos —había respondido Em. No era la respuesta que Sarah quería, pero era sincera, igual que Em.

Habían puesto su ropa en unas bolsas, sin prestar demasiada atención a lo que estaban haciendo. *Tabitha* y Em ya estaban en la caravana y Faye y Janet esperaban pacientemente a que Sarah cerrara la casa.

Sarah y el vampiro habían conversado horas y horas en la despensa durante su última noche en la casa, compartiendo una botella de vino tinto. Matthew le había contado algo de su pasado y había compartido sus miedos por el futuro. Sarah había escuchado, haciendo un esfuerzo para no mostrar su propia conmoción y sorpresa ante algunas de las cosas que había oído. Aunque era pagana, Sarah comprendió que él quería confesarse y la había escogido para el papel de sacerdote. Ella le había dado la absolución como buenamente pudo, sabiendo todo el tiempo que algunos hechos jamás podrían ser perdonados ni olvidados.

Pero había un secreto que él se había negado a compartir, y Sarah seguía sin saber nada sobre el lugar y el tiempo al que había ido su sobrina.

Las tablas del suelo de la casa de las Bishop chirriaron en un coro de quejidos y suspiros mientras Sarah vagaba por las habitaciones familiares y oscuras. Cerró las puertas del salón principal y se volvió para despedirse del único hogar que había conocido.

Las puertas del salón principal se abrieron con un fuerte estruendo. Una de las tablas del suelo cerca de la chimenea se levantó de un salto para dejar ver un pequeño libro de encuadernación negra y un sobre color crema. Era la cosa más brillante en la habitación y reflejaba la luz de la luna.

Sarah ahogó un grito y estiró la mano. El cuadrado color crema voló fácilmente hacia ella, se apoyó con un leve golpecito y se dio la vuelta. Había una sola palabra escrita en él: «Sarah».

Tocó las letras ligeramente y vio los dedos blancos y largos de Matthew. Rompió el papel con el corazón latiéndole rápidamente.

«Sarah —decía—, no te preocupes: lo conseguimos».

Los latidos de su corazón se serenaron.

Sarah puso la hoja de papel sobre la mecedora de su madre e hizo un gesto hacia el libro. Una vez que la casa lo entregó, la tabla del suelo volvió a su lugar habitual con un crujido de madera vieja y el chirrido de clavos viejos.

Fue a la primera página. *La sombra de la noche. Contiene dos himnos poéticos creados por el caballero*

G. C. 1594. El libro olía a viejo, pero no de manera desagradable; como incienso en una polvorienta catedral.

«Muy propio de Matthew», pensó Sarah con una sonrisa.

Un papelito sobresalía por arriba. Eso la condujo a la página de la dedicatoria. «A mi querido y más respetable amigo Matthew Roydon». Sarah miró con más atención y vio un pequeño y descolorido dibujo de una mano con la muñeca tensa apuntando imperiosamente al nombre, con el número veintinueve escrito abajo con antigua tinta marrón.

Abrió obedientemente la página veintinueve, y tuvo que luchar contra las lágrimas al leer el pasaje subrayado:

> Ella hace cazadores: y con esa sustancia los sabuesos,
> cuyas bocas ensordecen el cielo y abren la tierra con heridas,
> asustan no sólo a una ninfa tan rica en gracia,
> a los sabuesos feroces persigue y da caza.
> Porque ella puede adoptar cualquier forma
> de dulces bestias y escapar cuando quiere.

Las palabras conjuraron la imagen de Diana —clara, brillante, espontánea—, con su cara enmarcada en alas diáfanas y el cuello pesadamente envuelto con plata y diamantes. Un único rubí en forma de lágrima se estremecía sobre su piel como una gota de sangre, anidado en el hueco entre las clavículas.

En la despensa, cuando el sol estaba saliendo, él le había prometido encontrar alguna manera de hacerle saber que Diana estaba a salvo.

—Gracias, Matthew. —Sarah besó el libro y la nota y los lanzó a la cavernosa chimenea. Pronunció las palabras para hacer aparecer un fuego candente. El papel se encendió rápidamente y los bordes del libro empezaron a rizarse.

Sarah miró el fuego que ardía durante unos momentos. Luego salió por la puerta principal, dejándola sin cerrojo, y no miró hacia atrás.

En cuanto se cerró la puerta, un desgastado ataúd de plata bajó por la chimenea para detenerse sobre el papel en llamas. Dos porciones de sangre y de mercurio, liberados de las cámaras huecas del interior de la *ampulla* por el calor del fuego, corrieron una detrás de la otra por la superficie del libro antes de caer en la rejilla. Allí se filtraron por entre la blanda y vieja argamasa de la chimenea para viajar hacia el corazón de la casa. Cuando llegaron a él, la casa suspiró aliviada y dejó escapar un olor olvidado y prohibido.

Sarah lo aspiró en el aire fresco de la noche al subir a la caravana. Sus sentidos no fueron lo suficientemente agudos como para percibir los olores de la canela, el espino, la madreselva y la manzanilla que danzaban en el aire.

—¿Todo bien? —preguntó Em con voz serena.

Sarah se apoyó sobre la jaula de transporte para gatos que albergaba a *Tabitha* y puso su mano sobre la rodilla de Em.

—Todo bien.

Faye giró la llave de contacto y partió por el sendero de la entrada hacia el camino que las llevaría hasta la carretera interestatal mientras se preguntaba por el mejor sitio para detenerse a desayunar.

Las cuatro brujas estaban demasiado lejos como para percibir el cambio en la atmósfera en torno a la casa cuando cientos de criaturas de la noche detectaron el poco habitual aroma mezclado de vampiros y brujas, y tampoco podían ver las pálidas fosforescencias verdes de los dos fantasmas en la ventana del salón principal.

Bridget Bishop y la abuela de Diana observaban cómo se alejaba el vehículo.

«¿Qué haremos ahora?», preguntó la abuela de Diana.

«Lo que siempre hemos hecho, Joanna —respondió Bridget—. Recordar el pasado… y aguardar el futuro».

Agradecimientos

Mantengo una enorme deuda con mis amigos y mi familia, que leyeron este libro, capítulo a capítulo, a medida que iba siendo escrito: Cara, Karen, Lisa, Margaret y mi madre, Olive. Peg y Lynn, como siempre, participaron con excelentes comidas, cálida compañía y prudentes consejos. Y me siento especialmente agradecida por el trabajo de edición que Lisa Halttunen realizó para preparar el manuscrito antes de presentarlo.

También agradezco a aquellos colegas que me facilitaron generosamente su experiencia cuando yo me alejaba de mi propia especialidad. Philippa Levine, Andrés Reséndez, Vanessa Schwartz y Patrick Wyman me pusieron en la dirección correcta cada vez que me equivocaba de rumbo. Cualquier error que pueda haber quedado es, por supuesto, mío.

Siempre le estaré agradecida a Sam Stoloff, de la Frances Goldin Literary Agency, por haber recibido, con gracia y buen humor, la noticia de que yo había escrito una novela, y no otro libro de historia. También leyó los primeros borradores con perspicaz mirada. ¡Un agradecimiento especial para Ellen Geiger, de la misma agencia, por su acertada elección de compañeros de almuerzo!

El equipo de Viking se ha convertido en una segunda familia para mí. Mi editora, Carole DeSanti, representa lo que todo escritor espera cuando está escribiendo un libro: alguien que no sólo puede apreciar lo que uno ha puesto en la página, sino que también puede imaginar qué historia podrían contar esas palabras con sólo unos pequeños retoques. Maureen Sugden, extraordinaria correctora de manuscritos, le dio brillo al libro en tiempo récord. Gracias también a Clare Ferraro, Christopher Russell, Leigh Butler, Hal Fessenden, Manisha Chakravarthy, Carolyn Coleburn, Nancy Sheppard, Rachelle Andujar y a todos los demás que ayudaron a convertir en libro el montón de folios que era este trabajo.

Dado que éste es *un libro sobre libros*, consulté una importante cantidad de textos mientras lo escribía. Los lectores curiosos pueden encontrar algunos de ellos consultando la traducción Douay-Rheims de la Biblia, la edición crítica y traducción del *Aurora Consurgens* de Marie-Louise von Franz (Pantheon Books, 1966) y la traducción de Paul Eugene Memmo de *Heroic Frenzies*, de Giordano Bruno (University of North Carolina Press, 1964). Aquellos lectores que decidan lanzarse a explorar deben saber que las traducciones que aparecen aquí son mías y por lo tanto tienen sus peculiaridades. Cualquier lector que quiera profundizar más en la mente de Charles Darwin tiene un punto ideal para empezar en *Charles Darwin: A Biography,* de Janet Browne (2 volúmenes, Alfred Knopf, 1995 y 2002). Y para una lúcida introducción al ADN mitocondrial y su aplicación a los problemas de la historia humana se puede consultar *The Seven Daughters,* de Brian Sykes (W. W. Norton,

2001).

Notas

[1] Mateo 6, 34 *[N. del T.]*. <<